

ADRIEN FERAUD, EL SEÑOR ZAFIROS  
UN JODIDO ERROR

*Jodido*

ERROR

ABRIL LAINÉZ

*Fodido*  
**ERROR**  
ABRIL LAINEZ

© 2019 Abril Láinez  
Primera edición: noviembre de 2019  
Portada: Amparo Tárrega.  
Maquetación: Olga RB

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

# Prólogo

Nunca imaginé que confeccionar una lista de propósitos fuera tan complicado. Ahorraría tiempo sin en ella reflejara una sola palabra: «Vivir». De eso se trata, pero al parecer Nico no está de acuerdo con ello, él cree que debo detallarla un poco más y convertirla en mi razón de ser. ¡Allá voy!

*Mis propósitos en la vida, en esta, son:*

*Vivir sola.*

*Ser una mujer más sexy*

*Subir a un avión, sin anestesia.*

*Acostarme con un hombre el mismo día que lo conozca, aunque me conformo con acostarme.*

*Perseguir un orgasmo alucinante —dicen que existen—.*

*Subirme sobre unos zapatos de tacón vertiginosos sin romperme la crisma.*

*Bailar desnuda, acompañada si es posible.*

*Dejarme hacer un masaje.*

*Escribir un libro*

*Visitar el museo donde se encuentre el «maldito cuadro».*

*Vivir sin reglas y vivir sin normas.*

¡Me gustan! Eso es todo lo que necesito hacer. Necesito sentir que tomo mis propias decisiones sin que nadie me diga lo que tengo que hacer en todo momento; vivir sin la sensación de que cada minuto de mi vida está organizado, absorbida por una rutina de veinticuatro horas que no tiene aliciente alguno.

Quiero vivir a mi manera, sin culpas, sin chantajes emocionales, sin tener que dar continuamente explicaciones de todo lo que hago. Quiero volver a ser la misma mujer que fui antes de que me cortasen las alas.

En mi vida he elegido poco o nada, esa tarea casi siempre ha correspondido a los demás. Ahora voy a ser yo la que elija el cómo, el dónde, y el cuándo. Me equivocaré, cometeré errores, ¡por supuesto! Pero no quiero volver a detenerme sintiendo que no tengo valor para enfrentarme a la vida, y dejarme arrastrar como lo he hecho todos estos años.

Siempre llevaré esta lista conmigo, a todas partes.

Sus pasos eran lentos mientras recorría la estancia vacía. El ritmo que llevan las despedidas. Daniela se observó el que fue su hogar desde que tenía ocho años. Se detuvo frente al sofá, el único mueble que quedaba, recordando con cierta tristeza las innumerables borracheras de autocompasión de las que había sido testigo.

Se preguntó cuándo dejó de ser un hogar y cuándo se convirtió en una prisión. Sabía muy bien la respuesta, pero no era el momento de sucumbir a esos pensamientos. Debía continuar con sus adiós. No dolía. Podía saborearlo.

Salió en silencio, dispuesta a emprender una nueva vida, una de verdad.

Giró la llave en la cerradura sintiendo, con cada movimiento de sus dedos, que ponía fin a una etapa. Le sorprendió la invasión de culpa que la invadió, pero era demasiado pronto para exigirse a sí misma otro tipo de emociones.

Se alejó de la puerta cerrando los ojos mientras se preguntaba si se trataba de algo real. ¿Se había terminado? ¿Abandonaba aquel lugar para siempre? Había deseado tanto aquel momento que no podía creer que por fin hubiera llegado.

¡Sí, era real! Y por fin aquella maravillosa sensación de libertad.

Desde el funeral de su abuela, no había tenido demasiado tiempo para pensar. Había pasado las últimas semanas inmersas en numerosos trámites relacionados con la casa, la herencia, los bancos y, por supuesto, el funeral. Por suerte no estaba abatida por la pena, así que lo único que le comportaron aquellos trámites fueron molestias, ya que dolor, lo que se dice dolor...

La muerte de su abuela no se podía considerar la pérdida de un ser querido. Ella nunca había entrado en esa categoría. No era una pérdida desgarradora, todo lo contrario: el final de la vida de su abuela suponía el principio de la suya.

Agradecía que el estirado de Ángel, el sobrino de su abuela, no hubiera aparecido porque se encontraba en un importante viaje de trabajo. ¡Qué cosas tiene la vida! La anciana no era capaz de respirar sin su aprobación. ¡Lo adoraba! Se preguntó qué habría pensado su abuela de haber visto cómo su fiel sobrino no asistía a su funeral. Sonrió ante la ironía.

Ese odioso hombre siempre había intervenido en todos los asuntos de la familia desde que murió su abuelo. No importaba si era invitado a ello o no, él siempre manejaba a su abuela, que no era capaz de respirar sin su consentimiento, para que hiciese lo que él quería. Se le daba muy bien manipularla. Sin embargo, para Daniela, Ángel no era más que un pobre imbécil con una vida llena de frustraciones. El único espacio en el que se sentía algo importante era dando vueltas alrededor de la anciana. Se aferraba a ese papel con entrega y devoción. Con suerte, no tendría que volver a verlo nunca más.

¡Qué odiosos días! Por suerte ya habían terminado. Agradecía que su gran amigo Nico hubiera viajado desde Madrid para estar con ella durante el funeral.

«Esto había que celebrarlo, Daniela», le dijo sin ningún tipo de miramiento. Tenerlo a su lado aquellos días había sido un elixir de energía.

Las últimas conversaciones con Nico habían hecho que despertarse de esa especie de neblina en la que había estado viviendo los últimos años. Nico, a pesar de la distancia que les separaba, le había demostrado año tras año que siempre estaba disponible para ella. Era más que un amigo: era el hermano que nunca tuvo.

Recordó con cariño la conversación que mantuvieron tras el funeral:

—Daniela, ahora es el momento de marcar un antes y un después en tu vida.

—Ahora no puedo pensar, no es el momento de hablar de esto —murmuró observando la expresión preocupada de su amigo.

—¿Cómo que no es el momento? Es el momento y vamos a hablar de ello —dijo elevando el tono de voz.

La versión paternalista de Nico era insoportable.

—¡Suave, Nico! Aún no he tenido tiempo para pensar.

—¿Tiempo? Eso es precisamente lo que más has desperdiciado últimamente, así que no me vengas con esas. Es un buen momento para hablar y hacer planes, no pienso sentarme a observar cómo sigues desaprovechando ni un solo minuto más de tu vida —La miró con dureza—. ¿Quieres que te recuerde lo patética que ha sido los últimos años?

—¡No!, no es necesario. Yo... no sé. Es cierto que para mí ha sido como si el tiempo se hubiera detenido, pero en las últimas semanas todo ha sucedido de forma muy rápida y caótica.

—¡Escúchame, Daniela Kearney! —le ordenó empezando a perder la paciencia

Cuando Nico pronunciaba su nombre completo era mejor no interrumpirlo.

—Hemos hablado infinidad de veces de este tema. He podido llegar a entender o... más bien respetar, aunque me ha costado, que siguieras con la vida que llevabas, sin tomar ninguna decisión y dejándote arrastrar de la manera que lo has hecho. Pero tu abuela ya no está. La acabas de enterrar. La bruja mala ha muerto y el cuento pide a gritos un final feliz. ¡Mírate, Daniela! ¿Cuánto hace que no te miras en un espejo? Mira el aspecto que tienes. ¡Estás fatal! No eres ni la sombra de lo que fuiste.

Nico sacudió la cabeza con un gesto de desaprobación antes de continuar:

—Tienes que tomar decisiones rápidas —continuó—. Ha llegado el momento de que te largues de aquí. No tienes nada que te ate; ni trabajo, ni amigos, ni pareja. Te has encargado tu solita de vivir en una burbuja todos estos años. ¡Se acabó! Sal de esta ciudad y empieza una nueva vida. Para eso no tienes que pensar demasiado.

—Lo ves todo tan fácil... —dijo ella suspirando.

—Quizás porque lo es. Coge un papel y un lápiz y haz una lista de todas esas cosas que quieres hacer, que desees, que no te quieres perder. Una lista con todos tus propósitos. Escribe todo lo que te apetece hacer y vivir. Solo lo que a ti te importe. Coge esa lista y pégatela en la frente. Soluciona lo que tengas que solucionar aquí, haz tu maleta y ven a Madrid. ¡Así de fácil!

Daniela suspiró. Nico tenía razón. Ya había tenido demasiado tiempo para pensar, ahora tocaba actuar.

Antes de marcharse, Nico le regaló una de esas frases célebres que formaban parte de su infinito repertorio de Siempre tenía una para cada ocasión ¿Qué sería de Nico sin sus frases? Le encantaba impresionarla con ellas. Solía susurrárselas, como si quisiera envolverlas en misterio, terminando por nombrar al autor en un tono de voz más alto.

En esta ocasión la cita que le regaló era de Françoise Sagan:

*Solo cerrando las puertas detrás de uno, se abren las ventanas hacia el porvenir.*

El sonido persistente del timbre la sacó de sus pensamientos. ¡Dios, lo había olvidado! ¡El taxi la esperaba!

Mientras se dirigía a la salida del edificio, observó las llaves que tenía en la mano. Había acordado con el imbécil de Ángel, el actual dueño del piso, que las dejaría en el buzón. Así lo hizo. Fue un movimiento lento. Quería disfrutar de los pequeños detalles que formaban parte de

ese día; se estaban convirtiendo en un auténtico ritual de liberación.

Al salir a la calle y ver la cara malhumorada del taxista, no le quedó ninguna duda de que había perdido la noción del tiempo.

«Es el primer minuto de mi nueva vida», pensó. «Pero al taxista le importa bien poco», añadió.

El conductor siguió sus indicaciones haciendo una breve parada en el hotel donde se había alojado los tres últimos días, debido a que Ángel había contratado una empresa para desocupar el piso.

Tras recoger su diminuta y única maleta en recepción, volvió a subir al taxi dándole nuevas instrucciones sobre su destino al malhumorado conductor.

Le gustó el sonido que emitieron esas palabras, las que anunciaban el lugar al que se dirigía.

«Suenan bien, suenan genial, suenan a sueño, suenan a nueva vida», se dijo sonriendo.

—A la estación del AVE, por favor.

Tenía una cita con un tren de alta velocidad que la conduciría hasta Madrid, donde anhelaba con ilusión y algo de inquietud, pasar los próximos minutos, horas y días de su nueva vida.

Según la teoría de Nico, aquel 3 de septiembre acababa de empezar «el después» en su vida. El «antes» debería aprender a borrarlo, aunque sabía que no sería tan sencillo.

## 2

«¿Por qué no seré capaz de subirme a un avión?», se preguntó Daniela al pensar en las tres horas que duraba el trayecto desde Barcelona hasta Madrid.

Siempre había tenido miedo a volar. La sola idea de subirse a un avión le producía escalofríos, y en algunas ocasiones había tenido que renunciar a algún pequeño viaje por ese motivo. De eso hacía ya mucho tiempo, cuando tenía una vida en la que de vez en cuando, solo de vez en cuando, aparecía algún proyecto interesante.

Sentada en un banco de la estación, frente a una pantalla gigante que indicaba las salidas de los trenes, pensó en lo rápido que habían pasado las últimas semanas desde que había llamado a Nico para decirle que había decidido ir a Madrid:

—Hola, Daniela, pensaba llamarte esta noche.

—Me he adelantado. Quería contarte que ya lo tengo todo arreglado. ¡Soy libre!

—¡Genial! Cuéntame —le pidió impaciente.

—Ayer leímos el testamento.

—¿Testamento?

—¡Sí! Un papelito que se escribe antes de morir donde...

—¡Vale! —la interrumpió—. Ya sé lo que es un testamento. ¿Y bien? ¿Cuál ha sido la última voluntad de la abuelita?

—El piso se lo ha dejado a su sobrino Ángel.

—¿Qué? —gritó, horrorizado.

—Lo que has oído. Yo ya me he curado de la sorpresa —dijo tras soltar una risita forzada.

—No puedo creerlo. Lo único que tenía y se lo deja a ese imbécil. ¡Impresionante!

—Sé que había un testamento anterior que redactaron mi abuelo y ella, pero al parecer tras su muerte, ella hizo alguna modificación para dejárselo a su sobrino.

—Mejor me callo lo que pienso. No está bien decir esas barbaridades de un muerto. Y dime, ¿eso es legal? ¿Puedes reclamar?

—Ni lo sé ni lo quiero saber. No voy a entrar en esa batalla legal. Supongo que podría hacer algo, pero te aseguro que si esa era su última voluntad yo no pienso mover un solo dedo. Eso sí, no me parece justo. Yo creo que Ángel ya lo sabía, ya que no pareció sorprenderse cuando el notario lo leyó. Me ha dicho que no tenga prisa por irme, que puedo quedarme el tiempo que necesite.

—¡Será cabrón!

—No importa, Nico. Solo quiero pasar página.

—¿Dolida?

—Sí, en cierto modo. Me resulta extraño pensar que me dejase en la calle, que no pensara en ello. Aunque en realidad no se puede considerar que me haya desheredado, me ha dejado algo.

—¿En serio? ¿Qué te ha dejado? ¿Una deuda? ¿Una maldición? ¿Su escoba? —preguntó Nico en un tono entre irónico y divertido.

—No, señor —dijo ella riendo por las ocurrencias de su amigo—. Debo anunciarle... que se encuentra usted hablando... con la propietaria de... nada más y nada menos que ¡un huerto! —lo dijo mostrando una fingida emoción.

Nico permaneció en silencio, no muy seguro de haber escuchado bien. Quizás su amiga estaba



bromeando.

Daniela ante el silencio de Nico empezó a reír a carcajadas y continuó con lo que le parecía una conversación de lo más divertida, claro que al leer el testamento no se lo había parecido tanto.

—¿Qué quieres decir con «un huerto»? —reaccionó Nico, confundido.

—Un pequeño terreno donde se plantan tomates, lechugas...

—Sé lo que es un huerto —la interrumpió—. Pero ¿qué significa eso?

—Significa que las únicas propiedades de mi abuela eran el piso de Barcelona, que ahora le ha dejado a su sobrino, y un huerto a las afueras de la ciudad, que me ha dejado a mí. Mi abuelo compró el terreno con la intención de hacer una pequeña casa hace muchos años, pero tuvo que abandonar el proyecto al caer enfermo.

—¿Conocías la existencia de ese... huerto? —preguntó él, con tono despectivo.

—No, no tenía ni idea. Se ha convertido en huerto porque un vecino y amigo de mi abuelo lo utiliza como tal. Está situado entre varias casas, la de al lado es del vecino que la utiliza. Hoy he ido a verlo y me ha hecho una oferta por él, está interesado en edificarlo. Ya se lo había propuesto varias veces a mi abuela, pero ella nunca quiso vendérselo.

—Lógico, tenía que conservar algo para dejártelo en el testamento. Si hasta va a resultar que la bruja tenía conciencia.

Los dos rieron a carcajadas.

—¡Increíble! —continuó Nico—. Con la cantidad de apuros que pasaste para pagarlo todo y se niega a vender un puto huerto. Cada día voy glorificando más a tu abuela —dijo dolido.

—No te falta razón —dijo afligida—. Pasamos apuros económicos. Me resultaba muy difícil pagar todos los gastos; la atención médica, la enfermera. Ella sabía que había tenido que pedir un préstamo al banco y que trabajé como una loca. ¿Cómo pudo permitirlo? Ese dinero nos hubiese ayudado mucho. Incluso le planteé muchas veces la idea de vender el piso; era demasiado grande para las dos y podíamos mudarnos a uno más pequeño. Hubiéramos podido hacer frente a muchos pagos con el dinero que hubiéramos obtenido a cambio, pero siempre se negaba, decía que quería morir en su casa. Claro que... su sobrino no ayudó mucho. ¡No puedo creerlo, Nico! Si no hubiera sido por el dinero que me enviaba mi tío Matt, no sé qué habría pasado.

—La bruja de tu abuela era así de peculiar para todo. Recuerda que te ocultó durante muchos años que Matt te enviaba dinero religiosamente cada mes. ¿Cuándo te enteraste de ello? ¿Cuándo cumpliste los... dieciocho?

—Sí, recién cumplidos —Daniela suspiró—. Pero no quiero ir hacia atrás. Volvamos a otros temas. Antes que me preguntes qué narices voy a hacer con el huerto, te diré que voy a venderlo. No tengo ni idea del valor del terreno, ni sé si lo estoy vendiendo por debajo de su precio o no, pero el vecino me ha ofrecido una cantidad que me ha parecido más que razonable y hemos llegado a un acuerdo, así que mañana mismo podemos dejar zanjada la venta. El hombre parecía tener prisa y se ha ocupado de todo.

—¡Bien! Sé que no es un tema que te guste tratar, pero si necesitas dinero no dudes en decírmelo.

—Nico, te lo agradezco pero estoy bien. Matt canceló el préstamo con el banco, aunque lo hizo sin avisarme. Se puede decir que estoy limpia y respaldada por el dinero que voy a sacar del huerto. Encontraré un trabajo y viviré de él como hace todo el mundo.

—Me conformo con que añadas el verbo vivir en tus frases —dijo suspirando. Hacía mucho tiempo que sus conversaciones estaban estancadas, siempre girando alrededor de su pasiva vida—. Daniela, cielo. Una pregunta y una respuesta rápida: ¿y después de la venta qué?

—Después me subiré a un tren camino de Madrid.

—Ya era hora. Es una gran noticia. ¡Por fin te has decidido! —dijo entusiasmado.

Daniela se emocionó al sentir la misma emoción en las palabras de su amigo.

—Sí, me he decidido. Tengo el billete para dentro de cuatro días—Soltó una risita traviesa—. También hice mi lista de propósitos, tal y como te prometí, y ¡funcionó! Me hizo despertar. Pienso perseguir todos y cada uno de ellos. Gracias, Nico.

—¡Cómo te quiero! Pasaré a buscarte por la estación.

Sumergida en la conversación que mantuvo con Nico, apenas escuchó el aviso que anunciaba el tren. Se levantó de un salto, convencida de que no podía perderlo.

Una vez acomodada en su asiento, sintió su respiración algo agitada. Estaba inquieta por el viaje. ¿Estaría actuando bien? ¿O había tomado una decisión equivocada? Desvió su mirada hacia la ventana apoyando la cabeza en el cristal. A esa velocidad las imágenes eran borrosas. Cada kilómetro que se alejaba de Barcelona la reconfortaba más y más. Lejos, lejos, y de prisa, muy de prisa...

Su huida no consistía en dejar atrás solamente un pasado cargado de decepción y desesperación, o un montón de sueños frustrados. ¡No! Se trataba de dejar atrás a la mujer en la que se había convertido, una mujer que no quería ser. Deseaba con todas sus fuerzas dejar a esa Daniela atrás. Su vida pasada debía quedar en el recuerdo y gran parte de ella en el olvido.

Reconfortada por ese pensamiento, comenzó a relajarse y su respiración se estabilizó. Se dijo a sí misma que estaba haciendo lo correcto.

Adoraba la ciudad de Barcelona, en ella había pasado la mayor parte de su vida, pero era hora de cambiar.

«No, no me equivoco. He cogido el tren correcto, en el momento correcto», se animó.

El trayecto parecía interminable. Sacó el papel, algo arrugado, que llevaba en el bolsillo y lo releó varias veces. Era su lista de propósitos. Lo llevaba consigo a todas partes: en el bolsillo, en el bolso. Siempre a mano. Una pequeña terapia que le ayudaba a emprender su esperado vuelo.

### *PROPÓSITOS DE DANIELA*

*Vivir sola.*

*Ser una mujer más sexy*

*Subir a un avión, sin anestesia.*

*Acostarme con un hombre el mismo día que lo conozca, aunque me conformo con acostarme.*

*Perseguir un orgasmo alucinante —dicen que existen—.*

*Subirme sobre unos zapatos de tacón vertiginosos sin romperme la crisma.*

*Bailar desnuda, acompañada si es posible.*

*Dejarme hacer un masaje.*

*Escribir un libro*

*Visitar el museo donde se encuentre el «maldito cuadro».*

*Vivir sin reglas y vivir sin normas.*

Aún quedaban muchas horas por delante. Agotada de dar tantas vueltas a la cabeza, se quedó dormida mirando a través de la ventana, sintiendo cómo su antigua vida quedaba atrás a la misma velocidad en que ella se alejaba.

Se despertó sobresaltada, con la respiración agitada y el corazón a punto de salirse del

pecho. Un señor de avanzada edad, que se encontraba justo en el pasillo de asientos contiguo, la miró con expresión preocupada y le preguntó si se encontraba bien. Ella le agradeció su interés y se excusó.

De nuevo ese maldito sueño sin sentido que a lo largo de su vida se había repetido en numerosas ocasiones, aunque en la últimas semanas con más frecuencia. No recordaba con exactitud la primera vez que aquellas imágenes invadieron su mente mientras dormía. Algunos recuerdos relacionados con ese sueño se remontaban a cuando tan solo era una niña.

Había consultado varios libros sobre la interpretación de los sueños. Sobre todo, cuando se repetían con mucha frecuencia, pero nunca llegó a obtener ninguna información interesante. Llegó a pensar, incluso, en consultar a un profesional, pero nunca llegó a hacerlo. Aprendió a vivir con él y a olvidarlo cuando tardaba en aparecer.

Siempre era la misma imagen, la de una famosa obra de un pintor francés. Durante un tiempo se dedicó a obtener información sobre aquel cuadro y su autor, pero no halló ningún detalle que le aclarase por qué aparecía en sus sueños.

«Ese maldito cuadro», se dijo de nuevo.

Tal y como escribió en sus propósitos, era un tema al que tenía intención de dedicarle más tiempo.

Para evitar que el sueño apareciera de nuevo, se obligó a permanecer despierta.

Decidió escribir un correo a su tío Matt.

Él era la única familia que le quedaba. Era hermano de su padre. Solo tenía siete años cuando se quedó huérfana y él se hizo cargo de ella.

Matt, hundido por la tragedia, tuvo que sacar fuerzas de donde no las tenía para cuidarla. Viajó con ella a España desde Panamá, donde residían, para que pasara unos días con sus abuelos, a los que no conocía.

Conoció a Nico y a Ana, dos niños vecinos de sus abuelos con los que empezó a congeniar rápidamente y con los que pudo olvidar su tragedia. En pocos días volvió a comunicarse con todo el mundo y volvió a mostrar su característico entusiasmo por todo lo que la rodeaba.

Matt, tras ver el cambio que se produjo en ella, decidió dejarla una temporada más con sus abuelos para que siguiera recuperándose y volvió a Panamá.

Lo que en principio iba a ser una temporada, se había alargado hasta la fecha actual. Nunca volvió con la intención de llevársela a Panamá, pero siempre estuvo presente en su vida. La llamaba todas las semanas y la visitaba dos veces al año. Daniela siempre recibía un regalo de él por su cumpleaños y por Navidad, y envió dinero todos los meses religiosamente a sus abuelos para ayudar en su manutención.

Daniela se adaptó rápidamente a su nueva vida, y durante su infancia y adolescencia nunca se cuestionó por qué no había vuelto a vivir con Matt. Sin embargo, de adulta, deseó muchas veces que hubiese vuelto a buscarla.

Recordó que Matt le había escrito un correo hacía unos días y no le había contestado. Ahora era un buen momento. Quedaba más de una hora de trayecto y pensó que podría matar el tiempo de esa manera.

Era muy habitual que se comunicasen vía correo electrónico, aunque casi todas las semanas la llamaba por teléfono. A pesar de la distancia, Matt siempre había formado parte de su vida, aunque durante los últimos años le había omitido muchos detalles de la cruel realidad su vida. Él tenía una versión más suave. Nunca quiso contarle a lo que se enfrentaba cada día. Para ella hablar con él era una vía de escape y no quería estropearlo haciéndole partícipe de sus problemas.

Ahora lamentaba haberlo hecho. Si le hubiese hablado de todo lo que estaba ocurriendo, todo

habría sido muy distinto.

Él no hubiese permitido que ella dedicase su vida a los cuidados de su abuela, renunciando prácticamente a vivir. Pero ella también era culpable de no haber sido más consciente de su propia realidad y haber hablado de ella. Había sido más fácil mirar hacia otro lado.

A pesar de la insistencia de Nico por abrirle los ojos y hacerla reaccionar, ella siguió con el mismo camino durante años. Una elección que le hizo sufrir mucho. Su estado emocional se fue deteriorando y cuando quiso darse cuenta estaba demasiado cansada y hundida.

Matt era canadiense como su padre. Se comunicaban en inglés, su lengua paterna. Desde muy pequeña convivió con las dos lenguas, el inglés lo utilizaba con su padre y su tío Matt, mientras que el español, con su madre.

*Hola, Matt:*

*He terminado todos los trámites y me dirijo a Madrid. Voy a vivir en casa de Nico un tiempesito.*

*Buscaré un piso y un trabajo. Nico me ayudará.*

*Estoy tranquila y muy ilusionada. Empiezo de cero.*

*Tenemos que hablar del dinero que me envías cada mes, eso se tiene que terminar.*

*Te llamo cuando esté instalada.*

*Te quiero,*

*Daniela.*

### 3

Sentada frente a su portátil, en el salón de Nico, Daniela repasaba las ofertas de empleo.

—Desesperante —dijo en voz alta.

Sabía que no iba a ser una tarea fácil, pero no hasta ese punto. Habían transcurrido tres semanas desde su llegada a Madrid y aunque todavía no estaba desesperada por encontrar un trabajo, ya empezaba a impacientarse. En la última semana había asistido a seis entrevistas para cubrir puestos de secretaria y de recepcionista, pero todas habían concluido con un amable: «ya le llamaremos». Había perdido la cuenta de los currículums que había enviado, aunque algunos se los podía haber ahorrado. No tenía muchas posibilidades de éxito si los principales requisitos de esas ofertas eran el dominio del alemán, el ruso o el árabe, básicamente porque no sabía decir una sola palabra en otro idioma que no fuera inglés o español. Aun así, se animaba a sí misma pensando que como no tenía nada mejor que hacer no podía considerarse una pérdida de tiempo. ¿Y si...? ¡Nunca se sabe!

De momento estaba tranquila. Si en un tiempo razonable no encontraba nada, tendría que ampliar su búsqueda a otro campo. El más lógico, aunque el menos apetecible para ella, era el relacionado con su verdadera profesión: Fisioterapeuta. De momento prefería mantenerse alejado de ella.

Recordó los cuatro años que había trabajado como secretaria en una empresa de construcción, aunque el sueldo no era muy elevado, fue una ayuda a la hora de costearse los estudios universitarios.

Cómo se arrepentía de haber estudiado esa carrera, había sido una de las mayores estupideces de su vida. Ella quería ser profesora de literatura, o bibliotecaria. Su pasión eran los libros. Parte de su desbordante imaginación se la debía a ellos.

Pero el destino la había llevado por un camino muy alejado de sus amados libros. Todo se torció cuando murió su abuelo.

Nunca fue un abuelo de verdad, ni siquiera un poco cariñoso, pero al menos su presencia garantizaba algo de paz en su casa.

Daniela solo tenía diecisiete años, y su muerte fue, sin duda, el principio del pequeño infierno que vivió.

Su abuela siempre había sido una mujer callada y fría. Se paseaba como un fantasma a la sombra de su abuelo y no mostraba interés por nada que no fueran él y sus necesidades. Una mujer pesimista y llena de prejuicios. A la hora de repartir cariño era exactamente igual de entusiasta. A pesar de no ser muy habladora, en ocasiones podía ser muy cruel con sus comentarios. Parecía que ahorrara las palabras para no gastarlas, y cuando decidía utilizarlas era para hacer daño y vomitar reproches.

Fueron muchas las ocasiones en que le había recalcado que ella había sido una carga para ellos, en todos los sentidos. Comentarios como ese eran frecuentes cada vez que tenían una pequeña discusión. Teniendo en cuenta que Daniela era una adolescente, las discusiones eran muchas, así que ese tipo de comentarios no solían faltar.

Ella sufría con aquellos dardos cargados de veneno, aunque con el tiempo se acostumbró a ellos y llegó un momento en que ya no le afectaban.

Nunca le hablaban de su madre. Era un tema tabú. Fue su tío Matt el que a lo largo de los años

le fue contando detalles de sus padres. Su abuela se comportaba día tras día como si su madre nunca hubiera existido y ella llegó acostumbrarse a esa idea. Era demasiado joven para entender o para cuestionar.

Su abuelo no solía herirle con sus palabras, y no solo porque pronunciara pocas, sino porque era mejor persona, algo mejor. En algunas ocasiones la había consolado tras una disputa con su abuela. Tampoco le habló de su madre jamás. Solo en alguna ocasión la había nombrado enfrentándose a las miradas asesinas de su abuela. Su actitud era pasiva totalmente. Nunca se enfrentaba a su abuela, la dejaba hacer y deshacer a su antojo. Solo lo vio intervenir en casos muy concretos. Con los años llegó a entender que era una víctima más de aquella bruja y que su forma de actuar era pura supervivencia. Claro que también pudo salir corriendo y alejarse de su mujer, pero no lo hizo, igual que Daniela.

Cuando su abuelo murió, su abuela se convirtió en una mujer amargada que vivía en una constante lamentación. Se volvió todavía más fría de lo que era, siendo incapaz de expresar un solo pensamiento positivo. Se sumergió en una burbuja donde lo único que hacía era lamentarse de su pérdida y culpar a todo el mundo de sus males, principalmente a ella que se convirtió en la diana de su frustración y dolor.

La anciana se volcó por completo en su sobrino Ángel, otorgándole un papel muy importante en su vida, y convirtiéndolo en el asesor oficial de la familia, o de la poca que quedaba. Familia no era la mejor descripción de aquel conjunto de personas, pero no conocía otra palabra con la que describirlo.

Ángel recibió el honorable título del hombre de la casa, y todo lo que se hacía en ella debía pasar por su aprobación. Él fue el encargado de presionarla hasta la saciedad para que iniciara una carrera universitaria que ni le iba ni le venía.

Sus argumentos se basaban en afirmar que era una carrera con mucho futuro. Como él también lo era, podría abrirle algunas puertas. Si Ángel lo decía, entonces era importante y no había nada más que decir.

Intentó en muchas ocasiones expresar lo que ella sentía, lo que ella quería estudiar, pero fue en vano. Siempre acababan etiquetando sus sueños de absurdos.

Daniela tenía mucho carácter, pero en aquella casa las conversaciones no existían, solo se convertían en discusiones. Poco a poco su genio se fue suavizando, estaba cansada de no ser escuchada y de vivir en un espacio vacío y silencioso. Siempre acababa cediendo.

Pensó en pedir ayuda a Matt muchas veces, pero decidió mantenerlo alejado de sus problemas. Los pocos momentos que lo veía o hablaba con él eran un regalo, una vía de escape en el caos emocional al que estaba sometida.

No fue hasta dos meses antes de la muerte de su abuela cuando Matt empezó a tomar conciencia de lo que había sido su vida. Le contó por todo lo que estaba pasando y en lo que se había convertido su patética existencia. Matt se enfadó y le reprochó no haberle contado antes todo lo que le ocurría y haberle mentido haciéndole creer que estaba bien.

Había apagado lentamente su vida dedicándola a los cuidados cada vez más exigentes de su abuela, y en todo ese tiempo había perdido la noción del mismo y sobre todo la conciencia de la realidad. Entendía que Matt se hubiese enfadado, pero para entenderla a ella era necesario meterse en su piel y vivir lo que ella había vivido.

Su abuela y Matt no tenían contacto alguno. Cuando viajaba a España para visitarla se alojaba en un hotel y allí se encontraban. Todo lo que estaba relacionado con sus padres era un tema impronunciado en su casa. Nada de anécdotas, nada de recuerdos, nada de fotografías. Su madre había muerto muy joven y sus abuelos nunca se comportaron como unos padres que habían perdido

a una hija. Nadie en esas circunstancias entierra incluso los recuerdos.

El timbre de su móvil la sobresaltó.

—¿Qué tal tu búsqueda de trabajo? ¿Ya ha caído algo? —le preguntó Nico en tono divertido.

—¡Sí! Me han ofrecido siete empleos, y en todos me han suplicado que acepte y no sé cuál escoger —dijo Daniela, irónica—. Es todo un dilema.

—Tranquila, cielo, ya saldrá algo. Hablaré con algún amigo.

—Hace un par de años yo tenía un trabajo y...

—... Y un asco de vida, y una bruja por abuela que te estaba amargando la existencia, y un amigo que te veía hundirte cada día más y... mucha mierda —dijo de un tirón—. Hasta hace un par de años tenías un trabajo, ¿y qué? Ahora no lo tienes y pronto lo tendrás. Fin del tema.

—De acuerdo. Fin del tema.

—Necesitas evadirte. He quedado con Javier más tarde para cenar y tomar unas copas. Cuento contigo. Quedamos a las nueve. Te paso a buscar. Ahórrate la excusa —dijo Nico de una forma lenta y calmada.

—No te iba a dar ninguna excusa. Me apetece salir un rato. Estaré lista a las nueve.

Desde que llegó a Madrid había salido poco. A pesar de la insistencia de Nico en salir continuamente para que se distrajese, siempre acababa por poner alguna excusa. Su favorita era que se lo quería tomar con más calma. Tenía ganas de hacer muchas cosas, pero prefería adaptarse poco a poco a todos los cambios que se estaban produciendo en su vida.

Le encantaba cuando llegaba la noche y pasaba horas charlando con Nico. Durante el día, Nico estaba en el trabajo. Ella aprovechaba entonces para descansar, buscar trabajo o pasear. Quería conocer mejor la ciudad. En alguna ocasión se acercaba al estudio de Nico, aprovechando su descanso, y almorzaban juntos. Incluso llevaba comida que había cocinado ella. Era una gran cocinera.

Aunque Daniela era algo reservada para hablar de sí misma, con Nico era distinto. Si necesitaba hablar de algún tema, con él resultaba fácil. Aun así, siempre le reprochaba que fuese reservada y que le contase pocas cosas. Era una discusión habitual entre ellos.

Se alegró de que hubieran quedado con Javier, aunque no era la primera vez. Habían salido a cenar con él un par de veces, además de otras tantas que se había presentado en casa para unirse a sus charlas nocturnas.

Javier era el socio de Nico y ambos tenían una amistad muy estrecha. En alguna ocasión había acompañado a Nico a Barcelona y lo habían pasado muy bien, dentro de lo posible, teniendo en cuenta las circunstancias en las que ella vivía.

Aparte de amigos eran propietarios por partes iguales de un estudio de fotografía que les funcionaba muy bien. Tenían más encargos de los que podían atender y los dos adoraban su trabajo. Habían nacido para estar detrás de una cámara.

Nico hacía casi ocho años que vivía en Madrid. Antes de dedicarse a la fotografía, se dedicaba a la pintura. Tenía mucho talento. Había hecho varias exposiciones con éxito. Todo su mundo giraba alrededor de sus pinceles.

Un accidente de coche le dañó la mano derecha y redujo su movilidad hasta el punto de no poder seguir pintando. Fue una etapa muy dura. Su optimismo y su fuerza le ayudaron mucho hasta el punto de olvidarse de la pintura y buscar otras opciones. Se fue a Madrid a estudiar fotografía y allí empezó su carrera junto a Javier para acabar montando el estudio que tenían actualmente.

Cuando Nico se marchó, dejó un vacío en su vida que siempre la acompañó. Nico y Ana fueron su elixir cuando llegó a España, creció con ellos, fueron juntos al colegio y pasaron la complicada adolescencia juntos. Eran inseparables. Verlos partir a ambos la había destrozado.

Primero fue Nico y tan solo unos meses después Ana. Ellos siempre estaban a su lado y le hacían olvidar una realidad que en ese momento, y durante muchos años, se negó a ver.

Se acostumbró a estar sin ellos y a seguir adelante, aunque no pasaba un solo día que no los echase de menos. Su vínculo con Nico era mucho más fuerte, así que fue a él al que más añoró.

Estaba empezando a pasar página. Se lo merecía. Era el momento.



## 4

Bajó las escaleras a toda prisa para reunirse en la calle con Nico. No quería hacerlo esperar. Al llegar al portal del edificio sacó de su bolsillo el papel, cada vez más arrugado, con sus propósitos y lo leyó por encima. Se había convertido en su amuleto.

Se miró en el espejo que había en el portal y tomó conciencia de la urgencia de emplearse a fondo en su imagen. No le gustaba su aspecto demacrado. Estaba demasiado delgada, su cabello no tenía una forma coherente...

«Es suficiente», se dijo.

Si seguía observándose en ese espejo, acabaría dando media vuelta y volviendo a entrar en casa. Al día siguiente haría un esquema y dedicaría unas cuantas horas a preparar el proyecto «Cambio urgente de *look* de Daniela».

Se reunieron con Javier en un restaurante pequeño donde según Nico hacían la mejor pasta de la ciudad. Era un lugar acogedor.

Javier estaba sentado en una mesa situada en un rincón. Alzó la vista y les dedicó la mejor de sus sonrisas.

Era un hombre atractivo, aunque él no parecía ser consciente de ello. Tenía un aire desenfadado y eso le confería una imagen muy cercana. Una vez más, a Daniela le llamó la atención su forma de vestir. Utilizaba extrañas combinaciones de colores que solo a él podían favorecerle. De ver ese atuendo en otra persona, estaba convencida de que el resultado sería catastrófico. Ese día llevaba prendas básicas de diferentes colores que, no sabía cómo, había conseguido que resultaran elegantes. Eran prendas caras, pero no le sorprendió para nada. El estudio les proporcionaba más que suficientes beneficios para vivir cómodamente.

Siempre fue un misterio la orientación sexual de Javier. Una vez le pidió a Nico que se lo aclarase, pero la respuesta no fue muy aclaratoria: «Bueno, depende, según se mire, yo diría que sí y que no...».

En una ocasión que Javier viajó a Barcelona se lo preguntó directamente a él:

—Javier, me gustaría hacerte una pregunta sin que te sientas molesto u ofendido.

—¿Por qué me ibas a ofender? Pregunta lo que quieras—le había respondido dedicándole una de sus sonrisas.

—Yo... me preguntaba si... eras gay.

—¡Casi! —No parecía ofendido.

—¿Casi?

—Unas veces más que otras.

Daniela recordó las carcajadas que le produjo aquella extravagante respuesta. Estaba claro que algo gay era, pero... por lo visto no solo gay, o no siempre gay. Sin duda aquel hombre era increíble.

Mientras disfrutaban de una pasta deliciosa, Javier y Nico se dedicaron a explicarle todo tipo de anécdotas relacionadas con su trabajo. A pesar de insistir continuamente en que ellos, ante todo, eran muy profesionales, intentando que ella no se llevara una imagen equivocada, le contaron su experiencia en un reportaje que habían realizado para una empresa de publicidad en la que habían tratado con unas modelos bellísimas. Javier le confesó que a pesar de ser un tipo de trabajo que realizaban a menudo, su parte no gay había tenido serios problemas para concentrarse

con tanta belleza semidesnuda. Por su parte, Nico, que adoraba a las mujeres, a todas ellas, había disfrutado de lo lindo con tanta modelo.

Nico no era un hombre excesivamente atractivo, pero tenía algo que atraía mucho a las mujeres. Tenía un estilo elegante y seductor y era capaz de conquistar a cualquier mujer que se propusiera. Sus conquistas, una media de una por semana, y sus fotografías ocupaban la mayor parte de su vida.

Daniela había encontrado, repartidas por todo el piso, diferentes tipos de prendas femeninas que sin duda no correspondían a la misma mujer.

—¿Y esto? —le había preguntado un día sosteniendo un sujetador de encaje para ver su reacción.

—Cielo, eso tiene relación con unas «cosillas» que hacemos los adultos. Se llama sexo. Ha llegado el momento de tener una charla sobre el tema. —No había dejado escapar la oportunidad de burlarse de ella.

Solía hacerlo a menudo. La mayoría de las veces acaban volando objetos por encima de su cabeza.

Al margen de sus bromas, Daniela sabía que aquellas distintas prendas femeninas representaban la máxima profundidad de Nico en sus relaciones. No era capaz de comprometerse. Ella no recordaba haberlo visto nunca completamente enamorado. Tampoco recordaba que hubiera mantenido algo parecido a una relación. Claro que ella tampoco, aunque por otras razones.

Relaciones... ¿Qué era eso? Ella podía hablar poco de ellas. Daniela no recordaba la fecha de su última cita. Habían pasado más de dos años. ¿O tres? Podía contar con los dedos de la mano las aventuras que había tenido. Algún lío en el instituto y un par más en la universidad.

Puestos a contar, también le cabían en los dedos de la mano el número de veces que había mantenido relaciones sexuales.

En el submundo en el que había vivido, más concentrado en el último año, no había lugar para hombres. Había pasado mucho tiempo lamentándose de no poder llevar una vida como cualquiera de sus amigas. Había escuchado relatos de todo tipo de citas fascinantes, polvos apoteósicos y mil historias más, que sus amigos, incluido Nico le habían contado. Pero ella solo podía escuchar, imaginar y soñar. Tuvo muchas fantasías, eso sí, todas ellas inspiradas en besos ardientes.

Recordó su última relación. Entendiendo por relación un número de citas superior a diez. Su nombre era Andrés y años después seguía sin entender por qué había salido con él. Lo dejó cuando se dio cuenta que estaba muerta de aburrimiento. ¡Dios, cómo lloraba cuando se lo dijo! ¡Pobrecito! Se veía tan ridículo.

Javier la devolvió a la realidad:

—¿Cómo va tu búsqueda de empleo? —le preguntó Javier cambiando de tema.

—Aún no he encontrado nada. He enviado algunas solicitudes, pero no creo que me llamen.

—Me gustaría ayudarte, solo que tu campo no es muy conocido para mí. ¿Qué buscas exactamente?

—Me gustaría trabajar en una oficina, como secretaria o recepcionista —dijo con timidez observando la expresión de asombro de Javier.

—¡Un momento! Me he perdido. ¿Tú no eres fisioterapeuta? —preguntó, algo indeciso.

Nico aclaró la curiosidad de su amigo.

—Daniela tiene un punto singular. Terminó la carrera de fisioterapeuta, un máster en no sé qué deportivo y... no sé cuántos cursos más de algo de masajes, pero... quiere un trabajo de secretaria. ¡Eso es vocación!

—Interesante —dijo Javier asintiendo con la cabeza—. Te diré, Daniela, que me gusta la gente

original —La miró con admiración.

—Mi hermano trabaja en una empresa muy grande y creo que mencionó algo de una secretaria. No presté mucha atención, pero se lo preguntaré. Le explicaré tu caso para ver si puede ayudarte.

—Gracias, eres un encanto. —Daniela le brindó una gran sonrisa.

Aunque había conversado con tono divertido sobre su búsqueda de empleo, era consciente de lo absurdo que podía parecer que buscara trabajo como secretaria en vez de fisioterapeuta.

Fue demasiado joven, o ilusa, o conformista cuando se dejó convencer para estudiar esa carrera, pero ahora era libre para decidir lo que quería.

Guardaba unos recuerdos maravillosos de los años que trabajó en aquella oficina, así que podía intentarlo de nuevo. Del que no guardaba un buen recuerdo fue del tiempo que ejerció como fisioterapeuta, sobre todo porque perdió el trabajo por culpa de los cuidados que le tenía que dedicar a su abuela. Nadie quiere tener una empleada que cada dos por tres abandona su trabajo por razones personales.

Todo eso podría haberse evitado si su abuela no se hubiese comportado de una forma tan egoísta y hubiese accedido a ingresar en una residencia. Su estado de salud era muy delicado y necesitaba cuidados continuos. Le suplicó, chantaje emocional incluido, que la dejase estar en su casa y Daniela no fue capaz de ingresarla en la residencia.

Cada vez que recordaba las horas que le dedicaba al día, las visitas de la enfermera que apenas podían costearse...

Después de quedarse sin trabajo, los médicos le dijeron que estaba muy mal y que le quedaba poco tiempo de vida, pero se alargó durante dos años más. Veinticuatro odiosos meses con sus setecientos treinta días, en los que Daniela se fue apagando cada vez más.

En alguna ocasión se había sentado frente a su abuela y había contemplado la posibilidad de asfixiarla con un almohadón. Era muy tentador, pero siempre acababa por recobrar el juicio y descartar la idea. Al fin y al cabo, lo que más le dolía era no tener el valor suficiente para acabar con aquella situación. Y todavía le dolía más saber que la mujer que estaba postrada en esa cama no se merecía sus cuidados.

No se merecía ni un solo minuto de los que ella le había dedicado, y mucho menos que echase parte de su vida por la borda. Había sacrificado su profesión, sus amigos, su mundo en general para dedicarse a ella. A cambio solo recibía frialdad y reproches.

¿Cómo habría sido su vida con sus padres, o incluso si nunca hubiese venido a España? ¿Cómo habría sido su vida si su abuelo hubiese vivido más años? Nunca lo sabría.

Tras la cena, una vez que se despidieron de Javier, volvieron a casa y Nico la invitó a charlar en el sofá.

—Cuéntame cómo estás.

—Me siento algo descolocada. Una simple cena y solo soy capaz de sentirme fuera de lugar.

—No te tortures más, cielo. Te falta entrenamiento. Te acabas de quitar el hábito y tardarás en adaptarte a la civilización —dijo Nico en un tono relajado y divertido.

«Joder, se supone que tiene que animarme», pensó.

—¿Te parezco ridícula?

—Ridícula era la vida que llevabas. Ahora estás haciendo lo correcto, que consiste en nada más y nada menos que vivir. Date tiempo, no seas tan exigente contigo misma, estás haciendo una montaña de un grano de arena. Tienes miedo a tu nueva vida y eso no debe ser así. No lo permitas.

—Se acercó a ella y le cogió la cara, obligándola a mirarlo.

—Y tú, ¿a qué tienes miedo? —le preguntó ella

—«De lo que tengo miedo es de tu miedo», William Shakespeare.

Daniela sonrió ante la increíble capacidad que tenía su amigo para encontrar siempre una frase célebre ajustada al momento. Lo abrazó, le sonrió y le dijo:

—Se acabó el miedo, Nico —Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla—. ¡Se acabó!

—Eso quería escuchar. Lo conseguirás. Lo conseguiremos. Estoy aquí y siempre estaré.  
Se abrazaron en silencio.

Adrien Feraud se encontraba en su despacho declarándole la guerra a su nueva cafetera. Tras varios intentos por averiguar cómo funcionaba, se rindió, renunciando a un muy ansiado café.

«Si estuviese Clara, esto no ocurriría», se recordó.

Se preguntó cuántas veces había pronunciado esa frase en los últimos meses.

Clara había sido su fiel y leal ayudante desde sus comienzos en la empresa. Había sido más que una ayudante o una secretaria, había sido una amiga y una madre.

Recordó con cariño las innumerables ocasiones que había recibido un golpe cariñoso en la nuca a modo de reprimenda.

Hacía muy poco que se había convertido en abuela. Su hija, que residía en Londres, luchaba contra una terrible enfermedad, y la necesitaba más que nunca. Entendía el motivo de su marcha, pero la echaba tanto de menos...

En su último día de trabajo, todos sus compañeros hicieron una pequeña fiesta para despedirla y darle algunos regalos. Él no fue capaz de asistir, prefirió hacerle su particular homenaje en privado, que consistió en un abrazo rápido y un hasta pronto. Clara lo conocía bien y sabía que podía expresar cualquier emoción en público, pero llorar... Y eso es lo que hubiese ocurrido de haber asistido a la reunión, o si el abrazo que le dio se hubiese alargado con palabras innecesarias. Clara siempre tendría las puertas abiertas. Se aseguró que recibiera una buena retribución económica y un subsidio que le permitiese vivir tranquila unos años. Había cumplido los 59 años y Adrien era consciente de que Clara nunca volvería.

El primer mes tras su marcha se había negado a buscar una sustituta. Era como un duelo personal, una forma de llorar su ausencia, pero cuando todo empezó a ser un caos se decidió a buscar una ayudante. Aunque el proceso de selección no iba a ser fácil.

Elena, la secretaria de dirección, estaba perfectamente cualificada para ocupar el puesto. De hecho, ella así lo esperaba, y apenas pudo disimular un gesto de sorpresa cuando Adrien le pidió que lo ayudase a poner en marcha el proceso de selección.

Adrien la había descartado como candidata debido a una situación incómoda que se produjo entre ellos hacía ya algún tiempo. Elena le había confesado que estaba enamorada de él en una cena que compartieron tras un evento de trabajo. Para ella, aquella cena, le había proporcionado una idea equivocada de cercanía y, por supuesto, el coraje para confesarle que llevaba años sintiendo algo por él. Aquella confesión le sorprendió y le incomodó. Su reacción fue aclararle rápidamente y con una gran falta de sutileza que debía olvidarse del tema cuanto antes. La tensión fue palpable durante un tiempo entre ellos.

No era una persona injusta como para impedir que Elena se convirtiese en su ayudante solo porque en el pasado tuvieron una conversación incómoda. Necesitaba un cambio radical, alguien completamente desconocido. Quería pasar de la cercanía y proximidad de Clara justo al extremo opuesto.

Elena se ocupaba de las entrevistas. Una vez realizadas, seleccionaba algunas candidatas que trabajaban unos días a prueba. Todas las que seleccionó fueron una auténtica decepción. No duraban más de tres días. O bien se iban ellas decepcionadas con el trabajo, o Adrien las invitaba a hacerlo. La última que estuvo reaccionó muy mal cuando le pidió, muy amablemente, si podía traerle un café.

—Disculpe, pero no he dedicado años de mi vida a estudiar una carrera para llevarle un café a nadie.

Adrien, sorprendido por su reacción, la invito amablemente a marcharse:

—Siento haberla molestado. En realidad tengo intención de pedirle a mi ayudante que me traiga un café constantemente, así que no creo que nos entendamos. Será mejor que recoja sus cosas.

Sabía que le costaría encontrar una sustituta para Clara, pero tanto...

Estaba claro que el criterio de selección de Elena no había funcionado, así que decidió ocuparse personalmente de ello. Las candidatas que le proporcionaba Elena tenían un montón de estudios, que para aquel puesto eran innecesarios.

Su perfil era mucho más sencillo. Necesitaba una mujer joven, emprendedora y dispuesta a viajar sin ningún tipo de impedimento. Una persona que llevase su agenda con la misma precisión que respirar. Estaba acostumbrado a Clara, que continuamente le recordaba todas las reuniones y llamadas que debía realizar y quería continuar con esa línea de trabajo. Alguien que le acompañase cuando tenía reuniones fuera de España y se desenvolviere a la perfección con el inglés, ya que él no lo dominaba en absoluto.

Podía haber optado por aprender el idioma, pero hasta la fecha le había ido bien sin él y no era el momento de ponerse a estudiar. Su francés paterno y su español materno eran más que suficientes para seguir haciendo lo que hacía. Había levantado el pequeño negocio de su madre para convertirla en una gran empresa y todo ello sin tener idea de hablar inglés. Todo un mérito teniendo en cuenta que la mayoría de sus clientes extranjeros se comunicaban en esa lengua.

Justo cuando estaba a punto de lamentar de nuevo la pérdida de Clara, entró Víctor en su despacho, como siempre, sin molestarse en llamar.

—Adrien, ¿tienes un minuto? —le preguntó su socio y amigo.

—¡Claro! Ahora que mi agenda es un caos absoluto, tengo todos los que quieras —contestó, resignado.

—¿Aún no has encontrado ayudante?

—No, es más complicado de lo que parece —dijo—. Por cierto, Clara te lo permitía, pero a mi nueva ayudante le dejaré muy claro que no puedes entrar sin llamar.

—Me rompes el corazón —dijo llevándose las manos al pecho en actitud cómica—. ¿Qué fue de la última? Era muy guapa.

—Sí, lo era. Una mujer muy guapa con muchos estudios que se ofendió cuando le pedí que me trajese un café.

—Amigo, no quisiera que te desanimases, pero no vas a encontrar a una Clara —Se acercó a la silla que había frente a la mesa donde estaba Adrien y se dejó caer mientras le miraba fijamente—. Quizá busques a otra igual y eso te impide ser objetivo.

—No es cierto, Víctor. Sabes perfectamente el tipo de ayudante que necesito. Las reuniones, las llamadas, organizar las salidas... y que no se ofenda si le pido un café. Ya sabes cómo funcionamos aquí.

Y así era, Víctor sabía que Adrien no era el típico jefe malhumorado, serio, que se mantenía distante y ajeno a todo el personal. Su filosofía de trabajar en equipo siempre había estado presente. Era amable con la gente que trabajaba para él. Pedir un café no era una forma déspota de demostrar su autoridad.

—Te quejabas de las candidatas que seleccionaba Elena, aunque creo que a ti no te va mucho mejor —se acomodó en la silla y cruzó los brazos en actitud relajada.

—Llegué a pensar que lo hacía expresamente para que acabase desesperado y le propusiera el

puesto a ella, pero estaba equivocado, yo no he avanzado mucho más. He tenido seis entrevistas en dos días y ninguna me ha convencido. —Se puso las manos en la cara. Decir aquellas palabras en voz alta le alteraba.

—De hecho, quería hablarte precisamente de este tema —dijo Víctor acercando su silla a la mesa y colocando las manos sobre ella.

—¡Explícate!

—Mi hermano me ha pedido que interceda por una amiga suya.

—¿Javier? —preguntó, sorprendido.

—No tengo otro.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Tiene una amiga que acaba de llegar a Madrid, es de Barcelona. Según Javier, es estupenda, busca trabajo y me comentó si podía pedirte que la entrevistases.

—¿Qué sabes de ella?

—Nada, no la conozco. Solo sé lo que me ha contado Javier. Quisiera al menos decirle que he hecho algo al respecto. No quiero que acabe diciendo que paso de él y que es él el que siempre me está haciendo favores.

—¿Pretendes que contrate a esa chica, que no conoces de nada, para limpiar tu conciencia de pésimo hermano?

—No me has entendido, no es eso lo que te pido. Solo que la entrevistes. Solo diez minutos de tu tiempo. De esa forma, Javier se queda contento porque me he preocupado de algo que me ha pedido y no volverá a llamarme egoísta ni a reprocharme que él siempre se preocupa de cualquier cosa que yo le pida. Diez minutos, Adrien. La entrevistas y le dices que ya la llamarás.

—¿Y no te ha contado nada en absoluto de ella?

—Solo que es de Barcelona, es joven, y que habla el inglés perfectamente.

—¿Y no te ha dado un currículum o algo?

—¿Pero tan mal me explico? —Víctor frunció el ceño, irritado—. No pretendo seguir el protocolo de selección, solo te pido que le dediques unos minutos de tu tiempo, que le hagas cuatro preguntas, un «ya te llamaremos» y ya está. Le diré a Javier que le has hecho la entrevista y que luego ya es decisión tuya. Estará encantado y no tendré que volver a escuchar que nunca hago nada por él.

—Está bien —dijo Adrien suspirando y moviendo la cabeza—. Dile que venga... ¡No sé! ¡Déjame pensar! Mañana a las nueve. Se lo diré a Elena. ¿Cómo se llama?

—No tengo ni idea. Luego se lo pregunto y te lo digo.

—¡Increíble! No sabes ni cómo se llama.

—Olvidé preguntárselo. La verdad es que no conozco mucho a los amigos de mi hermano. Solo a Nico —dijo dirigiéndose a la puerta. Lo mejor sería salir rápidamente antes que se arrepintiera y le negara la entrevista a la señorita misteriosa.

—A Nico lo conoces porque trabajamos con él, sino ni eso. ¡Eres un caso! De haber tenido un hermano me hubiese gustado que fuese como tú —Le lanzó un beso al aire—. Javier siempre está disponible cuando lo necesitas, deberías reflexionar más sobre ello. Y que me pidas unos minutos para entrevistar a una amiga suya, no es suficiente.

—Lo sé, pero por algo tenía que empezar. ¿Comemos juntos? Invito yo, por lo de la entrevista. —Le sonrió.

—Sí, pásate luego. Durante la comida te comentaré algunos temas pendientes.

Víctor salió por la puerta. Adrien intentó concentrarse en la conversación mantenida con su socio cuando volvió a abrirse la puerta y este apareció de nuevo.

—Todavía no tienes ayudante que me impida entrar así —dijo Víctor al ver la cara de fastidio que le dedicó Adrien.

Se acercó de nuevo a su mesa.

—Olvidé mencionarte que este viernes por la noche salimos con Jaime. Ya sabes... cena, copas, buena conversación —dijo muy serio, como si el tema fuese delicado.

—¿Salimos? —repitió Adrien, contrariado.

—Sí, salimos. Tú, Jaime y yo. Si es que quieres, claro. Es una invitación.

—Lo dices como si fuese algo nuevo. Hemos salido los últimos tres viernes.

—Y lo hemos pasado bien, por eso hay que repetir.

—Lo cierto es que preferiría descansar un poco. Me noto algo cansado.

—Vamos, Adrien. Está bien salir y desconectar un poco.

—Eso mismo te decíamos Jaime y yo, y nos hacías caso. Hasta que no estuviste «oficialmente divorciado» no quisiste salir con nosotros. Y de eso no hace mucho.

Víctor no dijo nada. Le afectaba hablar de su divorcio.

—Todavía te quedas callado cuando hablamos de esto. Dijiste que estabas bien, que lo tenías muy superado —le reprochó—. Una forma de superarlo sería poder hablar de ello sin ningún problema.

—Está superado, es solo que ese tema me... resulta desagradable.

—Te recuerdo que no eras muy feliz a su lado y... mejor no hablar del año y medio de trámites para obtener el divorcio —le recordó con un tono severo.

—Lo sé. Bueno, ¿te apuntas o no?

—Sí. Está claro que tenemos que sacarte de paseo más a menudo.

Adrien observó a Víctor hasta que desapareció por la puerta. No le gustaba recordarle su eterno y traumático divorcio, pero no podía permitirle esos momentos de nostalgia porque no lo merecían. Estuvo casado con Verónica cinco años, pero solo podría hablarse de felicidad en los dos primeros. Los celos de Verónica, cada vez más acusados, hicieron que la convivencia fuese un auténtico infierno. Él fue poco a poco limitando su mundo a estar con ella. La situación se hacía cada más insufrible y fueron muchas las horas que Jaime y él pasaron a su lado escuchando relatos interminables sobre sus rebuscadas acusaciones. Ella le declaró la guerra a todo lo que formase parte de la vida de Víctor: sus amigos, su trabajo, su familia. Vivía atemorizado y controlado totalmente por ella.

Solo él sabía cuál fue el detonante para que un día decidiese alejarse de ella y pedirle el divorcio, aunque probablemente fue la charla que durante horas y horas mantuvieron con él un día que se presentó en casa de Jaime llorando. Eso y el hecho de que ella se negase a entrar en una terapia para tratar sus celos enfermizos.

Verónica no aceptó muy racionalmente la propuesta de divorcio. Se embarcaron en un agotador y largo proceso por vía judicial que duró más de año y medio, en el que no solo perdieron una cantidad considerable de dinero, sino que se despojaron por completo de toda la dignidad que pudieran tener. Finalmente consiguió hacerlo oficial hacía tan solo unos meses.

Por esa razón, Adrien se enfurecía cuando Víctor se mostraba abatido si se mencionaba a esa mujer.

Nunca le gustó Verónica. Desconocía los motivos por los que Víctor la aguantó durante el matrimonio y su irritante actitud durante el divorcio, pero si algo tenía claro es que nunca la amó. Jaime también pensaba como él. Habían mantenido esa conversación varias veces. No entendían cómo un hombre fuerte y seguro como Víctor había aceptado una relación tan destructiva como aquella, sufriendo sus constantes humillaciones y salidas de tono. A su lado parecía un hombre



frágil y estúpido.

Tampoco tenían una explicación al pasivo comportamiento que adoptó durante el proceso de divorcio. Prácticamente se lo dio todo a ella. Si algo había batallado, fue porque él y Jaime lo presionaron para que no renunciara a todo lo que le correspondía.

## 6

Recostados en el sofá, con una taza de café, Nico le explicaba a Daniela la llamada de Javier para hablarle de la entrevista de trabajo.

—¿Mañana? —preguntó ella aterrorizada.

—Sí. Javier le comentó a su hermano Víctor que buscabas trabajo como secretaria, y donde él trabaja están haciendo entrevistas para ese puesto. Me ha dicho que debías estar allí a las nueve en punto. Esta es la dirección —le entregó un papel—, y esta la persona por la que debes preguntar, una tal Elena Bos. Ella te indicará lo que tienes que hacer.

Daniela se concentró en el papel.

—¿Los conoces? ¿Conoces al hermano de Javier?

—Sí, Claro. Trabajamos muchas veces para ellos.

—¿A qué se dedican? —preguntó Daniela mirando de nuevo el papel con las indicaciones.

—¿Cómo que a qué se dedican? ¿Has leído el nombre de la empresa?

—¿Se supone que debería decirme algo?

Nico abrió mucho los ojos, perplejo.

—¿No te suena de nada?

—No, Nico. No tengo ni idea de lo que quiere decir «Versus» —contestó algo molesta por el tono de voz de su amigo.

—Daniela, ¿dónde has vivido los últimos años de tu vida? ¿En un zulo?

Daniela bajó la cabeza, herida por el comentario que le acababa de hacer.

—Lo siento —continuó Nico, arrepentido—. Es que... en circunstancias normales, una mujer de tu edad sabría que es una conocida firma de joyas y complementos. Tienen varias tiendas en España. Incluso se están abriendo mercado en otros países. Javier y yo hacemos algunos reportajes para Versus: catálogos en general, con y sin modelo.

—No lo sabía. Supongo que últimamente no he estado muy pendiente de modas, joyas y ese estilo de cosas —dijo con tristeza.

—No se trata solo de estar pendiente de modas. Podrías haber visto algún anuncio publicitario o alguna revista.

Daniela se quedó en silencio, cabizbaja. Era uno de esos momentos en que la realidad le daba un bofetón recordándole que había estado oculta del mundo demasiado tiempo. No es que fuese importante estar al día en modas y mucho menos en joyas, pero como le había comentado Nico, cualquier anuncio publicitario o revista es fácil de ver, sobre todo viviendo en una gran ciudad como Barcelona.

Por su expresión, Nico supo que su gran amiga debía estar divagando sobre algo que la frustraba y quiso que cambiasen de tema. Nadie mejor que él conocía cómo había sido su vida, y en lo sucesivo debería tener más tacto con según qué comentarios. Aunque si lo pensaba bien, tampoco sería bueno mirar a otro lado constantemente. Daniela debía ser consciente de la realidad que había vivido para estar más segura y avanzar.

—Deberías confirmarle a Javier tu asistencia, si es que tienes pensado acudir.

—Sí que iré. Le llamaré enseguida.

Tras una buena ducha y una llamada para agradecerle la gestión y confirmarle su asistencia, volvió junto a Nico, que se encontraba en la cocina intentando preparar algo para la cena. Vio su

cara de preocupación y se colocó junto a él.

—Pareces preocupado. ¿Es por qué no tienes ni idea de cómo hacer algo decente y comestible o por la conversación de antes?

—Daniela, lo siento —se disculpó él—. No quería hacerte sentir mal con mis comentarios, solo animarte a ver la realidad.

Daniela suspiró.

—No necesito tu protección, Nico. Quiero que me digas lo que pienses como siempre has hecho. Soy consciente de que hay muchas cosas que me he perdido, pero necesito que sigas siendo como eres: sincero y directo. No importa si me siento mal o acabo enfadada contigo.

Se dieron un abrazo mientras Nico le decía lo mucho que la quería y le prometía hacer lo que ella le había pedido.

—Pondré a prueba tu sinceridad —Le quitó el cuchillo con el que cortaba unas verduras y lo empujó a una silla que había en la pequeña barra de la cocina—. Ya sigo yo.

Nico agradeció no tener que seguir con algo que odiaba tanto como cocinar.

—Tú dirás —le dijo sonriendo, satisfecho.

—¿Crees que tengo una buena imagen para la entrevista? —le preguntó haciendo un puchero.

—Bueno, es evidente que tu aspecto no ha sido una de tus prioridades últimamente, aunque sí lo fue hace años —Arqueó las cejas—. Cielo, se te ve muy apagada. Tienes un cabello precioso al que deberías sacarle más partido y olvidarte de esa maldita coleta que llevas. Tienes una figura estupenda, pero tu ropa es algo clásica y pasada de moda. Pero tus preciosos y únicos ojos grises suelen evitar que se fijen en tu aspecto, captan toda la atención.

—Te hablaba de la entrevista en general. Con estas pintas...

—Una buena imagen siempre ayuda. Pero no pienses ahora en eso, es tarde y tienes la entrevista mañana a primera hora. Puedes adecentarte todo lo que te sea posible y otro día llamamos a Eva y quedas con ella para que se ocupe de ti.

—¿Quién es Eva?

—Es una buena amiga. Tiene un centro de peluquería y estética y es muy buena. Cuando acabes con ella te das una vueltecita por el centro y renuevas vestuario. ¿Todavía sigues siendo una entusiasta de la lencería?

—Sí, todavía. Siempre ha sido un estímulo contra la depresión.

Ambos rieron.

Nico volvía a tener razón. Era tarde para preocuparse por su imagen en la entrevista.

Abrió los ojos en medio de la absoluta oscuridad que inundaba su habitación. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando vio la hora que marcaba el despertador.

Las 8:15.

—Mierda —soltó en voz alta.

«Ese maldito aparato no ha sonado a la hora que lo programé», se dijo.

Se levantó a toda prisa sintiéndose incluso mareada por la brusquedad con la que salió de la cama. Recorrió el piso buscando a Nico, como si él pudiera hacer que el tiempo se detuviese, pero no había señales de vida.

«¿A qué hora se ha ido?», se preguntó, confusa.

Normalmente no solía salir tan pronto de casa. Se detuvo un momento a pensar en ello cuando recordó que le había hablado de un reportaje fotográfico que tenía que hacer en un pueblecito de la sierra.

A toda prisa puso la cafetera a calentar, se dirigió a la ducha y abrió el grifo mientras se desvestía.

—¡Dios, Dios, Dios, no puedo llegar tarde! —gritó.

Se metió en la ducha y notó el impacto del agua fría. Esperó una eternidad, pero el agua seguía igual de helada. Continuó como pudo con la ducha, eso sí, gritando como si la estuviesen abriendo en canal. Si la oía algún vecino, seguro que acabaría llamando a la policía para denunciar un brutal asesinato.

No podía coordinar sus movimientos con aquella temperatura. ¡Era insoportable! Salió de la ducha no cuando hubo terminado, sino cuando no fue capaz de permanecer más tiempo bajo aquel chorro de agua congelado. Se dirigió rápidamente a la cocina envuelta en una toalla, esparciendo los restos de agua por todo el piso. Su cuerpo temblaba mientras ella maldecía todo lo que era posible maldecir. Resbaló y se chocó de bruces contra una silla que le dejó la nariz marcada y dolorida.

«¿Por qué no dejé preparada la ropa que me voy a poner?», se riñó.

Ni siquiera había pensado en qué ropa sería la más adecuada para acudir a una entrevista.

Siguió maldiciendo mientras miraba todas las prendas de su armario. Fue nombrando a todos los dioses que conocía. Para algo tenía que servir haber leído un montón de libros sobre mitología griega.

Escogió una falda negra no demasiado ceñida y una blusa rosa pálido de manga larga y unos zapatos de poco tacón. El final del verano ya había llegado y los días empezaban a ser más fríos. Corrió al baño para darle algo de forma a su enmarañado cabello. Se miró al espejo y sintió ganas de llorar. Tenía restos de champú.

«No tengo tiempo de enjuagarme el cabello», se dijo.

Apretó los puños sobre el mármol del baño, respiró hondo y se dedicó a darle una forma decente a aquel estropajo jabonoso que llevaba en la cabeza. Se colocó unas horquillas para domar un mechón rebelde que se empeñaba en aterrizar en la cara, se dio un ligero toque de maquillaje y una suave capa de máscara de pestañas. ¡Lista!

Se dirigió a toda prisa a la cocina con la esperanza de tomar un café rápido que le animase, pero la luz de la cafetera continuaba parpadeando. No podía esperar y odiaba salir de casa sin

poder tomar algo caliente. Tendría que esperar a terminar la entrevista. Cogió un yogur de la nevera y se llevó unas cuantas cucharadas a la boca. ¡Estaba helado! Su cuerpo se sublevó ante aquella invasión fría y no fue capaz de terminarlo. Al menos había algo en su estómago aparte de vacío y nervios.

Cogió su chaqueta y salió del edificio a toda velocidad. Se quedó petrificada en el portal.

—Está lloviendo —lloriqueó en voz alta. No tenía paraguas, ni tiempo para volver a buscarlo.

Odiaba aquellas tormentas del final del verano. Al menos la chaqueta le cubría hasta media pierna.

El día anterior había planeado ir caminando los veinte minutos escasos que había hasta ese edificio, pero esa opción ya no era viable debido al retraso que llevaba y a la lluvia.

Avanzó por la calle con la esperanza de encontrar un taxi, pero no vio ninguno. Tampoco había edificios que la protegieran de la lluvia excepto algunos pequeños tramos cubiertos. Se estaba mojando cada vez más. La gente caminaba rápidamente, sorprendida al igual que ella por aquella lluvia repentina.

Quedaban solo dos manzanas para llegar cuando una moto pasó junto a la acera a toda velocidad y un chorro de agua salió disparado en su dirección. Estaba empapada.

Llevaba poco tiempo lloviendo, y seguramente aquel era el único charco que había en toda la ciudad. Ese día el destino se estaba cebando con ella.

A las 9:02 se encontraba frente a la puerta del edificio. Miró uno de los rótulos colocados en la fachada para asegurarse de que era el sitio correcto y atravesó la puerta que la condujo a un gran vestíbulo con una recepción muy elegante.

Había diferentes empresas en el mismo edificio, así lo anunciaban unos gigantescos carteles dorados detrás de la recepción.

Antes de acercarse al mostrador, donde se encontraban dos mujeres jóvenes hablando por teléfono, un guardia de seguridad le dio el aviso para que se detuviera y le preguntó hacia dónde se dirigía. La acompañó a la recepción y allí una de las mujeres le indicó que debía dirigirse a la octava planta, señalándole muy amablemente dónde podía coger el ascensor.

«Llego tarde», se repitió varias veces.

Se preguntó si sería más sensato marcharse. Ese día todo había salido mal, así que la entrevista seguro que corría la misma suerte.

Cuando se acercaba al ascensor vio la espalda de un hombre trajeado con unos documentos en la mano, que también lo esperaba. Se quedó frente a las puertas, un paso por detrás del desconocido, mirando el panel en el que una flecha luminosa indicaba en qué planta se encontraba.

«Que ascensor más lento», se dijo.

Tenía tantas ganas de llegar a su destino y desaparecer de aquel lugar que no veía el momento de subir al ascensor. Estaba incómoda con su aspecto, el paseíto bajo la lluvia seguro que había hecho estragos en su ya de por sí deteriorada imagen. El hecho de estar cerca de una persona no hizo más que incrementar su malestar.

El hombre que le daba la espalda ni siquiera se movió, concentrado en leer algo que llevaba en la mano. Tenía ganas de salir corriendo. Su respiración era cada vez más agitada. Estaba empezando a alterarse mucho.

Las puertas del ascensor se abrieron. No había nadie en su interior. El desconocido, de más de metro ochenta de altura, esperó y cuando notó su presencia, le cedió el paso.

Ya en el interior, él presionó el botón de la séptima planta. Ella se acercó tímidamente al panel y pulsó la octava. Cruzó su mirada con unos ojos negros y grandes como nunca antes había visto. Le llamaron la atención sus largas y pobladas pestañas. Sin duda, eran la envidia de cualquier

mujer.

Consciente de la imagen que debía darle a aquel desconocido fue avanzando lentamente hasta colocarse en un rincón, como si allí se volviera invisible. Se miró en el espejo del ascensor y la imagen que vio la hizo horrorizarse. Su chaqueta estaba empapada, caían algunas gotas en el suelo del ascensor. La máscara de pestañas se había corrido formando una línea negra justo bajo el ojo. El pelo revuelto y mojado, con las horquillas colgando.

Miró al desconocido para averiguar dónde tenía puesta su mirada, deseando con todas sus fuerzas que estuviese centrado en sus documentos, o en el suelo, o en el techo. En cualquier lugar menos en ella, pero su esperanza se esfumó cuando vio que la recorría con la mirada desde la cabeza hasta los pies. Terminó el recorrido mirándola a los ojos, esbozando lo que le pareció una cínica sonrisa.

«La sonrisita sobra, pedazo de...», pensó.

Al sentir esa mirada y esa sonrisa, su cuerpo reaccionó de una forma extraña. La vergüenza, la sensación de ridículo, la rabia y la frustración se mezclaron en su interior con la fuerza de un centrifugado, provocando que unas palabras salieran disparadas de su boca:

—¡Deje de mirarme! Borre esa irónica sonrisa de la cara —lo dijo a una velocidad que apenas podía vocalizar—. Me está juzgando, me está mirando como si fuese digna de compasión y no tiene ni idea de la mierda de día que llevo —El ascensor se detuvo y el desconocido pulsó un botón que impedía que se abrieran las puertas, invitándola de este modo a continuar con su discurso—. No ha sonado el despertador; se ha estropeado la caldera y me he duchado a 65 grados bajo cero; se ha estropeado la cafetera y he terminado comiendo un yogur a la misma temperatura que el agua de la ducha; llovía; no tenía paraguas; no he encontrado taxi; he venido andando mientras me tragaba el agua de un charco por culpa de un motorista y tengo una puñetera entrevista a la que llego tarde.

Respiró enérgicamente intentado calmarse antes de continuar:

—Así que si es tan amable, no me mire con cara de pena y pulse el maldito botón para que pueda a llegar a mi planta, si es que no decido marcharme antes.

Desconcertada por todo lo que había dicho, se apoyó en una de las paredes de la cabina y observó al desconocido que, sin expresión alguna, no dejaba de mirarla a los ojos.

«Pensará que estoy para que me encierren, y con razón», se dijo sintiendo ganas de llorar.

—Espero que mejore su día. El mío me lo acaba de alegrar —dijo sonriendo mientras salía.

Daniela cerró los ojos pensando que algo en su cabeza estaba dejando de funcionar. Volvió a mirarse en el espejo, con la esperanza de ver una mejor imagen que le diese fuerzas para salir y dirigirse a la entrevista, pero no lo consiguió.

El ascensor cerró las puertas y continuó el ascenso.

En el corto trayecto volvió a plantearse si debía salir cuando se abriesen las puertas o debía indicarle a aquella máquina que la llevase de nuevo a la planta baja.

«Si he llegado hasta aquí, seguiré hasta el final», pensó con energía.

La octava planta era incluso más lujosa que el vestíbulo. Nada más entrar se encontró con una gran mesa en forma de luna justo en el centro, con el logotipo de Versus esculpido en la pared. Desde donde ella se encontraba se podían ver varias puertas que parecían ser despachos.

La mujer que había tras la mesa, vestida muy elegante, era muy guapa. Perfecta para aquel decorado. Se la quedó mirando de arriba abajo con una expresión de desagrado.

—¿Es usted Daniela Kearney? —le preguntó como si esperara que su respuesta fuese negativa y de esa manera no tuviera que tratar con ella para nada.

—Así es —respondió Daniela tímidamente.

—Hola, soy Elena Bos, el señor Feraud la espera. Tiene que esperar unos minutos. Si lo desea, mientras puede ir al baño para... secarse un poco.

Se sorprendió de escuchar que ese hombre la estaba esperando. Había supuesto que la entrevistaría la mujer, como una preselección o algo parecido. En realidad sabía muy poco de aquel lugar y del puesto al que aspiraba.

Aceptó la oferta y se dirigió hacia donde ella le indicó.

No pudo salvar mucho su imagen, pero al menos pudo borrar la marca negra que había bajo sus ojos y quitar el exceso de agua de su chaqueta y del cabello. Al salir encontró a la señorita elegante esperándola, sin dejar de repasarla de arriba abajo.

—¿Mejor? —le preguntó con el mismo tono petulante que había utilizado hasta el momento.

—Mejor, gracias.

Un minuto después Daniela entraba en un pequeño despacho, tras haber sido anunciada por Elena. Tan solo dio un paso cuando lo que vio la dejó paralizada. Allí estaban aquellos ojos negros que había visto en el ascensor.

No se atrevía a avanzar. El desconocido, ahora con nombre aunque no recordaba cuál, estaba sentado tras una mesa. Levantó la mirada. Si se sorprendió de su presencia, no lo demostró, tan solo se limitó a sonreír.

Daniela no se movió. Pensó que no merecía la pena dar un paso más. En cuanto él se percatara de que era la loca del ascensor que le había montado el numerito, la invitaría a salir de su despacho.

Para su sorpresa, él hizo un gesto con la mano indicándole que podía sentarse en el sillón que había frente a él.

Adrien la observó. Sus sospechas se habían confirmado. Aquella extraña mujer con la que coincidió en el ascensor era la misma a la que había citado a las nueve. La amiga de Javier. Lo supuso cuando en medio de aquel discurso desesperado y angustiado sobre su desastroso día, había mencionado algo de una entrevista. Continuó observándola mientras ella seguía inmóvil, encontrando divertida la situación. Aquellos preciosos ojos grises le inspiraron ternura. A pesar del tono cómico de la situación, entendió que aquella mujer debía estar pasando un mal rato.

Daniela estaba bloqueada. La frase «tierra, trágame» era perfecta para ese momento. Permaneció allí parada mirándose las manos, que no dejaba de frotarse.

—¿Ya ha decidido si va a entrar o no? —preguntó Adrien con la intención de que ella reaccionase.

—Estoy en ello.

—Tómese su tiempo —dijo, inexpresivo.

Daniela no supo interpretar si aquellas palabras eran una invitación a que se relajara o una llamada a su sensatez para que diera media vuelta y se marchara.

Él la siguió observando, consciente que eso la podía intimidar, pero no era capaz de apartar su mirada de aquellos ojos. Aunque no era propio de él actuar de esa manera, la situación le divertía demasiado como para no recrearse un ratito más. Vio la indecisión en su rostro y no pudo evitar seguir divirtiéndose un rato más.

—Si lo desea, podemos hacer la entrevista en el ascensor. Allí parecía mucho más comunicativa —dijo mientras se acomodaba en su sillón, claramente esperando que ella tomase una decisión.

«Ahora sí que me siento bien», se dijo.

Ignorando su comentario, Daniela entró en el despacho lentamente. Mientras recorría el corto aunque eterno camino que la separaba de la mesa, metió una mano en el bolsillo de su chaqueta

buscando el contacto con el papel que contenía su lista de propósitos. Lo tocó y lo apretó suavemente como si eso le recordase por qué estaba allí y le diese fuerzas para seguir. Su lista era un estímulo que la ayudaba a sentirse fuerte y decidida.

Avanzó hasta el sillón y el sonido que provenía de sus zapatos la hizo desear con todas sus fuerzas quedarse muerta allí mismo. Estaban mojados y eso provocaba que emitieran un chirrido muy peculiar. Siguió avanzando mientras cerraba los ojos esperando que él no lo escuchase, aunque la sonrisa que mostraba le indicó todo lo contrario. Era evidente que aquel hombre se lo estaba pasando en grande.

Se quitó la chaqueta conservándola en los brazos y se sentó. Por primera vez desde que entró en el despacho, su corazón empezó a seguir un ritmo normal. Lo miró a los ojos. Le impresionó mucho más, a aquella corta distancia. Incluso estando sentado se podía apreciar su gran estatura. Hubiera sido de mucha ayuda encontrarse con un hombre pequeñito al que le colgaban los pies de la silla y no con semejante ejemplar. Resultaba intimidante.

Era un hombre muy guapo. Cuando coincidieron en el ascensor, le llamaron la atención sus ojos, de un negro poco habitual. No se había fijado en lo atractivo que era en conjunto, quizás porque estaba demasiado alterada. Su cabello era oscuro, ligeramente ondulado en las puntas. Lucía una barba de tres o cuatro días que claramente formaba parte de su estilo habitual, no era un descuido en el afeitado.

La sonrisa que mostraba, permanente desde que lo había conocido, le confería un aire desenfadado del tipo «todo me importa una mierda», aunque algo le decía que no era verdad.

—¿Quiere una toalla? —le preguntó Adrien con uno tono tierno.

—Quiero una entrevista. Gracias.

Adrien volvió a sonreír, esta vez abiertamente.

Daniela sacó un papel enrollado en una funda transparente. Era su currículum. A pesar de haberlo intentado proteger de la lluvia guardándolo en el bolso, no consiguió evitar que se humedeciera y que la tinta se corriera en algunos fragmentos. Se lo entregó tímidamente tras sacarlo de la funda.

—Lo siento, se ha mojado... un poco. Lo suyo hubiera sido enviarlo por correo electrónico, pero... la entrevista fue repentina y... perdón, continúe.

Adrien cogió el papel que le entregaba con el mismo cuidado que hubiera empleado si se tratara de un pergamino del siglo XII. Lo acabó de desenrollar y lo colocó en la mesa.

Daniela lo observaba avergonzada.

«Que imagen más profesional», se dijo moviendo la cabeza.

Se frotó los ojos con ambas manos manifestando su incomodidad por la situación.

—Señorita... Kearney. Pensaba hacerle unas preguntas, pero no voy a hacerlo...

«Vaya aun va a ser más breve de lo que pensaba. Ya me voy», pensó, decepcionada.

—... todavía. Antes de formularle alguna pregunta o leer este documento —bajó la vista al currículum—, le seré muy directo y le explicaré el perfil de la persona que necesito. Si al terminar mi exposición uno de los dos llega a la conclusión de que usted no se ajusta a ese perfil, le ahorraré preguntas innecesarias o inmiscuirme en este documento que imagino contiene aspectos suyos personales que no tengo por qué conocer si no vamos a llegar a ningún acuerdo.

—Es un currículum profesional, habla de aspectos... bueno... profesionales —dijo ella, confundida.

—Siempre aparecen aspectos personales, señorita Kearney. Edad, lugar de nacimiento, estado civil...

—Entiendo que cuando finalice su exposición, sabré si encajo o no en su perfil y en caso de no



hacerlo, yo misma le desearé un buen día antes de irme, pero no entiendo que usted llegue a esa conclusión sin hacerme ninguna pregunta o sin conocer mi currículum.

—Por eso no se preocupe, yo tengo un don. Puedo ver en el interior de las personas —dijo con tal seguridad y arrogancia que ella tuvo que apretarse las manos para no volver a perder la cabeza y lanzarle la grapadora.

—Como le decía —continuó, satisfecho de la reacción que observó en ella—, necesito una agenda. Una ayudante-agenda o una secretaria-agenda. Llámelo como quiera, pero en síntesis necesito una persona a mi lado que hable perfectamente el inglés y que tenga disponibilidad horaria para acompañarme dentro y fuera del país a diferentes eventos y reuniones. No son demasiado frecuentes, pero cuando surgen necesito que esa persona no tenga ningún tipo de impedimento a la hora de acudir a ellos o de viajar y ausentarse algunos días.

»Su principal función sería estar al corriente de todos mis asuntos profesionales y recordarme continuamente todo lo que tengo que hacer, dónde tengo que ir, a quién tengo que llamar e incluso atender las llamadas que recibo antes de que lleguen a mí.

»Yo funcionó así, o digamos que funciono mejor así, trabajando con alguien que esté constantemente pendiente de mis asuntos.

»En general, necesito a una ayudante que se entregue en cuerpo y alma a este trabajo.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—La exposición ha terminado, señorita Kearney. ¿Procedemos a las preguntas o ha llegado ya a alguna conclusión? —La miró fijamente.

—Por mí puede pasar a las preguntas... ¿Y Usted? ¿Qué le dice su don?

Adrien soltó una carcajada y luchó por volver a mostrar un semblante serio, aunque le costó. Era un día divertido, diferente para variar.

—Mi «don» me dice que podemos continuar.

Adrien la miró esperando que hiciera algún comentario. Ya no le sorprendería nada, después de todo lo que la escuchó decir en el ascensor.

Había algo en ella distinto. Su aspecto, al menos ese día, dejaba mucho que desear, pero sus ojos eran los más bonitos que había visto jamás. Y su sentido del humor... «muy interesante».

—Bien, prosigamos —Ojeó la primera página de su currículum—. ¿Habla inglés?

—Sí, lo hablo perfectamente.

—Aquí aparecen varios cursos formativos, ¿es por ello que domina el idioma? —preguntó con irónica.

—No. Esos cursos solo fueron para perfeccionar la gramática. Mi padre era canadiense, por eso hablo inglés.

—¿Disponibilidad? ¿Cargas familiares?

«Cargas familiares», repitió mentalmente recordando las que tenía hasta hacía poco tiempo.

—No. Quiero decir sí —decidió explicarse mejor cuando vio cómo él enarcaba las cejas—. Es decir, tengo total disponibilidad y no, no tengo cargas familiares —Suspiró pensando en todas las veces que había deseado decir algo así.

—Señorita Kearney, seré sincero con usted —dijo apoyando los brazos en la mesa y entrelazando los dedos—. No necesito un currículum lleno de títulos, sino una persona con una actitud determinada como le he aclarado anteriormente. Si esto fuese cuestión de puntos, le diría que tiene dos a su favor: el dominio del inglés y la disponibilidad horaria, pero hay otros dos que... no están muy a su favor. Por un lado —continuó—, en este documento —le señaló el currículum—, indica que a pesar de tener unos años de experiencia como secretaria, su verdadera profesión es la de fisioterapeuta. No sé si hacer masajes le será de utilidad aquí.

—No hago masajes. Como bien ha dicho, soy fisioterapeuta —dijo ofendida.

—En cualquier caso, lo que pretendo decirle es que necesito a alguien que se entregue en cuerpo y alma a su trabajo. No necesito a alguien que esté de paso o utilice este trabajo como vía de escape. Nada me puede asegurar una lealtad eterna, pero me gustaría apostar por alguien que tenga intención de ocupar este puesto por un tiempo indefinido, no alguien que en el momento que pueda ejercer su verdadera profesión, se marche.

—No es mi caso —dijo, tajante.

Él la miró con curiosidad, esperando que le aclarase algo más sobre ese asunto, pero no lo hizo. No entendía por qué motivo después de dedicar años a estudiar una carrera tan solo había ejercido unos pocos años y no tenía intención de seguir haciéndolo. ¿Una mala experiencia? Al ver que ella no iba a decir nada más, continuó:

—Por otro lado... digamos... que su aspecto no es el más indicado para causar una buena impresión, algo fundamental en una entrevista. Ya sabe... eso de... «Buena presencia». A pesar de que conozco todos los infortunios que le han acompañado desde que se levantó, me parece algo atrevido, por su parte, presentarse con ese aspecto a una entrevista.

Al oír esas palabras, Daniela sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. ¿Sería la poca dignidad que le quedaba que se estaba evaporando de su cuerpo? Aún le quedaba algo.

Se levantó de la silla, decidida a no seguir allí ni un minuto más. La dosis de malestar había superado sus niveles de tolerancia, y si no se marchaba cuanto antes, acabaría por decir alguna barbaridad de la que luego se arrepentiría.

—Hace unos minutos dudaba si debía entrar aquí o no y es evidente que no tomé la decisión correcta. —Le dedicó una sonrisa forzada y se dio la vuelta en dirección a la puerta.

—Sin embargo, yo estaba seguro de que optaría por entrar.

Daniela se giró hacia él.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo podía estar tan seguro?

—Por mi don, ¿recuerda? Puedo ver en el interior, más allá de donde llega una simple mirada. En las profundidades —Hizo una breve pausa—. Incluso me atrevería a decir de qué color es su ropa interior.

Adrien se cruzó de brazos y se recostó en el sillón en actitud arrogante. No era propio de él actuar de esa forma, no sabía muy bien por qué se estaba comportando así con aquella pobre chica.

—Estoy impresionada. Y dígame, ¿de qué color es?

—Negra —afirmó.

Ella le miró desafiante y volvió a dirigirse a la puerta. Se sentía indignada y el camino para salir de allí parecía interminable. La música que provenía de sus zapatos no ayudó mucho. Antes de coger el pomo de la puerta se detuvo sobresaltada. Se quedó paralizada ante la imagen del cuadro que aparecía colgado en una de las paredes. No podía creerse que incluso allí se fuera a encontrar con ese maldito cuadro.

Nerviosa por salir cogió algo de carrerilla y antes de cerrar la puerta se volvió hacia él, que seguía observándola.

—Les deseo que pasen un buen día... a usted y a su don.

Dicho esto salió y cerró la puerta dejando a Adrien riendo con ganas.

Antes de que cerrase la puerta, Adrien vio cómo un papel le caía de la chaqueta que sostenía en la mano. Se apresuró a recogerlo para salir tras ella y devolvérselo, pero se entretuvo mirando el cuadro que a ella le había provocado aquella extraña reacción. Se preguntó qué había visto allí. Se había fijado en su expresión de angustia. Era un cuadro famoso, aunque a él no le decía nada.

Ni siquiera sabía que estaba allí, ya que aquel no era su despacho. Solo lo utilizaba para las entrevistas. ¿Qué le había llamado tanto la atención?

Recogió el papel mientras se preguntaba en qué momento había terminado la entrevista. No recordaba haberle dicho nada al respecto. No era de extrañar que se hubiera marchado, se había comportado como un grosero. El comentario de la ropa interior sobraba. No conseguía entender por qué había actuado así. Aquella mujer tenía algo que... ¡no sabía explicarlo! pero desde que coincidió con ella en el ascensor se había sentido inexplicablemente atraído por ella. No de la forma en que habitualmente se podía sentir atraído por una mujer, pero sí de algún modo que le hacía disfrutar de su presencia. Y lo más irónico es que no la había descartado para el puesto. Lo que sí descartó fue la idea de seguirla para entregarle aquel papel. La curiosidad le pudo y se recostó en su sillón dispuesto a descubrir su contenido. Leyó el título: PROPÓSITOS DE DANIELA .

«Esto parece interesante», se dijo.

Daniela pasó muy alterada por delante de la mesa donde se encontraba Elena. Esta la observó sorprendida al ver la velocidad que llevaba.

—¿Ya ha terminado su entrevista? —preguntó, extrañada.

—Sí —consiguió decir librando una dura batalla por controlar la respiración—. Adiós y gracias.

Entró en el ascensor con ganas de gritar. Se sentía indignada, cabreada, frustrada.

—Menudo estúpido arrogante —murmuró.

Bastaba con que le dijese que no le interesaba como candidata, que no cumplía con el perfil, o cualquiera de esas excusas correctas que se suelen dar: «Gracias por todo, ya le llamaremos». El comentario sobre su aspecto y, sobre todo, la grosería de decirle que sabía el color de su ropa interior, estaban totalmente fuera de lugar. Se merecía... se merecía...

Se miró en el espejo descubriendo un exceso de color en sus mejillas ante la idea que acababa de tener.

«Venga, Daniela, haz algo más que lamentarte», se animó.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, se dirigió a la misma mujer con la que había hablado al entrar.

—Disculpe, ¿sería tan amable de darme un sobre?

La recepcionista pareció dudar, pero se lo entregó sin borrar la sonrisa de la cara. Buscó un baño, pero no lo encontró. A cada paso había un guardia de seguridad, y fue uno de ellos el que le indicó dónde encontrarlo. Tuvo que explicarle que había tenido una entrevista y que antes de irse le urgía ir al baño. El hombre la acompañó no sin antes comprobar que lo que le decía era verdad.

Al salir se volvió a dirigir a la misma mujer de recepción.

—Disculpe, acabo de tener una entrevista con un caballero, pero no consigo recordar su nombre. Me atendió la señorita Elena Bos. He acordado entregarle este sobre al caballero y me preguntaba si debía subirlo yo o podría entregárselo usted.

Sin siquiera pestañear marcó algo en el teclado del ordenador y habló a través de un auricular con alguien.

—Yo se lo entregaré —dijo amablemente, mientras le cogía el sobre de las manos.

Salió rápidamente de allí, antes de arrepentirse de lo que había hecho.

Adrien seguía enfrascado en la lectura del papel que le cayó a Daniela. Conforme iba leyendo aquella lista, su sorpresa iba creciendo. ¿Pero qué clase de lista era aquella?

#### PROPÓSITOS DE DANIELA

*Vivir sola.*

*Ser una mujer más sexy*

*Subir a un avión, sin anestesia.*

*Acostarme con un hombre el mismo día que lo conozca, aunque me conformo con acostarme.*

*Perseguir un orgasmo alucinante —dicen que existen—.*

*Subirme sobre unos zapatos de tacón vertiginosos sin romperme la crisma.*

*Bailar desnuda, acompañada si es posible.*

*Dejarme hacer un masaje.*

*Escribir un libro*

*Visitar el museo donde se encuentre el «maldito cuadro».*

*Vivir sin reglas y vivir sin normas.*

Volvió a leerlo. ¿Qué clase de mujer escribiría algo así? No pudo evitar sentir un escalofrío, una presión en la entrepierna al hacerlo. Se fijó especialmente en una línea que hablaba de un «maldito cuadro». ¿Tendría algo que ver con el que llamó su atención antes de salir?

Absortó en la lectura, la más extravagante que había tenido en mucho tiempo, se sobresaltó al escuchar unos golpes en la puerta. Elena entró sin esperar su permiso.

—La chica a la que le has hecho la entrevista dejó este sobre en recepción. Dijo que así lo había acordado contigo.

«¿Acordado conmigo?», se extrañó.

Adrien quiso disimular su sorpresa y asintió alcanzando el sobre que Elena le ofrecía. Tras agradecerle a Elena la entrega, esperó a que se fuese para concentrarse en él. No parecía contener ningún papel. Estaba arrugado y algo mullido. Lo abrió y vio que había algo de tela de color rosa. Eran unas minúsculas braguitas, muy bonitas, por cierto.

Cuando entendió su significado soltó una sonora carcajada. No podía parar de reír. Una nota escrita a mano las acompañaba:

*¡Tremendamente decepcionada!*

*Espero que cuente con otro «don» más efectivo a la hora de adentrarse en las profundidades de una mujer.*

*Fdo.: La chica histérica y mojada del ascensor.*

Por segunda vez en pocos minutos, Adrien volvió a reír. Observó aquella pieza de lencería. Era fina y delicada y jamás hubiera pensado que bajo el atuendo de aquella mujer pudiese haber algo así. Se acercó la prenda para olerla, sorprendiéndose a sí mismo por hacerlo. Tenía un olor suave y femenino.

¿Qué tenía aquella mujer? Le había hecho reír a carcajadas, y eso no ocurría a menudo en su vida. Había provocado en él un comportamiento que nunca tenía. El comentario sobre su ropa interior, la forma en que le habló de su imagen... Él no era así, al menos no solía ser tan grosero. Al verla salir por la puerta, enfadada, se había arrepentido de no haber sido más delicado con ella. Por una parte se alegró de haberlo hecho, de lo contrario no se hubiera reído tanto.

Como siempre, Elena tenía el don de ser de lo más inoportuno. Entró sin llamar.

—¿Qué tal la entrevista? ¿Te ha convencido? —le preguntó con el mismo tono de resentimiento que utilizaba siempre que hablaban de ese tema.

—De momento no he decidido nada —le contestó en tono hosco. Esperaba que entendiera de una vez que era él quien se ocupaba del tema.

—Adrien, te recuerdo que debes tomar una decisión. Necesitas una ayudante. Natalia y yo nos ocupamos de tus asuntos como podemos, pero esa no es la solución. Tenemos otras tareas y no podemos dejarlas. Deberías replantearte el tema y considerarme a mí para ese puesto. De hecho lo estoy haciendo mientras encuentras a tu ayudante perfecta, solo que también me ocupo de otros temas y estoy algo saturada.

Esa mujer iba a acabar con su infinita paciencia.

—Querida Elena, hoy no tengo un día delicado, ni la sutileza me está acompañando, así que

me vas a perdonar cuando te diga que es la última vez que hablamos de este tema. No vas a ocupar el puesto de ayudante y vas a seguir con el que tienes ahora. Lo haces muy bien y no va a haber cambios. De mi futura ayudante me ocupo yo, y cuando haya seleccionado a una persona, te lo haré saber. En cuanto a tu inestimable ayuda en estos momentos, te lo agradezco infinitamente, pero si es demasiado para ti, buscaré una solución.

Elena dejó unos documentos sobre su mesa y se marchó sin decir palabra.

Adrien soltó un suspiro, irritado. No le gustaba tener que hablarle así, pero estaba más que harto de mantener esa conversación. No quería a Elena más cerca de lo que ya estaba. No le gustaba el modo en que lo miraba ni la forma en que se excedía por intentar complacerlo. Estaba cansado de que le hiciera la pelota constantemente.

Volvió a las imágenes de su estafalaria chica de ojos grises intimidantes y lencería rosa. De nuevo apareció una sonrisa en su rostro. Tenía que localizarla. Quería volver a verla.

## 9

Salió de Versus como si la estuviesen persiguiendo y un poco más ligera que al entrar. Sin vergüenza, sin esperanza de obtener el trabajo, y... sin bragas.

Seguro que uno de los guardias de seguridad había hecho alguna llamada para asegurarse de que no había ningún problema con aquella mujer que salía a toda velocidad del edificio. Necesitaba aire fresco.

Se dirigió a la cafetería más cercana. Necesitaba un café con urgencia. El yogur y las emociones de la entrevista estaban causando un vacío en su estómago que tenía que intentar remediar lo antes posible o acabaría por vomitarlo todo.

Los primeros sorbos de café fueron como un bálsamo. Se fue calmando poco a poco antes de pedir su segundo café y dirigirse a una mesa para tomarlo más tranquilamente. Al sentarse, sus partes más íntimas entraron en contacto con la ruda y fría silla recordándole su ausencia de ropa interior. ¿Cómo se le había ocurrido enviarle unas bragas y una nota? Se sintió avergonzada. ¿Estaba perdiendo el juicio o solo la vergüenza? A pesar de su malestar sonrió al imaginar la cara que pondría cuando las viera. ¡Se lo merecía!

A pesar del desastroso día, estaba empezando a experimentar una sensación agradable. Una mezcla entre orgullo y diversión. Esa clase de locuras solo se le ocurrían a la antigua Daniela, y eso debía ser una buena señal. Sin duda había merecido la pena porque en ese instante sentía cómo poco a poco la mujer que había estado dormida durante años empezaba a despertar.

Aquella extraña entrevista había provocado en ella una actitud impulsiva de la que ahora se sentía orgullosa, como una niña que se recreaba recordando su travesura.

Salió de la cafetería y vio su imagen reflejada en el escaparate de una tienda. Aquel desconocido arrogante tenía razón: estaba horrible, espantosa, pero si en ese momento pudiera verla de nuevo y ver en su interior, como había afirmado poder hacer, vería a una mujer distinta de la que entró en su despacho.

Satisfecha y animada sacó el móvil del bolso para llamar a Nico. Su pantalla mostraba tres llamadas perdidas de Ana. Justo en el momento que devolvía la llamada a su amiga, el móvil se le resbaló de las manos para caer en el centro de un charco que había delante de ella. Aunque lo recogió rápidamente, el móvil estaba completamente mojado e inservible. Intentó hacer alguna pequeña maniobra de reanimación al aparato, pero no consiguió que volviera a funcionar.

«El día va mejorando», se dijo con un suspiro.

Metió el móvil en el bolsillo de su chaqueta y al hacerlo echó en falta el papel con su lista de deseos. Siguió buscando. Se le había caído en algún momento, pero no recordaba cuándo podía haber sido. Miró a su alrededor e incluso desanduvo el camino unos metros para ver si podía estar en el suelo. Entró en la cafetería de nuevo para buscarlo, pero siguió sin tener éxito. Seguro que se le había caído al salir del edificio a toda prisa. La última vez que recordaba haberlo tocado había sido durante la entrevista. Decidió no seguir buscándolo.

«La verdad es que como talismán no ha sido muy efectivo», pensó.

Tendría que volver a escribirlo. Lo necesitaba. Tocarle se había convertido en un pequeño ritual que le daba fuerza y le recordaba todo lo que le quedaba por hacer.

«Si alguien lo ha encontrado, habrá pasado un buen rato», se dijo sonriendo.

Aunque no pudo disfrutar de una ducha calentita, de esas que deja la piel incandescente como a ella le gustaba, el agua no estaba tan congelada. Tenía que acordarse de decírselo a Nico.

Le había llamado desde el teléfono de casa para explicarle su accidente con el móvil. Y para decirle que la entrevista había ido bien, pero que no era un puesto para ella. No quiso explicarle lo que había ocurrido, al menos no en ese momento. Todavía estaba demasiado afectada. Agradeció que él no le pidiera más explicaciones. Se limitó a escuchar y guardar silencio.

Nico le informó que estaría fuera todo el día. Acordaron comentarlo todo en la cena que Daniela se había ofrecido a preparar. Le anunció que durante la cena le hablaría de Ana, que al parecer también se había puesto en contacto con él.

«¿En qué lío se habrá metido ahora?», se dijo.

Ana era especialista en complicarse la vida continuamente. La última vez que habló con ella, todavía estaba en Barcelona. Hablaron durante dos o tres días seguidos. Ella era así, o llamaba tres veces en una semana o desaparecía durante meses.

Se marchó de Barcelona poco después que Nico. Estuvo tres años viviendo en Londres. Empezó a estudiar la carrera de Derecho, pero a los dos años la dejó alegando que era demasiado aburrida, e inició la de turismo. Decidió acabar el último año de carrera en Londres y quedarse un tiempo para perfeccionar el idioma.

No terminó la carrera, pero al menos consiguió hablar inglés perfectamente. Volvió a España y se instaló en Madrid. Encontró trabajo como guía turística. Allí conoció a un guapo empresario holandés que la volvió loca hasta el punto de aceptar su propuesta de matrimonio e irse con él a su país a pesar de hacer dos meses que se conocían.

Durante esos dos meses solo se hablaba de Berj y de Holanda. Ana era así de eufórica con todo lo que le ocurría. Cuando aparecía en su vida algo que le interesaba, no era capaz de hablar de otra cosa. Se entusiasmaba fácilmente y llegaba muy rápido a la conclusión de que en esa ocasión su vida iba a cambiar. ¡Era agotadora! La paz solía llegar cuando se distanciaban por un tiempo.

Se fue a vivir con el guapo y fascinante Berj al norte de Holanda. Allí se casaron. Los invitó a su boda, pero con tan poca antelación y entusiasmo que optaron por no asistir.

Durante meses permaneció prácticamente desaparecida. Tanto Nico como ella la habían llamado en varias ocasiones durante los primeros meses, pero acabaron por cansarse de ser siempre ellos los que tomaban la iniciativa.

Seis meses después volvió a España y les habló de su divorcio. A pesar de creer haber encontrado al hombre perfecto, idea con la que les torturó durante mucho tiempo, Ana había tomado la decisión de casarse y vivir en Holanda muy a la ligera, como todas las decisiones que tomaba en su vida, simplemente llevada del entusiasmo de ese momento. Berj vivía al norte de Holanda, en una zona rural. Era el propietario de un pequeño hotel situado en plena montaña con vistas espectaculares.

En poco tiempo Berj dejó de ser perfecto, las vistas dejaron de ser espectaculares, y al fin admitió que no estaba preparada para ese tipo de vida.

Nunca pensaba en las consecuencias de sus actos. Daniela estaba convencida de que jamás se llegó a enamorar del holandés. Se hizo una idea equivocada del tamaño de la cuenta bancaria de



su marido y cuando lo descubrió se llevó una gran desilusión. Si hubiera meditado su decisión un poco más y se hubiera molestado en conocer más a su pareja, no le habría ocurrido.

Tras su divorcio se instaló en el norte de España, en Cantabria, en un balneario y centro de salud de lujo. Habían transcurrido tres años y todavía seguía trabajando allí.

Desde esa fecha había viajado varias veces a Madrid para ver a Nico y otras tantas para verla a ella en Barcelona. Parecía más tranquila e incluso más prudente a la hora de actuar. Al menos dedicaba un par de horas más que antes a sopesar los temas.

Esperaba que Nico le aclarase el misterio de la llamada de Ana. Algo le decía que no era una simple llamada de cortesía.

Marcó el número del centro de estética de la amiga de Nico. No podía dejar pasar más tiempo. Le dio cita para las tres de la tarde. Nico ya se había puesto en contacto con ella esa mañana. No quería ni imaginar lo que habían hablado, pero Eva insistió en reservarle tres horas.

—¡Tres horas! —gritó cuando colgó el teléfono.

Cuando salió del centro de estética estaba muy aturdida. Eva había sido muy amable con ella y le había aconsejado muy bien. Necesitó más de tres horas para dejar su piel, su cabello y sus uñas en perfecto estado.

Era estresante ver cómo un ejército de empleadas trabajaba con ella al mismo tiempo. De no haber sido así, habrían necesitado un día entero para adecentarla.

Estaba muy contenta. Le gustaba el resultado final. Se había cortado algo la larguísima melena y con unos simples toques escalados había conseguido una imagen más joven y atractiva.

Le faltaban por hacer algunas compras. Aunque no era un tema que le entusiasmara en ese momento, necesitaba cambiar su aburrido y obsoleto atuendo.

Llevaba poco tiempo en Madrid y no conocía muy bien las zonas donde encontrar las tiendas que buscaba. Recordó una conversación con Javier en la que se ofreció a acompañarla cuando decidiese hacer un cambio de vestuario. A pesar de haber sido una forma de decirle lo espantoso que le parecía su atuendo, también le pareció dispuesto a acompañarla. Decidió probar suerte.

Media hora más tarde estaba recorriendo el centro de Madrid con un Javier entusiasmado que le agradeció le confiase tan compleja responsabilidad.

Aquel hombre era un encanto. Le había recalcado unas treinta o treinta y cinco veces que el resultado de su cambio de *look* era de su agrado, algo que para Daniela sonaba a música celestial.

Si hubiera sido por Javier, el cambio de vestuario habría sido más que radical, con un estilo tan llamativo como el suyo. Tardó un buen rato en convencerlo de que quería algo más discreto.

El recorrido se limitó a dos tiendas de las que salió con un par de pantalones vaqueros, dos camisetas, tres faldas, tres blusas y dos vestidos, unas botas de tacón y algo de lencería. Satisfechos, acabaron la jornada tomando una cerveza en un bar camino de casa de Nico.

—Espero que hagas una hoguera con todo lo que tenías —le dijo Javier frunciendo el ceño—. Estoy al corriente de cómo ha sido tu vida y lo que has vivido, pero cada vez que te veía me deprimías. Eres una mujer atractiva con unos ojos que dan miedo, pero ibas vestida como los miembros de una comunidad amish.

No sabía si reír o darle una bofetada. La primera opción le pareció más razonable. No tenía sentido alguno enfadarse con él. Ella ya conocía su peculiar e irónico sentido del humor.

—Ahora solo me falta encontrar un trabajo para renacer por completo —suspiró.

—Por cierto, ¿qué tal la entrevista?

Daniela lamentó haber sacado ese tema.

—Bien, aunque no creo que me llamen. No creo que dé el perfil, pero te agradezco que hablastes por mí.

Afortunadamente para Daniela, él no añadió nada más.

Un pequeño malestar se apoderó de ella. Debería haber pensado que aquella entrevista venía a través del hermano de Javier, que por lo visto trabajaba allí. ¿Y si este se lo contaba a Javier, y este a su vez a Nico? Esperaba que no. Confiaba en que el guapo arrogante del que no recordaba el nombre, fuera un poco discreto.

Se despidieron en la puerta de la casa de Nico. Como este aún no había llegado, aprovechó el tiempo para preparar algo de cena y ordenar toda su nueva ropa. Quería sorprender a Nico, así que se dio un toque de maquillaje, y eligió un pantalón estrecho y una de las camisetas ajustadas

para sorprenderlo.

Una hora más tarde Nico entraba en casa. Se la quedó mirando como si hubiese encontrado un animal mitológico en medio del salón.

—Perdón, busco a Daniela. ¿Las has visto?

Ella se rio y dio unas vueltecitas buscando su aprobación.

—¿Qué tal?

—Estás increíble. Te ves mucho más guapa. ¿Echamos un polvo?

—Luego, ahora tienes que contarme lo de Ana, tengo mucha curiosidad —le dijo ella acostumbrada a ese tipo de bromas.

Al nombrar a Ana, Nico no se molestó en mostrar su malestar.

«Algo no va bien», se dijo.

—Te he traído un móvil —le dijo mientras abría una pequeña caja—. Por lo que me has explicado, imagino que el tuyo no volverá a servirte. De momento deberías utilizar otro número.

—Gracias —dijo Daniela admirando el aparato tan sofisticado que sostenía—. No tenías por qué hacerlo. Además, seguro que es carísimo.

—Déjame mimarte un poco. No es por nada, pero el móvil que tenías pedía a gritos un sustituto.

—Funcionaba. ¿Desde cuándo eres tan esnob?

—¿Desde cuándo no lo he sido? —se burló.

No insistió más. Nico estaba entretenido en configurarle el nuevo aparato y dijese lo que dijese no iba a devolverlo. Le había dejado muy claro que era un regalo.

—Mañana haré un duplicado de la tarjeta anterior. Me gustaría conservar el número.

—Buena idea. Pero mientras, no puedes estar incomunicada. Puedes usar este otro.

La verdad es que el móvil le hizo ilusión, no paraba de jugar con él. Nico se levantó de la mesa y se lo cogió de las manos.

—¿Qué tal si sigues luego? Ahora es mejor que cenemos.

Durante la cena, Nico le contó algunos detalles sobre el trabajo que realizó ese día y como siempre supo añadir toques de humor que a ella le hicieron reír a carcajadas.

La sorprendió cambiando de tema radicalmente.

—Ayer parecías inquieta mientras dormías. Incluso me levanté y fui hasta tu cama. Estabas alterada, pero no quise despertarte. Supuse que habías tenido una pesadilla. Nico había presenciado muchas de ellas.

—Hacía mucho tiempo que no tenía una pesadilla, pero últimamente están apareciendo con bastante frecuencia.

—¿Es el mismo sueño de siempre?

—Sí, es el mismo cuadro de siempre, aunque a veces varía el ángulo desde el que lo observo. Algo cae sobre él, pintura creo, y después me despierto. —Negó con la cabeza mientras recordaba las imágenes.

—Pensé que ese sueño había desaparecido. No me habías dicho nada. Te dije hace tiempo que deberías acudir a un profesional. No es muy normal llevar toda una vida con el mismo sueño. Quizás tenga un sentido. Una terapia de hipnosis podría aclararte algo relacionado con tu infancia, algún trauma. Esas cosas ocurren.

—No voy a someterme a hipnosis y no tengo ningún trauma, al menos que no conozcamos. He buscado mucha información, pero no he encontrado ningún dato que tenga sentido para mí. Además es una imagen que aparece en muchos lugares. Ese cuadro está por todas partes. No es precisamente una obra desconocida. En la facultad había una copia enorme y lo veía

prácticamente a diario. Hoy mismo —hizo una pausa mientras pensaba si debía decírselo o no— encontré una copia en las oficinas de Versus. Parece que me persigue.

—No tiene sentido, cielo. Deberías hacer algo. Como tú has dicho, es una obra conocida y te la vas a encontrar en muchos sitios, por eso debes saber qué es lo que ocurre.

—Ni siquiera es una obra que me atraiga por nada en especial. No la hubiese elegido jamás para decorar. Averigüé que la obra original está expuesta en un museo de París.

—Sí, lo sé. Está en el museo de Orsay. Yo también busqué información hace tiempo.

—Visitaré el original algún día —dijo ella, entusiasmada.

—Eso está muy bien. ¿Lo has hablado con Matt?

—No, pero lo haré.

Nico decidió cambiar de tema y hablar de la llamada de su amiga.

—Ana te ha llamado para ofrecerte un trabajo como fisioterapeuta en el balneario.

—¿Por eso ha llamado?

—Sí. Dice que es solo una temporada, pero está muy bien pagado y necesitan a alguien con urgencia. Según Ana podrías vivir con ella y probar suerte. Te harían una pequeña entrevista, pero está convencida de que te darían el trabajo.

—Entiendo —dijo Daniela, confundida.

—Antes de llamarla, quiero que lo pienses. Ana es una embaucadora y puede convencer a cualquiera de cualquier cosa. Si no quieres marcharte, no hace falta que le pidas detalles, le dices que no y punto —dijo Nico rápidamente, sin apenas respirar, como si necesitase vomitar las palabras.

Aquella propuesta la pilló por sorpresa. Ese trabajo no era lo que buscaba y mucho menos tan lejos de Madrid. La expresión de Nico indicaba que él pensaba lo mismo.

—Vaya, no sé qué decir. La verdad es que necesito trabajar, y si está bien pagado...

—Si vas a trabajar como fisio, también puedes hacerlo aquí. Solo has buscado trabajo de secretaria.

Al verla tan agobiada, la animó a llamar e informarse bien sobre la oferta antes de tomar una decisión. También le dejó claro que la apoyaría en lo que decidiese, aunque le rompía el alma tener que separarse de nuevo de ella.

Daniela se fue a su habitación y llamó a Ana.

Nico también se fue a la suya. Necesitaba desaparecer. Había intentado parecer tranquilo y no mostrar sus verdaderos sentimientos. En su habitación ya no tenía que disimular más. Si Daniela se marchaba, la iba a echar mucho de menos. Acababa de entrar en su vida y casi estaba a punto de irse.

Adrien seguía en su despacho intentando concentrarse en todo el papeleo que tenía delante, pero no lo conseguía.

Elena había sido de gran ayuda en los tres últimos días. Parecía querer que se tragase sus palabras, convirtiéndose en una muy eficiente ayudante. Consiguió poner al día todos los temas que se habían ido acumulando. Sabía que era una forma de intentar demostrarle que se estaba equivocando con su decisión, ya que no solo era capaz de continuar con su trabajo habitual, sino que además podía ocuparse de llevar sus asuntos.

Pero él no iba a cambiar de opinión, aunque no pensaba decírselo de nuevo. Si ella había empezado una especie de huelga al estilo japonés, no sería él quien se lo impidiera. Ella alimentaría su orgullo intentando demostrarle que el puesto debía ser suyo y él recibiría la ayuda que necesitaba. Claro que debía pensar que si no encontraba pronto a alguien que ocupase ese puesto, sería él el que tendría que lidiar con su orgullo, tragárselo y optar por poner a Elena en el puesto.

No podía quitarse a aquella mujer de la cabeza. Hacía tres días que habían tenido la entrevista. La había intentado llamar en varias ocasiones, pero siempre saltaba el contestador, invitando a dejar un mensaje, pero no lo había hecho. Le hubiese gustado volver a hablar con ella y demostrarle que podían tener una entrevista mucho más seria, ya que estaba interesado en darle el puesto.

Había repasado el currículum tantas veces que hubiera sido capaz de escribirlo de memoria. Le llamaron la atención muchos de los datos que contenía: nació en Panamá; residió en Barcelona; apellido canadiense; actualmente residía en Madrid.

Adrien pensó que era una extraña combinación.

Levaba días pensando en ella. Esos ojos le habían cautivado.

Pensó en su conversación, por llamarla de alguna forma, en el ascensor y en el papel que contenía sus deseos; en la forma que miró el cuadro y... en las braguitas que le dejó en el sobre y sobre todo en las ganas que tenía de volver a verla.

Víctor entró como siempre sin llamar.

—Voy a desayunar con mi hermano. ¿Te apetece venir?

—No, gracias, estoy muy... —Recordó que Daniela era amiga de Javier—. Pensándolo bien... sí que iré.

Al salir de su despacho se encontró a Javier charlando con Elena. Se saludaron y se dirigieron a la cafetería.

Adrien no quería sacar el tema de la entrevista y al parecer los otros dos no parecían recordarlo. No sabía qué grado de amistad mantenía con Javier y prefirió ser prudente.

Desayunaron conversando sobre algunos trabajos muy interesantes que Javier había realizado en los últimos días, aportando un par de ideas para las próximas fotografías de la nueva colección que Adrien ya les había contratado.

Seguía interesado en conseguir información sobre ella, pero a no ser que sacase él el tema, no veía muy probable que la conversación surgiera.

—He intentado localizar a tu amiga Daniela, la que hizo la entrevista, pero no lo consigo —dijo en un tono muy relajado, evitando mostrar interés.

Víctor le miró intentando entenderlo. Cuando le preguntó el mismo día de la entrevista, él fue muy escueto al respecto. Solo le dijo que le había causado buena impresión y que ya tomaría una decisión.

Antes de que Javier le contestase, prosiguió con su falso discurso:

—El caso es que hay varias personas que me gustaría volver a entrevistar y ella es una de ellas.

—Daniela ya no está en Madrid. Se ha ido a trabajar al norte. Creo que tuvo algún problema con el móvil. Si necesitas localizarla, puedo hablar con Nico. En realidad es más amiga de él.

—Me dijiste que era amiga tuya —le reprendió Víctor—. Le pedí a Adrien que le hiciera un hueco, le supliqué que lo hiciera pensando que era una buena amiga. Di por sentado que la conocías bien.

—No he dicho que no lo sea, solo que yo no la conozco tanto como Nico. Para él es como una hermana —dijo Javier alterado, molesto por el reproche de su hermano.

Adrien vio la tensión entre ellos y quiso colaborar para evitarla.

—Víctor, no me importa de quién fuese más amiga. —Le miró con reproche intentando decirle que esa no era una buena forma de tener buena relación con su hermano.

—Gracias, te agradezco que le hayas dedicado tu tiempo —dijo Javier mirando a su hermano, queriéndole exterminar con la mirada—. Nico me dijo que la llamaron para un trabajo y se fue rápidamente. Es una tía estupenda, aunque la vida no ha sido demasiado justa con ella.

«La vida no ha sido muy justa con ella», repitió Adrien mentalmente.

Se moría de ganas de preguntar más cosas, pero Javier no era de esos tipos que hablaban demasiado y tampoco quería que viese demasiado interés.

—Me alegro por ella. No hace falta que molestes a Nico. En cualquier caso, si vuelve a Madrid házmelo saber e intentaremos ayudarla si todavía necesita un trabajo.

—Gracias, Adrien, se lo diré a Nico o a ella cuando hablemos. Lo siento, pero tengo que irme. Tengo que estar en una sesión de fotos en media hora.

Se levantaron para unirse a Javier.

Víctor se quedó un rato en la calle hablando con su hermano, intentando arreglar la tensión que se había creado, y Adrien se dirigió a su despacho acompañado por la imagen de Daniela, la extraña mujer que no conseguía quitarse de la cabeza. Estaba claro que ella, al menos a Javier, no le había mencionado nada de la entrevista.

Pero poco importaba ya. Se había ido. ¿Por qué se sentía como si le hubiesen arrancado algo de dentro? Ni siquiera la conocía, aunque tenía la impresión de que se conocían desde siempre. ¡Qué extraño!

Recordó las palabras de Javier: «La vida no la había tratado justamente». Siendo justo, él tampoco lo había hecho. No había sido muy considerado con ella.

Al llegar a su despacho se sentó en su sillón. Tenía aquellos ojos grises clavados en su mente y una sensación amarga. Acababa de perder a alguien que no conocía absolutamente nada.

Daniela acababa de pagar dos meses de alquiler, uno de ellos a modo de fianza, por su nuevo piso.

No era gran cosa, pero tenía todo lo que necesitaba. Solo tenía que hacer desaparecer las horribles cortinas y empaquetar todos aquellos absurdos y anticuados objetos de decoración. Calculaba que en tres o cuatro días habría terminado de instalarse y de adecuar aquel reducido espacio.

No contaba con la ayuda de Ana. No es que ella se la hubiese negado, pero tampoco tenía intención de pedírsela visto el modo en el que se estaba comportando desde que supo que había encontrado un piso de alquiler.

No se molestó ni siquiera en escuchar los motivos que la habían llevado a tomar esa decisión. La acusó de traidora y desagradecida y se negó a escucharla. Ana era así de comprensiva.

Desde ese momento apenas le había dirigido la palabra. Si algo no salía como ella quería, se distanciaba y dejaba de hablar. Cuando eso ocurría era una pérdida de tiempo intentar hacerla razonar. Lo mejor era esperar a que se le pasara la rabieta. Una vez que se cansara de hacerse la interesante y la herida, en una muestra más por demostrar que el mundo siempre gira a su alrededor, volvería a ser la misma de siempre.

Por muy mal que se lo tomara, Daniela no podía ceder y continuar viviendo con ella. No soportaba vivir en medio de aquel extremado desorden. Ana era muy descuidada para mantener ordenada y limpia su casa. Era una pesadilla tener que vivir en aquel caos absoluto.

Lo habían hablado muchas veces, enfocándolo de diferentes maneras para ver si lo entendía y era capaz de reaccionar, pero siempre se ponía a la defensiva, restándole importancia e incluso tachándola de exagerada. Ana estaba convencida de que el problema no consistía en que ella fuera descuidada en el orden, sino que Daniela era demasiado exigente y meticulosa y debía cambiar su actitud para que la buena convivencia estuviera garantizada.

Después de esas discusiones solo le quedaba adaptarse a la pocilga que tenían por casa o bien pasar horas después del trabajo limpiando y ordenando.

Siempre optaba por la segunda opción, pero ya se había cansado.

No podía seguir viviendo allí. Había objetos por todas partes. Todos fuera de lugar. El baño era siempre un campo de batalla, y solo permanecía limpio unas pocas horas, al igual que la cocina. Se sentía la cenicienta de aquel lugar. Limpiar, ordenar, cocinar... Ana nunca se ocupaba de la compra, siempre improvisaba alguna comida congelada de camino a casa o bien la traía ya preparada.

Aceptó aquella situación durante un tiempo, mientras se adaptaba a su nuevo trabajo, pero el límite de su paciencia ya hacía días que estaba sobrepasado.

Dos semanas antes, le habían renovado el contrato de trabajo por un año, y fue entonces cuando se decidió a buscar un piso de alquiler, aunque lo hizo a escondidas de su comprensiva y razonable amiga.

Necesitaba su espacio como nunca y, sobre todo, su intimidad. Ana solía llevar a menudo compañía masculina a casa y ella se sentía incómoda. El piso era pequeño y desde cualquier lugar se escuchaban los gemidos correspondientes a la sesión de cama que tenía su escandalosa amiga. No había muchos sitios para esconderse, así que la mayoría de las veces acababa escuchando

música con unos auriculares o en los peores días optaba por irse. En ocasiones llegaba tarde por petición de Ana, ya que la intención era ocupar toda la casa en sus juegos y Daniela podría ser un estorbo.

¡No! Ya había soportado suficiente. Le agradecía enormemente su hospitalidad y el brindarle la oportunidad de trabajar allí, pero no iba a caer de nuevo en el error de aguantar una situación insostenible solo por no disgustar a una persona. Esa Daniela ya hacía unos meses que había ido desapareciendo y en su lugar se había instalado una mujer más segura y con las ideas muy claras.

Aquella tarde recogió un par de cajas que le quedaban por llevar a su nuevo piso. Habían transcurrido poco menos de tres meses desde que se instalara allí, aunque le parecía que había pasado mucho más tiempo.

No se arrepentía en absoluto de haber tomado aquella decisión. Cuando se despidió de Nico pensó que sería por poco tiempo, como si en pocas semanas fuera a llamar de nuevo a su puerta para contarle el fracaso de aquella aventura, pero se equivocó.

Su partida fue muy precipitada, apenas un par de días desde que le confirmase a Ana que le interesaba el trabajo. Partió en cierto modo a la aventura. Una entrevista a más de cuatrocientos kilómetros en la que la única garantía era el entusiasmo de Ana, que afirmaba que la cogerían sin ninguna duda. Se animó porque no tenía nada que perder. En el peor de los casos aprovecharía su viaje para ver a su amiga.

Nico se mostró desconfiado por la propuesta. Conocía a Ana y no le daba ninguna seguridad, pero optó por mantenerse al margen y permitir que Daniela tomara una decisión sin intentar influenciarla lo más mínimo. Algo que ella agradeció enormemente.

La peor parte fue alejarse de Nico. Lo echaba mucho de menos.

Él conocía aquel balneario. Había visitado a Ana en una ocasión y le había hablado maravillas de aquel lugar.

Le había mostrado cientos de fotografías preciosas, pero nada comparable con la impresión que le provocó ver con sus propios ojos la belleza de aquel paisaje.

Sonrió al recordar su llegada. Aquel día estaba muy nerviosa.

El taxi que la trajo de la estación de tren la dejó frente a una enorme valla envejecida de madera que rodeaba el gigantesco recinto. En la puerta, un discreto rótulo daba la bienvenida al balneario: CENTRO DE SALUD Y BIENESTAR VILLE.

Se encontraba situado en medio de un amplio parque de árboles centenarios. Tras la puerta se abría un estrecho y largo camino que conducía al edificio principal. Eran un total de cuatro edificios, situados alrededor de una enorme fuente de piedra circular. Todo, absolutamente todo, estaba cuidado al detalle. El lujo era palpable en cualquier rincón del recinto.

Ana se había encargado de hacerle una buena recomendación, por lo que no dudaron en contratarla. Los trámites fueron rápidos y dos días después de su llegada se encontraba firmando un contrato de dos meses junto con otro mucho más extenso de confidencialidad.

En el centro, principalmente, se alojaban personas relacionadas con el mundo de la política, deporte, cine y televisión. Todos los empleados tenían que firmar un contrato de confidencialidad que les prohibía desvelar ningún dato relacionado con la identidad y la estancia de los clientes.

Cada día, Daniela recibía un listado con los horarios y tratamientos que tenía que realizar. La mayoría de las veces solo aparecían las iniciales del cliente o bien el nombre de pila. Si no eran rostros muy conocidos, era muy difícil saber de quién se trataba. Solo unos pocos empleados tenían esa información.

El centro ponía todo su empeño en garantizar la intimidad de los clientes, ganándose a lo largo de los años una reputación inmejorable.



Daniela trabajaba en el edificio conocido como «zona de terapias», donde se realizaban todos los tratamientos manuales. Allí se encontraban los despachos médicos, las salas de masaje y fisioterapia, y las cabinas de tratamientos.

El edificio anexo era la zona termal donde se encontraban los diferentes circuitos de agua, las saunas, los baños y las salas especialmente ambientadas para la relajación.

Junto a este, se encontraba el edificio más grande: el hotel donde se alojaban los clientes, formado principalmente por lujosas suites.

Por último, cerrando el círculo, se encontraba el más pequeño de ellos, destinado a restauración. Desde este edificio se podía acceder a las miles de hectáreas de jardines que envolvían el recinto.

Daniela y Ana no solían coincidir durante la jornada laboral. Ana trabajaba en la recepción del hotel y con muy poca frecuencia acudía al edificio de Terapias.

Estaba encantada de tener a Daniela tan cerca. Durante años había sido difícil coincidir y las conversaciones telefónicas eran cada vez más escasas. Ana era consciente de que los últimos años habían sido muy difíciles para Daniela, pero jamás pudo comprender la forma en que se esclavizó a una persona como su abuela, que parecía carecer de sentimientos. Siempre la trató con desprecio y frialdad. Para ella solo era una bruja egoísta que se había dedicado a amargarle la vida a su marido, y cuando este ya no estaba, a su nieta. De haber sido ella, la situación hubiese cambiado mucho. Sin duda no habría sacrificado su vida de esa forma. Habría llevado a su abuela a una residencia donde la hubiesen atendido debidamente y así ella poder continuar con su vida. Y no era el único ejemplo, podría estar horas hablando de todas las estupideces que hizo Daniela, pero aquello había pasado y ahora tenía la oportunidad de volver a disfrutarla como años atrás.

La idea de que hubiera alquilado un piso para ella sola no le había gustado mucho, pero en el fondo sabía que era lo mejor. Eran muy diferentes y la convivencia empezaba a ser exasperante. Ya no tendrían que discutir por unas toallas mojadas o unos pocos platos en la cocina sin recoger. Ella no iba a cambiar por esas manías de su amiga, era demasiado escrupulosa y exagerada con el orden. ¡Si hasta tenía las toallas ordenadas por colores y tamaños! Eso no era para ella. Lo mejor es que viviesen separadas. Además, cada vez que tenía un plan en casa era muy violento decirle que se marchara por unas horas. Si optaba por no pedírselo, tenía que estar pendiente de hacer poco ruido para no incomodarla.

Todo hubiera sido más fácil si la situación se hubiera dado alguna vez a la inversa. Si hubiera sido Daniela la que llevase a alguien a casa, pero eso no parecía ser un tema de interés para su amiga. No podía creer que esa mujer llevase tanto tiempo sin estar con un hombre. Se lo había comentado muchas veces, pero a ella parecía importarle poco.

—Ya va siendo hora de que tengas una noche de esas de pasión incontrolada —le había dicho en alguna ocasión—. No sé exactamente cuándo fue tu última vez, pero así por encima calculo que hace demasiado tiempo. Es una situación de emergencia. Tenemos que resolverlo.

—No tenemos nada que resolver. Tú ocúpate de tus noches desenfundadas y deja las mías. Llevo bastante tiempo y puedo estar bastante más. Ahora no es una prioridad —le había contestado ella sin darle importancia.

A Ana no le gustaba demasiado la forma en que Eloy, su jefe, trataba a Daniela. Quizás eran imaginaciones suyas, pero siempre era más amable y atento con ella. Sintió una punzada de celos al recordarlo.

Llevaba mucho tiempo enamorada de su jefe y aunque no parecía que él sintiese lo mismo, nunca había perdido la esperanza de que algún día la invitase a salir y surgiera esa chispa que tanto llevaba esperando. Ella había intentado por todos los medios provocar alguna situación en la

que él mostrase interés por ella, pero siempre obtenía un trato cordial.

Nada más llegar su amiga, se lo explicó todo para que le quedase claro con quién debía mantener las distancias, algo así como marcar su territorio. Aun así veía que Eloy siempre tenía un pequeño detalle con Daniela, y eso le hacía daño.

Observaba cómo le sonreía cada vez que se cruzaba con ella, le hacía comentarios divertidos o incluso se ofrecía a ayudarla. Él era el supervisor de ambas y el jefe más directo, así que era imposible evitar que su amiga tratase con él. Lo más irónico es que él también era el encargado de recordarles a los empleados que el centro no admitía que hubiese relaciones entre ellos. Al parecer la intención de Eloy no era recordárselo a Daniela, sino más bien intentar que se saltara las reglas.

Esas reglas siempre le parecieron absurdas. ¡Menuda estupidez! Según el centro, no podían mantener ningún tipo de *affaire* entre ellos, a no ser que fuera algo muy serio y duradero. En ese caso debían comunicarlo.

Nada más patético que tener que sentarse delante del jefe para decirle algo así como que la historia con «ese compañero» no iba de sexo, sino que había mucho amor y querían ser felices para siempre. ¿Qué clase de personaje puede poner unas normas tan estúpidas? ¡Por el amor de Dios! La gente que trabajaba allí era adulta y con su tiempo libre podía hacer lo que le diera la gana. Sin duda el que impuso esas normas era alguien que estaba amargado o despechado. Claro que ella estaría encantada de sentarse delante de quien hiciera falta para decirle que Eloy y ella estaban perdidamente enamorados.

Sabía que Daniela no haría nada por pisarle ese terreno, ella era una buena amiga, pero cada día se le hacía más insoportable ver cómo Eloy se deshacía en atenciones con ella. Debía olvidarse de sus estúpidos celos y seguir buscando la forma de que su jefe se fijase en ella. Era cuestión de tiempo que cayese rendido a sus encantos. Siempre había sido así y no sería Eloy el primero en rechazarla, al menos no muchas veces más.

A punto de dejar preparada su maleta, Adrien todavía no conseguía explicarse cómo se había dejado convencer para pasar unas semanas en un balneario.

Dos días antes, Jaime, uno de sus dos mejores amigos y médico personal, había conseguido inquietarlo con el tono que empleó para hablar con él.

No es que fuera un hombre que sorprendiera si se mostraba serio, por lo general solía ser así, de hecho raras veces sonreía, pero aquel día parecía muy preocupado.

—Adrien, has estado una semana ingresado en el hospital. Una crisis de ansiedad y un amago de infarto no son tonterías. Deberías tomarte esto más en serio.

—Y lo hago. Sigo todos los consejos que me das y me tomo todos esos odiosos medicamentos que me has recetado, pero lo de desaparecer dos semanas, solo, en un balneario, eso ya me parece un tema muy distinto. Tengo 35 años y me estás diciendo que me vaya a un centro de reposo.

—No te estoy recomendando unas vacaciones, sino una forma de desconectar y descansar. No necesitas más medicamentos, solo relajarte y aislarte de la rutina durante unos días. Has estado llevando un ritmo de vida absurdo, o como tú lo llamarías «acelerado». Te pasas todo el día en la oficina. Apenas podemos contar contigo para salir. ¿Y tú me hablas de la edad? ¿Te sientes muy joven? Entonces, ¿por qué narices siempre pones la misma excusa cuando Víctor o yo te proponemos salir?: «Estoy cansado, he tenido una semana muy dura» —dijo imitando su voz de una forma despectiva.

—¡Vale! Sé que hace semanas que no salimos... —No acabó la frase, su amigo le interrumpió.

—Me-ses, hace me-ses que no salimos.

—Está bien, meses, lo que tú digas. Pero ese no es motivo para que me vaya a un balneario a morirme del aburrimiento. He estado muy liado. Ya sabes que desde que no está Clara me he ocupado de muchos temas y...

—¿Qué tontería es esa? Llevas tres meses buscando a una secretaria, lo tuyo es grave. ¿Por qué no le das ese puesto a...? No me acuerdo de su nombre. Esa chica que te ayuda ahora. Víctor me dijo que ella es perfecta para el puesto y que además lo está deseando.

—¿Elena? Víctor es un bocazas. Él sabe de sobra que no quiero a Elena como ayudante. Ahora me echa una mano, pero solo provisionalmente, hasta que contrate a alguien.

Jaime se acercó a su amigo y levantó las cejas con una sonrisa muy sugerente.

—No, no, no. No es lo que piensas, no me he acostado con ella —dijo Adrien resoplando—. Hace tiempo me confesó que sentía algo por mí y... prefiero mantener las distancias.

—¿Eso te confesó? ¡Vaya! Eso es muy grave. ¡Imperdonable! ¿Cómo has podido aguantar semejante presión? —se burló de él.

—No es solo eso, es que quiero una persona nueva y no quiero que sea Elena.

—El estrés pasa factura —puntualizó volviendo al tema—. Llevas dos o tres meses sin apenas dormir ni comer bien. ¡Todo es trabajo! Eso no puede ser. Ya te has llevado un buen susto —Suspiró—. Víctor ha estado varias veces en ese balneario y dice que es ideal, que te gustará. Además, no te hemos regalado esa estancia solo por tu salud. Llevas un tiempo muy extraño, ausente. Lo cuestionas todo. Te conviene abrir un paréntesis de dos semanas y dedicarte a descansar y a pensar en ti mismo. Sabes que lo necesitas. Los balnearios no son solo para personas mayores, eso es una estupidez. Seguro que te va muy bien. Yo te acompañaría, pero no

puedo. Podría dejar una semana la consulta, pero el trabajo en el hospital ahora mismo no.

En la oficina, dejó instrucciones para todo el mundo, para que no quedara ningún tema sin atender. Víctor tomaría el mando durante su ausencia. Confiaba en él plenamente. Víctor también estaba preocupado por él. Se lo demostró en la conversación que habían mantenido tan solo hacía un par de horas.

—Lárgate de una vez y no te preocupes por nada. Apaga el móvil y desaparece. Prometo localizarte en caso de incendio, atentado terrorista o suicidio colectivo del personal. Si no es así, no sabrás nada de mí, aunque... es posible que vayamos a visitarte algún día.

—¡Vaya! Sois muy amables, pero avisadme con tiempo, que seguro estaré muy ocupado. Intentaré hacer un huequcito entre masaje y masaje para recibir a mis amigos.

—No seas tan negativo. Estoy seguro de que te gustará. Yo me he escapado varias veces. Algunas de ellas he ido solo. La primera vez estuve con Verónica, hace años, y fue muy entretenido. Cada vez que probábamos alguna piscina o uno de esos baños relajantes, mi imaginación se desbordaba pensando cómo podría ahogarla sin que pareciese un asesinato. La semana que estuvimos me pasó volando buscando el crimen perfecto.

Adrien acabó riendo a carcajadas. Ese comentario dejaba claro que Víctor había pasado página a su divorcio. Hasta hacía bien poco, no era capaz de bromear de esa forma sobre su exmujer.

—¿Y por qué sigues yendo si fuiste allí con Verónica?

—Conozco al director del centro. Fuimos juntos a la universidad. Me hace un precio especial. Desde que me divorcié he ido en varias ocasiones, me ayuda a poner las ideas en orden. También me recuerda lo estúpido que fui, por no ahogarla cuando tuve oportunidad —Le puso una mano en el hombro—. Fuera bromas, sé que estarás bien. Es un sitio ideal.

Adrien se obligó a centrarse en la maleta o no sería capaz de terminarla nunca. Recordar la conversación con sus amigos no le sirvió para animarse mucho. Seguía pensando que era una estupidez ir a un balneario a ver pasar las horas. Lo mejor que podía hacer era aguantar unos cuantos días y regresar a Madrid. Ni loco iba a pasar dos semanas en aquel lugar. La idea empezó a seducirlo cada vez más. Lo haría de esa forma para que sus amigos se callasen y lo dejasen en paz.

Podía llegar a reconocer que algo de razón tenían. Se había llevado un buen susto el día que ingresó en el hospital. En algún momento de su semiinconsciencia pensó que había llegado su hora. Sintió miedo de verdad.

Habían sido meses de incontrolados horarios y su cuerpo había llegado al límite. Aun así, le parecía ridículo recurrir al balneario, aunque eso supondría que podría desaparecer para las fiestas navideñas que tanto aborrecía. Ese año las pasaría de forma muy distinta. Claro que para eso tendría que aguantar al menos una semana, y no sabía si eso iba a ser posible.

Cuando era un niño adoraba la Navidad, pero desde que sus padres se divorciaran nunca más volvieron a ser como antes y acabó por no soportar esa época del año tan familiar. Su madre se había vuelto a casar hacía poco menos de un año y se había ido a vivir de nuevo a Francia. Ella y su marido, Gerôme, habían iniciado un viaje hacía menos de un mes que les llevaría a visitar varios países. Se alegraba mucho del matrimonio de su madre. Se le veía feliz. Gerôme era un buen hombre y su madre se merecía esa felicidad.

Tras su divorcio la vida había sido muy dura con ella. Hasta hacía poco más de un año vivía en Madrid y todavía se ocupaba de los diseños de Versus. Le costó mucho tomar la decisión de jubilarse para emprender una nueva vida en París con su nuevo marido. Ella adoraba Versus, pero entendió que era el momento de retirarse y dejar su legado completamente en manos de su hijo. Al

fin y al cabo, ese había sido siempre su objetivo y por eso había luchado durante muchos años.

Celia era una mujer con una personalidad muy fuerte. Tras divorciarse de su padre, Guillaume, decidió volver a España. El divorcio de sus padres fue muy traumático, pero aún lo fue mucho más tener que dejar todo lo que tenía en Toulouse e irse a vivir a otro país cuando tan solo tenía diecisiete años. Su madre había trasladado el negocio que tenía en Toulouse a Madrid. Con un gran esfuerzo convirtió su amada joyería en una gran empresa que en la actualidad dirigía él. Los primeros años en España habían sido muy duros, pero el empeño y dedicación de su madre tuvieron su fruto.

Adrien nunca había sido un estudiante brillante. Desde pequeño había soñado con ser relojero como su padre, su abuelo y algún antepasado más. Creció entre relojes, atento siempre a las explicaciones de su padre, al que admiraba y adoraba.

Su madre dejó su trabajo y su vida en España cuando se casó con él, para trasladar su vida a Toulouse y convertirse en su más fiel ayudante. Años después decidieron abrir una joyería que dirigió su madre, y con algunos años de dedicación consiguió diseñar sus propias joyas. El negocio funcionaba perfectamente y tenían clientes y encargos muy exclusivos. Creció hasta tal punto que su padre decidió abrir otra joyería en París que resultó funcionar igual de bien, aunque eso suponía tener que ausentarse varios días a la semana. Los días que su padre viajaba a París, ayudaba a su madre en la joyería, involucrándose cada vez más en ella. Fueron años felices que terminaron con un amargo divorcio.

Cuando se trasladaron a España, su madre lo obligó a estudiar una carrera universitaria que le pudiese ayudar a dirigir Versus y a hacerlo crecer, pensando siempre en su futuro. La carrera se alargó más de la cuenta ya que el interés de Adrien por estudiar era nulo. No consiguió terminarla, pero adquirió los conocimientos suficientes para adentrarse en el mundo empresarial y, poco a poco, dominar el arte de dirigir una empresa en pleno crecimiento. En la actualidad, Versus era una empresa sólida en pleno proceso de expansión.

¡Maleta terminada! Para los días que pensaba estar fuera, llevaba el suficiente equipaje. Antes de salir de su casa, se sentó a los pies de la cama y sacó un papel arrugado que conservaba desde que aquella extraña mujer entrara en su despacho para hacer una entrevista. De eso hacía ya tres meses.

«Daniela...», pensó.

Así se llamaba. Su imagen le había venido a la cabeza muchas veces. Desde que leyese aquel papel que contenía una lista con sus propósitos, algo había cambiado en él. Seguía pensando que aquellos preciosos ojos grises se habían cruzado en su vida por alguna razón.

Había releído mil veces aquella lista intentando imaginarse cómo sería la vida de una mujer para tener como prioritarios aquellos sencillos deseos. Pero no era ese el motivo por el que Daniela había estado en su cabeza. El motivo era su fallido y frustrante intento de confeccionar su propia lista.

Puso todo su empeño, pero no fue capaz de conseguirla sin caer en estupideces que no valían la pena ni mencionar. Aquella mujer tenía una lista de deseos clara donde especificaba todo lo que quería experimentar y vivir. Algo que debería ser tan simple de redactar se había convertido en algo imposible, y eso, en cierto modo, le atormentaba.

«Adrien, ¿de verdad eres incapaz de escribir algún sueño, algo que necesites conseguir?», se decía a sí mismo con frecuencia.

No podía creer que no tuviese una ilusión concreta, un sueño que perseguir. También sabía que no lo tenía todo. De ser así, debería ser un hombre plenamente feliz, y... ¿lo era? ¿Por qué se sentía extrañamente vacío?

Tenía un gran trabajo que le gustaba y por el que luchar cada día. Le gustaban las personas que le rodeaban. Tenía dos maravillosos amigos por los que lo daría todo, y una madre a la que adoraba y con la que se entendía perfectamente. No tenía problemas para conquistar a una mujer y tener las aventuras que le apeteciese. Podía permitirse todos los caprichos que deseaba, ya que su situación económica se lo permitía de sobra. Entonces, ¿por qué no era capaz de escribir algo nuevo por lo que luchar? Quizá su lista de los deseos debería consistir en querer mantener todo lo que tenía. Eso estaba bien, pero ¿porque era incapaz de decir que era un hombre feliz o que no necesitaba nada más en la vida?

Intuía que su vida no estaba completa, que algo importante le hacía falta y tristemente no era capaz de saber qué era. Una especie de vacío y tristeza le habían acompañado estos últimos meses desde que se encontrara con la dichosa lista de prioridades de aquella desconocida. Aquella dichosa lista le hacía reír por su simplicidad, pero al mismo tiempo le entristecía porque le recordaba que él había sido incapaz de hacer una.

Sus amigos le decían que últimamente estaba apagado y extraño. Tenían razón. Curiosamente, en las últimas semanas había observado muchas veces cómo era el mundo que le rodeaba. Había buenas personas en su vida, en su trabajo, en su familia, pero recordaba algo tan simple como la forma en que aquella mujer le hizo reír en unos pocos minutos, y se dio cuenta de que todo lo que había en su vida era... ¿Demasiado formal? ¿Demasiado serio? Si no era así, entonces, ¿por qué se sintió tan inexplicablemente vivo y despierto durante y tras su encuentro con ella? Con Daniela.

Tras su reflexión, se levantó de la cama y guardó el papel entre su equipaje. Aquello sería su

talismán. Empezaba a pensar que no era mala idea estar alejado de todo una temporada. Dedicaría tiempo a seguir con sus reflexiones. Sabía que nunca más volvería a ver a aquella mujer, pero un pequeño trocito de ella le acompañaría mucho tiempo, al menos hasta que encontrase una respuesta a todas esas dudas sobre sí mismo.

Nada más abrir los ojos se dio cuenta de que no iba a ser un buen día. Había dormido pocas horas intentando dejar su nuevo piso terminado.

No podía permitirse descansar tan poco tiempo si quería cumplir con su trabajo. Debía estar concentrada en todas las terapias que tenía que aplicar y el cansancio por falta de sueño no ayudaba en absoluto. El día prometía ser eterno.

Sintió que le flaqueaban las piernas cuando consultó la lista de pacientes que pasarían ese día por sus manos. Todos esos tratamientos requerían una energía que no tenía ni idea de dónde iba a sacar. Al menos, la tarde parecía más tranquila. Había algunas horas libres y podría descansar.

Disponía de unos minutos antes de recibir a su primer paciente. El centro era muy detallista, y antes de iniciar cada sesión, una compañera, dedicada exclusivamente a esa tarea, se encargaba de acomodar y preparar en la sala al paciente.

La mayoría de los pacientes se adaptaban fácilmente al tratamiento, previamente elegido por ellos o bien recomendado por el médico, pero siempre había alguno que venía con exigencias de lo más excéntricas.

Pero todos ellos querían, ante todo, preservar su identidad e incluso solicitaban una sala con escasa iluminación. Su compañera se encargaba de indicarles cómo y dónde debían colocarse y en qué consistía el tratamiento que les aplicaría el terapeuta. Los más exigentes con la privacidad recibían instrucciones a través de un biombo y se colocaban de tal forma que el terapeuta les trataba de espaldas y no veía su rostro en ningún momento. Afortunadamente eran una minoría, pero siempre tenían que estar alerta con ese tema. Le costó acostumbrarse a ese tipo de exigencias, pero al final acabó por considerarlo algo rutinario.

Aunque estaba conforme con sus tareas, si hubiera podido elegir solo ejercería la fisioterapia en estado puro, que era lo que mejor conocía, pero eran pocos los pacientes que recurrían a sus servicios para que les tratase algún tipo de lesión. En ocasiones aliviaba alguna pequeña contractura leve, pero la mayoría se alojaban en el centro para recibir masajes tanto terapéuticos como estéticos.

En sus terapias incluía elementos muy variados en aroma y textura. Le encantaba esa parte del trabajo. No era un campo en el que tuviese demasiada experiencia, pero se desarrolló bastante bien gracias a algunos cursos que había realizado al terminar la carrera y también a la ayuda que recibió los primeros días de una compañera.

Sus terapias favoritas eran las que se aplicaban con aceites aromáticos. La sensación del aceite y su aroma le permitían relajarse y meterse de lleno en su trabajo consiguiendo resultados muy satisfactorios, según le indicaban los pacientes.

Al terminar el día, todos esos olores se quedaban impregnados en su piel, de forma que siempre desprendía un agradable aroma.

Estaban preparando a su próximo paciente, así que aprovechó esos minutos para acercarse a la recepción del hotel a saludar a Ana. Desde que se había mudado se había mostrado antipática y quiso comprobar si todavía le duraba el enfado.

Intentó pasar desapercibida, esperaba no encontrarse a algún jefe que le recordara que no podía salir del edificio durante las horas de trabajo. Eran muy estrictos en cuanto a acceder a



otras zonas del recinto mientras vistieran el uniforme, pero no era la primera vez que lo hacía y nunca había tenido problemas.

Se acercó sigilosamente por la parte de atrás de recepción accediendo desde una entrada lateral solo para el personal.

La recepción estaba llena de nuevos clientes que esperaban la confirmación de su alojamiento. En el momento que vio a Ana sola, se acercó y la abrazó por detrás. Ana se sobresaltó y al ver que se trataba de su amiga quiso disimular su alegría y se esforzó por seguir pareciendo enfadada.

—Este no es tu lugar de trabajo. Deberías volver a Terapias.

—Quería comprobar si aún estabas igual de agria que ayer o ya se te había pasado —le dijo haciendo pucheros infantiles—. ¿Vas a venir a ver mi pisito? Me ha quedado monísimo. Ayer me quedé limpiando hasta las tantas.

Ana le lanzó una mirada asesina y le dedicó una sonrisa forzada.

—Lo habrás dejado como un quirófano. Seguro que el único ser vivo que habita allí eres tú.

Daniela empezó a reírse y acabó contagiando a su amiga, que disfrutó su propio comentario.

—¡Está bien! —le dijo moviendo la cabeza en señal de rendición—. Esta tarde me paso. Llevaré algo para cenar y un buen vino.

—¿Vino? Algo te pasa —afirmó al recordar que era la bebida preferida de su amiga para ahogar las penas—. ¿Qué te ocurre?

—Nada. Anda, vete antes de que te pillen y te echen la bronca. Seguro que tienes a algún pijito esperando en una camilla.

—Hoy tengo una buena agenda y muy pocas ganas de hacer nada —Se dirigió a la salida—. Mataría por ser yo la que recibiera el masaje.

Adrien esperaba en el amplio mostrador de recepción a que terminasen los trámites de su reserva.

El lugar le había impresionado gratamente. Los espacios eran amplios y el paisaje en todo momento era cálido y acogedor. Lejos del bullicio de Madrid, parecía estar en un pequeño paraíso rodeado de mar y vegetación.

Estaba apoyado en un gran pilar que dividía la mesa alargada de recepción en dos partes. Una empleada muy amable comprobaba sus datos y daba instrucciones para que le acompañasen a su suite. El sonido de unas risas llamó su atención, aunque no podía ver de dónde provenían. Pudo localizarlas detrás de una puerta que había situada en un lateral de la pared del fondo. Sin saber por qué su mirada se dirigió hacia allí. Se quedó petrificado cuando vio el rostro de la mujer que salía por la puerta.

Instintivamente dio un paso atrás para quedar totalmente oculto por la columna, mientras su cerebro procesaba la imagen que tenía delante.

Aquellos ojos... aquellos increíbles ojos grises que tenía grabados en su mente desde hacía meses. ¡Era ella! Daniela.

Se separó de la columna siguiéndola con la mirada hasta que salió del hotel. Estaba seguro de que era ella, pero quiso asegurarse. Las probabilidades de volver a verla eran muy remotas, así que las dudas empezaron a asaltarle.

Se excusó con la recepcionista que le atendía indicándole que volvería en unos minutos y se dirigió a la puerta por donde la había visto salir.

La vio de espaldas. Nada podía confirmarle que era ella excepto su intuición.

La siguió discretamente, a una distancia prudente. Llevaba un uniforme amplio formado por unos pantalones negros y una bata blanca.

Su mente empezó a despejarse y a procesar información rápidamente. Recordó las palabras de Javier cuando le dijo que se había ido a trabajar al norte.

«Fisioterapeuta», se dijo recordando el currículum.

—Joder, no puede ser. Vaya casualidad —dijo en voz alta sin darse cuenta.

Se acercó al edificio donde ella entró, fijándose en el rótulo que indicaba «Centro de Terapias». Discretamente, a través de un gran ventanal, pudo ver cómo ella se detenía en el mostrador y hablaba con un hombre.

Desde donde se encontraba podía observarla sin ser visto. La recordaba distinta. Su cabello era diferente y su imagen en general era mucho mejor que la que le mostró en su despacho.

«Claro que aquel día la chica no había tenido un buen día», pensó.

Decepcionado, comprobó que ella desaparecía despidiéndose con un gesto de la mano y con una amplia sonrisa.

Se quedó hipnotizado con los hoyuelos que aparecían en sus mejillas al sonreír. No recordaba haber reparado en ellos el día que estuvo en su despacho, pero la memoria no le fallaba. Era imposible recordar una sonrisa que no se había producido.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió al hotel sin dejar de buscar un sentido a aquel encuentro.

Se había documentado sobre el balneario cuando sus amigos le entregaron la invitación y recordaba haber leído los diferentes tratamientos que allí se realizaban.

Sus amigos no habían concertado nada relacionado con terapias de ningún tipo, esperando que fuera él el que decidiese qué quería hacer una vez estuviese en el centro. Le conocían bien y sabían que no tenía intención de someterse a ningún tipo de masaje, ya que no le gustaban demasiado.

Había aceptado la invitación solo con la intención de relajarse un poco y desconectar, pero en unos pocos segundos su estancia en el balneario había dado un buen giro, ya que lo único que tenía en mente era someterse a cualquier masaje del tipo que fuese siempre que las manos que lo proporcionasen fuesen las que acompañaban aquellos inolvidables ojos grises.

Una vez instalado en su suite llamó a recepción y pidió que le proporcionasen una información detallada de los tratamientos a los que podía acceder. Sin saber si sería posible, también pidió que le indicasen el nombre del terapeuta que los realizaba.

Él no era una persona excéntrica que realizara peticiones absurdas y extravagantes, ni siquiera se sentía cómodo en ese papel tan esnob y superficial, pero necesitaba una información rápida y no tenía ganas de perder el tiempo intentado obtenerla de otra forma.

En ese hotel debían estar acostumbrados a personas que les pedían todo tipo de cosas inusuales y seguramente hacían lo posible por complacerlos a todos, dentro de lo posible, teniendo en cuenta las grandes cantidades de dinero que la mayoría de los huéspedes se dejaban allí.

Lanzó su petición intentando parecer lo más exigente posible. Le ofrecieron todo tipo de servicios, incluso el de un médico que evaluase lo que más le convenía, pero lo rechazó.

Unos minutos después recibió una documentación donde se especificaba lo que él había pedido.

La lista de tratamientos era interminable. Todos incluían una amplia explicación sobre sus beneficios y sus características. Pero a Adrien solo le interesaba saber de qué terapias se encargaba ella. Allí estaba. Su nombre aparecía en una pequeña lista de masajes.

«Daniela Kearney...», repitió en voz alta.

Rápidamente, concertó una hora para esa misma tarde. Antes de finalizar la conversación decidió no correr riesgos.

—Disculpe, señorita. ¿Me confirma que tengo cita a las 16:30 con la señorita Kearney?

—Así es, señor —afirmó la recepcionista.

Satisfecho, añadió un comentario sobre su interés en preservar su identidad. Había leído unas cuantas tonterías sobre ese tema, y aunque en un principio le parecieron estupideces destinadas a personas con rostros muy conocidos, que por encima de todo necesitaban anonimato y privacidad, ahora descubrió que podía beneficiarse de ello para lo que tenía planeado con la misteriosa Daniela.

Tumbado en la amplia cama de su inmensa y lujosa suite pensó que quizás ese viaje no sería tan aburrido como él creía.

No entendía muy bien qué le estaba pasando. Por primera vez en mucho tiempo se estaba divirtiendo. Se sentía como un adolescente a punto de hacer alguna travesura. No entendía el porqué de su entusiasmo en aquel momento ni su ilusión al descubrir a la «señorita Kearney», pero tampoco iba a perder más tiempo en encontrar una respuesta. Estaba en aquel lugar para disfrutar de su estancia y eso es lo que pensaba hacer.

Daniela se dirigió a la sala donde esperaba que su compañera le indicase que el paciente estaba preparado.

Julia apareció unos minutos después y le indicó que podía empezar.

—¿Algo que deba saber? —preguntó a su compañera de una forma rutinaria.

—Sí, que está buenísimo. No le he visto la cara, ha pedido preservar su identidad, pero le he visto el cuerpo tumbado en la camilla y está de infarto —dijo Julia en actitud resignada.

—¿De verdad? —Le dedicó una sonrisa.

Julia era muy dulce y todo el mundo la quería, pero también tenía un gusto pésimo para los hombres. No sería la primera vez que había descrito a un paciente de esa forma consiguiendo que ella se distrajesa durante todo el masaje, pensando dónde narices había visto Julia el atractivo.

Ella y Sam, otro compañero, eran las personas con las que más afinidad tenía. Desde que llegó se portaron muy bien con ella y la ayudaron mucho. A ambos les tenía mucho cariño.

Entró en la sala de tratamiento sigilosamente. Miró la lista de su agenda y vio que no podía dirigirse al paciente por su nombre, ya que solo constaban las iniciales A. F. Había poca luz, suficiente para poder trabajar correctamente. El paciente anónimo se encontraba tumbado boca abajo en una amplia camilla con una toalla que le cubría desde la zona lumbar hasta el pliegue de la rodilla.

Aquella era una de sus salas preferidas. Las paredes eran de piedra y en una de ellas descendían unas cascadas de agua que emitían un sonido de lo más sugerente.

En el otro lado de la sala había una pequeña piscina ovalada que simulaba un pequeño lago donde flotaban dos grandes esferas de color blanco iluminadas en su interior.

Aquella era la única luz que había en la sala. La música, que mezclaba sonidos de la naturaleza, aportaba una sensación de paz que solía agradar a los pacientes.

—Buenas tardes. Soy Daniela y seré su terapeuta en este tratamiento. Me ocuparé de hacerle el masaje que ha solicitado —le dijo nada más entrar.

—Gracias —le contestó fríamente sin mover la cabeza que tenía introducida en un hueco de la camilla especial para hacerla reposar.

Era una voz grave y seductora, como uno de esos locutores de radio que envuelven con su voz. De los que es muy difícil concentrarse en el contenido de sus palabras porque es la magia de sus cuerdas vocales la que atrae.

Se acercó a la camilla y pudo ver que en esta ocasión Julia no había exagerado. Aquel cuerpo de 1,90 al menos, era para quedarse sin respiración.

«Vaya con el señor A. F.», pensó.

—Voy a empezar su masaje. Notará un suave aroma a limón —le susurró.

Esperó unos segundos por si el paciente tenía alguna objeción y se colocó justo a su lado derecho para empezar.

Le temblaban las manos, y eso no era habitual en ella. No solía tener cuerpos como esos muy a menudo, pero tampoco era como para temblar. Colocó suavemente sus manos sobre el borde superior de la toalla y la deslizó hacia abajo intentando despejar todo el espacio posible de su espalda.

Primero unas gotas de aceite que repartió en sus manos y después el ritual de esparcirlo

lentamente, con la intención de que el paciente se acostumbrase poco a poco a su textura y temperatura.

Nunca le había ocurrido. Estaba nerviosa y aquella espalda era como un imán. Necesitaba tocarla y cuando lo hizo tuvo que reprimir un grito de entusiasmo. Echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Era como un elixir. La última vez que recordaba aquel gesto fue cuando compró un bote gigante de *fondue* de chocolate, y aunque sabía que no era la forma correcta de comerlo, se pasó horas untando el dedo en el bote a modo de cucharilla para relamerlo despacio.

Durante años su abuela la había hecho sentir culpable por ser tan amante del chocolate. Le decía en tono despectivo que acabaría como su madre, deformando las caderas y estropeando su figura, y esa cancioncilla constante le había hecho reprimirse de comerlo durante mucho tiempo. El mismo día que murió pasó horas en el sofá, sin ningún tipo de remordimiento, saboreando su premio.

Mientras la extasiada terapeuta fantaseaba con lo que tenía delante, Adrien cerró los ojos al sentir una pequeña descarga eléctrica en el momento que aquellas pequeñas y delicadas manos se apoyaban en su espalda. Disfrutó del avance de sus manos mientras se deslizaban por su cuerpo. Un cuerpo que estaba respondiendo con un calor y unas punzadas de placer que no le resultaban familiares, pero que no por ser desconocidas eran menos agradables.

Daniela no dejaba de mirar la toalla mientras deslizaba sus manos por la espalda y se acercaba al cuello.

«¿Qué habrá bajo esa toalla?», se preguntó.

Y en ese pensamiento se perdió durante unos instantes descubriendo lo mucho que odiaba esa toalla.

«Dios, esto no es profesional. Céntrate, Daniela», se reprendió.

Subió sus manos hasta el cuello notando el tacto de su barba. Siguió delicadamente sus movimientos sin dejar de mirar a lo largo de la camilla. Habitualmente buscaba un punto fijo del cuerpo mientras practicaba un masaje y se centraba en él, pero en este caso solo subía y bajaba la mirada observando todos los detalles de aquel ejemplar.

Se dio cuenta de que lo que estaba haciendo no era un masaje con mucha técnica, se limitaba a deslizar sus manos impregnadas por toda la espalda sin aplicar ningún punto terapéutico. Reaccionó. Se ruborizó. Se regañó. Se avergonzó.

La sala en la que se encontraban era la más grande de todas y sin embargo se sintió pequeña delante de aquel cuerpo. Una sensación desagradable de inseguridad la envolvió y se esforzó en continuar el masaje de una forma más profesional.

Él seguía disfrutando de su juego. No le gustaban demasiado los masajes, pero algo le decía que aquellas manos se estaban limitando a hacer círculos en su espalda sin más. No le importaba, porque lo único que quería desde que la vio en el vestíbulo del hotel era sentirla cerca.

Al bajarle la toalla unos centímetros, le provocó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo centrándose en una parte que no tardó en reaccionar.

«Como me alegro de que el masaje sea de espaldas», pensó.

Fantaseó con la idea de darse la vuelta y ver la expresión de ella al ver su erección.

Era consciente de su cuerpo y de sus encantos físicos, pero nunca le había importado demasiado la reacción de una mujer. En ese caso deseaba que Daniela estuviese disfrutando tanto como él en aquel juego de contacto.

Daniela estaba más aturdida de lo que podía y debía estar, pero no era precisamente por las pocas horas que había dormido.

Cuando pasó a realizar el masaje en los brazos, le dieron ganas de tirar de uno de ellos con

fuerza hasta conseguir hacerlo caer de la camilla y así poder ver la parte delantera de aquel estupendo conjunto de músculos. Sonrió imaginándose la escena. Seguro que era uno de esos niños ricachones estirados que montaría un numerito al director exigiendo su despido. De esos había algunos y aunque ella no había tenido ningún problema con ninguno de sus pacientes, conocía alguna experiencia negativa por parte de sus compañeras.

Descartó el tirón de brazos y se limitó a masajearlos. Estaban cubiertos por un ligero vello. No era de esos hombres que se depilaban todo el cuerpo, al menos los brazos y las piernas no. No estaba en contra de la depilación masculina, pero para ella era más interesante el cuerpo de un hombre con algo de vello.

Volvió a centrarse en sus brazos y posteriormente pasó a sus piernas. Ahí podía deslizar las manos como si fueran infinitas.

«Si pudieras verme la cara, señor A. F.», se dijo sonriendo.

Consultó el reloj. Era el momento de finalizar. Nunca le había pasado media hora tan rápido.

Normalmente, a esas alturas del masaje ya estaba deseando que fuese la hora de terminar, pero en este caso... No sabía cuánto tiempo pasaría hasta que encontrase otro cuerpo como aquel que le permitiese fantasear y perder la noción del tiempo.

Le pasó los dedos por la espalda como si le estuviera arañando suavemente. Era el toque final que siempre aplicaba para acabar de relajar al paciente. Siempre gustaba.

Se suponía que esos masajes tenían como finalidad relajar, pero eso era precisamente lo que menos experimentaba Adrien en ese momento.

Había sido una dulce tortura. El juego tenía sus riesgos. Ponerse en sus manos sin que ella lo reconociese había resultado divertido, pero quedarse quieto mientras le invadía aquel ejército de sensaciones había resultado más doloroso de lo que llegó a imaginar.

En ese momento, ya no pensaba que Daniela había aparecido tiempo atrás en su vida para hacerle reflexionar sobre algunos aspectos importantes en los que ni siquiera había reparado. No. Ya no la veía de ese modo. Ahora solo podía pensar en lo mucho que la deseaba.

Volvió al presente al sentir cómo sus dedos le arañaban suavemente. Aquel simple y placentero gesto le llevó a imaginarla debajo de él, desnuda y arañándole con más fuerza la espalda mientras él...

«Vale. ¡No sigas! Ya es suficiente o vas a tener que salir con la toalla envuelta en los pantalones», se sermoneó.

—Su masaje ha finalizado, señor. ¿Ha sido de su agrado?

—Sí, muchas gracias —respondió fríamente.

«¡Estirado! Parece que me esté perdonando la vida», se quejó Daniela mentalmente.

Antes de salir, se dirigió a él de nuevo:

—No olvide incorporarse lentamente. Cuando esté listo, pulse el botón que encontrará junto a su camilla y una compañera le acompañará fuera. ¡Que tenga un buen día!

Daniela salió de la sala desconcertada y enfadada aunque no sabía muy bien por qué. El paciente había sido escueto en sus palabras, pero en todo momento había sido correcto. No podía reprocharle nada, sin embargo no podía evitar sentir una especie de frustración que la incomodaba.

Recordó los comentarios de Ana sobre su vida sexual o más bien la ausencia de ella. Ese masaje había disparado algo en su interior. Probablemente se tratara de eso comúnmente conocido como «deseo». Pero... ¿Deseo y frustración? ¿Era eso lo que había sentido mientras masajeara el cuerpo de ese hombre?

Recordó la última vez que se sintió de esa manera. Fue frente a aquel hombre que la entrevistó

en Madrid, poco antes de llegar al balneario. Ya habían pasado casi tres meses desde aquello y sin embargo todavía lo recordaba. Lo que hubiese dado por ver su cara cuando descubrió lo que le había dejado en el sobre.

Tanto con el arrogante de Madrid como con el cuerpazo que acababa de dejar en la sala había tenido las mismas sensaciones. Sabía que hombres como esos nunca estarían para que ella los pudiese tocar a su antojo, a no ser que fuera en la camilla.

Igual Ana tenía razón y su abstinencia le estaba pasando factura. ¿Cómo si no iba a explicar lo que le había ocurrido esa tarde? Una cosa era sentir atracción por una belleza y otra muy distinta trastornarse como lo había hecho ella.

Embadurnado en aroma de limón, Adrien, se dirigió a su suite. No le gustaban los aceites en la piel, pero ese era un caso muy distinto. No tenía intención de deshacerse de él en varias horas. Necesitaba sentir aquel aroma y la sensación de sus manos. El juego todavía no había terminado. Se puso manos a la obra.

Mucho más tranquila, Daniela, se empleó en el siguiente paciente. Al terminar, satisfecha de su nuevo estado de ánimo, se cambió de ropa y se dirigió a la salida. En la recepción, una compañera le dijo que un mensajero había dejado un sobre para ella. Lo abrió impaciente, sin imaginarse por un segundo que la nota que contenía el sobre la dejaría paralizada.

*Esas manos... Esas benditas manos.*

*Le agradezco todas las sensaciones que me han producido.*

Le temblaban las manos mientras lo leía. No había firma. No había nada más escrito. ¿Quién le había enviado aquello? Repasó mentalmente la lista de pacientes que había tratado ese día, pero no encontró ninguna pista.

«¿El cuerpazo?», se preguntó.

Lo descartó automáticamente. De todos los pacientes que pasaron ese día por sus manos, sin duda él era el único que podía asegurar que no le había enviado esa nota.

Debería sentirse halagada o asustada. ¿Y si era un loco acosador? ¿Y si era una broma de un compañero?

«¿Y si era el cuerpazo?», se sorprendió pensando de nuevo en él.

¡No! Seguro que había sido otro paciente, uno que había tratado otro día.

De camino a casa fantaseó con la idea de que hubiera sido el cuerpo musculoso, el señor A. F. el que le hubiera agradecido el masaje. Solo era una fantasía para animarse.

El día no empezó mucho mejor que el anterior. Seguía sintiéndose cansada por la falta de sueño. Se había despertado en mitad de la noche alterada por un sueño, pero esta vez no había sido el cuadro el que se había colado en su mente, sino una espalda bien definida y una toalla que caía al suelo. Le costó mucho esfuerzo volver a conciliar el sueño, al menos con el cuadro solo necesitaba unos minutos para reponerse.

Pensó en la nota que había recibido. Hasta ese día nunca le habían enviado nada parecido. Los pacientes más agradecidos solían decírselo directamente o bien se lo comunicaban a su jefe.

Lo mejor sería no darle más importancia y olvidarlo sin más, pero algo en su interior le decía que no sería la única que recibiría.

Recogió la lista de sus pacientes del día. La repasó rápidamente para comprobar si estaban las mismas iniciales que el día anterior. Allí estaban de nuevo.

No le sorprendió, ya que la mayoría de los pacientes se sometían a más de una terapia. Feliz por su hallazgo, se dirigió a la sala para recibir a su primer paciente del día. Solo quedaban dos horas para volver a tocar aquel cuerpo que incluso había invadido sus sueños.

Antes de entrar en la sala, Julia le entregó un sobre que habían dejado en recepción para ella. No hizo falta que le preguntase quién lo había entregado. Julia se adelantó y le explicó que había sido un mensajero. La mano le temblaba ligeramente mientras lo abría.

*No veo el momento de volver a sentir esas benditas manos...*

*En algún momento del día podré disfrutarlas.*

*Estoy en tu agenda.*

Desconcertada, consultó de nuevo su agenda, comprobando que de los siete tratamientos que tenía, cinco eran pacientes que había tratado el día anterior, entre ellos el señor A. F.

Había una pequeña posibilidad de que fuera él, pero también había muchas posibilidades de que no lo fuera. Estaba dando demasiadas vueltas a ese asunto. Todo podría ser una simple broma de uno de sus compañeros y cuando lo descubriera se sentiría de lo más ridícula por haber llegado a contemplar la posibilidad de que un hombre de esas características se molestara en iniciar un juego con ella.

Dos horas después, entró en la sala donde se encontraba el señor sin identidad.

Había atendido a dos pacientes más, pero no estaba muy segura de que estuvieran satisfechos con su trabajo. Durante toda la sesión se había mostrado inquieta y nerviosa pensando que el autor de la nota podía ser uno de ellos.

¡Allí estaba! En la misma posición que el día anterior, aunque en esa ocasión la toalla cubría una parte más amplia de la espalda. ¿Tendría frío?

Respiró hondo intentando no hacer ruido. No quería que aquella bella escultura reparase en lo nerviosa que estaba. Se comportaría como la profesional que era. Se daría el caprichito de dar aquel masaje imaginando que él era el autor de la nota. Un detallito sin importancia que a ella le haría feliz y el paciente ni lo notaría. Una fantasía de vez en cuando...

—Buenos días, señor... —Esperó por si él le aclaraba su nombre, pero no lo hizo—. Soy Daniela. De nuevo me ocuparé de su masaje. Utilizaré el mismo aroma que ayer, si le parece bien.



—Bien, gracias —pronunció con frialdad.

Ese frío comentario la alteró. Por un momento se sintió inexplicablemente herida y sus fantasías sobre el autor de la nota se desvanecieron.

Adrien esperaba sentir sus manos de nuevo con impaciencia. Llevaba toda la mañana esperando ese momento. Nunca unas manos fueron el objeto de su deseo como aquellas.

Aquel inocente y sencillo juego estaba activando algo en su interior que no recordaba haber sentido jamás. Estaba nervioso y entusiasmado, como un niño planeando una travesura... sin pensar en las consecuencias.

Cuando sintió el contacto de sus manos, tuvo que apretar los dientes para que no se le escapara un sonido, que sin duda ella hubiera considerado inapropiado.

Daniela deslizó la toalla como el que retira la sábana que cubre una obra de arte. Colocó sus manos lentamente en el centro de la espalda. El paciente se sobresaltó tensionando todo el cuerpo. Pensó que podía deberse al contacto con el aceite. Quizá no le había dedicado demasiado tiempo a calentar sus manos.

Debería preguntarle si se encontraba bien, pero descartó hacerlo cuando imaginó que recibiría una de esas respuestas frías que tanto la alteraban. Lo mejor sería continuar disfrutando y fantaseando, y si tenía algún problema ya se ocuparía él de comentarlo.

Transcurrieron veinte minutos en los que intentó con todas sus fuerzas que él no se diera cuenta del ligero temblor de sus manos. Había recorrido ese cuerpo tantas veces con la mirada que hubiera sido capaz de dibujarlo incluyendo todas las pequeñas imperfecciones que pudiera tener su piel.

Centrada en sus piernas, intentó imaginar cómo sería el rostro de aquel hombre y a qué se dedicaría para querer mantener su identidad oculta. ¿Un deportista famoso? ¿Un actor? ¿Escritor, político...?

Continuó masajeando una de sus piernas. Deslizó sus manos en sentido ascendente desde el tobillo presionando ligeramente con la yema de los dedos. La mano que ascendía por la parte interna del muslo no se detuvo, como si creyera que todavía quedaba mucho espacio por recorrer. Se coló por debajo de la toalla y se detuvo al encontrar un obstáculo. Daniela dio un respingo y retiró la mano bruscamente. No podía creer que se hubiera colado por debajo de la toalla y le hubiera tocado sus partes más íntimas. Fue un simple roce, pero el paciente podría haberse molestado.

«Me he colado», se dijo.

Ruborizada y avergonzada dio un paso atrás y se dirigió a él:

—Lo siento. —Cerró los ojos esperando algún tipo de queja, pero no llegó.

Silencio.

«O se ha dormido o le ha gustado», pensó.

Aunque lo más probable fuera que estuviera maldiciendo por su falta de tacto y en cuanto terminara el masaje presentaría alguna queja o solicitaría que le asignaran otra terapeuta en el próximo masaje. Esa idea la entristeció.

Esa idea la entristeció e incluso frustró.

Adrien seguía apretando los dientes para evitar que se escuchase sonido alguno de su boca. El pequeño accidente de su mano, intencionado o no, le había provocado una sensación tan placentera e inesperada que de no acabar aquella tortura pronto, iba a dejar marcada la camilla por la exagerada erección que se le había producido.

Escuchar su disculpa le hizo sonreír. Su voz temblorosa indicaba lo mal que lo estaba pasando con aquel pequeño incidente. Le hubiera gustado decirle que no se preocupara, que podía hacerlo

todas las veces que quisiera, pero no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra.

Tenía claro que por muy divertido que fuera el juego, no podría someterse a otra sesión como aquella. Tenía que buscar otra variante o acabaría por hacer alguna tontería. La idea empezó a cobrar forma en su cabeza. Satisfecho, por unos momentos se olvidó de la situación tan violenta en la que se encontraba.

Daniela terminó el masaje de la misma forma que el día anterior: acariciándole la espalda con las yemas de los dedos. Le dio los mismos consejos sobre cómo incorporarse y se despidió de la misma forma. Salió rápidamente de la sala. Ni siquiera le preguntó si había sido de su agrado. Cerró la puerta y se quedó apoyada en ella todavía sujetando el picaporte. Respiró profundamente y corrió por el pasillo.

Tenía unos cuarenta y cinco minutos de descanso antes de su próximo paciente. Tiempo más que suficiente para calmarse. Esa calma no la encontraría sentada en un sofá. Esa calma solo la obtendría con una ducha, a poder ser bien fría.

¿Cómo podía estar tan alterada por haber practicado un masaje a un hombre con un cuerpo de escándalo? ¿Sería eso normal?

Se cruzó a Ana camino de la sala de descanso. La última persona que esperaba ver.

—Hola, mi amor. ¿Qué te ocurre? Estás roja como un tomate.

—Ha sido por la emoción de verte —le contestó cortante e irónica.

—No seas borde. ¿Estás bien?

No podía contarle lo que le ocurría. Se hubiera reído de ella e incluso hubiese tenido tema para machacarla durante días. Ana no sabía pisar el freno y acababa estropeando cualquier asunto por divertido que fuera el comienzo.

—Estoy bien, de verdad. Solo he dormido pocas horas. Estuve liada con el piso —mintió.

La miró como si le hubiese confesado que por las noches se dedicaba a chupar sangre a todo el que se ponía en su camino. Para Ana no había nada más extraño que irse a dormir tarde por ordenar un piso.

—Ayer no te pasaste. Me quedé esperando «algo de cena y vino», ¿recuerdas? —le dijo sin reproche. Estaba acostumbrada a que hiciera planes y los olvidara.

—Cierto —Se quedó pensativa—. Lo siento. Lo olvidé por completo. Me quedé un rato ayudando a Eloy con unas reservas.

Daniela no le dijo nada, sabía que era un tema delicado. De haber algo interesante que contar, su amiga lo haría. Mejor cambiar de tema.

Ana no quería entrar en detalles. Daniela no le había preguntado y se lo agradeció. No era fácil para ella aceptar que se había enamorado de un hombre que no la correspondía. A veces era muy amable con ella y eso le hacía abrigar esperanzas, pero otras veces, como la noche anterior, simplemente se mostraba frío y distante.

Se quedó a trabajar hasta tarde con él después de su jornada, ofreciéndose a ayudarle con un problema que tenía con unas reservas para la siguiente semana. Lo hizo para pasar más tiempo con él, pero ni siquiera le dio las gracias. No levantó la cabeza del escritorio, excepto una vez para mirar por la ventana. Cuando ella vio lo que había llamado su atención, se quedó paralizada. Era Daniela abandonando el recinto. Se quedó embobado mirándola y no se molestó en disimular. Ella había hecho mil intentos para llamar su atención, pero jamás la había mirado como miraba a Daniela.

—Me han dicho que has tenido a un ejemplar estupendo en tu camilla —le dijo cambiando de tema.

—¿Te lo ha dicho Julia? —Intentó mostrarse natural, como si el tema no fuese con ella.

—Sí —Hizo una breve pausa esperando respuesta. Al no obtenerla, le exigió—: ¿Y bien? ¿Está bien o no?

—¡Noooo! Ya sabes cómo es Julia. Además, de existir ese ejemplar, seguro que tú lo habrías visto en recepción.

—En realidad hay unos cuantos que responden a esa descripción.

—Te aseguro que no ha habido nada espectacular en mi camilla. Julia tiene un gusto... especial.

—Sí, Julia tiene un gusto muy peculiar para los hombres, pero al menos tiene un gusto. Es más de lo que se puede decir de ti. Tú caso es preocupante. Tengo dudas de que sepas distinguir cuándo un tío es espectacular o no.

A ese tipo de comentarios, Ana lo llamaba «soy sincera». No era fácil decidir si reír la gracia o darle una bofetada. Daniela la fulminó con la mirada.

—No te enfades. Soy tu amiga. No me gusta en absoluto verte así. Deberías tener alguna aventura de vez en cuando. Me conformaría si supiera que tienes interés en tenerla. Llevas demasiado tiempo sin acostarte con un tío y si no pones solución te vas a convertir en una amargada. Después de la mierda de vida que has llevado durante años, deberías estar por ahí como una loca viviendo al límite.

Esas palabras hicieron que Daniela perdiera la paciencia que habitualmente tenía con ella. Había elegido un mal día para sus comentarios. Eso había sido desagradable. La tensión que llevaba acumulando más de una hora en la sala de masajes, iba a salir disparada.

—Déjame decirte que estoy encantada con tu preocupación, no sé qué haría sin ella —Su tono era sarcástico, pronunció las palabras lentamente con una falsa sonrisa de fondo—. Pero estoy bien. ¿Verdad que tu vida sexual es muy variada e intensa? Bien, pues ocúpate de la tuya, que de la mía me ocupo yo. A pesar de ser una «amargada» con una vida sexual «inexistente» y por lo visto digna de tu «amable compasión», también tengo la suficiente clase como para darte estas estúpidas explicaciones. La próxima vez, verás mi lado «menos elegante» y seguramente te mande a la mierda —Se dirigió a la salida. Ya no soportaba estar en la sala—. Así que déjame en paz con mi triste y cutre vida. Cuando necesite algo, te lo pediré.

Ana se alejó de ella en actitud indignada, pensando en lo desagradecida que era su amiga.

Daniela salió del edificio de Terapias dirigiéndose a una zona ajardinada que se encontraba en la parte exterior. En la zona más oculta que encontró, eligió un banco de piedra y se sentó unos minutos.

No era la primera vez que discutía con Ana por la falta de delicadeza de sus comentarios, pero ese día le había afectado mucho más. Le molestaba que ni siquiera fuera capaz de detenerse a pensar si su actitud era correcta.

Pero su enfado no iba dirigido solo a Ana. Estaba enfadada consigo misma por su falta de profesionalidad. Su reacción con el desconocido de la camilla le avergonzaba. Parecía una adolescente babeando frente al poster de su ídolo musical. Y por si fuera poco, su mejor amiga le viene a decir que Teresa de Calcuta debió tener una vida sexual más intensa que la suya.

Tenía las hormonas tan revolucionadas que casi se podían ver revolotear a su alrededor como si fuera una aura.

En vez de enfrentarse a Ana, que no merecía la pena, debería haber empleado el tiempo en intentar sonsacarle la identidad del tal A. F. Eso hubiera sido mucho más práctico.

A pesar de no ser ético e ir en contra de las normas del centro, Ana le había contado un montón de cotilleos de personajes conocidos que se habían alojado en el hotel. Ella tenía acceso a muchos datos sobre los clientes.

Pero ya era tarde. El enfado les duraría al menos unos días, para entonces el cuerpazo ya se habría marchado.

¿Volvería a verlo en su lista? ¿Solicitaría los servicios de otra terapeuta por el incidente con la pierna?

Mucho más tranquila y cansada de deliberar sin sentido, volvió a entrar en el centro. Terminó su jornada. Se le hizo eterna. No dejaba de preguntarse si el señor A con apellido F sería el autor de los mensajes.

Antes de salir del edificio, Eloy, que se encontraba en recepción, le llamó la atención para entregarle un sobre a su nombre. Al hacerlo la miró interrogativo esperando que le aclarase si estaba esperando algo o sabía de qué podía tratarse, pero ella se limitó a cogerlo y a darle las gracias.

—¡Daniela!... Pareces cansada. Te convendría salir un poco. ¿Te apetece ir a tomar una copa esta noche y charlar?

«¿Si estás cansado, sales de copas?», pensó.

—Tienes razón, estoy cansada. Por eso me conviene más descansar que salir.

—Sí, tienes razón. Es solo que a veces es conveniente cambiar de aires y despejarse un poco. En otra ocasión... —Por su tono de voz parecía no estar preparado para una negativa, y eso que ya llevaba unas cuantas.

—En otra ocasión —mintió—. Hasta mañana.

«¿No era Eloy el que se encargaba de recordar las normas a todos los empleados?», se dijo, molesta.

Él era un claro defensor de imponer esas estúpidas normas. Podía entender la política del centro con respecto a los clientes, pero no le entraba en la cabeza que impidiesen tener relaciones entre compañeros. Entonces, ¿para qué la invitaba a salir?

—El sobre —dijo en voz alta.

Lo abrió lentamente. Esta vez no sabía si volvería a elogiar sus manos o algo peor.

*De nuevo, un placer sentir tus manos...*

*De momento ha sido suficiente.*

Salió del recinto en dirección a su casa. Tendría que caminar unos veinte minutos. Estaba malhumorada y agobiada. Sostenía el sobre en la mano y cada vez lo arrugaba con más fuerza.

«Se ha cansado del juego», pensó, decepcionada.

Se sentía como un niño al que le retiran una golosina después de mostrársela. Incluso le parecía igual de cruel.

Definitivamente, no había sido un gran día. La emoción de descubrir al admirador de sus manos y la excitación de volver a tocar el cuerpo perfecto se habían desvanecido por completo. Al fin y al cabo, el cóctel de emociones se basaba principalmente en que el admirador de sus manos y el cuerpazo fueran la misma persona.

De repente se sintió triste al pensar que era lo más emocionante que le había pasado desde que había llegado al balneario. ¿Sería más correcto decir que era lo más emocionante que le había pasado en muchos años?

Debía apartar ese pensamiento de su cabeza o acabaría por darse un baño de autocompasión, y a esas alturas cualquier dosis, por pequeña que fuera, podía hacer mucho daño.

No podía permitir que cualquier pequeño incidente la hiciera caer de nuevo. Tenía que ser más fuerte que todo eso y seguir avanzando.

Las sensaciones que había experimentado durante el juego de los mensajes le habían gustado, pero si no podía ser, no podía ser.

Unos gritos llamaron su atención. Un joven de unos veinte años vestido con el uniforme de botones del hotel le hizo una señal para que se detuviese mientras corría hacia ella. La saludó amablemente. Conocía a gran parte del personal del recinto, pero no recordaba haber visto nunca ese chico.

—¿Es usted Daniela? —preguntó tartamudeando.

—Sí —le contestó, intrigada.

—Me han dicho que le entregue esto personalmente —le explicó tartamudeando de nuevo. Le tendió la mano dejando ver un sobre exactamente igual que los anteriores.

Daniela lo cogió sin apartar la mirada del chico.

—¿Tú eres el mismo que me ha dejado el resto de los sobres?

—No, señora. Es la primera vez. Un señor me pidió que se lo entregara fuera de horas de trabajo. Fue muy generoso. Ya sabe... una buena propina.

«¿Señora?», pensó.

—¿Sabes el nombre de ese señor? ¿Puedes describirlo? —El chico parecía tan ingenuo que pensó que podría sacarle información.

—Lo siento, señora, no puedo decirle nada más. Solo debía asegurarme de que lo recibiese. —Le sonrió tímidamente.

Se sentó en un banco que había a unos pocos metros. Miró el sobre. Antes de abrirlo, observó que el mensajero no se había movido de donde estaba. Imaginó que quería asegurarse de que leía el contenido.

*No me canso de repetir que ha sido un placer sentir esas benditas manos.  
Ahora es el momento de que sientas tú las mías.*

*Mañana tienes una cita conmigo en el mismo lugar, solo que esta vez me encontraras oculto tras el biombo.*

*Seguirás mis instrucciones. No podrás verme. Solo sentirme.*

*No pienses demasiado... ¡resta emoción!*

*¿Te apetece romper las normas?*

*Es lo que hace la vida más emocionante.*

*A. F.*

—¿A. F.? —pronunció en voz alta.

Con un simple «gracias» se despidió del joven. Le temblaron las piernas. Volvió a leerlo dos veces más. Necesitaba asegurarse de que había entendido bien lo que allí se le proponía y, sobre todo, necesitaba asegurarse que había leído bien aquellas siglas.

Se quedó clavada en el asiento viendo cómo el joven mensajero se alejaba con una sonrisa de complicidad. Parecía orgulloso de haber participado en aquel inusual medio de comunicación.

No podía creerse que el hombre que había ocupado sus pensamientos y sus fantasías durante los dos últimos días, le estuviera proponiendo que cambiasen los papeles y se dejara hacer un masaje por él.

Según él no debía pensar demasiado o restaría emoción a la propuesta. Y, según él, era de lo más excitante romper las normas. Tenía razón, pero... ¿cómo no iba a pensar en ello?

Una buena ducha era todo lo que necesitaba en ese momento, así que se levantó de un salto y aceleró el ritmo para llegar cuanto antes a casa y refugiarse bajo el chorro de agua de la ducha. De esa forma podría despejarse y apartar las palabras «locura» y «normas» de su mente.

Adrien se encontraba al final del sendero, esperando que el joven mensajero le confirmara que Daniela había leído el mensaje.

Estaba emocionado, no podía dejar de pensar en aquellos ojos grises que tanto le atraían.

¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Sería porque A. F. era lo más emocionante que le había pasado en mucho tiempo?

Un par de meses antes de que muriese su abuela, añadió una pastillita de más en su cena consiguiendo que se quedara profundamente dormida. Salió corriendo de casa y fue al cine.

La película no le gustó, pero la adrenalina que sintió mientras se escapaba, como si estuviese a punto de cometer una locura, le dio fuerzas para sentirse bien durante varios días. Al recordarlo se sintió ridícula y frustrada. ¿Aquella escapada al cine era lo más loco que había hecho en años? Demasiado deprimente para seguir pensando. Si lo hacía, acabaría destruyéndose de nuevo.

Volvió a centrarse en la propuesta. Era inusual. Iba contra las normas del centro. Podrían despedirla. No conocía de nada a ese hombre. Lo único que había hecho era admirar sus músculos bien definidos y su perfecta simetría entre hombros y piernas, eso no le aportaba muchos datos sobre su personalidad, excepto que se cuidaba. ¡Ni siquiera le había visto la cara!

Si decidía no acudir a esa cita tendría que dar muchas explicaciones a su jefe. Entre ellas tendría que explicar que el paciente había tenido un comportamiento inadecuado, o fingir que estaba enferma.

Sus intentos por convencerse de que no debía aceptar fueron inútiles. A Daniela no le parecía inadecuado, sino emocionante y divertido. Tenía una gran carencia de ese tipo de emociones y no podía permitirse el lujo de rechazarlas, al menos sin estar completamente segura de ello.

¿Y si se estaba burlando de ella? ¿Y si tan solo era uno de esos niños ricos que se aburría y tenía ganas de divertirse a su costa? ¿Y si le perjudicaba en el trabajo? ¿A qué venía tanto mensaje y tanto misterio? Igual no quería que le viese la cara porque tenía alguna deformidad. ¿Se podía tener un cuerpo como aquel y una cara hecha un puzle? Seguro que sí, pero algo le decía que ese no era el caso.

El desconocido de nombre A y apellido F le estaba proponiendo un juego que se moría de ganas de aceptar.

«¿Por qué decir que no a una locura?», se dijo.

Había elegido las palabras exactas. Parecía que la conociera. Estaba harta de convencerse a sí misma de que era una mujer nueva con ganas de vivir. Hacían falta más que palabras. Al fin y al cabo, de encontrarse con algo que no le gustara, solo tenía que salir de la sala o gritar, o mandar al señor F a paseo.

¡Decidido! Daniela deseaba jugar.

Repasó por enésima vez su agenda. El juego tenía cita a las 10:45.

Ya había atendido a los dos pacientes, y esperaba, nerviosa, a que Julia le diese acceso a la sala para atender al siguiente.

Se permitió pensar una vez más que podría estar a punto de cometer una locura y perder su trabajo. Si lo que quería era convencerse a sí misma de que debía salir corriendo, debería utilizar un argumento que no incluyese la palabra locura. Esta solo hacía que provocar en ella sensación de euforia y no servía para concienciarla.

Cuando Julia entró por la puerta, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Esperaba que le hiciese alguna puntualización sobre este cliente, algo que le indicara que la situación era distinta, pero se limitó a informarle que ya estaba preparado.

Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para levantarse de su asiento. Por un momento pensó que se había quedado pegada en él. Antes de que Julia reparase en su estado, desapareció por el pasillo. Se detuvo frente a la sala donde pondría en práctica su «locura». Respiró hondo. Quería dar la imagen de una mujer segura. Para ello abriría la puerta con firmeza y accedería a su interior con paso decidido.

La sala estaba vacía. En el centro de la camilla había una toalla. La luz era mucho más tenue de lo habitual.

Desvió su mirada hacia el biombo y reconoció una difuminada silueta tras él.

—¡Daniela! —Su voz era sensual—. Me alegro de que hayas decidido venir. Tumbate en la camilla boca abajo y desnuda. Puedes cubrirte con la toalla.

Su voz era como el instrumento que utiliza un encantador de serpientes. Ella... la serpiente hipnotizada.

Las instrucciones eran claras. Tenía dos opciones: hacer lo que él le decía o marcharse. Quería hacerlo.

En silencio, recogió la toalla y se dirigió al segundo biombo. Estaba tan nerviosa que tropezó con las patas de la camilla y a punto estuvo de aterrizar encima de las velas que había justo delante de la pared del fondo. Como siempre, sus buenos reflejos la hicieron frenar a tiempo, pero no pudo evitar que se escuchara la maldición que soltó.

Se quitó el uniforme y el sujetador con las manos temblorosas, pero segura y entusiasmada por lo que estaba haciendo. Conservó puesto el pequeño tanga que había elegido para la ocasión.

Oculto tras el biombo, Adrien hizo un gran esfuerzo por contener la risa. No podía ver la escena, pero el estruendo que escuchó seguido de un susurrado «mierda» le dio una idea bastante precisa de lo que podría haber ocurrido.

Daniela salió envuelta en la toalla sin perder de vista el biombo. Quería asegurarse de que la silueta seguía tras él. Se tumbó en la camilla tal y como le había sugerido «la voz». Cerró los ojos intentando dejar la mente en blanco para no reprocharse lo inconsciente que era.

—¿Estás lista?

—Sí... creo. Sí.

—No podrás darte la vuelta en ningún momento. Cierra los ojos y céntrate en mis manos. ¿Entendido? —Su voz era envolvente y seductora.

—Sí.



—¿Sí? o Sí... creo.

—Sí. Lo he entendido. No es tan difícil. ¿Por qué no puedo verte? —dijo con la voz temblorosa.

—¡Resta emoción!

Se acercó a ella colocándose a su derecha. Comprobó que su rostro estuviese suficientemente ajustado al agujero para que no pudiese verlo ni girarse rápidamente.

Tenía en las manos el mismo frasco de aceite que ella había utilizado con él. Lo había cogido antes de que ella llegase. Se puso unas gotas entre los dedos y se frotó las manos.

Daniela expulsó por la boca todo el aire que retenía en sus pulmones. No quería darle vueltas a lo que estaba a punto de ocurrir. Si se detenía un solo segundo a pensar que un desconocido, con cuerpo de infarto, le iba a hacer un masaje y que no le había visto la cara en su vida, o que se estaba jugando el puesto de trabajo, saldría corriendo seguro.

Adrien esparció suavemente el aceite, contemplando su pequeño cuerpo delgado. Era más bonito que el que había imaginado. Sus curvas estaban bien definidas y eso era algo que le satisfacía enormemente. Se recreó en su visión mientras hacía círculos en su espalda, lo que le provocó una punzada en la entrepierna. Era consciente de que su cuerpo reaccionaría antes o después, aunque no imaginó que fuera tan pronto.

Daniela se estremeció al sentir sus manos. Eran unas manos grandes, aunque no tan suaves como había imaginado. ¿A qué se dedicaba aquel hombre?

Él siguió esparciendo el aceite por toda la espalda. Se detuvo en el borde de la toalla y la deslizó hacia abajo unos centímetros. Bordeó el límite con un dedo. Apoyó las palmas de las manos en su cintura y las deslizó en sentido ascendente hasta llegar a sus hombros. Hizo círculos sobre ellos y se dirigió al cuello. Continuó acariciándolo, esta vez con el dorso de la mano.

Ella no decía nada. No se atrevía ni a respirar. Era evidente que ese hombre no había hecho muchos masajes en su vida, pero lo que ella necesitaba no era un profesional que tonificase sus músculos, necesitaba el simple roce de unas manos, de esas manos en concreto.

Perdida en todas las sensaciones que le estaba produciendo, y un poco más relajada que al principio, sintió una pequeña decepción cuando él apartó las manos de su espalda, pero solo fue por unos segundos. Cuando las volvió a sentir sobre sus piernas las sensaciones se multiplicaron enviando pequeñas descargas eléctricas justo en la parte baja de su vientre.

Recorrió, muy despacio, el exterior de sus muslos con la yema de los dedos. Pasó a la parte interna, descendiendo hasta llegar a los tobillos. Los sujetó con suavidad para separarle las piernas y continuó con un movimiento ascendente hasta llegar al borde de la toalla.

Daniela apretó los labios intentando retener los sonidos que aquellas caricias le producían. Toda ella era un escalofrío.

Adrien deslizó un dedo por el interior de la toalla.

«Le dije que se desnudase», se dijo al notar el contacto de una pequeña prenda de ropa.

Eso había mandado al garete sus planes. Tenía que improvisar. Continuó con el mismo dedo bordeando la fina tira del tanga, apartándola ligeramente. Esperó su reacción.

Daniela no sabía si lo estaba imaginado, pero hubiera jurado que estaba jugando con el hilo de su tanga. La descarga de placer que le recorrió el cuerpo desde los pies hasta la nuca, le aclaró que no eran imaginaciones suyas. Era el momento de decirle que parara, que el masaje se estaba desviando de su sitio, pero no fue capaz. Le gustaban aquellas caricias.

Daniela imaginó su cuerpo como si fuera un campo de batalla. Sus dedos, los soldados enemigos que avanzaban hasta dejarla desarmada y sin fuerzas para luchar. Solo le quedaba rendirse a ellos.

Adrien siguió con el avance de sus dedos. Hizo un gancho con ellos separando el fino hilo de su cuerpo. Con la mano libre fue retirando la toalla hasta dejarla caer en el suelo.

Daniela se puso tensa. Un impulso hizo que intentara cerrar las piernas, pero antes de que pudiera hacerlo los dedos enemigos las separaron de nuevo.

—Shhhh, tranquila. No te muevas. Solo quiero que disfrutes —le susurró.

Volvió a separar el hilo de tela con un dedo mientras con otro acariciaba sus pliegues. Bordeando las dificultades que representaba la camilla, deslizó su dedo entre esta y su cuerpo hasta tocar el punto que buscaba. Lo presionó suavemente.

Daniela echó la cabeza hacia atrás ahogando un gemido. Su visión empezaba a ser borrosa.

Adrien introdujo un dedo en su interior regocijándose de los pequeños sonidos que ella emitía. Salió y entró repetidas veces observando cómo su erección iba en aumento.

«Me vas a odiar por esto, nena, pero tengo que parar», se dijo.

Daniela no se podía creer lo que estaba pasando. Se había detenido. Se había separado de la camilla. Escuchó sus pasos dirigiéndose a la salida.

La puerta se abrió y al adivinar cuál eran las intenciones de él, se incorporó de medio lado cubriéndose el pecho. Solo pudo ver la puerta entornada y una sombra que se disponía a salir.

—¿Quién coño eres? —le preguntó alterada.

—Alguien que te desea.

Se incorporó rápidamente y corrió en busca de su ropa. No había tiempo para pensar. Si su compañera lo veía salir, entraría y la vería medio desnuda. Se vistió en pocos segundos y se miró al espejo.

«No pienses», se dijo.

«¿Alguien que te desea?», se preguntó.

Se fijó entonces en un sobre que había en el suelo junto a la camilla con su nombre escrito a mano. No podía detenerse a leerlo, lo haría más tarde.

Al salir al pasillo miró a ambos lados y se dirigió a la sala de descanso, intentando, por el camino, normalizar su respiración y controlar la rabia que sentía. Si tanto la deseaba, ¿por qué se había marchado? Bonita forma de burlarse de ella.

Eran las 11:30 de la mañana. Tenía dos pacientes más. Se preguntó cómo iba a ser capaz de acabar la jornada de la mañana en aquel estado de confusión y humillación.

El sobre. Lo abrió.

*Déjame terminar lo que he empezado. Solo deseo hacerlo mirándote a los ojos.*

*Sin biombos, sin toallas, sin tiempo.*

*Esta noche, en mi habitación a las 9.*

*No hagas planes para cenar.*

*Quiero una respuesta.*

*Alguien que te desea.*

—¿Una respuesta? —dijo en voz alta sin darse cuenta.

Encontró anotada una dirección de correo electrónico en el dorso de la nota. Aun estando tan espesa, fue capaz de interpretar que la respuesta la debía enviar a esa dirección. Toda una proeza teniendo en cuenta el caos mental que tenía en ese momento.

No podía procesar tanta información. Aquel estado en el que se encontraba era nuevo para ella y le impedía pensar con claridad. Debería olvidarse de aquel asunto. Se estaba poniendo muy nerviosa.

Volvió a leer la nota. La parte que invitaba a terminar lo que había empezado no sonaba nada mal. Pero eso lo pensaba en aquel momento porque estaba algo alterada. Alterada quizá no fuera la palabra más exacta, debería decir excitada. Se le pasaría. ¿O no? La sensación de estar a punto de estallar seguro que sí, pero la curiosidad de ver su rostro y de hablar con él... seguro que no se le pasaría. ¿Y su dignidad? El muy impresentable la había dejado allí a medias y se había largado sin más. Sí, pero... le había dejado una nota invitándola a continuar. ¡La nota ya estaba escrita! ¿Lo tenía todo planeado?

Se sintió ingenua. Todo estaba planeado. Formaba parte del juego. Ahora tocaba decidir si seguir o no con el juego. ¡Necesitaba hablar con Nico!

Terminó todas sus citas y aprovechó la hora de la comida para llamar a Nico. Le resumió lo que había ocurrido en los últimos días.

—A ver si me entero. Te ha dejado a medias y se ha ido. Luego te ha enviado una nota invitándote a cenar y a acabar el masajito en condiciones —dijo Nico, sorprendido.

—Sí, básicamente es eso. —Su voz era de impaciencia. Necesitaba que su amigo le dijese de una vez qué opinaba al respecto.

—Dani, igual me he perdido, pero... ¿qué es lo que te hace dudar?

—Nico, por favor. No le conozco de nada. No sé si es prudente ir a su habitación. Igual es un loco y... ¡me inquieta, la verdad! Una cosa es estar en mi sala de trabajo y otra... en su habitación.

—Ahí te doy la razón. La habitación será infinitamente más cómoda para hacer masajitos —dijo irónicamente.

—Nico, déjate de bromas, te hablo en serio. ¡No sé qué hacer!

—Mira, cielo, que conste que igual me estoy metiendo en un lío porque si luego el masajista resulta ser un asesino en serie y acabas abierta en canal, me voy a sentir culpable toda la vida, pero...

—¡Nico! —le interrumpió gritando.

—Pero... —continuó con voz de suspense—. Tú y yo intuimos que ese no va a ser el caso. Por lo tanto, lo único que te puedo decir es que vayas a esa cita y ya sabes mi lema: «Relájate y goza». Si accediste a que te hiciese el masaje, es porque tenías curiosidad y te apetecía, si no seguro que hubieses encontrado la forma de evitarlo. Ahora la cosa se pone algo más seria y estas acojonada. Salen las dudas, y lo que es peor, sale esa Daniela pasiva que durante años dejó que su vida pasara sin hacer nada por cambiarla. Esa Daniela que, según tus propias palabras, odiabas y habías decidido enterrar justo al ladito de la bruja de tu abuela. Y esa Daniela... no puede volver a salir.

—¿Te gusta meter el dedito en la llaga?

—No, en ningún momento pretendo herirte y lo sabes. Solo quiero que te des cuenta que debes hacer las cosas que te apetezcan hacer. Te han propuesto una cita de lo más original. ¿Por qué no dar un paso más y ver qué es lo que ocurre? Si sale bien... a disfrutarlo, y si no es lo que esperabas... adiós y hasta nunca.

—¿Tienes una frase? —quería dar un giro a la conversación. Tenía razón, aunque necesitaba escucharlo de su boca.

—Siempre hay frase. ¡Atenta! Hay un proverbio griego que dice: «Mientras el tímido reflexiona, el valiente va, triunfa y vuelve».

Daniela sonrió. Seguía intentando que un día se bloqueara cuando le pidiese una frase, pero no lo conseguía. Siempre tenía una adecuada.

—También me inquieta que puedan verme —dijo con resignación.

—Vamos a ver, ¿te lo vas a tirar en mitad del pasillo o más bien dentro de la habitación? —  
Hizo una pausa—. Ten cuidado. Es todo.

—Te dejo. Tengo que volver al trabajo. Ya te contaré otro día cómo acaba.

—¿Otro día? Mañana antes de entrar a trabajar me llamas, que estaré impaciente. Ya va siendo hora de que cambiemos los temas de nuestras conversaciones. Daniela y su cita. Daniela y su prometedor polvo. ¿A que suena mejor?

—Eres un imbécil. —Colgó sin esperar respuesta.

Nico era así, directo y divertido. A veces metía la pata, pero en lo que se refería a ella siempre le daba buenos consejos. Pero ¿era eso lo que ella necesitaba? ¿Un consejo? Sí, necesitaba un consejo, pero que incluyera un empujoncito.

Su vida había cambiado. Empezar a caminar de nuevo, tras un largo periodo de inmovilidad. Sus primeros pasos le hacían sentir diferente y le gustaba.

Antes de volver al trabajo, escribió, decidida, una respuesta.

*De:* Daniela

*Para:* A. F.

*Asunto:* Respuesta

La curiosidad me dice que acepte, pero el sentido de la responsabilidad me dice que no lo haga.

Va contra las normas del balneario. Normas que como buena trabajadora siempre intento cumplir.

Y por otro lado está mi instinto de supervivencia, que me dice que podrías ser un psicópata.

Difícil decisión...

Fdo.: La de las benditas manos

Adrien llevaba un buen rato mirando su portátil esperando una respuesta. Disfrutó de lo lindo cuando la recibió. Esa mujer siempre le hacía sonreír. Tenía que conseguir que acudiera.

*De:* A. F.

*Para:* Daniela

*Asunto:* Tu respuesta

¿Normas, reglas? De vez en cuando hay que romperlas.

Cena conmigo. Déjame terminar eso que a ambos nos estaba haciendo disfrutar tanto.

Quiero mirarte a los ojos.

Fdo.: El posible psicópata

Daniela sonrió. ¡A la mierda las normas!

*De:* Daniela

*Para:* A. F.

*Asunto:* Respuesta

Me has convencido. ¿Habitación?

Fdo.: La de las benditas manos

La respuesta fue rápida.

*De:* A. F.

*Para:* Daniela

*Asunto:* Cita

Recibirás el número de mi habitación... en un sobre, como siempre.

Fdo.: Un posible psicópata feliz de su cita.

«Las 8:35».

No debería mirarse más al espejo. El resultado era bueno. Su ropa interior era estupenda y sexy y su vestido sencillo pero elegante. Lo había comprado en Madrid cuando fue de compras con Javier. Le resaltaba la figura. El color negro siempre le quedaba bien. Aquel escote le realzaba el pecho, el poco que tenía. Le hubiera gustado tener unos zapatos más elegantes, pero tuvo que conformarse con unos de poco tacón. Nada de complementos. El bolso y lista.

Al entrar en el recinto se encontró al joven mensajero esperándola. Ya ni siquiera se molestó en hablar con ella. Le tendió el sobre y se marchó. Ella le dio las gracias, pero dudó que la hubiera escuchado. Lo abrió: «526».

Ese número le indicaba que se trataba de las habitaciones superiores. Las más lujosas. Solo había estado allí en una ocasión acompañando a Ana para dar unas instrucciones al personal de limpieza que se encontraba en la habitación.

En ese momento se alegró de que Ana, que tantas veces había burlado las normas, le hubiera explicado cómo acceder al hotel sin ser visto por el personal.

Bordeó la cocina, accedió por una puerta lateral donde sacaban la basura y entró en un pequeño pasillo que desembocaba en varios ascensores de carga. Algunos solo eran para acceder a las plantas inferiores, donde los camiones entregaban diariamente la mercancía. Ella escogió otro ascensor que tenía la misma función, pero que acedía también a las plantas superiores. Bajó en la primera y rápidamente avanzó por un largo pasillo. Otro ascensor la condujo hasta la quinta planta.

Se encontraba delante de la puerta de la habitación 526. Las piernas le temblaban. La batalla con su mente ya la había librado en los ascensores. Estaba decidida a entrar en esa habitación. No podía estar demasiado tiempo en el pasillo o alguien podría verla. Llamó a la puerta golpeándola suavemente.

En pocos segundos se abrió mostrando a un hombre de sonrisa triunfadora.

Se sintió aliviada al ver que su rostro no tenía ninguna anomalía. Suspiró inconscientemente por la alegría de su descubrimiento.

Aquel rostro le resultaba familiar. Había visto a ese hombre antes, pero no conseguía recordar dónde.

Adrien se apartó de la puerta. Esperó a que Daniela diera unos pasos para cerrarla y apoyarse en ella con los brazos cruzados. Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente.

Si se hubiera encontrado al mismísimo presidente de los Estados Unidos, no se habría sorprendido tanto.

«No puede ser, no puede ser», se dijo Daniela.

Era el mismo hombre que la entrevistó en Madrid. El mismo al que le entregó un sobre con... sus bragas.

Adrien se esforzó por aparentar tranquilidad, pero en realidad estaba nervioso por tenerla tan cerca y poder admirar aquellos preciosos ojos grises. No sabía cuál sería su reacción cuando lo viese. Su encuentro en Madrid había sido algo violento y cabía la posibilidad que al reconocerlo quisiera marcharse. No tenía muy claro si ella lo reconocería hasta que vio su disimulada expresión de sorpresa.

Esperaba que ella hiciera algún comentario, pero no lo hizo.

—Hola, Daniela —le dijo esbozando una pequeña sonrisa.

—Hola, destructor de normas.

Él se rio.

Daniela no pensaba decirle nada. Seguro que él no la había reconocido. Su aspecto había cambiado. ¿O sí la había reconocido? Podría ser simplemente una casualidad.

De cualquier forma, si aquello era una broma para burlarse de ella, ya encontraría la forma de salir indemne. Si no era una broma y él no la recordaba, se limitaría a disfrutar, que para eso llevaba todo el día deseando que llegara ese momento.

Lo recordaba como un hombre muy atractivo, pero los nervios y la situación surrealista de aquel día no le permitieron ver hasta qué punto lo era. Su ropa era más informal que la recordaba en la entrevista: unos vaqueros negros, una camiseta negra con un pequeño estampado en la manga derecha y unas deportivas de color gris.

Se acercó a ella. Se encontraban en el amplio y largo pasillo que accedía al interior de la habitación. En la pared derecha había muchas puertas y estanterías: el vestidor.

Daniela estaba nerviosa. No sabía muy bien qué debía decir o hacer. Estaba muy decidida cuando llamó a la puerta, pero descubrir que era el mismo hombre que la entrevistó en aquellas oficinas pocos días antes de empezar a trabajar en el balneario, la descolocó bastante.

—¿Todavía piensas que soy un psicópata? —Le dedicó una media sonrisa.

—Aún tengo mis dudas. Por si acaso, he dejado un sobre en mi casa: «En caso de muerte o desaparición misteriosa, entreguen a la policía».

—¿En serio? —dijo sonriendo abiertamente—. ¿Y qué contiene el sobre?

—Una declaración firmada en la que explico que esta noche un destructor de normas que responde a las siglas A. F., que me desea y adora mis manos, me ha invitado a cenar en su habitación. El número no pude añadirlo.

—Vaya, no contaba con eso. Tendré que cambiar mis planes. —Movi6 la cabeza en señal de fingida preocupación.

—No creo que para alguien que le guste romper las normas le suponga mucho problema cambiar de planes. Seguro que eres bueno improvisando —le dijo muy seria.

—Lo soy. Y para tu información, no me gusta romper las normas... Me gusta que lo hagas tú. —La mir6 fijamente hasta conseguir que ella se ruborizase y bajase la mirada.

Seguían plantados el uno frente al otro.

—¿Qué prefieres, cenar o acabar lo que tenemos pendiente? —le susurr6.

«Directo. Sí, señor», se dijo ella.

—Seguramente, dentro de un rato saldré corriendo de aquí, así que tú dirás en qué momento te fastidiaría más que lo hiciera, si durante la cena o... —Se detuvo. Quería parecer una mujer lanzada y segura, pero no fue capaz de acabar la frase.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él puso una mano en la parte baja de su espalda impulsándola para acercarla a su cuerpo. En ese movimiento inesperado, ella perdió el equilibrio y choc6 bruscamente contra su cuerpo. Era una situación ridícula. Ambos se miraron a los ojos y tras contener unos segundos la risa estallaron en carcajadas. Hasta ese momento no la había visto sonreír. La espera había valido la pena, ya que le ofreció probablemente una de las sonrisas más bonitas que había visto jamás.

De nuevo se hizo el silencio. Desaparecieron las sonrisas. La diferencia de altura hizo que él se apartase ligeramente de ella para poder inclinarse. Se moría por besarla. Lo deseaba como hacía tiempo no había deseado algo así. Ella lo miraba impaciente llenado sus pulmones de aquel

aire cargado de suspense. Los movimientos de él dejaban claro que iba a besarla y esa espera le pareció a ella increíblemente sensual.

Acercó sus labios a los de ella rozándolos suavemente. Ella cerró los ojos al sentir el cosquilleo que subía por sus piernas. Le mordió con delicadeza el labio superior. El cosquilleo llegó hasta el cuello. Lamió el labio inferior. El cosquilleo terminó su recorrido instalándose en el vientre.

Aquello solo era un primer contacto, una leve caricia invitándola a abrir la boca para poder invadirla de todas las formas que unos labios podían hacerlo.

Las lenguas se buscaron, se encontraron e iniciaron un baile perfectamente sincronizado, acompañado de suaves sonidos que salían principalmente de la boca de Daniela.

Jamás la habían besado de aquella manera. Jamás un simple beso le había hecho sentir tan bien. Él no se detenía, parecía decidido a saciarla. Había impaciencia, ansiedad, prisa. De repente cambió el ritmo y volvió a la intensidad inicial, dejando que sus labios descansaran en los de ella.

—¿Por qué vas a salir corriendo? —le preguntó al oído mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Porque en algún momento recuperaré el sentido común que he perdido y este me dirá que lo haga. —La frase fue pronunciada con pausas, repitiendo las palabras que era incapaz de pronunciar a la primera.

—Y en este momento... ¿Aún tienes el sentido común perdido? —le preguntó besándola en el cuello.

—Sí... todavía está... perdido.

—Entonces tendremos que darnos prisa.

La condujo muy despacio, sin dejar de besarla hasta el final del pasillo. La cogió con fuerza por la cintura y la alzó en el aire, dejándola caer, sentada, en una mesa en forma de ele, situada al final del vestidor, desde donde se podía ver el resto de la estancia. Aquella superficie plana tenía la función de separar el pasillo y el vestidor del resto de la habitación.

Sentada frente a él, sus ojos quedaban a la misma altura. Ella no opuso resistencia alguna. Se sintió pequeña entre sus brazos. La fuerza con la que la levantó le dejó claro que aquel hombre estaba muy en forma.

Adrien le subió la falda lentamente mientras le acariciaba las piernas, que colgaban al borde de la mesa. Las fue separando poco a poco, observando cómo a ella se le iba alterando la respiración. Sus ojos brillaban más que nunca. Le colocó una mano entre los pechos y la empujó hacia atrás hasta dejarla tumbada.

—¿Sigue perdido el sentido común?

—De momento, sí —dijo mirando el techo de la habitación mientras sentía cómo las manos de él avanzaban hasta el borde de sus braguitas bajándose las tan rápidamente que se sobresaltó. Intentó incorporarse, pero él se lo impidió empujándola de nuevo sobre el pecho.

—Cierra los ojos. ¡Siente todo lo que te hago!

Daniela cerró los ojos. Se sorprendió de haber llegado hasta allí y de lo mucho que lo deseaba. Necesitaba sentir.

Adrien sintió la tensión que había en ella. Una mezcla de pudor y deseo. Le gustó. Le separó aún más las piernas. Daniela ofreció una pequeña resistencia, pero en pocos segundos se dejó llevar. Se inclinó sobre ella y la besó entre los muslos. Su cuerpo perdió la tensión y su respiración se fue normalizando. Le sujetó las piernas y las colocó sobre sus hombros, dejándola expuesta totalmente a su visión. Ninguna resistencia. Era adorable.



Adrien le pasó un dedo justo entre los labios vaginales dibujando una línea imaginaria entre ellos, en toda su longitud. Jugueteeó con la humedad de su vagina. Estaba muy excitada. Empapó el dedo en su flujo y lo esparció por el interior de sus piernas. Daniela se estremeció y gimió de placer. El dedo se deslizó dentro de ella y Daniela volvió a gemir con más fuerza. Lo sacó y lo volvió a introducir con más rapidez.

Ella se movió con brusquedad soltando un sonoro gemido. Era imposible no moverse con todas aquellas sensaciones presionando en el centro de su vientre.

Adrien se deleitó de aquel sonido. Siguió penetrándola con el dedo mientras presionaba el clítoris con el pulgar a la vez que dibujaba círculos sobre él. Se recreó en ese movimiento escuchando los sonidos que salían de su garganta, cada vez más ahogados. Disfrutó cambiando el ritmo de sus caricias, viendo las respuestas que emitía su cuerpo.

Era increíble tenerla allí tumbada sin poner oposición alguna, demostrándole a través de sus movimientos y gemidos que deseaba todo lo que él quería hacerle. No recordaba haber disfrutado tanto al ver cómo se excitaba una mujer.

Tampoco recordaba haber puesto jamás tanto interés y esmero en conocer las reacciones de una mujer a sus caricias. Hasta ese momento, cuando mantenía relaciones con una mujer se limitaba a seguir una especie de catálogo estándar de caricias y estimulaciones que casi siempre le daban buen resultado, pero con ella era distinto.

—Daniela, dime si te gusta lo que sientes.

—¿Es que no se nota? —dijo con la respiración muy agitada, casi impidiéndole hablar.

Adrien sonrió mientras le decía:

—Voy a disfrutar mucho viendo cómo estallas de placer. Pero debes liberarte al hacerlo.

Siguió acariciándola y penetrándola, cambiando de ritmo continuamente. Al sentir que el orgasmo empezaba a formarse bajo su piel, abandonó por completo sus caricias.

—¿Liberarme? ¿De qué? —dijo, confundida.

—Solo tú puedes saberlo. Es una tensión con la que llevas días o semanas o incluso años.

Aquellas palabras la sacudieron. Puede que él estuviese jugando, pero había elegido unas palabras muy delicadas. Por un momento sintió pánico y se incorporó bruscamente. Bajó las piernas de sus hombros y buscó su mirada. Encontró ternura en ella y, como siempre, una sonrisa. ¿Cómo podía hablar de tensión o de liberación con tanta seguridad sin conocerla de nada, tan solo con tocarla?

Él la cogió por la cintura y la llevó al borde de la mesa pegándola a su cuerpo. Estaba asustada o enfadada, no podía distinguirlo con claridad, pero estaba seguro de haber acertado con sus palabras. Detrás de aquella mujer tan decidida, que aparentaba tener muy claro lo que iban a hacer en su habitación, había una mujer indecisa y asustada. No podía presumir de ser un experto en psicología, tan solo había tenido una intuición mientras la tocaba.

«La vida no ha sido muy justa con ella», recordó las palabras de Javier.

La abrazó con ternura. Le cogió la cara con ambas manos y le pasó un mechón de cabello por detrás de la oreja para dejarle el rostro despejado. No dejaba de mirarla. Aquellos ojos le estaban hipnotizando.

La besó suavemente hasta sentir cómo se calmaba. Se acercó más a ella, obligándola a separar aún más las piernas. Daniela apoyó los brazos en la mesa.

Cuando la sintió más entregada que nunca a sus besos, volvió a penetrarla con los dedos, suavemente. Estaba increíblemente excitada. Hacerse paso en su interior conducido por aquel flujo de excitación le provocó un escalofrío intenso, haciendo que su erección llegase al punto máximo de tensión. Si seguía así, el dolor sería poco soportable.

Continuó besándola y penetrándola con más profundidad. Giró los dedos en su interior. Daniela apoyó la cabeza en su hombro respirando entrecortadamente, sintiendo la primera oleada de placer. Un trayecto completamente desconocido para ella. La luz al final del túnel. Su vida un oscuro túnel, y la luz, la que por fin estaba a punto de alcanzar.

—Ahora, Daniela. Libérate ahora.

Estallo con un grito agudo que hizo temblar la estancia. Apretó las manos en el borde de la mesa mientras su espalda se arqueaba hasta quedar de nuevo tumbada. Él seguía con los dedos en su interior, recibiendo la explosión de su orgasmo. Poco a poco los fue retirando.

Daniela se colocó de lado encogiendo las piernas y tapándose la cara con las manos.

Adrien se inclinó sobre ella y la incorporó. La bajó de la mesa sujetándola con fuerza para que no se cayese. La atrajo hasta su cuerpo rodeándola con sus brazos.

—No te tapes la cara —le dijo, enfadado—. Estás preciosa.

Ella tardó en reaccionar. Después de aquella explosión se sentía más vulnerable que nunca frente a él.

—¿Dónde están mis modales? Ni siquiera hemos entrado en la habitación.

La condujo hacia el interior, cogiéndola de la mano.

Daniela observó la suite. Era distinta a la que vio con su amiga Ana. Tenía forma rectangular y estaba dividida en tres estancias diferentes, según el mobiliario que la decoraba. Desde donde se encontraba podía ver una zona destinada a trabajar con un gran escritorio y varios muebles repletos de estanterías. Siguiendo la mirada hacia la derecha encontró una zona con chimenea, piano, un gran sofá y una mesa con varias sillas. A continuación, cerrando la estancia, una inmensa cama con dos mesitas, un pequeño descanso a sus pies y una puerta que dedujo sería del baño.

A pesar de la sencillez, la decoración de cuadros y cortinas estaba hecha con muy buen gusto, dando un toque elegante y muy acogedor.

—Adrien —dijo él.

—¿Perdón? —No sabía si había escuchado bien.

—Me llamo Adrien. Aún no te había dicho mi nombre.

Ella lo miró estupefacta. Aquel hombre la había besado y llevado al orgasmo más alucinante que había tenido jamás y ni siquiera le había preguntado el nombre.

No sabía qué decir sin parecer una estúpida. La situación era de lo más ridícula. Aunque él tampoco se lo estaba poniendo fácil allí plantado delante de ella con su característica sonrisa.

—¿Cenamos?

Daniela guardó silencio.

—Dime en qué estás pensando —dijo él ampliando la sonrisa.

—¿La verdad? —Entrelazó los dedos de la mano y los estiró.

—Eso siempre. —La sonrisa desapareció.

—Pues la verdad es que preferiría un: ¿Te gusta mi habitación? ¿Qué te parece que me llame Adrien? ¿Te lo has pasado bien encima de esa mesa? ¿Qué tal beso? O podíamos hablar de mis manos, ya que te gustan tanto... ¡No sé! cualquier gilipollez sería mejor que preguntarme si me apetece cenar, porque como comprenderás sentarme a cenar contigo, así sin más...

«Qué montón de tonterías acabo de decir», se dijo.

Adrien estalló en una carcajada y se acercó a ella. Le cogió la mano y se la besó.

—Te invité a cenar y a acabar lo que habíamos empezado. Eso ya lo hemos hecho así que solo nos queda cenar. Tu sentido común aún no te ha hecho salir corriendo, así que lo más lógico es que cenemos. Claro que si lo que quieres es conversación, también puedo intentarlo.

«Será capullo», se dijo.

Lo miró con la boca abierta, un gesto muy propio de ella cuando estaba sorprendida o indignada. Aún le tenía la mano cogida e intentó deshacerse de ella.

—No te enfades —le dijo tapándole la boca—. Antes de que digas alguna barbaridad. Déjame decirte que solo bromeaba.

Daniela no estaba muy convencida, pero no dijo nada.

—¿Puedo usar tu baño? —Necesitaba salir de allí, respirar hondo y encontrar las palabras para decirle que se largaba.

—Por supuesto. Aquella puerta —dijo señalando la única que había dentro de la estancia

Con paso enérgico se dirigió hacia allí y se quedó completamente alucinada cuando vio el interior del baño.

—Dios mío —exclamó al entrar.

Era más grande que la habitación. ¿No era algo desproporcionado? En un espacio así ella hubiera incluido otro vestidor, un gimnasio y hasta un salón de baile.

Le llamó la atención la enorme ducha que había en la pared frontal. Se acordó del espacio tan reducido que había en la suya e imaginó el placer que sería utilizar una de ese tamaño.

Se sentó en un banco de aluminio para pensar con claridad. Su cabeza era un hervidero de imágenes. Todavía no se había repuesto del demoledor orgasmo que le había provocado aquel hombre. ¿Adrien? Sí. Adrien. El mismo que la hizo sentir como un gusano cuando la entrevistó, le acababa de proporcionar el momento más placentero de su vida.

Era tan guapo... De los que se pueden mirar durante horas, semanas o años sin síntomas de agotamiento. Le gustaba su sonrisa, aunque a veces le hubiera gustado borrarla de un bofetón.

¡No!, no iba a lamentarse. Estaba allí porque había elegido estarlo. Saldría de aquel baño y le demostraría a aquel chico guapo que era una mujer segura y fuerte con las ideas muy claras.

Se limpió con cuidado los restos de su explosión de placer y se dirigió a la puerta respirando profundamente.

Al salir escuchó algunas voces y el sonido de la puerta al cerrarse. Observó la mesa que había en el centro y dedujo que habían llevado la cena.

—Empezabas a preocuparme. ¿Estás bien? —Por su expresión, no era simplemente una pregunta cordial. No había sonrisa.

—Sí, lo estoy. Me he perdido en el baño. Tardé en encontrar la salida.

Adrien soltó una carcajada.

Daniela lo observó pensando en el amplio catálogo de sonrisas que tenía aquel hombre. Las arrogantes, las tiernas, las divertidas...

—Acaban de traer la cena. Espero que te guste —Se acercó a ella sonriendo—. Desconozco tus gustos. Me he arriesgado por la pasta con marisco. En mi opinión es deliciosa.

—¿Marisco? —Abrió al máximo los ojos con expresión de asombro.

—Sí, ¿no te gusta? —preguntó, sorprendido.

—¡Oh! Vaya, soy alérgica al marisco —mintió fingiendo malestar.

Él se quedó callado, confundido por el contratiempo. Daniela no quiso romper el silencio. Estaba disfrutando de la situación.

Luego empezó a reír y él la miró extrañado hasta que creyó entender que aquello no iba en serio.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sí. Quería comprobar lo bueno que eras improvisando. Esa faceta insegura ha sido un placer contemplarla.

Adrien sonrió abiertamente, demostrándole que le divertía su actitud.

«Muy buena. Me gusta», pensó.

—Aclarado el tema, creo que podríamos cenar, ¿no le parece, señorita Kearney?

—¡Oh, oh! ¿Ahora guardamos las distancias? Estoy en desventaja, yo no recuerdo tu apellido excepto que empieza por F.

—Nunca te lo he dicho.

«Eso es lo que tú crees», pensó ella.

—Feraud.

«¿Feraud?», repitió en su mente.

No le sonaba de nada aquel apellido.

—¿Cenamos? —le preguntó él apartando la silla para indicarle que se acercase y se sentase.

—¿Con o sin conversación? —le sonrió coquetamente.

No le contestó, se limitó a observarla de arriba abajo. Quería intimidarla.

Daniela se acercó a la silla. Cuando se disponía a sentarse reparó en que no llevaba las bragas puestas y eso la incomodó. No quería sentarse y que su sexo tocara directamente con la silla. Echó una ojeada rápida a su alrededor para localizarlas en alguna parte, sin éxito.

—¿Buscas esto? —le dijo sacando las bragas de uno de los bolsillos de su pantalón y mostrándoselas.

—Sí, gracias. —Alargó la mano para cogerlas, pero él la retiró.

No sabía cómo interpretar aquel juego, porque era un juego, ¿no? ¿Para qué narices las quería? ¿Qué era aquello, una especie de juego infantil? ¡Mira lo que tengo, quítamelo si lo quieres!

—Pensaba quedármelas. —Le guiñó un ojo.

«Algún fallo tenía que tener el chico», pensó.

—No pretendo estropearle el juegucito de seducción o lo que sea esto, pero me parece una tontería que te quedes mis braguitas, básicamente porque me gustaría ponérmelas.

—¿Nunca le has regalado unas bragas a un hombre?

«Un momento, esta pregunta tiene trampa», se dijo ella.

Adrien la miró fijamente mientras le daba vueltas a la pequeña prenda con el dedo. Se acercó a ella y casi susurrando le dijo:

—La primera vez que te vi, me regalaste unas. Muy monas, de color rosa. Aún las conservo.

—Su expresión era seria.

Daniela tragó saliva pensando en lo ilusa que había sido al pensar que él no la había reconocido. Se lo estaba pasando en grande a su costa. Tenía que salir de allí. No se le ocurría nada ingenioso que decir, así que dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—¿Te vas? —preguntó, sorprendido.

—Además de arrogante, veo que también eres muy perspicaz. —Ni siquiera se volvió para mirarlo, lo dijo mientras recorría el pasillo.

—¿Te hubieses quedado de no comentarte lo del... regalo?

—Sí, así es, me hubiera quedado. —Esta vez se dio la vuelta.

—¿Qué tiene de malo?

Se volvió a mirarlo, le guiñó un ojo y le dijo:

—¡Resta emoción!

Dicho esto, salió cerrando la puerta.

«¡Increíble! Otra vez me voy cabreada, otra vez dando un portazo y otra vez sin bragas», pensó alterada.

Adrien se frotó la cara con las manos. No podía dejar de reír con el comentario final. Le

hubiera gustado que se quedara, pero le gustaba la actitud que había tenido. Esa mujer era todo un reto para él.

Hablarle del regalo de las bragas que le entregó en un sobre no había sido algo al azar, quería observar su reacción. No quería mantener más tiempo aquel suspense. Quería que supiera que él la recordaba.

Seguro que ella no guardaba un buen recuerdo de aquel día, aunque bien pensado, de ser tan malo se hubiera marchado nada más verle la cara.

Miró la cena que había en la mesa. Había perdido el apetito. No entraba en sus planes acabar la noche solo, y excitado. Tenía que ser positivo y pensar que lo había pasado bien y que aquella mujer había resultado ser mucho más interesante de lo que había imaginado. Agradeció la idea de sus amigos de llevarlo hasta allí. La diversión tan solo acababa de empezar. Ahora tenía que pensar cuál sería su siguiente paso. Se acercó al armario y miró el papel de los propósitos de ella.

*Tener un orgasmo alucinante (no parar hasta conseguirlo).*

No sabía muy bien cuál sería la definición exacta de «alucinante» para ella, pero por lo que pudo ver debía acercarse mucho a lo que había experimentado unos minutos antes.

El hecho de que incluyera ese deseo en su lista dejaba bien claro que Daniela no había tenido muchas experiencias en el sexo. Lo había podido comprobar con sus propios ojos. Hubo momentos en que parecía asustada, como si no supiera lo que estaba ocurriendo.

Daniela observó la taza de café que sostenía en la mano y pensó que no sería suficiente con una para conseguir despejar su mente. Para ello necesitaría un litro.

Se había despertado tarde porque le costó horrores conciliar el sueño. No dejaba de darle vueltas en su cabeza a la cita con A. F. Ya no necesitaba utilizar las iniciales, así que podría llamarlo por su nombre.

Tanto misterio con el cuerpazo y al final resultó ser el arrogante que le vaciló diciéndole que tenía un don para poder ver en el interior de las personas. Seguro que no tenía ese don, pero un don para tocar a una mujer, seguro que sí. Claro que ella estaba alabando sus habilidades sin tener apenas experiencia en el sexo. No es que fuese virgen, pero las experiencias que había tenido habían dejado mucho que desear y ni por asomo se parecían a lo que había experimentado con él.

Qué estúpida y cobarde había sido en su vida. Ahora que estaba fuera de aquel abismo, veía con total nitidez todo lo que se había perdido.

De nuevo esa maldita actitud autocompasiva. No podía permitirlo. No podía cambiar el pasado y de nada le serviría volver a lamentarse. Tenía que olvidar y enfrentarse a las secuelas que le hubiesen podido quedar.

A pesar de tener alguna pequeña recaída, lo cierto es que había avanzado mucho en los últimos meses llegando a sentirse más fuerte y positiva que nunca. Debía mantenerse en ese camino y no permitir que nada la desviase de él.

Agitó la cabeza como si con ese simple gesto pudiera ahuyentar todos esos pensamientos. No quería pensar en el submundo en que había vivido, prefería pensar en Adrien y en sus manos. Ese nombre y sus habilidades con las manos había sido uno de los motivos por los que fue incapaz de conciliar el sueño. No podía apartar de su mente todas sus caricias y las pequeñas descargas eléctricas que le producían.

Si alguien le hubiera dicho que iba a tener una experiencia como esa con un hombre como aquel, no se lo habría creído.

«Ni en el mejor de tus sueños», se dijo.

Lo que más le sorprendía era su propia reacción ante él. En algún momento se sintió cohibida, sobre todo al principio, y tardó muy poco en dejarse llevar por sus caricias. Parecía que lo conocía desde hacía años. Como si no fuera la primera vez que habían estado juntos. Tenía que reconocer que su faceta arrogante le hacía más interesante todavía. Algo odioso, pero interesante.

Se preparó un nuevo café. Con tanta actividad mental, una simple taza no le permitiría poner en orden sus ideas.

No podía apartar de su mente la casualidad de aquel encuentro. ¿Cómo iba a pensar que volvería a verlo? ¿Estaría allí de vacaciones y su encuentro había sido casual? ¿Sabría que ella trabajaba allí y se habría animado a jugar con ella? Al fin y al cabo, este tipo de niños ricos a veces se aburrían con su vida.

«Mal enfoque, Daniela», se dijo.

¿Por qué narices iba a tener interés en ella si solo la vio en una ocasión y fue un auténtico desastre? ¿Se iba a molestar en viajar solo para jugar un ratito? No parecía el tipo de hombre que para divertirse con una mujer tuviera que hacer muchos esfuerzos. Ese tipo de ejemplares no se tomaban tantas molestias cuando querían estar con una mujer, las tenían a su disposición las 24

horas del día.

Lo más frustrante era no poder afirmar si estaba o no molesta. Por un lado estaba encantada de lo que había ocurrido la noche anterior, pero por otro tenía la sensación de que se estaba burlando de ella.

Le molestó que utilizara sus bragas perdidas para dejarle claro que se acordaba de ella. No podía enfadarse porque él no hubiera sido sincero hasta ese momento, al fin y al cabo ella también se calló cuando lo reconoció, pero hubiera sido más elegante utilizar otro argumento.

Seguramente no volvería a verlo. Ya había obtenido sus jueguecitos y ya habría perdido interés en ella. Suspiró. Aquella idea le decepcionó.

Consultó la lista del día. A las 11:00 un tal Adrien Feraud.

«Nada de iniciales», se dijo sonriendo.

Sintió alivio y excitación al pensar que volvería a verlo. ¿Qué tendría en mente el señor «rompe normas»?

Adrien se encontraba en la sala de terapias esperando a que Daniela entrara por la puerta. Estaba disfrutando del entusiasmo que sentía.

Tras la rutina en la que había convertido su vida, desde hacía años, nada le parecía muy emocionante ni le hacía sentir de aquella manera.

Rara vez había llegado a un segundo encuentro tras citarse con una mujer. Si existía un tercero, era en casos muy contados y porque surgía algún conflicto que merecía una buena explicación. No le gustaba que hubiese malos rollos ni reproches, aunque no siempre era posible.

Adrien era muy selecto a la hora de salir con una mujer. Tenía muy claro que nunca podría llevar una relación seria. No creía en las relaciones duraderas. Antes o después dejaban una marca dolorosa. No lo había vivido en sus propias carnes, pero había visto fracasar a muchos matrimonios y conocía el dolor que producían esas rupturas.

Él solo quería divertirse y mantener un buen ritmo que le hiciera sentir satisfecho. Claro que debía reconocer que últimamente no se divertía demasiado ni guardaba un recuerdo muy apasionante de las citas que había tenido.

Daniela era una pequeña excepción. La había visto varias veces, aunque fuese en la sala de masajes, pero siempre sentía ganas de volver a verla. Aquella mujer le abrió los ojos un día, indirectamente, para decirle que su vida era rutinaria y aburrida y que le estaba absorbiendo. En cierto modo le debía un favor. Por obra de la casualidad y del juego la tenía muy cerca y deseaba disfrutar de todos aquellos días con ella. Estaba muy equivocado al pensar que su estancia en el balneario iba a ser insoportablemente aburrida.

Daniela entró en la sala y lo encontró sentado en la camilla completamente vestido. Seguramente se había vestido tras irse su compañera o de lo contrario le hubiese comentado algo. Se suponía que el paciente debe quedar totalmente preparado para el masaje.

—Buenos días, señor Feraud, veo que seguimos rompiendo las normas —dijo en el mismo tono que se emplea para reñir a un niño—. Debería estar desnudo y tumbado en la camilla.

Adrien le dedicó su característica media sonrisa. Le gustó comprobar que ella le seguía el juego y no le montaba un numerito o le hacía algún reproche sobre la noche anterior. Eso le gustaba, vaya si le gustaba.

Esbozó una sonrisa seductora.

—Eso estaría bien en el caso de que estuviese aquí para que me hicieras un masaje.

—Y es a eso, precisamente, a lo que has venido. Porque en esta lista aparece a las once un tal Adrien Feraud al que le tengo que hacer un masaje —fue subiendo el tono de voz—. Y como estoy

trabajando y tú has concertado hora, vamos a hacer eso precisamente. Así que te vas a quitar tus bonitos pantalones y tu bonita camisa y te vas a tumbar en la puñetera camilla y yo... te voy a hacer un ma-sa-je. ¿Me he explicado bien?

Él sonrió abiertamente al verla enfadada, algo que a ella aún la alteró más. Sin decirle una sola palabra empezó a desabrocharse la camisa lentamente de la forma más seductora que conocía.

—Puedes utilizar el biombo para cambiarte.

—¿Y privarte del espectáculo? —Continuó con su tarea ignorando su recomendación.

Daniela puso los ojos en blanco. Se situó delante de él observando sus movimientos. Se cruzó de brazos demostrándole que le estaba esperando.

Una vez que terminó de quitarse la camisa, se centró en su cinturón desabrochándolo muy despacio. Era una exhibición en toda regla y sin prisas. Todo un espectáculo ver cómo se desprendía de su ropa y, por supuesto, lo que quedaba a la vista sin ella.

Continuó observándolo, impaciente. Estaba a punto de perder ese control que tanto se estaba esforzando por demostrar. Ver cómo ese hombre se estaba desnudando poco a poco sin perder la sonrisita la estaba poniendo a cien, y tenía que hacer un esfuerzo muy grande para parecer indiferente a su juego. Sintió humedad en su ropa interior acompañada de una ligera presión en la parte baja del vientre. Sin darse cuenta juntó las piernas, algo que a él no le pasó desapercibido.

Adrien estaba disfrutando viendo como ella intentaba demostrar que mantenía la serenidad, aunque algunos de los movimientos que hizo la traicionaron.

La única prenda que se dejó puesta fueron los bóxers. No era suficiente para ocultar su erección. Daniela centro su mirada en ellos. Cuando se dio cuenta de que él la estaba observando, desvió la mirada rápidamente.

—Verte así de enfadada me ha provocado... esto —Bajó la mirada indicándole a lo que se refería—. ¿El masaje es boca abajo?

—Te lo recomiendo —le contestó con un tono de voz calmado. No quería que él reparara en lo alterada que estaba.

Aquella situación no era habitual en aquella sala, pero Daniela se lo estaba permitiendo, así que tenía que asumir su parte de responsabilidad. Si un paciente hacía algún comentario de ese tipo o hacía alguna insinuación que se pudiera catalogar como «inadecuada», el protocolo a seguir era muy claro: invitar al paciente a abandonar la sala como primera opción o bien pedir algún tipo de ayuda. Pero ella sabía que no era el caso. Ambos parecían dispuestos a jugar.

Esperó a que tumbara en la camilla y le colocó la toalla de la forma habitual. Adrien no ocultó la cabeza en el agujero habilitado para ello, sino que hizo un círculo con sus brazos y la apoyó allí, quedando a la vista el perfil de su rostro.

Daniela no escogió el aceite de limón, sino el que más odiaba de todos ellos. Desprendía un aroma a pino que a ella le parecía insufrible. Lo utilizaba muy poco, ya que a pesar de tener unas excelentes propiedades, su olor no resultaba muy agradable y eso molestaba a los pacientes, e incluso a ella misma. Las pocas veces que lo había utilizado le había costado horrores desprenderse del olor.

—¿Hoy no hay limón? —preguntó al sentir un olor que le pareció demasiado fuerte y no del todo agradable.

—Hoy toca pino —dijo contundente.

—¿Por alguna razón especial?

—Por supuesto. Tiene unas propiedades excelentes para combatir la arrogancia y el ego hinchado.



Adrien soltó una carcajada.

—Necesitarás mucho tiempo y mucho aceite para combatir todo eso —le dijo con ironía.

—Cierto. Me limitaré a suavizarlo un poco.

Él siguió riendo. Le encantaba provocarla.

Lo primero que hizo fue derramar en el centro de su espalda, sin previo aviso, una cantidad considerable de aceite. Debería haber impregnado sus manos con él antes de tocarlo, pero ver como él daba un salto al notar el frío del aceite, era un espectáculo del que no quería privarse.

Él se dio cuenta enseguida de lo que estaba haciendo, pero no dijo nada. De momento le seguiría el juego.

—Hoy te voy a dar conversación, para que no te aburras —le dijo ella.

—¡Estupendo! ¿De qué quieres hablar? —dijo, tranquilo.

—De la casualidad de encontrarte en este balneario después de haber tenido el placer de conocerte en Madrid.

—De eso hay poco de lo que hablar. Tú lo has dicho: casualidad.

Mientras él respondía, ella ejercía más presión de la cuenta en el cuello consiguiendo que fuese doloroso.

—¿No crees que estás apretando mucho? —le dijo con dificultades para hablar, ya que realmente le estaba haciendo daño.

—No, no lo creo. Es lo que tienen estos tratamientos del ego —dijo con ironía.

Él no añadió nada más. Decidió esconder la cara entre los brazos, no quería que ella viera algunos gestos de dolor que le estaba provocando, e intuía que habría unos cuantos más.

Continuó ejerciendo presión para molestarlo, alternándolo con movimientos suaves y agradables.

Adrien dejó escapar un gemido de dolor cuando le sorprendió con un movimiento en los omoplatos que le estaba haciendo ver estrellas.

«¿Cómo puede tener tanta fuerza?», se preguntó.

—Y la casualidad... te llevó a este balneario. Me viste, me reconociste y empezaste con el jueguito de los «mensajitos» y los «masajitos». ¿Correcto?

—Correcto. ¿Qué iba a ser si no? Conservaba un bonito recuerdo del día que te conocí. ¡Joder, eso duele! —Se quejó al sentir un punzante dolor en la mitad de la columna—. Y cuando te vi en este lugar, vestida con ese uniforme, me entusiasmó la idea de que me hicieras un «masajito». Luego, una cosa llevo a la otra... Me es-tás haciendo da-ño, pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Muy bien, tema aclarado —ignoró su queja.

—¿No me crees? —preguntó con curiosidad.

—No sé qué pensar...

—No entiendo qué otra explicación puede haber, supongo que no habrás pensado que he venido hasta aquí persiguiéndote. Imagino que no habrás contemplado esa... absurda teoría, ¿verdad? Me caíste bien en Madrid, pero no intimamos tanto como para venir a buscarte —dijo con toda la arrogancia de la que era capaz. Necesitaba provocarla—. Espero no haberte decepcionado.

«Ahora sí que lo has arreglado», se dijo ella.

Con un movimiento rápido y sin que él pudiese reaccionar le presionó entre el cuello y los hombros sabiendo que le haría saltar de la camilla.

—Joder. ¿Qué coño pretendes? ¿Destrozarme? —Estaba muy enfadado.

Se incorporó y se bajó de la camilla frotándose el cuello con una mano para aliviar el dolor

que le había causado.

«Me he pasado», se rió ella.

—¿Ya no crees que tenga unas benditas manos? —Le sonrió provocativamente pestañeando varias veces—. Me partes el corazón.

Adrien la observó allí parada delante de él, enseñándole las palmas de las manos como si la estuviesen a punto de detener y dedicándole aquella provocadora sonrisa. A pesar de tener el cuello hecho añicos, aquella actitud provocadora hizo que su ya más que evidente erección fuese en aumento. Se sorprendió a sí mismo de su reacción.

Se acercó a ella, le cogió la cara con ambas manos y la besó con ansia. Era un beso de emergencia para apagar el calor que sentía ante aquella disparatada situación. Ella no respondió de inmediato, pero no se hizo de rogar mucho tiempo. Abrió la boca invitándole a continuar y mostrándole lo mucho que ella también lo deseaba.

La levantó rápidamente y la sentó en la camilla sin dejar de besarla ni un momento. Se colocó entre sus piernas y restregó su erección para que ella la notase. Se detuvo y la miró fijamente mientras le apartaba un mechón de cabello suelto. Volvió a besarla con más intensidad mordisqueándole los labios. Parecía que el tiempo se hubiese detenido en ese instante.

Abandonó sus labios para mirarla de nuevo a los ojos. Ella desvió la mirada para clavarla en el reloj que colgaba en la pared.

—Empieza la cuenta atrás. Quedan cinco minutos —le dijo ella mordisqueándose los labios hinchados.

—Eso es perfectamente lo que define nuestros encuentros: una cuenta atrás. Hasta ahora solo he obtenido partes de ti y... de tu tiempo.

—Y ahora me vas a decir qué quieres, ¿correcto?

Él le regaló una media sonrisa.

—Correcto. Te quiero completa —Le acarició los labios—. Tengo una imagen de tu espalda, de tus piernas, de tu sexo. Todas ellas en momentos diferentes.

Aquellas palabras hicieron que le recorriera un escalofrío por todo el cuerpo. No solo conseguía excitarla con sus besos y hacer que lo deseara desesperadamente, también la hipnotizaba con aquella voz dulce y erótica.

—Tengo grabado el brillo de tus ojos cuando llegas al orgasmo y el sonido que lo acompaña. Tengo un poco de todo pero me faltan muchas partes y las quiero todas y las quiero juntas.

—Como un puzle —dijo ella—. Un día unes unas piezas, otro día otras... y así hasta que queda terminado.

—Exacto, pero yo no quiero seguir uniendo piezas. Las quiero todas juntas y las quiero ya. Esta noche. Tenemos una cena pendiente.

Él espera a que ella dijese algo, pero no lo hizo. Metió la mano en el bolsillo de su uniforme y cogió su móvil. Ella no se lo impidió, aunque sí lo miró perpleja.

—¿Me lo prestas?

Ella asintió con la cabeza, intentando adivinar qué era lo que se proponía hacer.

Adrien le cogió el brazo sosteniéndolo estirado, enfocó con el móvil y seguidamente la luz del flash iluminó su mano.

«¿Me ha fotografiado la mano?», se preguntó.

Él siguió trasteando el móvil y sin dejar de hacerlo le sonrió al ver la cara de perplejidad que tenía ella.

—Solo es una foto de...

—No me lo digas —le interrumpió ella—. ¿Mis benditas manos?

—En este caso: bendita mano —Volvió a dejar el móvil dentro del bolsillo—. Me la he enviado a mi móvil.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó ella, enojada.

—Eso jamás —contestó él también enojado.

El tiempo se había agotado y Adrien desapareció tras el biombo para vestirse. Ella se bajó de la camilla y se lavó las manos. Dudó si debía decir algo más, pero no lo hizo. Cuando abrió la puerta escuchó cómo él le decía:

—No vuelvas a utilizar ese odioso aroma de pino.

—No vuelvas a ser tan arrogante.

Cerró la puerta y se dirigió a la sala de espera. Se sentía satisfecha, confundida y excitada, pero sobre todo ilusionada porque aunque no le había dicho que aceptaba su invitación a cenar, tenía intenciones de hacerlo.

Aunque no habían concretado la hora, supuso que se las ingeniaría para hacérselo saber.

Le seducía la idea de forma ese puzle. Tenía razón, habían sido pequeñas dosis durante varios días. Ella también deseaba tenerlo todo en el mismo día. Deseaba tenerlo a él al completo.

Esa noche pensaba ponerse especialmente guapa. Lo necesitaba. Quería estar arrebatadora y sexy, aunque antes de emplearse en ello tenía que buscar la forma de liberarse de ese odioso olor a pino.

Se encontró a Ana charlando con una compañera. Se miraron sin saber muy bien qué decir. Una de las dos debía romper el hielo y Daniela no estaba dispuesta a ser ella. Si no le daba un buen escarmiento, tendría que aguantar constantemente sus salidas de tono y empezaba a estar un poco harta de aquellas situaciones.

Ana pareció adivinar la intención de su amiga de ignorarla y se apresuró en acercarse a ella.

—¿Una copa esta noche para firmar la paz?

—Esta noche no puedo. He quedado.

Ana pensó que era la peor excusa que Daniela podía darle. Desde que llegó al balneario, las únicas veces que Daniela había salido habían sido porque ella la había sacado a rastras de casa y siempre con sus amigos.

—Siento lo que te dije. No quería herirte. La verdad es que me gustaría verte bien y pienso que quizá... no sé... si sales con alguien... por eso te dije esas cosas.

—Déjalo, Ana. Ya está olvidado.

—Entonces, ¿quedamos para salir?

—Esta noche no puedo. He quedado. Mejor mañana. —Su tono de voz dejó bien claro a su amiga que no le iba a dar más explicaciones.

—De acuerdo —dijo poco convencida—. Mañana hablamos.

Ana se fue del edificio de Terapias pensando en la actitud de Daniela. Entendía que aún estuviese enfadada con ella, pero no era la primera vez que discutían y siempre lo solucionaban sin complicaciones.

¿Sería verdad que había quedado para salir con alguien? Si era verdad, ¿por qué no le había dicho con quién? ¿Le estaría ocultando algo? ¿Eloy?

Le había llegado algún rumor de que Eloy seguía deshaciéndose en atenciones con ella, pero... ¡No! Daniela no le haría algo así. Ella sabía perfectamente que estaba loca por su jefe y que seguía luchando por conseguir que él se fijara en ella. ¿O sí sería capaz? Ella misma se fue convenciendo de que la actitud misteriosa de su amiga encerraba algo y pensaba enterarse de ello.

La jornada por fin había terminado. Daniela salió rápidamente del centro. Necesitaba

comprarse algo de ropa. No podía acudir a la cena con el mismo vestido o con ropa demasiado informal. Al salir del centro encontró a una compañera que se ofreció a llevarla. Era un problema no tener coche. Estaba cansada de ir en autobús o de depender de algún compañero que se ofreciera a llevarla.

Ese fue uno de los motivos por los que no alquiló el piso en la ciudad. Durante el tiempo que vivió allí, con Ana, acabó cansada de depender de ella, o del autobús, que normalmente nunca cumplía su horario.

El pueblecito en el que vivía era pequeño, pero tenía mucho encanto, y aunque apenas reunía cuatro o cinco tiendas, eran suficientes para cubrir sus necesidades. Solo tenía que caminar unos veinte minutos para llegar al balneario y el precio del alquiler era más reducido que en la ciudad.

Paseó por la avenida principal donde se encontraba todas las tiendas de moda. Quedaban pocos días para Navidad, y aunque eran unas fechas que no le gustaban especialmente, tenía que reconocer que el ambiente y la decoración de las calles era muy agradable.

Consiguió lo que buscaba. Algo sencillo y elegante. Un vestido corto, negro, de media manga con algunas transparencias. ¡Perfecto!

Satisfecha por su compra, caminó hasta la parada del autobús. Su móvil vibró indicándole que tenía un mensaje.

*A las 9 en mi habitación.*

Le respondió unos minutos después.

*A las 9 en tu habitación.*

Se sintió aliviada al recibir aquel mensaje. La cena quedaba confirmada. Sabía que él en algún momento le haría llegar algún mensaje para concretar. ¿De dónde había sacado su número de móvil? No había reparado en ello hasta ese momento. No necesitó mucho tiempo para deducir que había sido en el momento que le había cogido el móvil para hacer una foto a su mano. ¡Misterio resuelto!

Todo lo que envolvía a aquel hombre y el trato que tenía con él era nuevo para ella. Era consciente que se estaba jugando el puesto de trabajo, pero precisamente eran ese tipo de emociones las que le hacían sentirse viva y emocionada.

Optar por hacer lo correcto, por seguir la vía convencional, era lo que quería evitar a toda costa. Se sentía atraída por el riesgo, por lo prohibido... y por él.

Sabía que aquello solo le proporcionará unas cuantas emociones que durarían unos pocos días. Hasta que él se marchara. Para él sería una aventura más, un juego que le servía de distracción mientras se alojaba allí, y para ella una autentica medicina para quererse y para dar portazo a su pasado. Solo tenía que ser prudente para no arriesgar su trabajo y... disfrutar.

De camino a su casa llamó a Nico para ponerle al día. Este se interesó, nada más escuchar su voz, por la cita del día anterior.

Daniela se limitó a decir que lo habían pasado bien, que le gustaba y que volverían a verse mientras él se alojara en el balneario. No podía darle los detalles de aquella historia. Nico conocía a aquel hombre, incluso trabajaba para él en ocasiones. Si le explicaba todo lo que había ocurrido entre ellos, tendría que dar muchas explicaciones. Para empezar, ni siquiera le había contado a Nico lo ocurrido en la entrevista de Madrid.

Lo mejor sería evitar el tema y, en caso de comentar algo, no mostrar demasiado interés. Aquella historia tenía los días o quizá las horas contadas y no merecía la pena profundizar en ello. Quizás algún día se lo contara, pero sería más adelante.

Al llegar a casa se concentró en conseguir tener un aspecto realmente espectacular. Aquella noche quería sentirse especial.

Adrien se alegró de recibir la llamada de sus amigos anunciándole que pasarían con él el día de Navidad. Jaime todavía tenía que arreglar unos asuntos, pero prometió hacer todo lo posible por estar allí el día indicado.

Le hicieron todo tipo de bromas respecto a su estancia en el balneario y le confesaron lo satisfechos que estaban de que aún permaneciera en él. Estaban convencidos, incluso habían hecho apuestas, de que no aguantaría más de tres días.

Víctor, a petición de Adrien, le puso al corriente de los asuntos más destacados de Versus. Le tranquilizó enormemente ver cómo todo funcionaba correctamente. Disfrutó mucho asegurándole que se las arreglaban muy bien sin él.

Razón no les faltaba a sus amigos al afirmar que no hubiera sido capaz de permanecer más de tres días allí. De no ser por una dama de ojos grises, dulce y arisca que le tenía ensimismado, ya habría hecho las maletas o, probablemente, ya habría llegado a Madrid.

Adrien no se reconocía. Todo el tiempo que estaba dedicando a llamar su atención no era algo que recordara haber hecho nunca. Pero no se trataba solo del tiempo que estaba dedicando a conquistarla, sino del entusiasmo con el que lo hacía.

En todo momento había disfrutado preparando los mensajes y las circunstancias que debían darse en sus encuentros. Deseaba estar con ella, tocarla y sentirla en todas sus facetas.

Le apasionaba su forma de desafiarlo, su elocuencia, su actitud defensiva constante y, sobre todo, su inocencia disfrazada.

Pasaban diez minutos de las nueve y ya empezaba a impacientarse por verla. Esperaba que no se hubiese echado atrás, estaba decidido a pasar una noche inolvidable junto a ella.

El sonido de unos golpes en la puerta desvaneció sus temores. Se tomó su tiempo antes de abrir con el único objetivo de provocarla.

Allí estaba. Absolutamente preciosa. Tenía ese toque elegante y sencillo a la vez que tanto le atraía de ella. Se fijó en su vestido y en su peinado, pero especialmente lo hizo en sus zapatos. No eran muy altos, lo que le hizo pensar en los «tacones de infarto» que había incluido como propósito en el papelito que encontró.

—Adelante. —Dio un paso atrás.

Daniela avanzó por el pasillo. Esbozó una débil sonrisa al pasar junto a la mesa en que él la había tumbado la noche anterior.

Él pareció darse cuenta de lo que ella pensaba.

—¿Buenos recuerdos? —le preguntó al tiempo que la seguía.

Ella le miró sorprendida de su deducción. Parecía leerle la mente. Al fin y al cabo, una sonrisita no era como para deducir que ella estaba pensando en eso; sin embargo, él lo había hecho.

—Dejémoslo en recuerdos. Es mejor evitar los adjetivos contigo, la línea de tu ego es muy delicada. —Se quedó parada en el centro de la habitación y lo miró a los ojos.

—Pensé que era tu aceite de pino el que se encargaría de mi ego. Aunque debo confesarte que no ha sido muy efectivo —dijo Adrien conteniendo las ganas de reírse a carcajadas.

—Depende de cómo lo mires. Después de las cinco duchas que te has dado para desprenderte del olor, seguro que ha salido algo tocado.

—Han sido cuatro —Se acercó a ella y le apartó el cabello para acariciarle el cuello con los labios—. ¿Crees que he conseguido que el olor desaparezca?

—Sí, ya no hueles a pino. —Cerró los ojos al sentir las caricias en el cuello.

—¿A qué huelo?

«A pecado», pensó ella.

No iba a decirlo en voz alta, aunque siempre le atrajo el sonido de esas palabras.

—Utilizo muchas fragancias a lo largo del día y muchas veces me cuesta distinguirlas. ¿A qué crees que hueles? —le sonrió provocativa.

—A deseo.

—De esa no tengo, pero... me gusta cómo huele.

—Entonces bastará con que me tengas cerca.

Observó la media sonrisa que apareció en el rostro de ella. Se acercó a la mesa y sirvió una copa de vino blanco que le ofreció sin preguntar si le apetecía o no. Daniela la aceptó observando cómo servía la suya.

—¿Esta noche tienes planes o improvisas? —le preguntó ella alzando la copa a modo de brindis.

—Esta noche tengo muchos planes.

—¿Cuéntamelos! Intentaré no estropearlos.

Él sonrió.

—Había pensado en devorar la cena y... después devorarte a ti.

«¿Devorarme? Eso suena genial», pensó, emocionada.

—Tu sentido común... ¿sigue siendo una amenaza?

—No se manifiesta. Es evidente, ¿no?

La besó en los labios y se acercó a la mesa donde había varias bandejas preparadas para la cena, todas ellas tapadas.

—¿Cenamos? —Apartó la silla para que ella tomara asiento.

—No quiero estropear tus planes, aunque... me gustaría pedirte algo.

—Por supuesto. ¡Pide!

—¿Podrías alterar el orden?

Adrien se quedó estupefacto. La verdad es que no estaba preparado para que ella le pidiese algo así. No lo esperaba. Había planeado una perfecta noche de seducción en la que charlarían durante la cena para pasar, después, a disfrutar del mejor sexo que pudiera ofrecerle. Esa mujer conseguía con pocas palabras descolocarlo por completo.

Intentó que Daniela no reparase en su asombro. Se acercó a ella y le quitó la copa de la mano para besarla.

Le gustaba la seguridad de aquella mujer al decir lo que deseaba. No entró en su habitación con aires de dulce doncella virginal que se escandaliza a la menor proposición. Era directa.

Dedicar mucho esfuerzo y tiempo a seducir a una mujer no era algo que le entusiasmase demasiado, pero había aprendido que existían unos protocolos básicos que nunca debía saltarse.

A pesar de ser un hombre atractivo sin dificultades para captar la atención de una mujer, había aprendido que era mejor seguir un pequeño cortejo y no ir directo al grano, ya que las posibilidades de triunfar eran mayores. A algunas mujeres con las que había estado, de haberles dicho directamente cuáles eran sus intenciones, le hubieran rechazado automáticamente, más por hipocresía que por convicción.

Sin embargo, nada de eso tenía valor para él con Daniela. Con ella era diferente. El juego de seducción le había hecho disfrutar como nunca. No se había planteado en ningún momento ser

demasiado directo, pero no por miedo a ser rechazado, sino porque todo lo que había iniciado con ella le llenaba y complacía a partes iguales.

Daniela, entregada por completo a sus besos, pensó que cada segundo que pasaba lo deseaba con más fuerza.

Adrien la miró fijamente, abandonando por un momento la violación de su boca, para susurrarle:

—¿Dónde quiere la señorita ser devorada, en la cama o fuera de ella?

—Devórame en los dos sitios... ¿Altera eso sus planes, señor?

Adrien soltó una carcajada. Sin perder la sonrisa le fue bajando la cremallera del vestido. Se deshizo de él y la observó. Solo con ropa interior y unas bonitas medias estaba preciosa. Aquella imagen encendió, todavía más, el deseo que sentía por estar dentro de ella.

Le llamó la atención la forma en que ella le miró. Bajó la mirada cuando el apartó el vestido y jugueteó con las manos. Aquella timidez era adorable. Había pasado, en tan solo unos segundos, de invitarle a devorarla a ruborizarse por quedarse desnuda.

La besó de nuevo mientras se deshacía del sujetador. La cogió en brazos dejándola de pie entre el sofá y la chimenea. Esta desprendía una llama artificial que bien podía pasar por fuego de verdad.

Se situó detrás de ella, abrazándola por la cintura y descansando sus labios en su cuello. Ella giró levemente la cabeza al lado opuesto donde él depositaba sus besos, dándole acceso abierto a toda la curva del cuello.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Daniela emitió un pequeño sonido. Poco a poco fue deslizándose uno de sus brazos por la parte de atrás de su pierna. Se detuvo a la altura de la rodilla, sujetándola y levantándola al mismo tiempo.

Daniela se encontraba con una pierna apoyada en el suelo y la otra colgando del brazo de él. Sintió el artificial calor que provenía de la chimenea directamente en su sexo.

Adrien condujo lentamente su pierna hasta el brazo del sofá para que descansara en él. En esa posición Adrien tenía acceso a todo lo que deseaba tocar en ese momento. Le besó de nuevo en el cuello. Deslizó su mano por la parte delantera de su diminuta braguita hasta llegar a su sexo. Atrapó su clitoris entre dos dedos haciendo presión hacia fuera como si pretendiera sacarlo de su lugar. Daniela gimió echando la cabeza hacia atrás encontrando freno en su pecho. El cuerpo de él era el pilar que la sujetaba para que sus desequilibradas piernas no le hicieran caer.

Adrien accedió al interior de su sexo con la otra mano, pasando por debajo del puente de su pierna. La penetró lentamente con un solo dedo.

Era una invasión de manos, de besos, de mordiscos. Toda una borrachera de caricias y nuevas sensaciones.

Daniela fijó su mirada en el fuego. Su cuerpo debía estar a la misma temperatura.

Sintió crecer el placer en su interior como si fuera una espiral, estalló en un orgasmo vibrante. Las piernas le fallaron y él la sujetó con fuerza mientras ella temblaba y se enroscaba en su cuerpo.

—¿Has disfrutado? —le preguntó Daniela pasándole un dedo por los labios.

—Se supone que eso debería preguntártelo yo —le contestó él riendo.

—Yo lo he manifestado bastante, ¿no crees?

—Sí, la verdad es que ha sido un regalo musical oírte gemir. Mañana pediré que quiten el



piano. Cuando quiera música, ya sé lo que tengo que hacer.

—Eso suena bien. ¿Yo seré tu piano?

Él se rio a carcajadas y se lanzó de nuevo a besarla, esta vez de forma más salvaje. La condujo hasta la cama. La cogió en brazos y la dejó caer suavemente en el centro.

—Llevas demasiada ropa —le dijo mientras tiraba de la braguita.

Ella se rio. Era gracioso escuchar algo así cuando él no se había quitado ni siquiera los zapatos.

—Eso te lo debería decir yo a ti.

Él se colocó junto a ella de lado apoyado en un codo mientras con la otra mano jugaba a bajarle lentamente la escasa y humedecida prenda de ropa que le quedaba.

—¿También las vas a incluir en tu colección?

—Sí, estas son especiales. Aquí quedan restos de tu excitación, de tu deseo, de tu orgasmo. Una pieza muy valiosa.

Daniela sintió una punzada en el estómago que fue bajando hacia su vientre. Ya empezaba a estar familiarizada con esa sensación. Se levantó de la cama ante la mirada de sorpresa de Adrien.

Ella se alejó unos pasos de la cama y se quedó de pie mirándolo. Él la miró fijamente intentando adivinar sus intenciones, pero no lo consiguió. Se levantó y se acercó a ella.

Daniela lo miró y sonrió. Acercó sus manos al borde de la camiseta y tiró hacia arriba para quitársela. Deseaba ser ella quien lo despojase de su ropa. Él no puso objeción, aunque tampoco se mostró muy colaborador. Se quedó quieto ofreciéndole la sonrisa más arrogante de su repertorio. Parecía un maniquí de escaparate.

Daniela se dio cuenta de su falta de colaboración. La estaba provocando. Le ofreció su sonrisa más cínica y continuó con su tarea de dejarlo desnudo, con dificultad, pero sin intención de rendirse.

Le dejó puestos los bóxers. Dio un paso atrás y lo miró satisfecha. Él seguía mostrando su cínica sonrisa.

—¿Ya has terminado? —preguntó, arrogante.

—Sí.

—Te falta una prenda, y créeme si te digo que te conviene que no la lleve puesta.

—No me gusta ese tonito de «quítamela y te haré un favor, nena». Tú también estás interesado en seguir.

La carcajada de Adrien fue bastante sonora y al final acabó contagiándosela a ella.

—Tienes razón, por nada del mundo me detendría aquí.

Se bajó rápidamente los bóxers. Ella fijó la mirada en su erección, sin apartarla de ella. Si hubieran mostrado su mirada a alguien ajeno a aquella escena, seguro que hubiera afirmado que es la misma que se utiliza cuando se contempla el original de una obra de arte.

—Justo como me lo había imaginado —le dijo ella asintiendo con la cabeza.

—¿Habías imaginado mi...?

—A todas horas, a cada momento. Es mi pequeña obsesión. Esa parte de la anatomía masculina me fascina. Tengo una colección de dibujos. Ya te enseñaré el tuyo —Contuvo la risa al ver su cara de sorpresa—. Se parece mucho.

Al final ella estalló en una carcajada y él se dio cuenta de que de nuevo le tomaba el pelo.

—Vaya, vaya, la señorita tiene un especial y sarcástico sentido del humor. —Se echó a reír.

Le tendió la mano para guiarla hasta la cama.

La situó en el centro. Con un rápido movimiento se colocó un preservativo que cogió de la mesilla. Le separó las piernas con delicadas caricias y se colocó entre ellas. Se acercó a sus

pechos acariciándolos con la lengua.

—Me gusta tu pecho. Es justo como lo imaginé. —Le mordisqueó un pezón.

—¿También tiene obsesiones con la anatomía, señor Feraud? —dijo con una sonrisa provocativa.

—Con la suya, señorita Kearney. Solo me ha pasado con la suya.

Daniela sintió pequeñas descargas al sentir sus labios y sus dientes en su pecho. Eso sí que era nuevo para ella. En su reducido historial de experiencias con el sexo, el pecho no había protagonizado ninguna de ellas. Si se esforzaba en recordar, podría ser que hubiera alguna manaza insensible que se hubiera acercado a ellos. De eso hacía tanto tiempo...

Adrien abandonó sus pechos. Levantó sus brazos hasta apoyarlos por encima de su cabeza y entrelazó sus manos con las suyas. Se quedó parado en esa posición intentando no dejar caer el peso de su cuerpo sobre el de ella.

Daniela tenía la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Esperó a que ella lo mirase y se quedaron unos segundos con las miradas fijas.

—No dejes de mirarme y escúchame.

Ella asintió.

—No hay nada que dese más que estar dentro de ti. Me gusta ese brillo en tus ojos.

Daniela le escuchaba con atención. Él le acariciaba las manos que mantenía apretadas sobre el colchón. Sentía su erección justo a la entrada de su sexo. Adrien no se movía. La mantenía prisionera de su cuerpo, elevando la temperatura con palabras susurradas.

—Siente el momento, Daniela. Estoy a punto de entrar dentro de ti, llegando a lo más profundo que tu cuerpo me permita. Estoy a punto de atravesar lo más íntimo que pueden compartir un hombre y una mujer. Siéntelo. Eso está a punto de ocurrir.

Daniela cerró los ojos al escuchar sus palabras. Al principio no las entendió. No sabía por qué le narraba todo aquello, pero el modo en que su cuerpo reaccionó le hizo entender que era una forma de placer previa al placer. Saber lo que va a ocurrir, sentirlo tan cerca, imaginarlo aumentaba el deseo.

—Ahora voy a entrar dentro de ti, pero quiero que lo sientas incluso antes de hacerlo. ¿Lo sientes, Daniela?

Ella volvió a asentir abriendo los ojos.

—Cuando me sientas dentro de tu cuerpo, quiero que pienses que estoy buscando tu placer, pero no cualquier placer. Quiero ver en tus ojos que solo yo soy capaz de conseguirlo. Quiero que disfrutes cada uno de mis movimientos, y que sientas cómo te llevan poco a poco a un punto lleno de erotismo y de poder. Quiero que grites cuando llegues a ese punto y que me regales el único sonido que deseo escuchar. Quiero llegar contigo.

Daniela empezó a respirar rápidamente, de una forma jadeante. Sentía calor entre las piernas. Si él seguía hablando de aquella manera, no iba a necesitar ningún viaje a ningún punto para ponerse a gritar.

Aquel instante era mágico. Extraño, lento, silencioso, pero mágico. Daniela lo miró fijamente a los ojos respirando de una forma entrecortada.

Adrien entrelazó sus dedos con los suyos y la besó suavemente mientras se deslizaba en su interior. Fue un avance perfecto, sincronizado, sin obstáculos ni movimientos que lo impidiesen. Llegó a su interior, a lo más profundo mientras ella movía las caderas para facilitarle aún más el acceso. Sin dejar de mirarse, sincronizaron sus movimientos. Un baile perfecto.

Adrien aumentó la velocidad y la intensidad. Daniela le rodeó la cintura con las piernas. El sonido de sus respiraciones y sus gemidos inundó la estancia. Salió de su interior. El tiempo se

detuvo entre la excitación y la decepción.

Volvió a penetrarla, pero esta vez con más fuerza. Daniela gritó y levantó sus caderas. Sentía como si todo él estuviera dentro de su cuerpo, como si ella solo fuera profundidad.

Adrien echó la cabeza hacia atrás. Jamás había sentido algo parecido. Jamás sintió la necesidad de saborear el momento previo como lo había hecho con ella. Ni siquiera había imaginado que pudiera existir esa clase de deseo.

El ritmo de sus embestidas amenazaba con partarlos a los dos en pedazos. El orgasmo recorrió por completo sus cuerpos. Gritos de liberación y calma. La calma del agotamiento, la del éxtasis.

Ambos se miraron sonriendo e intentando recuperar el ritmo de la respiración. Daniela pensó que no descansaba en la cama sino que flotaba en ella.

Permanecieron abrazados un largo rato. Adrien se colocó a un lado de la cama apoyando un codo en la almohada. Daniela hizo lo mismo y quedaron el uno al frente del otro. Él le acariciaba una mejilla mientras la miraba absorto.

—No te muevas. Voy a traer la cena.

«¿A la cama?», se dijo ella.

Adrien volvió con una bandeja que dejó sobre la cama. Desapareció de nuevo y regresó con una botella de vino y las copas que habían utilizado anteriormente. Se sentó en el centro apoyando la espalda en el cabecero. Ella se apartó para dejarlo acomodarse y se sentó entre sus piernas tal y como él le pidió, apoyando la cabeza en su pecho.

Adrien la abrazó por la cintura mientras le besaba en el cuello y en la cabeza.

—Es una cena fría y cómoda para comer en cualquier sitio —Destapó la bandeja y aparecieron a la vista varias hileras de diferentes variedades de *sushi*—. ¿Te gusta el *sushi*?

Daniela intentó incorporarse, pero él la presionó indicándole que su intención era que comiesen en esa posición.

—Te lo diré dentro de un rato. Nunca lo he probado —Cogió la copa que Adrien le ofrecía—. Por cierto, ¿vamos a cenar así?

—¿Algún problema?

—No, ninguno.

—Podemos permanecer abrazados, charlar e ir cogiendo de la bandeja hasta que nos hartemos. Es una cena práctica y se puede comer con las manos.

—Me parece estupendo, pero me sentiría mejor si nos tapásemos con la sábana. Eso de comer así desnudos... no es muy...

—Se supone que era yo el de las normas, pero si te vas a sentir mejor... —Alargó la mano para colocar la bandeja en la mesilla. Se bajaron de la cama aún sin deshacer y volvieron a la misma posición, esta vez tapándose con la sábana.

Él alargó la mano para coger un pequeño rollito de color verde y se lo entregó a ella. Daniela lo aceptó y se lo acercó a la boca con cierto reparo. Lo masticó lentamente y un gemido de aprobación salió de su boca.

Adrien no podía verle la cara, así que se inclinó para poder hacerlo y comprobar su expresión al probar por primera vez aquel manjar.

—Está buenísimo. No sé por qué siempre había pensado que no me gustaría. Todo eso del pescado crudo y las algas... no me convencía mucho.

—Para saberlo hay que probarlo. Es lo que me decía mi madre cuando era un niño. Era muy complicado para comer.

—No sé por qué, pero me encaja esa descripción contigo. Niño delicado que se niega a comer.

—Solo era un niño.

—¿Ya no eres así?

—No, señorita Kearney, ya no soy así. Como de todo y sin manías. Luego, si quieres te digo qué parte de tu cuerpo te voy a comer.

Ella sintió de nuevo esa descarga eléctrica que acababa por descansar en su vientre.

—¿Luego me lo dices o luego me lo haces?

El pecho de Adrien se movía con su risa.

—Háblame de ti —le dijo él.

La bandeja se iba vaciando rápidamente. Ambos disfrutaban de su contenido.

—¿Es necesario? —le dijo ella tranquilamente.

—No te gusta mucho hablar de ti, ¿verdad?

—No es mi tema preferido de conversación. La verdad es que hay algo que... —Dejó el rollito de *sushi* encima de la bandeja—. Será mejor que te lo aclare, aunque no te conozco lo suficiente para hacerlo, pero... Seguro que me meto en un lío.

Ella se giró para verle la cara. Fruncía el ceño y masticaba muy despacio.

—Mi verdadero nombre no es Daniela. No sé cómo decirte esto. Dios, no debería estar aquí.

Adrien estaba totalmente desconcertado. La cogió por la cintura y la sentó en su regazo con las piernas colgando fuera de la cama. Le cogió la cara con una mano obligándole a mirarle a los ojos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, inquieto.

—¿Has oído hablar alguna vez de los testigos protegidos?

A él le cambió la cara. La miró con interés. Imaginó a Daniela testigo de algún asesinato, obligada a cambiar su identidad. Al menos así era en las películas, no es que él conociera mucho el tema.

Ella estalló en una carcajada. Adrien la miró atónito. Cuando se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo, dudó entre reír o tirarla de la cama. Optó por lo segundo. La cogió por las piernas y la empujó suavemente hasta que ella perdió el equilibrio y cayó al suelo. Por suerte estaba enmoquetado.

Adrien soltó una carcajada al ver su expresión. Se acababa de iniciar una guerra.

—Serás... —gritó ella mientras se incorporaba. Le golpeó con un cojín que encontró en el suelo.

Él se defendió como pudo del ataque muerto de la risa, hasta que la cogió en un descuido y la tumbó en la cama colocándose encima de ella e inmovilizándole los brazos.

—Veo que la señorita es muy pero que muy graciosa.

—Si no recuerdo mal, el señor tenía un don, pero veo que lo tiene... ¿jodido?

—Veo que la señorita es muy malhablada, pero tiene buena memoria —Le dio un pequeño mordisco en la barbilla provocando su risa—. Respecto a mi don... creía que era infalible, pero desde que me dejaste esas braguitas en el sobre... perdí toda mi fe en él. Mira que no acertar con el color...

Daniela se ruborizó al recordarlo y a él no le pasó desapercibido.

—Por cierto, eso fue una... grosería. ¿Qué te hizo pensar que mi ropa interior fuese negra? ¿O fue un farol?

—Cielo, estabas empapada. Llevabas una blusa que al estar mojada se transparentaba y dejaba ver el color de tu sujetador. Supuse que las bragas irían a juego. ¿Cómo iba yo a saber que tenías tan pésimo gusto para la ropa interior? —Se interrumpió al sentir un golpe en sus partes más íntimas—. ¡Auuu!

—¿Mal gusto? Resulta que el señor es experto en ropa interior. ¿Desde cuándo no se pueden llevar distintos colores?

—Yo nunca lo había visto. ¡Y he visto muchos! —Le guiñó un ojo—. Ahora en serio. La combinación negro-rosa se convirtió en mi favorita aquel día.

Ella se echó a reír al recordar aquel momento. Lo último en lo que pensó aquel día fue en su ropa interior. Con las prisas y los nervios fue todo un milagro que se acordara incluso de llevarla.

—Como te decía, hay una parte de tu cuerpo que me interesa...

Él no continuó hablando. No hizo falta. Ella recordó lo que le había dicho sobre comer una parte de su cuerpo. Daniela se excitó al ver cómo brillaban aquellos ojazos negros.

Adrien le separó las piernas con mucha suavidad. La miró con devoción, antes de enterrar su rostro entre ellas.

Daniela, nunca hubiera imaginado que el deseo tuviera tantas variantes ni que pudiera conducirla por tantos placenteros caminos. Lo único que le importaba en ese momento era todo lo que él le estaba provocando entre las piernas.

Durante unos segundos estuvo tentada de pedirle algo de piedad. Todas las sensaciones que le provocaban sus labios, su lengua, sus dientes y su barba, la estaban destrozando de puro placer. Pero no se lo pidió, lo único que hizo fue gemir y respirar con dificultad al tiempo que movía la cabeza a ambos lados como si estuviera poseída por un ser demoníaco.

El orgasmo se iba formando a una velocidad que ya no era capaz de controlar. La puerta al paraíso empezó a abrirse lentamente. Se preparó para visitarlo.

De una forma inesperada, Adrien separó el rostro de sus piernas. La puerta que estaba a punto de atravesar se cerró. Dolía. Posiblemente fuera ese el momento de pedir piedad, pero no hizo falta.

Adrien introdujo un dedo en su interior. Fue todo lo que necesitó para alcanzar un orgasmo que la obligó, por su fuerza, a retorcerse sobre su cuerpo.

La observó excitado y encantado por su naturalidad. Parecía haber olvidado que él estaba allí. No se escondía. ¿Por qué eso le atraía tanto en ella?

Se tumbó a su lado acariciándole el pelo. Ella se giró y lo miró a los ojos con timidez. La mujer decidida y despreocupada había desaparecido.

—Está usted preciosa, señorita Kearney.

—Me siento muy bien... ¿comida?

Adrien sonrió.

—Ahora pretendo que se sienta muy bien... ¿follada? —le dijo mientras se colocaba a horcajadas sobre ella—. Si no tiene ningún inconveniente...

Un escalofrío le recorrió la nuca. Ese lenguaje le pareció muy excitante, y... oportuno.

—¿Con narración? —le preguntó Daniela.

Rápidamente le cogió las piernas y las colocó sobre sus hombros. Se colocó un preservativo con rapidez y deslizó en su interior la prueba más que evidente del deseo que sentía.

Ella gritó ante la inesperada y rápida invasión, sintiendo para su sorpresa que el deseo la envolvía de nuevo. La palabra «piedad» apareció de nuevo en su mente.

—Esta vez sin narración.

El orgasmo llegó rápidamente. Ambos gritaron al unísono.

Adrien se dejó caer a un lado y la abrazó. En silencio se perdieron cada uno en sus pensamientos.

Por un lado ella pensaba, satisfecha, que su vida había dejado de ser aburrida. Por otro lado, él pensaba, asustado, que nunca se había sentido de aquella forma.

—¿Puedes compartir una parte de esos pensamientos? —le preguntó él, resiguiéndole los labios con el dedo.

—Pensaba en cuánto debe quedar para las doce.

Adrien se sorprendió de su respuesta. No tenía ni idea de lo que pasaría a las doce, pero esperaba una respuesta más acorde con el momento que estaban viviendo.

—Eso mismo debió preguntarse Cenicienta. ¿Qué pasa a las doce?

—Que es la hora que he elegido para marcharme.

—¿Piensas irte a las doce? —Se miró el reloj—. Falta media hora.

—Entonces aún nos queda un ratito.

—¿Por qué te vas? ¿No quieres quedarte a dormir?

—Te voy a confesar dos normas que tengo y que pienso cumplir. La primera consiste en levantarme cuando suena el despertador e ir a trabajar. La segunda, que ya he incumplido, no acostarme con un cliente. Teniendo eso en cuenta, tengo que irme a mi casa para cumplir la primera norma como cada día y salir de mi casa para ir al trabajo, evitando que se note que he incumplido la segunda y de esa forma evitar quedarme sin trabajo y borrar la posibilidad de seguir cumpliendo la primera. ¿Me sigues?

—Creo que lo que me intentas decir es que mañana no quieres que te vean salir de aquí y así conservar tu trabajo.

—Chico listo.

—De todas formas, tienes que salir. ¿Qué más da que lo hagas mañana?

—Ahora es más fácil salir sin que me vean, por la mañana hay más movimiento.

—Está bien. Pues aprovechemos este ratito. Déjame abrazarte.

Y así permanecieron en silencio un buen rato. Un rato que Adrien aprovechó para encontrar la forma de que no se fuera. No le apetecía separarse de ella, estaba muy cómodo y quería disfrutarla.

Unos veinte minutos después, Daniela se separó de sus fuertes brazos y le dio un beso en los labios.

—Cenicienta se va.

Se levantó y se dirigió al otro extremo de la habitación para recoger su ropa. Entró en el baño y pocos minutos después salió de él vestida.

Se sentó en la cama y se puso los zapatos. No quería marcharse, estaba tan cómoda con él que odiaba tener que hacerlo. Pero en el fondo sabía que no debía involucrarse excesivamente con aquel hombre que, aunque le había abierto las puertas a un mundo de lo más excitante, estaba de paso y en pocos días volvería a su mundo.

Adrien se levantó y se dirigió al baño. Abrió el grifo de la ducha y volvió a la habitación para besarla. La miró fijamente.

—¿Te has fijado en el brillo que tienes en los ojos? —preguntó él con ternura.

—¿Debería?

—Creo que sí, así sabrás a lo que me refiero. Ven conmigo. —La cogió de la mano y la llevó hasta el baño, situándola frente al espejo.

Ella observó su rostro en el espejo. Tenía razón. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus ojos brillaban como si acabase de llorar.

Antes de que pudiera darse cuenta, él la cogió rápidamente y entró con ella en la ducha.

Daniela tardó en reaccionar. Se quedó quieta mientras el agua resbalaba por su vestido y sus zapatos.

«No puede ser verdad», se dijo.

Adrien la observaba con cierta distancia esperando algún movimiento brusco por su parte, pero ella ni siquiera se inmutó. Fue levantando la cabeza lentamente. Lo miró a los ojos fijamente. No era una mirada cualquiera, era la misma que tendría un asesino en serie segundos antes de degollar a su víctima.

El agua le empapaba todo el cuerpo. Adrien permanecía desnudo frente a ella con los brazos cruzados. Su sonrisa cínica y odiosa fue la que le hizo perder los nervios. Uno a uno fue lanzándole todos los objetos que encontró en las estanterías de la ducha sin ningún tipo de pasión. Todos los botes de champú y de gel de baño salieron disparados intentando hacer diana en el cuerpo de aquel hombre arrogante. Incluso algunos que no tenía ni idea de lo que podían ser, pero que por su tamaño y peso resultaron ideales para intentar borrarle la sonrisa.

—Serás capullo. ¿Pero tú de qué vas? —Los botes seguían volando por el interior de la cabina mientras él los esquivaba como podía sin parar de reír.

El arsenal de productos se terminó. Desahogada y satisfecha, se centró en recuperar la respiración. Aquello resultaba agotador. Algunos de esos botes pesaban de verdad, aunque resultaba frustrante contemplar que los había esquivado todos. Hasta para eso tenía gracia aquel hombre, en ningún momento pareció ridículo.

Adrien comprobó que estuviera desarmada y se acercó a ella. Le dio la vuelta y la abrazó por la espalda. Ella intentó resistirse, pero él la sujetó con fuerza y la inmovilizó.

Daniela, sin botes que lanzar, se sintió en desventaja. Ya no tenía muchas armas con las que vencerlo. Todavía estaba estupefacta.

—Shhhh. Cálmate. Sé que he jugado sucio, pero no soportaba separarme esta noche de ti.

Ella no respondió, pero aquellas palabras la estaban ablandando.

—Daniela... por favor... Esta noche te quiero para mí. No te vayas. —Manipuló el grifó para que bajara la presión del agua.

El vestido y la ropa interior de Daniela estaban completamente adheridos a su cuerpo. Estaba empapada, aunque no todo su cuerpo lo estaba por culpa del agua.

Su voz susurrándole aquellas palabras y la forma en la que apretaba su cuerpo contra el suyo, le hicieron bajar la guardia. Ya no deseaba lanzarle ningún producto. Ya no se lamentaba de su ropa mojada. Ya no le importaba si la descubrían.

Adrien sintió su rendición y continuó susurrándole al oído:

—Esto es un homenaje a la primera vez que te vi. Estabas empapada, como ahora. Pero entonces no pude abrazarte de esta forma. No pude saciarme de ti, aunque me hubiese encantado.

«¿De qué está hablando?», se preguntó ella, confundida.

Daniela le escuchó atentamente. ¿Acababa de decirle que el día de la entrevista la había deseado? Aquello era absurdo. Estaba claro que aquel hombre era pura adulación.

Le quitó el vestido mojado con un movimiento rápido. Daniela perdió el equilibrio al dejar de tener apoyo en su cuerpo. Él la cogió rápidamente para que no cayera y la guió hasta una de las paredes. La empujó con suavidad para que se apoyara en una de sus estanterías. La misma que Daniela se había encargado de dejar vacía hacía tan solo unos minutos.

Le quitó la ropa interior y le susurró que se quitara los zapatos, o lo que quedaba de ellos.

Adrien la abandonó unos instantes, saliendo de la ducha, dejándola inclinada sobre la estantería completamente desnuda y... mojada. Volvió segundos después con un preservativo y muchas ganas de entrar en su interior.

—Abre las piernas, Daniela, y no te muevas.

Aquella orden le envió pequeñas descargas eléctricas al centro de su sexo. Pensó que el agua y la electricidad no eran buenas amigas. Hizo lo que él le pidió, muy lentamente. Se tomó su

tiempo, quizás por ello le sorprendió la rapidez con la que él se introdujo en su interior provocándole un grito que hasta a ella misma le sobresaltó. Esta vez, la fuerza con la que él se movía mientras la sujetaba por las caderas era mucho más fuerte, mucho más salvaje. ¡Se electrocutaban, seguro!

Adrien no lo había planeado, algo inusual en él. Su mente había trabajado a gran velocidad buscando una idea para retenerla. Tampoco estaba en sus planes penetrarla de aquella forma tan salvaje y primitiva.

Siguió empujando con fuerza hasta que reparó en que podía hacerle daño. Redujo la velocidad y la fuerza de sus embestidas. Daniela movió sus caderas en señal de protesta.

—Dime que estás descansado y que vas a volver al ritmo de antes —le dijo con gemidos entrecortados.

«¡Increíble!», pensó él.

Quiso complacerla y volvió al ritmo despiadado que ella le reclamaba. Alcanzaron el clímax con pocos segundos de diferencia.

Daniela sintió que las piernas le iban a fallar en cualquier momento. Quería mantenerse de pie, pero su cuerpo se negaba. Adrien, todavía en su interior, la sujetó con fuerza. Le dio la vuelta sosteniéndola por la cintura y la besó.

—¿Suficiente agua? —le preguntó él.

—Suficiente de todo —balbuceó.

Él sonrió. Cerró el grifo y la cogió en brazos para salir. La dejó en el suelo con delicadeza y la envolvió en una gran toalla.

Daniela volvió a entrar en la ducha para recoger su ropa y sus zapatos. Los estrujó con la poca fuerza que tenía para extraer parte del agua, lanzándole a su vez una mirada asesina que a él le hizo reír.

Unos radiadores para toallas colgados en la pared le sirvieron a Daniela de soporte para colocar la ropa y los zapatos. Era la única esperanza de que se secaran.

Él permaneció en silencio mientras la observaba. Era más prudente callar. Tenía todas las de perder.

Salió del baño y se puso los bóxers. Cogió la cubitera con el vino y la llevó hasta la mesita. Volvió a buscar las copas y las llenó. La esperó tumbado en un extremo de la cama. Ella salió unos minutos después y se sentó en el borde de la cama. No dijo nada. Solo lo miró.

—¿No encuentras las palabras? —le dijo él al ver que se prolongaba su silencio.

—No encuentro el nombre.

—No me digas que te he hecho olvidar hasta mi nombre.

—No encuentro el nombre con el que dirigirme a ti.

—Llámame... señor.

Daniela sonrió. Lidar con la seguridad y arrogancia de aquel hombre empezaba a resultar divertido.

—Yo me debatía entre capullo y...

—Shhhh. No seas malhablada.

—¿También resta emoción?

—Resta elegancia.

Daniela le golpeó en el brazo.

—Venga, Dani, acuéstate a mi lado.

—¿Dani? —preguntó, sorprendida. Nadie la llamaba así.

—Sí. A mí no me cuesta tanto buscar un nombre. Te llamaré Dani.



—Eso es... vaya, suena muy... masculino. Nadie me llama así.

—Me has convencido, si nadie te llama así, lo haré yo.

—No esperes que responda.

—¡Responderás!

—Si fuera más valiente y más lista, me pondría ese montón de prendas mojadas y saldría de aquí, o me pondría un albornoz y lo haría igualmente. De esa forma, tus estrategias para retenerme se irían a... iba a decir una grosería.

—O sea, que no eres ni valiente, ni lista y además estás dispuesta a decir groserías... Me estoy planteando si retenerte o no. —Sonrió.

Con un movimiento rápido, Daniela cogió la cubitera y dejó caer un chorro de agua helada en la cara de Adrien, calculando que no fuese demasiada cantidad. Él dio un salto de la cama y se incorporó lanzándole una mirada asesina.

—Esto de estar mojados empieza a parecer una costumbre, ¿no te parece? —dijo riendo. Se levantó y se alejó de la cama. Aquella mirada le dijo que lo hiciera.

Adrien salió corriendo tras ella persiguiéndola por toda la estancia. Parecían dos niños jugando. Las risas atronaban la habitación. Él las escuchaba encantado y satisfecho. La atrapó y la rodeó con sus brazos. Le dio un azote cariñoso al que ella respondió con un pequeño quejido.

—Ven a la cama conmigo o esto se va a poner muy feo... Dani.

La cogió de la mano y ambos se tumbaron en la cama. Él se levantó y desapareció en el pasillo de la entrada. Regresó con una almohada nueva para sustituir la que había sufrido el ataque de la cubitera. Daniela se recostó de lado para evitar que viera cómo se reía.

—¿Dormimos? La señorita mañana tiene que trabajar.

—Sí. Me iré temprano. Espero que mi ropa esté seca o al menos que pueda llevarla, solo será un ratito.

—Yo te llevaré. Espera, pondré mi despertador.

Ella no le dijo que tenía otros planes.

Daniela abrió los ojos una vez más. Apenas había dormido. Se dio la vuelta para observar al hombre que tenía a su lado. Se le dibujó una sonrisa. Guapo, divertido... ¡No se podía quejar! Siempre recordaría aquella noche.

La sonrisa desapareció cuando pensó que probablemente no volvería a verlo, pero no podía dejar que algo así la afectara. Aquello era un regalo para seguir adelante.

Se levantó muy despacio tras comprobar que él dormía profundamente. Se dirigió al baño y cerró la puerta con cuidado de no hacer ningún ruido. Se puso el vestido, todavía húmedo, y el sujetador. Los zapatos estaban endurecidos por el calor del radiador.

«¿Cómo voy a caminar con esto?», se preguntó.

Miró su ropa interior pensando si debía ponérsela toda o no. La braguitas se quedarían allí. Aquel juego de coleccionarlas le parecía divertido y seguro que a él le arrancarían una sonrisa, aunque no pudiera verla.

Salió de puntillas, como si fuera un ladrón, con los zapatos en la mano. Recogió su bolso y su abrigo y salió procurando no hacer ruido.

Al cerrar la puerta, su mente empezó a trabajar rápidamente planeando cómo debía abandonar el hotel sin ser vista. Se puso los zapatos y maldijo en silencio por lo incómodos que eran. Le hacían daño.

Se dirigió al ascensor. No podía salir por el mismo sitio que había entrado la noche anterior. Los horarios y el personal eran diferentes. Se dejó llevar por su intuición y por los recuerdos de

los relatos de Ana en los que narraba cómo lo había hecho ella en infinidad de ocasiones. Debía evitar algunas zonas que tenían cámaras de seguridad.

Le llevó más de diez minutos conseguirlo. Salió al exterior desde el aparcamiento subterráneo. Allí estaba a salvo. No era una zona prohibida. Se dirigió a su casa.

El camino se le hizo eterno. La ropa húmeda empezaba a calar en su cuerpo y los zapatos le estaban destrozando los pies. No llevaba bragas y hacía un frío infernal.

Se arrepintió de no haber aceptado su oferta. Esa en la que estaría dentro de un coche calentita y... acompañada.

Adrien se despertó con el sonido del despertador. Abrió los ojos lentamente. Su primer pensamiento fue para la mujer que tenía a su lado.

Había programado el despertador con tiempo para disfrutar de ella antes de llevarla a casa. Adoraba el sexo por la mañana.

Pero sus planes se estropearon al comprobar que estaba solo en la cama. La puerta del baño estaba cerrada. Todavía le quedaba la esperanza de encontrarla allí.

Ni rastro de Daniela ni de su ropa, excepto sus diminutas braguitas. Al verlas, neutralizó su decepción con una sonrisa.

—Mierda —dijo en voz alta.

Lo que más deseaba era besarla y hundirse en ella. Se había ido y no la había escuchado, claro que hacía mucho tiempo que no dormía tan relajado.

¡Qué mujer más tozuda! ¿A qué venía tanta prisa? La hubiera llevado a casa para que se cambiara de ropa o incluso le hubiera conseguido ropa sin problemas. Había muchas opciones, pero ella había optado por la más estúpida. Salir a esas horas de la mañana, sola, con un frío de mil demonios caminando hacia su casa. ¿Viviría cerca? ¿Habría caminado con la ropa humedecida? No creía que se hubiera secado por completo.

«¡Alto, Adrien!», se dijo.

Estaba preocupado por ella. Sentía una imperiosa necesidad de abrazarla y protegerla. Aquello no era muy normal en él. Esa necesidad, ese deseo... ¿Qué le ocurría? Seguramente se sentía responsable por haberla retenido en la habitación o por haber mojado su ropa. ¿Sería simplemente eso? ¡No! También había influido el recuerdo de una noche especial.

Se había divertido mucho con ella. Estaba fascinado por su naturalidad. Le gustaba la forma en que se mostraba segura e insegura. A veces las dos facetas aparecían en menos de un minuto de diferencia.

Recordó las palabras de Javier diciendo que la vida no había sido justa con ella.

«Es suficiente, Adrien», se dijo.

No quería analizar lo que sentía cuando estaba con ella, ni tampoco quería pensar en las palabras de Javier, y mucho menos en la decepción que había sentido al saber que no estaba...

La actitud de ella al marcharse sin despedirse no le había gustado, pero él lo había hecho en varias ocasiones ¿Quizás por eso estaba decepcionado?

No, definitivamente no habría análisis de ningún tipo. Solo quería divertirse mientras estuviera en ese lugar. En lo único que tenía que centrarse era en planear la forma de contactar con ella para volver a verla.

La mañana no podía haber empezado peor para Daniela. Cuando llegó a casa, su cuerpo había dado las primeras señales de hipotermia, así que se vio obligada a estar más de media hora bajo una ducha de agua caliente para entrar en calor.

No podía sacar a Adrien de su cabeza. Había sido una noche maravillosa. En parte, se arrepentía de haberse marchado de aquella forma. Le hubiese encantado despertar junto a él, besarle y abrazarlo hasta quedar saciada.

—No, Daniela, has hecho muy bien —dijo en voz alta, enfadada.

No era necesario correr el riesgo de que los viesen juntos. Una cosa era que la hubieran pillado saliendo sola y hubiera despertado sospechas, básicamente por las horas que eran y por su atuendo, y otra muy distinta que la hubieran visto con él.

Además, el ego de aquel hombre merecía una patada de vez en cuando.

¿La volvería a llamar? ¿Cuánto tiempo estaría en el balneario? Repasó su agenda del día esperando ver su nombre, pero no lo encontró. Decepcionada y confundida se dirigió a la sala de espera para recibir las indicaciones de Julia y atender a su primer paciente del día.

La mañana se le hizo eterna. Todavía no tenía noticias de Adrien y sus esperanzas de volver a verlo empezaban a debilitarse. No podía preguntarle a Ana por él. Ella podía confirmarle perfectamente los días que duraba su reserva, pero no iba a darle tema a su amiga para que le hiciese la vida imposible con preguntas, comentarios y hasta falsos consejos sobre si debía o no liarse con un paciente.

Decidió ir a casa a la hora de la comida. Justo al salir se encontró a Ana.

—¿Quedamos esta noche? Me paso por tu casa. Esta vez no se me olvida.

—De acuerdo. A las nueve. ¿Traerás algo para la cena?

La inundó un estado de tristeza mientras hacía planes para la noche. No vería a su paciente arrogante. Se despidió de Ana.

Al entrar en su casa, el móvil le anunció un nuevo mensaje. Sonrió al ver su nombre en la pantalla.

*Srta. Kearney... ¿Mojada esta mañana?*

Le respondió de inmediato.

*Sr. A. F., ¿se refiere a mi ropa o a mí?*

Adrien soltó una carcajada y respondió.

*Por supuesto me refería a su ropa.*

Daniela se estaba divirtiendo.

*La ropa algo mojada, y yo... también.*

*¿También? No quiero imaginar el motivo.*

*La ropa estaba mojada y yo acabé de la misma forma. ¿Había pensado en otra posibilidad?*

*¡Quizás! Había pensado que al verme esta mañana...*

*Lamento decepcionar su ego. Al verte esta mañana, parecías un angelito adorable.*

*Entonces deduzco que no te ponen los angelitos.*

*Me ponen más los capullos arrogantes.*

*Conozco a uno que quiere invitarte a cenar fuera del balneario.*

*Suena bien...*

*¿A las 8?*

*A las 8.*

Daniela no preguntó el lugar. Estaba convencida de que él, como en otras ocasiones, se lo aclararía durante el día.

—¡Ana! —dijo en voz alta.

Había olvidado su cita con Ana. Tenía que buscar una excusa para su amiga. En ningún momento pensó anular su cita con él.

Si le apetecía volver a verlo, lo haría. No iba a quedar con su amiga por compromiso o por sentirse obligada a hacerlo. Eso ya se había terminado en su vida. Serían pocos los días que tendría la oportunidad de estar con él o incluso podría ser la última, así que no iba a renunciar a ello. Además, Ana no era precisamente un ejemplo a la hora de cumplir con compromisos. Ahora le tocaba a ella. La llamó y decidió ser directa.

—Siento decirte que esta noche no podemos quedar, he quedado con alguien.

Se hizo un silencio. Ana estaba sorprendida.

—¿Es una cita o algo parecido?

—Sí —le respondió de una manera seca que no invitaba a más preguntas, pero su amiga no pareció captarlo.

—¿A qué viene tanto misterio? ¿No quieres contármelo? ¿No será alguien del hotel, verdad? Te recuerdo que está prohibido mantener relaciones con los clientes —le dijo muy seria.

Lo que le faltaba a Daniela era escuchar a su amiga dándole clases de ética profesional. Desde que llegó, la había visto saltarse esa norma al menos en seis ocasiones. Esa actitud responsable no le pegaba nada.

—No quiero hablar de ello. Solo es alguien que me ha invitado a salir y me apetece. Ya te lo contaré en otro momento —Hizo una pausa antes de continuar—. Respecto a las normas, no eres la persona más indicada para hablarme de ellas, ¿no crees?

—No seas antipática, solo quiero que tengas cuidado. No quiero que te metas en problemas. Eso es lo que hacen las buenas amigas. ¿Qué tiene de malo que me preocupe por ti?

«Chantajos emocionales, ni uno más», pensó.

—Ana, sé lo que hago. ¿No eras tú la que me animabas a tener una aventura?

—Es que no entiendo por qué no me cuentas más.

—Cuando llegue el momento, si hay algo que contar lo haré. De momento prefiero no hablar del tema. Tengo que comer y volver al trabajo. Ya hablaremos.

Colgó antes de que su amiga le dijese alguna tontería más. No es que no tuviera confianza con ella, pero últimamente se comportaba de una forma muy egoísta y no tenía intención de darle pie a que se creyera con derecho a hacer comentarios sobre sus asuntos, o lo que es peor, a darle consejos que no necesitaba, mucho menos viniendo de ella. Adrien era algo secreto y seguiría siéndolo hasta que se marchara.

Cuando volvió al centro de Terapias, se encontró con Eloy en la recepción. A su lado estaba Ana repasando unos documentos. Era frecuente que estuviera por allí. En muchas ocasiones se acercaba para tratar algún tema relacionado con algún cliente, alguna reclamación o algún cambio en las terapias.

Le llamó la atención verlos sonreír a ambos. Estaban enfrascados en alguna conversación que sin duda les divertía mucho. Eloy se mostraba muy expresivo y Ana no dejaba de reír a carcajadas. Se alegró de ver aquella situación, sabía lo mucho que significaría para su amiga y esperaba que aquello no fuera una conversación aislada, sino que fuera el principio de algo.

Se acercó a ellos. Ana reparó en su presencia y le dedicó una sonrisa forzada. No pretendía interrumpir aquel momento, pero necesitaba consultar la agenda de la tarde para comprobar si había algún cambio.

Eloy la miró sonriendo y le pidió que le dedicase un minuto antes de entrar. Quería comentarle algo en privado. La guio a su despacho.

Daniela miró a Ana antes de seguir a Eloy. Parecía molesta.

—¿Ocurre algo? —preguntó, nerviosa. No dejaba de pensar que alguien podría haberla visto la noche anterior entrando en la habitación de Adrien.

—No, no ocurre nada. Solo que... ¡Esto es embarazoso! No sé bien cómo decírtelo, pero... me gustaría que aceptases una invitación para cenar. Me gustas y quisiera conocerte mejor.

«Oh, no», se dijo.

—Eloy... yo... lo siento, pero preferiría que las cosas siguieran como están. Recuerda que va en contra de las normas... Tú me las enseñaste.

Él palideció. Por alguna razón creyó que ella aceptaría.

—Entonces, no hacemos nada aquí. Tenemos trabajo —dijo enfadado, aunque en realidad lo que se sentía era humillado. No solo le acababan de decir que no, sino que le había recordado las normas que él tanto predicaba.

Sin decir nada más, ambos salieron del despacho. Daniela pensó que aquella conversación había sido ridícula. Agradecía que no se hubiese extendido más, pero le pareció absurda la forma en que él la dio por finalizada.

Al salir se encontró de nuevo con Ana. Estaba en el mismo lugar. Se sintió incómoda. Su amiga estaba coladita por ese hombre y, aunque no fuese culpa suya, le disgustaba que él estuviese interesado en ella y no en su amiga. Hubiera sido lo más justo.

Ana miró fijamente a Daniela. Sospechaba que aquella conversación no era de trabajo. Al ver el malhumor reflejado en el rostro de Eloy y cómo ella evitaba su mirada, supo que sus sospechas eran acertadas.

Daniela cogió los documentos que había ido a buscar y desapareció en el interior levantando la mano a modo de despedida.

Ana se enfrentó al cambio de actitud de Eloy. Volvía a mostrarse frío y distante. ¡Maldita sea! Siempre que aparecía su amiga, él se transformaba. Precisamente, ese día había disfrutado con él como nunca. Se mostró amable y cercano hasta que apareció Daniela.

Daniela entró en la sala sin poder apartar la mirada de Ana de su cabeza. ¡No era culpa suya! A ella no le interesaba Eloy. Cada vez le incomodaban más ese tipo de situaciones, principalmente porque su amiga no era una persona muy razonable. De serlo, no la miraría de aquella forma ni le haría sentir incómoda con algo que ella no había buscado.

Intentó concentrarse en su trabajo. Aprovechó un descanso para llamar a Nico y ponerle al corriente de sus aventuras. Le habló de su nueva cita con Adrien, sin desvelar su identidad. Nico se alegró mucho por ella y la animó a aprovechar el tiempo al máximo. Sin que ella se lo pidiera le dio un consejo: «Disfruta, no pienses demasiado y no hagas nada que no quieras hacer». Por un momento imaginó lo que pensaría Nico si descubría que su aventura era con Adrien. Él lo conocía. Suspiró.

Terminó su jornada y se fue a casa. Un mensaje le aclaró el lugar de su encuentro.

*A las 8 en la puerta de tu casa.*

Le contestó rápidamente.

*¿Sabes dónde vivo?*

*¡No! Esperaba que me dieras la dirección. ¿Hoy no estás muy receptiva, verdad?*

«Muy gracioso», pensó.

*Sigo teniendo fe en tu don.*

*Tampoco sirve para las direcciones.*

*Mejor no te digo lo que pienso de tu don.*

*Mejor.*

*¿Ropa?*

*No es imprescindible, pero creo que es mejor que vengas vestida.*

*Tipo de ropa, ¡capullo! Aún no sé adónde vamos.*

*¡Oh! Qué lapsus. ¿En qué estaría yo pensando? Algo informal.*

Sonrió y le envió la dirección sin añadir nada más. Necesitaba prepararse y no quería perder más tiempo.

El atuendo informal elegido consistió en unos vaqueros, un jersey de lana y unas botas con

algo de tacón.

A las ocho en punto se encontraba delante del portal. Pocos minutos después, Adrien apareció con un coche negro no demasiado grande aunque sí bastante lujoso.

Daniela subió sin esperar invitación. Nada más entrar se fijó en su indumentaria que era muy parecida a la suya. Exceptuando las botas.

—No sabía que vendrías en coche.

—No te lo dije. Sigues sin estar muy receptiva, ¿no?

—Eres un...

—Capullo arrogante —la interrumpió—. ¡Lo sé!

Ella lo miró divertida y movió la cabeza en señal de rendición.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar que está a dos horas en coche.

—¿Dos horas?

—¿Tienes prisa? —la miró como si quisiera fulminarla con la mirada.

—No, no la tengo, pero de ahí a pasar dos horas en un coche...

—Será un trayecto muy ameno. Disfrutarás con mi maravillosa compañía. —La miró y le guiñó un ojo.

—Déjame adivinarlo —Se frotó la barbilla—. De niño eras muy feo. Estabas esquelético. Tenías la cara llena de granos y fuiste de los primeros en tener un horrible bigote —Lo miró. Él estaba boquiabierto—. Eso te traumatizó enormemente, así que cuando fuiste adulto tu primer salario lo invertiste en algo de cirugía y terapia para superar tus complejos. A tu terapeuta se le fue la mano y... ¡Voilà! Un hombre con una autoestima que no cabe en un continente.

Adrien soltó una carcajada tan sonora que a ella le retumbaron los oídos.

—Siento cargarme tu teoría, pero era de los más ligones de la clase. Mi alta autoestima viene de serie. —Encogió los hombros.

—Te quieres y te vendes muy bien. ¡Admirable! —Lo miró sonriendo.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu autoestima? ¿Te quieres mucho?

—Depende de la época. En unas me he querido más que en otras.

—¿Y ahora?

—Ahora... empiezo a quererme —dijo segura y decidida. Fue una respuesta rápida y rotunda, no tuvo que pensarla.

Adrien la observó preguntándose qué había tras aquellas palabras. ¿Qué le había ocurrido? ¿Tendría tiempo de descubrirlo?

«Tiempo», repitió mentalmente.

Esa palabra no le gustaba cuando estaba con ella. Le recordaba al fin, al adiós, y con ella no quería pensar en esas cosas.

Durante el trayecto, Daniela le contó varias anécdotas de trabajo que le habían ocurrido en el balneario, relacionadas con algunos pacientes y compañeros. Adrien disfrutaba de lo que ella le contaba, eran divertidas y parecía sentirse cómoda contándoselas.

Dos horas después, entraron en una ciudad costera de la que había oído hablar muchas veces. Ella nunca la había visitado, aunque sus compañeros le habían sugerido varias veces que lo hiciera. Sin coche, era complicado visitar los alrededores del balneario.

Adrien aparcó en la zona de la playa, justo en el centro de la ciudad. El paisaje era impresionante.

Caminaron por el paseo que bordeaba la playa. Había varios accesos a ella, aunque por la época del año en que se encontraban, estaba completamente desierta. Daniela se detuvo un instante

para contemplarla.

—Mis compañeros me han dicho muchas veces que este lugar es precioso.

—Lo es. Yo he estado aquí varias veces, la última fue hace dos años y siempre ha sido por trabajo. ¿Por qué no lo habías visitado? Está relativamente cerca.

—No he tenido la oportunidad. No tengo coche y... eso complica las cosas.

Adrien no dijo nada. Le extrañó que no tuviese coche. Trabajando en aquel lugar, le pareció que un coche era muy necesario para moverse por los alrededores, pero no le hizo ningún comentario. Ahora entendía que su casa estuviera en el pueblo que había justo al lado del balneario.

—Hace unas semanas, Ana me dijo que me llevaría a un pueblo cerca del balneario. Cuando sube la marea, las barcas que se encuentran en la orilla empiezan a flotar y la playa acaba por desaparecer de la vista. Es uno de los encantos que tiene ese pueblo.

—¿Y no pudiste ir?

—No. Ana cambia de opinión cada vez que pestañea. Es imposible tomarla en serio.

Siguieron caminando hasta adentrarse en una zona de pequeños bares concentrados en la misma calle, de acceso exclusivamente peatonal. Desde la entrada pudieron ver una gran cantidad de personas que entraban y salían de los locales.

Entraron en el primero y se acomodaron en la única mesa que había libre. Pidieron una copa de vino y eligieron uno de los aperitivos que se mostraban en la amplia barra.

Daniela parecía nerviosa. Era la primera vez que se encontraba con él fuera del recinto. Sus encuentros se habían limitado a la sala de masajes y la suite del hotel.

—Me gustaría que me hablases de ti —le dijo en un tono que pretendía transmitirle calma.

—¿Qué te interesa saber?

—Recuerdo haber leído en tu currículum que habías nacido en Panamá. Tu última dirección era de Barcelona. La entrevista la hicimos en Madrid y te encontré en el balneario. Acláramelo.

—No hay mucho que aclarar. Nací en Panamá y allí viví hasta los siete años. Después en Barcelona hasta hace poco tiempo. Me fui a Madrid y poco después vine aquí por trabajo.

—Sí, señor. Eso lo aclara todo —Le pellizcó la nariz—. ¿En Barcelona vive tu familia?

—No. Mi única familia es mi tío Matt. Para mí es como un padre, pero vive en Panamá.

—¿Tus padres no viven?

—No. Murieron cuando yo tenía siete años. Por eso vine a vivir a España. Mi madre era española. Sus padres, o sea, mis abuelos, vivían en Barcelona. Tras su muerte, mi tío me trajo a España a vivir con ellos.

—¿Tampoco viven tus abuelos?

—No. Mi abuelo murió cuando yo tenía diecisiete años y mi abuela hace unos meses. Cuando ella murió, decidí hacer un cambio y me fui a Madrid.

—¿Por qué Madrid?

—Porque allí vive Nico, al que creo que ya conoces, y me animó a hacerlo. Él y Ana han sido lo más parecido a una familia o a unos hermanos que he tenido. Ana trabaja en el hotel, ella me consiguió este trabajo.

—Sí, conozco a Nico. No hemos intimado, pero hemos trabajado juntos muchas veces. Él y Javier son muy buenos fotógrafos. Javier es el hermano de mi mejor amigo, uno de ellos. De ahí surgió la relación.

Daniela quería decirle que ya lo sabía, pero no quería entrar en detalles sobre esas personas. Estaba relacionado con la entrevista y no quería hablar de ello.

—Esa Ana de la que hablas, la que te consiguió el trabajo, ¿es la misma Ana que has



mencionado antes? ¿La que no puedes tomar en serio?

—Sí. Los tres crecimos juntos en Barcelona. Cuando llegué no conocía a nadie y además estaba muy triste. Ellos vivían en el mismo barrio que mis abuelos y nos hicimos amigos. Fuimos juntos al colegio. Ellos me ayudaron a adaptarme a mi nueva vida y nos hicimos inseparables.

—Y deduzco que años más tarde os separasteis.

—Gran perspicacia la suya, señor Feraud. —Le sonrió sin maldad, solo era una broma.

Adrien sonrió y la invitó a continuar con su relato.

—En realidad no hay mucho más que contar. Nico y Ana se fueron de Barcelona hace más o menos ocho años. Nico se fue a Madrid y Ana a Londres. Nunca perdimos el contacto, aunque Nico y yo siempre hemos estado más unidos.

—Creo que sé quién es tu amiga. La he tratado alguna vez en recepción.

Daniela supo por el tono de voz que no le gustaba demasiado. Ana sencillamente era muy querida o muy odiada. Y en cuanto a los hombres, a veces era algo descarada, por lo que o salían corriendo o acababan perdidamente atrapados en sus redes.

—Hasta aquí puedo llegar. Te toca a ti —le dijo con una sonrisa muy amplia—. Tu resumen.

—Nací en Toulouse, Francia. Mi madre es española y decidió volver a España cuando se divorció de mi padre. Me trajo con ella. Yo tenía diecisiete años. Desde ese momento he vivido en Madrid. Mi historia es más corta.

—¿Tu padre aún vive en Francia?

—No, murió hace poco más de un año.

A Daniela le pareció que la pregunta sobre su padre le incomodó. No vio en sus ojos el reflejo del dolor que causa una muerte reciente. Seguramente, si hubiera podido ver su propia expresión, habría sido la misma cuando él le preguntó por sus abuelos.

—Ya sabemos muchas cosas el uno del otro —dijo Adrien.

—Más que suficiente, ¿no crees?

—¿Por qué te incomoda tanto hablar de tu vida? —le preguntó él con interés.

—No me incomoda hablar de mi vida, simplemente no le encuentro sentido a que perdamos el tiempo hablando de ella. De todas formas te diré que para no gustarme hablar de mi vida, te he contado un montón de cosas si las comparas con el resumen que tú has hecho. Pero no importa, es evidente que a ninguno de los dos nos gusta, por lo tanto dejemos de hacerlo.

—La próxima vez me esforzaré más, pero te aseguro que no hay mucho que contar.

Se hizo un silencio y Adrien pensó en la frase que Javier pronunció y que tantas veces había aparecido en su cabeza.

—¿Has tenido una vida difícil, Daniela?

Daniela se sorprendió con esa pregunta. No la esperaba.

—Ha habido un poco de todo. Nada que merezca la pena recordar. ¿Y tú? ¿Has tenido una vida difícil? —preguntó con un poco de sarcasmo.

—Algo me dice que piensas que mi vida ha sido fácil.

—No pienso nada, pero estoy segura de que hemos tenido vidas muy distintas.

Ninguno mostró interés por seguir con la conversación. Podía convertirse en un tema de esos que nunca terminan y que aportan muy poco. Adrien recordó algo que quería saber de ella y se atrevió a preguntárselo.

—¿Te gusta el arte? ¿La pintura?

—No especialmente.

—Cuando estuviste en mi despacho, me pareció que te llamaba la atención una de las pinturas que colgaban de la pared.

Daniela hizo un gran esfuerzo por disimular su malestar. Se acordaba perfectamente del momento al que se refería, pero no recordaba haber dicho o hecho algo que a él pudiera llamarle la atención, excepto detenerse un segundo a mirarlo.

—No tienes por qué hablarme de ello. Es solo que... me sorprendió. Parecías angustiada.

—Preferiría que no hablásemos de ello.

Adrien pensó que había tocado un tema delicado. Lo intentaría en otro momento. Tenía mucha curiosidad en saber por qué la sola mención de aquel cuadro la había incomodado tanto.

La observó unos segundos. No se trataba solo del cuadro, a Daniela no le gustaba hablar de su vida. Podía entenderla porque a él le pasaba lo mismo, pero no estaba acostumbrado a salir a cenar con una mujer que no escogiese su vida como tema de conversación o, lo que era peor, que le bombardease a preguntas. Eso solo podía significar que su vida, hasta ese momento, había sido demasiado seria, demasiado correcta, demasiado superficial.

Continuaron su recorrido por los locales de aquella peculiar calle. En todos ellos hicieron una breve parada para degustar sus deliciosos vinos y sus elaborados aperitivos.

Las conversaciones dejaron de tener un matiz personal. Adrien le habló de algunos viajes que había realizado consiguiendo que el ambiente volviera a ser agradable entre ellos.

Al salir del último local, Adrien sorprendió a Daniela cogiéndola de la mano. Ella se estremeció al sentir ese suave roce, pero no hizo nada por apartarse. Era algo íntimo a lo que ninguno de los dos estaba acostumbrado.

Se dirigieron al paseo marítimo. Caminaron muy despacio, cogidos de la mano, hasta llegar a un extremo más elevado. Desde allí, apoyados en una barandilla de protección, podían contemplar una hilera de rocas que descendía en una pendiente muy pronunciada hasta perderse en el mar. Las olas chocaban contra las rocas imponiendo ese sonido por encima de cualquier otro.

La temperatura empezaba a descender y Adrien se acercó a ella para estrecharla entre sus brazos mientras miraban hechizados el causante de aquel glorioso estruendo.

—Un paisaje muy sugerente —le susurró envolviéndola con sus brazos.

—Beso.

—¿Perdón?

—Quiero un beso.

Él sonrió al escuchar su petición. Ella continuó hablando mientras él la giraba para tenerla de frente.

—Ante un paisaje así, la gente suele hacer una foto, pero es mucho mejor recordar un beso.

—Los besos se pueden olvidar, las fotos siempre quedan.

—Si el beso es digno de recordar, nunca se olvida. Esfuércese un poco, señor Feraud. —Le dedicó una sonrisa traviesa.

Adrien se acercó a ella encantado del reto. Aquellas palabras y aquella sonrisa consiguieron hipnotizarlo. Se inclinó para besarla.

Las palabras que se agolparon en su mente le hicieron sentir ridículo y, sorprendentemente, un poeta. Afortunadamente, Daniela no podía escucharlas. Dibujo una débil sonrisa en sus labios al imaginar que ella pudiera hacerlo.

¿Un poeta? ¿Qué podía ser si no? ¿No era digno de un gran poeta comparar la fuerza de su deseo por besarla con la de las olas al chocar con la roca? ¿O sentir que Daniela podía impactar en él hasta conseguir erosionar su fortaleza? Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Estaba asustado.

Daniela recibió aquel beso como si fuera la primera vez que alguien la besaba. Sintió un calor que no correspondía con la temperatura a la que estaban expuestos. Sumergida completamente en

su boca, supo que aquel beso lo recordaría toda la vida.

Se preguntó qué sentiría cuando se dijeran adiós. Él volvería a su vida y ya no habría más besos. A pesar de las veces que se lo había repetido desde que lo conoció, nunca le había afectado como en aquel momento. Se asustó. Algo había cambiado.

Él se apartó lentamente de ella intentando ocultar aquel cóctel de emociones.

—¿Digno de recordar, señorita Kearney? ¡No! —exclamó—. No es el momento, corrijo: ¿digno de recordar, Dani?

—Digno de recordar, señor Feraud. No quisiera romper el encanto del momento pero... ¡No me llames Dani!

Él negó con la cabeza y se echó a reír. Pensaba llamarla de aquella manera siempre que le apeteciera.

Unas gotas frías les hicieron reaccionar bruscamente. Empezaba a llover. Una mezcla entre agua y nieve.

—Vamos —le dijo él cogiéndola de la mano e iniciando un paso rápido—. Tenemos que darnos prisa en llegar al coche o acabaremos empapados.

Se dieron prisa. No había dónde refugiarse y el agua helada empezó a calar en sus cuerpos. Cuando llegaron al coche, ambos tenían la ropa mojada.

—Estamos empapados y esta lluvia va a resultar muy molesta para conducir. Buscaremos un hotel. —Cogió su móvil e inició una búsqueda.

—¿Un hotel? —preguntó ella, sorprendida. Él no le contestó, estaba inmerso en su búsqueda.

Adrien tenía razón. Estaban empapados y dos horas de viaje en aquel estado serían muy incómodas. Tampoco sabían si la lluvia los acompañaría en todo el trayecto.

—Lo tengo. Probaremos suerte, espero que no haya problemas. —Encendió el motor y se dirigió al hotel siguiendo las instrucciones del GPS.

Cuando llegaron a la puerta del hotel, él le dijo que le esperase dentro del coche mientras comprobaba si podían alojarse allí. Cuando volvió, unos quince minutos después, supo que lo había conseguido por la sonrisa triunfal que mostraba.

—Sin problema. —Arrancó de nuevo el motor avanzando tan solo unos metros. Bajaron del coche y Adrien le entregó las llaves a un botones. Se dirigieron a uno de los ascensores del vestíbulo.

—No sé por qué me imaginaba que elegirías un hotel «sencillito» —le dijo con ironía al comprobar que era un hotel de cinco estrellas.

Él le ofreció una media sonrisa y le lanzó un beso al aire.

—¿Qué hubiese pasado si solo hubiéramos encontrado un hotel de carretera? Una habitación de seis metros cuadrados, de las que también se pueden alquilar por horas. De esas que nada más entrar te das cuenta de que hay más seres vivos aparte de ti.

—Señorita Kearney —Apoyó sus brazos en la pared del ascensor dejándola atrapada en su interior—, estando contigo cualquier lugar es bueno, aunque aquí estaremos más cómodos.

Ella sonrió. Él continuó:

—Esperabas que gritara indignado diciéndote que por nada del mundo me alojaría en un lugar como el que has descrito, ¿cierto? Buscabas un motivo para llamarme esnob o algo parecido, porque es lo que piensas, pero estás muy equivocada. No soy así.

—Tienes razón, esperaba un comentario parecido —El ascensor se paró y ella se encogió para pasar por debajo de sus brazos y liberarse—. Sigo pensando que eres un niño rico, pijo y esnob. Tu discursito no me ha convencido del todo.

—¿Decepcionada?

—¡Nooooo! Capullo, arrogante y esnob... ¿Qué más puedo pedir?

Una carcajada, como ya venía siendo habitual, retumbó en el pequeño espacio que compartían. Al entrar en la habitación, ella se dio cuenta de que era mucho más sencilla que la del balneario. Se preguntó si se debía a que no había otra disponible.

Daniela inspeccionó la habitación. La luz estaba estudiada para conseguir un ambiente muy acogedor. Destacaba entre todo lo demás la enorme cama. La habitación era mucho más pequeña que la suite del balneario, pero tenía un encanto que aquella no tenía. Se dio la vuelta y encontró a Adrien completamente desnudo, terminando de quitarse los bóxers.

—Vamos, desnúdate. —Movi6 las manos indicándole que se diera prisa.

—Eso ha sido muy tierno —le dijo ella mientras veía cómo se alejaba y volvía con un albornoz para cada uno. Al ver sus intenciones, se echó a reír.

—¿También me vas a tachar de insensible? Solo pretendo que te quites esa ropa mojada para que mañana esté seca —Se colocó el albornoz y se acercó a ella. Le pasó un mechón suelto de cabello por detrás de la oreja—. Si quisiera verte desnuda para otro propósito, me encargaría yo mismo de hacerlo.

—Me siento aliviada. Temía que tu faceta seductora se hubiera estropeado.

Adrien se quedó de pie frente a ella observando, ensimismado, cómo ella se desvestía. De nuevo aparecía esa faceta tímida que tanto le gustaba.

Se sentaron en el pequeño sofá, ambos ataviados con un albornoz, y pidieron que les subieran café y té.

—¿Saldremos temprano?

—Sí, no te preocupes. Saldremos con tiempo suficiente para que no llegues tarde al trabajo. Sería una crueldad que mañana privases a alguien de esas benditas manos.

—¿No te encontraré en mi agenda?

—¿Te gustaría?

—Por supuesto. Podemos probar algo diferente. ¿Qué tal un masaje con piedras calientes?

—Prefiero tus manos. Haz lo que quieras con ellas, pero nada de intermediarios.

Daniela se levantó y le tendió la mano para que él hiciera lo mismo. Adrien estaba intrigado y emocionado. Le guio hasta los pies de la cama y allí se detuvo frente a él.

Le quitó el albornoz, dejándolo completamente desnudo. Él no se movió, estaba muy excitado y no podía dejar de mirarla.

—Cierra los ojos —le pidió Daniela.

La miró un instante, cautivado por la dulce voz que empleó para pedírselo. Cerró los ojos.

Silencio. Daniela se arrodillo frente a él.

—No abras los ojos. Quiero que me imagines como estoy: arrodillada frente a ti. Mis labios están a la altura de una parte de ti que quiero acariciar.

Adrien sintió un escalofrío que le erizó el vello de todo el cuerpo. La estaba imaginando tal y como ella le había descrito. Sintió su aliento y sus labios al rozar su erección. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron, en parte para ayudarle a mantener el equilibrio que aquel estímulo le estaba haciendo perder. Abrió la boca ligeramente porque necesitaba otra entrada de aire en su cuerpo.

Todas esas sensaciones, y ni siquiera lo había tocado. El deseo fue aumentando y con él la temperatura. Necesitaba que ella continuara tanto como respirar y por un momento temió que ella se retirara y lo privara de esas sensaciones. Creía conocer todas las sensaciones que el sexo podía ofrecerle, pero se equivocaba. Siguió escuchando su voz.

—Voy a acercar mis labios y voy a hacer con ellos todo lo que mi imaginación me permita

hacer. Mi propósito, señor Feraud, es oírle decir que no solo tengo unas benditas manos...

Adrien echó la cabeza hacia atrás al oír aquellas provocadoras palabras y, antes de que pudiera reaccionar, sintió su erección dentro de su boca.

Podría enloquecer en ese momento. La línea entre la cordura y la razón era más frágil de lo que parecía, sobre todo en medio de aquel bombardeo de sensaciones físicas y de emociones. Dejó escapar un gemido casi ensordecedor que a ella la sobresaltó. Imaginó todo lo que le estaba haciendo, fiel a su promesa de no abrir los ojos. Imaginó su boca subiendo y bajando, succionando, lamiendo, mordiendo y acariciando. Placer en estado puro.

Daniela se estremeció al escuchar el sonido que él emitía. Era aquella sensación la que buscaba, el reconocimiento a sus caricias, la afirmación de que ella era capaz de provocarle placer de aquella forma. Satisfecha y excitada aceleró el ritmo hasta que sintió que estaba a punto de explotar. Justo en el momento de la explosión lo empujó para que cayera sobre la cama. Él continuaba con sus deliciosos sonidos. Su expresión era adorable. Mientras su cuerpo expulsaba las últimas gotas de semen, ella se abrazó a él expandiendo el líquido espeso y caliente por su pecho y por su vientre. ¡Increíblemente erótico! Impregnada de su fluido, se subió a horcajadas sobre él. Adrien abrió los ojos.

—Dime que es real —le pidió ella

—¿El qué es real? —La miró detenidamente buscando una explicación a aquella angustia que reflejaban sus ojos.

—Yo. Lo que has sentido. Dime que estoy aquí.

Adrien estaba seguro de haberla entendido.

—Te aseguro que estás aquí, te aseguro que eres real y que te he sentido.

Daniela necesitaba escuchar aquellas palabras. Necesitaba saber que estaba viva y que aquello que sentía no era un sueño.

Adrien la abrazó con ternura mientras recuperaba el ritmo de su respiración. Seguía confundido con sus palabras.

Se apartó de ella. Se levantó y se detuvo frente a una pared manipulando algo en ella que Daniela no alcanzaba ver. Enseguida se dio cuenta de que era el hilo musical. Empezó a escucharse el sonido de la música. Una balada. Algo muy apropiado para la ocasión. Le tendió la mano.

—¿Desnudos? —le dijo ella al entender que lo que quería era bailar.

—Desnudos, Dani. Así es como estamos.

Se abrazaron. Él apoyó su cabeza en su hombro abrazándole la cintura. Ella se apoyó en su pecho rodeándole el cuello con las manos. Iniciaron el baile. Lento, tan lento que apenas movían los pies del suelo.

Quedaron atrapados por sus cuerpos y por un montón de emociones que desconocían. Desnudos y hechizados, escuchaban una voz femenina que se preguntaba dónde estaba el amor del que tanto se habla. Continuaron abrazados, embriagados cada uno por el aroma del otro. La voz de fondo, esta vez masculina, prometía pintar de azul el universo y a hacer olvidar el mundo a alguien, aunque fuese tan solo por un momento.

«Desnudos», pensó Adrien.

«Real», pensó Daniela.

Adrien dio por finalizado el baile cuando se separó de ella y la guio hasta la cama. Allí la tumbó de espaldas. Se colocó encima doblando una pierna para evitar que todo su peso cayera sobre ella. La besó con ternura mientras pensaba que jamás había besado de esa manera a una mujer.

Continuaron besándose con ternura. Separaron sus labios para mirarse a los ojos fijamente, como si eso fuese la carga de energía que les permitiera continuar. La música no cesaba, los envolvía con la voz cálida de un hombre que le proponía a alguien robarle tiempo al tiempo. Rodaron varias veces por la cama consiguiendo que los besos se volvieran adictivos. En un lento movimiento, él entro dentro de ella provocando que ambos cerraran los ojos al mismo tiempo gimiendo de puro placer.

Ambos, en silencio, se centraron en un único pensamiento. Daniela deseó que el tiempo se detuviera en aquel momento, y Adrien agradeció al cielo uno de los mejores regalos que podía concederle.

«Vuelve a salir el poeta», pensó él.

Siguieron aquel ritmo hasta sentir que el orgasmo se apoderaba de ellos. Gritaron y temblaron al mismo tiempo. Permanecieron abrazados sin prisas y se separaron entre risas, como si ninguno de los dos quisiera continuar con aquel fondo romántico y almidonado, probablemente por el peligro que ello suponía.

Tras un largo silencio, Adrien se atrevió a romperlo.

—Háblame de tu vida amorosa.

—Dame un motivo por el que deba hacerlo.

—Porque soy curioso y quiero conocer algo más de ti, ¿te parece bien?

—No hay ninguna vida amorosa que contar.

—Eso no me lo puedo creer.

—Mi vida amorosa no existe como tal. No he tenido relaciones duraderas. Nadie me ha roto el corazón en mil pedazos y creo que yo tampoco se lo he roto a nadie. No tengo de esas experiencias traumáticas que la gente explica en ocasiones. Nunca encontré a mi novio en la cama con mi mejor amiga, ni nadie me confesó que era gay mientras estaba conmigo en la cama, ni me enamoré de un hombre imposible, ni me abandonaron delante del altar. Nada de nada.

—¿Y hay algún motivo por el que una mujer guapa, inteligente y divertida no tenga absolutamente ninguna historia sentimental que contar?

Daniela hizo una pausa antes de hablar.

—No tenía tiempo, estaba muy ocupada. —Los recuerdos la inquietaron. Giró la cara para que él no pudiera ver su expresión.

Adrien observó su malestar. No le encajaba que una mujer como ella no tuviera una larga lista de aventuras y relaciones. ¿Ocupada? ¿Qué habría querido decir con aquello?

—¿Así que has estado muy ocupada? Aun así, me cuesta creer que no haya habido alguna historia por pequeña que fuera.

—Alguna historia condenada al olvido justo en el momento en que empezaba. Locuras de adolescente. ¡Ah! Una relación cortita. Un hombre estupendo y encantador pero aburrido hasta decir basta.

Él guardó silencio. Cada conversación con ella le intrigaba y sorprendía más. Había momentos en que parecía una mujer inocente y tímida, pero en otros parecía muy segura y con mucha experiencia. Le acababa de confiar que su vida sentimental era inexistente, excepto cuatro amores típicos de la adolescencia. ¿En qué había estado tan ocupada?

Daniela se sintió incómoda con el rumbo que estaba tomando la conversación. Podría haberle contado cualquier estupidez o haberle dicho que había tenido cientos de historias cortas, pero no le pareció correcto mentirle de esa forma. En pocos días, él saldría de su vida y poco importaba lo que le hubiese contado o la imagen que se hubiera hecho de ella.

—¿Y tú? ¿Tienes novia?

Él se incorporó en la cama y la miró con dureza.

—¿De verdad me estás preguntando si tengo novia? ¿Estoy aquí en la cama contigo y crees que pueda tener una novia? ¿Es eso normal para ti?

Daniela se sorprendió de aquella mirada cargada de rabia y no supo qué decir.

—Para su información, señorita, le doy un gran valor a la fidelidad. O estoy o no estoy, no me gusta jugar a dos bandas —Hizo una pausa al ver la cara de sorpresa de ella e intentó suavizar el tono—. Lo siento, no debería haberte hablado así.

—No pasa nada. Eres un chico fiel y no te gusta que lo pongan en duda. Aclarado. —Le acarició para suavizar el ambiente.

Él sonrió y le devolvió la caricia.

—No tengo ni he tenido nunca una relación estable, es decir, novia o prometida o como quieras llamarlo. Siempre han sido aventuras cortas, y siempre intento que sean lo suficientemente cortas como para no dar cabida a una infidelidad.

—¿Evitas estar mucho tiempo con una mujer para que no sea posible una infidelidad? —le preguntó, perpleja.

—Sí, eso es lo que hago. Digamos que nunca corro ese riesgo, aunque también podría decirse que nunca he conocido a nadie que me haga sentir ganas de arriesgarme. Así que... aventuras y cortas. He tenido muchas, no te voy a engañar.

Daniela se recostó de lado, no entendía muy bien por qué su tono de voz y sus palabras le habían dado un pellizco en el estómago. ¿Sería porque acababa de confirmarle que ella era una aventura más, de esas que duran poco? ¿O porque había dicho que nunca nadie le hizo sentir ganas de tener algo más? No debería afectarle ese comentario, seguro que su maldito subconsciente estaba yendo por la dirección incorrecta albergando la esperanza de no formar parte de esa estadística.

—Siento lo de antes —dijo Adrien obligándola a mirarlo—. Es que no soporto la mentira, ni tolero muy bien la traición. Siento haberte incomodado con mi reacción. ¿Perdonado?

—No hace falta que te disculpes más. Perdonado —Le sonrió haciendo un esfuerzo por no dejarle ver que aquello le había afectado—. Todo eso es un punto a tu favor, señor rompe normas. Aparte de capullo, arrogante y esnob, también eres fiel, y no te gustan las mentiras.

Él la miró con ternura y se echó a reír. Se sentía mal por haberla asustado con su reacción, pero había tocado un punto sensible que le hizo saltar. Agradeció el comentario que ella había hecho para volver a tener un ambiente agradable.

—Deberíamos dormir un poco. Mañana tenemos que madrugar si quieres llegar a tiempo al trabajo.

—Tienes razón, aunque no me va resultar tan fácil, me va a costar coger el sueño.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, cuéntame un cuento.

Él sonrió mientras pensaba en lo que podría decir. Se acostaron de lado y él la abrazó por la espalda.

—Está bien. Un cuento. Veamos... Érase una vez un capullo arrogante que adoraba romper las normas, o más bien hacérselas romper a los demás y que además creía tener un don. Un don infalible al que le tenía un gran cariño. Pero un día como otro cualquiera, una bruja mala, que había tenido un mal día y con muy mal genio, le restregó por la cara que su don no valía para nada. Eso le rompió el corazón. Roto y desolado luchó por combatir el estrés emocional que aquello le produjo. Sus amigos, al verlo cansado y abatido, le regalaron una estancia en un balneario para que pudiera recuperarse.

Daniela se reía al escucharlo.

—Allí se encontró con los ojos más bonitos que había visto en su vida, una mezcla de gris y verde o de gris y azul. Resultó que, además de ojos bonitos, tenía unas benditas manos. ¡Oh! Qué suerte la de aquel capullo arrogante. Llegó convencido de que se iba a aburrir en aquel lugar, pero al ver aquellos ojos no le quedó ninguna duda de que no sería así. Tenía que idear un plan para seducir a aquella dama. Y lo hizo. Lo cierto es que resultó ser bastante fácil. Unos cuantos mensajes, unos pocos halagos y... la dama cayó rendida a sus pies.

—Auuu —se quejó él al recibir un golpe entre las piernas—. ¿Funciona? ¿Te va entrando sueño?

—Me van entrando ganas de asesinarte. ¿Rendida a sus pies?

—Está bien. Cambio el estilo de narración. No quiero que la señorita se altere. El caso es que te duermas.

Adrien la abrazó con más fuerza mientras continuaba con su relato. Daniela estaba disfrutando como una niña.

—Tras un breve pero intenso cortejo, aceptó la invitación a cenar. El capullo arrogante estaba encantado de haber conseguido por fin la atención de aquella criatura de ojos peligrosos y benditas manos. Durante la cena consiguieron que sus conversaciones fueran profundas y muy completas. La dama, que era algo pesada, no paraba de hablar con todo lujo de detalles de su vida. Horas y horas hablando sin parar. El caballero, más conocido como el capullo y arrogante, estaba agotado de escucharla, así que decidió besarla para callarla y... funcionó. La dama, una vez más, tal y como era de esperar, volvió a caer rendida en los brazos del apuesto caballero y ambos se perdieron en cientos de caricias hasta que algo asustó a la preciosa dama. Salió corriendo, dejando al pobre caballero arrogante triste y solo.

Daniela no paraba de reír ante la disparatada y ridícula historia.

—A ver si me entero. ¿La bruja y la dama no son las mismas?

—Pues claro que no. ¿Pero qué clase de cuentos te contaban a ti de pequeña? La bruja era mala malísima y le quitó al caballero la ilusión de presumir de su don. Eso es muy cruel. En cambio la dama era bella, dulce y... un poco pesada.

—Auuu —gritó de nuevo—. Podrías dejarme acabar mi cuento sin que mis partes íntimas peligrasen.

—Pues entonces haz que la princesa sea perfecta.

—De acuerdo. Allá voy. El destino volvió a unirlos al día siguiente. De nuevo una bonita cena y una charla incesante. El capullo arrogante volvió a besarla y esta vez la dama no salió corriendo. Quedó fascinada y asombrada de la forma en la que aquel capullo era capaz de besar. ¡Dios mío! Este hombre es de otro planeta, dijo la dama —Se interrumpió para escuchar la risa de Daniela—. Y así, perdidos en besos y abrazos, se quedaron dormidos hasta el amanecer.

—¡Sigue! —le ordenó ella—. Estoy empezando a coger el sueño.

—Ya está. Se acabó el cuento.

—¿Ya está? Todos los cuentos tienen un final. ¿Cómo acaba este?

Adrien permaneció en silencio intentando buscar las palabras apropiadas para darle una respuesta, pero no las encontró.

—Es tarde. Durmamos un poco. —Fue rudo.

Su forma cortante de eludir la pregunta la golpeó. Había escuchado con entusiasmo el cuento. Él se había mostrado divertido y jovial haciendo énfasis en algunas frases para hacerla reír, sin embargo cuando ella le pidió un final su silencio hizo que la estancia se volviera fría, como si una ventana se hubiese abierto de golpe dejando entrar una brisa helada. Se arrepintió de haberle



preguntado por el final del cuento, lo hizo sin pensar. El final ya lo conocían. El caballero se marchaba y la dama era la que en esta ocasión se quedaría triste y sola. Al menos así lo presentía. Intentó cerrar los ojos para dormir, aunque sabía que iba a resultar muy difícil.

Adrien cerró los ojos. Sintió una incómoda presión en el pecho. ¿Por qué le había tenido que preguntar aquello? ¿Qué podía responderle? ¿Que vivirían felices para siempre? Todo había empezado como un juego, pero era evidente que los protagonistas del cuento eran ellos. ¿De qué final podía hablarle? ¿De uno en el que volvería a Madrid a continuar con su vida y ella se quedaría allí con la suya? Esa idea hizo que la presión en el pecho aumentase. El caballero partiría en busca de nuevas conquistas, pero... ¿sentiría alguna vez algo parecido? ¿Podía dejar que aquel cuento se acabase sin más? Iba a ser una noche muy larga.

A la mañana siguiente, Daniela dio un salto de la cama para encender la luz. Ese brusco gesto sobresaltó a Adrien, que dormía plácidamente.

—¿Has visto la hora que es? Son las nueve. Nos hemos dormido. Llegaré tarde. Olvidamos programar el despertador.

Él estaba aturdido. No soportaba despertarse de esa manera.

—Vale, tranquila. Nos vestimos rápido y nos vamos. Puedes llamar al trabajo y decir que llegarás más tarde. Invéntate algo.

—¿Tarde? Hay más de dos horas de camino.

Él corrió en dirección al baño. Poco después salió intentando ponerse los pantalones que parecían estar secos por completo. No consiguió acertar y acabó tropezando y cayendo al suelo. Tras maldecir de varias formas, la miró a ella, que estaba sentada en el borde de la cama desternillándose de risa. Parecía muy tranquila, como si solo él tuviera prisa.

—¿Podrías dejar de reír y vestirte? Te recuerdo que eres tú la que tienes prisa.

Daniela se puso el albornoz con tranquilidad, sentada al borde de la cama. Él seguía luchando con sus pantalones mientras ella lo observaba. La miró sorprendido sin entender por qué se ponía el albornoz en vez de correr desesperadamente a buscar su ropa.

—Olvidé decirte que era mi día libre. —Le dedicó una sonrisa de lo más cínica y provocadora.

Adrien necesitó unos segundos para asimilar lo que acababa de decirle.

«Será hija de...», pensó.

—Yo de ti correría. Correría mucho. —La mirada fue fulminante.

Ella dio un salto alejándose de la cama. Adrien optó por quitarse los pantalones, estaba tan aturdido que no era capaz de ponérselos. Fue tras ella, que se encontraba en medio de la habitación corriendo en todas las direcciones y dando pequeños gritos al ver que él la iba a alcanzar con facilidad.

Consiguió cogerla por la cintura dando una vuelta completa con ella. La tumbó en el suelo enmoquetado.

—Muy graciosa. Tienes un sentido del humor encantador. —Le giró el cuerpo para quitarle el albornoz y aprovechó para darle una fuerte palmada en el trasero.

—Auuu —se quejó ella frunciendo el ceño. No tardó en reanudar la risa.

Se miraron fijamente. Adrien la besó muy despacio.

—La primera vez que nos despertamos juntos y mira la que has montado.

—Es muy tentador descolocar al «señor todo controlado, nena». Seguro que no estaba en tus planes despertarte de esa forma y acabar en el suelo peleándote con unos pantalones.

—No. No estaba en mis planes. —Recorrió su silueta con un dedo hasta llegar al interior de sus muslos.

—¿Quieres saber cuáles eran mis planes?

Ella asintió con la cabeza. Emitió un grito al sentir cómo acercaba su mano a su sexo y la penetraba con un dedo, por sorpresa. El siguiente minuto se dedicó a estimularla con mucha devoción. Daniela estaba muy excitada.

De repente abandonó sus caricias y rodó hasta quedar a su lado. La observó. Era un espectáculo matutino muy interesante ver su expresión de sorpresa y decepción.

—Tenía pensado algo más, pero... no consigo recordarlo. Es que despertar de esa forma me afecta a la memoria —Dio un salto y se levantó tendiéndole la mano a una más que frustrada y cabreada Daniela—. Mientras pido el desayuno, ¿qué tal una duchita fresquita? Creo que te irá bien. Pareces acalorada —Le regaló la más cínica de sus sonrisas.

Daniela, todavía algo jadeante, le lanzó una mirada que de haber podido, habría cargado con laser desintegrador, como en las películas. Él se limitó a guiñarle un ojo y hacer una llamada para que les trajesen el desayuno.

Estaba perpleja de ver cómo Adrien actuaba como si nada hubiera pasado. Era evidente que no tenía intención de seguir con lo que había interrumpido. Luchando por no mostrar lo enfadada que estaba, se dirigió al baño con la esperanza de calmarse bajo el chorro del agua. No se trataba de calmar aquel punto de excitación al que él la había llevado, eso podría soportarlo, se trataba de calmar el enfado que tenía al ver el cinismo y la cara de victoria que él le había restregado.

Adrien se estaba divirtiendo, sobre todo al escuchar el portazo que había dado ella al entrar en el baño. Le gustaba provocarla. Esos momentos en que salía el niño travieso que llevaba dentro, le hacían sentir diferente. Le gustaba.

Escuchó unos sonidos que procedían del baño. Eran pequeños gemidos que indicaban satisfacción, acompañados de alguna alabanza al cielo y a Dios por el bienestar que sentía en aquel momento. Los gemidos se volvieron más intensos.

—¿Será posible? —preguntó él en voz alta.

No sabía si ignorar lo que ella claramente estaba haciendo, para provocarlo, o seguirle el juego. La primera opción hubiera sido la más acertada para molestarla, pero no podía permanecer impasible ante el coro de sonidos que procedían del baño. Mientras decidía qué hacer al respecto, escuchó el sonido de unos golpes en la puerta.

«El desayuno», pensó.

El botones entró arrastrando un carro con una bandeja. Quería acabar rápidamente con aquello, ya que los sonidos que emitía Daniela se escuchaban en toda la habitación.

La cara de sorpresa del botones se manifestó rápidamente. Se dio prisa en colocar la bandeja, ya que la situación era de lo más embarazosa. Miró en una ocasión hacia la puerta de donde parecían salir los gritos. Antes de abandonar la habitación, se detuvo unos segundos. Parecía querer asegurarse de que los sonidos no eran alarmantes. Por la forma en que gritaba, podría interpretarse como una llamada de auxilio. Miró a Adrien y dibujó una sonrisa complaciente. Convencido, como lo hubiese estado cualquiera que la escuchara, de que no debía intervenir, se retiró. Adrien al principio hubiera querido meterse bajo tierra, pero se relajó enseguida pensando que estas cosas solo podían pasarle con Daniela.

Entró en el baño. El sonido de la puerta no pareció importarle, ya que continuó con su peculiar concierto. Abrió la mampara de baño. Ella se limitó a continuar con su autoexploración, aunque esta vez la pasó al modo silencio. Se acariciaba el pecho con una mano mientras con la otra se acariciaba el sexo, cubierto de espuma.

—¿Le importaría dejarme sola, caballero? No ha sido invitado a esta fiesta.

Él le recorrió el cuerpo con la mirada. Afortunadamente, el albornoz le ayudó a ocultar la

erección.

—Solo venía a decirte que nos han traído el desayuno. —No había expresión en su cara—. Por cierto, el botones se lo ha pasado muy bien escuchándote.

Ella se detuvo abriendo la boca, sorprendida. Se ruborizó al imaginar a alguien que no fuera Adrien escuchando su serenata.

—¿Por qué no me has avisado? —le dijo, enfadada.

—No quería estropear la fiesta.

—¡Qué vergüenza!

—Ha sido muy embarazoso y muy violento, pero... no te preocupes —dijo muy serio, haciendo un gran esfuerzo por contener la risa. Estaba disfrutando mucho de ver lo avergonzada que ella se sentía.

—Lo siento, yo...

Adrien estalló en una carcajada.

—Cariño, me importa muy poco lo que ese botones opine. Anda, sal de la ducha o el desayuno se enfriará.

Ella se sintió aliviada.

Mientras desayunaban, permanecieron en silencio.

—Ya que no trabajas, podemos pasar el día visitando esta ciudad.

Ella sonrió asintiendo con la cabeza.

—Me parece bien.

—Por cierto, Dani, ¿te has divertido hasta el final en tu fiesta o... te he interrumpido?

Esta vez fue ella la que rio a carcajadas.

—Eso nunca lo sabrás. Y no me llames Dani.

Él la fulminó con la mirada.

El paseo por la ciudad fue de lo más relajante. Lucía un sol espléndido que les permitió pasear gran parte de la mañana por la playa.

Eligieron un restaurante que ofrecía gastronomía típica de la zona para descansar y reponer fuerzas, y reanudaron el paseo, esta vez, por la zona comercial. Las tiendas parecían competir entre ellas por ofrecer la mejor y más llamativa decoración navideña. Era todo un espectáculo de luz y de color.

Pasaron junto a una joyería y Adrien se detuvo a mirar el escaparate. Daniela se fijó en el nombre que había grabado en la puerta: Versus.

Adrien, que la llevaba cogida de la mano, se acercó a su oído para decirle:

—Tengo que saludar a unas personas. Será un momento, ¿me acompañas?

Llamó al timbre. Tras una breve espera, se escuchó un sonido vibrante que les invitó a empujar la puerta. Daniela le siguió hasta el interior del establecimiento. Un amplio espacio lleno de luz. Las paredes y el suelo de color blanco polar contrastaban con el color plateado y negro de las estanterías y armarios. Tras el lujoso mostrador, en forma de luna, se encontraban dos dependientas vestidas de forma impecable. Ambas sonrieron al hombre que acababa de entrar.

Adrien saludó a las dos mujeres estrechándoles la mano. Presentó a Daniela como una amiga.

Se acercó a una vitrina que colgaba de una de las paredes e inmediatamente las dos mujeres le siguieron. A pesar de su sonrisa, parecían algo intimidadas con la visita. Se deshicieron en elogios hablando de algo relacionado con una nueva colección.

Daniela se apartó discretamente y paseó por la tienda admirando las piezas tan maravillosas que lucían sus vitrinas, pero en ningún momento dejó de escuchar la conversación que mantenían. Todo lo que oía parecía indicar que Adrien no era un directivo de Versus, sino el dueño de la empresa.

En realidad, no sabía nada de su trabajo. El día que la entrevistó supuso que ocupaba un cargo importante, pero nadie se lo aclaró ni antes ni durante la entrevista, y la verdad es que ella tampoco se molestó en saberlo.

No le costó mucho llegar a la conclusión de que él gozaba de una privilegiada situación económica, aunque por lo visto se había quedado corta.

Adrien continuó con sus explicaciones durante al menos diez minutos más. Cuando terminó, se acercó a Daniela y le dio la mano ante la mirada curiosa de las dos mujeres. Antes de salir, una de ellas le preguntó por su madre. Adrien le dijo que estaba encantada con su nueva vida y se despidió de ellas. Al salir se detuvo de nuevo frente al escaparate.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dijo Daniela, no muy segura de si debía o no hacerla.

—Claro. Tú dirás.

—¿Eres el dueño de Versus?

—Junto a mi madre. —La miró sorprendido, pensaba que ella ya lo sabía.

—Me lo ha parecido por la conversación que tenías con esas chicas —dijo tímidamente.

—¿No lo sabías? —Se detuvo para mirarla a los ojos, parecía alterada—. Si no recuerdo mal, estuviste en las oficinas para hacer una entrevista.

—No lo sabía. Imaginé que ocupabas algún cargo importante por la forma en que me describiste el tipo de ayudante que necesitabas, pero nadie me lo aclaró con exactitud ni yo

tampoco pregunté. Javier solo me habló de un puesto como secretaria. Me dio una dirección y el nombre de una mujer para que preguntase por ella. Ni siquiera había escuchado el nombre de Versus hasta que estuve allí.

—¿De veras? ¿Nunca habías oído hablar de Versus?

Daniela no se tomó muy bien la expresión de perplejidad en su rostro.

—Es curioso, tuve esta misma conversación con Nico —Su respiración era agitada y su tono de voz de indignación—. Ahora sí la conozco, pero entonces no. No tenía ni idea. En realidad no tenía idea de nada, ¿vale? Mi vida no era precisamente... una vida.

Él se acercó a ella. Daniela tenía la mirada fijada en el suelo y evitaba encontrarse con la suya. Se giró para darle la espalda. La cogió de un brazo obligándola a mirarlo mientras le sostenía la cabeza con un dedo en la barbilla.

—Shhhh, Dani, no pasa nada. ¿Qué importa si lo sabías o no? Es una firma de joyas que lleva muchos años en el mercado y es muy conocida, pero eso no significa que la conozca todo el mundo o que a todo el mundo le interese.

Adrien deseaba abrazarla, pero dedujo que sería más prudente dejarle espacio. Todavía no entendía el motivo por el que ella se había alterado. ¿Qué significaba que su vida no había sido vida? ¿Qué había tras aquella reacción?

—Lo siento mucho —Se llevó las manos a los ojos ocultándolos por un momento. Después le dedicó una sonrisa algo forzada—. Soy una estúpida. No sé qué me ha pasado.

—Olvídalo, ¿de acuerdo?

Ella asintió aceptando la mano que él le ofreció para reanudar el paseo.

Tras un largo e incómodo silencio del que ella se sintió responsable, decidió romperlo.

—¿Tu diseñas las joyas?

Él pareció relajarse con esa pregunta. Lo mejor era entablar una conversación sobre Versus y captar su interés para que olvidase el incidente.

—No. Yo no me encargo del diseño. ¿Te apetece escuchar la historia de Versus?

—Me encantaría.

—Mi bisabuelo reparaba relojes. Mi abuelo heredó el pequeño negocio y decidió fabricarlos. Luego le tocó el turno a mi padre que amplió la fábrica y consiguió darles cierto... prestigio. Cuando se casó con mi madre, continuaron trabajando juntos y decidieron abarcar también el mundo de las joyas. Abrieron una joyería en Toulouse y años después en París. Cuando se divorciaron, mi madre y yo nos vinimos a España. El hermano de mi madre, mi tío, y yo le ayudamos a empezar de cero y cumplir su sueño, que consistía en diseñar y fabricar sus propias joyas. Así nació Versus. Mi tío murió hace cuatro años y a partir de ahí seguimos solos mi madre y yo. Esa es la historia.

—¿Cuántas tiendas tenéis?

—En España hay unos cincuenta puntos de venta. Solo dieciséis son tiendas propias, el resto son franquicias. Fuera de España hay unos diez puntos de venta. El mercado internacional lo estamos trabajando ahora, aunque queda mucho por hacer. La tienda en la que hemos estado es una tienda propia.

—¿En qué consiste tu trabajo?

—En dirigir la empresa. Aunque para ello cuento con un gran equipo.

—¿No te gusta el diseño?

—No, eso no es lo mío. Solo superviso los nuevos diseños y les doy mi aprobación. Mi madre era la que se encargaba de eso. Hace un año se volvió a casar y decidió retirarse. Ahora soy yo el que aprueba las nuevas colecciones. El diseño lo realizan otras personas.

—Entonces, ¿ya no cuentas con nadie de tu familia?

—En cuanto a familia directa, no. Como te he contado, mi tío murió y mi madre ahora vive en París junto a su marido. Viene a menudo a España y siempre se preocupa de ver las nuevas colecciones, no puede evitar dar su opinión e inmiscuirse cuanto puede. De todas formas no estoy solo, cuento con un numeroso equipo y somos una pequeña familia.

—Eso es genial —dijo Daniela sonriendo. Pensó que debía tener una relación estupenda con su madre y eso le hizo envidiarlo—. ¡Fascinante trabajo! Todo el día rodeado de belleza.

—Ahora también lo estoy. —Le guiñó un ojo.

—¡Adulador!

—¿Sabes cuál es la piedra que más me gusta?

—No entiendo mucho de piedras preciosas. ¿El diamante?

—No. Mi preferido es el zafiro.

Daniela no dijo nada. No había visto en toda su vida un zafiro. Seguro que verlo de cerca era todo un espectáculo.

Siguieron paseando por la zona comercial buscando una cafetería para hacer una pequeña parada. Pasaron junto a una exclusiva zapatería y Adrien la sujetó del brazo para que se detuviera a mirar el escaparate.

—Me encantaría verte con unos de esos zapatos. —Le señaló unos de tacón, muy altos.

Ella los observó.

—¿Qué significa eso exactamente? —No le mencionó que al ver los zapatos pensó en que ella había deseado lo mismo muchas veces, hasta lo había incluido en su lista de propósitos.

—Significa que me encantaría regalarte unos zapatos como esos —Le guiñó un ojo—. ¿Aceptas el regalo?

—¿Qué tienes en la cabeza exactamente?

—De todo. Menos cabrearte cuando los lleves puestos.

—Acepto. Quiero ver ese «de todo» que tienes pensado con ellos. Siempre quise subirme a unos como esos.

—¿De verdad? —dijo fingiendo sorpresa—. Y... ¿Por qué nunca te los has puesto?

—Estaba esperando que un capullo, arrogante, esnob, me los regalara. Si me los compraba yo... ¡Restaba emoción!

Entraron en la zapatería con las carcajadas de Adrien. Salieron poco después con una bolsa en la mano cuyo contenido hizo sentir a Daniela muy poderosa al probárselo.

Luego tomaron un pequeño tentempié en una cafetería, para descansar del largo paseo. En ese momento, Adrien recibió una llamada en su móvil y la atendió rápidamente.

—Ahora te toca a ti hablarme de tu trabajo.

—El mío ya lo conoces.

—Esfuérzate un poco —le dijo cogiéndole la nariz con los dedos y dándole un pequeño tirón a modo cariñoso.

—Soy fisioterapeuta y trabajé varios años en un centro de rehabilitación, pero no tiene nada que ver con lo que hago en el balneario. Allí todo está más centrado en el masaje.

—¿Te gusta lo que haces en el balneario?

—Es un buen trabajo. Estoy bien.

—Cuando te conocí en Madrid, me dio la impresión de que no te interesaba mucho la fisioterapia.

—No es una profesión que escogiese por vocación.

—Entonces, ¿por qué la escogiste?

—Digamos que escogieron por mí. Parecía la mejor opción y la acepté —Hizo una pausa—. ¿Podemos cambiar de tema?

—¡Claro! —La miró con interés. Eran muchos los temas que evitaba y le incomodaban.

Salieron de la cafetería y se dirigieron de nuevo al paseo marítimo. Pasaron un buen rato sentados en un banco contemplando el precioso espectáculo que ofrecía el mar en esa época del año.

El móvil de Daniela rompió el silencio. Ella lo observó y decidió contestar. Era Sam, su compañero.

—Hola, guapísima.

—Hola, Sam —le dijo, entusiasmada.

—Sé que es tu día libre y no quiero molestarte, pero necesito preguntarte si vendrás a la cena que haremos mañana por la noche. Me dijiste que vendrías, pero de eso hace ya varios días y quería confirmarlo. Seremos solo unos pocos compañeros, los que no trabajamos por la noche. Lo pasaremos bien.

—Sí, claro, ya me acordaba. Allí estaré.

—Muy bien, guapísima. Hablamos mañana y te cuento los detalles.

Colgó el teléfono y sonrió. Sam era un encanto. Aparte de Ana, él y Julia podían considerarse sus amigos. Sam era un terapeuta magnífico y se encargaba de todas las terapias orientales. Era muy bueno en su trabajo, lo había comprobado personalmente. Sam tenía un físico impresionante. Trabajaba mucho sus músculos y tenía un cuerpo escultural. Un día le confesó a Daniela que era gay. Eso la sorprendió, más por el hecho de que le contase algo tan privado como lo que le contó en sí. Le explicó que tenía un «amigo especial», pero que por diferentes circunstancias no podían verse tanto como querían.

—¿Quién es Sam? —preguntó un Adrien más que intrigado por la sonrisa de satisfacción de ella.

—¿Estamos cotillas hoy?

—Ya te dije que era muy cotilla.

—Sam es un compañero. Me ha llamado para confirmar mi asistencia a una cena.

—¿Te ha invitado a cenar? ¿Le has dicho que sí?

—Eso he hecho —dijo esforzándose por parecer despreocupada. Adrien parecía molesto con la llamada. No tenía mucho sentido que ninguno de los dos mostrase ese tipo de reacciones. No eran una pareja. En cualquier caso, fueran lo que fueran, tenía los días contados.

—¿Te gusta? —No se molestó en disimular su malestar.

—Me encanta. Hace unos masajes orientales increíbles. Deberías probarlo.

—Me gustan más los que haces tú. La verdad es que no me atrae mucho la idea de un hombre tocándome por todo el cuerpo.

—Eso es muy anticuado, señor Feraud. Pensaba que tenía una mente más abierta.

—No sé si es anticuado, señorita sabelotodo, pero prefiero las manos de una mujer —Le cogió una mano y se la besó—. Preferiblemente estas... benditas manos.

Adrien seguía incomodó con la llamada de aquel hombre. Ella parecía entusiasmada con aquella cita y no se había molestado en ocultarlo. Por otro lado, tampoco parecía tener mucha intención de darle ninguna explicación, ¿tenía que hacerlo? De nuevo aquel torbellino de emociones contradictorias a las que no acababa de acostumbrarse.

—Tú te lo pierdes. Es muy bueno en su trabajo.

—Ya que te gusta tanto, deberías decirle que te dé uno de esos fantásticos masajes a ti, si es que no lo ha hecho ya.

—Sí, claro que lo ha hecho. Por eso sé que es tan bueno. —Cómo se estaba divirtiendo con esta conversación.

—¿Así que hoy me dejas plantado para ir a cenar con un hombre llamado Sam que hace unos masajes fantásticos?

Ella contuvo una carcajada.

—Para empezar, la cena es mañana por Nochebuena. Algunos compañeros no pueden estar con sus familias y se reúnen entre ellos. Lo que voy a añadir igual está fuera de contexto, pero me ha parecido oportuno aclararte que Sam es gay.

Él la miró y se echó a reír.

—Nada de fuera de contexto, señorita. Te agradezco mucho la aclaración.

Ambos siguieron sonriendo un rato más. Ninguno quiso añadir nada más sobre ese tema. Sin duda se enfrentarían a él por separado. Adrien reflexionaría sobre el motivo por el que le había molestado tanto su supuesta cita y Daniela sobre el motivo por el que había disfrutado tanto al ver su reacción.

—¿Vas a pasar aquí la Nochebuena? —le preguntó ella. Era la primera vez que le preguntaba sobre sus planes o sobre algo que estuviera relacionado con el día de su partida.

—Sí, mañana estaré aquí. Siempre paso la Navidad con mi madre y mis amigos, pero este año mi madre está disfrutando de un viaje. El día de Navidad vendrán mis amigos. La llamada que he recibido antes era para confirmármelo. Fue idea de ellos que viniera aquí. Un regalo.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué un balneario?

—Creo que te lo mencioné una vez. Últimamente estaba muy estresado por el ritmo de trabajo. Siempre de mal humor. Más o menos en un estado de ansiedad constante. Creyeron que un viaje para descansar y desconectar sería bueno para mí. Les costó convencerme, pero finalmente acepté. —No mencionó que aquel estrés acabó por provocarle un amago de infarto que le llevó varios días a un hospital.

—¿Así que cansado, estresado y de mal humor? No mencionaste eso en la entrevista. Deberías haberlo dicho, hubiera salido aún más rápido de lo que lo hice. Veo que no me perdí nada bueno.

—Señorita listilla —La cogió y la colocó en su regazo—. Igual el malhumor se generó después de que una preciosidad de ojos grises que vino a hacer una entrevista se marchara corriendo sin dejarme ni siquiera terminarla. Eso y que no atendió las llamadas que le hice después.

Daniela sonrió.

—¿Has dicho preciosidad? No es eso lo que me llamaste aquel día —El recuerdo le puso de mal humor—. ¡Un momento! ¿Me llamaste después?

—Sí, lo hice, pero solo escuché tu contestador. Probé un par de veces.

—Mi móvil sufrió un percance cuando salí de tu oficina y estuve varios días sin él. Utilicé un número provisional, pero al final opté por quedármelo. ¿Para qué me llamaste?

—Te fuiste como alma que lleva el diablo. Ni siquiera te dije si el puesto era tuyo.

—Serás capullo, arrogante, esnob y... todo lo peor que se pueda ser. Me hiciste sentir como un cubo de basura andante. Te metiste con mi imagen y me dijiste que no querías a una fisioterapeuta que pudiera marcharse en cualquier momento. Luego me soltaste la grosería de las bragas y... —Lo miró indignada—. ¿Qué pretendías? ¿Qué me quedase allí para que te dieras el gustazo de humillarme más?

—Un momento, señorita orgullosa. Lo de las bragas negras te lo dije cuando ya habías decidido marcharte y no te dije que fueses un cubo de basura, solo que tu imagen no era la más adecuada para una...



Daniela le interrumpió con un beso ante el que él no pudo evitar derretirse.

—No importa. Por favor, dejemos esta estúpida discusión. Tengo un recuerdo horrible de aquel día.

No insistió más en el tema. Que Daniela tuviese un mal recuerdo de aquel día podía entenderlo, pero aun así le afectó que ella se lo confesara. Para él había sido distinto. Aquel día había significado para él mucho más de lo que ella creería, aunque se lo confesara.

Aquella entrevista le había hecho observar a su alrededor para llegar a la conclusión de que no era del todo feliz. El problema fue que no supo canalizar ese descubrimiento y erróneamente se dedicó a llevar un ritmo de trabajo frenético pensando que así se olvidaría del tema. Aunque bien mirado, todo eso lo había llevado hasta Daniela.

Reanudaron el camino hacia el coche dando por finalizada la visita a aquella preciosa ciudad. Una llamada de Ana rompió el silencio que se había creado de nuevo entre ellos.

—Hola, Ana —dijo Daniela con desgana.

—No he sabido nada de ti en todo el día.

—He estado fuera.

—¿Fuera? Supongo que has estado con tu chico misterioso.

—Supones bien.

—¿Y a qué hora volverás? Había pensado pasarme por tu casa.

—Llegaré tarde, tendrá que ser otro día. —No le dijo que estaban a punto de llegar.

—¿Sabes, Daniela? Empiezo a hartarme de tanto misterio, pensé que éramos amigas. Estoy empezando a pensar que todo eso de que sales con alguien te lo estás inventando.

—Adiós, Ana —Le colgó. En otras circunstancias seguramente le habría dicho cuatro cosas, pero estaba junto a Adrien y no le gustaba la idea de que escuchara esa conversación.

—¿Estás bien? —le preguntó Adrien. Parecía enfadada.

—Sí. Todo bien. Mi amiga Ana estaba intrigada por lo que estaba haciendo y con quien. También quería saber a qué hora llegaría a casa. Como no le he contado nada, se ha molestado.

—¿Y por qué no le has contado nada?

—Porque no es una persona con la que se pueda hablar. Siempre encuentra alguna excusa para meterse en donde no la llaman y regalarte sus maravillosos consejos, aunque no se los pidas nunca. No suele respetar el espacio de nadie y se permite el lujo de hacer comentarios desagradables con el lema de «ya sabes que yo soy muy sincera».

—Me dijiste que ella y Nico eran lo más parecido a unos hermanos que tenías.

—No te digo que no la quiera, hace mil años que la conozco. Tiene muchas cosas buenas, aunque también tiene un lado que me saca de quicio e intento evitar. Discutimos muchas veces.

—No me gusta esa mujer. No solo por lo que me estás contando. La he tratado alguna vez y... no es que me haya molestado algo en concreto, pero... ¡No me gusta!

Ella guardó silencio, sin querer entrar en más detalles. No le apetecía demasiado hablar de Ana, y mucho menos con él. Sabía el efecto que su amiga producía en algunas personas y, en cierto modo, lamentó que Adrien fuera también una de ellas. No tenía por qué afectarle; al fin y al cabo, él no iba a estar el suficiente tiempo en su vida como para que Ana fuese un problema, pero aun así le afectó.

Cuando llegaron a la puerta de su casa, paró el coche delante del portal, justo en el mismo lugar donde la había recogido el día anterior. Antes de que ella pudiera bajarse, hizo unas maniobras de aparcamiento. Se bajó del coche y le abrió la puerta. La cogió por la cintura y la acompañó al portal.

Ella se volvió con intención de despedirse.

—¿No me invitas a tu casa? Quiero dormir contigo.

Daniela parpadeó, sorprendida. No esperaba que Adrien quisiera pasar la noche con ella de nuevo, y menos en su casa.

—No creo que se sienta muy cómodo en mi casa, señor Feraud, no dispongo de los lujos a los que está acostumbrado.

—No necesito lujos, señorita sabelotodo, solo quiero estar contigo. Me da igual cómo sea tu casa, aunque también debo reconocer que tengo curiosidad.

Ella lo miró dudando si dejarlo subir o no. Antes de que se decidiera a decir algo, él la besó de una forma apasionada.

—Eso es coacción —le dijo Daniela fingiendo estar enfadada

—Eso es una forma de decirte lo que te vas a perder si no me dejas entrar en tu casa.

—Lo que yo decía... ¡Coacción!

Sonrió y abrió con llave el portal. Juntos subieron al segundo piso, donde ella vivía.

Ana no podía creerse que le hubiera colgado el teléfono. Ni siquiera pudo decirle que estaba en la puerta de su casa dispuesta a esperarla.

La actitud de Daniela no le gustaba en absoluto. Odiaba que estuviese tan enigmática. Parecía haber olvidado todo lo que había hecho por ella. Para empezar, le había conseguido un trabajo en el balneario y se ocupó de ella cuando llegó. Daba pena verla. No quería salir a ningún sitio. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Siempre con el mismo discurso: «necesito tiempo para adaptarme a todos estos cambios».

En alguna ocasión, la había tenido que sacar a empujones de casa, para que tuviera algo de vida social. ¿Cómo podía ser tan desagradecida? Le había ofrecido su casa y había tenido que soportar sus continuas manías con la limpieza. No había sido fácil soportar sus sermoncitos. No se daba cuenta de que el problema lo tenía ella. Siempre obsesionada por tenerlo todo impecable. La vida tenía otras prioridades y no había forma de que lo entendiese. De haberlo sabido, no le hubiera ofrecido su casa. La muy desagradecida se buscó un piso a escondidas y se fue sin más diciéndole que la convivencia no era buena. ¿Qué sabría ella de convivencia?

La Daniela que ella recordaba de hacía muchos años no era tan aburrida como ahora. Claro que la vida que había llevado cuidando de su abuela era para convertir a cualquiera en una roca. Pero eso se lo había buscado ella solita. ¿A quién se le ocurría pasarse años y años cuidando a aquella bruja antipática?

Se arrepentía tanto de haberle ofrecido ese trabajo... Su llegada solo le había traído problemas. Eloy siempre estaba pendiente de ella, de lo contrario, estaba segura que habría conseguido conquistar a su jefe. Parecía una mosquita muerta, pero a saber cómo se las había ingeniado para alentar tanto interés por parte de Eloy. Ella siempre le decía que no estaba interesada, pero después de la vida que había llevado seguro que se sentía elogiada con el interés de Eloy y contribuía más de una vez a avivar esa llama.

Y para rematar el asunto, se negaba a hablarle de alguien con quien supuestamente llevaba varios días saliendo. No creía que fuese real. El día que le sugirió que debía tener alguna aventura, pareció muy molesta. Seguramente ideó un plan y ahora pretendía engañarla con un hombre misterioso.

Se estaba alejando de la casa de Daniela cuando le llamó la atención un coche que paraba justo delante. Se detuvo un momento para mirar. Un hombre salió del coche y se dirigió al lado opuesto para abrir la puerta de su acompañante. Vio bajar a Daniela. La curiosidad hizo que se ocultara tras unos arbustos. No le costó reconocer al hombre que estaba junto a ella. No recordaba su nombre, pero lo había visto varias veces en el hotel. Se había mostrado más amable de lo habitual con él, pero este la había ignorado completamente. Se había limitado a darle las gracias y ni siquiera lo había hecho mirándola a los ojos. Era el dueño de las joyerías Versus, se lo había dicho su compañera. Era guapo, rico y soltero. ¡Todo un partido!

Oculto tras los arbustos, observó cómo la besaba. Esa imagen le produjo una punzada de dolor en el estómago. ¿Por qué se fijaban los hombres en una mujer como ella? Ese hombre le quedaba grande a su amiga. Ella había intentado acercarse a él, pero no le había prestado la más mínima atención. Ella merecía estar con un hombre como él, y no Daniela.

Le llamó la atención que entraran en el portal. Y desaparecieran.

Ya había tenido suficiente. Se dirigió al coche que tenía aparcado muy cerca de allí, completamente indignada y furiosa.

Una idea empezó a cobrar forma dentro de su cabeza. Tenía que llegar a casa rápidamente y acabar de moldearla. Lo que estaba claro era que las cosas tenían que empezar a cambiar.

Adrien se sorprendió del lugar donde vivía Daniela. Le pareció demasiado pequeño incluso para una sola persona. No debía de tener más de cincuenta metros cuadrados. Tenía todo lo necesario para cubrir las necesidades básicas: un baño, un salón con cocina americana y un dormitorio. Todo perfectamente ordenado y limpio.

La decoración era prácticamente inexistente a excepción de unas fotografías que adornaban una pequeña librería.

Daniela le invitó a ver el pequeño piso por su cuenta. Tardó un minuto escaso en hacerlo. No pudo imaginarse viviendo allí, y por un momento tampoco le gustó la idea de que ella lo hiciera.

Le ofreció una copa de vino.

—Es un gran vino —dijo Adrien.

—¿Te sorprende? —preguntó ella.

—Solo era una observación —le contestó a la defensiva.

—Me lo regaló un paciente. A decir verdad, me regaló varias cajas.

—Un paciente muy agradecido. ¿Por algo en especial?

—Por mis benditas manos...

—Sin duda debe estar encantado con ellas. Una caja de este vino vale mucho dinero. ¿Quería algo más que tus benditas manos, en horario laboral?

Daniela se echó a reír.

—Quería agradecer que mis manos fueran capaces de aliviar algunos de los dolores que sufre su cuerpo de 88 años. Lo del vino, aparte de merecerlo, se lo puede permitir entre otras cosas porque es el dueño de las bodegas —Le sacó la lengua—. Lo tenía reservado para una ocasión especial.

—¿Y esta lo es? —dijo complacido con la explicación.

—No, pero no tenía nada mejor que ofrecerte. Ha sido una visita inesperada. —Sonrió al ver la cara de decepción que no pudo ocultar.

Él dibujó media sonrisa. Sabía que había una provocación tras aquellas palabras.

—¿Vives en Madrid? —le preguntó para cambiar el tema.

—Sí, claro.

—¿En un piso o en una casa?

—En un piso cerca de la oficina. Tengo una casa en las afueras de Madrid. Es de mi madre, pero no suelo ir mucho. Algún fin de semana. Es un barrio tranquilo y la casa es bonita.

—Tu piso... ¿Se parece al mío? ¿Es más grande o más pequeño? —Aunque lo intentó no pudo aguantar la risa.

Él no le contesto, pero se contagió de su risa. Le gustaba la naturalidad de Daniela. Podría haberse sentido cohibida al mostrarle una vivienda tan sencilla y diminuta, pero parecía orgullosa de ella.

—Te parece muy pequeño, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque has puesto la misma cara que pone Nico cuando se sube a un ascensor. Tiene claustrofobia. Es una expresión muy peculiar, como si tuviese miedo que le aplastasen las paredes. Y tú... señor esnob, has puesto exactamente la misma cara.

—Pues te equivocas —mintió—. Lo único que me ha sorprendido es que apenas tienes objetos para decorar. Mi casa tampoco tiene, pero en la de una mujer no es lo más habitual.

—Eso es porque llevo pocos días viviendo aquí. Además, tampoco me voy a molestar en llenarlo de objetos, no sé exactamente el tiempo que estaré.

—¿Llevas pocos días?

—Sí. Cuando llegué me fui a vivir con Ana. Se ofreció y me pareció buena idea. No sabía si estaría mucho tiempo.

—¿Por qué te fuiste?

—Digamos que Ana tenía una forma peculiar de cuidar el espacio.

—¿Qué quieres decir con cuidar el espacio?

—Era yo la que se ocupaba absolutamente de todo y, aunque no me importaba, siempre acabábamos discutiendo porque no era capaz de respetar el trabajo de los demás.

—Entiendo. Tu amiga es un buen partido.

—Debiste invitarla a ella a cenar en vez de a mí.

—Nunca se me hubiera ocurrido, aunque por lo que he podido ver con mis ojos, de haberlo hecho estoy seguro que habría aceptado.

Daniela no hizo ningún comentario. Se dirigió al sofá intentando que así se acabase el tema. No quería preguntarle exactamente a qué se refería, se hacía una idea. La había visto actuar muchas veces y sabía que podía ser muy atrevida y descarada cuando se lo proponía. Le dolía admitir algo así de una persona que quería tanto, pero había sido testigo de algunas situaciones que incluso la habían avergonzado. Decía que estaba enamorada de Eloy, pero en el fondo ella sabía que eso solo era un capricho más. Si cualquier cliente adinerado del hotel le ofrecía la mano, ella no dudaría en aceptarla. Seguro que Adrien había llamado su atención, entre otras cosas porque era un hombre atractivo.

Daniela se sentó en el sofá esperando que él la siguiera, pero no fue así. Se acercó a la librería para mirar las fotos que la decoraban. En las dos aparecía ella, en una con un hombre más mayor y en otra con Nico. Lo reconoció enseguida, aunque era algo más joven.

—¿Quién es este hombre? —le preguntó señalando con el dedo.

—Mi tío Matt —Hizo una pausa esperando que él le preguntase algo más. Se sintió aliviada de que no lo hiciera—. Si has terminado de curiosarse, podrías venir al sofá.

—Podría, pero ¿cuál es la oferta exactamente?

—Déjame pensar... —Se frotó la barbilla fijando la vista en el suelo—. Si te acercas dejaré que me beses y... dejaré que me desnudes.

Él se acercó lentamente y se sentó a su lado. Tras mirarla unos segundos, le susurró al oído:

—¿Y también dejarás que te folle?

Ella sonrió provocativamente.

—Eso me ha llegado al corazón. Si me dices cosas tan dulces, tiernas y románticas, conseguirás que me derrita. Acabaré locamente enamorada de ti —dijo sin pensar. Su sonrisa se fue desvaneciendo al ver la expresión incómoda de Adrien. Tras un silencio eterno, él se decidió a romperlo.

—No lo había pensado, pero debería ir a buscar algo de ropa.

—¡Oh! Claro, a mí tampoco se me había ocurrido. —De haber podido habría desaparecido con un chasquido de dedos.

—Aprovecharé y me daré una ducha. De camino encargaré algo de cena. Vendré en una hora aproximadamente.

—Claro. Yo también aprovecharé para darme una ducha y cambiarme.

Él se dirigió a la salida. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta. ¿Volvería tal y como le había dicho? Seguramente se lo pensaría mejor y le llamaría para darle alguna excusa. Había utilizado una palabra que por lo visto a él le había afectado bastante. Todo lo que se habían acercado en los dos últimos días se había roto en unos segundos, con una simple e insignificante frase.

—Enamorarse —repitió en voz alta.

Arrepentida y en cierto modo avergonzada, se dirigió a su minúsculo baño. Necesitaba que el agua caliente borrara aquella amarga sensación.

De camino al balneario, Adrien no paró de darle vueltas a su propia reacción. Durante aquellos seis días había disfrutado de todos los momentos que había pasado junto a ella. Daniela conseguía que se olvidara del mundo al que se enfrentaba a diario. Le gustaba estar con ella. Sin embargo, cuando escuchó esas palabras parecía que le habían arrojado una jarra de agua helada por la cabeza.

Hasta ese momento no le había resultado muy complicado evitar analizar lo que sentía cuando estaba con ella. Apartar los pensamientos y negarse a analizarlos ya era parte de la rutina de los últimos días. De esa forma no tenía que enfrentarse a cuestiones que le podían llevar a algún lugar donde ni siquiera sabía si estaba preparado para entrar.

Pero al escuchar de sus labios la posibilidad de enamorarse de él, había sentido una mezcla de sentimientos a los que no se les podía encontrar sentido alguno. Por un lado terror y por otro alivio.

Él nunca pensó en llegar más lejos con ella. Su viaje era un paréntesis en su rutina, del que se disponía disfrutar. Cierto era que en aquellos días había experimentado sentimientos que desconocía, pero era mucho más sencillo no enfrentarse a ellos.

¿A quién quería engañar? La única verdad era que aquella mujer le había traspasado de todas la maneras.

¡No! No podía seguir por ese camino. Prefería seguir como estaba y no plantearse la pregunta que llevaba tantos días evitando hacerse: ¿Y después qué?

Quedaban tan solo unos días para que regresara a Madrid. Lo más sensato sería disfrutarlos con ella. Si algo tenía claro era que no quería renunciar a ella durante su estancia. ¿Qué pensaría ella? Estaba bromeando cuando había comentado la posibilidad de enamorarse. En ningún momento, Daniela le habló de algo más. Ni siquiera le preguntó cuándo regresaba a Madrid.

No debía darle más vueltas, solo conseguiría llegar a un callejón sin salida. Viviría el momento con ella y después retomaría su vida.

Se convenció en una parte de ello, pero había otra que le decía que solo estaba engañándose un poquito más a sí mismo.

La noche fue mucho más tranquila de lo que ambos pensaron. Ninguno sacó el tema que antes había creado tensión y evitaron hablar de cualquier cosa que pudiera acabar de la misma forma.

Tal como había quedado, Adrien apareció una hora después con la cena repartida en varias bolsas. La había encargado en el hotel mientras se duchaba y cambiaba de ropa.

Tras saborear la comida, se dirigieron a la cama. Adrien bromeó con el tamaño de la misma y Daniela se burló todo lo que pudo de él, centrándose en su faceta «de niño rico arrogante».

Durmieron abrazados tras una sesión breve pero intensa de sexo. Sucumbieron al deseo bajo las sábanas hasta quedar saciados y agotados. Terminaron abrazados y en silencio.

Adrien se despertó con un sonido que no logró identificar. Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba en casa de Daniela. Ella, completamente dormida, respiraba con dificultad, estaba muy angustiada. Seguramente sería una pesadilla. La acarició suavemente para despertarla.

—¡Dani, despierta! Tienes una pesadilla.

Ella se sobresaltó. Emitió un pequeño grito y se incorporó bruscamente mientras su respiración continuaba descontrolada. Parecía que el corazón iba a salirse del pecho. La abrazó rápidamente intentando calmarla.

—Tranquila, no pasa nada. Es solo un sueño.

Al principio luchó por deshacerse de su abrazo, pero acabó cediendo y refugiándose en sus brazos. Antes de hacerlo, la escuchó maldiciendo algo sobre un cuadro.

Le cogió la cara. Parecía ausente como si aún no estuviera despierta del todo y siguiera perdida en lo que fuera que había soñado.

—Dani, ya ha pasado.

Tras un largo silencio en el que ella recuperó la calma, Adrien le preguntó:

—¿A qué te refieres con «un cuadro»?

Ella le miró asustada, como si no hubiera sido consciente de haber pronunciado aquellas palabras. Le sobrecogió ver aquel terror en su mirada.

—Cuéntamelo, Dani. ¿Qué estabas soñando?

—Lo siento, solo ha sido una pesadilla. No... no es la primera vez.

—¿Qué quieres decir, que tienes pesadillas a menudo o que siempre es la misma?

—Es la misma, pero por favor, no quiero hablar del tema.

—¡Está bien! —dijo, decepcionado. Hubiera dado cualquier cosa porque ella se lo contara y confiara en él—. Vuelve a dormir. Si quieres hablar, estoy aquí.

Ella se deshizo de todo contacto con él y se dio la vuelta.

Adrien tardó en conciliar el sueño. Ella había mencionado un cuadro. Recordó su reacción en el despacho y la vez que le preguntó por él. No quiso hablar del tema, igual que en ese momento. Su mente seguía dando vueltas. No era una simple pesadilla. En su despacho había reaccionado con la misma expresión de terror. De repente visualizó un fragmento del papel que tan celosamente conservaba. Sus propósitos.

«Visitar el museo donde se encuentre el “maldito cuadro”», recordó.

Había leído tantas veces aquel papel que casi se lo sabía de memoria, aunque nunca le dio demasiada importancia a ese punto. ¿Un cuadro? ¿Sería el mismo que vio en su despacho? Era un cuadro muy conocido, él lo había visto infinidad de veces. Tenía que averiguarlo. Tenía que



conseguir que ella confiase en él. En ese momento deseaba ayudarla y protegerla y hacer cualquier cosa porque estuviera bien. Le importaba aquella mujer, le importaba... demasiado.

Al día siguiente, Daniela se levantó con el sonido del despertador. La imagen de Adrien a su lado, en su casa, le hizo sonreír.

¿Cuántas veces más podría contemplar aquella escena? La respuesta no la conocía con exactitud, pero sabía que solo podrían ser unos pocos días más. Le dolió, le entristeció. Desapareció su sonrisa.

Adrien se despertó y la vio en el borde de la cama mirándolo. La observó. Estaba vestida.

—¿Por qué no me has despertado? —le dijo, sorprendido.

—Porque tú no tienes que ir al trabajo.

Salió dando un salto de la cama.

—Dame cinco minutos. Te llevo.

—No es necesario. Puedes irte cuando quieras. Me iré caminando tranquilamente como cada mañana. Además, sabes que no es muy prudente que me lleves y nos vean.

—Te dejaré cerca. Dame cinco puñeteros minutos. Yo también tengo algo importante que hacer a primera hora.

Parecía de malhumor, así que no insistió.

Unos minutos después, apareció aseado y vestido. Entró como un huracán en el salón.

—¡Eh, tranquilo! Hay tiempo de sobra. Desayuna algo y nos vamos —le dijo ella evitando reírse.

—¿Seguro?

Ella asintió y le indicó con la mano que se sentase.

Le sirvió un café y le acercó una bandeja de cruasanes recién hechos.

—¿Los has hecho tú?

—Los he horneado yo. De la elaboración se encarga un horno que hay en el pueblo.

Devoró el contenido de la bandeja, llena a rebosar, y se bebió el café.

—Gracias, me ha encantado el desayuno. Te lo agradezco porque ahora tengo cosas importantes que hacer y así no pierdo tiempo.

Ella no preguntó. Imaginó que era algo relacionado con su trabajo, aunque no entendía por qué no podía pararse unos minutos a desayunar.

Ninguno de los dos comentó el incidente de la noche. Ella no quería darle explicaciones sobre un tema tan complejo como el del cuadro y él no quería enfrentarse de nuevo a su falta de confianza.

La dejó cerca del balneario para que nadie los viera llegar juntos.

Daniela entró en el edificio de Terapias. Encontró a Julia hablando con Eloy. Les dio los buenos días y Julia le entregó su lista de pacientes. Aprovechó para preguntarle si asistiría a la cena. Daniela se echó a reír al ver la alegría que había mostrado Julia al confirmar su asistencia. Siguió su camino.

Comprobó que su agenda estaba bastante vacía y que su último paciente lo tenía a las cinco de la tarde. Habían avisado a los clientes del hotel de que ese día el horario de terapias se reducía con motivo de la cena de Nochebuena. Ella tenía suerte de poder hacerlo. No era así para los empleados del restaurante o del hotel.

Julia le informó que el primer paciente llegaba con retraso y que debía esperar.

Se preparó un café aprovechando la espera. Consultó su lista de pacientes para ver el primero.

«Adrien Feraud».

¿Cómo? ¡Increíble! Había concertado una visita y no se lo había dicho. Aquello le hizo sonreír con entusiasmo. A pesar de llevar menos de media hora separados, ya lo echaba de menos.

Encontró a Adrien tumbado en la camilla boca abajo, completamente preparado.

—Buenos días, señor Feraud.

—Buenos días, señorita Kearney.

—¿No pensará que le voy a dar un trato especial, verdad?

—En absoluto. Haga lo que tenga que hacer. Yo solo quiero disfrutar sus benditas manos.

Daniela escogió un aceite de rosas y empezó con el masaje. No quería que se alargase el diálogo. Tenía solo cuarenta minutos para disfrutar de ese cuerpo. Le quitó la toalla y le bajó los bóxers.

—Señorita, está abusando de la confianza de su paciente. Tendré que dar parte de ello.

—Disculpe, señor, prometo comportarme. Es que tiene un trasero... ¡interesante!

Adrien se echó a reír.

Daniela se concentró en el masaje. Esta vez estaba dispuesta a demostrarle que podía hacerle un masaje inolvidable. Masajeó todo su cuerpo consiguiendo que él se relajara por completo.

Una vez demostradas sus habilidades profesionales, decidió dar un giro a la situación. Quería divertirse. Le acarició el trasero mulléndolo como si se tratase de un cojín. Rozó la zona anal ligeramente, consiguiendo que él diera un respingo.

—Señorita, está jugando con fuego... aléjese de esa zona.

—No entiendo bien a lo que se refiere señor. ¿Le he molestado?

Silencio.

Daniela lo engañó durante unos minutos, entregándose al masaje para que disfrutara como nunca y cuando más calmado parecía estar, aprovecho la lubricación de sus dedos por el aceite y le introdujo un dedo en la zona que él había bautizado como peligrosa. Él dio un salto de la camilla maldiciendo. Ella se quedó mirándolo muerta de la risa.

Adrien, totalmente fascinado por el atrevimiento de ella y descolocado por la sensación que le había producido aquella intromisión en su cuerpo, la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí mordiéndole el labio inferior.

—Beso —susurró ella.

—¿Supongo que no te referirás a esos besos que tú consideras sustitutos de una foto?

—Me refiero a eso exactamente.

—¿Y qué pretendes recordar?

Ella echó la cabeza hacia atrás riendo a carcajadas. Él sonrió al captar la escenita que ella pretendía recordar.

«Preciosa y divertida», pensó.

Adrien miró el reloj. Disponía de menos de quince minutos para lo que tenía en mente. La empujó contra la pared y la desnudó rápidamente. Fue sencillo deshacerse de aquel uniforme. La levantó del suelo y le pidió que le rodease la cintura con las piernas. Ella obedeció. La sujetó por el trasero y prácticamente se la comió a besos. Le restregó su erección comprobando que estaba perfectamente preparada y la penetró rápidamente. Ella ahogó un grito en su hombro y poco después sucumbió a aquel torbellino de placer. El olor a deseo reemplazó el aroma a aceites perfumados que inundaban la sala.

Adrien se frotó un dedo en una pierna, untándolo con los restos del aceite. Mientras la sostenía de aquella forma y la embestía con pasión, la invitó a estallar junto a él en un orgasmo. Al mismo tiempo, le introdujo el dedo en el mismo sitio donde ella se lo había introducido a él.

Daniela dio un salto y se aferró a él como si fuese su única forma de sobrevivir ante una catástrofe. El reloj anunció el fin de la sesión, justo a la misma hora en la que los dos alcanzaban el clímax.

La dejó de pie en el suelo, sujetándola y retirando el dedo de la zona de conflicto. Porque seguro que aquello traía algún conflicto.

Ella le miró de una forma que casi consigue derretirlo. De nuevo aquella mezcla de timidez e inseguridad.

—¿Beso? —le preguntó él devolviéndole la provocación de antes.

—Vístete, Adrien Feraud, y desaparece de mi sala de trabajo.

—Se supone que te tienes que ir tú antes que yo.

Daniela asintió de mala gana. Ambos se vistieron rápidamente y antes de que ella saliera por la puerta, él la cogió y la estrechó entre sus brazos.

—¡Feliz Navidad! —le dijo sin expresión alguna.

—¿Cómo?

—Esta noche tienes una cena, y mañana paso el día con mis amigos. Era el mejor momento para decírtelo.

Ella sonrió ocultando su decepción.

—Una lástima tu cena, no te imaginas lo que produce en mí la Navidad. No podré enseñarte las «habilidades» que despiertan en mí estas fechas.

—¿Habilidades? —preguntó fingiendo estar impresionada, para seguirle el juego.

—Sí. ¿Cómo te lo explicaría yo? Hay gente que en esas fechas desarrolla una habilidad especial en la decoración. Mi madre, por ejemplo. Le encanta que llegue la Navidad para hacer que su casa sea un lugar inhabitable lleno de luces y de bolitas de colores —Respiró hondo—. El resto del año no muestra interés alguno. Otras personas desarrollan su habilidad culinaria. En todo el año no son capaces de cocinar; sin embargo, en esas fechas se esmeran en preparar un plato especial de alta gastronomía. Y en mi caso, cuando llega la Navidad desarrollo una habilidad especial para volver loco a una mujer en la cama. ¿Qué te parece?

—Ahora me explico por qué el resto del año no pareces muy... hábil. —Soltó una carcajada.

Él contuvo las ganas de reír a carcajadas. Era un punto para ella, él mismo se había puesto la trampa.

—Has ganado, pero... te lo vas a perder. ¡Feliz Navidad! —Le guiñó un ojo.

—Feliz Navidad —le dijo ella saliendo.

Caminó muy despacio por el pasillo. Todas las imágenes de lo ocurrido en el interior de la sala junto a él, se agolparon en su cabeza. ¿Cuándo volvería a estar con él? Se había comprometido a cenar con sus compañeros y al día siguiente él estaría todo el tiempo con sus amigos. Lo iba a echar tanto de menos...

«Esto va a ser más duro de lo que pensaba», se dijo.

El día pasó con demasiada lentitud. Se cambió rápidamente de ropa. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Cuando se disponía a abandonar el edificio, se encontró con Eloy, que entraba en ese momento. No lo vio y tropezó con él.

—¡Oh!, lo siento —le dijo ella.

—No te preocupes —le tranquilizó con la mejor de sus sonrisas—. ¿Ya te vas?

—Sí, me voy a casa, tengo muchas cosas que hacer —mintió con el propósito de que no la entretuviera demasiado.

—¿Irás a la cena esta noche?

—Sí, no me la perdería por nada. ¿Tú también irás?

—Sí. La verdad es que tenía mis dudas, pero... acabas de ayudarme a decidir. —Le tocó cariñosamente la mejilla. Ella se apartó intentando que no fuera demasiado brusco el movimiento.

—Eloy yo... —Buscó las mejores palabras para decirle que seguía sin tener ningún interés en él, pero no las encontró.

—Daniela, me apetece mucho ir a la cena sabiendo que vas a estar allí.

—Eloy, ya lo hemos hablado alguna vez. No quisiera que...

—Daniela, deja de pensar. Seguro que esta noche lo pasamos bien —Se acercó más a ella y le retiró un mechón de cabello de la oreja para hablarle—. Las normas están a veces para saltárselas y yo encontraré la forma de convencerte de que lo hagas.

Se fue sin esperar una respuesta de ella.

«Dios, este hombre es más idiota de lo que pensaba», se dijo. «A mí me vas a decir cómo saltarse las normas. Si tú supieras...»

Estaba convencida de que no volvería a molestarla después de la última vez que la invitó a cenar. Si no fuese su jefe, le habría dejado el tema tan claro que no hubiera vuelto a intentar lo nunca más, pero le daba miedo que él intentara perjudicarla en su trabajo. ¿Cómo era posible que no lo hubiera captado ya? ¿Qué necesitaba aquel hombre, un cartel de neón con las palabras «no me interesas»? ¿De verdad era tan estúpido que pensaba que el único motivo por el que no salía con él eran las malditas normas del balneario?

Se dirigió a casa intentando no pensar en ese incidente. No le apetecía lo más mínimo ir a esa cena. Eloy seguro que la incomodaba y el hecho de que Ana estuviese allí no arreglaba las cosas. Daniela ignoraba que su amiga había estado observando, escondida, su encuentro con Eloy.

Cuando llegó a su casa, una vecina le llamó la atención para avisarla de que había recogido un paquete para ella. Daniela entró en casa de la anciana. Al parecer el paquete era muy grande y ella no podía manipularlo.

Entró rápidamente en su casa impaciente por ver su contenido. En el exterior del paquete indicaba que procedía de Panamá, por lo que no hizo falta darle vueltas a la cabeza para saber quién lo enviaba. Siempre fiel a su cita. No recordaba una Navidad o un cumpleaños sin recibir un precioso regalo de Matt. En esta ocasión, le envió dos vestidos preciosos diseñados por Viviana, su novia.

Todavía no conocía a Viviana en persona, pero había hablado con ella en alguna ocasión por teléfono. Le gustaba aquella mujer, principalmente porque hacía feliz a su tío. Matt le había prometido que le acompañaría en su próxima visita a España para que pudiera conocerla. Era dueña de un pequeño taller de costura donde confeccionaba sus propios diseños. Con los años y mucho esfuerzo, había conseguido un huequecito en el complicado y competitivo mundo de la moda.

Unas semanas antes, le había llamado para preguntarle sus medidas. Le explicó que algún día le enviaría un vestido diseñado por ella misma, pero no le dijo que sería para Navidad. En alguna ocasión había visitado su página web para conocer su trabajo, pero los diseños que mostraba allí le parecían algo ostentosos. Nada que ver con los que le había enviado. Eran preciosos.

Uno de ellos era sencillo, pero con un toque original, y el otro era más apropiado para una fiesta, pero sin dejar de lado la sencillez y la elegancia.

Los vestidos iban acompañados de una nota escrita a mano en la que ambos le deseaban una Feliz Navidad y le decían lo guapa que estaría con aquellos modelos.

Le gustaba aquella mujer y tenía muchísimas ganas de conocerla. Llevaba dos años saliendo con Matt y este parecía muy feliz a su lado.

Como siempre, sin consultar la hora que pudiera ser en Panamá, se aventuró a llamarlos para

darles las gracias. Aún no se había probado los vestidos, pero fuera cual fuera el resultado le diría que eran preciosos y que le quedaban como un guante. Esperaba que fuese así, ya que sería una lástima no poder lucirlos.

Tras una llamada de veinte minutos a Matt y Viviana, decidió darse una buena ducha y relajarse un poco.

Su móvil interrumpió el breve descanso.

—Hola, cielo —le dijo Nico

—¡Hola, Nico! —Le saludó mostrando su entusiasmo—. Pensaba llamarte luego.

—Ya, eso es lo que se suele decir siempre.

—No seas malo, sabes que iba a hacerlo. Cuéntame qué planes tienes para hoy.

—Esta noche estoy invitado a cenar en casa de los padres de Javier. Se reúne toda la familia y un año más cuentan conmigo. ¿Y tú?

—Esta noche cenaré con algunos de mis compañeros.

—Me han dicho que últimamente estás muy desaparecida.

—¿Desaparecida? —Intentó darle sentido a esas palabras y entonces encontró la fuente de ese comentario—. ¡Ana! ¿Te ha llamado?

—Sí, me llamó ayer y para serte sincero me sobró la llamada. Todo eran quejas sobre ti.

—No sé lo que te habrá dicho, pero no creo que se ajuste mucho a la realidad. Está molesta porque no le he contado nada de mis citas y...

—¡Eh! Tranquila —le interrumpió—. No tienes que decirme nada. Ya sé cómo es Ana y si te sirve de algo no le hice mucho caso. Aparte de darme quejas sobre ti y quedar como una víctima, también pretendía sonsacarme información. Parece muy interesada en saber con quién sales.

—Le dije que ya se lo contaría en su momento. No quiero que me dé uno de sus sermones sobre lo mucho que ella entiende de hombres. Si he sido tan reservada con ella, es porque estoy cansada de sus comentarios, no quiero darle pie a que se crea con derecho a hacerlos continuamente.

—No te preocupes, cielo, ya me encargué de ponerla en su sitio.

Daniela no quiso preguntar cómo lo había hecho. Nico era una persona maravillosa y encantadora, pero podía ser muy duro si se lo proponía. Él también apreciaba mucho a Ana, pero eran muchas las discusiones fuertes que habían tenido y de no ser por Daniela habrían acabado muy mal.

—Bueno, a mí sí que me puedes contar algo de tu chico misterioso.

Daniela le explicó lo que habían hecho los últimos días, omitiendo el detalle de su identidad, por supuesto. Algún día le explicaría quién era, pero no ahora.

—Te veo entusiasmada y eso me encanta. Sea lo que sea, ¡vive el momento!

—Es lo que intento. Dentro de unos días, él se irá y... ¡se habrá acabado el momento mágico!

—Entiendo. Y... cuando llegue ese momento, ¿estarás bien?

—Claro, soy muy consciente de que esto es solo una aventura.

—¿Seguro?

—¿Qué quieres decir?

—Que podrías sentir algo por él.

—No, Nico. Es algo que necesitaba. Estar guapa para una cita, reírme, sexo... Estoy bien, de verdad.

—De acuerdo, ya sabes que siempre estoy aquí por si me necesitas.

Se despidieron con la promesa de hablar en pocos días.

Nico colgó el teléfono convencido de que su amiga no había sido del todo sincera. La conocía

lo suficiente para saber que el hombre con el que se veía últimamente le importaba más de lo que decía. Sabía que Daniela estaba en un momento muy vulnerable. Tenía muchas ansias de vivir y recuperar el tiempo perdido. Esperaba que la aventura con ese hombre no le afectara demasiado, aunque prefería verla sufrir por eso y no por lo que había sufrido en los últimos años.

La echaba de menos, el tiempo que estuvo en Madrid fue un regalo muy corto. Pronto iría a visitarla, necesitaba verla y darle un fuerte abrazo. Para él siempre había sido su hermana y en cierto modo sentía continuamente deseos de protegerla. Ojalá hubiera podido convencerla de que saliera de esa vida mucho antes, pero fue imposible. En cierto modo se sentía culpable. Tendría que haber ido a Barcelona y sacarla de allí como fuera, pero una persona que no quiere ver la realidad es muy difícil hacerla entrar en razón.

En cualquier caso todo aquello había terminado y esperaba poder ver cómo remontaba y salía a la superficie definitivamente.

No había vuelto a tener noticias de Adrien. Todo el día había formado parte de sus pensamientos.

Consultó el reloj. Debería darse prisa si quería estar lista cuando pasara a recogerla Sam. Así lo habían acordado mientras le practicaba un doloroso masaje en la espalda para aliviar las molestias que le producía una pequeña contractura.

Se sintió orgullosa de poder ayudar a un amigo. Hacía mucho tiempo que no trataba a un paciente con una lesión.

Bajó al portal para esperar a Sam, pasaría a recogerla en coche para asistir a la cena. Esta se celebraba en una sala que el balneario había cedido a algunos empleados. Ese año, por ser el primero, ella no se encargaba de organizar nada. Venía a ser algo así como una invitada.

Estrenó el vestido de fiesta que le enviaron Matt y Viviana, así como los zapatos que le regaló Adrien. Le hubiera gustado estrenarlos con él, pero no pudo esperar a hacerlo. El vestido requería un zapato de ese tipo o no hubiera lucido de la misma forma.

Cuando se subió en ellos, sintió un pequeño hormigueo en el vientre. Recordó cuando escribió en su lista de propósitos su deseo de llevar unos zapatos de tacón vertiginoso.

«Deseo cumplido», se dijo.

Ahora solo quedaba ser capaz de dar más de tres pasos seguidos con ellos. Hasta el momento le había resultado fácil, pero tan solo hacía unos minutos que los llevaba puestos.

Mientras esperaba a Sam, pensó en su lista de deseos: vivir sola, llevar esos zapatos, el orgasmo alucinante, el masaje, bailar desnuda, acostarse con un desconocido. Haciendo balance, algo que no había hecho hasta ese momento, se sintió aliviada al comprobar que se habían cumplido muchos de ellos. Algunos podían parecer superficiales, pero para ella habían sido muy importantes. Eran el reflejo de todas las cosas con las que había soñado en un rincón de su habitación mientras escuchaba la atormentada e insoportable respiración de su abuela.

Gran parte de esa lista se había cumplido con la aparición de Adrien en su vida. Él había hecho posible que se hicieran realidad. Incluso el deseo de vivir sin normas. Para estar con él, se había saltado unas cuantas, y recordó los momentos en que le llamaba «señor rompe normas» y una sonrisa bobalicona se quedó dibujada en su rostro.

Despertó de su ensimismamiento cuando Sam se acercó a ella.

—¿En qué planeta estás? —le dijo sonriendo al ver que no había reparado en su presencia a pesar de llevar un par de minutos delante de ella.

—¡Sam! Perdón. Estaba algo pensativa. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Estás preciosa. Me encanta este vestido. —Le cogió una mano y le dio una vuelta completa.

—Yo no haría eso. Estos zapatos no me permiten dar vueltecitas. Solo pasitos y cuantos menos mejor.

Sam se rio a carcajadas al ver las dificultades con las que se movía.

—Me parece increíble cómo os torturáis las mujeres con esos tacones.

Le extendió el brazo para acompañarla al coche y servirle de apoyo.

—No te lo he dicho, pero estás muy guapo con ese traje.

Él le sonrió agradecido por el cumplido.

—¿Cómo está tu espalda?

—Bien, me siento dolorido por la paliza que me has dado, pero estoy mucho mejor.

—¿Paliza? Eres un blando. Mucho musculito, pero...

Ambos se rieron.

Durante el breve trayecto, Danielaladeó la cabeza perdida en sus pensamientos. Antes de llegar al interior del balneario, Sam paró el coche.

—Conozco esa mirada. No es porque la haya visto en ti anteriormente, sino porque yo la utilizo a menudo, sobre todo cuando echo de menos a alguien.

Ella se ruborizó, no se había dado cuenta de que no paraba de pensar en Adrien.

—Lo siento, Sam, es que...

—Si me vas a contar un rollo, mejor no lo hagas. Sé que te estás viendo con un tío. Ana me dijo esta tarde que no sabía si vendrías a la cena porque últimamente estabas muy ocupada con... alguien.

Al ver su expresión de desagrado, Sam le cogió la cara por la barbilla y le dijo:

—Ya sabes cómo es Ana, pero eso ahora no importa. Sé que te pasa algo y sabes que puedes contármelo.

—No me ocurre nada, es solo que... ¡Tienes razón!, le echo de menos, pero no es nada serio, solo una pequeña historia que tiene los días contados.

—Creo que te he entiendo. ¿Está de paso?

Al verla dudar en su respuesta, le cogió la mano y se la frotó cariñosamente.

—Daniela, puedes confiar en mí.

—Sí. Es alguien que se aloja en el balneario. Solo es una aventura, un... ¿Cómo te lo diría? Un, *¿affaire?*

—¿Se ha marchado ya?

—No, aún estará unos días.

—¿Por qué no pasáis esta noche juntos? ¿Tenía otros planes?

—No, lo cierto es que le dije que tenía una cena y no hablamos de nada en concreto.

—Daniela, esta noche me encantaría poder estar con alguien que es muy especial en mi vida. Ya te hablé de él. No podemos estar juntos por muchas razones, pero si hubiera la más mínima posibilidad de poder estar con él, te aseguro que no asistiría a esta cena.

Silencio.

—Pero tú me estás hablando de alguien que forma parte de tu vida. Alguien que no está de paso. Algo más serio.

—De eso no estoy tan seguro. Es una relación complicada.

—¿Por qué?

—No está preparado para mantener una relación conmigo, a menos que nuestros encuentros sean esporádicos y, por supuesto, clandestinos. No tiene valor para decirle al mundo que es gay.

—Quizá necesite tiempo.

—Sí, lo sé, pero ese tiempo nos está haciendo mucho daño. Al menos a mí.

—¿Y os veis poco?

—Sí, muy poco. Hablamos mucho por teléfono. El vive en Madrid. Fue él quien me consiguió este trabajo. A veces pienso que lo hizo con el propósito de mantenerme más alejado, así se reducen las posibilidades de que nos descubran, pero necesitaba el trabajo y no pude negarme. Cuando empezamos a salir, se estaba divorciando de su mujer. Casi han pasado dos años.

—Vaya, cuánto lo siento. ¿No le verás esta Navidad?

—Me dijo que se escaparía un día, pero aún no sé nada.

Daniela pensó en cómo debía sentirse Sam. Antes de que sus pensamientos se fueran



demasiado lejos, él llamó su atención.

—Pero bueno, nos hemos desviado del tema. Tú tienes la oportunidad de estar con él esta noche, y por muy pasajero que sea el rollo que tenéis, no debes dejar escapar esa oportunidad. Vive el presente. ¿Por qué no vas a buscarlo y te olvidas de la cena?

—No sé... quizá tengas razón.

—La tengo. No te preocupes por los compañeros, les diré que te surgió algo en el último momento. Y si por alguna razón se tuerce la noche, me llamas y te paso a buscar.

Llegaron al balneario. Sam le indicó un acceso, que ella no conocía, por el que podía entrar en el hotel sin que la vieran. Se armó de valor intentando no pensar demasiado en la decisión que había tomado. Se despidió de Sam y se dirigió a la suite de Adrien por el camino que le sugirió. Esperaba darle una sorpresa. Para empezar, esperaba encontrarlo y a ser posible solo.

De pie frente a la puerta respiró hondo, intentando relajar los nervios.

Adrien estaba recostado en el sofá. Acababa de hablar con su madre. Se había divertido con ella escuchando todo lo que le explicaba entusiasmada sobre su viaje. La veía feliz y era lo único que le importaba. No le dijo que estaba en el balneario, solo hubiera conseguido preocuparla y era lo último que quería. Su madre le conocía muy bien y no hubiese entendido por qué estaba solo en un balneario desde hacía más de una semana. Le mintió diciéndole que pasaría la noche con sus amigos y eso pareció tranquilizarla. Estaba convencido de que su madre se sentía culpable por separarse de él en Navidad. Era la primera vez que no la pasaban juntos.

Se estiró en el sofá preguntándose qué podría hacer. Estaba muerto de aburrimiento. Aunque el aburrimiento era lo de menos, lo que le hacía sentir incómodo era saber que quedaba una larga noche por delante y no podía estar con ella. Deseaba tenerla cerca. No había sido capaz de comunicarse con ella en todo el día. En realidad no sabía bien qué decirle. Si la llamaba o le enviaba un mensaje, acabaría por intentar convencerla para que se olvidase de su cena y pasara la noche con él.

Si era sincero consigo mismo, debía admitir que nunca en toda su vida había echado de menos a una mujer ni había deseado tanto tenerla entre sus brazos. Admitir aquello le aliviaba. No entendía por qué por un lado era capaz de admitirlo y por otro rechazaba todas las ideas relacionadas con ese tema. Era una lucha para la que no estaba preparado.

Sorprendido por su confesión, se levantó del sofá para servirse una copa y decidir si bajar a cenar al restaurante o pedir la cena, aunque no estaba seguro de si esa noche el servicio funcionaba de la misma manera.

Escuchó unos golpes en la puerta. Intrigado, corrió para ponerse el albornoz. Solo llevaba puestos unos bóxers. Al abrir la puerta supo que esa imagen quedaría grabada por siempre en su memoria. Allí estaba ella, más preciosa que nunca. Se miraron en silencio. Él dejó ver algo de sorpresa en su rostro mientras que ella le dedicó la más dulce de sus sonrisas.

Adrien apoyó un brazo en el marco de la puerta. Daniela rompió el silencio.

—No debiste hablarme de esas «habilidades» tuyas por Navidad. Han hecho que deje a mis compañeros plantados y recorra medio hotel con estos zapatos para plantarme justo aquí.

—¿Has hecho todo eso por mí?

—No, lo he hecho por tus «habilidades».

Él contuvo la risa, que de buena gana hubiera dejado salir en forma de carcajada, pero lo que tenía en mente le impedía hacerlo.

—Debiste avisarme.

—Resta emoción —le dijo ella con media sonrisa.

Adrien giró la cabeza para mirar en el interior de la suite mientras seguía en medio de la

entrada bloqueando el paso.

—Verás, si me hubieras avisado... es que... en este momento... —Bajó la cabeza para darle más realismo a su escena.

Daniela quiso que se la tragara la tierra cuando entendió que él estaba acompañado.

—Oh. Vaya, que estúpida. Debería haberte avisado. —Tragó saliva. No sabía si sería capaz de pronunciar alguna palabra más de forma coherente. Giró sobre sí misma con la clara intención de salir corriendo. Ni siquiera esos zapatos serían capaces de impedirle alcanzar un record de velocidad.

Antes de que emprendiera su carrera, él alargó un brazo y la cogió por la cintura para arrastrarla al interior de la suite. Entonces pudo soltar su reprimida carcajada.

Ella tardó unos segundos en entender que se estaba burlando de ella.

—Estás bebiendo de tu propia medicina. Este tipo de bromas son más de tu estilo.

—Escúchame bien, señor Zafiro —le dijo acercándose a él y golpeándole el pecho con un dedo—. Han sido cuatro segundos, cuatro largos segundos en los que me he sentido tan ridícula que solo quería salir corriendo y desaparecer. Cuatro segundos que pienso cobrarme.

—¿Ya me has puesto otro nombre? —le dijo sin parar de reír. Era encantadora cuando se enfadaba.

Daniela acabó riendo. La tensión empezaba a desaparecer. Cuando él la cogió por la cintura y la besó con tanta ternura, se olvidó de todo.

—Mis «habilidades» están vigentes toda la Navidad. No tenías que perderte la cena por ellas, podíamos haberlo combinado para otro momento. Me siento muy mal de ser el causante de que te pierdas esa cena.

—¿Sabes? Con el numerito que me has hecho en la puerta, me he quedado algo tocada y no estoy muy receptiva. No soy muy capaz de diferenciar si esas irónicas palabras tuyas son una bienvenida tipo A: «me encanta que hayas venido» o tipo B: «me importa poco que lo hayas hecho». Te agradecería que me lo aclarases, aunque eso pisotee mi orgullo, porque sino pensaré que es la opción B y acabaré pronunciando un «vete a la mierda» que llevo reprimiendo un buen rato y me marcharé.

El se echó hacia atrás riendo a carcajadas. La abrazó con fuerza atrayendo su cara hasta su pecho.

—Me encanta que estés aquí. Eres el mejor regalo.

Se besaron en silencio hasta conseguir que el ambiente se llenase de paz, y como no, de deseo.

—En realidad me siento muy halagado de que renunciaras a esa cena para estar conmigo.

—El sacrificio no ha sido tan grande, no soporto las cenas navideñas.

Adrien puso los ojos en blanco.

—Ahora me siento mucho mejor.

Ella sonrió y le besó en la barbilla.

—¿No te gusta la Navidad? —le preguntó él, intrigado.

—No. No me gusta.

—¿Por qué?

—Nunca he encontrado nada especial que celebrar. Tengo algún bonito recuerdo de cuando era una niña, con mis padres y Matt, pero... de eso hace mucho tiempo.

Adrien no le dijo que a él le ocurría exactamente lo mismo. Se sintió muy cerca de ella porque la entendía. Él odiaba la Navidad. Muchas navidades fueron especiales en su vida, pero solo las que vivió en Francia. Cuando sus padres se divorciaron y vino a España con su madre, las navidades resultaron ser demasiado tristes y acabó por detestarlas. Sospechaba que Daniela las

odiaba por motivos distintos, y aunque deseaba que se abriera a él y le hablase de su vida, decidió no presionarla. Sabía que solo obtendría distancia por su parte y se crearía un ambiente tenso que no era necesario.

Adrien cogió el teléfono y dio instrucciones de que sirvieran cena para dos en la habitación.

—Todo arreglado. En un rato traerán la cena. Me ha costado, pero lo he conseguido.

—Me alegro. Estoy hambrienta.

—Yo podría prescindir de la cena, pero mis habilidades necesitan ser alimentadas. Al fin y al cabo, solo has venido por eso y no quisiera defraudarte. —Le guiñó un ojo mientras le sonreía y servía una copa de vino para cada uno.

—No solo he venido por eso. También he venido porque te echaba mucho de menos y porque necesitaba verte. —Su tono ya no era irónico y provocativo. Era sincero. Fueron palabras que pronunció sin pensar, salieron directamente del corazón.

«Error», pensó ella.

Él la miró sin expresión, observándola con sumo interés.

—Vaya, no debería haberte dicho eso. —Lo miró a los ojos buscando algo que la tranquilizase, pero seguía sin haber expresión, aunque sus ojos parecían contener un brillo diferente.

Incómoda, se levantó del sofá.

—¿Por qué crees que no deberías haberlo dicho?

—Ha sido demasiado... ¿profundo?

Se hizo un silencio. Parecía como si una ventana se hubiese abierto dejando entrar el viento helado del exterior y se hubiera repartido por toda la estancia.

Él la había entendido perfectamente y no quiso que se sintiera más incómoda, así que decidió echarle una mano. Dejó las copas a un lado y se acercó a ella abrazándola y besándole el cuello cariñosamente. Le dio un pequeño mordisco que la sobresaltó y le arrancó una media sonrisa.

—Escucha, ya te he entendido. No le des más vueltas. Qué más da lo que parezcan esas palabras, solo son eso: palabras. Ambos sabemos qué estamos haciendo aquí y lo que queremos, así que no hay que ir más lejos.

Ella se alegró al ver cómo él intentaba restarle importancia a la situación. Aun así, hubiera deseado que le dijera que esas palabras eran acertadas, que podía pronunciarlas cuando quisiera porque se ajustaban a la realidad. Le hubiera gustado que le dijera que no estaba equivocada, que aquello era algo profundo... Pero no lo había dicho. ¿De verdad esperaba que lo dijera? Se sintió ingenua e ilusa.

Volvieron al sofá interpretando el mejor papel de sus vidas, que consistía en sonreír intentando demostrar que aquello no tenía importancia alguna para ellos.

Ella se levantó para coger su móvil. Acababa de recordar que no le había comentado nada a Ana. No quería complicar más las cosas entre ellas. Esa misma mañana le había dicho que asistiría a la cena, así que lo mejor sería aclarárselo.

—Tengo que hacer una llamada. No le he dicho a Ana que no asistiría a la cena.

—¿No has avisado de que no irías?

—Sí, se lo dije a Sam. Pero estaría bien que se lo dijera también a Ana.

Marcó su número. Ana respondió rápidamente.

—Hola, Ana. Esta noche me ha surgido algo y no voy a ir a la cena.

—Lo sé, me lo acaba de decir Sam, aunque hubiera estado bien que me lo dijese tú.

«Primer reproche», pensó.

—Lo estoy haciendo ahora, a Sam lo vi primero.

—Está bien, yo no tengo nada que decir, es tu vida. Me hubiera gustado pasar la Nochebuena contigo, pero si no se puede...

«Segundo reproche», pensó, molesta.

—Tenemos muchos momentos para pasar juntas —le dijo algo distante. No quería sucumbir a sus chantajes emocionales.

—Por cierto, esta tarde te vi hablando con Eloy. Me pareció que estaba muy cariñoso contigo. ¿Qué quería?

—¡Ana! No vayas por ahí. Sabes que Eloy no me interesa lo más mínimo. Solo me preguntó si acudiría a la cena.

—No es lo que parecía por su parte.

—Te repito que lo que haga él no es cosa mía, bastante tengo ya con esquivarlo. Sabes perfectamente que me gustaría que las cosas fueran distintas.

Se creó un silencio.

—Está bien, perdona. Ya sé que tú no tienes la culpa de nada, es solo que me gusta mucho y cuando lo veo tontear contigo, lo paso muy mal.

—Yo le he dejado todo bien claro, pero no puedo hacer más. Si no fuera mi jefe, se lo diría de otra forma.

—Lo sé y lo siento, no quería hacerte sentir mal. Bueno, solo me queda desearte que te lo pases muy bien. No te preocupes, no te voy a preguntar nada, no quiero molestarte.

«Tercer reproche», pensó suspirando.

—Ya hablaremos, Ana. Que pases una buena noche. Te llamo mañana.

—De acuerdo, mañana hablamos.

Daniela había hecho lo posible por alejarse lo máximo de Adrien para que no escuchara esa conversación, aunque no lo consiguió.

—¿Todo va bien? —le preguntó al ver su expresión.

—Sí, todo bien. Ana y sus historias.

La cena no tardó en llegar. Charlaron durante toda el rato, disfrutando de ambas cosas.

—¿Quién coño es Eloy?

Ella lo miró sorprendida por esa pregunta.

—Es mi jefe, bueno, el supervisor. También lo es de Ana. Ella está locamente enamorada de él, y él... digamos que no parece tener el mismo interés.

—¿Y tú qué pintas en todo esto?

—Al parecer, está interesado en mí —le dijo, incómoda. No era un tema agradable para ella y mucho menos si tenía que comentarlo con Adrien.

—¿Y el interés es mutuo?

—No, en absoluto —le dijo, enfadada, como si esa pregunta la ofendiera—. Me resulta muy incómodo que él tenga interés en mí cuando Ana está loca por él.

—¿Y ese es el motivo por el que no te gusta ese hombre, porque tu amiga está interesada en él?

—Ese es uno de los cientos de motivos por los que no me interesa ese hombre.

—¿No es tu tipo?

Puso los ojos en blanco. Pensó que si él se fijaba en su expresión de fastidio, daría el tema por acabado y no tendría que hacerlo ella de una forma más brusca, pero no funcionó.

—Por la conversación que he escuchado, ella no lo encaja muy bien, ¿correcto? —Levantó las cejas.

—Supongo que no debe ser agradable que alguien que te guste mucho te ignore. Y si encima

está interesado en tu amiga... —Esbozó una sonrisa forzada.

—¿Y qué hace ese tal Eloy para demostrar su interés por ti?

—No tiene una técnica especial, simplemente me ha invitado a salir varias veces.

—¿Y tú le has dicho que no?

—Muy perspicaz.

—¿Qué es lo que te decía tu amiga exactamente?

—Me vio hablando con él esta tarde y le pareció que él estaba cariñoso conmigo.

El semblante de Adrien se ensombreció y no se molestó en ocultarlo.

—¿Y es cierto?

«¿Está molesto o me lo parece?», se preguntó.

—No, no es del todo cierto. Solo me preguntó si hoy asistiría a la cena. Las conclusiones que haya sacado Ana son cosa suya.

Adrien esperó un tiempo prudencial antes de hablar. Otra vez las malditas contradicciones. Hacía solo un momento le había aclarado que los dos sabían lo que estaban haciendo allí, intentando mostrarse indiferente, y minutos después le sacaba de quicio que ese tal Eloy fuese cariñoso y estuviera interesado en ella. Pero ¿algo tenía sentido en todo eso?

—¿Quieres que te diga lo que opino? —Evidentemente no le diría que le molestaba hablar de un hombre que estaba interesado en ella, sobre todo porque ni él mismo entendía su malestar.

—No.

Él la fulminó con la mirada.

—Muy bien, entonces volvamos al tema anterior. Dime, ¿cuál es tu tipo de hombre?

—¿Qué? —lo miró desconcertada.

—Quiero saber cuál es tu hombre ideal.

—Hoy estamos curiosillos.

—Siempre. Contesta. ¿Cuál es tu tipo?

—Depende para lo que lo quiera.

—Supongamos que para una cena en Nochebuena y una aventura de balneario.

«¿Aventura de balneario? Cada vez es más romántico», pensó ella con ironía.

—Para esas dos cosas me gustan... ¡Un momento! Ya lo sabes, no es necesario que te lo diga.

—Regálame los oídos.

—Muy bien. Pues para una cena en Nochebuena y una aventura de balneario, me gustan capullos, arrogantes, esnobs, con un interés profundo por la fidelidad, que les guste romper normas, adoren los zafiros y sean curiosos.

Él sonrió al ver la descripción que hizo casi sin respirar.

—¿Es el mismo perfil para el hombre de tu vida o solo para aventuras de balneario?

«¿Es una pregunta con trampa?», se dijo.

—De momento, solo he desarrollado un perfil para amantes de balneario. ¿Y cuál es el tuyo, señor Zafiro?

Él sonrió antes de contestar.

—El perfil para amante de balneario es el de una mujer provocativa, con un gran sentido del humor, que en ocasiones se ruborice mostrando su lado más tímido y reservado y otras veces se lance a la piscina, sin comprobar antes si hay agua o no —Se detuvo para acomodarse—. Ingeniosa e inteligente. Receptiva y que provoque en mí un deseo constante e irracional.

—¿Eso es todo? —le preguntó fingiendo poco interés.

—Eso en cuanto a la amante de balneario. En cuanto a la mujer de mi vida, no existe ni me interesa, simplemente no hay perfil.

El cerebro de Daniela fue generoso regalándole la capacidad de emitir una sonrisa a la velocidad de la luz. Gracias a aquel estímulo pudo mirarlo sonriendo sin que se reflejase el dolor que sintió al escuchar esas palabras.

«Gracias cerebro, o estímulos, o sistema nervioso, o lo que coño me haya dado la posibilidad de sonreír y disimular», pensó.

Adrien le brindó el mismo tipo de sonrisa. ¿Por qué había tenido la necesidad de provocarla con aquel comentario innecesario? ¿Quería ver su reacción? ¿Por qué quería ver su expresión cuando él afirmara que no le interesaba el amor? ¿Era decepción lo que vio en su mirada? ¿Era decepción lo que él esperaba ver en su mirada? ¡Maldita sea! ¿Por qué analizaba sus reacciones continuamente?

Como si el tema no fuese con ellos, ambos se levantaron de la mesa dando por concluida la cena.

Ella se sentó en el sofá descalza. Hacía rato que había dejado los zapatos tirados en algún rincón de la suite. Él se sentó a su lado y le ofreció una copa de cava que ella aceptó con muchas ganas.

—Si vuelves a ponerte los zapatos y te quitas el vestido, prometo mostrarte mis habilidades navideñas.

—Para eso he venido, señor Zafiro, ¿lo habías olvidado? —Se levantó y se quitó el vestido sin pestañear dirigiéndose al centro de la suite para subirse de nuevo a los zapatos mágicos—. Lista.

Él la recorrió con la mirada admirando el conjunto de ropa interior que había elegido, así como las medias que lo acompañaban.

—Estás increíblemente apetecible.

—Repítame eso, me encanta escucharlo. Mi ego no es como el tuyo, necesita mimos.

—Te lo repetiré siempre. Estás increíble. Estás increíble. Estás increíble.

Se acercó a ella, le cogió la cara entre sus manos y la besó. Aunque no era la primera vez que lo hacía, su cuerpo reaccionó como si así fuera. Le estaba costando acostumbrarse a todo lo que sentía cuando estaba con ella. Cada vez era más intenso.

La cogió en brazos y la llevó a la cama donde, durante más de una hora, se dedicó a acariciar cada centímetro de su cuerpo y a disfrutar de su sabor. Una hora en la que se empleó a fondo en asegurarse que gritara de placer hasta quedar rendida y vulnerable a sus abrazos. Una hora en la que no pensó, no analizó, no temió.

Daniela se entregó a todas sus caricias, sin ocultar lo que provocaban en ella. Solo quería centrarse en todas las descargas de placer que su cuerpo le regalaba. No había un solo poro de su piel que no hubiera recibido las atenciones de sus manos o de sus labios. Cuando se separó de él, seguía sintiendo todas las caricias, porque por mucho que ella lo negara ese hombre no solo estaba en la superficie, ya había traspasado varias capas.

Se acurrucó en sus brazos y cerró los ojos. Él la observó embelesado.

—Mi madre es una gran amante de la poesía. Yo no, pero ahora al verte me ha venido a la cabeza uno de sus poemas favoritos —Le acarició el cabello—. Es de Pablo Neruda. Solía recitarlo: «Me gusta cuando callas porque estás como ausente».

Ella, con el alma encogida por aquel verso saliendo de su boca, permaneció con los ojos cerrados. Si los abría, dejaría escapar alguna lágrima. Optó por el silencio, en aquel momento era el mejor refugio.

Ana se encontraba en el pequeño salón que habían habilitado para la cena de Nochebuena. Sus compañeras habían acabado su trabajo antes que ella y fueron las que se ocuparon de los preparativos. A esas alturas de la noche, todo estaba listo para la cena a excepción de algunos pequeños imprevistos de última hora que en ese momento trataban de solucionar.

No podía dejar de pensar en la conversación que había mantenido con Daniela. Ese encuentro que había presenciado con Eloy la había tenido alterada todo el día. No pudo escuchar lo que decían, pero la actitud de Eloy hablaba por sí sola. Vio cómo le tocaba la mejilla y cómo le sonreía. Conocía bien a Eloy y su forma de actuar con las personas. Era un hombre más bien reservado, no muy entregado a regalar gestos cariñosos. Era más que evidente que seguía interesado en su amiga. Según la versión de Daniela, solo se había interesado por saber si asistiría o no a la cena. A ella no se lo había preguntado.

Deseaba a aquel hombre como nunca había deseado a nadie y su querida amiga estaba resultando ser un auténtico obstáculo en su camino. Llevaba días dándole vueltas a una idea y cada vez estaba más segura de que la pondría en práctica.

Escuchó al fondo del salón una voz familiar. Eloy acababa de entrar. Estaba guapísimo con su traje a medida. Aquel era nuevo, conocía todos sus trajes. Uno a uno fue saludando a todos sus compañeros hasta llegar a ella, que dejó para el final.

—Buenas noches, Ana. ¿Qué tal te va?

—Buenas noches, Eloy. Estaba terminando de preparar unos adornos para la mesa.

—¿Necesitas ayuda?

—Solo quedan unos cuantos por terminar, pero si te apetece me vendría bien.

«Parece animado», pensó, entusiasmada.

Él se acercó, observando lo que ella hacía con unas velas y unas cuerdas doradas para poder hacer lo mismo.

—¿Falta mucha gente por venir? —le preguntó amablemente—. No sé bien quién vendrá.

—Solo falta Julia. Daniela no vendrá.

Él la miró fijamente.

—¿Daniela no va a venir? —preguntó muy sorprendido.

—No.

Ana observó la decepción en su rostro llegándole en forma de dardo envenenado directo adonde más dolía.

—¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo? Me dijo que asistiría.

«Ahora es mi turno. Que empiece el espectáculo», se dijo, satisfecha.

—Ella... —No acabó la frase. Se quedó parada con el adorno en la mano y fingió que se le caía. Suspiró de una forma exagerada—. No sé qué decir. Déjalo, Eloy, no me hables de ese tema, por favor.

Ana bajó la mirada, no sin antes asegurarse de que él pudiera ver cómo se agolpaban algunas lágrimas en sus ojos. Era algo fácil de provocar para ella. Se disculpó y se alejó de él.

Eloy la siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista. No entendía nada. ¿Qué había querido decir con que no le hablase de ello? Ese asunto no se iba a quedar así. La única razón por la que había asistido a esa ridícula cena era para estar con Daniela. Le acaban de decir que ella

no estaría y un jarro de agua fría habría sido más agradable. Quería respuestas y Ana tenía mucho que contar.

La cena transcurrió de forma divertida y cercana. Todos los comensales evitaron hablar de trabajo, aunque resultaba complicado que no se escapara algún comentario.

Una vez terminada, todos los asistentes se fueron desperdigando por la sala en pequeños grupos, mientras bebían y disfrutaban de los típicos dulces de Navidad que Julia se había encargado de llevar.

Ana estuvo pendiente de Eloy en todo momento. Su plan estaba funcionando, había conseguido despertar su curiosidad y sabía que en algún momento la buscaría para sacarle información.

Siguiendo con su plan, salió a la terraza que había junto al salón esperando que él la siguiera. Algunos compañeros también se animaron a hacerlo, incluido Eloy que no la perdía de vista.

El alcohol aportaba unos cuantos grados más, por lo que la temperatura que había en el exterior era bastante soportable.

Se acercó a ella.

—Ana, ¿qué has querido decir antes cuando hablabas de Daniela?

—Eloy, por favor, estoy intentando no pensar en ello. Olvida lo que te he dicho. Ella está bien. No puedo contarte más... aunque en realidad no sé qué hacer. Todo esto es tan... complicado. Estoy preocupado por ella, es mi amiga —Fingió malestar—. Eloy no debo hablar de esto contigo, tú eres nuestro jefe. Por favor... olvídale.

—Ana no sé de qué estás hablando, pero se te ve claramente afectada. Olvídate de que soy tu jefe y cuéntame lo que está ocurriendo.

—Aquí no, Eloy, podrían oírnos. Ya te hablaré de ello en otro momento. Yo mejor me voy.

Volvió a entrar en el salón para coger sus cosas. Salió de nuevo para despedirse de los compañeros que había en la terraza y se marchó.

Eloy la observó mientras se despedía. Parecía muy afectada. ¿Lo estaría? Con Ana nunca se sabía. Le intrigaba lo que pudiera contarle de Daniela y no había conseguido nada todavía. Esperó un tiempo prudencial y se despidió de sus compañeros. Nadie pareció sorprendido de que anunciase su marcha, él no solía hacer mucha vida social y menos con sus compañeros.

Ana preparó café. Estaba nerviosa, recorriendo el pequeño salón de su casa como si estuviera en la sala de espera de un hospital. Esperaba que su plan funcionase.

El timbre de la puerta le hizo sonreír victoriosamente. Si su intuición no fallaba, Eloy estaría allí mismo esperando que lo invitara a entrar.

—Ana, soy Eloy. ¿Podemos hablar?

«Hombres. Ha picado», se dijo, orgullosa.

Ella abrió la puerta ofreciéndole la imagen de una mujer desolada. Se había frotado los ojos fingiendo haber llorado y algunas lágrimas asomaban a sus ojos. Era una experta en fingir el llanto, llevaba practicando desde que era niña.

—¿Estás bien? Me dejaste preocupado.

—Sí, estoy bien, gracias. ¿Quieres pasar?

Él asintió y la siguió por el salón.

—Siéntate. ¿Te apetece tomar un café? Acabo de hacerlo.

—Sí, gracias.

Sirvió ambos cafés y se sentó a su lado. Era extraño tenerlo en su casa.

—¿Me lo vas a contar?

Ella bajó la cabeza sujetando la taza con ambas manos. Necesitaba algunas lágrimas y esa era



su forma de concentrarse.

—Estoy preocupado por ella. Daniela está... el caso es que ella... Vaya, esto está siendo muy difícil para mí. Si al menos me escuchara. —Su rostro era sombrío. Su actuación digna de una gran actriz.

—¿Qué quieres decir? ¿Podrías hablar más claro?

—Que ella mantiene una relación con un hombre que se aloja en el hotel. Le he advertido que estaba poniendo su trabajo en peligro, pero no me escucha. Me dice que me meta en mis asuntos y, aunque lo he intentado mil veces, no atiende a razones. Me da miedo que la pillen y se quede sin trabajo.

Eloy palideció ante la confesión de Ana.

—¿Desde cuándo?

—Llevan más de una semana juntos, y ella está loca por él. —Necesitaba puntualizar en ese aspecto.

—Debiste decírmelo, Ana. Sabes cuáles son las normas —le recordó.

—Eloy, sabes perfectamente que no es fácil hacer algo así. Llevo días luchando por decidir qué era lo correcto, lo que debía hacer. Estoy fatal —Rompió a llorar ocultando su rostro con las manos, era la forma más eficaz de ocultar la falta de lágrimas—. Somos amigas.

—Ana, has hecho lo que debías. Sabes cuál es la política del balneario al respecto. Una cosa es la relación entre compañeros... en ese caso se puede mirar hacia otro lado, pero las relaciones con los clientes están totalmente prohibidas y la dirección del balneario es muy clara al respecto.

—Lo sé, Eloy, por eso he intentado hablar con ella. No he conseguido nada y he estado luchando por decidir si debía o no decírtelo. Solo espero que puedas hablar con ella. Seguro que a ti te hace más caso.

—Ana, yo no voy a hablar con ella de este tema. Simplemente tendré que dar parte en dirección.

—¿Qué? Oh, Eloy eso no es lo que yo quería —mintió—. Solo quería que tú intentaras disuadirla. Si haces eso, la despedirán.

—Son las normas, Ana. Yo no tengo que disuadir a nadie. Ella es mayorcita para saber lo que hace. Tu deber es comunicárselo a tu superior, y el balneario tomará la decisión que considere más oportuna. Tú y yo solo somos intermediarios.

—Yo no quiero que la despidan.

—Sé que esto debe ser difícil, pero si trabajamos en este balneario, debemos velar por sus intereses y esa norma es muy importante. Durante el tiempo que estén alojados los clientes, no se pueden mantener ninguna relación con ellos más allá de lo profesional y mucho menos visitarlos en sus habitaciones. No he puesto yo esa norma, cualquiera que trabaje aquí lo sabe. Hay una cláusula en el contrato muy clara.

Ana volvió a ocultar su rostro con las manos y él se acercó a ella para abrazarla. Permanecieron así durante un buen rato.

—¿Sabes quién es el cliente?

—Sí, también es paciente suyo. Un tal Feraud.

—Ana, supongo que no tienes ninguna duda al respecto. Lo que me estás contando es muy serio.

—Los he visto con mis propios ojos. ¿Crees que te contaría algo así sino estuviera segura? Ella parece estar locamente enamorada de él, vi cómo se besaban —dijo claramente molesta por las dudas de él.

—¿Y qué dice ella al respecto?

—No me escucha, no quiere hablar del tema. Me dice que ya me lo contará todo en otro momento y que no es asunto mío. Me esquivo y me ha dado plantón varias veces. Es una mujer distinta... ese hombre la tiene absorbida.

Eloy recordó haber visto a ese cliente en varias ocasiones en la lista de terapias de Daniela. Todo encajaba.

La noche no podía ir peor. Había intentado por todos los medios ganarse su confianza y aprecio, pero siempre fue muy esquiva y reservada con él. Todas las veces que le había propuesto salir, Daniela lo había rechazado, y aun así había mantenido la esperanza. Siempre utilizaba el argumento de las normas para rechazar sus propuestas, pero todo era mentira, solo una maldita y cobarde excusa. De importarle tanto las normas del centro, no se habría liado con un cliente. Había una gran diferencia entre hacerlo con un compañero o hacerlo con un cliente. Ella sabía perfectamente que había muchos rumores sobre historias entre compañeros y que nunca habían desembocado en ninguna sanción o despido.

Se sentía engañado y burlado. Le hacía daño imaginarla en brazos de otro hombre. ¿Tan especial era ese hombre para ella que estaba dispuesta a arriesgarse a que la descubrieran y pudieran sancionarla o despedirla? ¿Tanto le gustaba que había apartado a su amiga de su lado?

Los clientes tenían una estancia limitada, independientemente de que volvieran o no, y no creía que esa historia pudiera ser tan fuerte como para continuar fuera.

Si no quería nada con él, debería haber sido más clara y no utilizar la estúpida excusa de las normas. De él no se reía nadie, se aseguraría de que la despidiesen. Lo mejor sería no volver a verla y así sacársela de la cabeza. Le demostraría que con él no se jugaba.

No quería seguir pensando en ella, le hacía daño. A su lado tenía a una mujer muy atractiva más que dispuesta a meterse con él en la cama. No iba a desperdiciar la ocasión. El sexo le haría sentirse mejor.

Cogió la cara de Ana entre sus manos y se acercó para besarla. No opuso ninguna resistencia, justo como había imaginado. En su mente apareció la frase «bebe y olvida», aunque en este caso la bebida sería sustituida por sexo.

Minutos después, ambos se dirigieron a la cama, donde podrían dar rienda suelta a su necesidad de placer. Sexo, orgullo herido y traición. Toda una multitud bajo las sábanas.

Un ligero golpe en el costado despertó a Adrien. Daniela continuaba dormida, pero su cuerpo estaba temblando. Aunque no entendía muy bien lo que ella susurraba, estaba claro que volvía a tener una pesadilla. La acarició suavemente animándola a despertar. Ella abrió los ojos, pero su mirada estaba perdida. Respiraba con dificultad.

—El... cuadro. Ya no está. El cuadro...

Adrien apreció por su mirada que no estaba totalmente despierta, por lo que aquellas palabras parecían emerger de la semiinconsciencia. Movi6 su cuerpo con cuidado hasta que consiguió despertarla.

Ella se abrazó a él cuando empezó a ser consciente de lo que ocurría.

—Dani, era una pesadilla. Ya está, ya pasó.

Ella asintió con la cabeza y se centró en dominar su respiración, todavía muy agitada.

—Me lo vas a contar. —La cogió por la barbilla para que le mirase a los ojos, consiguiendo que levantase la cabeza que tenía apoyada en su pecho.

—No es nada.

—Joder, Dani, sí que es algo. Es la segunda vez que te despiertas de esa forma mencionando algo de un cuadro. Quiero que me lo cuentes de una vez. ¿Qué te está pasando?

Ella lo observó. Sus ojos expresaban ira y rabia. Dudó si debía o no contárselo. Sabía que de no hacerlo se crearía una situación incómoda. Él no parecía estar dispuesto a rendirse sin una explicación.

—Estoy esperando, Dani.

—Es un sueño, o más bien una pesadilla que he tenido muchas veces.

—¿Cuánto es muchas veces?

—Desde que era niña. No sé exactamente cuándo empezó. —Hizo un gesto con la cabeza para que él dejara de sujetársela.

Daniela se liberó de sus brazos y se acomodó en su parte de la cama, boca arriba, mirando el techo.

—Siempre se repite el mismo sueño y no sé qué significa —continuó—. No aparece todos los días, depende de la época. A veces se repite durante días seguidos y después no lo hace en meses.

—¿Con qué sueñas?

—Observé un cuadro colgado en la pared. Estoy un buen rato mirándolo. Me gusta hacerlo. Estoy embelesada con él. Es bonito. Hasta ahí, el sueño resulta agradable. Entonces oigo un sonido brusco que me ensordece. Me tapo las orejas y vuelvo a mirar el cuadro, pero está manchado. Alguien le ha tirado pintura y lo ha manchado. Las gotas empiezan a resbalar por el cuadro. Siento pánico, terror. Supongo que ese es el momento en que despierto gritando o temblando. Siempre es la misma escena, las mismas imágenes.

—¿Y cómo es el cuadro?

—Es una obra muy conocida. Su autor es Edgar Degas y se titula *La clase de danza*.

—¿No es el mismo cuadro que había en mi despacho? ¿El que te llamó la atención?

—Sí. Aparte de los sueños, siempre que veo alguna reproducción me produce escalofríos. No puedo evitarlo. En la facultad había una réplica enorme en clase, otra en el pasillo. Las veía cada día y aun así nunca me acostumbraba. La he visto en muchos sitios y siempre me quedo bloqueada,

como me ocurrió en tu despacho.

—¿Has consultado con algún especialista?

—No, la verdad es que he intentado buscarle yo el sentido. Investigué la obra y el autor. Busqué el lugar donde se encontraba el original. Está en París, en el museo de Orsay, pero nunca he estado en París, por lo que no le encuentro relación alguna con mi vida. La verdad es que tampoco me he empleado a fondo en buscarle un sentido. Me he acostumbrado a ello y... forma parte de mi vida.

—No deberías rendirte, quizás un buen especialista o alguna técnica de hipnosis o algo parecido podrían ayudarte. No entiendo mucho de esos temas, pero creo que deberías hacer algo.

Daniela recordó su conversación con Nico. También hablaron de hipnosis y de buscar respuestas.

—Sí, me ocuparé del tema.

—¿Lo prometes?

—Te doy mi palabra —le sonrió.

—Me alegro de que hayas confiado en mí.

—No me gusta hablar de según qué temas. Creo que de eso ya te has dado cuenta.

—¿Nunca lo has hablado con nadie?

—Solo lo sabe Nico. Él ha presenciado algunas pesadillas.

—¿Duermes a menudo con Nico?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Nico es como mi hermano, y hemos dormido juntos alguna vez o muchas veces, ahora no me acuerdo. ¿Y a ti que más te da con quién duerma?

—Era simple curiosidad.

—Pues deja tus curiosidades, yo no te he preguntado nada de tu vida.

Adrien no se disgustó, al contrario, parecía divertirse la situación. Le encantaba provocarla, pero no era el momento de que ella viera diversión en su rostro. La deseaba con todas sus fuerzas y si seguía provocándola, ella se negaría a seguirle la corriente en lo que él tenía en mente.

Se acercó a ella hasta quedar encima apoyando sus brazos a ambos lados de su cuerpo.

—Eh, señorita gruñona. No te enfades. Dime, ¿qué puedo hacer para que sonrías?

Daniela puso los ojos en blanco. Se movió ligeramente para quedar cómodamente encajada debajo de él.

—¿Te quedan habilidades navideñas?

El echó la cabeza hacia atrás explotando en una carcajada.

—Claro que me quedan. Te lo mostraré...

Y con esas palabras, Adrien la cogió por la cintura, le dio la vuelta y con un movimiento rápido entró en su interior.

Terminaron la noche agotados y abrazados. No les costó volver a conciliar el sueño.

Como venía siendo habitual en ellos, se despertaron bruscamente. Esta vez con el sonido del móvil de Adrien.

—¿Sí? —Su voz parecía sacada de una película de terror.

Víctor le anunció que ya habían llegado al hotel. Al escucharlo, dio un pequeño salto y se incorporó hasta quedar sentado en la cama.

—No os esperaba tan pronto. Me acabo de despertar. Dadme quince minutos —Hizo una pausa para escuchar a Víctor—. No, no hace falta que subáis, ya bajo yo.

Daniela había escuchado parte de la conversación y se levantó rápidamente.

—¿Adónde vas tan rápido? —le preguntó al verla salir disparada de la cama.

—He escuchado que te están esperando.

—Sí, pero no pasa nada si esperan un poco más.

—Yo también tengo que irme.

—¿Hoy trabajas?

—No, pero ya sabes que quiero salir de aquí discretamente, y cuanto más tarde peor.

Adrien se dio una ducha muy rápida y cuando salió, ella ya estaba vestida.

—Ayer debería haber pensado en algo más que en tus habilidades navideñas.

—¿Qué quieres decir?

—Que de haber utilizado la cabeza, habría cogido algo de ropa. Pasearme con esta ropa y estos zapatos...

—No te preocupes. Bajamos hasta el aparcamiento y te llevo a tu casa.

—Te están esperando.

—Por eso no te preocupes, yo me encargo. Te llevaré a casa. No discutas. Aunque consiguieras salir discretamente del hotel, dudo que llegaras sana y salva a tu casa con esos zapatos.

Minutos después estaban sentados en el coche. Adrien avisó a sus amigos de su retraso.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó, interesado.

—Volveré al hotel más tarde. Quiero hacerle una visita a Sam y también a Ana. Me gustaría hablar con ella un rato. A ver si dejamos enterrado este mal rollo.

—No creo que mis amigos se vayan muy tarde. ¿Puedo llamarte cuando se vayan?

—Puedes, poeta.

Adrien sonrió. Desde que le susurrara el poema la noche anterior, le había llamado de esa forma varias veces. Sin la menor duda era una mujer de recursos.

—Me gustaría que me llamas por mi nombre, y no cuenta cuando lo gritas en determinados momentos —le dijo él.

—¿Por qué debo llamarte por tu nombre?

—Es ordinario utilizar apelativos. —No hablaba en serio, pero quería provocarla.

—Señor Zafiro, a ver si acepta de una vez por todas que YO soy una mujer ordinaria, el que está en el mundo de los diamantes eres tú.

Se acercó y la besó.

—¿Pensarás hoy en mis habilidades navideñas?

—Lo haré. Cada minuto, cada segundo. Que conste que eres tú el que me privas hoy de ellas.

Yo... tengo el día libre.

—No me lo recuerdes —Parecía disgustado—. Me apetece ver a mis amigos, pero no tanto como pasar el día contigo. Cuando vuelva a Madrid, a ellos puedo verlos todo lo que quiera, pero a ti...

—Déjalo ahí, poeta —le interrumpió—. No entres en terreno pantanoso, que luego vienen las situaciones incómodas. Que pases un buen día. —Salió del coche. Por el rabillo del ojo vio cómo él la seguía.

¿Qué iba a decirle antes de que ella le interrumpiera? ¿A ti no voy a volver a verte? Solo con pensar en esa posibilidad se le hacía un nudo en el estómago.

Buscó las llaves en su bolso y antes de abrir el portal se giró para mirarlo. Se acercó a él y le dio un mordisco en la barbilla.

—Feliz Navidad... Adrien.

Él se derritió con sus palabras y le guiñó un ojo mientras sonreía. Esperó a verla entrar en el portal. Se fue con un sabor amargo, producido por tener que decirle adiós y no poder verla en todo el día. El mismo sabor que lo acompañaría el día que se produjera otra despedida aún peor.

«Déjalo ahí, poeta», pensó.

Esas palabras le dolían.

Adrien se reunió con sus amigos en la cafetería del hotel. Los encontró desayunando. Al verlos se dio cuenta de lo mucho que necesitaba un café. Hizo su pedido y se acercó a ellos. Le recibieron con un fuerte abrazo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó extrañado Víctor.

—Me fui a dormir tarde y no os esperaba tan temprano.

—¿Y dónde estaba el problema de que subiéramos a tu habitación?

—No me apetecía pasearme en pelotas mientras tú te sentabas en el sofá a esperar que me diera una ducha y me vistiera.

—¿No será que estabas acompañado? —le volvió a preguntar su amigo.

—Jaime, ahora es cuando nos interrumpes y me quitas a este impresentable de encima.

Jaime lo miró, como siempre inexpresivo.

—Necesitaba este café como respirar, así que o solucionáis vuestras estúpidas discusiones o me voy a la mesa del fondo. —Jaime parecía estar acostumbrado a ese tipo de situaciones.

Adrien sonrió. Hacía días que no veía a Jaime y parecía que se le había olvidado su tendencia a no participar en conversaciones banales que requiriesen muchas palabras o un mínimo de expresividad.

Estuvieron disfrutando del desayuno y charlando al menos dos horas.

Víctor se despidió de ellos.

—Nos vemos en un par de horas —Se levantó de la mesa—. Ya os buscaré.

—¿Adónde vas? —preguntaron Adrien y Jaime casi al unísono.

—Concerté un masaje y unos baños. Siempre que he venido lo he hecho y me van fenomenal para la espalda.

—Creía que habías venido a verme —afirmó Adrien muy sorprendido.

—Y lo he hecho, pero no voy a desaprovechar esta oportunidad. Supongo que estarás de acuerdo en que aquí hacen unos masajes estupendos.

Adrien sonrió para sus adentros ante aquel comentario. La imagen de Daniela y... sus benditas manos apareció de una forma brusca en su mente. Pensó, aliviado, que ella tenía el día libre, ya que la sola mención por parte de Víctor de que iba a recibir un masaje le dio escalofríos. No le hubiera gustado que fueran sus benditas manos las que se posaran sobre el cuerpo de su amigo.

Recordó el comentario que hizo Daniela sobre los horarios especiales que tenían el día de Navidad. Seguro que Víctor debió reservarlo con antelación.

—Creo que hoy no hay mucho servicio de terapias.

—No olvides que soy amigo del director, me hizo un huequecito.

—¿Qué vas a hacer?

—Uno de esos masajes orientales. —Se alejó sin dar más explicaciones, despidiéndose con la mano.

Adrien y Jaime salieron de la cafetería y subieron a la habitación. Jaime insistió en buscar un lugar más cómodo para charlar.

Llegaron y se acomodaron en el sofá. Ya habían limpiado la habitación por lo que se alegró de que Jaime no viera el estado de su cama tras pasar la noche con Daniela.

—¿Me lo vas a contar? —Fue tan directo como solía ser siempre. El caso era no malgastar las

palabras.

—¿De qué estás hablando?

—Llevas aquí ocho días. No has llamado al trabajo. No pareces harto de estar aquí y por lo que has dicho tienes intención de estar los días que te quedan y pareces relajado y feliz.

—Se supone que ese era el objetivo de venir aquí. ¿Cuál es el problema? He sido buen chico. Nada de llamadas a la oficina, solo masajes, desconexión, dormir...

—Adrien... ¿De quién es lo que hay en esa silla?

Adrien palideció cuando vio las braguitas de Daniela. Seguramente ella se las dejó a propósito, fiel a su interés por coleccionarlas. Suspiró y miró a su amigo con resignación. Jaime era tremendamente observador y resultaba difícil engañarlo.

—Pertenece a... alguien que he conocido.

—Y tú no estás preparado para hablarme de alguien especial —afirmó Jaime.

—Yo no he dicho que sea especial.

—Tú no, pero tu expresión sí. El hecho de que no me cuentes nada lo dice todo.

—¿Desde cuándo te cuento detalles de las mujeres con las que estoy o dejo de estar?

—Joder, Adrien, dejemos esta persecución. Si quieres me lo cuentas y si no, no lo hagas, pero no intentes marearme.

—Hoy no me apetece. Otro día —le dijo asumiendo la derrota. Jaime había ganado, lo conocía demasiado bien.

—Pues otro día —repitió Jaime, relajado.

—Te agradezco que no insistas.

—Esas cosas solo las hace Víctor. ¿Es que ya no me conoces? —Miró en dirección a la silla —. Por cierto, muy bonitas las bragas.

Daniela llegó al hotel y se dirigió directamente a la zona de terapias. Sabía que Sam estaría allí. Le dijo el día anterior que no tenía nada programado y que aprovecharía para hacer algunos cambios en su sala de trabajo. Sam, continuamente, hacía cambios en la decoración. Siempre pendiente de encontrar el ambiente perfecto para sus pacientes.

La sala en la que trabajaba Sam, la más grande del edificio, solo la utilizaba él. Allí desarrollaba todo tipo de masajes orientales. En muchas de sus técnicas necesitaba colchonetas distribuidas por el suelo y otros objetos de grandes dimensiones, de ahí que le asignaran la más espaciosa. Él se encargaba de su mantenimiento e incluso de la limpieza. No quería que nadie la tocara, ya que peligraba el equilibrio de energías que él pretendía conseguir en su espacio.

La pequeña luz que había en la parte superior de la puerta era de color verde, indicando que en su interior no se estaba realizando ningún tratamiento. Abrió la puerta de la sala y sin esperar a ser invitada, entró en ella.

—Hola, Sam... —Se quedó petrificada con la imagen que tenía delante.

Sam estaba apoyado en una camilla besando a un hombre que se apartó rápidamente al oírla entrar dándole la espalda.

—¡Oh! Lo siento, debí llamar. Estaba verde y yo...

Sam parecía tranquilo, a diferencia de su invitado.

—Tranquila, Daniela. Olvidé cerrar bien la puerta —Sin moverse de donde estaba, señaló con la mano a su acompañante—. Este es un amigo que ha venido a verme. Víctor, esta es mi compañera Daniela.

El hombre se giró de mala gana lanzándole una mirada que a Daniela le pareció de las que si pudieran desintegrarían en el acto. Se sintió incómoda por la situación. Lo observó discretamente,



consciente de la incomodidad de él. Destacaba su altura, aunque su físico en general era de lo más corriente.

—Hola, ¿qué tal? —le dijo ella avergonzada. El hombre no se molestó en hablar, solo hizo un leve movimiento de cabeza—. Siento interrumpir —Se giró en dirección a Sam—. No quería nada en especial, Sam, solo saber cómo había ido la cena, pero... ya... hablaremos después. Cuando estés libre me lo dices. —Se marchó sin mirar de nuevo a aquel hombre. Parecía bastante enfadado con la interrupción.

—Sí, luego te llamo —le dijo con una sorprendente serenidad. Aquella interrupción no pareció afectarle lo más mínimo. ¿Y si no hubiera sido ella la que entrase?

—Y... ¡Sam!... ¡Cierra la jodida puerta! —Salió de la sala escuchando sus risas.

Cuando Daniela salió de la sala, un Víctor más que enfadado se plantó delante de Sam con los brazos cruzados.

—¿A qué venía eso? ¿Era necesario que me presentaras?

—Es lo que se suele hacer cuando una compañera te encuentra con tu pareja.

—Eso no lo llamaría yo «encontrar». Ha entrado sin llamar, algo que podías haber previsto. Por si no te has dado cuenta, cuando ella ha entrado me he dado la vuelta. No hacía falta que me presentases, era obvio que no quería ser visto.

—Ese es tu problema, Víctor, no el mío. Daniela es una compañera a la que quiero mucho y le he hablado de ti. Solo quería que te conociera —Se acercó a la puerta y la cerró—. Como ves, la puerta ya no es un problema. Eres tú quien ha venido de incognito con los minutos contados. No podemos ir a mi casa porque perderíamos tiempo, así que conformarte con estar aquí. Puedes seguir echándome en cara el no cerrar la puerta y puedes seguir con tu estúpido discurso para convencerme de que necesitas tiempo y no estás preparado, o puedes follarme y así al menos darle un sentido a tu inesperada visita.

Víctor se acercó a él y le acarició en la mejilla. No se sentía muy seguro en aquel lugar, pero el deseo que sentía por aquel hombre pudo más que cualquier inseguridad o miedo a ser descubierto.

Encontró a Ana atendiendo a unos clientes en recepción. Con una señal, su amiga le indicó que esperase un momento. Mientras lo hacía, pensó en el beso que había interrumpido unos minutos antes. Era algo seductor, erótico. Se hubiera quedado allí un buen rato para contemplar la escena.

Ana la sacó de sus pensamientos.

—Ven, acompáñame. Tengo diez minutos. ¿Un café? —No esperó respuesta. Se dirigió a una sala contigua.

—Yo no quiero, gracias, estoy servida de cafeína por hoy.

Ana la miró y le sonrió abiertamente.

—Adivina qué pasó ayer, después de la cena. —Levantó los brazos como el que celebra la victoria de su equipo.

Al ver que Daniela no respondía, continuó:

—Eloy y yo...

—¿De verdad? —le preguntó después de un esfuerzo por entender lo que le estaba diciendo. No lo esperaba.

—¡Sí! —Se tapó la boca con la mano al ver cómo su amiga le indicaba por gestos que bajase la voz.

—Me alegro mucho, Ana. Claro que aún no sé exactamente lo que pasó, lo he deducido.

—Que nos acostamos juntos, ¿qué va a ser?

—Eso es genial —le dijo contrariada Daniela—. ¿Qué pasó? Cuéntamelo.

—Pues no debería contarte nada. Eso es lo que haces tú.

—Ana, he venido a enterrar el hacha de guerra. De verdad que estoy muy feliz por ti.

Ana pareció relajarse ante las palabras de su amiga y se dedicó a hacer un resumen de lo que había pasado la noche anterior. Por supuesto, excluyó la parte en que le habló a Eloy de ella y su aventura con el tal Feraud.

—Me alegro mucho. ¿Y ahora qué, habéis vuelto a quedar, habéis hablado?

—No, esta mañana se fue temprano. Aún no le he visto, pero supongo que más tarde se pasará o me llamará. Fue fantástico. No me imaginaba que fuese... así.

—Los detalles no los necesito —la interrumpió antes de que se emocionara entrando en detalles. Ana nunca había tenido reparos en hacerlo. Le encantaba revivir las escenas de sus encuentros sexuales, sin mostrar pudor alguno. No quería tener que imaginar a Eloy en un momento tan íntimo. Le daba repelús solo de pensarlo. Cuando volviera a verlo, no podría quitárselo de la cabeza.

—Vale, olvidaba que eres una negada para hablar de eso —le dijo con un gesto despectivo.

«Y tú encantadora, como siempre», pensó.

—¿Y tú? ¿Dónde está tu hombre misterioso? Hoy no tienes que trabajar. ¿No vas a estar con él?

—Hoy tenía planes con unos amigos, quizá lo vea por la noche.

—Mira, hoy estoy muy feliz y no pienso enfadarme contigo. Yo también quiero enterrar el hacha de guerra, pero prométeme que me lo contarás todo muy pronto.

—Lo haré, Ana. Te dije que cuando pasara todo, te lo contaría.

—¿Un abrazo? —la miró poniendo pucheros.

—Pues claro, boba, ven aquí. —La abrazó con fuerza, como habían hecho tantas veces. Ana era insoportable en ocasiones, pero la quería mucho.

Se despidieron con la promesa de volver a hablar al día siguiente.

Daniela no conseguía entretenerse con nada. No dejaba de pensar en Adrien y en lo mucho que le gustaría estar a su lado. Debería haber trabajado ese día, seguro que a algún compañero le hubiera encantado cambiarle el turno. Muchos de ellos trabajaban en la zona termal, que era la única que ese día estaba en pleno rendimiento.

Recibió una llamada de Sam invitándola a tomar un café antes de incorporarse de nuevo al trabajo. No tenía intención de volver al balneario, pero le pareció que Sam necesitaba a alguien con quien hablar y no pudo negarse. Quedaron en los jardines que rodeaban la zona termal.

Encontró a Sam prácticamente camuflado. Había escogido unos bancos de piedra rodeados de arbustos. Junto a él, apoyados en el banco, reconoció los exquisitos cafés para llevar que preparan en la cafetería del hotel.

—Siento lo de esta mañana. Fue muy violento.

—No te preocupes, la puerta estaba abierta.

—Te enfadarás conmigo si te digo que creo que la dejaste abierta expresamente.

Sam sonrió ante la ocurrencia de Daniela.

—No, no lo hice. Simplemente no le presté atención. Me sorprendió su visita.

—¿Quieres hablar del tema? —le preguntó ella.

—No. Solo quería un poco de compañía y dejar de pensar en él.

—Entonces aquí me tienes. Hablemos de otras cosas.

Tras una divertida conversación, en la que Daniela se esforzó por contarle todo tipo de tonterías para hacerlo reír, salieron del pequeño círculo de arbustos y se quedaron el uno frente del otro. Antes de despedirse, Daniela se acercó para darle un fuerte abrazo. Quería que sintiera que la tenía para lo que necesitara. Sabía que estaba pasando un mal momento y lo mucho que significaba una muestra de cariño en ese momento. Permanecieron abrazados unos segundos, ajenos por completos al hecho de estar siendo observados desde la terraza de una de las habitaciones.

Los tres amigos habían elegido la habitación de Adrien para tomar café, tras una estupenda comida en el restaurante.

Apoyados en la barandilla de la terraza disfrutaban de las vistas a los jardines mientras acompañaban a Víctor, que había decidido salir a fumar. No estaba permitido en todo el recinto y tan solo había alguna zona habilitada, pero Víctor no pareció ni siquiera planteárselo.

Jaime, situado en el medio, les hablaba de una situación delicada que había sufrido con los familiares de un paciente del hospital. De los tres era el que menos hablaba, y de haber sabido que ninguno de sus amigos le estaba prestando atención, casi seguro que les hubiera dejado allí y se hubiera marchado.

Adrien estaba concentrado en la imagen que tenía delante. Cuando vio a Daniela, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que sus amigos no se dieran cuenta de su reacción. Era su día de fiesta y no esperaba encontrarla en el balneario. ¿A quién estaba abrazando? ¿Quién era aquel hombre? No tenía la respuesta, igual que tampoco la tenía para explicar el desagradable escalofrío que le estaba recorriendo todo el cuerpo mientras los observaba. Reconoció el uniforme que llevaba el desconocido que la abrazaba, era el mismo que utilizaba ella. Seguramente sería un compañero. Ella había mencionado que visitaría a su amigo Sam. Esperaba que fuera él, principalmente

porque era homosexual.

Sintió envidia de aquel abrazo, eso era justo lo que él desearía hacer en ese momento. Se alegraba de estar con sus amigos, pero estaba deseando que se fueran para estar con ella.

Víctor, en el otro extremo de la barandilla, contemplaba la misma escena que Adrien. La mujer que abrazaba Sam era la misma que los había descubierto besándose. Parecían muy unidos. ¿Le habría hablado Sam a esa mujer de su relación y todos sus problemas? Por un momento sintió una punzada de dolor en el estómago. Sentía celos de esa mujer, que en ese momento parecía disfrutarlo y ser su confidente.

Miró el reloj y vio que faltaba muy poco para que Sam se incorporara de nuevo al trabajo. Tenía que verlo antes de irse, no soportaba la idea de marcharse de aquel lugar sin al menos abrazarlo de la misma forma que aquella mujer lo hacía y que él parecía necesitar tanto.

Se excusó con sus amigos indicándoles que tenía que hacer una visita al director del hotel, que como sabían, era amigo suyo. Algo del todo improbable ya que ese día no se encontraba allí. Pero sus amigos no sabían nada de todo eso.

Jaime esperó a que Víctor desapareciera para preguntar:

—¿Es ella? —Adrien le miró levantando una ceja—. La dueña de esa minúscula pieza de ropa interior femenina que...

—Ya te he entendido —le interrumpió Adrien secamente.

No podía seguir jugando a «no sé de qué me estás hablando» o solo conseguiría que Jaime le reprochase de nuevo su falta de confianza.

—Sí. ¿Por qué?

—Lo he deducido por tu forma de mirarla.

—Hoy no quiero hablar de ello.

—No lo hagas.

—Habla cuando vuelva a Madrid.

—Cuando quieras.

Fue un diálogo incómodo y ambos decidieron cambiar de tema para evitar que la situación empeorara.

Víctor volvió media hora después. Les sorprendió anunciando que tenía una reserva en una piscina de agua termal que podían disfrutar los tres. Durante varios minutos, se dedicó a hacer una exposición muy precisa sobre las propiedades y ventajas de esa piscina para convencerlos, ya que ni Adrien ni Jaime parecían muy seguros de querer hacerlo.

Al no tener una opción mejor, aceptaron la invitación y entre bromas se dirigieron al edificio termal donde tenían la reserva.

Daniela decidió volver a casa. Su primera intención era pasar poco tiempo en el balneario, solo el justo para saludar a sus amigos, y prácticamente había pasado todo el día allí. Después de hablar con Sam, había encontrado a otros compañeros y también había estado un buen rato charlando con ellos. Se dirigía a la salida cuando vio a Adrien acompañado de sus dos amigos caminando en la dirección en la que ella se encontraba.

Su corazón empezó a latir más rápido de lo normal. Hizo un gran esfuerzo porque no se notara lo alterada que estaba.

Cuando estaban a punto de cruzarse, hizo lo habitual al encontrarse a cualquier cliente del balneario.

—Buenas tardes —les dijo a los tres fijando su mirada en Adrien y dedicándoles una gran sonrisa.

Adrien se detuvo cuando llegó a su altura. Jaime y Víctor respondieron a su saludo y se centraron en mirarla para intentar saber quién era esa mujer con la que Adrien se había parado.

—Hola —dijo Adrien claramente afectado por ese encuentro—. Vamos a darnos un baño.

—Estupendo. Espero que lo disfrutéis —les deseó ella.

Adrien continuó su camino y sus amigos le siguieron. Ella hizo lo mismo.

Su ritmo cardíaco era cada vez más rápido. Se arrepintió de haber estado tanto tiempo en el balneario. Si se hubiera marchado antes, como tenía previsto, no se habría encontrado con esa situación tan fría y superficial.

Se acababa de encontrar con el hombre que había puesto su vida patas arriba en pocos días y solo habían cruzado unas cordiales palabras. No les había presentado a sus amigos. ¿Acaso tenía que hacerlo? Quizás no, pero... él se había comportado como si se hubiera encontrado con cualquier empleado del balneario y eso, aunque podía entenderlo, le había dolido.

«¿Qué esperabas, una presentación formal?», se dijo. «¡Hola! Esta es Daniela, la masajista con la que me acuesto».

Se alejó de allí lo más rápido que pudo hasta llegar a su casa. Cuando lo hizo, se sentó en el sofá y las lágrimas empezaron a brotar. No quería lágrimas. Solo se había cruzado con la realidad y al parecer no estaba del todo preparada. Él solo había hecho lo que tenía que hacer, fingir que apenas la conocía y ofrecerle un cordial saludo. Entonces, ¿por qué le dolía? Seguramente porque no era fácil aceptar que ella era simplemente alguien de paso en su vida.

Daniela siguió pensando en su encuentro con Adrien cuando la imagen de su amigo la apartó de la línea que estaba siguiendo. Uno de los hombres que había a su lado era el mismo que encontró con Sam. Aquello era muy extraño. ¿Cómo le dijo Sam que se llamaba cuando se lo presentó? ¡Víctor! ¿Por qué estaba con Adrien?

Adrien estaba en el vestidor acabando de ponerse el bañador, mientras intentaba controlar su respiración y los latidos de su corazón. Se sentía estúpido por su reacción ante Daniela. ¿Debería haberla presentado a sus amigos? No hubiera hecho falta dar detalles, pero hubiera estado bien hacer una presentación más correcta, incluyendo nombres y dejando entrever al menos que Daniela era una amiga. Su malestar no era por sus amigos, le importaba poco lo que pudieran decir, era por ella. ¿Se habría sentido molesta?

«Daniela...»

Hubiera dado cualquier cosa por poder comérsela a besos en ese momento incluyendo su maravillosa sonrisa. Aquella mujer estaba entrando en su interior y de nada servía seguir afirmando que era una aventura sin más.

Cuando regresó junto a sus amigos, Víctor preguntó:

—¿Quién es esa chica?

—Es una terapeuta que me ha hecho algún masaje.

Víctor no dijo nada. Cuando vio cómo Adrien se detenía a hablar con ella, le pareció que por un segundo se le había detenido el corazón. Aquella era la amiga de Sam que les sorprendió, la misma que lo abrazaba en el jardín. La idea de que conociera a Adrien y pudiera hablarle de lo que vio le hizo sentir náuseas. Le tranquilizó escuchar que Adrien apenas la conocía.

Una hora después salían del baño termal cuando se encontraron a Sam por el camino. Víctor lo miró y sin detenerse le saludó con un frío «buenas tardes».

Adrien se dio cuenta de que era el hombre que había visto abrazar a Daniela y le hubiera encantado detenerse para hablar con él y poder observarlo de cerca, pero la situación no se lo permitía. ¿Le habría hablado Daniela a aquel hombre de él? ¿Qué le habría contado? Se dio cuenta

de lo mucho que le gustaría saber qué pensaba ella de todo lo que estaban viviendo.

Consultó su reloj por enésima vez. Adrien ya no la llamaría, era muy tarde. Ni siquiera le había enviado un mensaje para explicárselo, y eso le molestó.

No quería seguir dándole más vueltas al tema, tenía que empezar a aceptar que aquello no la llevaría a ninguna parte. Tenía que prepararse para decirle adiós en pocos días.

Aquella tarde él le había dejarlo claro que no existía un después.

El rescate a su caos mental llegó con una llamada al móvil, aunque no de quien ella esperaba. Sam se disculpó por llamarla tan tarde y le preguntó si era un buen momento para hablar. Quedaron en verse en veinte minutos, los mismos que tardaría Sam en acercarse a su casa.

Cuando llegó le propuso dar un paseo por un sendero cercano próximo a la playa. Daniela consideró que quizá la temperatura era un poco fría para pasear, pero quería complacer a Sam y finalmente aceptó, no sin antes ir a buscar ropa de abrigo. Salió a toda prisa. Lo único que cogió fueron las llaves, no pensaba que pudiera necesitar nada más, ni siquiera el móvil. ¿Para qué engañarse más? Eran casi las 11:30 ¿Quién la iba a llamar a esas horas?

Pasearon un buen rato. Sam le mostró un lugar precioso desde donde se podía ver el mar. A pesar de llevar varios meses allí, nunca había visto aquel lugar y tan solo estaba a unos quince minutos a pie desde su casa. Se respiraba paz y tranquilidad.

—¿Cómo ha ido con...? ¿Víctor?

—No sabría responderte a eso. Bien en cuanto al polvo fantástico que hemos echado, mal en cuanto a avanzar en algo en nuestra relación.

—¿Estás muy enamorado?

—Si no fuera así, no le aguantaría toda esta mierda. Viene cuando quiere, a veces sin avisar, y aun así yo le recibo con los brazos abiertos. Solo me pide tiempo y comprensión.

—Quizá necesite mucho de todo eso.

—No aguantaré mucho tiempo así, Daniela. Si no quiere abrirse al mundo, yo no puedo obligarlo. Lo que sí tengo claro es que no estaré eternamente escondido, esperándolo. No quiero esa vida. Le he dado un ultimátum. Tiene un par de meses para demostrarme que nuestra relación ha avanzado en algo o se acabó.

—¿Cuánto tiempo hace que le conoces?

—Hace varios años que le conozco. Tenemos un amigo en común y nos habíamos visto varias veces. Juntos, lo que se dice juntos, poco menos de dos años. Al poco tiempo de empezar a salir, vine aquí a trabajar y desde entonces nos vemos muy poco. Voy a Madrid o él viene aquí, pero siempre a escondidas. Para él es su primera relación con un hombre, aunque ya hacía muchos años que había descubierto su identidad sexual. Al principio, la excusa era su divorcio. Quería esperar a tenerlo todo arreglado, luego quería esperar a que el divorcio no fuera tan reciente... He sido paciente, le he dado tiempo, he estado a su lado, pero... empiezo a cansarme de esta situación.

—Te entiendo, no debe ser nada fácil.

—Le da miedo enfrentarse a su familia, son muy conservadores y teme el rechazo. Le produce pavor que se enteren sus amigos o que lo sepan en su trabajo. Es abogado. Ocupa un cargo directivo en una empresa de joyería. Versus, supongo que te suena. Su mundo es muy esnob y muy selecto y no le encuentra cabida a nuestra relación.

La confesión de Sam le aportó suficientes datos a Daniela para confirmar que ese Víctor, que

no quería mostrar al mundo su relación con Sam, era el mismo Víctor amigo de Adrien y también, dicho sea de paso, el hermano de Javier. El mismo que había visto besar a Sam y luego pasear junto a Adrien y otro hombre más.

«Vaya culebrón», se dijo.

Sintió pena por Sam, se veía lo mucho que estaba sufriendo. También pudo observar rencor en sus palabras, estaba demasiado dolido.

—¿Ya se ha marchado?

—Sí, vino a visitar a un amigo que está aquí en el hotel. Ni siquiera ha venido a verme a mí. Lo vi esta tarde con sus amigos. Se dirigían a la zona termal. Comprobé que habían reservado una de las piscinas. Me lo crucé en el pasillo y actuó como si no me conociera de nada. Se limitó a saludar.

«Te entiendo perfectamente», pensó ella.

—¿Sus amigos no saben nada de nada?

—No. No les conozco personalmente. Hoy les he visto por segunda vez. La primera fue en Madrid, los vi comiendo en un restaurante y ocurrió lo mismo que hoy: fingió no conocerme. Uno de ellos es el dueño de Versus, según me contó y el otro no recuerdo bien a qué me dijo que se dedicaba. Están muy unidos.

—Dale ese tiempo, seguro que intentará solucionarlo —No le gustaba dar consejos, pero Sam parecía necesitar aunque fuera una pequeña sugerencia—. Sé lo que es no tener valor para enfrentarte a la realidad. Es algo que te destruye. Eres consciente de una realidad que no quieres, pero también de que no tienes valor para cambiarlo. Es destructivo, pero al final... se suele salir. Deja que piense en su realidad y en su valor. Quizás funcione y se enfrente a ella.

Se despidieron un rato después, cuando el frío les anunció que era el momento de la retirada. La acompañó hasta casa y volvieron a abrazarse de nuevo, esta vez con más cariño y complicidad.

Antes de meterse en la cama, comprobó que tenía tres mensajes de Adrien en el móvil.

*¿Demasiado tarde?*

Diez minutos después le había enviado otro.

*Supongo que estás ocupada o dormida o simplemente no te apetece verme.*

Y veinte minutos más tarde, el último.

*No insisto más. Mañana te llamaré. Buenas noches, Dani.*

Finalmente, sí que había contactado con ella. El primer mensaje era de las 11:45. Por un lado se sintió mal al no haberse llevado el móvil, pero de ninguna de las maneras hubiera dejado a Sam. Le hubiera encantado verlo, pero se hubiera sentido como una idiota si hubiera salido corriendo a su encuentro nada más recibir noticias de él. Durante todo el día la había ignorado, ni siquiera le envió un triste mensaje para confirmarle que sus amigos se irían tarde, o algo que le hubiera hecho entender la situación. No pensaba contestarle.



Llegó tarde al trabajo. Le costó conciliar el sueño. El sabor amargo que le dejaron los mensajes de Adrien la acompañó durante las dos horas que estuvo dando vueltas en la cama sin poder dormir.

Si el director tardaba mucho en recibirla, se quedaría allí dormida. ¿Para qué querría verla? Eloy no le había aclarado nada, solo le había dicho que fuera a dirección, que la estaban esperando.

De no haber estado tan adormilada, llevaría un buen rato temiéndose lo peor, pero estaba tan casada por las pocas horas de sueño que incluso agradeció estar sentada en aquella sala de espera. Solo había hablado con el director una vez, cuando firmó el contrato. Le pareció un hombre amable. Diez minutos más tarde la recibió.

—Señorita Kearney. Iré directo al grano. Nos ha llegado una información que indica que usted mantiene o ha mantenido relaciones más allá de lo profesional con un cliente del balneario. Cliente que... también ha podido ser paciente suyo. La información incluye que ha visitado a este cliente en su habitación en más de una ocasión. ¿Es cierto, señorita Kearney?

«Dios mío», se dijo.

Daniela no contestó, estaba demasiado impactada para articular una sola palabra.

—¿Entiendo su silencio como una afirmación? —Hizo una pausa esperando una respuesta que no llegó—. Señorita Kearney, conoce perfectamente las normas del centro. Normas que usted aceptó mediante un contrato y que de haber sido incumplido nos veremos en la obligación de prescindir de sus servicios, o lo que es lo mismo, de despedirla. ¿Me sigue?

—Le sigo —contestó ella fríamente.

—Entiendo que para una joven como usted pueda resultar llamativa la idea de acercarse a alguno de nuestros distinguidos clientes, pero eso no es algo que podamos permitir. Este es un balneario de prestigio y queremos conservar la reputación que durante años hemos trabajado. Esto es un centro de salud y lo único que deseamos es que nuestros clientes tengan la certeza de que contamos con un equipo de profesionales exclusivamente dedicados a ofrecerles un servicio relacionado con su bienestar. No vamos a permitir que se confundan los servicios que los empleados dan a sus clientes.

«Ah, no, por ahí sí que no paso», se dijo.

—No le voy a permitir que me llame puta o lo que quiera que esté insinuando. —Esperó a ver si ese energúmeno se disculpaba por el término empleado, pero no lo hizo.

—Señorita Kearney, no pretendo entrar en un debate sobre unas normas que ya conoce. No son mis normas, son las que usted aceptó al trabajar aquí bajo contrato. Quiero que me diga si la información que me han dado es correcta o tendremos que realizar una investigación.

«¿Investigación?»

No iba a permitir que la humillase más, ya era suficiente. Si había incumplido las normas, estaba en su derecho de despedirla. Tal y como él le había dejado claro, ella lo había firmado en un contrato. Pero no iba a tolerar que hablase de servicios especiales a los clientes. Eso sí que no.

—No tengo todo el día. Quiero que me diga si la información que me han dado es incorrecta.

—Sí, tengo una relación con un cliente del balneario. ¿Podemos acabar con esto?

—Por supuesto. Esta es la notificación de despido. —Le acercó un documento y le entregó un

bolígrafo.

Daniela miró el documento sorprendida. Vaya, no tenía ni una sola duda al respecto.

—Haré todo lo posible porque tenga el resto de documentos preparados para mañana a las nueve en punto. Vaya directamente al departamento de personal.

Tras firmar el documento, se levantó con un gran esfuerzo. La voz de aquel hombre volvió a sonar a su espalda.

—Señorita Kearney, debo decirle que es una lástima haber llegado a esto. Tenía unas excelentes referencias del trabajo que estaba haciendo aquí.

No se molestó en decirle nada, básicamente porque estaba demasiado bloqueada para encontrar las palabras. Si no era capaz de decirle algo impactante que lo dejase con la boca abierta, lo mejor era marcharse cuanto antes.

«Despedida».

Se fue a casa directamente. Aguantó las lágrimas hasta salir del recinto. Una vez fuera, las dejó correr libremente.

Estaba dolida, furiosa y decepcionada. La habían pillado. Por muy dolida que se sintiera, aquel gilipollas tenía razón. Eran normas que ella aceptó y que había incumplido, por lo tanto su despido estaba más que justificado. Le dolía más que la hubiera tratado como una puta que otra cosa.

Las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas. Alguien les había visto y la había delatado. ¿Quién? ¿Quién la odiaba tanto que había ido con el cuento a dirección? ¿Y si había sido el director el que les vio? Habían ido con sumo cuidado, pero siempre cabía la posibilidad de que alguien les descubriera.

Su historia con Adrien la había llevado a perder su trabajo. Pero no estaba arrepentida en absoluto, volvería a repetirlo. Lo que había vivido junto a Adrien era algo que necesitaba y que no cambiaría por nada.

Su mente empezó a trabajar a toda velocidad. Buscar un nuevo trabajo. Los compañeros a los que consideraba amigos. Tenía que decírselo a Ana, y también a Nico. ¿A Adrien también?

«Necesito calmarme», se dijo.

Al llegar a casa se estiró en el sofá. Estaba tan confundida que no sabía cómo poner orden a sus ideas.

Recibió un aviso de mensaje de Adrien.

*Buenos días. ¿Quedamos para comer?*

No podía responderle. En ese momento no quería nada más que desconectar del mundo. Solo quería dormir. Necesitaba dejar de pensar, dejar de sentir aquella presión en el pecho. Necesitaba evadirse.

Y así lo hizo. Puso el móvil en silencio y se quedó dormida, agotada por el llanto que no podía controlar.

Adrien no entendía por qué Daniela no le contestaba a ningún mensaje ni atendía sus llamadas. Le había escrito más de cuatro veces. Se hubiera conformado con saber que estaba bien.

Sabía que estaba trabajando, pero estaba seguro de que en algún momento podía haberle contestado. Eran más de las cuatro de la tarde y seguía sin saber nada de ella. Ya no aguantaba más, tenía que averiguar qué estaba pasando.

Se dirigió al edificio de Terapias. Una mujer menuda le sonrió al entrar.

—Disculpe, me gustaría poder hablar con la señorita Daniela Kearney.

—¿Daniela? —Suspiró—. Me temo que eso no será posible, señor. Ya no trabaja en el centro.

—¿Cómo ha dicho? —Necesitó unos segundos para cerciorarse de que lo había entendido bien—. ¿Desde cuándo?

—Hoy es el primer día que no trabaja con nosotros. ¿Puede ayudarle otra persona?

—No, gracias. Es todo. —No iba a dar más explicaciones. Salió del edificio rápidamente. Solo le quedaba un lugar en el que buscarla.

No entendía cómo no había visto aquel lugar antes. Sam se lo había mostrado la noche anterior. Lo único que había hecho desde que llegó al balneario, hacía ya más de tres meses, era ir de casa al trabajo y del trabajo a casa, excepto algún día que había ido de compras a la ciudad y un par de días más que había salido con Ana. Para llegar hasta allí, no necesitaba el coche. Lástima no haberlo descubierto antes.

«Adrien».

Tenía varias llamadas de él y varios mensajes, pero no tenía fuerzas para contestarle. No en ese momento, quizá más tarde o al día siguiente.

Conforme pasaban las horas se daba cuenta de que el despido no le había afectado tanto como ella creía. Eran todas las circunstancias que lo envolvían las que le afectaban de verdad. Las palabras de aquel estirado del director, la idea de que alguien la había traicionado, la sensación de volver a estar de nuevo en el punto de partida y no saber muy bien hacia dónde ir...

Aunque tuviera una varita mágica con la que borrar todo lo que le había pasado ese día, seguiría sintiéndose igual de mal. Eso era justo lo que acababa de descubrir en el silencio de aquel lugar. Era Adrien y la idea de perderlo lo que le hacía daño de verdad.

Necesitaba estar allí un rato más. Le encantaba aquel paisaje. El mar le recordaba Barcelona. Se sorprendió del tiempo que hacía que no pensaba en lo que había dejado allí. Adrien la había tenido muy distraída, pero... ¿Qué pasaría ahora?

No tenía respuesta, al menos no la tenía todavía.

Consultó el móvil y vio un par de llamadas de Ana y otra de Sam, seguramente ya se habrían enterado.

Les llamó a ambos.

Le pareció que Ana estaba muy afectada. Daniela no tenía ganas de entrar en ese tipo de conversación y le dijo que necesitaba estar sola y que al día siguiente la llamaría. No pareció gustarle, pero se mostró comprensiva y le ofreció su compañía varias veces. Sam hizo lo mismo, pero más que afectado parecía muy enfadado. Lo escuchó despotricar sobre la dirección del hotel y sus «mierdas», textualmente, de normas y sobre todo le escuchó varias veces insultar al «desgraciado» o «desgraciada» que hubiera ido con el cuento a dirección. Igual que hizo con Ana, se despidió de él hasta el día siguiente.

Agradecía el cariño de sus amigos y que le hubieran ofrecido estar con ella, pero no necesitaba ese tipo de compañía. Hablar sobre el despido y todo lo que estaba relacionado con él, le parecía demasiado para ese día.

El sonido de las olas del mar al chocar contra las rocas, aunque algo lejano, le impidieron escuchar unos pasos que se acercaban.

La voz de Adrien la asustó.

Sentada allí le vio como si fuera un gigante. Su corazón se aceleró al verlo. Intentó mostrar serenidad.

—Te he buscado por todas partes. Necesitaba saber que estabas bien. —Parecía aliviado.

—Lo estoy. Mira qué paisaje. He perdido la noción del tiempo.

—¿Por qué no me has llamado?

—He tenido un mal día y no era buena compañía, ni siquiera para hablar por teléfono.

—Con saber que estabas bien me hubiera conformado. —No pudo evitar mostrar su enfado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Fui a tu casa y esperé un buen rato. Pensé que estabas dentro y no querías abrir. Insistí en el timbre y una vecina me dijo que no estabas. Dijo que saliste de casa con una manta.

—¿Y eso te hizo pensar que estaba aquí?

Él seguía de pie a su lado, y ella sentada con la mirada al frente.

—No estaba seguro. Ayer Víctor nos trajo aquí paseando y pensé que podría ser una posibilidad. No he acertado a la primera, llevo un buen rato dando vueltas.

«Sam también debió enseñarle este lugar a Víctor», pensó ella.

—Sabía que en el balneario no estarías —prosiguió.

—¿Por?

—Sé que ya no trabajas allí.

Ella lo miró, eso no lo esperaba.

—Fui a buscarte. Pregunté por ti y me lo dijeron.

—¿Quién te lo dijo?

—Una chica jovencita. Según su placa, una tal Julia.

«Oh, Julia. Tengo que llamarla».

Adrien hizo un movimiento para sentarse a su lado, pero ella se lo impidió.

—¡Espera!

Él se detuvo mirándola sorprendido.

—Si te vas a sentar a mi lado, hay condiciones.

—Te escucho.

—Si me vas a mirar con lástima, pena o compasión lo mejor será que te vayas.

—Nunca te miraría de esa forma.

—Entonces siéntate, disfruta de las vistas.

—¿De las que tengo enfrente o al lado?

Ella sonrió por primera vez en todo el día. Le ofreció parte de su manta y él la aceptó, refugiándose en su interior.

—¿Puedo pedirte algo? —Daniela formuló su pregunta casi en un susurro. Solo sentirlo a su lado ya le daba la calma que necesitaba.

—Pues claro. ¡Pide!

Dejo de mirar al frente. Giró la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Puedes hacer que me olvide de todo? ¿Qué mi mente deje de dar vueltas?

Él se acercó y la besó suavemente. Era tierno, dulce, como un primer beso.

—¿Voy bien? —Le preguntó aún con los labios sobre los de ella.

—Vas bien.

—¿Vas olvidando? —Le mordió el labio y siguió jugando con ellos.

—¿De qué tenía que olvidarme?

Él se echó a reír. Volvió a unir sus labios. Parecía que habían pasado semanas desde que la viera por última vez. Todo lo que necesitaba y deseaba en aquel momento lo tenía a su lado. Ella le había pedido que la hiciera olvidarse de todo. La entendía porque él necesitaba sentir lo mismo.

Permanecieron con la mirada clavada el uno en el otro hasta sentir escozor en los ojos. No necesitaron palabras para entender que tenían que marcharse de aquel lugar. Se levantaron. Adrien la guio hasta su coche.

—Necesito preguntarte algo. —Se detuvo antes de entrar.

Ella le invitó a hacerlo con un movimiento de cabeza afirmativo.

—Me dijeron que ya no trabajabas en el balneario. No me especificaron, lógicamente, si te habían despedido o eras tú la que te habías marchado. He deducido que era un despido.

—Has deducido bien.

—¿Ha sido por...? ¿Por lo nuestro? —Dejó claro por su expresión que ese tema le angustiaba. «¿Lo nuestro?», repitió ella en su cabeza.

—No. No ha sido por ese motivo —le mintió—. ¿Te preocupaba que fuera así?

—Sí, la verdad es que sí.

—Tranquilo. El contrato ha terminado y no me lo han renovado. Están haciendo recortes en el personal y yo soy de las que menos tiempo lleva. —No podía decirle la verdad. La culpa no era suya y si le decía el motivo del despido, sería muy difícil para él no sentirse responsable. Eso le llevaría a mirarla de aquel modo en el que ella le había pedido que no lo hiciera.

Él no dijo nada, lo mejor era evitar cualquier malentendido que la hiciera pensar que sentía lástima por ella. Si algo le había quedado claro de aquella mujer, era que despreciaba que la compadecieran.

Adrien le propuso visitar el pueblo del que hablaron días atrás, donde se podía disfrutar de un bonito paisaje cuando subía la marea. Allí pasaron el resto de la tarde. Pasearon por el pueblo cogidos de la mano y evitando hablar de su despido o de cualquier tema relacionado con su trabajo.

Cenaron en un restaurante y aprovecharon para descansar y reponer fuerzas. El paseo había sido muy largo.

—¿Qué tal fue con tus amigos?

Él se sintió incómodo. No fue porque no quisiera hablarle de ellos, sino porque le había dado muchas vueltas al momento en que se encontraron el día anterior, y no se sentía orgulloso de la forma en que se comportó. Debería haberlos presentado.

—Estuvimos bien. Nos pusimos al día del trabajo y poco más.

—¿Los dos trabajan contigo?

—No, solo Víctor. Jaime es médico.

—¿Alguno de ellos es gay? —Se arrepintió de haber dicho aquello en voz alta sobre todo al ver la cara de sorpresa de Adrien.

—¿Gay? ¿Eso te pareció? No, en absoluto —Se echó a reír—. Víctor se ha divorciado hace poco tiempo y Jaime... digamos que le gustan demasiado las mujeres, no le veo con un hombre.

—Ha sido una tontería comentarlo, perdona.

—No tiene importancia. ¿Hubo algo que te hiciera pensar que podían serlo?

«Sí, que Víctor se estaba comiendo a besos con Sam», pensó.

—No, la verdad es que me ha pasado por la cabeza y lo he dicho sin más. A veces tengo que repetirme que no hay que decir lo que estás pensando, sino que hay que pensar lo que se va a decir.

—No estoy de acuerdo, me gusta tu espontaneidad. Ser impulsivo no siempre te lleva a un buen lugar, pero también reconozco que me gusta la gente que dice lo que piensa sin más.

Salieron del restaurante y volvieron al coche.

—¿Vamos a mi habitación?

—No me hace mucha gracia ir al balneario.

—Ya no tienes que darle explicaciones a nadie.

—Lo sé, pero todavía tengo que ir a buscar unos papeles, digamos que aún no me he desvinculado del todo. Y tampoco me gustaría parecer que estoy provocando.

—Seremos discretos, lo haremos como siempre. Desde el aparcamiento. No quisiera presionarte, pero me gustaría tenerte allí conmigo. Ese lugar me ha dado momentos muy especiales a tu lado y...

—Me has convencido. Tú sigue esforzándote porque me olvide de todo, como te pedí, y yo me cuelo en tu habitación.

Adrien sonrió.

Llegaron al aparcamiento y un guardia de seguridad se los quedó mirando al entrar, aunque a Daniela no pareció importarle. No lo había visto en su vida y de haberla conocido le importaba bien poco.

En la habitación había una cubitera con cava que Adrien había pedido de camino al balneario, junto con unos bombones y algo de fruta.

Sentados el uno frente al otro en el sofá con una copa de cava, se limitaron a mirarse hasta que Adrien rompió el silencio.

—¿Por qué no me contestaste anoche a los mensajes?

—Dejé el móvil en casa, salí a pasear con un amigo. Cuando llegué era tarde.

—¿Qué amigo?

—Sam.

—¿El mismo con el que te abrazabas en el jardín por la tarde? —Al ver la cara de asombro de ella decidió explicarse mejor—. Te vi desde la terraza.

— ¡Ah! Sí, era Sam. Necesitaba compañía. Tenía un mal día.

—¿Quién necesitaba la compañía, él o tú?

—Puede que ambos, aunque él tenía algo en la cabeza y necesitaba desahogarse.

—¿Qué clase de algo?

—Estamos preguntones, ¿me equivoco?

—Estamos. Cuéntamelo.

—¿Por qué quieres saberlo? Ni siquiera lo conoces.

—Sé que es muy efusivo abrazando.

—Solo quería hablar de sus problemas. Mal de amores.

—Vaya, eso es serio. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —le preguntó, sorprendida

—¿Tú también tienes mal de amores? Has dicho que ambos necesitabais compañía.

—Adrien, no sé adónde quieres llegar con esto, pero deberías dejarlo ya.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo no hablamos de esos temas, no hablamos de amor, ni de sus males, ni siquiera de sus beneficios. Estamos viviendo algo durante unos días hasta que te vayas y no es necesario que finjamos que todo lo que ocurre fuera de aquí, con mis amigos o con los tuyos, es importante o relevante. No tenemos que jugar a eso. Simplemente sabemos muy bien lo que estamos haciendo.

Él cambió de tema bruscamente, visiblemente afectado por sus palabras.

—Me gustaría ayudarte. Víctor conoce bien al director del hotel y podría hablar con él, para que recuperes tu trabajo. No me gusta que estés así.

«Por ahí no, por favor»

—Escúchame atentamente, Adrien. Es posible que me arrepienta de lo que voy a decirte, pero necesito hacerlo —dijo muy enfadada.

Él guardó silencio esperando sus palabras. ¿Qué había dicho mal?

—Mi vida ha sido una autentica mierda en muchos aspectos. El día que me conociste en

Madrid, tan solo llevaba unas semanas fuera de una patética existencia que me destruyó de mil maneras. Quizás decir que fue la vida no sea correcto, fui yo la que me perdí en mí misma. Me ahogué en mares de autocompasión y eso es precisamente lo que no quiero volver a vivir. No tuve valor para coger otro camino, me quedé anclada al suelo esperando que el destino decidiera por mí y eso me destruyó de mil formas distintas.

»Hoy, simplemente me conformo con saber que tengo que elegir un camino y que voy a ser lo suficientemente fuerte para hacerlo. Quiero mirar adelante, equivocarme, caerme, cagarla todas las veces que sea necesario y reunir fuerzas al final para que mi camino no se detenga. Quiero quererme para compensar la manera en que me destruí a mí misma.

»La realidad es que he perdido mi trabajo, que te irás dentro de dos días y por muy jodido que sea todo eso, el hecho de sentir que estoy en un punto donde puedo levantarme mañana y pensar en qué es lo que voy a hacer y, sobre todo, saber que estoy capacitada para «hacer», ya me hace sentir viva.

»Quiero estar contigo ahora y olvidarme de todo, pero sin que sientas que me estoy rompiendo. Si me ofreces ayuda y percibo tu lástima, entonces me rompes de verdad.

Un silencio inundó hasta el último centímetro de la habitación.

Ella se acercó sigilosamente a él, le cogió las manos y se las apretó fuertemente. Pudo sentir en algún punto de ese contacto el latido acelerado de su corazón.

—¿Sabes, poeta? —dijo en un tono mucho más dulce—. Ahora estoy pensando en un señor que hace mucho tiempo escribió algo que me gusta mucho. —Le soltó las manos, las juntó como si estuviera rezando y con la punta de los dedos recorrió su cuerpo desde el cuello hasta el centro del pecho, donde se detuvo. Se acercó para susurrarle al oído: «¿Quieres que conservemos una dulce memoria de nuestro amor? Pues amémonos hoy mucho, y mañana... digámonos adiós».

Adrien sintió que le temblaban las manos, las mismas que ella le había apretado con fuerza un momento antes.

Sus palabras le habían impactado y habían provocado un escalofrío que parecía haberse instalado en su cuerpo sin intención de dejarlo. Admiró sus palabras, aunque al escucharlas le habían atravesado las entrañas. La deseó como nunca imaginó que se podría desear a una mujer.

Se acercó a ella en medio de una balanza de emociones. A un lado la furia de la confusión y la rabia, al otro la calma del deseo y la admiración por ella.

—Desnudos. ¡Ahora! —No era una orden, era una súplica.

Ambos lo hicieron por separado manteniendo la mirada. No hubo un propósito de provocación en aquel ritual de desvestirse. No era algo erótico, ni sensual, no había la clara intención de provocar el deseo y la excitación en el otro. Se estaban desnudando de verdad, porque querían amarse aquella noche. La rima de aquel poeta, pronunciada en voz alta, les permitía amarse libremente, sin pensamientos, sin dudas, sin contradicciones. No tenían que pensar en el futuro ni en las consecuencias. Eran libres para mostrarse, para dedicarse el uno al otro, justificados por las palabras de una rima que les invitaba a ser y sentir libremente sin pensar en nada más. No tenían que fingir.

La libertad de amarse empezó con un abrazo. Siguieron con besos que llegaban incluso a ser dolorosos. Ambos se marcaron la piel, presionando con las manos y con los dientes. Había que dejar huellas de todo tipo. Se entregaron como nunca lo habían hecho y como sospecharon que jamás podrían volver a hacer con nadie.

Llegaron a la cama, tropezando con todos los obstáculos, como si separarse no estuviera permitido o fuera a enfriar una llama que alcanzaba temperaturas prohibidas.

Adrien la recorrió por completo con las manos y con la lengua. Daniela respondió con gritos y



temblores.

La penetró con todas las intensidades que podían existir. Empujaba en su interior como si necesitara marcarla incluso por dentro, en las paredes de su sexo, de su yo más íntimo.

Se comieron el tiempo y se comieron hasta el alma. Ambos llegaron a ella con el dolor de sentir algo desconocido y con la libertad de poder sentirlo aquella noche.

El orgasmo llegó para liberarlos de una placentera tensión que habían alargado mediante caricias. Gritaron sus nombres. Después el sonido de la respiración, después silencio.

Adrien la abrazó por la espalda y así quedaron perfectamente acoplados sin atreverse a decir una sola palabra hasta que, agotados y saciados, se quedaron dormidos.

Comprobó que él siguiera durmiendo antes de levantarse. Tenía que ir a buscar sus papeles al departamento de personal y eran más de las nueve. Lo mejor sería ir a buscarlos y volver a la habitación después. Cuanto antes los recogiera, antes quedaría desvinculada del balneario. Aunque la noche anterior habían hablado de decirse adiós, intuyó que solo era algo simbólico. Suponía que podrían pasar juntos los días que él estuviera allí y alargar aquella noche mágica.

Se vistió a toda prisa. Abrió el armario con mucho cuidado para coger su abrigo y se quedó mirando la ropa que él había colgado. Cogió la manga de una chaqueta para acercársela y olerla. Era la que llevaba puesta el primer día que paseó con él de la mano. La olió, como si allí pudiera encontrar el aroma de aquel día. En la estantería que había justo debajo vio un papel. Solo se hizo visible cuando ella había tirado de la manga. Sintió curiosidad.

Su sonrisa fue desapareciendo para dar paso a una expresión de miedo. Reconocía aquel papel. Era suyo. Allí estaban escritos todos sus deseos.

¿Era el mismo papel que ella llevaba en su bolso? Parecía más deteriorado, incluso mojado en alguna parte. Sabía la respuesta, pero necesitaba comprobar si el suyo aún estaba en su bolso. Abrió el bolso y estaba allí.

Su cabeza empezó a procesar lo que aquello significaba. Recordó que en Madrid había perdido ese papel, por eso había vuelto a escribirlo. Creyó que lo había perdido en la calle. Revivió aquel momento en su mente como si hubiera pasado tan solo unos minutos antes.

«Se me cayó en su despacho, durante la entrevista», concluyó.

Allí estaba la explicación de todos sus deseos concedidos. Releyó rápidamente el papel y algunas palabras se clavaron directamente en su pecho haciendo estragos en su interior: bailar desnuda, los zapatos, el orgasmo, el masaje...

No soportaba pensar que todo había sido un juego. Él debió ver aquel papel y en algún momento hizo por encontrarse con ella para jugar a ser su Aladino particular y concederle todos sus deseos.

«¡Nooooooooo!»

Le temblaron las manos. Se acercó a la cama y lo observó, sabiendo que sería la última vez. Sintió como si le abrieran en canal. Dejó el papel encima del lado de la cama que ella había ocupado y se marchó.

Se dirigió al departamento de personal que se encontraba en la planta baja del hotel. Por suerte, sus documentos ya estaban preparados. Apenas leyó lo que firmaba. Necesitaba salir de allí porque estaba empezando a sentir un dolor agudo en el pecho que de no controlar la haría gritar como una loca.

Salió del balneario a toda prisa mientras hacía esfuerzos por que las lágrimas no le impidiesen la visión. Se acercó a unos arbustos y dejó que su cuerpo expulsara todo lo que ya no podía contener.

Una hora sentada en el suelo abrazándose las rodillas, fue suficiente para agotar su reserva de lágrimas y para calmarse. Las imágenes de todos los momentos vividos con Adrien aparecían en su mente, amontonándose, para acabar presionando más en su pecho. Necesitaba hablar con Nico.

Le contó toda la historia. La del despido y la de Adrien. Esta última sin desvelar su identidad. Tampoco le habló del papel. Nico no entendía muy bien lo que había ocurrido. Entendía que la

habían pillado y despedido y también que por la razón que fuera ese hombre le había hecho daño. No conocía los detalles, pero solo había algo que le importaba y era que ella estaba destrozada.

—Daniela, una pregunta, cielo. Cálmate y responde.

—Dime —dijo sollozando.

—¿Qué coño haces ahí? ¿Te queda algo por hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Que salgas de ahí ahora mismo. Haz tu maleta. Voy a reservarte un tren.

—¿Hoy? ¿Ahora?

—¿Tienes algo pendiente que solucionar con el trabajo?

—No.

—¿Alguna conversación pendiente con tu amiguito?

—No.

—Pues haz la puta maleta mientras yo te reservo un billete de tren. Y si te queda algo por hacer, pídele a Ana que lo solucione ella. Daniela, cariño, te conozco y lo mejor que puedo decirte para ayudarte es: sal de ahí cuanto antes.

La maleta solo le llevó media hora prepararla. Llamó a Ana para pedirle que fuera urgentemente a su casa. Sabía que estaba trabajando, pero le pidió que se las ingeniara para pedir una hora libre.

Le entristeció comprobar que tenía poco que llevarse. Todas sus pertenencias cabían en una pequeña maleta. Menos mal que no había comprado nada para su casa, excepto algunos utensilios de poco valor.

Recibió una llamada de Nico en la que le informaba del tren que tenía que coger. Salía en tres horas. Disponía de tiempo suficiente. La estación estaba a media hora en coche. Tomó nota de la reserva para validarla en la estación.

Ana llegó con la cara descompuesta. Al verla, Daniela se derrumbó y se abrazó a ella. De nuevo empezó a llorar. Le contó a Ana que se iba. Su amiga no entendía las prisas. Le dijo que necesitaba alejarse cuanto antes, que le había ocurrido algo con su hombre misterioso y que no quería seguir allí. No era fácil explicar aquella necesidad de salir corriendo sin contar los motivos reales. Nico no los necesitó para darse cuenta de que ella estaba mal y que debía alejarse de aquel lugar, pero Ana era más complicada de convencer. Al final la entendió o al menos hizo que así lo pareciera.

Hablaron de algunas cosas que ella dejaba en el piso, y de la fianza del alquiler. Ana se ofreció a ocuparse de todo. Daniela le entregó las llaves.

Una hora después se despedía de Ana delante del taxi que había solicitado.

—Prometo contártelo todo muy despacio, aunque sea por teléfono. No te digo que vendré a visitarte porque no creo que vuelva a este lugar, pero espero que vengas a Madrid pronto.

—Lo haré. Te prometo que el mes que viene iré a Madrid. Tengo una semana de vacaciones.

—Espero que te vaya bien con Eloy.

Ana sonrió.

Se dieron un fuerte abrazo. Ninguna pudo reprimir las lágrimas.

—Te quiero, amiga. Cuídate —le dijo una Daniela destrozada.

—Yo también te quiero. Espero que puedas perdonarme algún día —dijo Ana llorando.

—¿Perdonarte?

—Por... haber sido tan borde a veces. Por estos enfados tontos que tuvimos —disfrazó los motivos de su perdón, aunque no eran los verdaderos.

—Olvídate de eso —le dijo sonriendo.

Daniela le dio un beso en la mejilla y entró en el taxi.

Ana se quedó en la puerta de la casa de Daniela con las llaves en la mano, viendo alejarse al taxi que se llevaba a su amiga y sintiéndose la peor persona del mundo, la más sucia, la más traidora.

«¿Qué he hecho?»

En la estación decidió llamar a Sam. De nuevo no podía explicarle los detalles y tuvo que enfrentarse a su sorpresa. ¿Cómo explicar la necesidad que tenía de salir corriendo como si fuese una delincuente? ¿Cómo hacer entender a un amigo que se iba lejos de allí porque se sentía engañada?

Sam le prometió visitarla en poco tiempo y quedaron en llamarse cuando pasaran unos días y Daniela estuviera más tranquila.

«Ahora te toca a ti, Adrien».

Abrió su portátil y redactó un correo para él.

*De:* Daniela

*Para:* Adrien Feraud

*Asunto:* Adiós

Una vez más quiero felicitarte la Navidad. Es una época en que muchas personas se animan a hacer actos caritativos con los demás, y el que has hecho tú merece un reconocimiento.

¿Qué se le puede decir a alguien que se ha entregado por completo a cumplir gran parte de mis deseos?

Sin duda, GRACIAS.

Aún queda alguno por cumplir, pero de esos ya me ocupo yo. Tú ya has hecho bastante, ahora descansa.

Seguro que es agotador.

Espero que hayas encontrado la diversión y la sensación de poder que proporciona un gesto tan generoso.

Señor Feraud... Ha sido un placer coincidir en esta vida.

Daniela

Apagó el ordenador tras pulsar con mucha fuerza la opción de «enviar». Las lágrimas volvieron a aparecer, pero esta vez no podía permitir que salieran. Su tren estaba a punto de salir y no podía perderlo.

Adrien despertó con el sonido de la puerta al cerrarse. Daniela no estaba su lado, por lo que dedujo que habría ido a buscar los papeles del despido, tal como le había comentado.

La echaba de menos. Parecía como si su cuerpo ya notase su ausencia. ¿A qué hora se habría marchado?

Decidió darse una ducha mientras pensaba en ella. La noche anterior algo había cambiado en su interior y antes de irse necesitaba hablar con ella. No podía soportar la idea de despedirse y no volver a verla. No podía seguir huyendo de esos sentimientos. No quería darles forma todavía, ni siquiera ponerles un nombre, pero sabía que no quería despedirse sin más.

La noche anterior, ella le había sorprendido con aquel poema. Se entregaron el uno al otro como si fuera la última vez, pero no podía aceptar esa idea.

Al salir de la ducha se fijó en el papel que había en la cama. Se acercó y al cogerlo sintió como si el corazón se fuera a detener.

Lo había visto. Había visto ese papel. ¿Qué habría pensado?

—No, no, no. ¿Por qué ahora? —dijo en voz alta.

Se tumbó en la cama y allí pasó dos largas horas sin apenas pestañear. No sabía cómo afrontar aquello. Le dolía pensar el daño que ella habría sentido al ver aquel papel. Debió pensar que se había burlado de ella, que había encontrado un entretenimiento.

Necesitaba hablar con ella. Seguro que no contestaba a sus llamadas. Se vistió y salió dispuesto a encontrarla.

Una hora después ya había recorrido todo el balneario. Decidió probar en su casa y en el lugar donde habían estado el día anterior, cerca de la playa, pero tampoco hubo suerte.

Volvió derrotado a su habitación. Le envió un mensaje. Esperó. No hubo respuesta. ¿Debía esperar un poco a que estuviera más calmada? No sabía exactamente qué habría pasado por su mente al descubrir ese papel, pero seguro que no era bueno. ¿Cómo había sido tan descuidado? ¿Dónde lo habría encontrado? Hacía muchos días que no lo había mirado.

Esperó una hora más y se decidió por abordar el tema directamente. Se acercó a recepción y esperó a que su amiga lo atendiera. Si no conseguía nada, buscaría a Sam.

—Ana, necesito que me digas dónde está. Tengo que hablar con ella.

Ana se apoyó en el mostrador para poder hablar sin que nadie los escuchase.

—No recuerdo que tengamos tanta confianza.

—Déjate de formalismos. Necesito hablar con ella, y sé que tú sabes dónde está.

—Déjala en paz. Ya la has fastidiado bastante. La han despedido por tu culpa y a saber que más le has hecho.

—¿Qué la han despedido por mi culpa? ¿De qué estás hablando? —Su tono era más elevado de lo que debía ser.

—¿Y qué creías? ¿Ella no te lo contó?

—Me dijo que el motivo era otro.

Aquella afirmación le explotó en el cerebro.

—Ya no está. Se ha ido. En este momento debe estar en un tren camino de... algún lugar, que por supuesto no te voy a decir.

«Se ha ido».

Sin despedirse de ella, salió del vestíbulo para refugiarse de nuevo en su habitación.

Tardó media hora en abrir el correo. Allí estaba su mensaje. Lo leyó mientras por primera vez en muchos años sentía resbalar las lágrimas por sus mejillas.

«Daniela...»

El tren llevaba parado más de diez minutos. Acomodada en su asiento miró varias veces por la ventanilla y a lo largo del vagón, intentando encontrar una explicación a que no se pusiera en marcha. Había llegado con algo de retraso, por lo que aún le extrañaba más que no iniciara su marcha.

Sonrió ante la idea que le pasaba por la cabeza en aquel momento. Parecía que el tren estuviera esperando por ella. Su marcha había sido tan apresurada que parecía que el tren le regalaba un pequeño tiempo para que se asegurase de su decisión.

Aunque ese hubiera sido el caso, no se habría movido del asiento. Le hubiera gustado hacer las cosas con más calma y no salir corriendo como si fuera una fugitiva en busca y captura, pero habría decidido lo mismo.

Se atrevió a mirar el mensaje que le había enviado Adrien. Todavía no lo había leído. Se armó de valor y lo hizo.

*Necesito verte. Dime dónde estás. Tenemos que hablar.*

Sabía que le afectaría leerlo fuera cual fuera el contenido. El simple hecho de leer algo de él, ya le hacía daño.

No podía dejar de pensar en todos los momentos que había sonreído mirando ese papel y comprobando que muchos de sus deseos se habían cumplido. Eran pequeñas cosas que para ella tenían una gran importancia y la entrada de Adrien en su vida había hecho posible que pudiera vivirlos.

No sabía exactamente de qué forma él habría planeado todo aquello. Ahora entendía que no había sido una casualidad su llegada al balneario. Debía sentir curiosidad por ella desde que leyera aquel papel y seguramente encontró el momento ideal para cogerse unas vacaciones donde ella trabajaba. Allí podría jugar a concederle sus deseos.

Le dolía pensar en ello. No sabía qué nombre tenía la parte más profunda del cuerpo desde un punto de vista emocional. Fuera cual fuera su nombre, el dolor llegaba hasta allí. Sentía una mezcla de vergüenza, humillación, decepción y desencanto.

Sabía que el adiós entre ellos estaba cerca, quizás a uno o dos días, pero no hubiera querido que fuera de esa manera.

Entonces, ¿qué es lo que ocurrió la noche anterior? Lo había sentido de verdad, había sentido aquella conexión. Habían hablado de conservar una dulce memoria y eso fue lo que estuvieron haciendo. Seguramente, a pesar de su caprichoso plan de conquistarla y jugar, le había cogido cariño. Incluso se había entregado de aquella manera para hacerle un bonito regalo. Uno más.

¡Sí! Estaba bien claro que era eso lo que había sucedido. Después de concederle sus deseos, solo le quedaba darle un majestuoso final. Una noche de amor apasionada.

Daría cualquier cosa por poder volver atrás y no abrir aquel armario donde encontró el papel. Dentro de pocos días se hubiera enfrentado al dolor de despedirse de él y seguramente habría sido muy duro, pero no era comparable al dolor que sentía en ese momento. El otro dolor hubiera ido desapareciendo con el tiempo hasta dejar un gran recuerdo en su vida, pero este otro... el que sentía en ese instante no era tan fácil hacerlo desaparecer. Este otro le impediría volver a confiar en alguien, al menos en muchísimo tiempo.

Cerró los ojos pensando que podría contener las lágrimas que amenazaban con salir. Cientos



de imágenes de momentos vividos con Adrien aparecieron en su mente como si fueran diapositivas. La última que apareció fue frente al mar, acurrucados en una manta, abrazados sin ninguna noción del tiempo.

Esa imagen provocó que las lágrimas no pudieran contenerse más.

El tren inició su marcha. Se volvió a acomodar y cerró los ojos de nuevo. Volvía a estar en el mismo punto de partida. La misma necesidad de alejarse rápidamente como meses atrás.

Esa vez no era su pasado en Barcelona el que dejaba atrás, sino el hombre del que sin ninguna duda se había enamorado.

«Adrien...»

Una de las razones por las que compró aquel piso, aparte de su proximidad con la oficina, eran las increíbles vistas que tenía de la ciudad. Aun así, no recordaba haber pasado tanto tiempo mirando a través de la ventana. Era el único lugar que en aquel momento le reconfortaba.

Adrien había regresado a Madrid tres días antes de lo previsto. Nada le retenía en el balneario si no podía estar con Daniela. Intentó comunicarse con ella, pero fue inútil. No respondió a sus llamadas ni a sus mensajes. Cada hora que pasó allí sin ella, sabiendo que estaba lejos, fue un infierno. Desde ese momento no había sido capaz de pensar en otra cosa. Las imágenes de todo lo que vivieron juntos aquellos días se repetían constantemente.

Las palabras que pronunció su amiga aparecían una y otra vez en su cabeza: «La han despedido por tu culpa». ¿Por qué no le dijo nada? ¿Quería evitar que se sintiera culpable? Fuera cual fuera la respuesta, la habían despedido por tener una relación con él y ella había optado por no decírselo, de algún modo lo había protegido.

Le invadió un sentimiento de nostalgia.

Pero él no podía marcharse de aquel lugar sin respuestas. No podía irse sin más, sabiendo que aquella relación había sido el motivo de su despido. Él estaba involucrado, era parte de todo aquello y quería respuestas.

La visita que le hizo al director le obligó a escuchar un aburrido discurso, pronunciado con mucho orgullo, sobre las normas del centro que dirigía.

Le hubiera gustado golpearlo y dejarlo sin sentido, pero se contuvo, recordando que ese hombre era amigo de Víctor y eso no le aportaría nada bueno, excepto un interrogatorio por parte de su amigo en caso de que llegase a sus oídos, y eso era algo que no estaba dispuesto a soportar.

Intentó que su visita fuera lo más discreta posible y que aquel enjuto y orgulloso hombre le proporcionara algún dato sobre el despido de Daniela. Y así fue. Emocionado por trasmitirle los valores éticos de su personal, acabó confesándole que había sido un compañero de Daniela el que había dado parte de su comportamiento. Cuando obtuvo la información deseada, salió de aquel despacho, porque si se quedaba un minuto más acabaría por decirle todo lo que pensaba sobre sus valores éticos y sobre su visión del compañerismo y no merecía la pena.

Su siguiente visita la recibió Eloy. Intuía que él estaba detrás de todo lo sucedido.

Al principio se mostró reacio a darle información, pero Adrien no tenía intención de salir de allí sin saber toda la verdad, así que le dijo, muy sutilmente, todo lo que estaba dispuesto a hacer, recurriendo a sus innumerables contactos y sus recursos económicos, si no le decía todo lo ocurrido. Funcionó. El hombrecillo pareció acobardarse y acabó por identificar a la persona que había delatado a Daniela.

A Adrien no le gustaba mostrarse así de prepotente ante la gente, ni utilizar ese tipo de recursos, pero estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de saber quién había sido el malnacido que la había delatado. Pero ¿qué clase de compañerismo había en aquel lugar?

Se llevó una gran sorpresa cuando escuchó el nombre de la amiga de Daniela: Ana. ¡Impresionante! Hubiera deseado cualquier nombre antes que aquel. Estaba convencido de que Daniela no sabía nada.

Recordó la conversación que mantuvo con Ana, minutos antes de abandonar el balneario.

—¿Se marcha, señor Feraud? Veo que ha acertado su estancia —le dijo con una sonrisa

descarada.

—Eso parece.

—Espero que haya tenido una estancia agradable —Continuó mostrando su sonrisa cínica mientras le hacía entrega de los documentos que daban por finalizada su estancia.

—La he tenido, pero ya no hay nada que me retenga aquí —Esta vez fue él el que le regalo una sonrisa de las mismas características—. Podría haberme marchado ayer, pero antes necesitaba obtener una información importante y muy valiosa.

Ana lo miró extrañada intentando interpretar sus palabras, pero no dijo nada.

—Que tenga un buen día —le dijo él mientras recogía unos documentos. Antes de darse media vuelta, le guiñó un ojo.

Tenía la sensación de que habían pasado semanas desde que se fue del balneario y tan solo llevaba en Madrid poco más de un día. Un día que había pasado prácticamente tirado en el sofá o en la cama, dándole vueltas a todo lo ocurrido. Sus pensamientos se agolpaban sin orden alguno. Todo le parecía confuso.

El día que Daniela se fue, se había despertado con el firme propósito de decirle que no estaba dispuesto a terminar lo que había entre ellos cuando él volviera a Madrid. Lo que no sabía muy bien es de qué forma se lo hubiera dicho.

No estaba preparado todavía para confesarle lo que sentía, pero tampoco para perderla. Tenía clavadas las palabras que le había escrito en el correo. Le dolía ver su dolor y su decepción, pero lo que más le dolía era ser incapaz de escribirle, explicarle lo que él sentía y aclararle lo que había ocurrido con aquel papel.

Todo era tan reciente que le resultaba imposible pensar con claridad. Tenía que calmarse y dejar pasar el tiempo para saber adónde le había llevado todo aquello.

Tenía que volver cuanto antes al trabajo y distraerse, no podía seguir con aquel punzante dolor en el pecho. Al día siguiente volvería a la oficina y se mantendría ocupado.

Cogió el móvil dispuesto a hablar con Víctor y hacerle saber que ya estaba en Madrid, pero no llegó a hacer la llamada. La imagen que apareció en su móvil le dejó de nuevo abatido. Eran sus manos, las manos que fotografió una vez cuando estaban en su sala de trabajo.

Las miró como si se tratara de esas piedras preciosas con las que trabajaba a diario. Allí estaban aquellas benditas manos. Se acercó el móvil a la boca y besó la pantalla suavemente, como un adolescente que besa el póster de su ídolo. Se recreó en el beso mientras su mente lo transportaba a todos los momentos en que aquellas benditas manos le habían hecho feliz.

«Joder, cuánto te echo de menos», pensó.

No soportaba la idea de haberle hecho daño. ¿Dónde estaría? ¿Estaría bien?

—Me perdí en mí misma —pronunció en voz alta.

Recordó esas palabras preguntándose qué era lo que le había hecho tanto daño. ¿De qué huía cuando salió de Barcelona?

«Daniela...»

Ana no dejaba de darle vueltas a las palabras de Adrien Feraud. Quizá no tuvieran importancia, pero por un momento la invadió el miedo al pensar que la información a la que hizo referencia pudiera tratarse del despido de Daniela. No sabía muy bien cómo, ya que se suponía que aquella información era confidencial, pero podría ser que un hombre de su posición hubiera intentado conseguirla y al final la hubiera obtenido. ¿Se enteraría Daniela de que la había traicionado?

Estaba muy cansada. No había sido capaz de dormir en toda la noche. La desagradable sensación que tuvo cuando vio partir a su amiga se había instalado en ella y todavía no se había marchado. Se sentía mezquina. Las palabras de cariño de Daniela le retumbaban en la cabeza.

Todavía no había visto a Eloy, y eso no mejoró su estado de ánimo. Desde la noche que estuvieron juntos, no había sabido nada de él. El día anterior le había enviado un mensaje en el que le proponía que se vieran después del trabajo, pero le contestó con un escueto: «Imposible. Tengo mucho que hacer».

Decidió visitarlo en su despacho a la hora del almuerzo para hablar con él. Le haría alguna propuesta interesante.

—¿Querías algo? —le preguntó al verla entrar en su despacho. Estaba sentado frente al ordenador y solo apartó la vista un segundo para mirarla.

—Quería verte. No he sabido nada de ti desde el otro día —le dijo, entusiasmada, ignorando la poca atención que él le prestó.

Él dejó de mirar la pantalla. Se levantó y se apoyó en el otro extremo de la mesa frente a ella. Ana se acercó para besarlo en los labios. Él se quedó inmóvil como una estatua sin mostrar ningún interés por corresponder a su beso. Ni siquiera movió los labios.

—Ana, Ana, Ana. Veo que estás confundida. Permíteme que te aclare esta extraña situación —Cruzó los brazos. Se movió ligeramente para acomodarse mejor en la mesa—. Lo que ocurrió la otra noche estuvo muy bien. Fue... agradable. Yo recibí una noticia desagradable y tú parecías muy dispuesta a calmar mi herida.

Ana no daba crédito a lo que estaba escuchando, podía imaginar dónde acabaría aquella conversación, pero aquel hombre le gustaba tanto que todavía albergaba la esperanza de que sus palabras tomaran otro rumbo.

—Dicho de otra forma. Fue un placer follar contigo, pero después de eso... no hay nada más.

—Eres un... un... ¡maldito cabrón! —le gritó desvaneciendo sus esperanzas.

—¿Me insultas a mí? ¿Tú? —Soltó una carcajada—. ¿De verdad crees que puedo estar con una mujer tan frívola como tú? Daniela y tú sois amigas desde la infancia. Yo no lo sabía, me he enterado hace poco. Sabía que la habías recomendado, pero ignoraba que tuvierais ese tipo de amistad.

»No estoy orgulloso de haberle hablado al director de ella, ni me siento bien cuando pienso en su despido, pero entenderás que mi cargo me obliga a denunciar ese tipo de actuaciones. ¿Y tú, Ana? ¿Qué puedes decir para justificar que me contases todos esos detalles sobre Daniela? Sal de mi despacho, y a menos que tengas un tema importante de trabajo no quiero verte cerca de mí. ¿Me he expresado con claridad?

—Eres un cerdo. Seguro que a muchas personas les interesaría saber lo que pasó en mi casa la

otra noche.

—¿Te refieres a lo que hicimos en tu cama? ¿O te refieres a lo que me contaste de Daniela? ¿Qué parte crees que le interesará más a tus compañeros? Vuelve al trabajo, no me obligues a ser más desagradable.

Ana salió de aquel despacho sintiendo cómo las piernas le empezaban a fallar. No sabía dónde meterse para que no la vieran en ese estado. Se dirigió al baño más cercano. Se sentó encima del inodoro tapándose el rostro con las manos, llorando desconsoladamente. Jamás se había sentido tan humillada y tan sucia.

La rabia y el llanto pasarían. Podría enfrentarse a aquello, pero había algo que empezaba a sentir y sabía que en los próximos días iría creciendo. Se sentía sola, realmente sola.

«Lo has fastidiado todo», se dijo.

Miró el reloj todavía aturdida. Eran más de las ocho de la tarde. Se había vuelto a quedar dormida. Desde que llegó a Madrid, había optado por dormir la mayor parte del día. Nunca pensó que fuera posible, pero en cuanto se estiraba en la cama y cerraba los ojos se quedaba dormida profundamente. Cuando estaba despierta, su mente se empeñaba en mostrarle una única imagen: la de aquel arrogante hombre de ojos negros que había alterado todo su ser.

Se levantó de la cama. Decidió que era un buen momento para abandonar aquella imagen desaliñada. Una buena ducha, un poco de maquillaje y un poquito de atención a su cabello consiguieron un resultado de lo más satisfactorio.

Escuchó el sonido de la puerta y se alegró de ver a Nico entrando por ella. Se habían visto muy poco en los últimos días. Desde que llegó, apenas habían coincidido un rato por la noche. Él había evitado en todo momento preguntarle por lo que había ocurrido, respetando su silencio, y era algo que agradecía enormemente.

La noche anterior le había expresado su deseo de buscar un piso para alquilar. No se mostró muy satisfecho con su decisión, le pareció que era precipitado, pero le prometió hablar con Javier para ver si tenía intención de alquilar un piso que tenía disponible.

Nico llegó a casa poco después de las ocho. Se había propuesto no llegar tarde para poder hablar con Daniela. Había respetado su espacio y había esperado a que estuviese más tranquila. Pero no iba a permitir que se hundiera. Conocía de sobra sus antecedentes y debía evitar que cometiera el mismo «delito».

—He traído cena. La vamos a devorar mientras tenemos una pequeña charla.

Daniela se perdió en sus pensamientos al escuchar la palabra «devorar». Recordó una noche en la que Adrien también la utilizó.

«Voy a devorar la cena y luego a ti...», recordó.

—Daniela, ¿dónde estás?

—Lo siento. —Volvió a centrarse en él.

—Tenemos que hablar.

—Hablemos —le dijo asintiendo con la cabeza. No tenía sentido retrasar esa conversación.

Nico sirvió la cena.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. Tienes buen aspecto.

—Nico, déjame hablar a mí primero.

Su amigo asintió con la cabeza.

—Ante todo te agradezco que estos dos días no me hayas taladrado a preguntas. Estaba agotada física y mentalmente. Necesitaba dormir y desconectar un poco —Le miró fijamente—. Estoy bien y no quiero que pienses que he caído en un pozo y voy a estar así un montón de tiempo. Esos estados de ánimo ya son historia. Simplemente, en pocos días me han pasado muchas cosas y necesitaba algo de tiempo y espacio para poner un poco de orden en mi cabeza y asimilar lo ocurrido.

—Me alegra oírte decir eso. Tenía miedo de volver a verte hundida —Le tocó la cara con signos más que evidentes de preocupación—. Háblame de lo que te ha pasado.

—Han sido varias cosas. Por un lado, quedarme sin trabajo, por otro... una especie de desengaño... amoroso, supongo.

—¿Quieres hablar de él?

—No. De verdad que me gustaría contarte lo que ocurrió, pero ahora duele y preferiría que pasara algo de tiempo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Pues claro que sí. Solo contéstame a algo y no te preguntaré nada más —La sonrisa de ella lo invitó a seguir hablando—. ¿Mereció la pena?

—Rotundamente sí. Lo que he vivido y sentido ha sido muy especial. Lo necesitaba y eso me ha ayudado mucho. No tuvo un final feliz, de esos de cuento, pero de una forma u otra tenía que terminar —Hizo una pausa y suspiró—. En cuanto al despido... en cierto modo me he sentido aliviada. El trabajo no estaba mal, pero últimamente me resultaba demasiado rutinario, las horas allí dentro se hacían eternas. Lo único que me salvaba era la ilusión que tenía con... él.

Evitó decir su nombre. No es que creyera que Nico fuera a relacionarlo con el dueño de Versus, pero no quiso arriesgarse. Le hablaría de Adrien más adelante, en unos días o semanas. Le contaría la historia completa. No quería ocultarle nada, sobre todo sabiendo que lo conocía. Eso suponía un problema, pero no quería pensar en ello.

—Entonces me alegro por ti. Ha sido una etapa más, y ahora a mirar hacia adelante.

—¿Has hablado con Javier del piso de alquiler?

—Sí, es una de las cosas que quería decirte. Los últimos inquilinos se fueron hace poco tiempo y no estaba seguro de si lo iba a alquilar de nuevo. No lo dejaron en muy buen estado. Le he comentado que buscabas un piso y no lo ha dudado ni un segundo.

—Cuánto se lo agradezco.

—No cantes victoria tan pronto, primero tienes que verlo.

—Perfecto. Estoy deseando. ¿Cuándo podemos ir?

—Cuando quieras. Tengo las llaves.

—¿Vamos ahora? —Juntó sus manos en forma de súplica.

—¿Ahora? —La observó sorprendido—. Está bien, pero déjame decirte que no tienes por qué correr. Puedes estar en mi casa el tiempo que quieras. Quizá sería mejor esperar a que tengas un trabajo.

—Necesito tener un piso para mí sola. No es que no quiera vivir contigo. Podremos vernos todas las veces que nos apetezca. Vendré aquí y tú vendrás a mi casa, pero lo necesito. Cuando me fui de casa de Ana estaba muy ilusionada con tener un espacio para mí sola, y apenas he tenido tiempo de disfrutarlo. Además, Nico, tú tienes una vida muy... ajetreada y sé que mi presencia aquí te hace cambiar planes continuamente.

—No vamos a discutir, yo también soy muy independiente y te entiendo, pero necesito que te quede claro que me encanta tenerte en casa.

—Lo sé —Se lanzó a abrazarlo—. ¿Está muy lejos de aquí?

—No, ya te dije que está a menos de quince minutos caminando. Ahora falta saber en qué condiciones está. Según Javier está listo para vivir, hace dos semanas que lo limpiaron todo, pero tengo que verlo con mis propios ojos.

Javier había vivido allí varios años. Fue un regalo de sus padres cuando se independizó. Ellos se encargaron de pagar una buena cantidad y el resto lo fue pagando él poco a poco durante unos años. Cuando decidió mudarse a otro más amplio, lo alquiló. Los últimos inquilinos se habían marchado hacía dos meses y decidió no volver a alquilarlo más. Pero al enterarse de que Daniela lo necesitaba, no lo pensó ni un solo minuto. Le entusiasmó la idea de que lo ocupase Daniela. Adoraba a aquella chica y quería echarle una mano.

Daniela supo que viviría allí nada más entrar por la puerta. Tal y como había dicho Javier, estaba perfectamente equipado para entrar a vivir. Era más pequeño de lo que había imaginado,

pero aun así le gustó. La decoración era muy acorde con los gustos de Javier.

Cada pared era de un color diferente, todos muy llamativos. Le llamó la atención el color verde que había elegido para el techo del baño. Solo Javier podía combinar los colores de aquella forma y obtener un resultado satisfactorio. Una inyección de vida.

—Vaya, es un sitio lleno de vida. Me gusta.

—A mí me daría dolor de cabeza vivir aquí. Una cosa es darle color y otra vivir dentro de un arcoíris, pero siendo de Javier no podía ser de otra forma.

—Yo necesito esto: color, vida.

—Entonces, ¿te gusta? No es muy grande, pero para ti sola es suficiente. Y está perfectamente limpio.

—Me encanta, no necesito más espacio. Está en una buena zona y cerca de tu casa. Así podré fastidiar tus citas a menudo.

—Es posible que alguna vez te pida que lo hagas. Es increíble cómo algunas personas no entienden a la primera que no te apetece estar con ellas.

—¿Has probado a ser más claro? Si no te entienden, igual es que confundes a la gente.

—La gente debería ser más perceptiva.

Continuaron el recorrido que les llevó pocos minutos. Una habitación, un baño completo, un salón con cocina americana. Tan solo les llevó un par de minutos ver todo el piso. Estaba decidido, no necesitaba seguir buscando.

Daniela no pudo esperar y llamó a Javier para decirle que le encantaba. Este le dijo que podía mudarse cuando quisiera y que ya hablarían del tema del alquiler más adelante. El precio que le había comentado a Nico era bastante asequible, más bien muy generoso. Lo acabaría de hablar con él.

Estaba entusiasmada con la idea de mudarse allí. En medio de su sonrisa triunfal apareció la imagen de Adrien causando de nuevo aquella maldita punzada en el estómago.

Pensó que si pudiera pedir un deseo abstracto, de esos que solo pueden cobrar vida en las películas, pediría ser invisible y así poder verlo aunque fuera una sola vez.

Al día siguiente, Daniela, con la ayuda del ayudante de Nico en el estudio, trasladó sus pertenencias al nuevo piso.

A las seis de la tarde, ya tenía lo necesario para instalarse y así se lo hizo saber a Nico. Tardó muy poco tiempo en colocar el contenido de su maleta. No habría sido necesaria la ayuda de aquel joven si Nico no hubiera insistido en que se llevara unas sillas, un pequeño equipo de música y ropa de hogar que él no necesitaba y que pensó que a ella le serían de gran utilidad. Se alegró de haber aceptado.

Sentada con una taza de chocolate caliente, miró por la ventana. Llovía. Se quedó ensimismada en las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal empañado. Cogió el mando del equipo de música y seleccionó unas canciones lentas muy acordes con su estado de ánimo.

Había decidido pasar allí la noche a pesar de las protestas de Nico. Necesitaba un nuevo espacio, pero aún necesitaba más la sensación de estar empezando algo nuevo.

Era la cuarta vez que hacía la maleta en pocos meses. Esperaba que aquella fuera la definitiva.

De nuevo Adrien invadió sus pensamientos. ¿Estaría en Madrid? ¿Pensaría alguna vez en ella?

No había vuelto a intentar comunicarse con ella. No hubo más llamadas ni más mensajes. Tampoco le contestó al correo que le envió.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Luchó por controlar el llanto, pero se rindió. Las imágenes de aquellos días volvían a su mente y se dio cuenta de que toda la rabia y el dolor que



llevaba dentro tenían que salir. ¿Cómo iba a conseguir olvidarse de él?

Llegó a la oficina temprano. No había avisado a nadie de su llegada a Madrid, así que las primeras caras con las que se cruzó no pudieron disimular su sorpresa.

No se encontraba con ánimos de intercambiar impresiones con nadie, solo quería ponerse al día y sumergirse rápidamente en una rutina de trabajo.

Elena fue la primera en darle la bienvenida. Él se mostró algo frío. Le pidió que se reuniera con él en media hora para ponerle al día de todo. Seguía siendo provisionalmente su ayudante, aunque se negaba a que siguiera siéndolo por mucho tiempo. Ella se esforzaba por hacer un gran trabajo, y él se lo agradecía, pero necesitaba a otra persona en ese puesto.

Durante más de una hora, Elena le puso al corriente de todo. Terminada la pequeña reunión, le pidió a Elena que le comunicase al jefe de diseño que se reuniera con él. Este acudió rápidamente a su llamada.

Olivier dirigía el departamento con gran eficiencia. No había nada que se hiciera sin su supervisión y autorización. Había llegado a Versus para sustituir a Celia, su madre, cuando se jubiló un año atrás.

Celia había mantenido una buena amistad con los padres de Olivier y conocía sus logros profesionales. A raíz de un encuentro casual en París, estudió la posibilidad de que el joven entrase a trabajar a Versus.

Al principio, Adrien fue muy reticente a contratarlo, pero su madre insistió mucho en hacerlo. Hablaba del joven con mucha admiración, destacando su gran experiencia y profesionalidad.

Olivier había estudiado Diseño de joyas y también Gemología. Antes de incorporarse a Versus, había trabajado en una importante firma francesa de joyas.

Era un hombre pocos años más joven que Adrien. Se había ganado el respeto del equipo que dirigía y por supuesto de Adrien, que confiaba en él plenamente. Desde su llegada se habían realizado las mejores y más importantes colecciones. Todas ellas habían sido un éxito de ventas y habían facilitado el proceso de expansión de la firma.

Olivier era poco hablador. Se mostraba reservado en todas sus actuaciones y era realmente difícil saber qué estaba pensando. Adrien había adquirido la costumbre de hacerle las preguntas muy rápida y directamente, ya que de no ser así, no solía pronunciarse. En cierto modo era un artista, y como tal solía evadirse a menudo en su mundo creativo.

Tenía una faceta muy seductora en contraposición a su carácter reservado. No había más que ver cómo le miraban todas las mujeres que trabajaban en la empresa, pero él parecía ajeno a todo ello. De su vida privada conocía muy poco. Al llegar a través de la recomendación de su madre, no había sido necesario investigar nada sobre él.

Ultimaron algunos detalles de dos nuevas colecciones que estaban a punto de ver la luz, y se centraron en la que se encontraba en pleno proceso de creación, la que más interés despertaba en Adrien.

—Estamos en ello —dijo Olivier refiriéndose a todo su equipo—, pero aún no he encontrado lo que busco.

—¿Nada de nada? ¿Ni siquiera la temática? —le preguntó Adrien, intentando disimular su decepción.

—No, Adrien, todavía no tiene forma. Te mantendré informado.

—No pretendo presionarte, pero necesito esos diseños cuanto antes.

—Lo sé. Lo encontraré.

Adrien le había pedido hacía unos meses que trabajase en un diseño completamente distinto. Quería unas piezas diferentes y originales que formaran parte de una exclusiva colección de alta joyería. Tenía en mente un tipo de mercado para introducir esas joyas y confiaba en la capacidad creativa de Olivier.

Antes de que Olivier abandonara el despacho, la puerta se abrió mostrando a un Víctor sorprendido.

—¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Puestos a preguntar... ¿Por qué no llamas a la puerta de una puta vez? —Su expresión era intimidatoria y el tono de voz algo elevado.

Olivier se disculpó, alegando estar muy ocupado, dando por terminada la reunión. Se dirigió a la salida sin decir nada.

Una vez a solas, Adrien siguió mostrando el mismo semblante.

—¿A qué viene esto? —le preguntó Víctor, molesto.

—¿A qué viene qué? Te he dicho mil veces que llames antes de entrar, pero ya no sé cómo decírtelo. ¿Es necesario que instale un sistema automático, con cámara?

Víctor no protestó, conocía lo suficiente a su amigo para saber que era mejor cambiar de tema.

—¿Cuándo has vuelto? ¿Por qué no me has avisado?

—Hace un par de días —dijo más tranquilo—. ¿Desde cuándo te tengo que decir todo lo que hago?

—Se supone que estarías en el balneario hasta mañana o pasado.

—Estaba cansado de estar allí. He vuelto calmado y relajado. He dormido, he comido estupendamente bien y estoy como nuevo. Fin del tema.

Víctor lo miró desafiante, molesto por el tono irónico que estaba utilizando.

—Pues quién lo diría.

—Siento haberte hablado así delante de Olivier —dijo con voz queda.

Víctor, que ya lo conocía, ignoró sus palabras.

—Cuando quieras te pongo al día de algunos temas importantes.

Y así lo hicieron durante las dos siguientes horas.

Al finalizar su reunión, Adrien le informó que quería buscar a una ayudante cuanto antes.

—¿Sigues con eso? Creía que al final sería Elena. Lo más lógico es que no te compliques buscando a alguien sin experiencia. Elena conoce perfectamente ese trabajo. Deberías desvincularla de las otras tareas para que pueda centrarse en ti de una vez por todas.

—Víctor, eso ya lo hemos hablado. Elena seguirá con su puesto en cuanto encuentre a otra ayudante.

—¿Has hablado con ella? Porque parecía estar convencida de que a tu vuelta la convertirías oficialmente en tu ayudante y que su puesto lo ocuparía Natalia.

—No tengo ni idea de dónde ha sacado esa idea, pero te aseguro que yo jamás le he dicho algo así.

—Deberías considerarlo. Te llevará un tiempo encontrar a alguien y formarla. Quizás no sea un buen momento.

—Víctor, no voy a ceder en eso. Tengo varios viajes programados para principios de año y no me voy a llevar a Elena a ninguna parte. Elena es muy buena en su puesto y le agradeceré de la forma que sea necesaria su ayuda, pero no la quiero como ayudante. Es la última vez que hablamos este tema.

—De acuerdo, pero entonces ponte las pilas y empieza a buscar a alguien. Se supone que tus vacaciones han sido para que te relajes. No tiene sentido que vuelvas a las andadas.

—Lo haré. Mañana mismo me centraré en ese tema.

—Vamos a comer. Estoy hambriento.

—Sí, necesito airearme un poco.

De camino llamaron a Jaime para que se uniera a ellos. No necesitó pensarlo mucho, les dijo que se dirigía hacia allí.

A diferencia de Víctor, Jaime no le preguntó nada respecto a su vuelta. Era un hombre demasiado celoso de su intimidad, por lo que raras veces invadía la de los demás.

—¿Qué planes tenéis para mañana por la noche? —preguntó Víctor sin demostrar demasiado entusiasmo.

—¿Qué pasa mañana por la noche? —dijo Adrien.

—Es la noche de Fin de año —respondió Víctor.

—Antes de que me propongáis alguna fiesta estúpida, os aviso que he quedado. Es muy guapa y muy simpática. Entenderéis que la prefiera a ella —sentenció Jaime.

—Por mi parte no hay propuestas. No pienso salir. Ya sabéis que odio ese tipo de fiestas.

—¿Y adónde vas con esa preciosidad? —le preguntó Víctor a Jaime.

—A una fiesta que hacen en el club de tenis, donde trabaja. Hace años fui socio, y la verdad es que organizan unas fiestas muy buenas. ¿Por qué no vienes, Víctor?

Víctor se quedó pensativo, valorando la invitación de Jaime.

—Eso sí. Tendrás que buscarte la vida. No voy a pasar allí toda la noche.

—Te vendría bien asistir y tener un poco de... fiesta —le dijo Adrien a Víctor.

—A ti también te vendría bien, ¿no crees? Igual ese malhumor que tienes es porque estás necesitado de... cariño —le contestó Víctor a la defensiva.

—De eso está servido —dijo Jaime con una media sonrisa.

Al ver la complicidad de ambos amigos, Víctor quiso que le aclarasen el tema.

—¿Me he perdido algo? Que yo sepa, has estado recluido en un balneario.

—Vale, chicos, dejémoslo. No quiero hablar de ese tema. —Le lanzó una mirada asesina a Jaime. Solía intervenir poco si se trataba de la vida de los demás, pero cuando lo hacía no se cortaba lo más mínimo.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es lo que me estáis ocultando? ¿Has tenido un rollito estos días?

Adrien resopló y dejó el tenedor en la mesa. Sabía que si no le proporcionaba un mínimo de información a Víctor, le haría la vida imposible.

—Tuve una pequeña historia los días que estuve en el balneario. ¿Contento? —dijo con desgana, advirtiéndole con la mirada que no le iba a proporcionar más información.

—¿Y por qué yo no sabía nada? ¿Se lo contaste a Jaime?

—Joder, Víctor, pareces un niño pequeño. Solo se lo comenté por encima. Tú estuviste muy ocupado con los masajitos. Pero no hay nada de lo que hablar. Fin del tema.

—Y... ¿Quién era? ¿Alguien que trabajaba allí? —le preguntó ignorando su advertencia.

—Sí, y no tengo nada más que decir. ¿Qué parte no has entendido?

—Vale, vale. Estás muy rarito desde que has llegado. A ver si va a ser por la misteriosa chica —. Al ver la mirada de Adrien, decidió dar por acabado el tema—. Vale, me calló. Ya me lo contarás otro día.

Jaime siguió como si el tema no fuese con él. Adrien se preguntó si a su amigo realmente le corría sangre por las venas. A veces podía ser exasperante. ¡Vaya dos amigos más distintos!

—Me ha dicho Olivier que está esperando confirmación de tu hermano para las fotografías.

¿Has hablado con él?

—Adrien, has estado fuera dos semanas, más las que estuviste en el hospital. Me he ocupado muy bien de Versus en ese tiempo y lo sigo haciendo ahora. ¿Ha habido algún problema? —Hizo una pausa en espera de una respuesta de Adrien que no llegó—. Todo está controlado. Después de tu relajante y al parecer entretenido retiro, deberías tranquilizarte. Todo el mundo ha hecho muy bien su trabajo y todo funciona perfectamente.

—Eso ya lo sé. Pero no has contestado a mi pregunta. De esas fotografías me encargo yo y quiero saber si todo está preparado.

—Le he visto esta mañana temprano y estoy esperando que me diga cuándo las hará. Le he hecho un favor esta mañana, así que no puede fallarme.

—Un favor. ¿Tú? ¿A tu hermano? —le dijo riendo.

—Sí, yo... a mi hermano —recalcó las palabras, ofendido—. Ha alquilado el piso a una amiga y quería instalarse hoy. Había un problema en la ducha y me ha pedido que le echase una mano. Quería arreglarlo cuanto antes. Me ha llamado a las seis de la mañana y he sido muy generoso porque he ido y se lo he arreglado. Como ves, no soy tan mal hermano.

—Tú... ¿Arreglando un grifo? —le preguntó Jaime. Por su cara parecía que hubiera dicho que había arreglado una nave espacial.

—¿No me veis capaz de arreglar un triste grifo?

Ninguno de los dos contestó, solo se miraron y estallaron en una carcajada, algo que molestó mucho a Víctor.

Los tres amigos se despidieron. Víctor, de regreso a la oficina, no pudo evitar preguntarse si la aventura que había mencionado Adrien habría sido con la compañera de Sam. La que les interrumpió. No recordaba su nombre, pero sí recordaba que Adrien la saludó cuando se cruzaron con ella. ¿Y si era ella? ¿Y si le había contado a Adrien lo que vio? Seguramente estaba exagerando. ¿Qué probabilidades había de que fuera esa mujer?

El recuerdo de ese momento le hizo pensar en Sam. Había rechazado su propuesta de pasar juntos el Fin de año, le dijo que después de lo ocurrido en Navidad, era mejor darse un poco de tiempo. Su rechazo le dolió enormemente. Le estaba presionando. Le estaba pidiendo que tomase una decisión para la que todavía no estaba preparado. ¿Cómo se iba a enfrentar a todo aquello?

Adrien pasó el resto del día reunido con los directores de diferentes departamentos. Eran más de las nueve cuando satisfecho por la forma en que había aprovechado el día y, por supuesto, con el funcionamiento de la empresa, se fue a casa. Era el momento que más temía. Sus pensamientos nada más salir de la oficina volvieron a centrarse en ella y de nuevo aquel maldito y doloroso vacío en el estómago.

Recordó una sensación parecida cuando se fue de Francia y su padre salió definitivamente de su vida. Había sido una separación traumática donde se mezclaba lo mucho que lo echaba de menos y el odio que empezó a sentir por él. Un odio que mantuvo hasta que su padre murió.

Las historias no eran del todo comparables, ya que el odio no tenía ninguna relación con Daniela, pero la sensación de pérdida y vacío sí que era comparable.

Cuando llegó a casa, se dio una ducha que duró más tiempo del habitual y se preparó una cena rápida de la que no fue capaz de probar más de dos bocados.

Echaba de menos reír de la manera que lo hizo con ella. Su vida hasta entonces era algo aburrida. Siempre rodeado de personas serias.

Excepto algún buen momento con sus amigos, no había nada más. Trabajo y más trabajo. Una rutina disciplinada y apagada. Incluso el sexo se había convertido en algo rutinario que no le

aportaba nada nuevo; una forma de apagar una necesidad más bien física. De todo eso se dio cuenta el día que leyó sus deseos.

Ironías del destino, ese papelito que de alguna forma les había unido, también les había separado.

Y por más ironías del destino, ya estaba preparado para escribir su propia lista. Solo contenía un deseo: Daniela.

Con ese pensamiento se quedó dormido, ignorando que muy cerca de allí la mujer que encabezaba su lista de deseos también se dormía pensando en él.

El último día del año no parecía tener nada especial para Adrien. Sin embargo, el personal de Versus estaba más revolucionado de lo normal. Ese día las oficinas solo estarían en funcionamiento hasta el mediodía, para que todos pudieran preparar su noche especial, si es que la tenían.

El único que parecía ajeno a todo ese ajeteo era Olivier. Le estaba esperando en la puerta de su despacho para informarle que las fotografías de la nueva colección estaban programadas para dos días después, con Javier y su socio. Le ofreció un breve resumen de los escenarios que se utilizarían, así como las modelos que aparecerían en ella.

Muy cerca de donde estaban escucharon la voz de dos mujeres que reían y hablaban de algo relacionado con la cena de Fin de año.

—¿Tienes planes para esta noche? —le preguntó Adrien. Era la primera vez que le hacía una pregunta tan personal.

—Sí y no. Voy a una fiesta con algunos compañeros de mi equipo. Odio la Navidad y todo lo relacionado con ella. Me he dejado convencer, pero en cuanto pueda me iré.

Aquel hombre pensaba igual que él con respecto a la Navidad. La diferencia es que él no se iba a dejar convencer por ninguna propuesta. Víctor lo había seguido intentando, pero al final parecía que había desistido.

—¿Y tú? ¿Tienes planes? —se interesó Olivier.

—A mí tampoco me gustan las fiestas navideñas. Este año he sido más valiente que otros y he dicho que no a todas las propuestas. No quiero arrepentirme como otros años.

—¿Sabes? Igual yo hago lo mismo. Voy a ver si se me ocurre alguna excusa.

—Si no se te ocurre, llámame. Yo las he utilizado todas.

Ambos se separaron riendo.

Una hora más tarde Adrien estaba en su despacho pensando en la forma de reanudar la búsqueda para encontrar una ayudante. Debía hablar con Elena, no para pedirle que le ayudara con esa labor, eso se lo pediría a otra persona, pero sí para que estuviera al corriente del tema, aunque lo mejor sería dejarlo para el día dos de enero, cuando se incorporasen nuevamente al trabajo.

Visitó varios departamentos para concretar algunos temas que quería dejar cerrados ese mismo día. De vuelta a su despacho se detuvo frente a la puerta del que utilizó el día que le hizo la entrevista a Daniela. Estaba cerrado y pidió al vigilante de esa planta que se lo abriera. Entró despacio. La imagen de Daniela invadió su mente.

Paseó por el diminuto despacho. La imagen de sí mismo, sentado tras la mesa, abriendo el sobre con sus braguitas y riéndose a carcajadas, pareció cobrar vida. Se dirigió al otro extremo del despacho y se situó tras la mesa que había ocupado. Entonces fue la imagen de ella la que cobró vida. Su timidez al entrar, la indignación que mostró ante sus comentarios, su expresión frente al cuadro.

«El cuadro», se dijo.

En dos zancadas se situó frente a él y lo observó. Se sintió hechizado por aquella imagen, por lo que pudiera provocar en ella. Unas bailarinas de ballet, danzando en lo que parecía un gran salón de palacio, y un anciano profesor impartiendo una clase. No le encontraba ningún significado. Aquella imagen formaba parte de sus pesadillas, de algo enigmático y doloroso para

ella.

De nuevo presión en el pecho. Estaba frente a algo que formaba parte de ella hasta lo más profundo.

«Profundo», se dijo.

Ahí le gustaría estar en ese momento, en las profundidades del cuerpo y la mente de Daniela, disfrutándola y riéndose con sus comentarios.

La puerta se abrió. Elena, que parecía no perder detalle de sus movimientos, apareció en la puerta sorprendida de encontrarlo allí.

—¿Necesitas algo? —le preguntó en su siempre correcto tono de voz.

Adrien tardó en contestar.

—Sí —dijo sin dejar de mirar la imagen—. Lo necesito y lo voy a buscar.

Salió del despacho ante la mirada atónita de su actual pero provisional ayudante. Se dirigió a su despacho para buscar la información que necesitaba y salió rápidamente del edificio.

Aparcó muy cerca del edificio que buscaba. Se detuvo frente a la puerta de madera. Observó un pequeño rótulo transparente con letras negras, que de no conocer el lugar, no proporcionaba pista alguna sobre la actividad que se desarrollaba en su interior. Pulsó el timbre. En pocos segundos un sonido le invitó a empujar la puerta y entrar.

Se encontró con una gran galería en forma rectangular. Desde la entrada resultaba difícil ver el final de la misma. En las paredes, de un blanco deslumbrante, lucían fotografías de todos los tamaños. Una pequeña mesa con dos sillas, a pocos metros de la puerta, era todo el mobiliario que había en la sala. Justo detrás de la mesa, una escalera de caracol atravesaba un techo de madera más bajo de lo habitual.

Un joven, algo estafalario, bajó por la escalera acercándose a la mesa donde Adrien esperaba. Antes de que el joven le preguntase el motivo de su visita, se dirigió a él.

—Quisiera hablar con Nico —le dijo, rezando porque se encontrara en el estudio.

—Está con un cliente, pero baja enseguida. Ahora mismo le aviso. ¿Su nombre?

—Adrien Feraud.

El joven, por la expresión que mostró, dejó claro que no había entendido el nombre, pero no le pidió que lo repitiera. Se dio la vuelta y desapareció por las escaleras.

Adrien paseó por la estancia admirando las preciosas fotografías que colgaban por las paredes que formaban el perímetro de la galería.

Desde que empezara a trabajar con Javier y Nico, siempre había quedado satisfecho con su trabajo. Parecían entender rápidamente la idea que tenía para captar las imágenes que él buscaba de las joyas. Muchas veces le aportaban ideas y escenarios que resultaban ser todo un éxito. Últimamente trataban más con Olivier, aunque él siempre se encargaba de supervisarlos todo.

Se detuvo delante de una fotografía en blanco y negro que captó su atención. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

«¿Daniela?»

La fotografía mostraba a una Daniela más joven. Sin ninguna duda la habían tomado por sorpresa. Sonreía y acercaba su mano al objetivo de la cámara, como si quisiera evitar que disparase. Vestía una camiseta ancha y larga con dibujos infantiles y llevaba el cabello alborotado, como si acabase de salir de la cama. El fotógrafo había captado perfectamente parte de la esencia de aquella mujer: el brillo en sus ojos y su sonrisa.

«Y sus... benditas manos».

Estaba tan absorto en la imagen que tenía delante que no escuchó los pasos de Nico al bajar por las escaleras.



—¿Feraud! —le dijo ofreciéndole la mano.

—Hola, Nico, espero no molestarte.

—No, en absoluto. ¿Vienes por la nueva colección? Es Javier quien se encarga, aunque creo que ha quedado para...

—¡No! —le interrumpió. Nico no acabó la frase y le miró esperando que hablase—. Necesito saber dónde está. —Señaló la fotografía de Daniela.

Nico lo miró sin entender a qué se refería. Siguió la mirada hasta donde él señalaba y lo único que vio fue una foto de Daniela.

—¿Dónde está quién? No te entiendo.

—Daniela, necesito que me digas dónde está. Tengo que hablar con ella. Sé que sois muy amigos y seguro que sabes dónde está.

Nico seguía procesando aquellas palabras, aunque todavía no entendía lo que le decía Feraud.

—¿Conoces a Daniela? Perdona, pero sigo sin entenderte.

—¿No te ha hablado de mí? —Se alejó unos pasos, peinándose el cabello con la mano—. Estuvimos... juntos en... el balneario donde ella trabajaba.

—¿Juntos? —Nico empezaba a entender lo que le decía, aunque le costaba creerlo, pero prefirió que le aclarase algo más antes de meter la pata.

—Yo me he alojado allí unas semanas y... hemos estado... juntos.

—¿Tú eres el tío con el que ha tenido un rollo? ¿Me estás diciendo eso?

Adrien asintió con la cabeza. La situación no podía ser más incómoda.

Nico empezó a pasearse por la sala intentando asimilar aquella información. No es que le importase con quien había estado su amiga, pero le sorprendía que no le hubiera dicho que se trataba de Feraud, ella sabía que trabaja con él.

—Necesito hablar con ella. ¿Está en Barcelona o aquí en Madrid?

—¿En Barcelona? Está claro que no habéis hablado mucho de su vida, sino no me preguntarías si está en Barcelona.

—¿Eso significa que está en Madrid? Dime dónde, por favor. ¿Vive contigo?

—Feraud. Si quieres hablar con ella, llámala.

—No, no quiero llamarla, quiero verla y necesito que me digas dónde está.

—Yo no puedo darte esa información, es ella la que debe decidir si quiero verte o no — Pareció sopesar lo que iba a decir a continuación—. Solo puedo decirte que en mi casa no está. Ayer se instaló en un piso que ha alquilado. No puedo decirte más. No debo, Feraud, es mi amiga y es ella quien debe decidir en su vida. Espero que lo entiendas.

—Lo entiendo, y te lo agradezco, ya me has dicho más de lo que podía esperar. Al menos sé que está en Madrid. ¿De verdad no te ha contado nada?

—No. Me dijo algo cuando estaba todavía allí, pero sin muchos detalles. Hace unos días me llamó para contarme que la habían despedido y que ya no... bueno... nada la ataba allí. Le animé a que viniera lo antes posible. Cuando llegó parecía agobiada y no quise presionarla. Me dijo que me lo contaría todo más adelante. Ayer se instaló en un piso y no te puedo decir más. Creo que incluso te he contado más de lo que debía.

—Antes o después lo hubiera averiguado, lo único que has hecho es facilitármelo un poco. La buscaré.

—Oye, Feraud. No sé qué te ha contado de su vida, pero quiero que tengas en cuenta que ha sido... ¿Cómo definirlo? Una vida extraña y... triste. No quiero que sufra. Hace un tiempo que todo eso quedó atrás y quiero que siga adelante.

—No la busco para hacerle daño, si es lo que te preocupa. Quiero hablar con ella. Nos

despedimos de una forma... Bueno, digamos que tenemos muchas cosas de las que hablar, pero jamás le haría daño. No estoy jugando con ella.

—Me alegro. Suerte en la búsqueda.

—Gracias.

Salió del estudio y se dirigió a su coche. Daniela estaba en Madrid. Eso reducía su búsqueda. Le sorprendió que Nico no supiera nada de su historia. Cuando entró en su estudio, estaba convencido de que Nico se mostraría receloso con él porque conocía los detalles de su encuentro.

«Una vida extraña y triste», pensó.

Así se había referido Nico a la vida de Daniela. ¿Qué podría significar? La última noche que estuvieron juntos, ella le habló de una vida en la que se perdió en sí misma: «Una patética vida que me destruyó de mil maneras». Qué poco conocía a aquella mujer. Ese pensamiento le entristeció.

Al llegar a la oficina, Elena le dijo que Olivier estaba en su despacho reunido con Javier, el hermano de Víctor, y que le estaban esperando. Se dirigió hacia allí de mala gana, no le apetecía participar en esa reunión, ni siquiera la tenía prevista, pero sabía que si Olivier le había llamado debía ser importante.

Javier les presentó varias ideas para la sesión de fotos que empezaría en dos días. Como siempre, las propuestas tuvieron la aprobación de Adrien. Antes de irse, Javier preguntó por su hermano.

—¿Sabes si Víctor está por aquí?

—No, ha salido. ¿Quieres que le diga algo?

—No, no importa, solo quería felicitarlo. —Sonrió intentando que Adrien captara el humor que había en sus palabras.

—¿Felicitarlo? —preguntó extrañado, aunque algo le decía que Javier solo bromeaba como solía hacer siempre con su hermano.

—Sí, ayer arregló el grifo de la ducha del piso que tengo alquilado, y... ¡No te lo vas a creer! ¡Funciona!

—Entonces, ¿es verdad? Ayer nos lo dijo a Jaime y a mí, pero nos estuvimos burlando de él —dijo Adrien sonriendo.

—Sé que es difícil de creer, pero no se le da mal del todo. Cuando vivíamos con mis padres, él se encargaba siempre de todos los pequeños arreglos en casa, pero desde que lo fichaste y le pusiste esos trajes caros...

Adrien sonrió. Javier siempre aprovechaba alguna ocasión para meterse con su hermano y restregarle la vida acomodada que llevaba.

—Aun así, no me convence mucho. Yo en tu lugar la próxima vez que tengas algo que arreglar en casa, llamaría a un profesional.

—Le llamé porque no tenía tiempo de buscar a alguien que lo hiciera. Me corría mucha prisa. He alquilado el piso a una amiga y quería instalarse rápidamente. La ducha tiene prioridad.

Adrien escuchó la explicación de Javier y sintió que las piernas le flaqueaban.

«Una amiga».

De repente todo cobró sentido para él. La inquilina de Javier era Daniela. Todo empezaba a encajar. El paradero de Daniela lo había tenido delante de sus narices y no se había dado cuenta.

¿Y si estaba equivocado? Pero ¿cómo preguntárselo directamente a Javier? Ya le había resultado incómodo hablar con Nico, así que no necesitaba otra sesión de caras de sorpresa o de preguntas.

«Víctor», pensó.

Podría preguntarle a Víctor, aunque la posibilidad de que no le hiciera preguntas era de una entre mil millones. Descartó esa opción.

Su mente trabajó rápidamente. Necesitaba una excusa con la que obtener esa información. Podría investigarlo, pero le llevaría unos días y no podía esperar. Necesitaba encontrarla ese mismo día.

Antes de que su nerviosismo fuera en aumento unas gloriosas palabras salieron de la boca de Javier.

—Vaya, se me ha hecho tarde. Tengo que pasar por el piso antes de ir al estudio. —Le tendió la mano a Olivier, que seguía en su mesa sin prestar atención a la conversación que mantenían. Después lo hizo con Adrien.

—Espera, Javier, yo también me voy. Bajamos juntos —Pensó que por el camino se le podría ocurrir algo—. ¿Dónde has aparcado?

—He venido caminando. A estas horas es difícil circular por Madrid.

—Puedo llevarte si quieres, tengo que hacer varios recados.

—Genial, aunque está cerca, ganaré tiempo si me llevas.

«Yo también ganaré tiempo», se dijo sonriendo para sus adentros.

Le dejó en la dirección que Javier le indicó, fijándose bien en el portal por el que desapareció. Ya tenía la información que quería, así que podía solucionar otros temas mientras pensaba cómo y en qué momento iría a verla. De camino a la oficina pensó en la posibilidad de haberse equivocado y que no fuera Daniela la amiga a la que le había alquilado el piso. No podía estar seguro, pero su intuición le decía que no se equivocaba.

La visita de Feraud le había dejado desconcertado. Si Daniela le hubiera dicho en algún momento que el hombre con el que tuvo una aventura en el balneario era alguien que él conocía, Feraud habría sido el último hombre que le hubiera pasado por la cabeza.

No lo conocía demasiado. No podía decir nada de él porque fuera del ámbito profesional no se habían relacionado. La verdad es que sabía poco de la vida de ese hombre, tampoco es que le hubiera interesado nunca. En alguna ocasión, Javier lo había mencionado para hablar de algo relacionado con su hermano, pero no recordaba que fuera nada relevante.

¿Por qué no le habló Daniela de él? Estaba convencido de que ella sabía que lo conocía. ¿O no se acordaba? Ella estuvo en una ocasión en Versus para hacer una entrevista. ¿Fue con Feraud? ¿Sería esa la conexión?

No le iba a dar más vueltas. Hablaría con Daniela, aunque lo mejor sería esperar a poder hacerlo con tranquilidad. Feraud la estaba buscando. ¿Debería avisarla? Como no encontró una respuesta, prefirió mantenerse al margen. Lo mejor sería que todo siguiera su curso. Decidió llamarla para hablar con ella y ver cómo se encontraba. La llamaría, pero no para hablarle de ello.

—¿Qué tal tu nuevo espacio? —le preguntó.

—Hola, Nico. Mi nuevo espacio está genial. Todo en su sitio. No había mucho que colocar y todo estaba muy limpio. Javier pasó hace un rato para ver si todo estaba bien.

—Sí, me lo ha contado. Por cierto, esta noche no quiero excusas. Te vienes con Javier y conmigo te apetezca o no te apetezca.

—Nico, no tengo ganas de salir, prefiero estar tranquila en casa.

—Podrás estarlo todas las noches que quieras, pero hoy es una noche especial y me gustaría entrar el nuevo año a tu lado. ¿Cuánto hace que no lo hacemos?

Daniela pensó en la última vez que había pasado una Navidad con Nico y no fue capaz de recordarla. Las únicas navidades que recordaba felices eran apenas unas imágenes borrosas de sus primeros años de vida. Al recordar las primeras que pasó en España, sintió un nudo en el estómago.

En casa de sus abuelos nunca celebraron la Navidad. Cuando llegaban esas fechas sentía envidia de sus amigos. Todos hablaban de regalos y comidas familiares. La madre de Nico la había invitado muchas veces a pasar las navidades con ellos, pero solo consiguió que la dejaran ir en dos ocasiones.

Afortunadamente, sus abuelos nunca le pusieron trabas para pasar tardes en casa de Nico. Aquellos eran sus mejores recuerdos. Jugaban y se ocupaban de las tareas del colegio. Eran los momentos en que ella imaginaba que tenía una familia de verdad.

Gracias a Nico, cuando entró en la universidad, dejaron de controlar sus entradas y salidas. Todos, incluidos los padres de Nico, la ayudaron a desvincularse un poco de aquella prisión. Fueron los únicos años que vivió y se desarrolló en el ambiente que le correspondía. Intentó vivir al máximo esos años, pero no fueron suficientes. Su abuela enfermó y, a partir de ahí, su vida empezó a dirigirse a pasos agigantados a un submundo en el que permaneció demasiado tiempo.

En ese submundo había diferentes niveles de profundidad, aunque los exploró todos ellos. Cuando murió su abuela estaba en el fondo, en el más profundo.

Recordar aquella parte de su vida le hacía daño; sin embargo, había aprendido en pocos meses a aliviar ese dolor. Cada vez que recordaba su pasado, intentaba que el último recuerdo fuera el de su abuela tumbada en la cama y sin vida. Esa imagen la aliviaba y calmaba. Era algo morboso pero efectivo.

Recordó el momento exacto en que su abuela abandonó este mundo. Estaba frente a ella observándola, sin atreverse a mirarla. Le daba la impresión de que si se movía le devolvería la vida. Cuando se convenció de que estaba muerta, cerró los ojos aliviada y pensó que en ese instante su abuela no era la única que estaba viendo la famosa luz al final del túnel. Ella veía la suya propia: la de la vida que daba comienzo en ese preciso segundo.

Salió de sus macabros pensamientos para centrarse en la invitación de Nico.

—Está bien, Nico. Tienes toda la razón. Tengo que salir.

—Esa es la actitud que quiero ver. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. Me tengo que situar un poco, han sido muchos cambios en pocos días —Puso los ojos en blanco y suspiró—. Es curioso, cuando vine aquí la primera vez, te dije lo mismo.

—Es que eres una aburrida —Dejó que escuchara su risa—. ¿Sigues pensando en ese tío?

—No es tan fácil hacerlo desaparecer, pero lo haré.

—¿Tan grave fue lo que pasó? —le preguntó con la esperanza de que ella le diera alguna pequeña pista. Se sentía culpable por la información que le había dado a Adrien. Aunque no fuera mucha, era suficiente para facilitarle la búsqueda y no dejaba de pensar que podría haber metido la pata. Necesitaba una señal que le confirmase que no iba a causarle más problemas a su amiga.

—No, no fue tan grave. Simplemente tenía que terminar. ¿Tenemos que hablar de eso ahora?

—No, ya me lo contarás otro día. A las diez te paso a buscar.

—¿Adónde iremos?

—A una fiesta —dijo de una forma tajante. No dejaba dudas de que no admitía preguntas.

—Pero...

—A las diez. —Colgó el teléfono.

Daniela estaba acostumbrada a que Nico colgase el teléfono sin previo aviso cuando él consideraba que se había terminado una conversación, por lo que no le dio demasiada importancia. Lo único que le molestó fue no saber muy bien qué tipo de fiesta era a la que iba a acudir. Le hubiera resultado más cómodo saberlo para irse mentalizando de dónde iba a pasar la noche.

Veinte minutos en el coche, frente al portal donde se suponía vivía Daniela, eran más que suficientes para tomar una decisión y no prolongar la inquietud que le había acompañado todo el día.

Había comido con Víctor y apenas le había prestado atención, algo que no pasó desapercibido a su amigo, empeorando aún más la situación. Por si fueran pocas las vueltas que tuvo que darle a la cabeza pensando en cómo y cuándo visitar a Daniela, tuvo que aguantar el interrogatorio de Víctor sobre el estado ausente en el que se encontraba. Le había repetido, al menos diez veces, lo extraño de su comportamiento desde que llegó del balneario.

Tras deshacerse de él, algo que no resultó nada fácil, decidió poner fin a su creciente ansiedad y plantarse en la puerta de Daniela de una vez por todas.

Esperaba que estuviera en casa, sola, y además dispuesta a recibirlo. Eran demasiados requisitos, aunque estaba preparado para enfrentarse a cualquier inconveniente, excepto al de haberse equivocado y encontrar a otra persona viviendo allí.

Toda la energía con la que se impulsó para llegar hasta allí se desvaneció cuando se plantó frente al portal y no supo a cuál de los numerosos pisos del edificio debía llamar. Decidió volver al coche y planearlo con más calma. No era muy buena idea ir probando en todos ellos.

Mientras esperaba, vio a una mujer de mediana edad que buscaba en su bolso lo que podrían ser las llaves para abrir la puerta. Rápidamente se dirigió hacia el portal controlando sus pasos para no llegar demasiado pronto y tener que dar explicaciones, o demasiado tarde con la puerta cerrada.

La mujer localizó las llaves y se giró para mirarlo con desconfianza. No dijo nada y accedió al edificio. Adrien sujetó la puerta en un intento de ser amable.

—Disculpe, señora. ¿Vive en este edificio? —Ante el asentimiento desconfiado de la señora, improvisó—: Vengo a ver un piso que se alquila. Me he dejado el papel donde lo tenía todo anotado.

La señora pareció dudar, aunque al final le informó del único piso de alquiler que había en el edificio. Le dio las gracias y se dirigió al ascensor, despidiéndose de la señora, que se dirigió a las escaleras.

—Creía que ya estaba alquilado —dijo la mujer subiendo el primer peldaño.

El ascensor cerró sus puertas y respiró tranquilo al no tener que dar más explicaciones a la curiosa señora.

Llegó al piso indicado. Respiró hondo y movió los hombros en círculos. Necesitaba algo de estiramiento para sus agarrotados músculos.

«Allá voy», se dijo.

Salió de la ducha con la piel enrojecida. Demasiado rato bajo el agua caliente. Consultó su reloj. Tenía tiempo suficiente para prepararse. Quedaban más de dos horas para que Nico la pasara a buscar.

Envuelta en una toalla, se acercó al equipo de música agradeciendo que Nico se lo hubiera regalado. Un disco de Michael Bolton empezó a envolver el ambiente. Buscaba una canción en concreto y mientras la seleccionaba con el pequeño mando a distancia escuchó el sonido del timbre de la puerta.

«¿Nico? ¿Javier?», se preguntó.

Se dirigió a la puerta y al mirar a través de la mirilla sintió que las piernas le fallaban. Una imagen distorsionada del rostro de Adrien apareció ante sus ojos, ante la más absoluta incredulidad.

—No es posible —dijo en voz alta.

Con la gigante toalla alrededor de su cuerpo y el mando a distancia en la mano, se apoyó en la puerta intentando procesar lo que estaba ocurriendo.

Bajó un poco el volumen de la música. No quería pensar. Expulsó el aire contenido en sus pulmones y sujetó el pomo de la puerta con valentía. La abrió lentamente.

Ambos se esforzaron por no mostrar expresión alguna en sus rostros. Eran como muñecos de cera, inmóviles e inexpresivos excepto por el fuego que aparecía en su mirada, la que sostenían el uno frente al otro esforzándose por no desviarla en ningún momento, como si la fuerza de la misma hiciera de apuntalamiento y pudiera evitar que sus cuerpos se tambaleasen.

La música los acompañaba. Daniela dio dos pasos atrás a modo de invitación sosteniendo fuertemente el mando a distancia. Adrien dio dos pasos para entrar, cerrando la puerta tras él.

En ese ligero baile de pasos consiguieron quedar, de nuevo, el uno frente al otro sin apartar la mirada. Los labios de él se separaron para decir alguna palabra, pero ella rápidamente pulsó en el mando a distancia aumentando el volumen de la música. Él hizo un nuevo intento por hablar, pero solo consiguió que ella volviera a pulsar el mando, elevando más el volumen.

Sus rostros continuaban inexpresivos. Adrien entendió que ella no quería sus palabras y no volvió a intentarlo. Daniela suspiró aliviada.

Adrien se acercó a ella cogiendo el mando y lanzándolo al aire sin importarle dónde podría acabar ni en qué estado. Se acercó a sus labios, pero no la besó. Los rozó suavemente pendiente de la reacción que ella pudiera tener. Aquella suave fricción hizo que ella cerrase los ojos y separase los labios. Estaba formalmente invitado a hacer lo que deseaba con ellos.

Adrien le besó en la frente y fue descendiendo por su rostro, rozándole con los labios. Era un paseo de alivio y de esperanza. Le repasó las mejillas con pequeños mordiscos y le sujetó la cabeza por la nuca, obligándola de esta forma a fijar su mirada.

Acercaron sus rostros hasta que se fundieron en un beso. Un beso suave y tierno como requería el momento, abandonándolo para coger aire mientras frotaban sus rostros en un extraño y elegante ritual de apareamiento, en el que se olía a necesidad y a deseo.

El cuerpo de Daniela se estrelló bruscamente en la única pared que conservaba el ladrillo original, a modo de decoración. Adrien le sujetó los brazos por encima de la cabeza disfrutando del espectáculo que le dejaba la toalla al caer y se acercó a su cuerpo. Apoyó su frente en la de

ella y ambos cerraron los ojos disfrutando de esa silenciosa conexión.

Daniela se deshizo de los brazos que la presionaban para desnudarlo rápidamente mientras él se cebaba con su cuello dejándole marcas en todos los ángulos. Le dejó únicamente la camisa, desabrochando los botones lentamente. Él intentó quitársela, pero se frenó al ver cómo ella negaba con la cabeza. Abandonó la idea, al parecer ella lo quería así.

Iniciaron un ritmo de besos y caricias que fue aumentando al compás de la música. Michel Bolton les regalaba canciones en las que hablaba de romper cadenas y volver a volar de nuevo, prometiéndose a sí mismo no volver a caer.

Buscaron el placer con desesperación, con prisa, como si se acabase el tiempo. Se entregaron el uno a otro acariciándose como si tuvieran que memorizar cada centímetro de su cuerpo para después plasmarlo en un papel.

Adrien la cogió por la cintura hasta separarla del suelo. Daniela le rodeó la cintura con las piernas. Antes de que se acomodase en esa posición, él la penetró iniciando una serie de movimientos que se prolongaron durante varios minutos. Gritaron exhaustos y satisfechos.

Cuando consiguieron volver a respirar con normalidad, se miraron. Solo Adrien sonrió.

No se escuchó ni una sola palabra. Ninguno de ellos habló. No se pronunciaron palabras relacionadas con la rabia, o con el perdón. Tampoco se dijo nada sobre echarse de menos, ni sobre un papel con deseos y propósitos. No se comentó nada sobre una fría despedida, ni nada sobre un inesperado reencuentro.

Parecieron entender que ninguna de las palabras que pudieran pronunciarse explicaría lo que sentían en ese momento. Si querían comunicarse, tenían que establecer un orden de palabras lógico, coherente, acertado. Optaron por el silencio.

El hechizo que los envolvía se desvaneció cuando ella se separó de su cuerpo y desapareció por el pasillo hacia el interior.

Adrien esperó y se vistió. No se movió del lugar.

Daniela tardó en aparecer, también vestida. Se miraron de nuevo. Adrien se dirigió a la puerta. No se volvió para mirarla, sabía que eso le atravesaría el alma.

Cuando la puerta se cerró, Daniela desconectó la música, se sentó en el sofá y lloró desconsoladamente.

Permaneció en la misma posición durante al menos una hora pensando en lo que acababa de ocurrir. Por momentos, le pareció que podía ser un sueño, fruto de su imaginación, pero las marcas y el olor en su piel le indicaban que él había estado allí.

No era capaz de expresar lo que sentía. Al abrir la puerta, había pasado rápidamente de la sorpresa a la euforia, para seguir con alivio y deseo, y acabar con dolor.

Decidió enviarle un mensaje a Nico para decirle que había decidido no salir esa noche. Le extrañó no obtener ninguna respuesta. Cuando escuchó el timbre de la puerta, media hora más tarde, comprendió que la respuesta le llegaría en persona.

Lo encontró apoyado en el marco, con los brazos cruzados, sosteniendo una bolsa.

—Nico, no voy a salir, así que podrías haberte ahorrado el viaje. —Dio media vuelta y se dirigió al interior esperando que él entrase, pero rezando para que no fuera muy insistente y respetara su decisión.

—Has llorado. ¿Tiene que ver con Feraud? —le dijo entrando a toda prisa y dirigiéndose a la cocina. Sacó dos botellas de vino de la bolsa. Abrió una de ellas y la otra la guardó en el frigorífico.

Daniela lo observaba estupefacta. Acababa de pronunciar el nombre de Adrien. Se acercó a él y le indicó dónde estaban las copas. Se dirigieron al sofá y se acomodaron.



Ella bebió casi todo el contenido de la copa de un sorbo.

—Vamos a ahorrarnos las expresiones de sorpresa y a evitar entrar en el «¿Cómo lo sabes?», «Te lo iba a contar». Ha venido a verme esta mañana y quería saber dónde estabas. No le dije nada, excepto que vivías en Madrid. Te advierto que no tardará en averiguarlo.

—Ya lo ha hecho. Ha estado aquí.

Nico se rio.

—Cielo, sabes que no acostumbro a meterme donde no me llaman. Es tu vida y no tienes obligación de contarme nada, pero hubiera estado bien que me dijeras que tu historia era con Feraud.

—Te lo iba a contar, Nico. Hubiera preferido que te enterases por mí.

—En realidad, su nombre es lo que menos me importa. Solo lo conozco del trabajo, no he intimado con él, pero me hubiera gustado evitar la cara de imbécil que se me ha quedado cuando me ha preguntado por ti.

—Lo siento, no podía imaginar que hablase contigo y mucho menos que iba a volver a verlo.

—Lo único que me importa es saber qué pasó y por qué estás así.

—Acomódate, me llevará un rato —le dijo sonriendo.

—No tengo nada mejor que hacer. ¡Dispara!

Daniela empezó a relatar su historia desde el principio. Le contó la primera vez que lo vio en la entrevista y todo lo que sucedió en ella. Continuó con su encuentro en el balneario y todo lo que ocurrió después; los mensajes, las cenas, las visitas a su habitación... También le habló del despido y de la última noche que pasaron juntos, incluyendo el crucial tema del papel que encontró en su armario.

Nico guardó silencio durante todo el relato. No mostró ninguna expresión para que ella se sintiera cómoda con su narración. Cuando terminó, siguió pensativo unos minutos procesando todo lo que había escuchado.

—¿Por qué no le preguntaste por el papel? ¿No querías que te lo explicase?

—Al principio me dolió mucho encontrarlo. Sentí como si todo lo que para mí había sido especial y mágico, para él solo hubiera sido un juego y hubiera estado planeado. De todas formas, no quería alargar más lo que era inevitable. Descubrir ese papel quizá fue la excusa para poder huir y ahorrarme una despedida que estaba muy próxima y era mejor evitar.

—¿Y hoy? ¿Te lo ha explicado?

—No hemos hablado.

—¿Por? ¿Le has pedido que se fuera?

—No, en realidad ha estado aquí una media hora, pero... no hemos dicho ni una palabra.

—¿Entonces?

—Ya sabes.

—No, no sé. Ilústrame un poquito.

—Nico, no hace falta entrar en detalles. El hizo un intento de hablar, pero yo tenía el mando del equipo de música en la mano y cada vez que intentaba hacerlo, yo subía el volumen.

—¿Y se pasó media hora intentando hablar y tú subiendo el volumen? No sé cómo no habéis acabado locos con tanto decibelio.

Daniela se rio con el comentario.

—Ya te he entendido —aclaró él con paciencia—. Tampoco hace falta darle tantas vueltas para explicarme que vino, follasteis y se fue. Vamos, lo normal.

—Nico...

—¿De verdad le metiste unas bragas en un sobre? —Soltó una carcajada al imaginárselo.

—Cada vez que me acuerdo... —Se tapó la cara con las manos.

—¡Escúchame! Me parece increíble que lo hicieras. ¡Es genial! Esa es la mujer que quiero ver. Y la que me has contado que protagonizó esa historia en el balneario, también es la mujer que quiero seguir viendo. La que no quiero ver es la que ha estado llorando y no quiere salir a divertirse esta noche.

»No sé cuál es el duelo, Daniela, no has querido tener una conversación con él, así que supongo que no quieres volver a verlo. Si es así, no entiendo qué narices tienes que hacer esta noche sola y ahogándote en la pena. Y si aún no tienes claro lo que quieres de él, entonces ya lo pensarás, pero no permitas que nada te impida que entremos juntos en el año. Es algo que hace mucho tiempo que deseamos hacer. Hay un proverbio chino que dice: «Disfruta hoy, es más tarde de lo que crees».

Ella sonrió y alzó los brazos en señal de rendición. No quería pasar la noche como él la había descrito.

—Si te sirve de algo, parecía muy interesado en verte y desesperado por encontrarte.

—Supongo que quería disculparse, pero yo no tenía ganas de escuchar ese tipo de bobadas.

—Antes o después tendrás que escucharlo, no creo que tire la toalla tan fácilmente. Si solo quería disculparse, no se hubiera tomado tantas molestias. Hay otras formas de hacerlo. Con un simple mensaje podría haberlo hecho. —Movi6 la cabeza.

En eso no había pensado. Quizás volviera a verlo de nuevo. No siempre tendría un mando a distancia para subir el volumen de la música, ni tampoco tendría siempre fuerzas para decirle que no quería escucharlo. En realidad sí quería, solo que sentía pánico de que sus palabras solo fuesen una estúpida disculpa y que la mirase arrepentido por haberle causado algún daño.

—¿Le dijiste dónde vivía?

—No. Solo le dije que estabas en Madrid. Supongo que se ha enterado por Javier o por Víctor. No tengo ni idea.

Esa parecía una buena explicación, aunque poco importaba ya la forma en que había descubierto dónde vivía. No podía decir que eso no le había gustado, había pasado un momento inolvidable con él. Volver a verlo y sentirlo había sido un regalo inesperado, aunque el vacío que había quedado después hacía todavía más daño. Un paso hacia adelante y dos hacia atrás. Un ritmo muy delicado que no sabía si sería capaz de seguir.

—Bien, ahora que me has contado esa bonita historia con detalles, lo único que quiero saber es cómo estás.

—Estoy bien, solo que era algo que no esperaba. He intentado sacármelo de la cabeza y aunque no lo he conseguido, lo llevaba mejor que al principio y estaba convencida de que era cuestión de tiempo.

»No pensé que volviera a verlo. Había una posibilidad, ya que vivimos en la misma ciudad, pero no creo que nos movamos en los mismos círculos, así que no lo veía del todo posible. Estaba convencida de que si volvía a verlo, ya no me afectaría demasiado.

—Daniela, quiero que sigas adelante. No importa todo lo que te vayas a encontrar y no me refiero solo a él, sino en general. Lo único que te pido es que te mantengas fuerte para todo lo que pueda llegar. Tu pasado es muy reciente y aún te quedan algunas capas de dolor de las que desprenderte. No tienes que correr, pero tampoco ir despacio y mucho menos volver a detenerte. Coge un ritmo hacia adelante y mantente en él. Estoy muy orgulloso de la forma en que has afrontado y llevado todo lo que te ha ocurrido desde que te fuiste de Barcelona.

—Es lo que voy a hacer, Nico. Me he pasado años lamentando el no tener una vida, y ahora que la tengo quiero vivirla de la mejor manera. Sé que me esperan muchos obstáculos, pero los iré

superando y en el camino iré cicatrizando todas esas heridas, o como tú dices iré desprendiéndome de las capas de dolor que quedan.

—Bien, esa es mi chica. Esta noche nos vamos de fiesta. A las diez te recojo. Tengo que irme.

—Se levantó y se dirigió a la puerta dejando bien claro que no iba a escuchar ninguna protesta.

Necesitó un buen paseo por las calles de Madrid, inmerso en el infernal tráfico, para decidir si volvía a la oficina o se iba directamente a casa. Optó por la primera opción argumentando que ya pasaría en casa el resto de la noche.

Víctor era de los pocos que quedaban en la oficina. Cuando le vio llegar, le reprochó no haber atendido sus llamadas. Adrien las había ignorado, incapaz de tener una conversación coherente con nadie, después de su encuentro con Daniela.

—¿Qué era eso tan importante que querías decirme? —le preguntó sin molestarse siquiera en disculparse por no cogerle el teléfono.

—Una propuesta para esta noche, y los presupuestos que me has pedido esta mañana.

—Solo me interesan los presupuestos. Los miraré y ya te diré algo.

—Deberíamos salir y divertirnos un rato.

—Para eso no me necesitas, seguro que tienes un montón de sitios adonde ir.

—Sí, es cierto, pero me gustaría que saliéramos juntos. Es mi primera Navidad divorciado.

—El año pasado por estas fechas ya estabas divorciado.

—En proceso, pero no oficialmente.

—Víctor, estoy muy tranquilito después de mis mini vacaciones y quiero seguir estándolo. Eso no incluye ir a una fiesta.

—Mónica y su hermano han organizado una en Tuareg y estamos invitados.

—Tendrás que ir tú solo.

—Ese lugar siempre te ha gustado —repuso sorprendido de su negativa.

—Eso no significa que me apetezca ir —Ojeó los papeles que tenía en su mesa intentando que Víctor desistiera de su oferta al verlo ocupado—. Ya eres mayorcito y puedes ir solo a cualquier sitio, incluso a una fiesta. —Le miró regalándole una sonrisa cínica.

—Muy gracioso. No se trata de ir solo, Javier también va a ir. Pero me apetecía que vinieras. ¿Qué tiene de malo querer pasar mi primera Navidad de soltero con un amigo?

—¡Para! —le ordenó interrumpiéndolo—. El chantaje emocional no te servirá conmigo —Dejó los documentos que estaba mirando y se acomodó en la silla. Se cruzó de brazos mirando fijamente al pesado de su amigo—. Te irá bien pasar un rato con tu hermano. Esas son las cosas que ocurren en Navidad. La familia más unida y todo eso.

—Javier estará con sus amigos. Va con su socio, Nico. Si quiero pasar tiempo con mi hermano, mejor elegiré otro tipo de actividad.

«Su socio...»

Si Javier asistía a esa fiesta con Nico, eso significaba que o bien Daniela se animaba o se quedaba en casa. No creía posible que ella tuviera más planes, recién llegada a Madrid. Y puestos a ser optimistas seguramente no se quedaría en casa porque Nico la animaría a salir, al menos eso es lo que él haría en su lugar. Y siguiendo con esa línea de pensamiento, en el caso de que no estuviera en la fiesta, podría averiguar su paradero e ir a buscarla. ¡Se acabaron las tonterías! Necesitaba hablar con ella.

—¿Sabes, Víctor? He cambiado de opinión. Te acompañaré a esa fiesta.

—¿En serio? —Lo miró extrañado por ese cambio de planes, aunque encantado—. Entonces me voy a casa. Podría hacer una reserva para cenar y luego vamos allí.

—Estupendo. Dime dónde has reservado y nos vemos allí a las 9:30.

La cena fue todo un éxito. La celebraron en casa de Javier. Daniela ya conocía a sus amigos, razón por la que se sintió cómoda con todos ellos desde el primer momento. También asistió Eva, la chica que se encargó de su cambio de *look*. Resultó ser el alma de la cena. Se había encargado de prepararla ella sola, y no contenta con ello, se había encargado también de animar el ambiente en todo momento con sus comentarios siempre cargados de humor.

Tras la exitosa cena, se dirigieron al local donde se celebraba la fiesta, media hora antes de la medianoche. Nico le había explicado que acudían a ella invitados por Miguel y Mónica. Ella era una modelo con agencia propia, para la que trabajaban con frecuencia, y Miguel era un decorador de interiores que organizaba eventos de toda clase y con el que habían trabajado muchas veces en escenarios que él mismo creaba. No era solo una relación profesional lo que los unía. Mónica y Javier tenían una relación especial en la que solían quedar de vez en cuando para satisfacer otro tipo de necesidades que surgían, sin que eso alterase en absoluto su amistad y sus negocios.

Los hermanos y los fotógrafos habían trabajado juntos en la reinauguración de Tuareg, convirtiéndose en un local de moda desde hacía varios meses. Miguel se había encargado de organizar la fiesta de esa noche animándolos a todos a asistir.

El resto de amigos con los que compartieron cena no les acompañaron. Aparte de no haber recibido invitación, tenían planes para asistir a otra de las muchas fiestas que esa noche, igual que en miles de sitios de todo el mundo, se celebraban con la llegada del nuevo año.

Daniela lamentó que no les acompañara Eva, y empezó a dudar que la noche junto a Javier y Nico en aquel lugar resultara de su agrado.

El local era espectacular. Había una barra de grandes dimensiones en forma circular. Las paredes eran acristaladas con marcos metálicos rodeando todo el local. A lo largo de las cristaleras se distribuían grupos de seis sillones de respaldo bajo y colores muy llamativos, alrededor de una pequeña mesa que servía para apoyar las bebidas. Había suficiente espacio entre los grupos de sillones, ofreciendo la sensación de un espacio abierto en todo momento.

Se alegró de haber elegido el vestido que le envió Viviana. Todos los asistentes iban elegantemente vestidos. Los hombres con traje o esmoquin y las mujeres con vestidos largos de fiesta.

Recordó el día de Nochebuena. Ese día había estrenado el vestido y por un afortunado cambio de planes de última hora, había pasado la noche en los brazos de Adrien.

Continuaba perdida en sus pensamientos, ajena completamente a que el protagonista de los mismos se hallaba a tan solo unos metros de allí, utilizando unas palmeras artificiales de grandes dimensiones como camuflaje, mientras la observaba detenidamente.

Los mismos pensamientos sobre el vestido y la noche que lo llevaba puesto aparecieron en la mente de Adrien.

Víctor se quedó charlando con Mónica y Miguel, a los que él ya había saludado, mientras él, con una copa de excelente cava, seguía observando a Daniela.

Le resultó muy conveniente que Víctor estuviera tan entretenido en hablar con otras personas, de esa forma no tendría que darle explicaciones de su camuflaje y del objetivo de su mirada.

—¿Has visto a mi hermano? —le preguntó Víctor abandonando por un momento la conversación con sus amigos.

—No, apenas me he movido de aquí. Ya casi son las doce. Esperamos a que se declare oficialmente el nuevo año, pase el jaleo y lo buscamos.

Víctor pareció estar de acuerdo, aunque solamente era porque estaba muy cómodo charlando con aquellos amigos, que se encontraban a pocos metros de allí.

Las luces se apagaron y la sala quedó iluminada solamente por una pantalla gigantesca que podía verse desde cualquier ángulo. La cuenta atrás apareció en forma de números acompañada de los gritos de los asistentes, hasta que una lluvia de confeti anunció el nuevo año, mientras todos los asistentes brindaban y se abrazaban manifestando sus mejores deseos.

Adrien seguía observando a Daniela. En el corto periodo de tiempo que lo hizo, vio que se bebía varias copas de lo que parecía ser cava, y él no recordaba que tuviera demasiada tolerancia al alcohol. Por un lado deseaba que estuviera despejada para poder hablar con ella, pero por otro le parecía más conveniente que el alcohol hiciera de mediador por si acaso ella pasaba de él.

Víctor se acercó con una copa en la mano estrellándola contra la suya. Había localizado a su hermano y, con un gesto, le indicó que se dirigieran hacia allí.

Mientras Víctor se acercaba a Javier y se felicitaban el año, él se acercó a Daniela que estaba separada a unos pasos del grupo, muy concentrada en el contenido de su copa. En ese momento se acercó Nico cogiéndola por la cintura y dándole un beso en la mejilla, al que ella respondió con una sonrisa.

Adrien se acercó un poco más hasta quedar de frente. Sus miradas se cruzaron y Nico al observar la situación se apartó, liberándola de su brazo, hasta perderse entre sus amigos. Eso sí, como buen amigo-hermano que era, no se perdió detalle del encuentro.

Daniela sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, como si se hubiera quedado desnuda de repente en medio de la calle.

Ninguno apartó la mirada, una técnica que ambos dominaban a la perfección. Se había convertido prácticamente en un clásico entre ellos.

Daniela fue la primera en romper el silencio.

—Justo a tiempo, Adrien —Le sonrió de una forma provocativa—. Es una noche de deseos y a ti se te da muy bien hacer que se cumplan. ¿Quieres que te dé una lista de los que tengo para el nuevo año?

Él sonrió ante el sarcasmo de sus palabras. Solo a ella se le podía ocurrir algo así en un momento como ese.

—Me encantaría contribuir a cumplir todos y cada uno de ellos. —Su sonrisa fue desapareciendo. La fuerza de su expresión se centró en su mirada, que parecía arder.

Cogió la copa de ella para dejarla en una mesa cercana. Daniela le esperó impaciente. Sabía y deseaba lo que estaba a punto de suceder.

Adrien le levantó la barbilla con una mano y se inclinó para besarla suavemente. Ella cerró los ojos y se mordió el labio superior. Volvió a abrirlos. Sintió cómo deslizaba su mano por detrás de su cabeza enredándole los dedos en el cabello sin dejar de atender su boca, que besó, mordió y succionó durante un tiempo que no hubiera sido capaz de determinar.

A pesar de ser conscientes de que estaban en un lugar público, no pareció importarles que todas las miradas de sus amigos se centraran en ellos.

Nico sonrió al contemplar la tierna escena mientras que Javier lo interrogaba con la mirada. Se acercó a su oreja y le susurró:

—No creo que mi nivel de alcohol sea el responsable de estar viendo a Feraud besando a Daniela. —Le miró suplicando una aclaración.

—No, no es el alcohol. Es una larga historia. Ya te la contaré —le dijo Nico, sabiendo que su

amigo se conformaría con una aclaración de ese tipo. No solía inmiscuirse en la vida de nadie y en general su filosofía de vida podría resumirse con un «todo es válido si lo disfrutas».

Víctor no dejaba de mirar la escena intentando adivinar quién era la mujer que su amigo besaba. No podía verle la cara bien, ya que se ocultaba bajo el rostro de Adrien, pero algo le hizo pensar que la había visto antes en alguna parte.

Tras el apasionado beso, volvieron a fundirse en otra de sus clásicas miradas.

—¡Sácame de aquí! —le suplicó Daniela.

Adrien no necesitó más palabras para atender encantado su petición, o su primer deseo del año como lo hubiera bautizado ella. La cogió de la mano y se detuvo delante de todos los que los observaban en ese momento. Nadie dijo nada. La música impedía que pudieran entenderse a esa distancia, así que ella optó por despedirse con la mano. No hacían falta más explicaciones. Nico le guiñó un ojo, gesto que había utilizado infinidad de veces a modo de complicidad, y ella se lo devolvió. Añadió otro para decirle que le llamaría y desaparecieron.

Víctor tenía la mirada puesta en la mujer que estaba junto a su amigo. El gesto que Adrien le hizo con la mano y la forma en que los vio dirigirse a la puerta le dejaron bien claro que no pensaban volver. Adrien solía actuar de esa forma, sin dar muchas explicaciones, así que no le sorprendió que se marchara sin más.

De repente, su cerebro le proporcionó la información que había buscado. Se quedó paralizado al reconocer el rostro de aquella mujer. Un millón de imágenes fueron apareciendo para confirmarle su descubrimiento. Cuando consiguió reponerse del impacto que le supuso identificar a esa mujer, se acercó a su hermano y le preguntó:

—¿Conoces a esa mujer? —Su hermano lo miró sin entenderlo—. La que se iba con Adrien —le aclaró.

—¿Daniela? —Lo miró sorprendido—. Claro, es amiga mía.

—¿Y de qué conoce a Adrien? —preguntó, aunque parte de la respuesta ya la conocía.

—Eso pregúntaselo a Nico, que es el que conoce los detalles.

Víctor miró a Nico en espera de una respuesta.

—Deberías preguntarle a Feraud esas cosas, no me corresponde a mí hablarte de Daniela.

Víctor cambió de táctica para saber si de esa forma podía sacarle más información.

—El caso es que su cara me suena. Hace una semana fui a visitar a Adrien a un balneario en el que se ha alojado unas semanas. ¿Es posible que la viera allí?

—Sí, estuvo trabajando allí. —Nico se vio obligado a aclarárselo.

Javier chasqueó los dedos dirigiéndose a su hermano.

—¿Recuerdas que una vez te pedí que recomendaras a una amiga para un puesto en tu empresa? —intervino Javier cuando le vino a la cabeza esa idea—. Quizás te suene de eso.

—Sí, lo recuerdo, pero no llegué a conocerla, se encargó Adrien —explicó Víctor, todavía más confundido por esa información.

—Pues es la misma —le aclaró Javier.

—¿Y ya no trabaja en el balneario?

—No, hace unos días que ha vuelto a Madrid. Hermanito, ¿por qué no dejamos de hablar de esos dos, que en realidad poco debe importarnos de qué se conocen, y nos divertimos un rato?

Víctor asintió intentando disimular su malestar y siguió a los dos socios a una barra donde servían unos cócteles deliciosos.

De camino, intentó darle forma a toda la información de la que disponía, pero no lo consiguió. Aquella era la mujer que recomendó a Adrien para hacerle una entrevista. No recordaba qué le había comentado Adrien al respecto. Ni siquiera se acordaba de haber preguntado. Al parecer se



habían conocido ese día.

Víctor no conseguía aclarar aquel embrollo. Había pasado mucho tiempo de aquella entrevista. ¿Por qué se habían encontrado en el balneario? ¿Habían mantenido el contacto? El balneario lo había escogido él, así que Adrien no podía haber planeado nada. ¿O sí? ¿Esa era la aventura a la que hicieron alusión cuando comieron con Jaime? Estaba claro que sí. Todo encajaba.

Se estaba alterando demasiado. Los nervios se habían concentrado en su estómago. No le importaba con quién pasara la noche Adrien, sino lo que aquella mujer pudiera contarle de él.

«Maldita sea», se dijo.

Su intuición le decía que todo aquello no le traería más que problemas.

«Sam...»

Pensó en él con rencor. Recordó su maldito descuido de no cerrar la puerta con llave aquel día, dejando que esa tal Daniela los descubriera compartiendo un momento demasiado íntimo.

Tardó solo unos minutos en sentirse mal por pensar en Sam de esa forma. Le echaba de menos. No debería odiarlo por su descuido, eso solo serviría para engañarse a sí mismo. El verdadero problema era otro y él no estaba preparado para darle una solución que satisficiera a Sam. Acabaría perdiéndolo.

¿Cómo iba a decirle a todo el mundo que era gay si ni siquiera él era capaz de aceptarlo? Se culpaba por sentir lo que sentía y se despreciaba por ello. ¿Cómo iba a salir de aquello? No tenía la respuesta, pero si algo sabía era que la llegada de aquella mujer a su vida lo complicaría todo.

La decisión de ir al piso de Daniela, no fue muy democrática. Esta se mostró rotunda cuando él preguntó cuál de los dos pisos elegían como destino.

No hablaron en todo el trayecto excepto cuando estaban aparcando.

—¿Alguna razón especial para escoger tu casa?

—Si te aburres, te puedes ir sin preocuparte de mí.

—¿Y si te aburres tú?

—Entonces te echaré. Yo no soy tan diplomática.

—A ver si te he entendido. Estamos aquí porque si me aburro puedo irme en cualquier momento. Y si estamos en mi casa tengo que elegir por aguantarte o echarte, pero como según tú soy muy diplomático, no te echaría. En cambio, si tú te aburres, me mandas a la puta calle sin miramientos.

—Más o menos va por ahí la teoría. También hay que añadir que, sea cual sea el resultado, no tengo que salir a según qué horas y pasar frío.

—Yo diría que falta diplomacia por todas partes. Tu teoría, aunque es...

—Adrien, solo bromeaba. Me apetecía estar en mi casa. Eso es todo —le interrumpió dedicándole una tierna sonrisa.

Adrien puso los ojos en blanco mientras intentaba encontrar aparcamiento.

Cuando se disponían a bajar del coche, Daniela recibió una llamada de su tío Matt. En Panamá aún no había llegado el nuevo año, pero tenía por costumbre llamarla cuando calculaba que en España ya se celebraba.

Se disculpó con Adrien y se bajó del coche para poder atenderle mejor esperando que él la siguiera.

Matt no sabía que había vuelto a Madrid. No había tenido ganas de explicárselo en los días que llevaba en la ciudad. Elegiría otro momento para hacerlo. Tras una tanda de felicitaciones y buenos deseos que incluyeron a Viviana, se despidieron.

Adrien la estaba esperando, apoyado en un coche, muy pendiente de ella. Cuando colgó se acercó.

—¿Con quién hablabas en inglés?

—Con mi tío Matt.

—¿Siempre habláis en inglés?

Ella se giró para mirarlo mientras buscaba las llaves en su bolso.

—No. Es un juego de año nuevo. El año pasado lo hicimos en chino, el anterior en italiano, este año tocaba inglés. —Apenas pudo contener la risa unos segundos.

Él la fulminó con la mirada, pero no pudo resistirse a reír con ella.

—Claro que hablamos siempre en inglés —le aclaró.

—Me dijiste que él y tu padre eran canadienses, ¿correcto?

—Correcto.

—Pero ¿tú tío habla español?

—Pues claro, vive en Panamá. ¿Qué esperas? Siempre me he comunicado así con él.

—Estabas muy sexy hablando en inglés.

Ella sonrió.

Nada más entrar en su casa, la cogió por la cintura y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿La señorita me va a permitir hablar esta vez? —le preguntó recordando la última vez que estuvo allí.

—No. Nada de hablar. Le recuerdo, señor Zafiro, que hace un ratito estaba muy dispuesto a cumplir todos y cada uno de mis deseos. Tengo alguno por el que quiero que empieces. Si quieres te lo escribo, así sigues la línea habitual y no te sientes perdido.

—¡Basta, Dani! No más ironías con ese tema. Hay una explicación para todo eso, y si no tenemos una conversación, difícilmente podré dártela. —Se apartó de ella paseando por la estancia.

—Es que no quiero ninguna explicación. No la necesito —Se acercó para quedar frente a él—. Fuiste tú el que me enseñaste a cogerle el gusto a eso de romper las normas. Bien, pues ahora me apetece hacerlo. El guion habitual para esta situación sería que mantuviéramos una conversación en la que me darías un motón de explicaciones, de disculpas, arrepentimientos y demás mierdas de ese tipo, pero no lo necesito ni lo quiero.

»Hagámosle un homenaje al destino, a ese que por alguna razón ha hecho que volvamos a encontrarnos. Pero no lo hagamos con una aburrida conversación. Lo más adecuado en agradecimiento a su obra sería que surgiera el capullo arrogante que me folló muchas veces de una manera muy satisfactoria y volviera a hacerlo.

Adrien sintió una explosión de calor en todo el cuerpo.

—¡La señorita está exigente! —dijo lentamente, en un tono muy sensual.

—¡La señorita está excitada! —dijo imitando su tono de voz.

—¡Desnúdame!

—¡El señor está gandul!

—¡El señor está arrogante!

—¿Y el capullo?

—No siempre salen juntos, hoy he traído al arrogante. ¿Tendrá suficiente la señorita?

—No. Lo que necesito es algo que requiere la habilidad de ambos. No intente hacer algo dulce y tierno, señor Feraud. Necesito su versión más salvaje.

—Entonces acércate y desnúdame.

—¿Y con eso aparece tu lado salvaje?

—Compruébalo —le indicó con el dedo que se acercara—. Te alegrará saber que al dulce y tierno lo has espantado. Veamos lo que ha quedado.

Ella correspondió a la sonrisa que él le acababa de regalar. Durante unos momentos el ambiente se había vuelto tenso y no resultaba fácil suavizarlo, pero una simple sonrisa en el instante adecuado resultó ser el preliminar perfecto para lo que ambos deseaban y necesitaban en ese momento.

Se tomó su tiempo en quitarle la ropa, disfrutando de la impaciencia que mostraba él. Le recorrió el torso con un dedo comprobando satisfecha que su piel reaccionaba. Él se limitaba a observarla sin moverse.

Daniela no sabía muy bien cómo actuar, ya había excedido la dosis de seguridad por esa noche, así que optó por desvestirse lentamente. Su vestido le trajo algún problema con la cremallera. Se había cargado todo el erotismo de la escena intentando bajarse ella misma la cremallera, pero no pensaba pedirle ayuda, mucho menos cuando vio su expresión cínica y burlona.

Cuando le tocaba el turno a su ropa interior, sintió cómo su cuerpo giraba bruscamente guiado hasta una mesa donde él la inclinó, presionándole la espalda con una mano para que no se

incorporase.

Con la otra mano le separó las piernas como si la estuviera cacheando y antes de que ella pudiera reaccionar la penetró bruscamente llegando a lo más profundo que el acto permitía. El grito de ella fue ensordecedor, pero no alarmó a Adrien, que comprobó que era resultado más de la sorpresa que de no estar preparada para la invasión. En cierto modo le tranquilizó y... excitó.

La cogió por la cintura. Continuó con su placentera invasión, mientras ella se aferraba con los brazos a la mesa entre jadeos y pequeños gritos. Gritos que entre otras cosas, le animaban a saber que iba por buen camino, si lo que pretendía era satisfacerla.

Daniela empezó a temblar y Adrien se separó de ella bruscamente, escuchando un sonido de protesta. Le dio la vuelta para que lo mirase. Se quedó maravillado al contemplar su expresión dulce y adormilada. La impulsó por la cintura y se la puso en el hombro como si cargase con un saco, escuchando un tipo de improperios que solo a ella se le podían ocurrir.

Guiado por su instinto, caminó en dirección a lo que supuso sería el dormitorio. Satisfecho por su orientación, la dejó caer en la cama, consiguiendo que rebotara como en una colchoneta elástica y que al hacerlo le lanzara una mirada de odio que solo consiguió excitarlo más de lo que ya estaba.

Se abalanzó sobre ella inmovilizándola y se dedicó a besar y morder alternativamente su cuello y sus pechos. Fue endulzando el ritmo hasta conseguir que sus movimientos fueran tiernos, algo muy diferente a cómo había empezado.

Volvió a penetrarla, pero esta vez fue extremadamente delicado. Daniela se dio cuenta de ese cambio, y aunque le había pedido que fuera algo salvaje, estaba disfrutando mucho de ese lado sensible y cariñoso.

Terminaron abrazados, envueltos en sudor, concentrados en recuperar el ritmo de su agitada respiración.

Se abrazaron y ocultaron bajo las sábanas. Adrien se incorporó para quedar apoyado en el cabecero mientras ella utilizaba su pecho como almohada.

Adrien fue el primero en romper el silencio.

—Cuando te conocí en mi despacho —esperó para ver si obtenía alguna protesta y enfrentarse seriamente a ella, pero no fue así—, te cayó un papel al salir. Mi intención era devolvértelo, así que salté de mi silla para hacerlo, pero ya te habías marchado. Podía haberte seguido, pero el título, que pude ver de refilón, me llamó muchísimo la atención, igual que toda tú, y... no pude aguantar mi curiosidad. ¡Culpable!

»Ese papel significó mucho más de lo que puedas imaginar. Me hizo replantearme muchas cosas. Pensé en escribir mi propia lista de deseos o de propósitos como tú les llamaste —La besó en la cabeza—. No fui capaz de hacerlo. Durante ese proceso o ese intento por crear mi propia lista descubrí, decepcionado, el poco tiempo que había dedicado a analizar mi mundo y todo lo que me rodeaba, pero sobre todo el poco tiempo que había dedicado a saber qué era lo que deseaba de verdad y lo que quería hacer en esta vida.

»No llevé muy bien el vacío que me produjo sentirme incapaz de averiguar lo que quería añadir o quitar en mi vida. Mi estúpida forma de compensar ese vacío fue volcarme todavía más en el trabajo. Era como el «bebe y olvida», así no tenía tiempo de entrar en un mundo que me parecía demasiado complicado. Se trataba de indagar emocionalmente en mí mismo y eso me asustaba bastante.

»Conservé ese papel con el único objetivo de no olvidar que tenía algo pendiente.

»Un tiempo después, ese ritmo de trabajo me pasó factura, y sufrí una crisis de ansiedad y un amago de infarto. Estuve días en el hospital. Me asusté mucho. Cuando salí, mis amigos me

regalaron una estancia en el balneario para que pudiera descansar y reflexionar sobre mis estúpidos hábitos. El mismo día que llegué te vi. Fui el primero en sorprenderme.

»Debo añadir que independientemente del dichoso «papelito», había pensado en ti en muchas ocasiones. Toda la energía que desprendiste cuando estuviste en mi despacho y las veces que me hiciste reír me llegaron muy adentro. Aunque, sinceramente, no imaginé volver a verte. Te llamé, pero al ver que no te interesaba dejé de hacerlo.

Daniela escuchó su historia. Estaba impresionada de que él le hubiera confesado que no fue capaz de analizar lo que quería hacer con su vida.

—¿Te llevaste el «papelito» al balneario?

—Allí se suponía que debía reflexionar, meditar y todas esas cosas. El papel era importante.

—Entonces, ¿conseguiste hacer tu lista o no?

—No. Una señorita con unos ojos preciosos y unas benditas manos me mantuvo ocupado todo el tiempo.

Daniela sonrió. Se incorporó a modo de interrogación para que siguiera con la historia, cuando lo hizo volvió a apoyarse en su pecho.

—Me sorprendió verte allí. Estabas cambiada. No encontré explicación a encontrarte en ese lugar, pensé que igual era obra del destino, aunque no creo en él, pero fue lo más coherente que se me ocurrió. Tanta casualidad me parecía imposible.

—Yo también me sorprendí.

—Utilicé la información que contenía el dichoso papel, pero con el único objetivo de hacerte un poquito feliz. No había mala intención, ni se trataba de un juego. Solo quería hacerte disfrutar, aunque fuera con pequeñas cosas.

—¿Me lo hubieras contado si no lo hubiera encontrado?

—No, la verdad es que es lo último que se me hubiera ocurrido decirte.

—Sincero eres.

—¿Y no quieres que lo sea?

—Si hubieras dicho que sí, habrías quedado como un señor.

—No hay Dios que te entienda. Cuando venías hacia aquí, me has dicho que no era sincero del todo. Bueno no lo has dicho así. Has dicho que yo era más diplomático que tú. Ahora me dices que tendría que haber tenido más tacto en mi respuesta... ¿En qué quedamos?

—Hay «mentirijillas» que no cuestan nada y te hacen quedar como un señor.

—Yo ya soy un señor, Dani, y te aseguro que cuando tengo que utilizar esas mentirijillas para ser sutil, lo hago. En este caso creo que era una cuestión de sinceridad y no de sutileza.

—Vale, déjalo ya, vas a conseguir aburrirme. —Le sonrió con picardía.

—Entonces tendremos que divertir a la señorita.

Se metió bajo las sábanas dispuesto a devorar todo lo que se encontrase allí debajo. Ella reía sin parar, excitada y ansiosa por participar en lo que él acababa de iniciar.

Daniela fue la primera en despertar. Eran más de las doce. Necesitaba con urgencia una ducha, un café y un analgésico. El alcohol de la noche anterior le estaba pasando factura.

Adrien se despertó y se dirigió a la cocina guiado por el maravilloso aroma a café. La encontró sentada frente a una pequeña barra, sujetando una taza de café. Le dedicó una preciosa sonrisa cuando lo vio llegar vestido únicamente con los bóxers. Se levantó y le sirvió una taza sin decirle nada. Luego se acercó y le susurró al oído:

—Feliz año nuevo.

Él se echó a reír, no esperaba esa forma de desearle los buenos días.

—¿Ahora me lo dices?

—Ayer se me olvidó. Acabamos de empezar el año, es un buen momento para desearte felicidad los próximos 364 días.

—Tienes toda la razón —La sujetó por la cintura intentando no hacer ningún movimiento brusco que hiciera caer la taza que sujetaba—. Feliz año nuevo a ti también, Dani.

—No me llames Dani. Pensé que había quedado claro.

—No me lo pidas más, yo también pensé que había quedado claro.

Terminaron el café. Adrien desapareció para darse una ducha. Unos minutos después, casi un record tratándose de una ducha, volvió con la misma ropa que la noche anterior, eso sí, un poco más arrugada.

—Otra de las ventajas de haber venido a mi casa —Le recorrió con la mirada su ropa arrugada—. Por cierto, ¿te gusta?

Él repasó el salón con la mirada antes de responder.

—Es... muy alegre. Si tengo que ser sincero...

—Tienes que serlo —le sugirió ella.

—Vamos a evitar malentendidos. ¿Sincero o diplomático?

—Sincero.

—Pues... gustarme lo que se dice gustarme... Es como el escenario para una actuación infantil —le costó aguantar la risa al ver su cara de sorpresa—, parece que de un momento a otro vayan a aparecer los payasos.

Ella, todavía con la boca abierta, no daba crédito a su comentario.

—¿A eso lo llamas ser sincero? Se dice me gusta o no me gusta, es grande, pequeño, colorido, soso. Hay mil maneras de describir si te gusta un lugar o no, pero decirme que vivo en un escenario para payasos... eso es de ser un cretino. —Estaba enfadada.

—Cielo, no quería ofenderte —No podía hablar a causa de la risa que ya no se molestaba en contener—. Es que con tanto color es imposible concentrarse.

—Eso lo piensas porque eres un aburrido y un soso y un... —No se le ocurrió ningún descalificativo más que fuera acorde con la conversación—. Apuesto a que tu casa es lo más triste que he visto en mi vida.

—Cuando quieras lo compruebas. Me gustaría enseñártela.

—Pues no pienso ir. —Se levantó de la barra y recogió las tazas sin ocultar su enfado.

Él se acercó a ella haciendo un gran esfuerzo por no volver a reír, algo que solo conseguiría empeorar la situación. Se colocó tras ella apoyándose en su cuello.

—No te enfades, era una broma. Me gusta, aunque yo no hubiera puesto tanto color. Claro que sabiendo quién es el dueño... no debería sorprenderme. —Le besó el cuello.

Daniela, más relajada, se giró para quedar frente a él. No quería estar enfadada, así que optó por olvidar el tema sin más. Al escuchar el comentario de Javier, le quedó claro que esa era la fuente que le había proporcionado la dirección del piso, lo que no sabía era si había sido de forma accidental o no. No iba a comentarlo, tampoco era importante a esas alturas.

La cogió de la mano, la llevó hasta el sofá y se sentó frente a ella.

—Cuéntame qué tal te ha ido desde que has llegado a Madrid.

Ella se sorprendió del giro que dio la conversación.

—Bien. Llevo poco tiempo, ya lo sabes. He tenido tiempo para instalarme y poco más.

—¿Buscarás trabajo?

—Lo haré cuando pasen estos días festivos. —No se sentía cómoda hablando de aquel tema con él.

—Quiero hacerte una oferta de trabajo.

Ella frunció el ceño totalmente descolocada. Lo miró a los ojos buscando algo que le indicase que él estaba bromeando.

—Solo escúchame. Déjame que te lo plantee.

Ella asintió con la cabeza muy interesada en lo que él fuera a decirle.

—Quiero que seas mi ayudante.

—¿Cómo dices? —Lo miró desconcertada.

—Ese puesto ha estado vacante todo este tiempo.

—¿Aún no tienes ayudante? —dijo, sorprendida—. Hace meses que fui a tu despacho. ¿No has contratado a nadie?

—No. Clara era mi anterior ayudante. Trabajó en Versus desde los inicios, primero con mi madre. Se convirtió en otra madre para mí. Se encargaba absolutamente de todo y yo confiaba plenamente en ella, pero se jubiló hace meses. Busqué una sustituta. Fue entonces cuando tú hiciste la entrevista, ¿la recuerdas? —Le cogió cariñosamente la nariz con dos dedos.

—Como para olvidarla.

—Me cansé de buscar y hace meses que dejé de hacerlo. Elena es mi ayudante, pero solo hasta que encuentre otra persona. Ella tiene otro puesto.

—La respuesta es no, y... gracias. —Lo miró sonriendo satisfecha de su respuesta.

—Dame una razón, y si puede ser convincente, mucho mejor.

—Mira, Adrién, sé que estás intentando ayudarme porque sabes que no tengo trabajo y te lo agradezco mucho, pero no necesito que me ayudes. Yo sabía que el trabajo del balneario se iba a terminar, me lo imaginaba antes de que me lo dijeran, y ya tenía pensado volver a Madrid, así que ya tengo algunas cosas previstas —mintió—, hace tiempo que me voy moviendo.

—Dani, sé por qué te despidieron. No hace falta que me cuentes esa película. Sé que descubrieron lo que había entre nosotros.

Daniela se ruborizó. Nunca se había planteado que él conociera el motivo y se sentía ridícula de haberle contado ese montón de tonterías.

—¿Cómo lo supiste?

—Me lo dijo tu amiguita Ana.

—¿Ana? —Su mirada se perdió buscando un sentido a esas palabras.

—Te estuve buscando durante horas y al no encontrarte pensé que Ana me diría dónde estabas —le aclaró con un tono molesto. No le apetecía recordar esos momentos—. Me dijo que no te molestase y que te habían despedido por mi culpa.

—Ana es una bocazas —dijo casi en un susurro.

—Lo es —afirmó recordando que había sido ella la que la había traicionado. Eso de momento no pensaba contárselo.

—He hablado con ella un par de veces desde que vine, pero no me ha comentado que tuviera esa conversación contigo.

Se impuso un pequeño silencio.

—No nos desviemos del tema. Quiero que consideres mi oferta.

—Ya entiendo —dijo ella sonriendo con ironía—. Te sientes responsable de mi despido y por eso...

—¡Basta, es suficiente! —Estaba enfadado—. No sigas por ahí, porque te estás equivocando y mucho. En el poco tiempo que hace que te conozco, he escuchado el maldito tema de la lástima y la compasión un montón de veces, incluyendo cuando te vi por primera vez en el ascensor. —Se levantó y paseó por la estancia.

»Estoy cansado de que me acuses siempre de actuar movido por la lástima o la pena o esa clase de mierda que tanto te preocupa. No lo hago por eso, ni porque me sienta responsable. Nunca te he visto de esa forma.

»Puedo entender que has vivido algo horrible en tu vida que te lleva a estar a la defensiva y a no querer que nadie sienta lástima por ti, pero yo nunca he actuado de esa forma y no porque me hayas pedido que no lo haga sino porque nunca lo he sentido.

»Quiero que trabajes conmigo porque tú necesitas un trabajo y yo necesito una ayudante. Es simplemente un acuerdo que nos favorece a los dos. Te conozco muy poco, pero suficiente para creer que serías una buena ayudante, y también creo que te gustaría ese trabajo.

Daniela se levantó algo desconcertada y fue a la cocina a buscar un vaso de agua. Él la siguió. Se giró y se quedó frente a él jugando con su vaso.

—Adrien, no creo que sea una buena idea trabajar para ti después de lo que hay entre nosotros.

—Escúchame —le dijo en un tono mucho más suave—. Sé que puede tener su dificultad trabajar juntos, no te digo que no, pero eso solo dependerá de nuestra actitud. Me tomo muy en serio mi trabajo. Dirijo una empresa importante, Dani, no me tomo como un juego este tipo de cosas. Mi propuesta es seria y profesional. Pienso que te gustaría y que encajarías perfectamente.

—No te digo que no pueda encajar en un puesto así.

—¿Entonces?

—No lo sé, Adrien. Todo esto me confunde.

—Podemos probar un tiempo. Si no funciona, puedes irte con total libertad.

—¿Y si eres tú el que no estás satisfecho con mi trabajo?

—Entonces te lo diré y tomaremos la decisión más adecuada sin que se vea afectada nuestra relación personal.

Ella se paseó por el salón meditando la propuesta. Él la observaba. Deseaba con todas sus fuerzas que aceptara su ofrecimiento. Tenía una corazonada con respecto a esa relación profesional, estaba convencido de que funcionaría.

No conocía mucho a Daniela. Por esa razón, a veces le costaba entenderla. En ocasiones mostraba una faceta dócil y fácil de manejar y en otras una faceta rebelde y resbaladiza. Sin embargo, ese conjunto le hacía sospechar que sería una gran ayudante. Para empezar, cuando estaba a su lado sentía una calma que nunca antes había sentido.

—¿En qué consiste ese trabajo? —preguntó con el ceño fruncido.

Adrien sonrió y durante unos minutos le expuso lo que ella más o menos ya recordaba haber



escuchado el día que la entrevistó.

—Lo que hay entre nosotros quedaría fuera del trabajo.

Él movió los hombros en actitud de conformidad.

—Si lo que quieres es discreción, no hay ningún problema. No acostumbro a explicarles a mis empleados lo que hago en mi vida privada y mucho menos hago exhibiciones.

Daniela observó un ligero cambio de actitud en él. Era la primera vez que le escuchaba la palabra empleados, siempre se dirigía al personal de la empresa como su equipo.

Se sentía aliviada y decepcionada al mismo tiempo. Le gustó saber que su lista de deseos había tenido tanto significado para él, pero por otro lado le decepcionó que la historia fuera tan simple.

Era consciente de que su actitud no era muy lógica, pero no podía evitar sentirse de aquella manera.

Él había conservado su lista de deseos como un amuleto y su llegada al balneario había sido casual. Esa explicación debería ser suficiente para que se calmara y dejara de pensar que él había planeado burlarse de ella, sin embargo resultaba más emocionante pensar que él había conservado ese papel pensando en ella hasta que la había encontrado en el balneario y se había centrado en conquistarla. Eso era mucho más idílico, más tierno, aunque más propio de una novela romántica.

«Tengo un caos mental considerable», pensó ella.

—Dime algo, Dani, necesito saber en qué estás pensando.

—Siento como si todo esto estuviera fuera de lugar... desubicado.

—No te sigo. —La miró confundido.

—Los días que estuvimos juntos en el balneario fueron maravillosos —Volvieron a sentarse en el sofá—. La última noche que estuvimos en tu habitación, digamos que «jugamos» a vivir una noche intensa antes de decirnos adiós, conservando así un gran recuerdo.

Él la escuchaba sin saber muy bien adónde quería llegar. Ella continuó.

—Tengo la sensación que es así como debería haber quedado, como si todo lo que ha ocurrido o está ocurriendo, estuviera de más.

»Hemos hecho un viaje precioso. Un trayecto que nos ha aportado un montón de momentos especiales, difíciles de olvidar. Cuando el tren llega a su destino hay que bajarse de él. Si decides continuar, no significa que el viaje vaya a continuar siendo fascinante. Siempre hay una estación donde apearse y hay que elegirla muy bien.

Adrien hizo un intento de intervenir, pero ella le puso la mano en los labios para que la dejase continuar.

—No esperaba volver a verte, te aseguro que tenía muy claro que ese viaje había llegado a su fin, y no significa que no me alegre de estar aquí contigo, pero... me estás hablando de trabajar juntos, de ser tu ayudante, de verte todos los días y...

—¿Dónde está el verdadero problema?

—Adrien, te acabo de comentar que en el caso de aceptar tu oferta, lo que hay entre nosotros me gustaría que quedara fuera del trabajo, pero... ¡No sé qué es lo que hay entre nosotros! —Ocultó la cara entre las manos suspirando.

Él se acercó a ella y la abrazó.

—Dani, yo tampoco sé lo que hay entre nosotros. No sé definirlo, ni etiquetarlo, pero me da igual —Le levantó la cabeza para que lo mirase a los ojos—. Si quieres dar por terminado aquel viaje, podemos hacerlo. Nada va a estropear el recuerdo que tenemos de aquellos días, pero podemos emprender otro nuevo en el que podamos ubicarnos e ir encontrando un sentido.

»No sé adónde nos va a llevar, ni lo que podemos encontrar por el camino, pero debemos

arriesgarnos. Hemos vuelto a encontrarnos, por las razones que sean: porque te he buscado, porque existe la casualidad, o el destino, o como quiera que se llame. No importa. Estamos aquí y simplemente te estoy pidiendo que trabajes conmigo.

»No merece la pena analizar más, ni darle más vueltas al asunto. Lo que hay entre nosotros... quizá nunca llegue a tener nombre o quizá algún día lleguemos a bautizarlo, ¿quién sabe? —Le cogió suavemente una mano y la besó—. ¡Dejémonos llevar!

»Un día me dijiste que te conformabas con saber que tenías un camino para elegir porque ese simple hecho ya te hacía sentir viva. Me dijiste que saber que mañana te ibas a levantar y que estabas capacitada para «hacer», ya te hacía sentir lo que querías sentir. Esa mujer estaba llena de fuerza y no le importaba equivocarse o caerse.

Daniela escuchó las palabras que ella misma había pronunciado una vez. Sintió un escalofrío al recordar la pasión con que las pronunció y de qué forma ahora se mostraba llena de dudas y de miedos.

Las palabras de Adrien fueron sin duda un elixir, no sirvieron para aclararle lo que él sentía por ella, aunque le hubiese gustado escucharlo, pero sí servían para evitar que volviera a perderse en el mundo de la inactividad y la indecisión del que había escapado y jurado no volver.

Necesitaba un trabajo y nada mejor que un trabajo diferente.

Adrien la observó, y aunque le hubiera gustado que expresara lo que estaba pensando en voz alta, no se lo pidió.

Era complicado no perderse al intentar seguir sus pensamientos. Daniela no dejaba de sorprenderlo con sus salidas y con los inhóspitos lugares donde su mente podía llegar en cuestión de segundos. Seguía admirando su dualidad. A veces tan sencilla y previsible y a veces tan compleja e inaccesible.

Entendía sus miedos, sobre todo en lo referente a su relación, pero él no podía aclararle más, porque no tenía nada claro. Era perfectamente consciente de la atracción que sentía por ella a diferentes niveles, pero no era capaz de admitir que probablemente se estuviera enamorando de ella, si es que no lo estaba ya.

La entendía perfectamente porque ella seguramente tenía las mismas dudas que él, por eso lo mejor era intentar convencerla para seguir adelante e ir enfrentándose a los obstáculos según fueran apareciendo. Le entusiasmaba la idea de trabajar con ella. Algo en su interior le decía que era una decisión de lo más acertada.

—¿Te apetece tomar una copa de vino? —preguntó Adrien.

—¿Vino? Todavía tengo el sabor a café. No hemos comido nada.

—Es más de la una. Hora de tomar una copa de vino y brindar. Ya comeremos después.

Daniela fue a la cocina a buscar lo que él le había pedido. Él se encargó de servirlo.

—Por el nuevo viaje... nos lleve adonde nos lleve —dijo ella alzando la copa.

—¿Es eso un sí? —Su sonrisa era de satisfacción.

—Es un sí, señor Zafiro.

—Por el nuevo viaje. —Levantó la copa antes de beber.

—Bueno, y dime... serás un buen jefe, ¿verdad?

—Serás una buena ayudante, ¿verdad?

Ella sonrió tímidamente. Estaba nerviosa, sentía el latido de su corazón golpeándole el pecho por momentos. Suspiró con ganas. Él la observaba.

—Adrien... quizás no funcione —Él puso los ojos en blanco y ella quiso explicarse mejor—. Me refiero al trabajo.

—Te diré lo que haremos —Adoptó una postura más acorde con el jefe que en breve sería—.

Mañana iremos a las oficinas y te presentaré a las personas que trabajan allí. Iremos a personal y solucionaremos todo el papeleo sobre tu contrato. Después, una persona te irá enseñando cuál será tu trabajo. ¿Te parece?

Ella asintió moviendo la cabeza enérgicamente.

—No me gustaría que... tu y yo... ¡Ya sabes! En el trabajo... —Se frotó las manos mostrando su nerviosismo—. Lo siento, no sé muy bien cómo explicarme, estoy un poco alterada.

Él sonrió. Le llamaron la atención, de nuevo, esos cambios que ella mostraba continuamente. Hacía tan solo un instante le había dado un discurso perfectamente elaborado sobre sus inquietudes y ahora titubeaba sin ser capaz de expresar su miedo a que en el trabajo la considerasen su amante, al menos eso creía él que era lo que la inquietaba.

—Dani, no sé si te he entendido bien, pero creo que lo que te preocupa es que te consideren mi amante o algo parecido, ¿es así?

Ella asintió de nuevo con energía y sin parar de tocarse las manos.

—Escúchame atentamente —Le cogió las manos para detener aquel dichoso gesto que lo estaba poniendo nervioso y también para tranquilizarla—. Me tomo mi trabajo muy en serio como comprobarás en breve. Nunca he tenido ninguna relación con una persona del trabajo, por lo que esta situación también es nueva para mí.

Ella lo miró sin entender por qué le explicaba todo aquello. El continuó:

—Soy el dueño de la empresa y como comprenderás no voy a explicarle a nadie nada relacionado con mi vida privada, pero tampoco me voy a esconder como lo hacíamos en el balneario. Vas a entrar en calidad de mi ayudante y es eso a lo que te vas a dedicar cuando estés allí, lo que puedan interpretar o pensar no es algo que me preocupe.

»Nadie te va a hacer ningún comentario, solo verán a una compañera más que trabaja como mi ayudante personal o mi secretaria o... como quieras tú llamarlo. Dani, es mi casa y en ella intento hacer lo que quiero sin darle explicaciones a nadie.

—Yo preferiría...

—¿Que nos comportásemos como si no nos conociéramos?

—Algo así.

—Dani, te recalco que no voy a esconderme de nada en mi propia casa. No suelo dar espectáculos de ningún tipo, así que no te preocupes, si algún día me apetece besarte lo haré cuando estemos solos —Su tono de voz era el mismo que emplearía para convencer a un niño—. Te prometo respetar al máximo nuestra intimidad y esperar a estar fuera. ¿Mejor?

—Cuando trabajé como secretaria, mi compañera estaba liada con uno de los jefes. No me gustaban los comentarios que se hacían constantemente de ella, aunque fuera a sus espaldas. Incluso se ponía en duda su profesionalidad y era muy buena en su trabajo.

—Dani, eso siempre ha ocurrido y supongo que seguirá ocurriendo en la mayoría de empresas, pero no es mi caso y debes esperar a estar allí para entender lo que quiero decirte. No puedo evitar que la gente opine o cotillee, pero mientras no me llegue directamente ni nadie salga ofendido... me da igual.

Dieron por terminado el tema mientras se volvían a abrazar.

—Me gustaría cambiarme de ropa, estoy un poco incómodo. Voy a ir a mi casa. ¿Qué planes tienes?

—¿Podrías dejarme en casa de Nico?

—Claro, ¿y luego?

—Me gustaría estar sola. Funciono mejor si voy procesando las cosas a mi manera.

Él se sorprendió de su petición. No lo esperaba, aunque entendía que ella necesitara estar sola

y a su aire.

—Bien, pero no quiero que le des vueltas a la cabeza. Mañana te recojo a las siete de la mañana y vamos a Versus.

—De acuerdo.

La tarde resultó agradable en casa de Nico. Javier también se encontraba allí. La noche anterior habían conocido a unas chicas y habían terminado la fiesta en casa de Nico. Cuando llegó Daniela, estaban tumbados en el sofá. Acababan de despedir a las dos chicas.

Cuando vio el estado en el que se encontraban, se ofreció a prepararles algo de comida. No pusieron ninguna objeción.

Después de un buen plato de pasta, y algo más recuperados de los excesos de Fin de año, se sentaron alrededor de la chimenea del salón entre las montañas de cojines que había dispuestos en el suelo. La chimenea, exclusivamente decorativa, daba a la estancia un toque cálido y hogareño.

Javier y Nico se dedicaron a explicarle todas las anécdotas vividas la noche anterior haciéndola reír a carcajadas continuamente.

Cuando llegó su turno, se limitó a contarles que había sido una bonita noche. Ambos la miraron decepcionados, pero se dieron cuenta de que ella no iba a explicar mucho, así que no insistieron.

—Debo confesarte que ayer me diste mucha envidia cuando vi cómo te besaba Feraud —le confesó Javier sin ningún pudor—. Una vez tuve una fantasía de lo más indecente con él.

—Supongo que uno de esos días en los que aparece tu lado gay. —Daniela se expresó calmada, como si fuera una conversación de lo más convencional.

—Exacto. Pero solo ocurrió una vez. Soy un hombre realista y no me complico la vida con causas perdidas. Hay que reconocer que está muy bueno.

Ella sonrió y tras una pequeña pausa, que dedicaron a saborear un café recién hecho, gentileza de la única que podía mantenerse en pie más de diez minutos seguidos, se animó a contarles la propuesta de trabajo de Adrien.

La escucharon con mucha atención sin interrumpirla en ningún momento. Entre ellos cruzaron alguna mirada, pero ella no supo interpretarla.

—Un momento —Javier levantó la mano indicándole que parase de hablar—. A pesar de tener el cerebro ligeramente desplazado, creo haber interpretado que anoche no fue la primera vez que estabais juntos. ¿Es correcto?

Daniela lo miró sorprendida. Tardó poco en entender que Javier no tenía por qué saber nada a no ser que Nico se lo hubiese explicado. Se sentía tan cómoda hablando con ellos que ni siquiera lo había pensado.

—Te dije que era una larga historia —intervino Nico mirando directamente a su amigo. Seguidamente la miró a ella—. Daniela, déjame a mí que le haga un resumen. En el estado en el que está su cerebro, solo yo sé cómo explicarle las cosas para que asimile.

Nico le ofreció los aspectos más básicos de la historia. Javier asentía con la cabeza mientras escuchaba.

—Ahora lo entiendo. Puedes seguir hablando, ya no me voy a perder —dijo Javier en un susurro.

Ella siguió relatando la conversación con Adrien. Incluyó sus dudas y los intentos de él por deshacerlas.

—Daniela, nosotros trabajamos con él en muchas ocasiones, o mejor dicho, para él, y te podemos asegurar que es una empresa muy seria. Feraud es un buen tío, y aunque no lo conozco en

profundidad, podría decirte que dirige una empresa donde se respira buen rollo. Creo que deberías probarlo y olvidarte de si tienes algo con él o no —le dijo Javier.

—Ya sabes: mejor arrepentirte de lo que haces que no de lo que no haces —le recitó Nico—. Sobre la marcha irás viendo cómo van las cosas y podrás dirigir las hacia donde más te convenga. No le des demasiadas vueltas. Yo aceptaría y probaría.

Daniela asintió sonriendo y abriendo los brazos para recibir el abrazo que Nico estaba a punto de darle.

—Mi hermano trabaja allí, ¿lo conoces?

—No. Solo lo he visto un par de veces, pero no hemos hablado.

—Debo avisarte que es un reprimido que no sabe divertirse.

Ella abrió la boca asombrada de las palabras que dirigía a su hermano.

—En serio, es mi hermano y le quiero, pero es incapaz de dar un paso sin calcular las consecuencias. Cuando éramos niños yo era muy travieso, pero ante todo era un niño. Experimentaba, jugaba y hacía mil y una travesuras. En cambio él era incapaz de divertirse, todo lo evaluaba y siempre pensaba demasiado. Me hablaba como un adulto, siempre con las responsabilidades y las consecuencias en la boca. Ahora es más o menos igual, pero la versión adulta.

Ella no paraba de reír. Javier era muy divertido cuando narraba algo.

—Lo tendré en cuenta.

—Víctor es un buen tío, aunque Javier tiene razón, es demasiado serio. Ayer parecía un jarrón decorativo a nuestro lado. Cuando nos vio hablar con las chicas, se sentó en un rincón y no se movió hasta que nos vio intenciones de desaparecer con ellas.

—Quizás se sentía desplazado. Se quedó solo. Adrien se fue y vosotros estabais ocupados con esas chicas.

—No, eso no es cierto. Intentamos que participara en todo momento, incluso una tercera chica intentó entablar conversación con él hasta que se aburrió de hacer monólogos y se marchó.

Daniela no dijo lo que pensaba respecto al poco interés que aquella mujer debió despertarle. Le pareció triste que su propio hermano le conociera tan poco.

Dedicaron un rato más a animarla en su nuevo trabajo y se despidieron. Ella les prometió llamarles al día siguiente para contarles cómo había sido su primer día.

Al llegar a casa se preparó un baño. Tenía planeado sumergirse en la bañera desde que llegara al piso unos días antes. Le llamó la atención su forma ovalada. De no ser porque Nico la convenció para salir la noche anterior, hubiera pasado gran parte de la noche en ella. Claro que lo que había vivido durante la noche no era comparable a un simple baño.

Con el agua hasta el cuello, sacó el brazo para coger su móvil, que le indicaba un nuevo mensaje. Sonrió al ver el nombre de Adrien en la pantalla.

*¿Supongo que no has cambiado de opinión?*

Le respondió rápidamente.

*Unas veinte veces.*

El nuevo mensaje de Adrien tardó unos minutos en llegar. El resto se sucedieron sin apenas margen de tiempo.

*¿Cuál es la última?*

*Estoy en el sí, pero de aquí a mañana...*

*Te recojo a las 7 en tu casa. La única válida es la última.*

*Sí, señor...*

*Eso suena bien... ¡Buenas noches, Dani!*

*Buenas noches.*

En una hora Adrien pasaría a buscarla. No encontraba la forma de tranquilizarse. Se sentía algo angustiada al pensar lo que iba a ocurrir ese día. Si continuaba dándole vueltas al tema, no sería capaz de levantarse. Dejaría las valoraciones para el final del día, cuando tuviera más información sobre su futuro lugar de trabajo.

Unos minutos antes de que él llegase, ya estaba lista. Llevaba puesto uno de los vestidos que le había regalado Viviana.

Adrien fue puntual. A las siete en punto se escuchaba el timbre.

Lo encontró apoyado en el coche. Sin ningún disimulo la repasó de arriba abajo sin decir nada.

—Buenos días —le dijo al acercarse—. ¿Lista?

—No. Creo que lo llaman pánico escénico.

Él sonrió y le dijo:

—Pues tú y tú pánico escénico ya estáis tardando en subir al coche —Al ver que ella no se movía, continuó—: Puedes llegar caminando a mi lado o puedes llegar encima de mi hombro. Ya que tenías tanto interés en ser discreta, te recomiendo la primera opción.

Ella lo fulminó con la mirada y se dirigió al coche.

—Es muy desconsiderado por tu parte no tomarme en serio. Estoy... aterrada, joder.

Él se acercó a ella antes de que entrase en el coche, esta vez tomándose en serio su confesión. Le cogió la mano y la besó.

—Shhhh. No tienes nada que temer. Te llevo a una oficina para qué empieces a hacer un trabajo que seguro vas a hacer muy bien y te va a gustar.

Ella asintió y se subió al coche. El trayecto se le hizo eterno.

Accedieron al edificio desde el parking subterráneo donde aparcó su coche. El ascensor les transportó hasta la octava planta en medio de un absoluto silencio. Este se rompió cuando ambos se miraron y rieron al recordar su primer encuentro. No hacían falta comentarios para saber que estaban pensando en lo mismo. Adrien la tenía cogida fuertemente de la mano y la soltó cuando se abrieron las puertas.

Antes de salir, él pulsó el botón de parada para obtener algo de intimidad, quedando de nuevo solos en el interior de la espaciosa cabina.

—Todo irá bien. ¿De acuerdo? —La besó en los labios.

—De acuerdo —le dijo más calmada y sonriendo.

Pasaron por delante del mismo mostrador que ella recordaba, solo que esta vez no estaba la misma mujer que lo atendió, sino una de mayor edad con cara de buena persona. Adrien la presentó como su nueva ayudante y la mujer le sonrió y le estrechó la mano con dulzura.

En ese preciso instante una voz femenina interrumpió el saludo.

—¡Adrien! —le llamó.

Adrien se giró lentamente para dirigirse a la mujer que tenía detrás.

Daniela reconoció aquel rostro. Era la mujer que le atendió la primera vez que estuvo allí.

—Buenos días, Elena, te presento a Daniela —Su tono era frío y cortante—. Es mi nueva ayudante. Encárgate de avisar a Natalia, os quiero a las dos en veinte minutos en mi despacho.

No hacía falta ser muy receptivo para palpar la tensión. Y si quedaba alguna duda, bastaba con

observar la expresión de su rostro. Por la manera en que sus ojos y su boca se abrieron, parecían mostrar sorpresa, aunque no precisamente agradable.

Sin decir nada más, Adrien se dirigió a un pasillo. Antes de desaparecer en él, se detuvo un segundo para mirar a Daniela, que rápidamente interpretó que esperaba que lo siguiera. Una última mirada a aquella mujer que todavía permanecía con el rostro desencajado le confirmó que probablemente la causa de aquella tensión tenía mucho que ver con ella.

Entraron en su despacho. Era increíblemente espacioso. En la parte derecha había una mesa rectangular con un ordenador, colocada estratégicamente delante de dos gigantescas ventanas que serían las encargadas de traer suficiente luz para iluminar toda la estancia, aunque en ese momento del día todavía no se podía apreciar.

El sillón que presidía la mesa parecía ser muy cómodo, seguramente mucho más que las dos butacas colocadas en el extremo opuesto.

En la parte izquierda había un sofá en forma de ele y una pequeña mesita de cristal justo en el centro. De las paredes que quedaban tras él, colgaban estanterías de madera repletas de libros perfectamente ordenados.

El suelo de moqueta y los techos de madera conferían un ambiente acogedor a la estancia.

Se fijó en dos puertas, cada una situada en un extremo. Adrien la observó y le aclaró rápidamente sus dudas.

—Ese es el baño y... —Se acercó a la otra puerta y la abrió—. Este será tu despacho.

Adrien le indicó que entrara con la mano.

—También puedes acceder a él por esa puerta.

Daniela observó el que sería su nuevo despacho. Era una miniatura del de Adrien, pero sin sofá.

—¿Te gusta? —le preguntó. La respuesta tardó en llegar, aunque no fue con palabras.

Ella asintió con la cabeza. Se sentía extraña en aquel lugar y no era capaz de expresar emoción alguna. Sentía deseos en todo momento de pasar desapercibida.

—Me alegra que te guste. Se acercó a ella y la besó cogiéndola por la cintura y entrelazando sus dedos en la espalda.

—¿Qué tal el pánico escénico?

—Controlado, aunque me siento fuera de lugar. Me he preguntado unas cincuenta veces desde que hemos llegado qué era lo que estaba haciendo aquí.

Adrien se separó de ella bruscamente y se dirigió a su mesa, visiblemente enfadado.

Daniela, algo confundida, le siguió de nuevo a su despacho tras despojarse del abrigo. Él se sentó en su majestuoso sillón. Apoyó los codos en la mesa entrelazando las manos, se miró el reloj y esperó unos segundos hasta que escuchó cómo llamaban a la puerta. Antes de dar paso a su visitante, le indicó a ella con un gesto que se sentara en una de las butacas.

Natalia entró con unos papeles en la mano y se detuvo justo al lado de ella. Con un vestido floreado hasta los tobillos y una diadema que le recogía el largo y rubio cabello, parecía salida de una comuna *hippy*. Una guitarra hubiera sido el complemento perfecto a su atuendo.

—¿Y Elena?

—Se encontraba... algo indispuesta —titubeó.

—Natalia, te presento a Daniela Kearney, mi ayudante. Siéntate, por favor.

Natalia la saludó con la cabeza.

—Encantada, Daniela.

Los próximos veinte minutos, Adrien los dedicó a darle instrucciones sobre todo lo que tenía que enseñarle a Daniela. Adrien era muy preciso y hablaba con mucha calma.



Por lo que pudo entender, Natalia era una especie de secretaria para todos. Un refuerzo en diferentes departamentos, según la iban necesitando cuando había algún exceso de trabajo.

—Os dejaré solas un momento, tengo algo urgente que solucionar.

Salió por la puerta sin decir nada más. Natalia se limitó a sonreír.

Adrien entró en el despacho de Víctor, donde le dijeron que se encontraba Elena. La encontró sentada en el sofá, al lado de Víctor. Este le pasaba la mano por la espalda como queriéndola consolar. Cuando entró, ambos se giraron para mirarle. Elena tenía los ojos llorosos y a Adrien le pareció una situación ridícula.

—¿Qué ocurre? —preguntó molesto.

—¿Cómo que qué ocurre? Te presentas con una nueva ayudante y... —No terminó la frase. Adrien la interrumpió. Si ella estaba dispuesta a tratar el tema allí mismo, él no tenía por qué tener ninguna consideración. Esa escena era absurda.

—Escúchame bien, Elena —gritó—. Hemos hablado cientos de veces sobre el mismo tema. Te he dejado bien claro que nunca ibas a ocupar ese puesto, por lo que no entiendo cuál es tu sorpresa —continuó gritando—. Tienes cinco minutos para tomar una decisión. O vas a mi despacho como te he pedido o recoges tus cosas y te vas.

La tensión en el ambiente casi se podía tocar. Elena se levantó y se dirigió a la puerta a gran velocidad.

Víctor, todavía sorprendido por lo que le había contado Elena y por la escena que acababa de presenciar, se acomodó en el sofá mirando fijamente a Adrien.

—¿Era necesario? —Al ver cómo el rostro de Adrien se contraía, decidió suavizar el tono—. ¿Una nueva ayudante? No me habías contado nada.

Víctor observó confundido cómo Adrien desaparecía sin pronunciar una sola palabra. Esperaría un rato a que se calmase e iría a hablar con él. Le sorprendió la reacción de su amigo, no solía alterarse de aquella forma, claro que cuando lo hacía era mejor salir corriendo. Elena había acudido a él llorando diciéndole que Adrien tenía una nueva ayudante y que no había contado con ella. Él conocía la postura de Adrien, pero aun así le extrañaba que hubiese contratado a alguien sin comentarle nada. Por otro lado sentía lástima por Elena, sabía lo mucho que significaba para ella ese puesto. Debía ser bastante frustrante ver cómo su esperanza se desvanecía en unos segundos.

Debía reconocer que Elena no era muy buena disimulando sus sentimientos por el dueño de la empresa, y que eso en cierto modo debía resultar incómodo para Adrien, que no tenía ningún interés en ella, excepto el profesional.

De todas formas, su amigo estaba muy raro últimamente, desde que se esfumara en Fin de año con la masajista no había dado señales de vida. Ni siquiera le había llamado para disculparse por dejarlo plantado aquella noche.

Una hora después, Elena acababa de exponer a Daniela un resumen de las principales tareas que debía desempeñar. Adrien estaba muy atento a sus explicaciones. No estaba dispuesto a permitirle ni un solo desliz más a esa mujer.

Terminada la reunión, Adrien acompañó a Daniela por las diferentes plantas que formaban la empresa. Presentó su nueva ayudante a diferentes personas con las que ella trataría a menudo. Todos se mostraron correctos y le dieron la bienvenida.

La última parada la hizo en el despacho de Víctor, que no daba crédito a lo que veía cuando le presentó a aquella mujer como su nueva ayudante.

Se mostró frío y le estrechó la mano con desgana, algo que no pasó desapercibido para ella ni para su amigo.

Adrien estaba furioso por la frialdad que mostró Víctor. Precisamente era la única persona de la que Daniela tenía referencias. Le había hablado de él en varias ocasiones. Antes de decir algo desagradable, decidió salir rápidamente de su despacho, no sin antes lanzarle una mirada asesina.

Al salir, Adrien se dirigió a ella:

—Debe tener un mal día —le aclaró sonriendo para quitarle importancia al desagradable encuentro.

—Tú tampoco pareces tenerlo muy bueno.

—¿Y tú? ¿Cómo está siendo el tuyo? —Había dulzura en aquella pregunta. Deseaba que se sintiera cómoda.

—No sabría decirte. Todo me parece... extraño. La palabra «desubicada» es perfecta para definir cómo me siento.

La expresión de él se endureció. Estaba molesto. Sin pronunciarse, se dirigió al departamento de personal donde había dado instrucciones a primera hora de la mañana de que prepararan el contrato y toda la documentación que ella debía firmar.

—Te quedarás aquí un rato para solucionar todo lo relacionado con tu contrato. Te llevará un tiempo, tendrás que firmar cláusulas de confidencialidad de diferentes tipos.

—Sé lo que es, en el balneario también me hicieron firmar unas cuantas.

Él forzó una sonrisa, que duró apenas unas décimas de segundo, y se fue sin decirle nada.

Víctor entró en el despacho de Adrien, como siempre sin llamar.

Adrien lo ignoró continuando con la tarea que tenía entre manos.

—¿Me puedes explicar a qué viene esto? —le preguntó molesto.

Adrien siguió leyendo unos documentos sin prestarle la mínima atención. Víctor volvió a intervenir indignado por la forma en que su amigo le ignoraba.

—¿Se puede saber qué coño hace esa masajista aquí? ¿No tenías bastante con meterla en tu cama? —Elevó el tono de voz.

Adrien fue levantando la cabeza muy lentamente. Sus ojos expresaban la rabia y el enfado que sentía. Se levantó y dio un golpe en la mesa, ante la mirada estupefacta de Víctor.

—Estoy hasta los cojones de este tema. No tengo nada, absolutamente nada que discutir contigo —Hizo una pausa meditando lo que iba a decir a continuación—. No me gustaría tener que recordarte qué puesto ocupas en esta empresa.

—Eso me parece un golpe bajo —dijo, dolido.

—Eso es una forma de recordarte que como dueño de esta empresa contrato a quien me da la gana, cuando me da la gana y donde me dé la gana. Es una manera de decirte que es la última vez que voy a pronunciarme sobre este asunto. ¿Algo más?

Víctor no sabía si salir de allí o intentar calmar el ambiente.

—¿Puedes entender que esté sorprendido? —Tomó asiento en una de las butacas que había frente a él—. El otro día desapareciste con ella. Javier me contó algunas cosas, pero tú no te dignaste a contarme nada, y hoy llego a la oficina, me encuentro a Elena llorando desconsoladamente y luego apareces con esa mujer, diciendo que es tu nueva ayudante.

—¿Desde cuándo tengo que explicarte lo que hago?

—Somos amigos. Si estas saliendo con alguien, es normal que me lo cuentes,

—¿Te he preguntado yo alguna vez con quién salías? ¿O lo que hacías con tu mujer?

Víctor no contestó, visiblemente incómodo por la mención de su mujer, o exmujer en este caso.

—Primero Elena y sus estupideces, y luego tú. No pienso perder ni un minuto más con este tema. Que te quede claro, muy muy muy claro, que no voy a permitir que le faltes al respeto. Está

aquí porque yo se lo he pedido y está perfectamente capacitada para su puesto. Se llama Daniela, así que en lo sucesivo te diriges a ella por su nombre, y para terminar no es masajista sino fisioterapeuta. Ahora déjame trabajar y desaparece de mi vista.

Víctor salió del despacho muy afectado por el tono y las palabras que le había dirigido su amigo. Aquella mujer no le gustaba, pero debía ser honesto y admitir que lo único que tenía contra ella era que conocía su «gran secreto» y que además era amiga de Sam. No quería ni imaginar lo que ocurriría si ella le contaba todo lo que sabía a Adrien.

Dedicó unos momentos a respirar hondo para tranquilizarse. Tenía que empezar a aceptar que esa mujer iba a formar parte de su vida.

Daniela regresó al despacho de Adrien tras formalizar su contrato. Se dirigieron a la última planta del edificio que ocupaba Versus. Allí se encontraban parte de las maravillas que creaba.

Adrien parecía de mal humor, pero ella no quiso preguntarle al respecto, se había propuesto no posicionarse en nada de lo que ocurriese ese día a menos que le preguntasen directamente, y de ser así también sería esquiva. Solo quería observar y observarse a sí misma. Adrien era prácticamente un desconocido y no podía evitar sentirse fuera de lugar. Se sentía como una pieza que estaban intentando presionar para que encajara en un lugar que no correspondía. ¿Terminaría por romperse?

—Ahora te enseñaré el lugar donde se diseñan y manipulan todas las joyas. Una parte de ellas se fabrican aquí, pero la mayoría en la planta que hay a unos pocos kilómetros de aquí. Ya te la enseñaré. Con el tiempo tengo intención de trasladarlo todo allí.

Accedieron a una enorme sala. Atravesaron varias puertas, por un largo pasillo. Solo se abrían si se introducía una tarjeta seguida de un código numérico, en un pequeño panel que había junto a ellas. Estaba claro que a aquella zona no accedía cualquiera.

Se acercó a ellos un hombre de treinta y pocos años. Daniela lo observó, admirando su físico. Era muy alto. Debía rondar el metro noventa. Su barba era más espesa de lo que solía llevar un hombre de su edad, pero le sentaba muy pero que muy bien. Sus rasgos eran parecidos a los de Adrien excepto por sus ojos, que eran de un azul intenso. ¡Muy atractivo!

Llevaba una bata blanca que a su entender le sentaba muy bien.

—Este caballero con aspecto de pintor y científico es nuestro director de diseño: Olivier Abad. Esta es mi nueva ayudante, Daniela Kearney.

—Un placer conocerte, Daniela —le dijo con un marcado acento francés. Le cogió la mano y la acercó a sus labios.

—Encantada de conocerte —le dijo ella tímidamente.

Olivier, siguiendo las instrucciones de Adrien, la guio por toda la planta deteniéndose en todos los departamentos para explicarle lo que se hacía en cada uno. Adrien les seguía, muy atento a las explicaciones.

Antes de despedirse volvió a coger la mano de Daniela, esta vez sin besarla.

—Creo que tus ojos me van a servir de inspiración. ¡Bienvenida!

Daniela se ruborizó sin saber adónde mirar.

Adrien se sorprendió de la actitud de Olivier. Nunca lo había visto mostrarse tan abierto con nadie.

—Te dejamos con tu inspiración. Seguro que ahora que la has encontrado podrás terminar el diseño que... tanto tiempo llevo pidiéndote —recalcó sus palabras.

Olivier observó a su jefe, sorprendido. ¿Por qué se había molestado?

Se alejaron de Olivier sin añadir nada más a la extraña conversación.

Adrien le indicó que tenía una cita para comer con un cliente y que llegaría a media tarde. Se mostró muy distante con ella.

Daniela salió del edificio bastante alterada. Necesitaba airearse un poco. Se dirigió a la cafetería más cercana, la misma donde estuvo cuando hizo la entrevista.

Mientras picoteaba una ensalada, decidió llamar a Matt. Era algo temprano, pero necesitaba

explicarle los cambios que se habían producido en los últimos días y de esa forma distraerse y no pensar en la actitud de Adrien.

Su tío se mostró encantado cuando le anunció que había vuelto a Madrid y que tenía un nuevo trabajo. Le dio muchos ánimos cuando ella le mostró su inquietud ante el nuevo reto.

Pasó la tarde con Natalia intentado aprender todo lo que ella, con mucha paciencia, le explicaba. Centró sus explicaciones en las llamadas que debía atender y las que debía derivar. Le entregó varios documentos. En ellos aparecían listas de clientes y proveedores y otras con los nombres de todo el personal de Versus, sus cargos y la extensión para comunicarse con ellos. Hablaron de los viajes y las reservas, y las preferencias de Adrien al viajar. Aunque era una cantidad de información enorme, Natalia hizo que resultase amena y que pudiera entenderla sin problemas. Era una chica muy dulce y le cayó fenomenal.

Daniela se encontraba en su despacho cuando entró Adrien. Le guiñó un ojo y le hizo un gesto con la mano para que le siguiera. Parecía de mejor humor.

Utilizaron la puerta que comunicaba ambos despachos. Adrien se apoyó en su mesa.

—Espero que no haya sido demasiada información para el primer día —le comentó—. No debes preocuparte, en la práctica solo tratarás con algunas de todas las personas que has conocido. Lo que pretendía es que tuvieras un esquema general de lo que hacemos aquí, de lo que es Versus.

—He aprendido mucho. El paseo ha sido muy interesante. Lo he absorbido todo. Lo tengo aquí —Se tocó la cabeza—. ¿Quieres que te cuente todo lo que he aprendido?

—No pensaba hacerte ningún examen, pero... sí, está bien. Cuéntame.

—He aprendido todo lo que no puedo hacer: fotos, videos, acceder al correo personal, difundir cualquier dato en el exterior...

Él asintió exageradamente con la cabeza mientras la escuchaba. Ella se movía en diferentes direcciones, pensativa.

—He aprendido cómo se da vida a una joya: desde el boceto, el diseño de detalle, la elección de material, la confección del molde, la protección, la producción, el marketing, comercialización, presentación —Respiró hondo para continuar—. También he aprendido algo sobre gemas, ¿se dice así, verdad? —Esperó a ver el asentimiento de él y continuó—: Las preciosas, las semipreciosas, y todo lo que se hace con ellas: el engastado, el grabado... ¿Sigo?

—Sigue.

—He visto todos los departamentos que hay en la empresa: el de dirección, el comercial, el financiero, calidad...

Adrien aplaudió suavemente.

—Estoy impresionado. Veo que el *tour* de esta mañana ha sido muy práctico. ¿Y con Natalia cómo ha ido?

—Muy bien, esa es la parte que más me interesa. Me ha enseñado muchas cosas.

—¿Las condiciones del contrato te han parecido bien?

—De no ser así, no lo hubiera firmado.

—Vaya, vaya, chica dura.

—Me han parecido perfectas —le aclaró. Prefirió no bromear más. Adrien, a pesar de las últimas sonrisas que le ofreció, parecía que seguía de mal humor.

—Bien, entonces quiero que me escuches.

Él le tendió la mano para que se acercase. Cuando la tuvo delante, se cruzó de brazos y de pies aparentando tranquilidad.

—Ayer tenías dudas sobre si trabajar aquí o no. También las tenías esta mañana cuando te he

ido a buscar a casa. Después seguías teniéndolas, me las has regalado durante toda la mañana: que si pánico escénico, que si estoy fuera de lugar, que si me pregunto lo que hago aquí, que si estoy desubicada...

Daniela lo escuchaba con mucho interés. No sabía dónde quería llegar. Él continuó:

—Hoy has conocido Versus. Has visto cómo funciona, has conocido gran parte de las personas que trabajan aquí y también has firmado los contratos. Tienes la información necesaria para saber qué tipo de empresa somos y en qué consiste tú trabajo —Su mirada se endureció—. Coge tus dudas y tus miedos, júntalos con toda la información que has recibido hoy, mézclalo todo muy bien y... agita. Con lo que obtengas, ¡toma una decisión! O te quedas... o te vas.

»No me lo digas ahora, mañana me lo comunicas. Si no quieres volver... lo respetaré, si lo haces no quiero volver a escuchar ni una sola vez a esa Daniela cobarde y pesada que me ha acompañado esta mañana. O estás o no estás. Ahora tienes suficiente información para poder tomar una decisión objetiva.

—¿Cobarde y pesada? —le preguntó, perpleja.

—Sí, eso es lo que he dicho.

—Adrien, tienes que entender que...

—Yo lo entiendo todo, Dani. No quiero que me pidas comprensión, que me ponga en tu lugar ni que entienda las circunstancias. Eso ahórratelo. Lo que quiero es a la mujer que conocí en el balneario, la misma que me dijo que lo único que deseaba era sentirse viva. La misma que no soporta que alguien la mire con compasión. La que no me dejó hablar el otro día, pero sí permitió que me la follara contra la pared. ¿Y sabes por qué quiero esa? Porque esa eres tú. Y no me vale el rollito de que es tu primer día y estás nerviosa. Lo siento, pero esos argumentos conmigo no sirven.

Daniela se apartó de él dando unos pasos hacia atrás.

—Esta noche lo meditas bien y mañana hablamos.

Adrien entró en el despacho de Daniela y cogió su bolso y su abrigo. Se los dejó encima de la butaca más cercana a ella y se sentó en su sillón.

—Que pases buena noche.

Daniela no daba crédito a lo que estaba viendo. La sermoneaba sin dejarla defenderse, la presionaba sin ninguna comprensión y la echaba de su despacho. Se dirigió a la salida confundida y herida.

—¿Te lo puedes creer? —le preguntó a Nico tras explicarle su primer día en el trabajo y la conversación final con Adrien.

—Vamos a ver. Si yo ahora te suelto un discursito en el que empiezo diciéndote que el primer día en un trabajo siempre resulta extraño, que uno no se comporta con naturalidad, que Feraud tendría que haber sido más comprensivo, que es normal que te sintieras extraña y se lo dijeras varias veces... etcétera, etcétera, seguramente me sonreirás satisfecha y acabaremos diciendo que Feraud es un cabrón, que no deberías haber aceptado su oferta, y... ¿Es eso lo que piensas en realidad?

—Nico, ¿podrías ser más concreto? Estoy algo espesita.

—Feraud tiene razón, Daniela. Seguramente se ha mostrado comprensivo en algún momento, pero si en realidad le has dicho todas esas cosas y has estado como apagada y calladita, es normal que se haya hartado. Puede que te haya molestado, pero tu actitud ha sido cobarde y pesada. Estoy de acuerdo. Probablemente, lo que quiere es que no te duermas y reacciones, que seas tú misma desde el primer minuto.

Daniela sopesó sus palabras. Seguramente tenía razón. A decir verdad, en más de una ocasión había estado a punto de salir corriendo acobardada.

—¿Frase?

—Sí. Hay una muy buena. Es de Pablo Neruda y dice: «Para que nada nos separe, que nada nos una». Con esa frase te cargas tus miedos en dos segundos. ¿A que es efectiva?

—Pero...

—Piénsalo. Si nada os une... nada os puede separar. Eso es más o menos una forma de no implicarse, vaya, de no mojarse. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Pues entonces ya tienes la respuesta. A mojarse. Mañana a currar y a decirle que la chica valiente y toca cojones que conoció va a ser su ayudante.

—¿Y para qué narices me dices esa frase si no sirve?

—Cielo, a ti lo que te preocupa es vuestra relación y no si estás o no a la altura de ese trabajo. No quieres problemas y tienes miedo de perderlo. Piensas que ese trabajo puede ser algo que os separe u os perjudique, por eso hoy estabas tan asustada.

—Lo he pensado varias veces, es cierto. Sé que puedo hacer ese trabajo, pero también pienso que trabajar juntos puede romper lo que hay entre nosotros.

—Si es así, pues que así sea. Si tiene que pasar, pues que pase, pero que no sea porque no te has mojado. Lánzate y da lo mejor de ti y ya veremos qué ocurre. No puedes vivir con el miedo a lo que pueda pasar. Eso es lo que él ha notado y te ha recriminado.

Un abrazo efusivo fue suficiente para que ambos dieran por finalizada la conversación y se desearan buenas noches. Lo acompañó a la puerta y se fue directa a la bañera dispuesta a sumergir su cuerpo y sus miedos hasta arrugarlos.

Unos minutos después, su móvil le indicaba que tenía un mensaje de Adrien.

*¿Cómo estás?*

A pesar de las dimensiones del mensaje, lo leyó varias veces. Podía haberse esforzado un poquito más. Le contestó de inmediato.

*No te diré cómo estoy, pero sí te diré donde:*

*Completamente desnuda y sumergida en la bañera.*

*El agua está deliciosa. Hay sales de coco flotando...*

Adrien leyó el mensaje y una sonrisa le iluminó la cara. En cierto modo tenía miedo de su respuesta y le animó que se mostrase divertida. Decidió jugar un rato.

*¿Por qué no he sido invitado a ese evento?*

El mensaje de vuelta no se hizo esperar.

*Porque estoy muy ocupada... meditando. Hoy me han puesto deberes y... estoy intentado ser aplicada.*

Varios mensajes en orden se sucedieron. El siguiente fue de Adrien, que se estaba riendo a carcajadas cuando leyó el último que ella le había enviado.

*¿Cómo va la meditación? ¿Alguna decisión clara?*

*Estaba casi a punto de tomar una decisión, pero... las bolitas de coco me están haciendo cosquillas y más cosquillas. Suben por las piernas y bajan, se detienen en lugares sensibles, me provocan pequeños sobresaltos y... me desconcentran. ¡Vaya, tendré que empezar de nuevo! Intento hacer el cóctel que me pediste, pero ahora...*

*Y... antes de que las bolitas te... desconcentraran. ¿Adónde habías llegado?*

*Tendrá que esperar, señor Feraud, a mañana para saberlo. Ahora, si no le importa, le voy a dejar. Acabo de echar otras bolitas más grandes en la bañera y... es un momento que supongo entenderá quiero vivir en la más absoluta intimidad.*

*Nunca pensé que pudiera decir algo así, pero... ¡lo que daría por ser una de esas bolitas!*

*Para un hombre tan arrogante, esa frase suena muy ridícula.*

*Señorita Kearney, era la manera más suave que tenía de expresar lo que sentía. Hay otras más rudas, pero por escrito no las utilizo. A usted y a sus bolitas les deseo una feliz noche.*

*Me encargaré de que así sea... Buenas noches a usted también.*

La sonrisa todavía no había desaparecido. Aquel intercambio de mensajes, a la vez que le divertían, le daba una pequeña pista sobre la decisión de Daniela. Esperaba que ella hubiera cambiado de actitud y hubiera entendido lo que él había querido transmitirle.

Durante todo el día había tenido a una Daniela asustada a su lado, parecía que alguien la obligase a estar allí. Nada que ver con la mujer decidida que había conocido. Quizá se había mostrado poco comprensivo por ser su primer día, pero cuanto antes reaccionara, mucho mejor.

Víctor y Elena le habían puesto de mal humor, y eso tampoco contribuyó a que se mostrara más comprensivo con Daniela.

Esperaba que hubieran entendido lo que no estaba dispuesto a permitirles de ninguna de las maneras. ¿Desde cuándo tenía él que darle tantas explicaciones a Víctor? Se había comportado de una forma grosera con Daniela y no tenía ningún motivo para hacerlo ¡Ni siquiera la conocía! En cuanto a Elena, no estaba dispuesto a aguantar ningún drama más. La apreciaba mucho, profesionalmente hablando, pero últimamente no la soportaba.

Se quedó dormido pensando en Daniela y en la decisión que le transmitiría al día siguiente, aunque no dejó de pensar en las dichas bolitas de coco.



«Solo a Javier se le puede ocurrir algo así», se dijo.

Llevaba unos días viviendo en su nuevo piso y todavía no había reparado en el texto que había pintado en el techo de su dormitorio. Era de esa clase de pintura que solo es visible en la oscuridad.

Le recordaba a un muñeco que le regaló una amiga de su abuela cuando era una niña. El muñeco se iluminaba cuando apenas había luz. La finalidad debía ser calmar a los niños que tenían la oscuridad, pero en su caso no solo conseguía provocarle pesadillas. Parecía que iba a explotar en cualquier momento. Era aterrador.

Por más que lo escondiera y le dijera a su abuela que no le gustaba, no consiguió quitárselo de encima en años. Afortunadamente, un buen día se apagó y no volvió a iluminarse. ¿Qué clase de abuela impondría a un nieto la presencia de un muñeco que le daba miedo? Era una niña, tan solo debía tener ocho o nueve años.

«¡Maldita bruja!», se dijo.

Volvió a concentrarse en el techo leyendo el original texto. Estaba convencida de que era obra de Javier. «Lo que ocurre aquí... se queda aquí».

Sonrió imaginando lo que podría pasar por la cabeza de su amigo cuando decidió plasmar aquel mensaje en el techo. En aquella habitación habrían pasado muchas cosas, de eso no tenía la menor duda.

Ya era hora de levantarse. Llevaba más de una hora mirando el techo, perdida, como siempre, en cientos de pensamientos.

Aquel día era algo más que su primer día de trabajo en Versus. La envolvía una sensación parecida a la que tuvo cuando salió de Barcelona. La euforia y el entusiasmo por un nuevo comienzo.

Visualizó en su mente un esquema de su vida. La primera etapa sería su vida en Panamá junto a sus padres. La segunda, su viaje a España hasta cumplir los veinte años más o menos. La tercera sería el infierno que vivió hasta la muerte de su abuela. La cuarta sería más bien cortita: el balneario y conocer a Adrien. La última y la más significativa a todos los niveles sería la que empezaba ese mismo día.

Un mensaje en el móvil la sobresaltó.

*Espero que esté despierta, señorita. Después de la fiesta de anoche en su bañera con las bolitas de coco, podría haberse quedado dormida.*

Le respondió rápidamente.

*Buenos días a ti también. Y sí... estoy despierta. La fiesta un éxito. Fueron apareciendo nuevos invitados. Un final muy... feliz.*

Se sucedieron los mensajes:

*No le he preguntado cómo fue la fiesta, aunque me alegro que acabara felizmente. Mi único propósito era recordarle que tiene una reunión importante. La pasaré a buscar en media hora.*

*Soy perfectamente capaz de llegar yo solita. Y no he olvidado la reunión.*

*Entonces la veo en mi despacho en una hora.*

Tenía que darse prisa o la chulería de no dejar que la pasara a buscar le iba a pasar factura. No le envió ningún mensaje más. No le gustaban del todo los mensajes en general. A veces

resultaba muy difícil interpretar el estado de ánimo de una persona. En este caso le pareció que él estaba bromeando, pero también le pareció que estaba enfadado.

Eligió ropa no demasiado formal. Un pantalón negro y una blusa de color rosa le parecieron de lo más acertado.

Había planeado ir caminando al trabajo para hacer algo de ejercicio y fortalecer las piernas, pero no disponía de mucho tiempo, así que optó por ir en taxi. No quería llegar tarde y que él se lo reprochara. No sería un buen comienzo.

Pensó que no tendría ningún problema para acceder al edificio, pero la retuvieron varias veces para pedirle acreditación. Eso la entretuvo más de lo que había calculado, pero no lo suficiente para no llegar a tiempo.

Cuando llegó a su destino, encontró a Elena en la recepción hablando por teléfono mientras consultaba algo en un ordenador. Estaba de pie ligeramente inclinada en la mesa. Colgó nada más verla.

—Buenos días —le dijo Daniela con amabilidad—. ¿Sabes si el señor Feraud está en su despacho?

—Compruébalo tú misma. —Ni siquiera la miró para hablarle, concentrada en la pantalla del ordenador.

—Gracias, eres muy amable —le dijo con la sonrisa más grande que pudo ofrecerle.

«Nos vamos a llevar muy bien», pensó.

Entró en el despacho de Adrien sin llamar. Lo encontró de pie, al fondo del despacho caminando y hablando con el móvil. Se giró para mirarla y le hizo una invitación con la mano para que se sentara. Ella obedeció. Estaba ensimismada escuchando cómo se expresaba en francés. ¿Qué tendría aquel idioma que resultaba tan elegante y sensual?

Adrien colgó la llamada y se sentó en su sillón. Apoyó la cabeza en el brazo.

—Buenos días, Daniela... ¡Te escucho!

—Buenos días, Adrien... ¡Me quedo!

—¿Esos es todo? —Evitó sonreír.

—No creo que haga falta decir mucho más. Ayer me dijiste: «Medita y decide si te quedas o te vas». Pues bien, eso es lo que he hecho. He meditado y he decidido. Pero eso ya lo sabías.

—¿Por qué tenía que saberlo?

—Porque de lo contrario te lo hubiera comunicado ayer. No hubiera seguido con esta pantomima de mensajitos y tonterías varias.

—Lo que quiero saber es por qué has decidido quedarte.

—Es una cuestión de orgullo. Ayer me llamaste pesada y cobarde y... me llegó al alma.

Adrien soltó una carcajada.

—¿Alguna razón más?

—Sí, hay algunas más. Tengo profundas y tengo superficiales. ¿Cuáles quieres?

—Todas.

—También he decidido quedarme porque necesito trabajar y de momento solo tengo esta opción. ¡Ah! Y porque este sitio me parece muy... bonito.

Adrien abrió mucho los ojos con una media sonrisa.

—¿Esas son las superficiales, supongo?

—No, para nada, esas son las más profundas. —Le guiñó un ojo.

Él sonrió y se levantó. La cogió de la mano y la llevó hasta el sofá.

—¿Qué te ocurrió ayer? —le preguntó con ternura.

Ella se levantó dio un pequeño paseo y volvió a sentarse, pero esta vez sin mirarlo.

—Cuando salí de Barcelona necesitaba un cambio urgente en mi vida. El hecho de salir de allí, ya era un cambio, pero necesitaba muchos más. El ansia o el deseo por que así fuera hicieron que apretara el acelerador. A veces tenía que recordarme que tenía que pisar el freno, que quizá estaba corriendo demasiado, pero al mismo tiempo me daba miedo que esa frenada me hiciera volver a detenerme. En los últimos meses he tenido una especie de lucha conmigo misma por saber si corría, si frenaba o si mantenía la velocidad adecuada.

—¿Y ayer pretendías frenarte?

—No.

—Entonces, ¿por qué me has explicado eso?

—Porque quiero que entiendas que eso es lo que me ocurre a menudo y lo que muy posiblemente podrás ver. Ayer simplemente intentaba procesar lo que estaba ocurriendo. Hace menos de una semana, salí corriendo del balneario pensando que no volvería a verte nunca más — Suspiró—. Ayer paseaba por este edificio aprendiendo lo que iba a ser trabajar para ti. Supongo que necesitaba asimilar esos conceptos. No era cuestión de afrontar un nuevo trabajo, se trataba más bien de ti.

—Te entiendo.

—¿Seguro?

—Sí, estoy seguro. Pero todo eso ya lo hablamos y no hay razón para darle más vueltas. Esto es un nuevo viaje, como dijimos, y tenemos que empezarlo con ilusión. Si hay dificultades, ya las iremos superando. Ayer solo pretendía que espabilases, que no te rindieras ni te dejaras llevar por los miedos.

—Pues aquí estoy.

Adrien la cogió por la barbilla para que le mirara a los ojos. Se acercó más a ella y le cogió las manos.

—¿De qué huías cuando te fuiste de Barcelona? ¿Qué es eso que te ha hecho tanto daño? ¿Me lo contarás algún día?

—Algún día. —Sonrió.

—Ayer no tuve un buen día. Estaba de mal humor. Supongo que te diste cuenta.

Ella lo miró sorprendida. No estaba segura de entenderlo. Él se lo aclaró:

—La actitud de Víctor y de Elena me molestaron mucho y acabé teniendo una discusión con ellos que no me apetecía tener lo más mínimo.

—Tiene algo que ver conmigo, supongo.

—Supones bien.

—¿Qué es lo que les molesta exactamente?

—Víctor está molesto porque no le había avisado. Estaba sorprendido. Suele reaccionar así. Tiene la costumbre de exigirme que le cuente toda mi vida. Nunca lo hago y debería estar acostumbrado, pero siempre reacciona mal. Es una batalla que dura muchos años.

—Entonces solo tiene que acostumbrarse y ya está —Estaba convencida de que ese solo era un motivo. El hecho de que ella lo hubiera sorprendido con Sam, seguro que era otro, y con más peso—. ¿Y Elena?

—Elena ha querido ocupar tu puesto desde que se marchó Clara, incluso antes, diría yo. Hace tiempo que insiste, pero siempre le he dejado muy claro que eso no iba a ocurrir.

—¿Ha habido algo entre vosotros?

—Eso no es de tu incumbencia —le dijo fríamente.

A Daniela aquella respuesta le dolió. Adrien se arrepintió de sus palabras. No pretendía ser tan desagradable.

—Lo siento, no quería decir eso exactamente —se disculpó—. Lo que pretendía decir es que eso no tiene nada que ver con lo que estábamos hablando. Y... no. Nunca he tenido nada con ella.

—Es evidente que no le caigo bien.

—Ese es su problema. Mientras no afecte en su trabajo...

—Antes de entrar la encontré en recepción y le pregunté si estabas en tu despacho, me dijo que lo comprobaba por mí misma.

—¿Eso te dijo?

—No tiene importancia, pero me hizo ver que no le caía muy bien.

—Si tienes algún problema, debes decírmelo, ¿entendido?

Ella asintió con la cabeza. Él se acercó a ella y la besó. Así permanecieron un buen rato, disfrutando de un beso íntimo y tierno.

—¿Empezamos, señorita Kearney?

—Claro, ha eso he venido —Le sonrió—. ¿Cómo debo llamarte? ¿Adrien, señor, señor Feraud..., señor Presidente?

—Eso me gusta: «señor Presidente» —Sonrió—. Nunca me han llamado así, suena muy bien.

Ella se rio.

—Llámame Adrien —concluyó.

El primer día de su nuevo viaje quedaba inaugurado oficialmente.

La sala que utilizaba el personal de esa planta para relajarse y tomar un café era muy acogedora. Estaba pensada para proporcionar calidez y comodidad, aunque solo fuera por unos minutos, los que se podían tardar en hacer un tentempié.

Tras organizar el día con Natalia, decidió dirigirse allí para tomar un café, siguiendo su recomendación.

Había unas cinco personas charlando animadamente. Daniela pronunció un tímido «Buenos días» y todos se giraron sin contestarle. Se limitaron a sonreír forzosamente continuando con su conversación. Algunas de ellas la miraron con desprecio o al menos esa fue la sensación que tuvo. Se detuvo en mitad de la sala intentando decidir si debía o no continuar, cuando una imagen conocida apareció de la nada con una esplendida sonrisa.

—Buenos días, Daniela. Bienvenida de nuevo —le dijo Olivier—. ¿Café? Este te encantará.

—Sí, gracias. Necesito uno bien cargadito.

Les dejaron solos en pocos minutos.

Olivier le entregó el café que le había preparado.

—Necesitan tiempo para acostumbrarse. Son reacios a los cambios.

Daniela no entendía bien lo que intentaba decirle.

—¿Necesitan tiempo para acostumbrarse a que una persona se incorpore a la empresa?

—Sí, y no le busques el sentido. Son así. Cuando yo entré me pasó igual. Es un grupo que lleva años formado. Serás como una intrusa durante una temporada, luego se les pasará y te acogerán como uno más.

—¡Dios! Parece que hables de una secta.

Él se rio a carcajadas.

—Dejémoslo en un grupo blindado al que es difícil acceder.

—¿Contigo fueron igual de... amables?

—En el sector femenino fui mejor acogido. Les parecí un hombre guapo y no me pusieron pegas. Ahora, el sector masculino... con ese no tuve mucho éxito —dijo muy concentrado en sus palabras—, así que deduzco que tú tendrás la acogida a la inversa.

Daniela lo miró sorprendida. ¿Hablaban en serio?

Él no pudo contenerse ni un segundo más y estalló de nuevo en una carcajada. Daniela se unió a él al comprender que le estaba tomando el pelo.

—Ha funcionado, quería hacerte sonreír —Su expresión se volvió seria antes de continuar—. Creo que debo ser sincero contigo —le dijo en ese tono seductor que producía su acento francés—. El puesto que ocupas era muy anhelado por otra persona. Se ha llevado un disgusto y sus compañeros se sienten obligados a sumarse a su... duelo.

—Eso suena muy trágico. Supongo que estás hablando de Elena.

—Correcto. No sabía si lo sabías o no, pero creo que debía decírtelo.

—Gracias, Adrien ya me lo explicó.

—Ya se irán acostumbrando. Si me necesitas, no tienes más que decirlo. Ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

Sin decir nada más y aún con su taza de café en la mano, él desapareció de la sala dejándola

completamente sola. Agradecía que al menos alguien se mostrara amable con ella. Natalia lo intentaba, pero... había algo en ella que resultaba forzado. Suponía que Olivier tenía razón y era cuestión de tiempo.

Se disponía a salir cuando Elena entró en la sala. Daniela volvió a pronunciar su tímido «Buenos días», pero ella actuó como si estuviera completamente sola pasando por delante sin prestarle la más mínima atención.

Siguió su camino sin darle más importancia, no iba a permitir que esa estúpida le fastidiara el día después de estar más que convencida de que acababa de empezar un nuevo y definitivo viaje.

Pasó el resto de la mañana con Natalia, observando su trabajo y tomando nota de todo lo que ella le enseñaba. No parecía demasiado complicado. Era cuestión de familiarizarse con algunos nombres y algunos conceptos, nuevos para ella. Su instructora se tomaba muchas molestias en explicárselo todo con detalle, contestando pacientemente a todas las preguntas que ella le formulaba constantemente.

Pudo comprobar que Adrien tenía la agenda muy cargada para ese día: reuniones fuera y dentro del edificio.

Llegó la hora de la comida y Natalia desapareció. Olivier apareció en la puerta de su despacho y la animó para que lo acompañase. Ella dudó un momento, pero enseguida se dio cuenta que le iría bien charlar un rato.

Se dirigieron a un pequeño restaurante cercano al edificio, mientras Olivier le contaba algunos detalles sobre su trabajo.

Mientras disfrutaban de una gigantesca ensalada, Olivier contestó a todas las preguntas que ella le hizo relacionadas con su trabajo. Después fue el turno de él.

—¿Cómo entraste aquí a trabajar? ¿Conocías a alguien?

—Sí. La verdad es que... —Su mente trabajaba muy deprisa intentando decidir si contarle o no la verdad. No quería que nadie juzgase su forma de obtener ese empleo, pero Olivier había sido muy amable con ella y no quería mentirle—. La primera vez que vine, fue en septiembre para hacer una entrevista, pero no... pasó nada, es decir no me avisaron. Unos meses después coincidí con Adrien donde yo trabajaba. Poco después me quedé sin trabajo y al enterarse me ofreció este.

—¿Así que ya conocías a Adrien? —Mostró interés.

—Sí. —No sabía si había actuado bien proporcionándole todos esos datos a Olivier.

—Entonces ya cuentas con una ventaja. Un trabajo nuevo sin conocer absolutamente a nadie puede ser más incómodo al principio.

A Daniela no le gustó el rumbo de esa conversación, así que optó por cambiar de tema. Le habló de su amistad con Nico y Javier. Sabía que él los conocía.

—¿Y tú? —preguntó tímidamente esperando desviar el tema hacia él.

—Celia era amiga de mis padres.

—¿Celia? —Le sonaba aquel nombre, pero no conseguía saber de qué.

—La madre de Adrien.

—¡Oh! —Seguramente lo habría escuchado decir a Natalia, que había hecho alguna referencia a ella.

—Un día coincidimos en París. Hablando y hablando surgió la oportunidad. Yo quería cambiar de trabajo y ellos necesitaban un diseñador. Vivía en Francia, pero me fascinó la idea de venir a España y trabajar en Versus.

—Hablas muy bien español.

—Mi padre era español.

Volvieron a la oficina. Ella reanudó el trabajo con Natalia hasta la hora de salir. La tarde le

pasó volando, concentrada en todo lo que tenía que aprender. No tuvo noticias de Adrien. Cuando volvió a su despacho para recoger sus cosas escuchó voces que le indicaron que él estaba reunido. Al salir se encontró de nuevo con Elena esperando el ascensor. Ni siquiera parpadeó al verla, se mostró de la misma forma que las otras veces que se habían cruzado, haciendo un gran esfuerzo por demostrarle que la ignoraba.

Al entrar en el ascensor se encontró en su interior a Víctor, que la miró de arriba abajo. Durante el día, había acudido a su despacho con Natalia para hacerle varias consultas. Él ni siquiera se había molestado en mirarla. Se dirigió en todo momento a Natalia, como si ella no estuviera allí. En otra ocasión fue él el que buscó a Natalia para hablarle de unas reuniones en las que debía estar Adrien y tampoco se dignó a mirarla. Natalia parecía incómoda con la situación, pero no hizo ningún comentario.

—Buenas tardes —dijo Daniela al entrar.

—Buenas tardes —respondió Víctor en un susurro. Inmediatamente centró su atención en Elena a la que le sonrió y le preguntó:

—¿Sabes si se ha marchado Adrien?

—Pregúntale a su secretaria —Utilizó un tono irónico acompañado de una risa cínica y burlona—. Vaya, si la tenemos aquí.

Daniela se dio cuenta de la situación, pero con un gran esfuerzo consiguió no mover ni un músculo.

«Paciencia, Daniela», se animó.

Cuando el ascensor se detuvo salió sin decir palabra. Tan solo había conseguido dar unos tres pasos fingiendo serenidad cuando escuchó a Víctor decirle:

—Perdón, te he preguntado si el señor Feraud está en su despacho.

Daniela se giró lentamente haciendo acopio de toda la dignidad posible.

—¿Seguro que me lo has preguntado?

Víctor frunció el ceño con su pregunta.

—Lo hago ahora —le dijo en un tono que no admitía ninguna réplica.

—Estuvo hace unas horas, pero luego salió y volvió a entrar... y luego... creo que se fue, aunque luego creo que volvió y... ¡Vaya! tendrás que perdonarme, es mi primer día y estoy algo despistada. ¿Qué tal si lo compruebas por ti mismo? —Dio media vuelta y sin añadir nada más se dirigió a la puerta, lamentando no haberse quedado para verle la cara.

Daniela se fue con la amarga sensación de haberse excedido con Víctor, al fin y al cabo ella no era más que una secretaria y él un directivo de la empresa.

No le había desafiado de esa forma porque fuera una descerebrada incapaz de asumir que el primer día de trabajo y ante un superior, le gustase o no, debía actuar de otra forma. Lo que realmente la había llevado a contestarle de esa forma era saber que ese hombre se mostraba tan hostil con ella por el incidente en el balneario.

Sentía alivio e inquietud al mismo tiempo. No tenía intención de aguantarle muchas tonterías a nadie. Sabía que eso le traería problemas y que incluso podría comprometer su trabajo, pero por muchas vueltas que quisiera darle se sentía más identificada y segura con la mujer que no se callaba ni bajaba la cabeza. Esa no era la actitud correcta en un trabajo. Por experiencia, sabía que eran muchas las ocasiones en que hay que morderse la lengua antes de decir una barbaridad, pero la vida le había producido un buen empacho de penas y no estaba dispuesta a aguantarle gilipolleces a nadie, aunque eso significara tener más de un disgusto.

En adelante si se arrepentía sería por lo que había hecho o dicho y no por estar sentada mirando al suelo. Quería hacer su trabajo de la mejor manera posible. No quería decepcionarse a

sí misma ni tampoco a Adrien, pero tenía claro que con toda la educación y respeto posibles, cuando considerara conveniente pararle los pies a alguien lo haría, aunque trajera consecuencias.



Su tercer día de trabajo estaba a punto de terminar. Aunque había habido momentos algo tediosos, podría decir que en general le habían pasado muy deprisa.

Apenas había visto a Adrien en esos tres días, y las contadas veces que lo hicieron siempre había alguna persona con ellos. No la había llamado ni se había comunicado con ella tras la jornada de trabajo. Sabía que tenía una agenda llena y que había parado poco por la oficina, pero aun así hubiera deseado tener unos minutos para estar a solas con él.

No quería pensar demasiado en ese distanciamiento, no sabía de qué forma enfocarlo. Ese mismo día por la mañana entró en su despacho junto a Natalia para repasar algunos puntos de su agenda. Él le sonrió y le preguntó qué tal iba el aprendizaje.

—Bien, gracias.

Ese fue todo el diálogo directo entre ellos que mantuvieron en varios días. Natalia intervino a su favor diciendo que estaba aprendiendo muy rápido y que ella creía que la siguiente semana podría empezar a trabajar sola. Adrien pareció satisfecho, aunque no hizo ningún comentario, se limitó a asentir con la cabeza y a sonreír.

Le echaba de menos. Todo era tan diferente con él. Estaba cerca pero no lo estaba.

No sabía si él mantenía esa distancia por las inquietudes que ella le había expresado respecto a tener algo con él y trabajar al mismo tiempo, o simplemente era una distancia que él quería mantener por sí mismo.

No quiso darle demasiada importancia. Entendía que al estar todo el día con Natalia, no podían tener ni un momento a solas. También entendía que él estuviera recuperando mucho trabajo que dejó al estar en el balneario. ¿Y después del trabajo? ¿Por qué no la había llamado después? Lo mejor sería no pensar más en ello.

Llamó a Eva para confirmar la cita que tenían. Necesitaba unos retoques en el cabello y en su cuerpo.

Se encontró con Olivier y conversaron unos minutos. Le caía muy bien aquel hombre. La había ido a buscar todos los días para que comieran juntos e incluso por las mañanas la había acompañado a tomar café en la sala de descanso para evitar que se sintiera incómoda con los compañeros, que seguían siendo de lo más antipáticos. Solo habían pasado tres días, pero le daba la impresión de que no mejoraría mucho.

Víctor y Elena fueron a peor. Desde su pequeño enfrentamiento en el ascensor, la situación solo había empeorado. En una ocasión había entrado en su despacho, ella sola, a entregarle unos documentos. Natalia pretendía en poco tiempo que aprendiera a moverse sola y ella estaba encantada, solo que todo lo que estaba relacionado con Víctor le incomodaba. Él no se dignó ni a mirarla. Cogió los documentos y siguió con la mirada fija en la pantalla del ordenador. El resto de las veces, se mostró exactamente igual. Natalia incluso comentó que si tenía algún problema con él, porque nunca lo había visto actuar de esa forma. Ella lo negó, alegando que no lo conocía absolutamente de nada.

Elena era otra historia. No solo se mostraba distante, sino que aprovechaba cualquier situación para despreciarla. Le ponía trabas siempre que podía para dificultarle el trabajo, aunque hasta la fecha había salido victoriosa de sus intentos de hacerle caer. No iba a ir con el cuento a Adrien, como él le había pedido. De momento podía manejar a aquella mujer, aunque sin el

respaldo continuo de Natalia la situación podía cambiar.

Salió del centro de estética animada y satisfecha con sus «retoques». Se había cortado un poquito el pelo dándole un aspecto diferente. Una depilación completa y unas uñas perfectas acabaron por mejorar su aspecto. Eva le propuso ir a la cafetería, y así encontrar un momento de intimidad para charlar un rato. No se habían visto desde la cena de Nochevieja. Esa noche habían congeniado a las mil maravillas y se habían enviado varios mensajes, decididas a iniciar una amistad.

En la cafetería bromearon. Eva le explicó las extrañas peticiones que le hacían algunas clientas y no dejaron de reír. Daniela le habló de su nuevo trabajo, pero no de Adrien. Todavía era pronto para explicarle una historia como aquella.

Nico surgió en la conversación y Daniela observó cómo el semblante de Eva cambiaba radicalmente.

Durante la cena de Fin de año le había parecido notar un interés especial de Eva hacia Nico, pero no se atrevió a comentarlo ni con uno ni con otro. A ella no le gustaba que se metieran en sus asuntos, así que la mejor manera de conseguirlo era no meterse ella en los de los demás.

—Supongo que Nico te habrá contado lo que hubo entre nosotros —le comentó con tristeza.

—No. Él me ha hablado de ti como una amiga.

—Salimos durante dos meses. De eso hace ya dos años.

Tomó el silencio de Daniela como una invitación a continuar hablando del tema, pero no era así. A Daniela le incomodaba hablar de los asuntos personales de Nico con una persona que conocía desde hacía poco tiempo. No entendía mucho la necesidad que tenían algunas personas por contar detalles de su vida a desconocidos. Sin embargo, debía ser más justa y pensar que Eva le había ofrecido su amistad y quizás necesitara desahogarse con ella.

—Me enamoré locamente de él —Su rostro expresaba tristeza—. Perdón, ¿te incomodó con este tema?

—No sé qué decirte. Se trata de la vida de Nico y... si él no me lo ha contado... —Tuvo la oportunidad de decírselo, pero percibió su malestar y decidió arreglarlo—. Lo siento, Eva, no me hagas caso. Cuéntamelo, quizás te sientas mejor.

No se hizo de rogar, le contó con detalles una relación de dos meses en la que se veían a diario. Tampoco se cortó a la hora de describir sus «alucinantes» encuentros sexuales, aunque Daniela le llamó la atención varias veces para que no entrase en detalles. Le recordó que estaban hablando de alguien que para ella era como un hermano y no necesitaba saber sus habilidades en la cama.

—Un día fuimos a las fiestas de un pueblo que hay a unos kilómetros de aquí y nos encontramos a mi hermano por casualidad. Les presenté. A la hora de hacerlo con Nico simplemente dije: «Este es mi chico». Al parecer esas palabras le llegaron muy adentro. Se comportó de forma extraña toda la noche, y cuando llegamos a su casa me dijo que no quería ser mi chico ni que yo fuera su chica. Dijo que era mejor dejarlo, que no sentíamos lo mismo. Más o menos fue así. —El dolor aún se reflejaba en su mirada a pesar de haber transcurrido dos años.

—Lo siento, Eva. Debió ser duro. —Eva asintió con la cabeza antes de continuar.

—Después de aquello pasaron meses sin vernos, pero un día nos vimos y empezamos a hablar como si nada hubiera pasado. Nos hicimos buenos amigos, esta vez de verdad. Prefiero tener una amistad con él, aunque no te voy a decir que sea fácil para mí —Suspiró—. Él tuvo una relación después de la que salió muy lastimado. Lo pasó muy mal. Para mí fue muy difícil ser su paño de lágrimas.

—Perdona mi indiscreción, pero... ¿Aún sientes algo por él?

Eva pareció meditar su respuesta.

—Supongo que sí. Es algo en lo que no quiero pensar. Somos amigos y... eso es lo que cuenta. Es un hombre muy complicado. No siempre consigo entenderlo.

Lo que Daniela creyó ver en la mirada de su nueva amiga fue la esperanza de que algún día ella y Nico fueran algo más que amigos.

De la relación que había mantenido Nico y que tanto le había afectado, no sabía nada. Nunca se lo contó. Ese pensamiento entristeció a Daniela. ¿Cuántas veces Nico habría rehusado la idea de contarle momentos importantes de su vida? Estuvo tan anclada en su lúgubre vida que no solo se perdió parte de la suya sino también de la de su amigo.

Se despidieron con los mejores deseos y con la promesa de volver a verse la siguiente semana.

Una vez en casa, se dio una ducha rápida evitando mojar su maravilloso peinado. Era un buen momento para darle un repaso a su armario. Quería revisar toda su ropa. Para su actual trabajo necesitaba ir bien vestida. El fin de semana aprovecharía para comprar algo de ropa, pero de momento tenía que conformarse con lo que tenía.

Se probó un vestido informal de color negro que pertenecía a Ana y que por error había acabado en su maleta cuando se mudó la primera vez. El día que salió del balneario ni siquiera se fijó en lo que metía en la maleta. El vestido había viajado con ella.

Elena le había dicho esa misma tarde que tenía un pésimo gusto para vestirse. Lo dijo sin venir a cuento, ante la cara de sorpresa de Natalia. Daniela ni siquiera le contestó, sabía que si la ignoraba le haría más daño.

Se probó el vestido, que no era fácil de manejar. Satisfecha con el resultado decidió ponérselo al día siguiente. El problema vino cuando intentó quitárselo. Ni por arriba ni por abajo. Aquel maldito vestido se negaba a separarse de ella. Enfadada por un incidente tan estúpido tiró de él hacia arriba levantando los brazos, pero lo único que consiguió fue dejarlo atascado a la altura de sus pechos. Sacó la cabeza para respirar, desesperada por no saber cómo salir de aquella ridícula situación.

Mientras forcejeaba con el vestido con los nervios a flor de piel, escuchó el timbre de la puerta. Dedujo que sería Nico, no esperaba a nadie más. Con ciertas dificultades se acercó a la puerta y miró a través de la mirilla. Afortunadamente su cabeza estaba libre.

Al ver el rostro de Adrien, se quedó paralizada. No sabía si reír o llorar. Descartó fingir que no había nadie, estaba segura de que el estropicio que había montado para acercarse a la puerta se había escuchado desde fuera.

Adrien se impacientó. Le extrañó que todavía no hubiera abierto, le parecía haber escuchado sonidos que procedían del interior. Con los nudillos, golpeó la puerta. La voz de Daniela no se hizo esperar esta vez.

—Adrien —hizo una pausa para coger aire—, estoy en un pequeño apuro.

—¿Dani? ¿Qué ocurre? —le preguntó, alterado.

—Escúchame. No es grave, solo que estoy... ya lo verás. Voy a abrir la puerta e inmediatamente me vas a ayudar. Si te ríes o haces algún comentario... ¡Te descuartizo!

—¿Cómo? —preguntó totalmente confundido.

La puerta se abrió lentamente y la imagen que pudo contemplar no se parecía en nada a cualquiera de las situaciones que había imaginado. Tenía los brazos en alto y estaba envuelta por lo que parecía ser un vestido. El resto de su cuerpo estaba cubierto por unas minúsculas braguitas. Su cabeza aparecía hasta la altura de la nariz y sus ojos tenían una expresión de terror que no supo interpretar.

Daniela desapareció de su vista. Entró despacio y cerró la puerta. Estaba tan impactado por la escena que tardó todavía unos segundos en entender que se había quedado atascada con la prenda. Tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no estallar en carcajadas.

—Ayúdame de una vez —le suplicó, enfadada.

—Cariño, qué impaciente eres. Déjame deleitarme un poquito más con la escena. Estás tan... sexy —No pudo reprimir sus ganas de reír—. Esto sí que es una bienvenida.

—Adrien, te he avisado. Sácame este maldito vestido y luego más vale que salgas corriendo. —Le costaba pronunciar esas palabras. Estaba tan enrabada que lo hubiera asesinado.

Se acercó a su espalda y la cogió por la cintura acariciándole suavemente el abdomen. Siguió sus caricias hasta llegar al ombligo donde trazó círculos con un dedo antes de seguir bajando.

—Dani, Dani, Dani... así no se piden las cosas. —Al tenerla sujeta por la espalda, ella no podía ver su sonrisa ni de qué forma se expresaba en su rostro lo mucho que estaba disfrutando. Le encantaba enfadarla.

—¡Adrien! —gritó.

—¿Me dejas hacerte una foto?

—Sácame de aquí, capullo.

—Cariño, no estás en condiciones de ser tan insolente. Tú pídemelo bien y yo te quito el vestido.

—Adrien, me hace daño. Tengo los brazos medio dormidos. Me estoy clavando la cremallera.

Era el momento de dejar las bromas. Con un movimiento brusco, no sin un gran esfuerzo, tiro del vestido hasta liberarla. Ella bajó rápidamente los brazos masajeándose los por la tensión que debía haber acumulado. Entonces le lanzó una mirada que de no conocerla hubiera pensado que era una psicópata en plena crisis. No pudo evitar estallar en una carcajada al verla tan furiosa y tan... preciosa. Estaba prácticamente desnuda, tan solo una pequeña tela cubría su pubis.

Las carcajadas de Adrien no hicieron más que enfurecerla. Se acercó a él rápidamente con la intención de darle una bofetada. Sin parar de reír, Adrien le sujeto la mano antes de que pudiera hacerlo y le dio rápidamente la vuelta hasta tenerla abrazada e inmovilizada por los brazos.

—¡Shhhh! —le susurró al oído—. ¡Tranquila, demonio! No he podido evitar reírme, estabas muy graciosa.

Daniela forcejeó con él sin ningún éxito. Él empezó a darle pequeños mordiscos en el lóbulo de la oreja sintiendo cómo ella emitía pequeños y ahogados gemidos.

Le dio la vuelta para poder verle la cara y cuando cruzaron sus miradas pudo comprobar que estaba mucho más calmada. Conocía ese brillo en sus ojos. Sería probablemente el mismo que reflejarían los suyos. No podía expresar con palabras cuánto la deseaba ni lo mucho que la había echado de menos.

Se lanzó a devorar sus labios. Desde que salió de su casa y durante todo el trayecto se preguntó si la encontraría en casa. Rezó para que fuera así.

Hubiera sido más fácil llamarla y hacer planes, pero quiso sorprenderla. Había pasado el día entero pensando en ella. Por la mañana cuando la tuvo en su despacho, con Natalia, apenas sí escuchó lo que esta le decía. No podía pensar en otra cosa que no fuera estar a solas con ella.

Estaba deseando que ella hubiera aprendido lo suficiente para poder empezar a trabajar sola, sin la presencia constante de Natalia.

Había pensado en invitarla a cenar, charlar tranquilamente con ella y hacerle el amor suavemente, pero al verla en aquella situación tan cómica, medio desnuda y tan enfadada, no pudo esperar ni un minuto más y descartó la cena y la charla. Tampoco le parecía ya muy atractiva la idea de hacerle el amor suavemente. Estaba como loco por entrar dentro de ella y saciar ese deseo

que llevaba días acumulando.

Ella pareció sentir el mismo deseo y con la misma intensidad. En cuanto se abalanzó sobre su boca se olvidó de lo enfadada que estaba. Respondió ansiosa a sus besos.

Adrien la cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Cuando estaba a punto de entrar, tropezó con algo que había en el suelo y aterrizó con ella en brazos en la cama.

Ninguno pareció darle importancia. Se incorporaron rápidamente para seguir besando y mordisqueando todo lo que les quedaba al alcance en ese momento. Adrien se sentó en la cama apoyando la espalda en el cabecero y con un movimiento rápido la colocó a horcajadas sobre sus piernas. Ella se deshizo de la única prenda que le molestaba y se dedicó a desnudarlo, agradecida de contar con su colaboración.

Sin poder esperar más, se introdujo en su interior de una forma brusca pero controlada. Daniela gritó, satisfecha. Ambos se entregaron por igual. Se absorbieron, se aceptaron, se disfrutaron hasta caer rendidos.

Permanecieron abrazados sin hablar durante más de media hora. Daniela con su cabeza apoyada en el pecho de él escuchaba sus latidos totalmente embelesada.

—¿Qué estabas haciendo con ese vestido?

—¿Tú qué crees? Me lo estaba probando y no pude quitármelo.

—O sea, que he sido algo parecido a un héroe. De no haber venido...

—Un héroe sí, pero un héroe muy capullo. Yo no me habría reído ni burlado si hubiera sido al revés.

—Dani, si hubiera sido al revés, habrías estado riéndote más de una hora y haciendo comentarios de los tuyos al menos durante un mes.

Ella sonrió. La iba conociendo.

—Te aseguro que tal y como estaba encajado era imposible que te lo quitaras tú sola. ¿Cuánto tiempo llevabas así?

—Solo unos minutos. Ha sido toda una casualidad que llegaras en ese momento.

—Tengo un radar especial. Un don. ¿Lo recuerdas?

—Pero ese don... ¿No era para ver en el interior?

—Sirve para muchas cosas. Estaba en el despacho y he sentido algo extraño. Una vocecilla que me decía que estabas en apuros y...

—¿Por eso has venido? —le preguntó riendo.

—Por eso y porque todos los días te has marchado sin despedirte.

—¿Te refieres a la hora de salir?

Él asintió con la cabeza.

—Estabas fuera de la oficina o reunido. ¿Querías que interrumpiera la reunión para decirte que me iba?

—¿Qué tal una llamada? ¿O un mensaje? Un simple «me voy» seguido de un montón de emoticonos en forma de besitos. Me encantan.

Daniela soltó una carcajada. Él prosiguió con su broma.

—Nuevas normas, señorita Kearney. Si quieres las añadiremos al contrato. A partir de ahora, cuando te marches, si estoy ocupado me envías un mensaje con un adiós y besitos, muchos besitos. Llenas la pantalla.

—¿Así que esa es una nueva norma?

—Sí, señorita, lo es.

—Tú me enseñaste a romper las normas.

—Las mías no. Esas no se rompen.

Ella se incorporó sonriendo y lo besó.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Todo bien? —se interesó él.

—Todo bien.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—Natalia habla muy bien de ti. Me estuvo contando lo que hacéis y dice que aprendes muy deprisa.

Ella no dijo nada, no sabía muy bien responder a un halago de ese tipo, incluso estaba sorprendida de que Natalia lo hubiera dicho.

—¿Has visto a Víctor estos días?

Daniela vaciló en su respuesta. No sabía si el incidente del ascensor había llegado a sus oídos o simplemente se lo preguntaba por curiosidad.

—Sí, alguna vez. Todo correcto. —Se esforzó por ser creíble, pero la forma en que Adrien la observaba le dijo que no la creía. ¿Debería contarle lo del ascensor?

Adrien sabía que le estaba mintiendo. Natalia le había comentado su sorpresa ante la actitud de Víctor hacia Daniela. Llevaba muchos años en Versus y conocía perfectamente a Víctor, por eso le sorprendió su falta de colaboración mientras le enseñaba a Daniela y, sobre todo, la frialdad con la que la había tratado. De momento no intervendría, pero si su amigo seguía con esa estúpida actitud, tendría que decirle cuatro cosas.

—Si tienes algún problema, quiero que me lo cuentes.

—Lo haré, pero todo está bien. Estoy aprendiendo muchas cosas y adaptándome al lugar, al trabajo, a las personas. Todo está bien, créeme. Me gusta.

—¿Y Elena? ¿Has tenido algún problema con ella?

—Ninguno que no pueda controlar. Hoy me ha dicho que tengo un pésimo gusto para vestir. — Antes de acabar, ya se había arrepentido de decirlo. Quería ocuparse de Elena ella solita.

—¿Cómo? Es increíble. ¿Y tú que le has dicho?

—Ni la he mirado. No me interesan esas trifulcas.

A Adrien le tranquilizaron sus palabras.

Se vistieron y se levantaron de la cama entre juegos, risas y besos. Se dirigieron al salón. Adrien la sorprendió con su comentario:

—Tengo que irme.

Ella no pudo evitar quedarse con la boca abierta.

—¿No te quedas?

—No. Me voy. No he traído nada para cambiarme y... mañana sería muy pesado pasar antes por mi casa.

Enfadada por la excusa tan tonta que le estaba dando, decidió atacar.

—Me refería a cenar, no a dormir. —Le sonrió burlonamente.

Él recibió el comentario algo sorprendido. No sabía si lo hacía porque estaba molesta o porque realmente no había contemplado la posibilidad de que se quedara a dormir en ningún momento. Eso le molestó.

—Mejor me voy —Se detuvo frente a la puerta para mirarla y se acercó para darle un beso en los labios—. Nos vemos mañana. Buenas noches. ¡Ah! Me gusta tu nuevo peinado.

—Buenas noches.

Optó por no coger el ascensor y bajar por las escaleras. Se sentía incómodo y un poco de ejercicio podría despejarle la mente. Al salir a la calle se quedó apoyado en el coche sin ganas de introducirse en su interior. Pasó más de veinte minutos allí parado sin conseguir que la sensación

de malestar y vacío desaparecieran.

No se sentía orgulloso de lo que había hecho. Parecía que su único propósito al visitarla fuera acostarse con ella y luego desaparecer. Seguramente ella lo estaría pensando, pero no era así. La realidad era otra. Había ido a buscarla porque se moría de ganas de estar a su lado, pero en el momento en que se dirigieron al salón sintió ganas de huir.

No podía entender lo que le ocurría. Hacía pocos días que le había soltado a ella un discurso sobre la importancia de ser valiente y no tener miedo. Se había molestado con ella por sus inquietudes y dudas respecto a trabajar juntos después de lo que habían vivido.

Le costaba entenderse a sí mismo. Había sido él el que le había hablado de empezar un nuevo viaje y dejarse llevar...

La había evitado en el trabajo, intentando convencerse de que ella no se sentiría presionada. Pero nada de todo eso tenía sentido. En realidad lo que sentía era miedo de la fuerza con la que ella había entrado en sus pensamientos. Sus sentimientos eran cada vez más fuertes y ya no se trataba solo de su vida fuera de la oficina, ahora también la tenía dentro.

Todo lo que decía y sentía era una contradicción. Lo único claro era que sentía miedo.

Deseaba haberse quedado con ella toda la noche, y sin embargo había salido corriendo. Todo era muy intenso y muy rápido, y de lo único que se veía capaz era de ponerle un poco de freno. Podría estar equivocado, pero no estaba preparado para llevar otro ritmo. Tenía que ir poco a poco, manteniendo una distancia prudencial.

Daniela estaba muy enfadada. Cuando lo vio salir creyó que en pocos minutos volvería, arrepentido, pero no fue así.

Al menos se podía haber quedado a cenar. De ser así, no tendría la sensación de que lo único que le interesaba era acostarse con ella.

No entendía bien su actitud. ¿Ese era su nuevo viaje? Él parecía distante, no sabía bien cómo describirlo, pero la sensación era de lejanía. ¿Estaría sacando conclusiones antes de tiempo? ¿Tendría que esperar más para hacerlo?

«Olvida lo que ha pasado esta noche, Daniela», se dijo.

Debía mantener una actitud positiva y ser valiente. Seguro que todo iría bien. Él también se estaría adaptando al «nuevo viaje».

Al día siguiente no vio a Adrien en todo el día. Sabía que estaría fuera de la ciudad y que tenía dos reuniones importantes con unos clientes que le llevarían todo el día. Empezaba a dominar su trabajo y a saber manejar su agenda y todo lo relacionado con las llamadas que debía atender y las que no. Le pareció más fácil de lo que había supuesto en un principio.

Natalia ya le había anunciado que la veía preparada para empezar sola a partir del lunes. Agradeció que le dijera que debía llamarla siempre que tuviera dudas y siempre que estimara oportuno. Le dijo que era mejor que se asegurara de algo antes de cometer un error.

De lo que más se alegró es de saber que su trabajo no tenía demasiada relación directa, aunque sí alguna, con los dos personajes más simpáticos de toda la empresa, los mismos que la ignoraban y despreciaban siempre que podían.

Un par de horas antes de salir, Natalia la dejó sola dando por finalizadas las clases del día. Se fue a su despacho para repasar todo lo que había aprendido y así confeccionar sus propias notas.

Estaba concentrada en ellas cuando escuchó el timbre del teléfono de su recién ocupado despacho. Ese sonido era nuevo para ella. Todavía no había atendido ninguna llamada. Por lo general las llamadas no eran directas sino que se filtraban antes de que llegaran a ella. Hasta el momento se las pasaban a Natalia. Descolgó y antes de que pudiera decir algo escuchó una voz muy conocida.

—¿Todo bien? —le preguntó Adrien.

—Sí, todo bien —dijo en un tono de voz tranquilo y seguro, para que él no notase que esa simple llamada la había inquietado.

—Natalia me dijo que estabas en tu despacho.

—¿Así de simple? Pensaba que era tu don el que te lo había chivado.

—El lunes, Natalia volverá a su puesto habitual. ¿Necesitas más tiempo?

—No, creo que podré hacerlo. La molestaré muchas veces, pero... me siento preparada.

—No te olvides de que yo estaré contigo. Te aclararé todo lo que necesites.

—Se lo agradezco mucho, señor Feraud. Es usted muy amable por su ofrecimiento.

—¿Te gusta lo que has estado haciendo?

—Me gusta este trabajo —le aclaró—. Todavía estoy aprendiendo, pero me siento bien. El lunes empezaré sola, así podré espabilarme. También lo necesito, es algo agobiante estar todo el día detrás de Natalia. Aunque supongo que para ella habrá sido mucho peor.

Él entendió lo que quería decirle, pero no dijo nada.

—Muy bien, señorita Kearney. Tengo que dejarla, entro en una reunión. ¿Sabes de qué reunión se trata?

—Sí, lo sé perfectamente. Con un tal señor Pont de la firma Aroma. ¿Prueba superada?

—Muy bien, veo que está haciendo su trabajo correctamente. Siga así. La compensaré.

Adrien colgó el teléfono y se dirigió a la sala de reuniones donde lo esperaba su cliente. Se sentía aliviado. No la había visto en todo el día, y las pocas palabras que acababan de cruzar se convirtieron en un pequeño elixir para el vacío que sentía.

El viernes se respiraba un ambiente diferente. La jornada se reducía hasta las dos de la tarde y todo el mundo parecía estar más animado de lo habitual con la llegada del fin de semana.



Adrien estuvo todo el día en su despacho, aunque solo pudo verlo un momento a primera hora cuando Natalia le puso al corriente de su agenda, como hacía cada día. El resto de la mañana estuvo reunido en el despacho de Víctor con él y algunos comerciales. A la hora de salir, todavía estaban reunidos.

Daniela ordenó su mesa y salió de su despacho cuando se encontró a Olivier.

—¿Ya te vas? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí, por esta semana he terminado.

—¿Ha sido muy dura?

—No. Mejor de lo que esperaba.

—¿Planes para el fin de semana?

—Esta noche he quedado con Nico y Javier para cenar, y mañana iré a una exposición de fotografía de Nico.

—¿Exposición? —Juntó las cejas en actitud pensativa—. Me comentó algo, pero no me dijo que fuera mañana. Ayer estuve con Javier y no me dijo nada. ¿Dónde es?

—Ahora no tengo esa información. Si quieres te envío un mensaje. Hablaré con ellos por la noche.

—No es necesario, ya le llamaré. Seguramente me pase.

En ese momento Adrien se acercó a ellos y les saludó fríamente.

—¿Podemos hablar un momento, Daniela?

—Sí, claro.

Se despidió de Olivier y le siguió a su despacho, al que se dirigía a toda prisa.

Adrien estaba de mal humor. Ver a Daniela charlando amigablemente con Olivier le molestó. Parecían congeniar bien. La sonrisa que Daniela le dedicó le disgustó enormemente.

Víctor le había comentado, con un cierto tono irónico, que se habían hecho muy amigos, ya que los había visto alguna vez comiendo juntos. Ella no le había comentado nada y él no se atrevió a preguntarle directamente.

—¿Ya te ibas? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, son más de las dos. ¿Querías algo?

—¿Ahora me lo preguntas? Creí que habíamos quedado en que me avisarías cuando te marchases y si estaba reunido me enviarías un mensaje para decirme que te ibas. —Su tono de voz era autoritario.

—¿Hablas en serio? —Abrió los ojos mostrando su sorpresa—. Pensé que estabas bromeando. Me dijiste aquello de los mensajes y los emoticonos, y yo...

—Pensaba que si añadía un toque de humor, llegarías tú solita a la conclusión —la interrumpió—. Pero veo que no ha sido así.

—¿A qué conclusión? —le preguntó visiblemente confundida.

—A ver qué te parece esta: Antes de marcharte, no estaría de más que me avises por si necesito algo de ti. Eres mi ayudante, ¿recuerdas? Si no estoy, o estoy reunido, puedes enviarme un mensaje y ya veré si debo comunicarme contigo o no —La miró fríamente—. ¿No habías trabajado como secretaria? Es algo bastante habitual —Se acercó más a ella con la única intención de intimidarla. Estaba observando su perplejidad y en cierto modo le hizo sentir triunfador, era una pequeña compensación a la escenita con Olivier que tanto le había molestado—. A pesar de que te avisé el miércoles, ayer no lo hiciste y hoy tampoco tenías intención, por lo que he visto.

Daniela estaba furiosa y no se molestó en ocultarlo. Aquel sermón era innecesario y el tono de voz que estaba empleando estaba fuera de lugar.

—La próxima vez que quieras decirme algo, hazlo directamente. Así te aseguras de que te entiendo y no esperes a que saque conclusiones.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió a mirarlo.

—¿Necesita algo, señor Presidente?

Él seguía enfadado y prefirió no llevar más lejos esa absurda discusión. Negó con la cabeza.

—Que tenga un buen fin de semana, señorita Kearney. La veo el lunes.

Ella ni siquiera se molestó en desearle lo mismo, básicamente porque esperaba que pasara un fin de semana odioso. ¿A qué venía esa estupidez? ¿No podía hablar más claro?

De camino a la salida le envió un mensaje únicamente con unos cuarenta emoticonos, que por cierto le costó mucho encontrar, mostrando una carita que enviaba un beso.

«Ahí tienes los besitos, capullo».

Adrien estaba desconcertado, pero no con Daniela sino consigo mismo. Ella tenía razón, no debía haberle reprochado esa tontería y mucho menos en ese tono de voz. No sabía muy bien qué le pasaba. Su reacción no había sido muy sensata.

Había salido de la reunión rápidamente con la esperanza de encontrarla todavía en su despacho. Quería proponerle algo para el fin de semana, aunque no sabía muy bien qué. Lo estaba planeando cuando presenció esa bonita escena de complicidad entre ella y Olivier, y todo se giró en su interior. Un escalofrío de lo más desagradable le recorrió por completo.

No se sentía orgulloso de su actuación. Tendría que haber aprovechado el momento para besarla y proponerle una salida para el fin de semana, pero en su lugar había arremetido contra ella. Se había portado como un cretino.

Debería llamarla, aunque antes tenía que calmarse y reflexionar sobre lo que le estaba ocurriendo.

En ese momento su móvil le indicó que tenía un mensaje de Daniela. Cuando vio su pantalla llena de emoticonos enviando besos, se recostó en el sillón para disfrutar de la carcajada que le había producido esa imagen.

«Eres única», se dijo.

Después de la risa, le invadió una sensación de malestar. No debería haberse comportado de esa manera. Daniela no se lo merecía.

Nico y Javier llegaron antes de lo acordado. Daniela estaba empezando a preparar la cena, pero la dejó un momento para saludarlos y ofrecerles algo de bebida.

La cocina, a pesar de no ser muy grande, tenía una pequeña mesa redonda, muy alta con dos taburetes, ideal para desayunar. Sus invitados ocuparon los taburetes mientras bebían un vino que les ofreció. De esa manera le hacían compañía.

Ella se relajó mucho con su visita. Todo el enfado que tenía con Adrien se esfumó.

Le preguntaron cómo había ido su primera semana y ella les relató en tono divertido todo lo que había hecho. Les habló de Olivier, de Natalia e incluso les comentó la actitud de Elena, pero omitió sus desencuentros con Víctor por respeto a Javier. Nico notó que ella no había incluido a Adrien en su relato y le preguntó si todo estaba bien con él. Ella le dijo que apenas se habían visto, pero que todo estaba bien. No quiso explicarle que la última vez que estuvo con él, hacía tan solo unas horas, lo hubiera estrangulado con gusto.

Mientras seguía preparando la guarnición para el pescado que tenía que hornear, escuchó atenta las explicaciones que le dieron sobre las fotografías que Nico había seleccionado para la exposición en la galería. Se alegró mucho por su amigo.

Embelesada en la historia de esas fotografías no prestó demasiada atención a lo que estaba haciendo en ese momento, que era cortar un pimiento en pequeñas láminas. Continuó con la tarea más bien por inercia, y el cuchillo impactó en la palma de su mano. Un grito y el ruido del cuchillo al caer al suelo alertó a los dos amigos, que saltaron de sus asientos.

El corte no era excesivamente profundo. Se iniciaba en la unión que hay entre el dedo índice y pulgar y se alargaba hasta la mitad de la palma de la mano, atravesando las famosas líneas de la vida.

Intentaron detener la hemorragia con papel de cocina mientras presionaban, pero no tuvieron mucho éxito.

Javier estaba mareado. Ver sangre siempre le producía ese efecto, aunque era mucho peor si era la suya propia la que tenía que ver. Por esa razón consideró que sería más práctica su ayuda si buscaba gasas y vendas que si se quedaba contemplando el espectáculo.

No conseguían detener la hemorragia. Nico propuso que fueran al hospital. Daniela se negó. Nico, harto de escuchar su negativa, utilizó el único argumento que sabía la convencería. Si se infectaba la herida y se complicaba, le quedaría una horrible cicatriz. Sabía lo importante que era para ella tener las manos perfectas, siempre se las cuidaba con esmero. Efectivamente, su plan funcionó. Daniela aceptó.

En el pasillo que había junto a uno de los boxes de urgencias, los dos fotógrafos esperaban a Daniela. Cuando llegaron, la herida no dejaba de sangrar. El personal de urgencias la atendió rápidamente alertados por la cantidad de sangre.

Jaime avanzó por el mismo pasillo donde ellos se encontraban. Se fijó en un hombre que había al final del mismo. Le pareció reconocerlo.

—¿Javier? —preguntó para salir de dudas.

Este se giró y le estrechó la mano. No se sorprendió lo más mínimo, conocía al amigo de su hermano y sabía que era un médico del hospital.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Es por Daniela. Se ha cortado en la mano y la hemos traído rápidamente. Una enfermera nos ha dicho que esperásemos aquí, pero que no era grave. Tenían que darle unos puntos.

Jaime hizo un repaso mental con ese nombre. Le sonaba de algo. No tardó en identificarla. Víctor le había llamado para contarle lo que estaba ocurriendo entre Adrien y esa mujer. Perdió la cuenta de las veces que se quejó de la actitud de Adrien y de las veces que expresó su desconfianza hacia ella. Jaime conocía el carácter alarmista de Víctor, así que no le dio la menor importancia.

La curiosidad le pudo. Quería conocer a la mujer que tanto interés había despertado en Adrien.

Se dio cuenta de que Nico estaba a su lado y lo saludó. Lo había visto alguna vez con Javier.

—Me informo bien y os digo algo —les dijo en una actitud muy profesional, omitiendo que se moría de ganas por conocerla.

—Te lo agradezco. —Fue Nico el que habló.

Jaime se dirigió a una enfermera para pedirle los datos que necesitaba. Entró en el box que le indicó. La vio sentada en una camilla mientras una enfermera la atendía. Saludó al entrar. La enfermera le puso al corriente de lo que le había pasado.

Jaime informó a la enfermera que conocía a la paciente y que él se encargaría de terminar. Daniela lo miró sorprendida. La enfermera, agradecida, salió rápidamente del pequeño cubículo. La sala de espera de urgencias estaba repleta y tenían mucho trabajo esa noche.

Daniela lo miró extrañada pensando que habría escuchado mal cuando él afirmó conocerla. Fuera quien fuera, era mucho mejor que la atendiera ese hombre tan guapo que no la antipática enfermera.

Era un hombre muy alto y muy atractivo. Tenía el pelo ondulado, no muy corto, de color chocolate. Lo que más le llamó la atención fueron sus ojos verdes; eran tristes y le daban un aire inocente, como un niño.

Jaime le sonrió y le miró la mano. Comprobó el trabajo de la enfermera e inició la tarea del vendaje. La miró con curiosidad. Era una mujer guapa. Tenía un rostro muy dulce y unos ojos impresionantes. No recordaba haber visto unos iguales jamás. Se fijó en sus labios y en su cuerpo. Entendía que Adrien se hubiera fijado en ella.

—¿Así que tú eres Daniela? —Le sonrió mientras con mucha delicadeza le colocaba el vendaje.

—Perdón, me ha parecido escuchar que nos conocíamos.

—Sí y no. Soy Jaime, amigo de Adrien. Nos vimos una vez en el balneario. Algo fugaz.

Ella lo miró mientras imaginaba la escena a la que él se refería. Era el amigo médico del que Adrien le había hablado alguna vez. Recordaba haber visto a Adrien con sus dos amigos, pero no se fijó en él.

Jaime continuó hablando.

—Ahora lo recuerdo. Estabas con Víctor aquel día en el balneario.

—¿Te duele?

—Un poco. ¿Por qué me atiendes tú?

—He encontrado a Javier fuera y me ha lo ha explicado. Si estoy aquí es porque me moría de curiosidad por conocerte. Por eso y porque intuía que la enfermera que te estaba atendiendo era la más antipática de todo el hospital.

—Tu intuición no ha fallado. La única vez que la he visto sonreír ha sido cuando me ha visto apretar los dientes porque me hacía daño. Yo diría que disfrutaba.

Jaime se echó a reír, le gustaba el tono que empleaba esa mujer. Era interesante.

—¿Cómo te has hecho esto? —le dijo refiriéndose al corte en la mano.

—Cocinado. Creí que el pimiento que quería cortar era la cabeza de tu amigo Adrien, y... me entusiasmé demasiado.

Jaime tuvo que dejar el vendaje para soltar una carcajada.

—¿Qué te ha hecho para que quieras practicarle una carnicería a su cabeza? —Continuó con el vendaje.

—Nada. Ambos sabemos que es un ángel. Soy yo, que hoy me he levantado con el lado cruel.

De nuevo se echó a reír. Esa mujer tenía un encanto especial. ¿Desde cuándo no se reía de esa forma?

—Ten paciencia. Con el tiempo consigues entenderlo. Mientras... Intenta no cocinar cuando estés enfadada con él, o cuando tengas el día cruel.

—Lo tendré en cuenta.

—También te lo recomiendo para Víctor.

—¿Qué no cocine cuando piense en él o que con el tiempo conseguiré entenderlo?

Jaime de nuevo se echó a reír.

—Ni el mismo se entiende. Más bien me refería a que tengas paciencia. Es buen hombre.

Daniela dibujó una media sonrisa.

—Esto ya está.

Jaime le dio unas breves explicaciones sobre cómo tratar la herida.

—¿Alguna duda?

—No. Es fácil. Tomar un analgésico en caso de dolor. No mojar la herida. Volver al hospital en una semana y... cuando sostenga un cuchillo no pensar en ese par de... «buenos hombres» que tienes por amigos. ¿Correcto? —Se bajó de la camilla.

Ambos salieron al pasillo. Jaime fue el encargado de explicarles que le habían dado cuatro puntos y que no tenían de qué preocuparse. Se dirigió a Daniela para ofrecerle su ayuda siempre que la necesitara.

—Lláname si tienes alguna duda, o... te ocurre algo. Este es mi número —Lo anotó en un pequeño papel—. Ven el próximo viernes. Si es por la tarde me llamas y yo mismo puedo quitártelos.

Ella asintió y le dio las gracias. Antes de irse, se giró y le preguntó a Jaime desde lejos:

—¿Me quedará cicatriz?

—No, no te preocupes. —Le sonrió. Un gesto que regalaba muy pocas veces.

Adrien llevaba más de media hora paseando por el salón de su casa pensando en Daniela. Se sentía mareado de tantas vueltas como estaba dando. Se recostó en el sofá. Quería distraerse con algo para evitar que la cabeza le explotara, pero no lo conseguía. Descartó la opción de ir al gimnasio y también la de llamar a Jaime. Eso le hizo reflexionar sobre las pocas opciones que tenía. Lo mejor sería desviar sus pensamientos del camino que habían empezado a tomar o acabaría hundido.

Su móvil anunció la llamada de Jaime. Dudó en atenderla, seguramente le propondría salir y no le apetecía. Aún le apetecía menos si tenía que ver a Víctor. Aún seguía enfadado por su actitud.

—¡Me encanta esa mujer! —dijo Jaime nada más descolgar.

—¿Qué mujer? —le contestó con desgana. Aunque no solía hacerlo, todo parecía apuntar a que le iba a hablar de alguna conquista y eso era lo último que necesitaba.

—La interesada que te nubla la mente y no te hace pensar con claridad.

—¿Qué estás diciendo, Jaime?

—Es así como la describe Víctor. Hablo de Daniela. La acabo de conocer.

—¿Has conocido a Daniela? ¿Cómo?

—La atendí en urgencias. Se hizo un corte y le dieron puntos.

—¿Cómo? —preguntó, nervioso—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Tranquilo, no ha sido nada grave. Está bien. Ya hace un rato que se ha ido.

—Jaime, explícate bien.

—Encontré a Javier en el pasillo de boxes. Estaba con ese amigo suyo... no recuerdo ahora su nombre.

—¿Nico?

—Sí, eso es, Nico. Les pregunté y me dijeron que esperaban a Daniela, que se había cortado y me interesé por su estado. Entré en el box donde estaba y acabé de curarle la mano.

Adren seguía procesando la información. Jaime continuó.

—Me gusta esa mujer. No te lo vas a creer, pero me ha hecho reír a carcajadas y no una vez sino varias. Es un encanto y... guapa. ¡Vaya ojos! Por cierto... ¿Qué le has hecho?

—¿Cómo que qué le he hecho?

—Por lo visto se emocionó cortando verduras mientras pensaba que era a ti a quien degollaba, de ahí el corte.

—¿Eso te ha dicho? —No supo contener la risa.

—¿Una copa?

—No, voy a ir a verla. Espero que esté en casa. ¿Seguro que no es grave?

—Adrien, no te conozco —Hizo una pausa—. Claro que no es grave, solo es un corte limpio. Le han dado unos puntos y la próxima semana se los quitarán.

—¿De verdad que Víctor te habló así de ella?

—Me llamó el otro día. Eso es lo único que se me quedó, la verdad es que el resto no lo escuché. Cuando se pone así, prefiero desconectar.

—Es un impresentable.

—Ya lo conoces. Cuando siente que es la voz de la conciencia, pierde mucho encanto. Mejor

no hacerle ni caso. Bueno, te dejo, dale recuerdos a Daniela. Le he dado mi número por si lo necesita.

—Gracias, Jaime... por la información.

Salió de casa rápidamente con la esperanza de encontrarla en la suya. Necesitaba verla. Seguramente lo había pasado mal y le hubiera gustado estar a su lado. ¿Por qué no le había llamado a él en vez de a sus amigos? Sabía la respuesta.

Javier y Nico terminaban de preparar la cena siguiendo las instrucciones de Daniela. No la dejaron acercarse de nuevo a la cocina. El pescado estaba en el horno y mientras esperaban decidieron sentarse cómodamente en el sofá para terminar de saborear el vino que no pudieron acabar.

El timbre de la puerta los sobresaltó a todos. Se miraron como si alguien tuviera una explicación para esa supuesta visita, pero todos se encogieron de hombros. Nico decidió acabar con el misterio y abrir la puerta.

—Feraud —le dijo, sorprendido.

—Hola. ¿Está Daniela?

—Sí, pasa.

Al entrar en el salón la vio sentada junto a Javier y se fijó en su mano vendada y en la cara de sorpresa que tenía al verlo.

—Adrien. No te esperaba.

—Lo sé. Quería saber cómo estabas. Me llamó Jaime y me explicó lo que te había pasado.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Porque es mi amigo —Hizo una pausa—. Hola, Javier.

—¿Qué tal? —dijo Javier muy escueto.

Adrien se acercó al sofá y se sentó junto a Daniela. Le cogió la mano.

—¿Te duele? —Le brillaban los ojos en un gesto tierno.

—No mucho.

—¿En qué pensabas cuando cortabas esas verduras? —Le sonrió y le tocó la nariz con un gesto paternal.

Daniela se dio cuenta de que Jaime se lo habría contado.

—Solo bromeaba.

—Lo sé. Has conseguido hacerle reír a carcajadas, al menos eso me ha dicho.

—¿Y?

—Si lo conocieras, me entenderías —Volvió la cabeza para dirigirse a Javier—. ¿Cuántas veces has visto a Jaime reír a carcajadas?

—Tendría que pensarlo, pero no sé si encontraría alguna. Es bastante serio. Yo pensaba que igual era un fanático de la estética y se metía algo en la cara. De eso que te la deja estirada y sin expresión.

Todos rieron ante el comentario.

—¿Te quedas a cenar? He preparado pescado. Bueno, yo he empezado a hacerlo, pero lo han terminado ellos —le preguntó Daniela muy sensible. Se sentía halagada por su preocupación.

—De acuerdo —dijo ante la sorpresa de Daniela, que esperaba una negativa.

Javier se levantó y se dirigió a ellos.

—A mí me gustan las cosas claritas. Si queréis estar solos, lo decís. No me gusta ese rollo de forzar las situaciones. Yo agradezco las cosas claras y sin rodeos.

Daniela iba a intervenir cuando Adrien la interrumpió.

—Muy bien, ¿qué te parece si cenamos todos juntos y luego os largáis?

—¡Adrien! —le gritó Daniela.

—Así me gusta, Feraud —dijo Javier, satisfecho.

Nico se acercó con una copa de vino que le ofreció a Adrien. Atento a la conversación que mantenían, añadió:

—Cielo —Se acercó a ella y se puso enfrente de cuclillas—. Hemos visto mucha sangre, se nos ha hecho eterna la espera en el hospital y vamos a cenar algo que hemos terminado de preparar Javier y yo... ¡Eso es mucho por una noche! Ahora le toca aguantarte a Feraud y así nosotros nos iremos a despejarnos un poco. —Le guiñó un ojo y se incorporó para cogerle la cabeza y darle un tierno beso en la frente.

Adrien observó ese gesto tan cercano. A pesar de las veces que Daniela le había hablado de Nico, nunca los había visto juntos y tenía curiosidad por ver qué tipo de relación tenían. Acababa de presenciar la ternura y el cariño que se profesaban y en cierto modo sintió alivio.

Daniela sonrió y se levantó para ir a ver el pescado. Entendía que ellos querían dejarla a solas con Adrien. Ella también lo deseaba, pero le fastidiaba que la noche no hubiera salido como ella había planeado. La visita de Adrien fue inesperada y, como todo lo que estaba relacionado con él, había conseguido alterarla. Se había comportado como un imbécil esa misma tarde y no debería haberle dado la opción de quedarse a cenar, pero... le conmovió ver que se había molestado en visitarla al enterarse de que había tenido un pequeño «accidente».

La cena fue agradable. El pescado, finalmente, resultó estar exquisito y la charla fue de lo más amena. Javier rompió el buen ambiente con su pregunta:

—Por cierto, ¿qué le pasa a mi hermano contigo? Me ha llamado un par de veces para taladrarme a preguntas sobre ti.

Adrien y Daniela se miraron.

—¿Sobre mí?

—Sí. Me pidió que le contase todo lo que sabía de tu vida.

—¿Y qué le contaste? —preguntó ella malhumorada.

—Que tenías un pasado oscuro, que habías cumplido condena por homicidio, que eras drogadicta y que en tus ratos libres ejercías la prostitución. Vamos... lo normal.

Todos se rieron.

—No sé qué narices le pasa a tu hermano, pero por lo visto no le cae bien Daniela. A veces me saca de quicio.

—No le hice ni caso. Le dije que eras mi amiga y que si tenía alguna duda que te la preguntase a ti.

Adrien pensó en la actitud de su amigo. ¿Hasta donde quería llegar Víctor que hasta era capaz de llamar a su hermano para preguntarle sobre Daniela? ¿Quién era él para intentar investigarla? Ni siquiera trabajaba directamente con ella.

—Feraud, no le des más vueltas. Ya conocemos a mi hermano. Es como un niño. Seguro que siente celos. Él necesita la atención de todo el mundo.

—Javier, te doy las gracias por no hablarle de mis oscuros secretos —bromeó Daniela.

—Puedes estar tranquila —dijo con tono teatral—, tus secretos están a salvo conmigo.

Todos rieron.

—Igual me meto donde no me llaman —intervino Nico por primera vez—, pero todo esto que comentáis... ¿Significa que has tenido algún problema con él?

Daniela estaba incómoda. Vio cómo los ojos de Adrien se posaban en ella a la espera de una



respuesta.

—No, no es eso. Solo se muestra... ¿hostil? —Era lo más suave que se le ocurrió.

—Hablaré con él —sentenció Adrien.

—Qué manera de perder el tiempo. Él nunca escucha. Lo mejor es pasar de él, si quiere algo ya lo dirá.

«Tiene razón», pensó Adrien, más que desilusionado por la actitud infantil de su amigo. Había notado que Daniela no le había contado la verdad. Seguramente él la había molestado de alguna forma y ella había preferido no contárselo, sabiendo que eran amigos. Tenía que averiguar lo que estaba pasando.

Se despidieron después de recoger la mesa y dejarlo todo preparado para que ella no tuviera que mover la mano.

—Nos vemos mañana, cielo. ¿A qué hora vendrás?

—No lo sé, ya te llamaré. Será por la tarde.

Nico y ella se dieron un abrazo y ella le deseó suerte con la exposición. Javier se acercó a ella y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Cuando se quedaron a solas, Adrien se acercó a Daniela, que estaba en el centro del salón con una actitud desafiante.

—No ha estado bien que les dijeras que se fuesen después de cenar.

—Ha sido Javier el que ha pedido que fuera sincero y directo. Ya sabes cómo es.

—Sí, pero antes de ser tan sincero, podías haberme preguntado si a mí también me apetecía.

—Me acabas de romper el corazón. ¿No te apetecía? —Se inclinó en un movimiento cómico llevándose las manos al corazón.

—¿Corazón? ¿Tienes?

Él dejó su representación. La cogió de la mano y la llevó al sofá, sentándola sobre sus piernas.

—Tengo. ¿Quieres oírlo? —Cogió la mano de ella, la que estaba sana, y se la llevó al pecho.

—No sé quién dijo: «Dices que tienes corazón, y solo lo dices porque sientes sus latidos; eso no es corazón..., es una máquina que al compás que se mueve hace ruido». —Daniela terminó de recitar con una sonrisa radiante.

Él sonrió y le dijo:

—Bécquer. Lo escribió Bécquer.

—Vaya... ¡Me sorprendes!

—En una ocasión muy especial, también recitaste algo de Bécquer y poco después busqué el libro y leí sus rimas.

—¿Y las recuerdas todas?

—No sería capaz de recitarlas, pero tengo buena memoria... ¿De verdad te parezco frío?

—¡Estoy impresionada, señor Zafiro! Y sí, aunque no siempre.

—Siento lo de esta tarde. No sé qué me pasó.

—Si no lo sabes tú...

—Me alteras.

—Un gran argumento.

—De verdad que lo siento. Cuando vi que te ibas sin más, me sentí mal. Sé que lo que te dije no era muy coherente, pero estaba enfadado. ¡Lo siento!

—¿Entonces nada de emoticonos?

—Hoy has cubierto el cupo. Cuando te vayas a ir, me gustaría que me lo dijese, y si ves que estoy ocupado me llamas o me envías un mensaje.

—Lo haré. Pero... no me vuelvas loca. Si quieres algo, dímelo sin más. Estoy empezando y sé

que se me escapan muchas cosas, pero no me lo hagas más difícil de lo que es en sí.

Él asintió y la besó suavemente. Le cogió de nuevo las manos para besarlas.

—Mis benditas manos... —Le pasó un dedo delicadamente por el vendaje.

Metió las manos bajo su falda para iniciar un juego que ella recibió con una sonrisa y que les llevó parte de la noche.

Dejaron atrás los momentos de tensión de la semana y se entregaron el uno al otro para disfrutar del placer que ambos estaban dispuestos a regalarse.

Lo que empezó en el sofá, continuó en el suelo y acabó en la cama. Cansados y sudorosos, se abrazaron todavía con la respiración agitada.

—Quiero preguntarte algo —le dijo él mientras le acariciaba la cabeza.

—Adelante.

—¿Ha pasado algo con Víctor que yo no sepa? ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha molestado?

—No ha pasado nada, de verdad. Simplemente, no es muy amable, pero tampoco es una excepción. Al parecer, los recién llegados no son muy bien recibidos.

—¿Por qué dices eso?

—Es una sensación que tengo. Aparte de Olivier, toda la gente parece molesta por mi llegada. Él me explicó que era una especie de alianza con Elena, así que supongo que es cuestión de tiempo.

—Estoy seguro de que acabarán adorándote. Elena es otra historia. ¿Te ha vuelto a molestar?

—Esa mujer es imbécil, pero no quiero hablar de eso. Todo está bien, Adrien.

—Si hay algún problema, quiero que me lo cuentes.

—Lo haré, pero hasta ahora está todo controlado. Es cuestión de tiempo, como tú dices. —No estaba convencida de sus palabras, pero no quería seguir hablando del tema.

—Entonces, ¿Olivier y tú tenéis buena relación? —le dijo volviendo sobre el tema.

—Sí, me cae muy bien. Hemos ido a comer varios días y hemos hablado mucho.

—¿De qué?

—No sé... nada en concreto, de trabajo, de joyas... temas varios. Ya le conoces, es encantador.

—Pues no, no le conozco. Nunca he hablado con él nada que no sea de trabajo.

—Pero me dijiste que tu madre lo conocía.

—Yo nunca te he dicho eso —dijo, molesto.

—Debió ser Olivier quien me lo contó.

—Debió —Intentó no mostrar su malestar—. Sus padres eran amigos de mis padres, pero yo no recuerdo haberlos tratado nunca, ni siquiera de niño. Mi madre lo recomendó para trabajar aquí, dijo que era un buen chico y muy bueno en lo suyo. De su vida no conozco nada. Conmigo se muestra muy reservado.

Daniela se sorprendió un poco al escuchar que Olivier era reservado, al menos con ella no se había mostrado así. Claro que una cosa es un compañero y otra muy distinta un jefe.

—Se ha portado muy bien conmigo. Sabía que andaba perdida y ha estado pendiente de mí. ¡Es un encanto!

Adrien recibió aquel inocente comentario como una bofetada. No le gustaba esa relación, seguramente porque no conocía a Olivier y no sabía sus intenciones.

Se sintió muy incómodo con aquellos pensamientos. Necesitaba desaparecer de allí. No era lo que tenía pensado, pero si se quedaba no iba a ser una buena compañía. Necesitaba alejarse y entender, si es que era posible, por qué reaccionaba de aquella forma con ella.

Se levantó y se dirigió al salón para recoger la ropa y vestirse, todo ello en absoluto silencio.

Cuando volvió la encontró vestida tan solo con una amplia camiseta.

—Me tengo que ir.

—Claro —dijo ella haciendo un gran esfuerzo por disimular lo mucho que le molestaba.

Salió de la habitación y se dirigió a la cocina para beber agua. Adrien la siguió.

—¿Qué planes tienes mañana? —le preguntó él.

—Iré a ver la exposición de Nico —le contestó con desgana.

—¿Qué exposición?

—Una de fotografía.

—No me ha dicho nada. No lo sabía.

—Es muy discreto con su arte.

—¿Irás sola? —le preguntó aliviado de encontrar una vía para poder volver a verla.

Daniela, todavía enfadada por su frialdad al decirle que tenía que marcharse, vio la oportunidad perfecta para fastidiarlo.

—No. He quedado con Olivier —mintió. En realidad no habían concretado nada. Adrien encajó el golpe lo mejor que pudo, aunque no pudo dejar de mostrar su enfado.

—Hubieras quedado como una señora si me hubieras preguntado si quería acompañarte —dijo en un tono de lo más satírico.

—Hubieras quedado como un señor si esta tarde, en tu despacho, no me hubieras deseado un buen fin de semana seguido de un «hasta el lunes». Me quedó muy claro que no debía contar contigo para nada.

Él la miró frunciendo el ceño. Ella vio su oportunidad para fastidiarlo todavía más.

—Tampoco te iba a aportar nada nuevo, la exposición. Son fotografías de desnudos, la mayoría mías y... ¡Tú ya me has visto desnuda muchas veces!

—¿Fotos desnuda?

—No son fotos pornográficas, son desnudos artísticos.

Adrien creyó que si no salía de allí inmediatamente acabaría diciendo algo de lo que sin duda se iba a arrepentir y mucho. Podía reconocer que él la había excluido del fin de semana y que ella hiciera planes sin contar con él, pero... ¿tenía que invitar a Olivier? Y... ¿Fotos desnuda? ¿Olivier se iba a pasear por una galería con fotos de Daniela desnuda?

Se dirigió a la puerta sin ni siquiera mirarla. Le dio las buenas noches. Antes de que ella respondiera, él ya había salido, asegurándose de que la puerta se cerrara bruscamente y ella supiera que estaba muy disgustado.

«Igual me he pasado con lo de las fotografías desnuda», reflexionó.

«Que se fastidie».

Era la segunda vez que la dejaba en la cama con prisas por marcharse como si fuera una... Además, sus reproches sobre Olivier eran absurdos, y para colmo le había dicho que podría haber quedado como una señora. Y todo eso en su casa, y encima ella no lo había invitado.

«¿Por qué es tan complicado?»

La galería se encontraba en el centro de la ciudad. Llegar hasta allí no le supuso ningún problema a Daniela. Tan solo tuvo que darle la dirección al taxista. Olivier la había llamado y se había ofrecido a pasar a buscarla, sabiendo que ella no conducía.

Estuvo tentada a aceptar la oferta, aunque pensó que lo mejor sería no depender de nadie. Eso fue lo que se dijo a sí misma para convencerse, pero en realidad lo que le había impedido aceptarla era la actitud de Adrien hacia Olivier.

Apenas conocía a Olivier, pero se había portado muy bien con ella. El resto de sus compañeros la evitaban y desaparecían cada vez que entraba en la sala de descanso. Había intentado ser amable con algunos de ellos, pero solo había obtenido un saludo tajante o una falsa sonrisa, de esas que ofrecen los famosos cuando son abordados por los *paparazzi*, intentando no sucumbir a las ganas de insultarlos o estamparles el micrófono en la cabeza.

Se había sentido completamente desplazada, sin motivo, por los que se supone deberían haberle facilitado su incorporación. Eso es lo que ella haría con cualquier compañero. Ellos también habrían sido nuevos alguna vez.

Esa alianza con Elena le parecía absurda, si es que ese era el verdadero motivo de recibir tantos desplantes. En cualquier caso, ella no era la culpable; deberían hacerle un motín a Adrien, que era el que había tomado la decisión.

Olivier había sido el apoyo que necesitaba para su primera semana, y seguramente para las próximas.

Estaba convencida de que la reacción de Adrien se debía a los celos, aunque si lo analizaba detenidamente, no conseguía hacerlo encajar en el tipo de relación que llevaban. Una relación que se sentía incapaz de describir. A veces estaba cerca; a veces a años luz; a veces tierno y atento y a veces frío y áspero; a veces se sentía incluida en su vida y a veces solo parte de unos momentos más relacionados con él sexo que con otra cosa; a veces lo veía preocupado por ella y otras se comportaba como si no existiera.

Su relación con él no estaba definida. Era una caja de sorpresas que cada día tendría que ir descubriendo. Lo más importante es que se sentía fuerte y con ganas de seguir adelante, ya fuera para enfrentarse a su trabajo como a su relación con él. Seguir adelante a pesar de los inconvenientes era esencial en su terapia para sentir de una vez por todas que su pasado cada vez quedaba más atrás y más olvidado.

Una hora después, en la galería, ella y Olivier escuchaban las historias que Nico les contaba de algunas de sus fotografías. No había una temática concreta, y Nico se limitó a explicarles que había seleccionado todas aquellas porque le apetecía exhibirlas, aunque no todas estaban a la venta.

Al ser la inauguración, había más personas de las que se suponía habría el resto de la semana. La mayoría clientes y amigos de los dos socios. Javier apareció poco después y se unió a charlar con ellos. Nico desaparecía constantemente reclamado por alguno de los visitantes.

—Bonito vestido —le dijo Javier.

—Gracias. He pasado la mañana comprando ropa. No sé cómo soy capaz de mantenerme hoy en pie. Ni te imaginas lo que he llegado a caminar. He ido por la misma zona que fuimos una vez juntos, ¿recuerdas?

—Claro —Se acercó y le susurró al oído para que solo ella pudiera escucharlo—: Recién llegada de tu eterno destierro, yo me encargué de tu primer vestuario acorde con el siglo.

Daniela se rio.

Se quedó a solas con Olivier contemplando la fotografía de un niño tocando el saxo que al parecer le gustaba mucho, aunque ella pensaba que no era de las mejores que había hecho Nico, pero no comentó nada.

Daniela escuchó una voz muy conocida a la vez que inesperada que le hizo sentir un escalofrío.

—Buenas tardes.

Daniela y Olivier se giraron para saludar al recién llegado.

—Hola, Adrien, no sabía que ibas a venir.

—Yo tampoco. Lo he decidido a última hora.

Adrien se acercó a Daniela hasta situarse justo a su lado. Deslizó una mano por su espalda hasta llegar a la cintura rodeándosela y estrechándola suavemente contra su cuerpo.

Daniela dio un respingo al recibir aquellas caricias. Palideció.

«¿Qué está haciendo?», se dijo.

Era un gesto muy íntimo. Demasiado, para hacerlo en presencia de Olivier.

Daniela se movió incómoda sin saber muy bien cómo actuar. La mirada de Olivier se centró en el brazo de Adrien, obviamente sorprendido de lo que veía, aunque la desvió rápidamente.

En ese momento se acercó Nico para saludar al recién llegado. Charlaron un rato y le pidió a Adrien que lo acompañara para mostrarle algo.

—Daniela me dijo que ella aparecía en algunas fotografías —dijo Adrien sin ocultar su interés.

—Solo hay una, y me extraña que te lo dijera, era una sorpresa. Ven, te la mostraré.

Adrien lo siguió sin saber muy bien cómo iba a reaccionar al verla desnuda dentro de un marco y colgada en la pared.

Su reacción no fue para nada la que él temía, ya que lo que se encontró fue a Daniela, completamente vestida, sentada en unas escaleras abrazándose las rodillas y con la sonrisa más bonita que había visto jamás. Nico lo miró y le preguntó:

—¿Te gusta? Se la hice hace dos años.

—Sí, me encanta, pero... ¡Se ha quedado conmigo!

—¿Cómo?

—Daniela me dijo que la exposición contenía fotografías de ella desnuda.

Nico soltó una carcajada.

—Eso es imposible, esas fotografías no existen. ¿Fotografías desnuda de Daniela? Si a duras penas me ha dejado hacerle una docena en todo el tiempo que hace que me dedico a esto —Hizo una pausa. Parecía reflexivo—. ¡Me alegra que me cuentes eso!

—¿Por qué?

—Ella siempre ha tenido mucho sentido del humor hasta que... ¡Se apagó! Pensé que nunca volvería a gastar bromas como solía hacerlo. Ahora sé que no es así.

Adrien se conmovió con aquellas palabras. Realmente Nico parecía aliviado y satisfecho.

—Ya me había explicado algo sobre un sobre que te envié...

Adrien se echó a reír al recordarlo.

—Sí, aquello fue muy bueno.

—Al parecer has conseguido despertar su sentido del humor —le dijo muy serio—. Es de las pocas cosas que quiero que despierte de su pasado. Espero que contribuyas en ello.

—¿Debería entenderte?

—No.

—Entonces... si hablas más claro, igual...

—No quiero repetirme, ni parecer paternalista con ella. No voy de ese rollo. Solo que la quiero con locura y no quiero que sufra. Yo pongo mi granito cada día para que así sea, espero que tú pongas el tuyo.

—Nico, yo no quiero hacerle a daño. Te lo vuelvo a repetir.

—Hacer daño a veces es inevitable. Solo te pido que seas sincero siempre con ella. Solo eso. Ha vivido muchas mentiras y mucha falsedad.

Adrien asintió. Por lo que Daniela le había contado de Nico era extraño que él se inmiscuyera de esa forma. Una vez más se dio cuenta de lo mucho que la quería. Seguramente él en su lugar haría lo mismo.

Olivier desapareció con Javier, algo que Daniela agradeció ya que los pocos minutos que se quedaron a solas no se dijeron nada. Adrien había creado una situación incómoda en la que ninguno de los dos se atrevió a comentarla.

Daniela buscó a Adrien y le pidió que le acompañara a la calle. Este la siguió sin protestar.

—¿A qué venía eso, Adrien?

—¿A qué venía qué?

—Lo de la manita sobraba, ¿no crees?

—Ya te dije que no pensaba esconderme de nadie. No voy a ponerme un cartel de neón, pero tampoco me voy a esconder —Su tono de voz era exasperantemente seguro—. ¿Es que no se lo habías contado? Como sois tan amigos...

—No le he contado nada, aunque de haberlo querido te aseguro que no hubiera sabido muy bien qué decirle.

—Por eso lo he hecho. Con un simple gesto se puede dar mucha información sin necesidad de entrar en detalles.

—¿A eso has venido? ¡Claro! —se contestó ella misma—. Querías ver qué clase de relación tengo con él y así de paso marcar tu territorio.

—¿Marcar territorio? —Fingió pensar—. Eso suena muy... primitivo, pero ¡me gusta!

—No te burles de mí, Adrien, no es el mejor momento —Respiró profundamente—. Eres un capullo. Has venido con esos aires de «soy yo el que me acuesto con ella» y solo has pensado en ti.

—En el fondo le he hecho un favor. Si tenía intención de algo más, le habrá quedado claro dónde no debe meterse. Se ahorra el humillante rechazo —Se estaba divirtiendo—. Y al mismo tiempo tú te ahorras la embarazosa situación de tener que decirle que no a un amigo. Para uno que tienes en la oficina...

Daniela estaba furiosa. Cerró los puños con fuerza.

—Serás...

—¡Eh! ¡Eh! No te alteres —Le dio la vuelta para quedar tras ella y la envolvió con sus brazos por el cuello—. Solo estaba bromeando, me gusta cuando te enfadas, me pones mucho. —La besó en la mejilla y la abrazó más fuerte apoyando la cabeza en su hombro.

Ella intentó soltarse de su abrazo, pero no lo consiguió. Escuchó lo que le susurró al oído y empezó a calmarse.

—Solo quería verte y... ¡Lo siento!, yo mismo me sorprendo de mí mismo.

—Me confundes, Adrien —le dijo más calmada.

—Lo sé, y de verdad que lo siento —La besó en el cuello—. Quiero pasar la noche contigo.

Dime que sí...

Daniela no contestó, pero su cuerpo habló por ella. Sus músculos empezaron a relajarse. Abandonó la lucha por escapar de sus brazos para sumergirse en ellos sin resistencia. Necesitaba su calor y sus caricias. Estaba enfadada por su actitud, pero las palabras que le regaló al decirle que él mismo estaba sorprendido, le supusieron una tregua emocional para aquella disparatada semana.

Escucharon la voz de Olivier tras ellos. Se giraron y se separaron rápidamente, más por la iniciativa de ella que por la de él.

—¡Ah! Estáis Aquí. Yo ya me voy. Me ha encantado la exposición —dijo muy serio.

—Eso díselo a Nico, que es el más interesado. —Adrien sonrió con ironía.

Daniela le lanzó una mirada asesina, aunque a él no pareció afectarle.

—También se lo he dicho —Claramente le había molestado el comentario de Adrien—. Nos vemos el lunes. Que paséis un buen fin de semana.

—Igualmente. Hasta el lunes. —Solo respondió ella.

Solos de nuevo, ella lo miró fijamente esperando una explicación a su comentario. Se cruzó de brazos en actitud defensiva, algo que divirtió a Adrien, pero que no se atrevió a manifestar.

—Dani, ves mala intención donde no la hay.

—Has estado muy desagradable. No me gustaría que tu actitud con él cambiara solo por esta tontería.

—Nuestra relación se limita al entorno laboral y así seguirá. No hay nada de lo que tengas que preocuparte. No le voy a hacer la vida imposible porque te haya acompañado a una exposición. Me conformo con que aborte los planes que pudiera tener para acercarse a ti, si es que los tenía.

—No voy a dejar de ser su amiga. Y en cuanto a las posibles intenciones que solo tú eres capaz de ver, en el supuesto caso de ser reales, ya me encargaré yo solita de solucionar mis asuntos.

Él le sonrió dulcemente. Le gustaba Daniela, sobre todo cuando se enfadaba, se mostraba segura y determinante. Eso le apasionaba, aunque su lado inocente y tímido también.

—¿Nos vamos? Vas a coger frío.

Ella pareció dudar. El se acercó de nuevo a ella.

—Hoy estas guapísima.

Ella giró la cabeza aparentando que no le interesaban sus cumplidos.

Él la rodeó por la cintura con ambas manos sin que ella le facilitara la labor, manteniendo sus brazos cruzados.

—Hoy estás para comerte. —Apartó la cabeza para poder ver si había alguna expresión más conciliadora, pero ella seguía con el ceño fruncido.

—Mi chica está... preciosa. —Volvió a echar la cabeza hacia atrás, pero seguía sin ver reacción alguna en ella.

—Mi chica está... sexy. —Lo estaba convirtiendo en un juego.

—Mi chica está... enfadada. —Los labios de Daniela empezaron a dibujar una sonrisa, aunque luchó para que él no la viera.

—Mi chica no me quiere abrazar. —Su coraza se desmoronaba. Tenía que apretar los labios para que estos no la delatasen. Le estaba costando mucho.

—Mi chica no me quiere besar. —La sonrisa ya no pudo ser contenida.

—Mi chica me acaba de regalar la sonrisa más maravillosa del mundo.

Se besaron. Ella apoyó sus brazos en los hombros de él mientras deslizaba una mano por su nuca, encima del pelo.

—Eres un payaso, Adrien Feraud. Más te vale compensarme esta noche.

—Te compensaré. Y ahora vamos a despedirnos de Nico.

Este se encontraba en un lateral de la galería escribiendo sobre una pequeña mesa. Adrien se detuvo a hablar con Javier mientras ella avanzó hasta su amigo.

—¿Estás contento? —le preguntó con cariño.

—Mucho, he vendido más de lo que esperaba, aunque eso no es lo mejor. Hemos recibido alguna oferta interesante para hacer unos reportajes.

—Eso es genial. —Se acercó y lo abrazó.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás disgustada?

—Por nada.

—¿Es por Feraud?

—Ya te contaré, ahora no es el momento.

Nico miró hacia donde se encontraban Javier y Adrien. Cogió a Daniela de la mano y la llevó a través de la sala a un pequeño espacio rodeado de paneles de madera que había detrás de la pared principal de la exposición.

—Cuéntame.

—Ahora no, Nico. No es el lugar.

Él se cruzó de brazos demostrándole que no pensaba irse de allí hasta que ella hablase. Conocía muy bien ese lenguaje en él.

—Adrien llegó y me rodeó por la cintura en un gesto bastante íntimo. Olivier lo vio. Me he enfadado porque yo no quiero que se sepa en el trabajo, de momento, y también porque Adrien me va a volver loca, a veces está y a veces no.

—¿Te preocupa que Olivier sepa que hay algo entre vosotros?

—No quiero ser la chica que se acuesta con el jefe.

—Daniela, sé que esto que te voy a decir es complicado, pero me gustaría que pensaras en ello —Le cogió la mano—. Tus compañeros ya te han rechazado sin apenas conocerte, solo porque ocupas un puesto que ellos consideran merece otra persona. Tú misma me lo contaste. No debería preocuparte la gente que te juzga sin conocerte. Debes de estar por encima de todo eso.

»Una cosa es que tú seas discreta o reservada con tu vida privada y otra muy distinta que sea secreta, como si tuvieras que ocultarla del mundo.

»Es posible que te digan algo que te moleste, o que cotilleen a tus espaldas, o que intenten quitar el merito a tu trabajo basándose en que te acuestas con Feraud. Si eso ocurre, ya sabrás qué decir y qué hacer en cada momento, pero lo más importante es que no dejes bajo ningún concepto que te afecte. Solo podrás ser feliz si consigues pasar de todo eso. En esta y en cualquier situación parecida. Tú no estás haciendo nada malo, así que sigue tu camino y que digan lo que quieran.

—Para un hombre es más fácil. En según qué cosas, no se le juzga igual.

—Daniela, si pretendes luchar contra todos esos valores morales que consideras injustos en esta sociedad, te va a quedar poco tiempo para disfrutar la vida. Y en tu caso, ya has perdido bastante. Debes enfocar tu lucha a tu entorno, pero sobre todo y por encima de todo no dejes que te afecte.

—Tienes razón. No tengo por qué esconderme. Si quieren valorarme por mi trabajo y por mi amistad que lo hagan, y si no lo hacen, ¡mala suerte!

—Eso es. Y en cuanto al otro tema... ya lo irás viendo, la verdad es que en el terreno sentimental la he cagado demasiadas veces como para atreverme a aconsejar a nadie.

Ella rio y lo abrazó.

—Venga, seguro que hay alguien buscándote. Gracias. ¿Una frase?



—Ni hablar, hoy todo lo que te he dicho ha sido de mi propia cosecha.

Salieron de su pequeño escondite sonriendo cuando se encontraron a Adrien que llevaba un rato buscándolos.

Se despidieron con muchos elogios por parte de Adrien hacia su trabajo y se dirigieron al exterior en busca del coche.

Antes de entrar, Adrien le indicó que se detuviese para decirle algo:

—Dani, yo podía haber continuado viéndote sin necesidad de meterte en Versus. Si lo hice es porque creo en ti, y no solo un poco sino mucho. He apostado por ti en algo tan importante como mi trabajo, y no me iba a arriesgar solo por verte más a menudo o tenerte a mi disposición cuando viajara. Eso podríamos haberlo hecho igualmente. Eso es lo que yo veo y en lo que yo creo. El que no lo vea así, es su problema.

Ella asintió y le sonrió emocionada. Eran palabras distintas a las de Nico, aunque el mensaje era el mismo. Necesitaba tanto escucharlas.

Cenaron en un lujoso restaurante a las afueras de Madrid. La velada fue divertida y amena. Adrien se ofreció a cortar la carne que ella había pedido al ver las dificultades que tenía para presionar el cuchillo con la mano lastimada. Eso hizo que se convirtiera en un juego donde él aprovechó para gastar bromas y burlarse de ella cariñosamente.

Tras la cena, él insistió en que fueran a su casa. Daniela lo miró sorprendida.

—¿A tu casa?

—Sí, es que los colores de tu salón me acaban produciendo dolor de cabeza.

—¿Sabes? Antes de decir una grosería y resultar vulgar y ordinaria, voy a contar hasta diez y voy a ignorar lo que has dicho.

—Cuenta, cuenta hasta diez —dijo él divertido con la situación.

Poco después entraban en un aparcamiento subterráneo perteneciente a un edificio de tan solo tres plantas. Tal y como él le había explicado una vez, estaba muy cerca de Versus.

Al entrar, Daniela se sorprendió de la sencillez del lugar. El color blanco predominaba sobre cualquier otro color.

El mobiliario parecía cómodo, pero era muy escaso y la decoración prácticamente inexistente. El salón era amplio, pero solo contenía un sofá en forma de ele de grandes dimensiones con una mesa baja transparente colocada justo delante, una televisión también de exageradas dimensiones, una alfombra que cubría todo el suelo y una pequeña estantería llena de libros, de esos que solo sirven para decorar. Todo de color blanco, excepto la pantalla del televisor.

Sin decir una palabra la guio hasta un dormitorio donde el blanco seguía ganando la batalla. Una cama enorme sin mesitas y un armario que ocupaba toda una pared era todo lo que había en su interior. Al fondo una puerta conducía al único baño, esta vez de proporciones más normales, exceptuando la ducha que las superaba con creces. Solo unas toallas de color rojo vivo rompían la línea de color.

Continuaban en silencio mientras él la seguía guiando por la estancia. Se dirigió a una puerta, al final del pequeño pasillo, donde apareció una diminuta cocina. Muy reducida pero funcional: mesa, taburetes, microondas, dos fogones y dos armarios. En una de las paredes había una puerta que conducía a un cuarto donde había una lavadora y un frigorífico.

—¿Te gusta? —le preguntó, dando por finalizada la visita.

—¿Te ríes de mi casa y tú vives en un iceberg?

—El blanco es más apropiado para una persona adulta. Tu casa es un festival para niños.

—Yo no elegí los colores. Es un piso de alquiler, ¿lo recuerdas?

—Cualquiera en su sano juicio ya hubiera contratado un pintor.

—Serás...

Él se acercó riendo y la cogió por la cintura.

—Bromeaba. La verdad es que cuando entro en tu casa me siento... ¿Vivo?

Ella le dio una palmada en el brazo y siguió paseando por el salón.

—Reconozco que a mi casa le sobran colores, pero debes reconocer que aquí faltan. Me lo esperaba más grande.

—Es pequeño y funcional. Justo lo que buscaba para estar cerca de la oficina, para dormir y para darme una ducha.

Volvieron al salón. Adrien le ofreció una copa de vino y ella aceptó.

Daniela se detuvo frente a la pared más grande del salón. A pesar de su tamaño, no tenía ningún cuadro ni objeto decorativo.

Adrien dejó las copas en la mesa y se situó tras ella.

—¿Interesante?

—Mucho —le contestó sin dejar de mirar la pared—. Es tan... blanca... y tan... vacía. ¡Interesante!

Él, pegado a su espalda, la abrazó por la cintura, apoyando la cabeza en su hombro. La fue empujando con su cuerpo muy lentamente hacia la pared, hasta tenerla totalmente acorralada. Le fue levantando los brazos por encima de la cabeza hasta que ella, entendiendo sus intenciones, se apoyó con las palmas de las manos en la inmaculada pared, echando la cabeza hacia atrás.

Daniela sintió la presión de su cuerpo contra el suyo y el calor que empezó a liberarse por ese contacto. Se alegró de darle la espalda. No quería que viese reflejado en su rostro lo mucho que lo necesitaba en ese momento. No ocultaba su deseo, eso no le importaba que lo viera, pero sí su necesidad de él.

—¿Qué te parece si la decoramos nosotros? —Susurraba las palabras—. Con nuestros cuerpos, nuestros movimientos, nuestros gemidos. Cada vez que la miremos, veremos en ella tu reflejo y el mío.

Ella respiró hondo estremecida por sus palabras. Él seguía manteniéndola apoyada a la pared susurrándole al oído:

—Muchas veces me tumbo en el sofá y me quedo mirando esta pared intentando perderme en su color y en su luz. Es así como encuentro inspiración para alguna joya.

—Creía que tú no diseñabas.

—Y no lo hago, pero eso no significa que no aporte mis ideas —Le recorrió la curva del cuello con los labios satisfecho al notar el escalofrío que produjo en ella—. ¿Qué me dices, Dani? ¿Aportamos un toque de arte a esta vacía pared?

—¿Y seguirás inspirándote igual cuando la mires?

—¡Lo haré más! Cada vez que vengas, ocuparemos un espacio distinto hasta conseguir que toda ella esté impregnada de nosotros.

Le subió el vestido hasta la cintura dejándolo sujeto al cinturón y así evitar que la tela cayese y se interpusiera entre él y la parte de su cuerpo, todavía protegida por un pedacito de encaje, a la que deseaba acceder.

—¿Qué me dices, Dani? Aún no me has dicho qué te parece mi idea —dijo mientras deslizaba por sus piernas el último impedimento para su invasión.

—Creo que mi cuerpo ya te lo está diciendo.

—Quiero que me lo digas tú.

Trazó círculos con un dedo en el interior de sus piernas, seducido y guiado por sus pequeños

gemidos.

—Dime, Dani...

—Hagamos arte —sugirió con dificultad. Antes de acabar de pronunciar estas palabras, sintió unos dedos que se introducían en su interior bruscamente provocándole un grito ahogado.

Adrien continuó estimulando la zona hipnotizado por sus adorables sonidos. Compaginó sus movimientos con la incómoda tarea de desprenderse de sus pantalones y sus bóxers, no sin antes coger el preservativo que había en uno de los bolsillos.

Volvió a apoyar su cuerpo en el suyo para que sintiera su erección. La rodeó por el vientre con un brazo para separarla unos centímetros de la pared e inclinarla ligeramente. La penetró suavemente sujetándola por las caderas. Entraba y salía de su interior lentamente, disfrutando cada avance y lamentando cada retroceso. Quería saborear cada movimiento.

Adrien pensó en lo fácil que resultaba dejar que su cuerpo expresara lo que no se atrevía a hacer con palabras. En ese momento no tenía que cuestionarse a sí mismo, ni luchar con las dudas, ni intentar entender lo que le ocurría cuando la tenía delante. ¡No! No tenía que subir el volumen de la música para evitar escuchar las palabras que revoloteaban en su mente dando nombre a unos sentimientos que se negaba a pronunciar en voz alta. En ese momento solo estaba permitido sentir.

Sus movimientos fueron ganando ritmo y fuerza hasta conseguir que ambos cayeran al suelo, rendidos y agotados por la fuerza del orgasmo, que fueron liberando mientras gritaban, gemían, sollozaban y convocaban todas las figuras religiosas que conocían.

Sus cuerpos quedaron hechos un ovillo. Y así permanecieron unos minutos, sin interés alguno por moverse o por pronunciar una sola palabra. Les bastaba con el sonido de sus respiraciones. Ninguno de los dos habría sabido calcular el tiempo que permanecieron en esa posición.

Adrien se deshizo del preservativo ante la mirada atenta de ella. Estuvo a punto de decirle que no era necesario que lo utilizara porque hacía mucho tiempo que tomaba pastillas. Unas alteraciones en su ciclo menstrual hicieron que el ginecólogo se las recetara, estando todavía en Barcelona, y desde ese momento no había dejado de tomarlas. Quizá más adelante se lo dijera. Él nunca le había comentado nada, así que de momento su decisión era no hablar del tema.

Algo más recuperados, se separaron lentamente, intentando darle forma a aquella madeja de cuerpos. Adrien permaneció sentado, pero se incorporó para quedar apoyado en la pared estirando las piernas. Daniela se levantó, separándose de él muy despacio y colocándose bien el vestido.

—Hemos hecho arte, señor Zafiro. Este... «cuadro» quedará muy mono en la pared.

—¿Esperaba menos, señorita Kearney?

—En absoluto. ¿Cómo iba yo a poner en duda sus dotes de amante? Solo lo estaba elogiando. Últimamente he descuidado su ego y tengo la sensación de que si no le prestó las atenciones debidas, el señor Zafiro puede sufrir mucho.

Él soltó una carcajada mientras le tendía una mano para que le ayudase a levantar. Sorprendida, accedió y se la ofreció, pensando que no podría ser de gran ayuda debido a la diferencia física entre ellos. Él aprovechó el movimiento para tirar de ella y colocarla fácilmente boca abajo sobre sus piernas. Apoyó un brazo en su espalda y en un movimiento rápido le subió el vestido y le dio un azote.

—¡Auuuu! ¿Se puede saber qué haces? —dijo, molesta.

—Hablando de egos... me he acordado de cómo ha sufrido el mío cuando le he preguntado a Nico por tus desnudos artísticos.

Ella, que luchaba por liberarse sin ningún éxito, soltó una carcajada.

—¿Le has preguntado a Nico? —Volvió a reírse a carcajadas.

Él le dio un nuevo azote, esta vez con más fuerza, molesto a la vez que divertido, ante su burla.

—¡Auuuu! Adrien, eso duele, joder.

—También duele hacer el ridículo como lo he hecho yo. Tu amigo ha reaccionado igual que tú: partiéndose de risa.

—Era... una broma —Intentó escapar, de nuevo sin éxito—. Suéltame, Adrien.

—Con lo bien que me lo estoy pasando.

De nuevo otro azote y otro grito.

—Vale, vale, te pido disculpas —Sabía que no estaba en condiciones de bromear más, pero no pudo contenerse—. Lástima que me haya perdido ese momento: tú preguntándole a Nico dónde narices estaban las fotos... ¡Auuuu! —La risa se detuvo con el nuevo impacto.

—Esas bromitas se van a acabar, ¿verdad, cariño? —Selló la pregunta con otro azote.

—Verdad, verdad. Prometido. Ahora, suéltame —le suplicó sollozando.

Él la liberó lentamente mostrándole su sonrisa más cínica y levantándose del suelo. Ella hizo lo mismo frotándose el trasero y apretando los labios mientras resoplaba.

—Aún no te he besado.

—Pues no es un buen momento para hacerlo.

—Verás cómo estás equivocada.

La rodeó por la cintura y la apoyó en la pared besándola desesperadamente. Luego se separó para mirarla a los ojos sonriendo y acariciándole una mejilla.

—Mi Daniela...

Ella recibió esas palabras con todo el peso que llevaban. No supo qué decir. Solo fue capaz de mirarlo como se puede mirar una figura divina.

Se sentaron en el sofá con las copas de vino que habían abandonado antes de decidir darle vida a la pared.

—Nico parecía aliviado con la broma que me gastaste sobre los desnudos.

—¿Aliviado?

—Dijo que se alegraba de que volvieses a ser como antes.

Ella no dijo nada. Ese tema le resultaba doloroso.

—Háblame de tu pasado, Dani. ¿Qué fue lo que te hizo tanto daño? —Le levantó la cabeza cogiéndole la barbilla.

—No es tan sencillo. No hay un hecho en concreto. —Se mordió el labio mostrando inquietud—. ¡Ahora no! Adrien... ¡No quiero hablar de ello!

—De acuerdo. ¿Otro día?

—Sí, otro día.

Desviaron el tema de conversación hacia Versus. Daniela, ante las preguntas de él, le mostró su entusiasmo y su seguridad por empezar el lunes en solitario. Él la tranquilizó de nuevo, ofreciéndole su apoyo y su ayuda siempre que la necesitara.

Ella se levantó. Recogió su abrigo y empezó a ponérselo.

—¿Adónde vas?

—A mi casa.

—¿Te vas? —le preguntó, perplejo.

—Me voy. Mañana quiero descansar hasta aburrirme. —Le sonrió dirigiéndose a la puerta.

Adrien interpretó que el motivo de su marcha seguramente se debería a que él había hecho lo mismo las dos últimas noches que estuvo en su casa. Aunque deseaba suplicarle que no se fuera, decidió no hacerlo. Después de su acercamiento, le parecía que esa actitud un tanto vengativa por parte de ella, no procedía, pero de ninguna manera se lo diría. En cierto modo la entendía.

—Entonces te llevo.

—No es necesario.

—Sí lo es. —Cogió su chaqueta y las llaves de mala gana y la siguió a la salida.

—Puedo llegar solita a mi casa.

—No lo dudo, pero te llevaré yo. —Avanzó por el pasillo hacia el ascensor sin esperarla.

—No quiero molestarte.

Adrien se giró bruscamente. La miró. Era hielo lo que había en sus ojos. Ella decidió que era mejor no discutir.

Detuvo el coche frente a su puerta.

—Deberías conducir.

—Debería.

—No te lo digo por haberte traído. Para mí no es, ni será, ninguna molestia. Te lo digo porque creo que sería bueno para ti. Deberías apuntarte a una autoescuela para sacarte el permiso.

—Buenas noches y gracias por tu sugerencia.

—Buenas noches, Dani. —El hielo anterior en sus ojos, esta vez estaba en el tono de su voz.

No hubo beso de despedida, ni sonrisa ni planes para otro día.

Vio claramente que él se había molestado por su decisión de no quedarse a dormir. Seguramente había pensado que era una forma de vengarse, pero no lo era. Prefería que fuera eso lo que pensara.

La necesidad de escapar de sus brazos esa noche había sido el motivo que la llevó a no querer quedarse a dormir. Estar entre sus brazos era el lugar donde más le gustaba estar, pero también el que más miedo le daba.

Estaba enamorada de él, de eso no tenía ninguna duda. Seguramente ese sentimiento iría a más cada día. No tenía intención de negárselo así misma ni de luchar contra ello, pero dados los acontecimientos de la última semana, en la que se había sentido confundida en muchas ocasiones por la actitud de Adrien, lo mejor sería erigir una pequeña coraza que al menos la protegiese de algunos golpes.

Esa coraza había empezado a actuar en el momento que decidió no quedarse a dormir con él. Seguiría adelante en todos los sentidos, pero debía ir dosificando algunos momentos con él para evitar esos temidos golpes.

Quizás la siguiente semana fuera diferente. Por un lado esperaba conseguir hacer bien su trabajo, y por otro, que Adrien optara por seguir un ritmo de acercamientos que no incluyeran tantos altibajos. No le importaba si era más o menos lento. Lo que no quería eran esas idas y venidas que tanto la confundían.

El lunes no había empezado muy bien. El primer inconveniente del día llegó nada más pisar la calle.

Tenía tiempo suficiente para llegar al trabajo, tenía un aspecto espléndido, tenía la ilusión y la seguridad suficientes para enfrentar ese nuevo reto, pero... no tenía paraguas.

No lo había necesitado desde que llegó a Madrid, por esa razón no se había ni planteado comprar uno.

Tenía que elegir entre perder tiempo en llamar a un taxi o aventurarse sin paraguas. Optó por lo segundo.

De camino, recordó la primera vez que fue a Versus. También llovía. A diferencia de aquel día, su aspecto y su estado de ánimos eran buenos. Avanzó a paso ligero, protegiéndose la mano herida para evitar que se mojara.

El segundo inconveniente, aparte de llegar empapada, fue enfrentarse a un Olivier distante que no esperaba.

Al coincidir en la sala de descanso como cada día para tomar el primer café, él había evitado hablar a solas con ella y tampoco le había preparado el café como otros días. Todo lo que le ofreció fue un escueto saludo y una sonrisa.

Adrien, para su sorpresa, se mostró muy amable nada más llegar. Bromeó con ella sobre su aspecto mojado, buscando el doble sentido de la palabra y haciéndola reír varias veces. Se mostró muy interesado por su mano herida y le sugirió que se fuera a casa y se esperase a que le quitasen los puntos para volver. Daniela se negó. Podía hacer su trabajo perfectamente.

Adrien le pidió que le preparase un café, confesándole sus conflictos con una nueva cafetera, al parecer diabólica, que no había sido capaz de hacer funcionar. En esa ocasión, fue ella la que bromeó cuando consiguió prepararlo sin ningún problema. No era tan diabólica, solo había que prestarle un minuto y medio de atención.

Las bromas y el beso apasionado con sabor a café que le dio, fueron la forma que Adrien tuvo de darle la bienvenida y mostrarle que una nueva etapa se iniciaba entre ellos, tanto personal como profesional. Adrien volvió a mostrarse cercano y ella reconfortada de que así fuera.

Pasó horas con él en el despacho. Adrien le dio toda la información que necesitaba para hacer las llamadas oportunas, las reservas, las confirmaciones de eventos, las reuniones y todo lo relacionado con la agenda de las próximas semanas.

Para Daniela no supuso ninguna dificultad ocuparse de todo ello. Había aprendido mucho con Natalia y lo iba a demostrar. Comprobó con cierta tristeza que Adrien iba a pasar poco tiempo en la oficina durante los siguientes tres días. Las dudas sobre si él le plantearía quedar después del trabajo volvieron a asaltarla y a inquietarla, aunque no impidieron que se concentrara en su trabajo.

A la hora de la comida, Olivier no fue a buscarla. Ella no lo llamó, no quiso forzar la situación. Seguramente todo lo ocurrido en la galería lo había descolocado. Decidió esperar a que él tomase la iniciativa, aunque ya empezaba a echar de menos sus conversaciones diarias.

Por la tarde llegó el tercer inconveniente. Adrien apareció en la oficina. Una vez más la sorprendió con un beso explosivo y se reunió con ella para comentar detalles del día. Cuando le pidió que consultase unos datos en su tableta, ella no pudo proporcionárselos porque todo el

archivo que los contenía había desaparecido.

Pasó horas intentando entender cómo había ocurrido, pero no consiguió encontrar una explicación lógica. Ese archivo era muy importante. Cuando Adrien le pidió que lo consultara, tan solo hacía una hora que había trabajado con él. La expresión de Adrien se quedó grabada en su alma. Le aconsejó que tuviera más cuidado.

Ese «inconveniente» hizo que pasara el resto de la tarde intentando confeccionarlo de nuevo. Natalia guardaba gran parte de esa información y por ese motivo pudieron salvar los datos perdidos. Ese archivo era su herramienta para trabajar. La más importante. Allí aparecían todas las reuniones programadas, anotaciones sobre llamadas pendientes, y datos sobre clientes y proveedores que Adrien manejaba muy a menudo.

Afortunadamente el lamentable incidente se resolvió, pero no el nudo que le quedó a Daniela en el estómago.

En un encuentro con Elena, para su entender no demasiado casual, observó lo mucho que disfrutaba al restregarle su error. No le prestó la más mínima atención, lo único que sintió fueron deseos de estamparla contra la pared y como no podía, o mejor no debía hacerlo, se limitó a ignorarla, que sabía que le dolería.

Los tres días siguientes fueron una copia del lunes. Olivier seguía distante. Solo se encontraban unos minutos en la sala de descanso, pero seguía manteniendo la misma actitud. El resto de sus compañeros seguían ignorándola, solo se comunicaban con ella si se trataba de trabajo y de la manera más escueta posible. A todo ese grupo tenía que añadir a Víctor, que mantenía su postura soberbia y altiva. En general, el ambiente de trabajo era inmejorable.

Adrien seguía teniendo una agenda muy cargada, con muchos compromisos fuera de la oficina. Sus escasos encuentros se veían compensados por algún beso apasionado que le daba en la intimidad de su despacho. Durante el día hablaba con él varias veces por teléfono. Cuando estaba acompañado era lacónico y breve, pero cuando no lo estaba aprovechaba para preguntarle si se encontraba bien o para confesarle algún pensamiento erótico que había tenido con ella durante el día. Daniela siempre reía de sus ocurrencias, sobre todo cuando le contaba en qué reunión o en qué momento habían aparecido esos pensamientos. A pesar del buen ambiente no obtuvo ninguna propuesta para verse después del trabajo, ni ninguna visita sorpresa a su casa. Le echaba de menos.

Todos los días, antes de salir de la oficina, al finalizar la jornada, Daniela se había acostumbrado a enviarle un mensaje a su querido jefe para informarle de su marcha. Él le respondía rápidamente indicándole su agradecimiento por la información y añadiendo algún emoticono. Siempre quedaba presente la disputa que habían tenido sobre ese asunto.

El martes Daniela aprovechó su mensaje para preguntarle si le apetecía quedar, pero la respuesta fue un decepcionante «lo siento, acabaré tarde». Toda la cercanía que mostraba durante el día cuando se encontraban en el despacho, desaparecía al acabar la jornada laboral. No existía.

Al menos se consolaba con tener su reconocimiento respecto al trabajo que estaba realizando. Le había felicitado por ello en varias ocasiones. Significaba mucho para ella, pero también significaba mucho encontrar un momento en el que pudiera refugiarse en sus brazos y poder sentirlo cerca, pero Adrien no parecía muy dispuesto a ofrecerle ese momento al menos en lo que llevaban de semana. A veces tan cercano y a veces ni siquiera lejano... más bien inexistente.

Con Elena todo iba de mal en peor. Su actitud altiva resultaba exasperante, aunque siempre intentaba mostrarle indiferencia. Estaba pendiente de sus errores y, por desgracia para Daniela, tuvo el gusto de regodearse en varios de ellos.

De la misma forma que no encontró explicación a la desaparición del archivo de su tableta,

tampoco la encontró para otros incidentes que ocurrieron durante esos días.

Unos documentos importantes que Víctor le había entregado para Adrien aparecieron misteriosamente en el baño de señoras. Adrien reaccionó en silencio a su «presunta» falta de responsabilidad. De nuevo su cara de decepción le llegó al alma. No recordaba haber movido esos documentos de la mesa de Adrien y mucho menos haber ido al baño con ellos.

Tampoco encontró explicación a la anulación de una reserva, en un restaurante, para Adrien y unos clientes. Recordaba perfectamente haberla realizado a través de la web, tal y como le enseñó Natalia. Comprobó con sus propios ojos que la página contenía la reserva y la anulación posterior, pero no conseguía encontrar una explicación. Utilizando un tono de voz que no supo interpretar, Adrien le había explicado la delicada situación a la que se había enfrentado al presentarse con sus clientes y no tener la reserva formalizada, aunque finalmente pudo solucionarlo.

—No entiendo por qué se anuló después. Yo no hice nada.

—Seguramente lo hiciste sin darte cuenta. —Su tono era severo.

—¡No! Te aseguro que yo no he hecho esa anulación.

Hubiera preferido una conversación cargada de reproches o incluso que le gritara reprochándole lo que había pasado, una bronca en toda regla. Cualquier cosa menos la falsa sonrisa y el frío comentario: «Seguro que no volverá a pasar». El vacío que dejaban sus palabras siempre resultaba doloroso.

Estaba más que dispuesta a asumir sus errores. Ella no era una mujer orgullosa que pensara que nunca se equivocaba. Si lo hacía, intentaba arreglarlo o pedir las disculpas que fueran necesarias, pero estaba segura de no haber cometido esos errores. O también cabía la posibilidad de que sufriera un trastorno y estuviera empezando a volverse loca.

Descartando la opción relacionada con su estado mental, dio rienda suelta a una idea que se estaba formando en su cabeza, cada vez con más fuerza. Si conseguía confirmar sus sospechas, alguien iba a pasar un mal rato.



El jueves había pasado todo el día fuera. Se alegró de poder volver a la oficina antes de que Daniela se marchara. Aún quedaba una hora para salir y todo lo que necesitaba era estar un momento con ella antes de entrar en su próxima reunión.

Apenas se habían visto durante la semana, aunque los pocos momentos en que se habían cruzado, habían supuesto toda una fuente de energía. Él mismo se sorprendía de su propia forma de actuar. La echaba de menos y deseaba tenerla entre sus brazos. Sin embargo, había estado evitando durante toda la semana un posible encuentro con Daniela después del trabajo. El día que ella se lo propuso mediante un mensaje no había tenido fuerzas para decirle que sí, aunque se moría de ganas por hacerlo.

Su voluntad estaba dividida. Por un lado, quería estar cerca de ella todo el tiempo, pero por otro quería alejarse. Se sentía incapaz de lidiar con la batalla de emociones que se libraba en su cabeza cuando la tenía cerca. Una batalla que solo conseguía dejarlo angustiado y desconcertado.

«Ni contigo... ni sin ti».

Estaba muy contento del trabajo que Daniela estaba realizando. Había sido muy eficiente, incluso le había sorprendido gratamente varias veces. Era ordenada en su trabajo y parecía tenerlo todo bajo control. Le había contado, orgullosa, que había molestado pocas veces a sus compañeros para preguntarles alguna duda y que lo había sabido solucionar sola.

Los incidentes ocurridos no le habían gustado nada, pero debía ser justo y entender que era su primera semana y no podía ser perfecta. Aun así, le parecieron errores que no se correspondían con la clase de trabajo que estaba demostrando dominar. No había querido que se sintiera mal e insegura, por ello había decidido no decirle nada. Sabía que ella se daría cuenta de que no debían repetirse.

Cuando llegó a su despacho, la puerta que comunicaba con el de Daniela estaba entornada y la escuchó hablar con alguien por teléfono. Esperó a que terminase para entrar.

No consiguió saber de qué estaba hablando. Solo logró escuchar que hablaba con un tal Ángel y que habían quedado para comer juntos al día siguiente. También le pareció escuchar que el tal Ángel estaba en Madrid pocos días y que venía desde Barcelona. ¿Quién sería ese hombre? ¿Barcelona? ¿Sería un antiguo novio? ¿Por qué parecía tan fría con él?

Cuando acabó de hablar, la vio entrar en su despacho. No le habló de la llamada y supuso que ignoraba que había estado escuchando. A esa distancia y con la puerta entornada no se podía distinguir fácilmente una conversación. Por eso ella no debió imaginar que Adrien había pegado la oreja a la pared para enterarse de lo que hablaba y a ser posible con quién.

«Yo, escuchando detrás de una pared...», se escandalizó él.

—Señor Feraud... que alegría verle —le dijo con una gran sonrisa.

—Señorita Kearney, lo mismo digo —le dijo acercándose a ella.

La cogió de la mano y la llevó hasta su mesa, donde la sentó con un movimiento rápido. Se colocó frente a ella. Le encantaba esa imagen: sentada con las piernas colgando en la mesa sin parar de moverlas.

Le cogió la cara ente las manos y la besó suavemente.

En ese instante tan satisfactorio para ambos, se abrió la puerta del despacho. Elena, sorprendida por la escena que tenía delante, no logró pronunciar ni una sola palabra. Se separaron

bruscamente.

—¡Cuántas veces tengo que decirte que llames antes de entrar! —gritó de tal forma que seguramente Elena y Daniela no fueron las únicas en escucharlo.

Daniela se bajó de la mesa y se dirigió a su despacho. Escuchó los pasos de Adrien avanzando hacia la puerta para cerrarla. No escuchó hablar a Elena. Probablemente había salido corriendo. No era una situación agradable, aunque tenía que reconocer que le divertía que Elena los hubiera sorprendido. Nadie se lo había dicho, pero estaba segura que esa mujer estaba coladita por Adrien. No sabía si había habido algo entre ellos, pero la forma en la que lo miraba dejaba claro que sentía algo por él. Elena ocupaba un puesto de trabajo muy bueno, así que lo de volverse loca por ser la ayudante de Adrien solo tenía sentido si lo que deseaba en realidad era estar cerca de él.

Pensó que en realidad le había afectado muy poco que alguien los sorprendiera. La actitud distante de sus compañeros, en general, había provocado que ella se centrara exclusivamente en su trabajo, sin importarle nada más. Nico le dijo que era importante estar por encima de todo eso y pensó con orgullo lo poco que le estaba costando conseguirlo. Lo más importante para ella era sentirse fuerte y segura. Ese era el motor de su avance personal y su distanciamiento con el pasado.

Adrien se acercó a ella, observando cómo recogía su mesa sin prestarle atención. Imaginó que debía estar incómoda y dándole vueltas a la cabeza. La cogió por el brazo para indicarle que dejara de hacer lo que estaba haciendo. La giró hasta tenerla de frente. Le acarició la mejilla y le sonrió.

—Lo siento —dijo él.

—¿Qué es lo que sientes?

—Que nos hayan... ¿Descubierto? —dramatizó—. A mí me da exactamente igual, lo lamento por ti. Sé que no te gusta.

Adrien pensó aliviado que al menos, dentro de su batalla emocional, no estaba preocupada porque les vieran juntos. Ese era uno de los pocos temas que siempre había tenido muy claro. No le importaba lo más mínimo si todos los empleados de Versus se enteraban de que había algo entre ellos. Le preocupaba más que ella se sintiera incómoda.

—La verdad es que no me afecta —Él arqueó las cejas y ella decidió explicarse mejor—. Quiero hacer bien mi trabajo, Adrien. Lo demás no me importa. Quiero estar por encima de eso y creo que lo estoy consiguiendo.

—¡Vaya! ¿Dónde está la chica que se molestó en la exposición cuando la acaricié delante de Olivier?

—La chica avanza a pasos vertiginosos. Bueno, si es que el hecho de que no me importe que nos hayan visto, significa avanzar, claro está.

—Yo lo veo como un avance, y me alegro —Le mordisqueó los labios—. Aun así, no voy a permitir que nadie entre sin llamar. Ella y Víctor tienen esa molesta costumbre y lo voy a solucionar.

—Tienes una reunión en veinte minutos —le informó cambiando de tema. No le iba a preguntar cómo pensaba solucionarlo. Seguramente hablaría seriamente con ellos o... cerraría con pestillo cuando quisiera intimidad, o... instalaría un sistema automatizado, que es lo que haría ella en su lugar.

—Al recordarme la reunión, ¿significa que eres una ayudante muy eficiente o que estás intentando librarte de mí?

—La primera opción es la válida. Te aseguro que estaba disfrutando mucho antes de que la

«frustrada y repelente aspirante a ser tu ayudante» nos interrumpiera.

Él soltó una carcajada.

—Interesante descripción. Tengo que irme... Hoy acabaré tarde. —Aunque era cierto y ella lo sabía, sintió la necesidad de justificar su ausencia después del trabajo. Una cosa eran sus propias disputas en cuanto a acercarse o alejarse más o menos de ella, y otra era que ella se sintiera mal. Por nada del mundo quería hacerle daño.

—Lo sé. —Sonrió con ironía, pero él no pareció darse cuenta.

Adrien cogió su chaqueta y se despidió de ella mordisqueándole y besándole en el cuello emitiendo un gruñido muy sonoro que la hizo reír. Salió del despacho con el dulce sonido de su risa, totalmente embrujado. Se encontró a Elena en la recepción de planta. Ni siquiera se molestó en hablar con ella. Solo la fulminó con la mirada.

Unos minutos después, Daniela seguía ensimismada y aturdida por las atenciones de Adrien, lo que provocó que tardara en darse cuenta de que tenía una llamada interna. Le sorprendió ver el nombre de Víctor en la pantalla del teléfono, aunque le sorprendió mucho más que le pidiera que se reunieran en una cafetería cercana al despacho, en una hora. Quería hablarle de algo importante.

No entendía de qué podría querer hablar con ella y mucho menos que quisiera hacerlo fuera del edificio. Si lo que le quería decir era que no le caía bien o algo relacionado con dejar su trabajo, se iba a encontrar con una sorpresa porque ese día estaba más que dispuesta a decirle unas cuantas cosas.

Aceptó acudir a su encuentro, pero antes de hacerlo llamó a Eva para disculparse por no poder quedar con ella, tal y como habían acordado el día anterior. Se excusó con ella alegando que tenía mucho trabajo. Volvieron a marcar una fecha, justo al día siguiente. Le apetecía mucho ver a su nueva amiga, pero sentía verdadera curiosidad por escuchar lo que tenía que decirle a Víctor.

Víctor la estaba esperando en una coqueta cafetería que no le costó mucho encontrar. No conocía muy bien el barrio, pero las indicaciones que le dio fueron muy efectivas.

Lo encontró sentado en una pequeña mesa con un vaso y un refresco. Se levantó cuando la vio llegar. Ella ni siquiera abrió la boca. Aceptó su invitación de sentarse frente a él y lo miró de una forma desafiante en espera de que le dijese el motivo de su encuentro. Un camarero apareció rápidamente y ella le pidió agua.

—Supongo que te ha sorprendido mi llamada.

—Supones bien.

—Quiero hablarte de Sam.

Daniela lo miró desconcertada. De todos los planteamientos que pudiera esperar para iniciar una conversación con ese hombre, ese era el último de la lista. Se negaba a entrar en esa conversación. Se levantó de la silla.

—Esto es ridículo. —Apartó la silla para tener acceso a la salida. Sintió un tirón de su brazo.

—Daniela, por favor, siéntate. Necesito hablar contigo.

Su mirada suplicante la convenció para volver a sentarse. Víctor continuó:

—Ayer hablé con él. No sabía que trabajabas conmigo.

—¿Y?

—Yo pensaba que le habías hablado de mí.

—¿Y por qué tenía que hablarle de ti?

Víctor bajó la cabeza jugueteando con el vaso que tenía en la mano.

—¿Qué es lo que quieres decirme exactamente? —le preguntó, desdeñosa.

—Sam me dijo que te iba a llamar y que estaba enfadado porque no le habías contado nada. Solo quería avisarte. Lo lamento.

—Te has comportado como un auténtico capullo conmigo desde que llegué. Tus comentarios despectivos, tu forma de ignorarme... ¿Y ahora vienes a decirme que lo que lamentas es que Sam esté enfadado por no haberle dicho que trabajaba contigo? —Estaba tan enfadada que las palabras se entrecortaban. Hizo una pausa antes de proseguir para coger aire. Víctor la miraba atónito.

—Pero ¿qué es lo que esperabas? No le he hablado de ti a Sam ni tengo intención de hacerlo nunca —Se levantó y se volvió a sentar—. No me meto en la vida de nadie, Víctor, igual que no me gusta que se metan en la mía.

»Lo que tú tengas con Sam es asunto tuyo. Nos hicimos amigos y le aprecio mucho. Me contó algunas cosas de su vida, pero eso se queda donde debe estar: entre él y yo.

»Así que no te preocupes, Víctor, «la masajista», como te has referido a mí en varias ocasiones, nunca va a ser un obstáculo en tus planes de vida, sean los que sean.

Hizo una pausa. La cara de desconcierto de Víctor la animó a seguir.

—No me mires así. Supongo que es más práctico aclarar todo esto que no hablar de esa estupidez de que Sam está enfadado. Si me llama, ya sabré qué tengo que decirle.

Daniela volvió a levantarse, dispuesta a salir de allí cuanto antes, pero las palabras de Víctor la detuvieron.

—Quiero pedirte perdón por mi comportamiento, Daniela. Me he portado como un cretino estos días. Lo siento de verdad —Cerró los ojos en señal de desesperación cuando vio que ella se levantaba—. Siéntate, por favor. Déjame acabar.

Daniela le hizo caso. Si alguien la estaba observando, seguro que estaba de lo más entretenido viendo cómo se sentaba y se levantaba constantemente.

—Cuando te vi con Adrien la noche de Fin de año, se me cayó el mundo al suelo. Adrien apenas me había contado nada de ti. De pronto apareces en el despacho y te presenta como su ayudante. Daniela... es un tema complicado para mí. Yo no te conozco de nada y pensé que...

—¿Qué pensabas? ¿Qué se lo contaría a Adrien? Pues te equivocabas. Es tu amigo y es tu vida, tú sabrás lo que haces con ella.

—Estaba enfadado y... preocupado.

—¿Y qué ha cambiado?

—Sam me habló de ti, de cómo eres y de cómo le escuchaste y le animaste cuando se sinceró contigo al hablarte de nuestros problemas. Conozco a Sam y sé que él no le contaría su vida a cualquiera. Sé que le aconsejaste que me diera tiempo. Te juzgué mal, me gustaría empezar de cero.

Daniela apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cara con las manos. Su enfado había desaparecido después de escucharlo. Ella sabía muy bien lo que era no tener valor para enfrentarse a la vida y a uno mismo y mirar a otro lado mientras esta va pasando.

—A mí también me gustaría.

Ambos se levantaron sonriendo tímidamente. Daniela le tendió la mano por encima de la mesa, pero él no se la estrechó. Sin perder la sonrisa y negando con la cabeza abandonó el espacio que ocupaba para dar media vuelta a la mesa y colocarse frente a ella. Esta vez sí le cogió la mano para llevársela a los labios. Daniela se ruborizó por la cercanía del gesto. Antes de que pudiera reaccionar, la abrazó rápidamente.

«Cómo cambian las cosas...», pensó ella.

—Ahora que hemos sacado la bandera blanca es una pena que no continuemos charlando —Consultó el reloj—. ¿Te apetece que vayamos a picar algo? Hay una cervecería cerca de aquí. Te

gustará.

Daniela dudó en aceptar su invitación, pero finalmente lo hizo. Le apetecía distraerse un poco. Si se iba a casa, solo se dedicaría a pensar en Adrien y a darle mil vueltas a su relación.

—Pensaba que la bandera blanca era de rendición —dijo ella arqueando las cejas en una expresión divertida.

—También es un alto al fuego.

—Entonces... ¡Bandera blanca y cerveza! Suena bien.

Víctor se echó a reír y le ofreció su brazo doblado para que se cogiera a él. Qué fácil había sido pasar de un extremo al otro. Y pensar que hasta hacía unas horas detestaba a esa mujer...

Dos cervezas gigantes y una bandeja de bocadillos variados fueron testigos de una amena conversación de dos horas entre dos personas que parecían conocerse desde hacía años.

Víctor le ofreció un divertido relato de cómo había conocido a Jaime y a Adrien en el último año de instituto y la maravillosa amistad que mantenían desde entonces.

También se atrevió a hablarle de sus comienzos con Sam y del punto tan complicado en el que se encontraban. En todo momento el brillo de sus ojos y su expresión le dejaron claro que estaba sufriendo mucho con ese asunto.

Daniela prefirió limitarse a escuchar y no intervenir. Le pareció percibir alivio en Víctor al poder hablar con alguien de ese asunto, alguien que no fuera Sam. Seguramente eran las dos únicas personas que sabían su... secreto.

Agradeció que no le hiciera ninguna pregunta de tipo personal sobre su relación con Adrien, ni tampoco sobre su paso por el balneario. La conversación giró en torno a sus dos semanas en Versus intercambiando impresiones sobre la empresa, los compañeros y pequeñas anécdotas que él le contó, relacionadas con algunas joyas que se habían fabricado y sus compradores.

—¿Qué ocurrió con el informe que te entregué para Adrien? Me dijeron que lo olvidaste en el baño —le preguntó él mostrando curiosidad.

—No tengo una explicación para eso —Suspiró—. No solo se trata de ese incidente, ha habido varios. Tengo la sensación de que hay alguien interesado en ponérmelo muy difícil.

—¿Piensas que alguien está interfiriendo en tu trabajo? —Enarcó las cejas.

—No pretendo decir que yo nunca me equivoco. Solo que han pasado cosas que me da la impresión que tienen una mano detrás.

—¿Lo has hablado con Adrien?

—No, de momento no lo he hecho.

—Me consta que hay alguna persona que no te tiene mucho cariño... y que preferiría que desaparecieras, pero de ahí a... ¿Has pensado en Elena?

—Olvidalo, solo era una idea. Siento haberte hablado de eso.

—No, Daniela, me gusta que seas sincera y que me lo hayas confiado.

—Entonces debo decirte que sospecho de ella.

—Eso sería muy grave. Te diré lo que haremos. Tú observa y yo observo. Y veamos hasta dónde nos lleva. ¿Te parece?

—Me parece bien. Pensé que tú y Elena erais muy buenos amigos.

—¿Buenos amigos? No, de eso nada. Nuestra relación es estrictamente profesional. No sé si sabrás que ella lleva tiempo detrás de...

—... ser la ayudante de Adrien.

—Sí. Un día se desahogó conmigo y me pidió que intercediera con Adrien. Esa es toda nuestra relación.

—Debería animarla un poco, la veo muy tensa.

Él se echó a reír. Estaba disfrutando de su compañía. Le gustaba Daniela. Sam tenía razón, era una buena chica y no parecía tener ningún tipo de maldad.

Salieron a la calle y un viento helado los sorprendió. Víctor le dijo que su coche estaba cerca, lo había aparcado junto a la cafetería en la que habían estado. La misma en la que firmaron la paz.

—¿Estás bien? —le preguntó al ver que tenía dificultades para caminar.

—Sí, estoy bien. Es solo que he superado con creces el límite de horas que mis pies soportan estos zapatos. —Bajó la mirada y levantó un pie para mostrarle el generoso tacón.

Víctor se rio a carcajadas.

—¿Dónde está tu coche? Te llevo.

—No, no he venido en coche.

—Pues dime dónde está tu casa.

—Vivo en el piso que me ha alquilado tu hermano.

Víctor la miró sorprendido. Cuando se dio cuenta del detalle, sonrió entre divertido y avergonzado. La ayudó a entrar en el coche mientras cruzaban las miradas.

—Sabía que lo había alquilado, pero no que fuera a ti. Estuve hace poco allí, arreglé el grifo de la ducha.

—Así que fuiste tú el que arreglo el grifo... —Giró su cuerpo en el asiento para poder mirarlo fijamente—. Hace unos días se cayó mientras me duchaba y aterrizó justo en mi pie. Ese es el motivo por el cual no puedo caminar bien y no por los tacones como te he dicho.

Víctor desvió la mirada con la boca abierta. No podía creerse que su maravillosa obra de fontanería hubiera acabado de aquella forma.

—Tranquilo, a la hora de evaluar daños solo hay un dedo casi roto y un baño casi inundado, pero está todo bajo control.

Daniela soltó una carcajada. Le hubiera gustado prolongar su broma, pero pensó que si lo hacía, la mandíbula de Víctor se iba a salir de tanto que estaba abriendo la boca.

—Te has quedado conmigo... —le dijo riendo.

—Es una broma, Víctor. El grifo está perfectamente —Mantuvo la sonrisa—. A Adrien le gano bromas a menudo y pone la misma cara que... —No pudo seguir. Se dio cuenta de la familiaridad con la que hablaba de Adrien y no se sintió cómoda.

Víctor se percató de su malestar y decidió ayudarla.

—Adrien y yo no estamos acostumbrados a tener chicas tan guapas y con tanto sentido del humor a nuestro alrededor.

Ella sonrió tímidamente. Se había ruborizado y giró la cabeza para impedir que él lo notase.

Detuvo el coche frente al portal y salió para abrirle la puerta. Le cogió la mano y se la llevó a los labios donde depositó un beso suave.

—Todo un placer, Daniela. Espero que seamos buenos amigos y que tengamos una buena relación laboral.

—Eso espero. Gracias por la cena —Se dirigía a la entrada cuando le vino algo a la cabeza—. Adrien se siente mal por el... mal rollo que había entre nosotros. Mañana le diré que hemos hablado y que todo está bien. Sé que le gustará saberlo.

—Le gustará. ¿La parte de Sam también se la contarás?

—¿Cómo?

—Esta vez bromeaba yo. Sé que no lo harás. No tengo ni idea de por qué, pero sé que puedo confiar en ti.

—Puedes.

Ambos se llevaron la sensación de haber encontrado a un aliado y a un amigo. Le gustaba

Víctor. A pesar de las críticas, generalmente en broma, que había escuchado por parte de Adrien o de Javier, había visto en él un fondo especial. El de un hombre atormentado por no ser capaz de enfrentarse a sus miedos. Un hombre que mantenía una lucha constante consigo mismo. Un hombre que se sentía solo en un campo de batalla que él mismo había creado. Un hombre que no sabía con qué armas debía combatir.

Ella conocía esa sensación, ese malestar, esa lucha, aunque la batalla no fuera la misma. Era imposible no sentirse cerca de él. Era posible que él también hubiera sentido esa conexión y por eso había resultado tan fácil hablar.

Víctor estaba satisfecho con su encuentro. Daniela había resultado ser una chica fantástica, con mucho sentido del humor. Le había transmitido la calma que llevaba necesitando desde que llegó a Versus. Tanto Javier como Sam le habían hablado con mucho cariño de ella. Sintió remordimientos por haberla tratado mal. Debería haber sido más prudente y acercarse a ella para conocerla mejor en vez de despreciarla, pero tenía mucho miedo a que ella pudiera hablar de su relación con Sam. Estaba claro que había actuado de forma estúpida y además poco inteligente. ¿En qué demonios estaba pensando cuando la trataba con tanta indiferencia? Desde luego no era la manera más razonable de evitar que ella contase lo que sabía.

Entendía el interés de su amigo por ella. Le pareció una mujer muy interesante y además muy atractiva. Sus ojos le habían llegado a intimidar. La verdad es que daban miedo, pero al mismo tiempo eran preciosos.

Sonrió al pensar la forma en que ella habló de Adrien. Se había mostrado entusiasmada por contarle que habían arreglado sus diferencias. Sabía que a su amigo le incomodaba la situación y que estaba muy enfadado con él.

Aquella mujer le inspiraba confianza. Había resultado muy fácil hablar con ella y confesarle sus conflictos con su identidad y con Sam. Tenía el presentimiento de que iban a tener muy buena relación.

Parecía entusiasmada por trabajar en Versus. Las sospechas de las que le habló le inquietaron. Hacía días que sospechaba que Elena no estaba jugando limpio, pero nada hasta el momento le había obligado a intervenir. Al día siguiente tendría una conversación con ella para aclarar ese asunto. Se lo debía a Daniela.

Daniela se dirigió a la sala de descanso para tomar su ansiado café. Pensó en cambiarle el nombre a la sala. De descanso tenía poco. Cada vez que entraba allí, salía alterada y con ganas de asesinar a alguien. El día anterior había tomado la decisión de no aparecer más por allí; al fin y al cabo, el café que preparaba la cafetera de Adrien era mucho mejor, por lo tanto era una estupidez exponerse cada día a la mirada de desprecio de sus queridos compañeros. Ese día decidió acudir porque quería hablar con Olivier.

—Olivier, ¿podemos hablar un momento? —Se acercó a la mesa donde estaba la cafetera y cogió un vaso.

—Estoy muy ocupado. ¿Es urgente?

No reconocía a ese hombre tan frío.

—No importa. Ya hablaremos en otro momento.

Dejó el vaso de café en la mesa sin intención de llenarlo. Ya no le apetecía tomar café. Dio media vuelta y salió por donde había entrado.

Antes de llegar a su despacho, escuchó la voz de la persona que le acababa de decir que estaba muy ocupada.

—¡Daniela!

Ella se giró.

—Perdón. He sido muy grosero. Te pido disculpas. ¿Qué querías decirme?

—Pareces molesto conmigo y me gustaría saber el motivo —dijo casi en un susurro. Era imposible ser más dulce.

—Me hubiera gustado qué me dijeras que había algo entre tú y... el jefe.

«¿Jefe? Nunca le había escuchado referirse así a él».

—¿Cambia algo?

—Hablamos mucho la semana pasada, no entiendo por qué no me lo dijiste.

—Es verdad que hablamos de muchas cosas, pero no lo hicimos de tu vida sentimental o de la mía. —Seguía susurrando las palabras. Estaba incómoda y no quería que Olivier pensara que le estaba reprochando nada. Simplemente pretendía hacerle saber que lamentaba que no siguieran siendo amigos.

—Lo sé, pero da la casualidad que tu vida sentimental está en el trabajo, que casualmente es por lo que nos conocemos. No es que sea asunto mío, pero me hubiera gustado que me lo dijeras.

—Entiendo. —No quería seguir con aquel tema—. En cualquier caso, lamento que te hayas molestado. Seguro que un hombre como tú, puede entender que no dijera nada, al menos en un tiempo.

El no dijo nada. Ella se dio la vuelta para abrir la puerta de su despacho, pero antes volvió la cabeza para decirle:

—Sigo siendo la misma y estoy en el mismo sitio. Si algún día quieres ir a comer o a tomar un café, ya sabes dónde encontrarme.

—¡Espera! —Apareció su característica sonrisa—. Hoy tengo mucho trabajo, pero el lunes podríamos reanudar... nuestras costumbres.

Ella sonrió visiblemente satisfecha por la decisión de su compañero.

—Hecho. El lunes hablamos.



—Después pasaré para enseñarte algo que he diseñado y así me das tu opinión.

—Me encantaría.

Adrien apareció al final del pasillo. Disminuyó su paso, evitando de esta manera tener que pasar cerca de ellos. Era consciente de que su malestar, cuando la veía cerca de Olivier, no era muy razonable, tan solo era una reacción más de las muchas que tenía últimamente y que no conseguía entender. Estaba siendo egoísta y lo sabía. Daniela se sentía apartada del resto de sus compañeros y él debería alegrarse de que hubiera encontrado algún aliado, alguien con quien hablar.

Consideraba que no era necesario intervenir en la actitud que el resto de sus compañeros mostraban hacia ella. No podía amonestar a nadie. Todos se comportaban de una forma correcta, no podía decirles que fueran más cercanos con ella. Esperaba que no hubiera ningún incidente. A esas alturas, seguro que Elena ya se había encargado de decirle a todo el mundo la escena que presenció, cuando entró en su despacho sin llamar.

No le importaba en absoluto. Elena estaba empezando a cansarlo demasiado y esperaba que en adelante cambiase su actitud o tendría que tener una desagradable conversación con ella. Víctor era un tema aparte. Apenas habían hablado en toda la semana. En realidad estaba esperando a que se atreviera a hacer algún comentario despectivo o de mal gusto sobre Daniela para ponerlo en su lugar de una vez por todas.

Encontró a Daniela en su despacho concentrada en su móvil. La puerta estaba entornada. La observó. Parecía muy divertida escribiendo un mensaje. Unos segundos después volvió a consultar el móvil, pero su expresión fue totalmente diferente, parecía preocupada o más bien molesta. ¿Sería ese tal Ángel?

Cuando entró, ella se deshizo del móvil rápidamente.

—Adrien... ¡Me has asustado!

—No es lo que pretendía —le dijo apoyado en el marco de la puerta que separaba ambos despachos—. ¿Todo bien?

—Todo bien.

—Hoy estás especialmente guapa. —Movió el dedo índice indicándole que se acercara a él—. ¿Me abrazas?

Ella se acercó sorprendida de su petición, pero encantada de ver su sonrisa y el brillo que mostraban sus ojos. Estaba increíblemente guapo aquella mañana.

Lo abrazó, refugiándose en sus brazos. Él levantó su rostro para cruzar las miradas.

—¿Me besas? —le preguntó.

Ella atendió su petición. Acercó sus labios a los de él y los mordisqueó, los succionó, los acarició con la lengua y luego la introdujo en su boca con fuerza. Él respondió de la misma forma.

Se separaron lentamente. Adrien se frotaba los labios en un intento de seguir saboreando los restos que ella había dejado. Parecía que se hubiera aplicado carmín y lo estuviera esparciendo.

—Me encantaría seguir, pero tenemos mucho trabajo.

—Estoy decepcionada, señor Feraud. Pensé que seguiría pidiéndome cositas. Le iba a decir que sí a todas.

Él soltó una carcajada.

—¿A todas?

—A todas. Hoy es mi día complaciente.

El deseo se concentró en su mirada. Le dedicó una media sonrisa y se dirigió a su sillón, donde se acomodó dejando caer la cabeza hacia atrás y apoyando las manos en los reposabrazos.

—Acércate.

Ella lo hizo muy despacio. Se sentó en la mesa frente a él. Se miraron y sonrieron, cómplices de algún juego que querían iniciar. El sonido del teléfono les borró la sonrisa.

—Será mejor que lo atienda. Espero varias llamadas. —Le dio un beso en los labios y apoyó su mano suavemente en la parte de los genitales de él, para bajarse de la mesa. Adrien dio un respingo.

—Mi día complaciente se acaba a las doce de la noche —le dijo con sonrisa seductora mientras se alejaba para atender la llamada en su despacho.

—No pienso dejar que caduque...

La siguiente hora la pasaron repasando varios temas urgentes. Se centraron en el trabajo y se olvidaron de su juego.

Daniela salió del despacho en busca de un material que necesitaba de la mano de Natalia. Adrien, todavía intrigado por los mensajes que ella había estado redactando cuando llegó, fue rápidamente a su mesa y consultó su móvil. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era despreciable, pero lo necesitaba.

En los mensajes recientes encontró dos que llamaron su atención, uno de un tal Ángel y otro de una tal Eva.

Se decidió en primer lugar por el del hombre:

*Ya estoy en Madrid. Confirmando a las 3:00 en el restaurante.*

Ella había respondido con un escueto «ok». ¿Quién sería ese hombre? Habían quedado para comer a las tres. ¿Dónde?

Los mensajes de la tal Eva eran más extensos. Nunca le había hablado de ella. ¿Sería una amiga de Barcelona?

*¿Hoy tienes alguna excusa? ¿Te acuerdas que hemos quedado a las 4:30?*

La contestación de Daniela le intrigó:

*Lo de ayer no fue una excusa. Tenía mucho trabajo. Y sí... me acuerdo. A las 4:30.*

Lo que fuera que pasó el día anterior no convencía a su amiga.

*¿Seguro? Si vamos a ser amigas, deberías ser sincera. No me creo que tuvieras mucho trabajo.*

La conversación empezaba a ser interesante.

*Está bien... ayer quedé con alguien del trabajo. Lo siento. No más mentirijillas. Besitos. Te veo luego.*

Una sensación muy incómoda se apoderó de él. ¿Con alguien del trabajo? ¿Con quién había quedado? Dejó el teléfono en la misma posición que lo encontró. No había nada más interesante, solo la despedida de Eva seguida de unos cuantos absurdos emoticonos.

Volvió a su mesa, claramente afectado por aquel descubrimiento. Seguramente habría quedado con Olivier, y por lo que entendió a su amiga le había dado alguna excusa.

¿Qué le estaba pasando? No soportaba la idea de que fuera Olivier «su cita del trabajo».

Las siguientes horas pasaron a cámara lenta para Adrien. No había podido ocultar su malhumor y Daniela le había preguntado un par de veces si se encontraba bien. La socorrida excusa de «estoy algo cansado» no fue muy convincente, pero era todo lo que estaba dispuesto a explicarle en ese momento.

Quedaba poco más de una hora para salir. Era viernes y la tarde la tenía libre. Daniela hubiera preferido trabajar a tener que encontrarse con el impresentable de Ángel. No tenía ni idea qué era eso tan importante que quería decirle, aunque tratándose de él, seguro que no era nada bueno. Le había mencionado a Nico su cita con Ángel, y coincidió con ella en su mal presentimiento. Incluso le dijo que fuera con cuidado y lo llamase si tenía algún problema.

Pero no era lo único malo de aquel día. El juego «me acerco, me alejo» de Adrien la estaban volviendo loca. Había pasado de besarla, seducirla, provocarla y mirarla como si fuese la única mujer que existía sobre la faz de la tierra, a alejarse por completo mostrándose altivo y desagradable.

«¿Qué será, bipolaridad o gilipollez?», se dijo muy enfadada.

Escuchó que alguien entraba al despacho de Adrien y le pareció escuchar la voz de Elena. Había cerrado la puerta que separaba ambos despachos, aunque sabía que Adrien no lo aprobaba. Una de sus normas era dejarla abierta o entornada mientras él se encontrara en su interior, pero después de ver su cambio de humor la había cerrado. Era su forma simbólica de mantener también la distancia con él.

Escuchó cómo se cerraba la puerta por donde había entrado Elena. La otra puerta se abrió dejando ver a Adrien con una expresión sombría. Parecía enfadado.

—Tenemos que hablar —le anunció fríamente mientras se daba media vuelta.

Daniela se acercó rápidamente a su mesa y se sentó delante de él.

—¿Tenía una cita esta mañana a las once?

—No.

—Lo dices muy convencida. —Cada vez era más autoritario en su tono de voz.

—Lo estoy.

—Deberías consultarlo antes de ser tan tajante en tu respuesta.

—No tenías ninguna cita, no necesito consultar nada. Lo he hecho esta mañana y ayer a última hora.

—Ha llamado David Mas para decir que ha estado esperándome más de una hora en su despacho. Al parecer, ayer habló con una tal Daniela y concretó la visita.

—No he hablado con él y no he concretado nada. Yo no he sido.

La miró sin expresión alguna.

—¡Solúcionalo! ¡Ya! —gritó.

Daniela estaba indignada con el tono de su voz. ¿Es que no la creía? Estaba segura de que ella no había hablado con ese hombre. Sabía quién era y esperaba su llamada para concretar una reunión, pero de haberse producido no había sido ella quien la había atendido.

—Por supuesto que lo voy a solucionar.

Salió del despacho y se encerró en el suyo, el portazo no había sido voluntario, simplemente se le escapó.

Tras disculparse con el cliente, aunque prácticamente se había arrastrado, descubrió, tal y como ya sabía, que en ningún momento ella había mantenido esa conversación. Todos los datos que aquel hombre le proporcionaba no le sonaban de nada. Sabía que alguien había mantenido una conversación con aquel cliente haciéndose pasar por ella. De esa manera, la reunión nunca se produciría porque ella, evidentemente, no la programaría.

Sabía quién era la responsable, aunque no podía probarlo. Llevaba días dándole vueltas al tema y había conseguido recordar detalles que dejaban claro quién estaba detrás de todo ello. No necesitaba pruebas, solo mantener una conversación con ella, y no iba a esperar. Adrien le había gritado que lo solucionara, y es lo que pensaba hacer, pero no solo con el cliente afectado, que ya había aceptado sus disculpas, sino con la causante de todo aquel lamentable suceso.

Se dirigió al despacho de Adrien y le dijo escuetamente:

—Una parte está solucionada, pero me falta otra. —Sin esperar a que él dijera nada, salió dispuesta a encontrar a la responsable de todos sus errores.

Elena se encontraba en la recepción de planta conversando con Silvia. Junto a la recepción

había una pequeña sala donde se guardaba material y otros utensilios, de manera que la recepción quedara impoluta únicamente con lo necesario para dar una imagen elegante y espaciosa. La puerta que conducía a la sala estaba perfectamente disimulada por la pintura de las paredes. Daniela abrió la sala ante la cara de expectación de las dos ocupantes de la mesa. Con un gesto rápido sujetó a Elena del brazo arrastrándola al interior.

—Estás loca... ¿Qué estás haciendo?

—Escúchame, amargada, solo te lo voy a decir una vez —La sujetaba fuertemente del brazo—. Sé que tú eres la desgraciada que ha estado boicoteando mi trabajo y te advierto...

—¿De qué estás hablando? —la interrumpió. Con un movimiento rápido se soltó.

—No vuelvas a inmiscuirte en mi trabajo.

—Si no sabes hacer tu trabajo, no me culpes a mí. ¡Apártate! —Lo intentó, pero Daniela le bloqueó el paso con su cuerpo. Al ver a Silvia en la puerta, gritó—: ¡Llama a seguridad!

Silvia no parecía muy dispuesta a hacerle caso. Se quedó parada en la puerta intentando entender qué es lo que estaba pasando.

Daniela perdió la paciencia y la empujó contra una pared. Con ambas manos le presionó el cuello.

—Te estoy avisando de qué no te metas en mi trabajo. No te haces una idea de lo que soy capaz de hacer.

—Daniela, tranquilízate. Suéltala —gritó Silvia. Se acercó a ella y la cogió por el brazo para apartarla de Elena—. ¡Tranquilízate! Así no vas a arreglar nada.

Elena aprovechó el momento para romper a llorar y dejarse caer en el suelo. Se esforzó mucho por provocar un llanto casi desgarrador. Sería su mejor actuación, sin duda, y todo gracias a Daniela que se lo había puesto en bandeja.

Silvia guiaba a Daniela fuera de la sala cuando chocaron con Natalia, que presencié la escena boquiabierta. Se acercó a Elena para ayudarla a incorporarse, pero esta se negó muy concentrada en su llanto y en gritar «¡Casi me ahoga!».

—Vete al baño y refréscate —le dijo Silvia totalmente desconcertada a Daniela. No sabía muy bien cómo actuar, pero sabía que a diferencia del llanto de Elena, el temblor de Daniela era real. Estaba muy nerviosa.

Adrien estaba de pie frente a la ventana. La actitud defensiva de Daniela le hizo dudar, pero ¿Qué pretendía decirle? ¿Que ella no era la responsable? Todos los problemas que habían tenido habían acabado de la misma forma: enfadada e insinuando que alguien estaba interfiriendo en su trabajo. ¿No sería más honesto admitir los errores? No iba a reprenderla de ninguna manera, al menos de momento. Era capaz de entender que llevaba poco tiempo y podía cometer errores. Pero... ¿Esos errores?

El sonido de alguien llamando a la puerta, le sacó de sus pensamientos.

—Adrien, deberías venir. Ha ocurrido algo —le dijo Natalia claramente afectada.

Adrien no se podía creer lo que estaba viendo y lo que le estaban contando. Elena hecha un mar de lágrimas gritando que Daniela estaba loca y que la había agredido. Al parecer, Silvia y Natalia habían sido testigos. Ninguna de las dos negó la versión de Elena.

¿Qué le estaba pasando a Daniela? Por lo que entendió había culpado a Elena de los deslices que había tenido en su trabajo. ¿A eso se refería con solucionar el tema?

Aunque no aprobaba lo que había hecho Daniela, tampoco estaba dispuesto a consolar en exceso a Elena. No paraba de repetir que estuvo a punto de estrangularla, y él no apreció ninguna marca en el cuello. Seguro que estaba exagerando, aunque por pequeña que fuera la agresión era

intolerable de todos los modos posibles.

Se dio media vuelta, prometiéndole a Elena que se encargaría de aclarar el asunto. Entró en el despacho de Daniela, pero esta no se encontraba. Decidió esperarla allí mismo. Antes o después tendría que volver.

Cuando la vio entrar por la puerta no dudó en gritarle:

—¡Siéntate!

—Estoy bien de pie.

—No te he preguntado cómo estás mejor —volvió a gritar, aunque esta vez el tono también mostraba desprecio.

Ella obedeció sin decir nada. Él se levantó y apoyó las manos en la mesa.

—No voy a permitirte esa actitud bajo ningún concepto. No sé quién te has creído que eres para comportarte de esa forma.

—¿Ni siquiera me vas preguntar por qué lo he hecho?

—Sé por qué lo has hecho —El tono de voz seguía siendo alto—. Y si tienes algún tipo de problema, te sugiero que utilices el diálogo. Es lo que hemos hecho siempre aquí. Jamás me había encontrado con una situación como esta. ¿Así solucionas las cosas, Daniela? ¿A bofetadas? —Abandonó su posición para dirigirse a su despacho. De camino la escuchó decir:

—Adrien, escúchame. Sé que...

Se detuvo en el umbral de la puerta que separaba ambos despachos sin girarse para mirarla.

—Me has decepcionado mucho, Daniela. Te sugiero que te vayas a casa y pienses en la actitud que has tenido.

—¿No piensas escucharme?

—¡Hasta el lunes, Daniela! Seguro que estarás más calmada. —Cerró tras él con un sonoro portazo.

Daniela sintió cómo desaparecía todo vestigio de color de sus mejillas. Los músculos de su rostro se tensaron, en un claro intento de no ceder al llanto. Pero esa parte podía controlarla, lo que no podía controlar era el aguijón que sentía clavado en su estómago, o en su corazón, o... ¡Daba igual! El caso es que estaba clavado en alguna parte de su cuerpo y dolía mucho. Si hubiera tenido que escoger un adjetivo para expresar lo que sentía, el primero de la lista habría sido humillada.

Recogió sus cosas y salió rápidamente de la oficina. Era la tercera vez que salía como alma que lleva el diablo, y haciendo un gran esfuerzo por no llorar.

Adrien se recostó en el respaldo de su cómodo sillón mientras controlaba su respiración, claramente agitada. La mirada de Daniela y el brillo en sus ojos le había atravesado hasta los confines de su ser. Sentía ganas de llorar y de golpear la pared.

La puerta se abrió lentamente. Víctor entró sin esperar invitación, como siempre.

—Víctor... Ahora no. No es el momento.

—Me acaban de contar lo ocurrido.

—¡Lárgate, Víctor! —gritó, enfurecido—. No pienso escuchar cómo te regodeas con esto.

—¡No me grites! No he venido a regodearme de nada. ¿Dónde está Daniela?

—Se ha ido. Si lo que quieres saber es si la he despedido, la respuesta es no, y tampoco pienso hacerlo. No es tu día de suerte.

—Adrien, yo no quiero que despidas a Daniela. Tiene sus motivos para hacer lo que ha hecho. Adrien lo miró como si le hablara en latín.

—¿De qué va esto, Víctor?

—Daniela tiene razón. Elena se ha dedicado a manipular su trabajo.

Adrien no se molestó en preguntar, esperaba que continuara. Lo único que le ofreció fue una expresión despectiva. Víctor continuó:

—Ayer me dijo que alguien le estaba perjudicando en su trabajo intencionadamente.

—¿Hablaste con Daniela? ¿Te habló de ello? ¿A ti?

—¿No te lo ha dicho? —dijo, sorprendido; esperaba que ya le hubiese comentado algo.

—¿Decirme qué? —Volvió a elevar el tono de voz.

—¡Eh, Eh! Tranquilízate.

—Me va a estallar la cabeza. Dime de una vez de qué estás hablando.

—Ayer quedamos para hablar. Fui yo el que se lo propuso, quería disculparme por mi actitud y que empezáramos de nuevo —Adrien pasó de expresión despectiva a expresión estupefacta—. Me dijo que estaba encantada con el trabajo, pero que se sentía insegura porque creía que alguien estaba intentando boicotear su trabajo. Tenía claro que era Elena. Esta mañana he hablado con Elena y se han confirmado las sospechas de Daniela.

»No se lo he preguntado directamente. Digamos que he ambientado la conversación para que se desahogara conmigo y me ha contado algunas de las cosas que ha hecho para dejar en evidencia a Daniela. La idea era que la despidieras.

Adrien necesitó unos minutos antes de intervenir. Víctor pareció entenderlo, por eso respetó el silencio que se había impuesto.

—¿Qué es lo que ha hecho exactamente?

—No te lo sé decir con exactitud. Mencionó algo de borrar unos datos de la tableta, algo de una reserva, y... algo más pero no lo recuerdo.

Adrien repasó mentalmente todos los incidentes que habían tenido lugar y en los que Daniela no había podido encontrar una explicación. Víctor seguía intentando recordar más datos.

—¡Ah! Ahora recuerdo. Los documentos que encontró en el baño, no fue Daniela quien los olvidó allí. Yo se los entregué y ella no los movió de su mesa.

—¿Elena los cogió de la mesa de Daniela y los llevó al baño?

—O los llevó o dijo que los había encontrado allí.

—¡Esto es increíble! —dijo negando con la cabeza.

—En parte me siento culpable. Elena me mostró en todo momento su desprecio por ella y yo le mostré el mío. Supongo que se sintió apoyada y en cierta manera la alenté a que fuera más allá. Yo no sabía nada de lo que estaba haciendo, pero ayer después de escuchar a Daniela me sentí en la obligación de al menos hacer algunas averiguaciones.

—¿Desde cuándo eres tan amiguito de Elena?

—No soy amiguito de Elena. Ella se derrumbó cuando vino Daniela y yo le mostré mi apoyo. Entonces me daba lástima. Llevaba mucho tiempo esperando que la nombraras tu ayudante y al verla tan hundida...

—¿Ese fue el motivo por el que la apoyaste? ¿Te dio lástima?

—En realidad no me gustaba Daniela. Desconfiaba de ella y... es ahí donde cometí un gran error. No debí expresarle a Elena mi rechazo por Daniela. Supongo que eso le dio alas.

—No, no debiste. No es propio de ti, Víctor. ¿Qué es esto? ¿El patio de un colegio? Debiste parar eso. No sé qué narices hacías hablando con Elena de Daniela.

—No sabía lo que tramaba. Simplemente era un «no me gusta Daniela» y un «A mí tampoco».

—Tampoco entiendo a qué venía ese apoyo a Elena. Sabías perfectamente que no la quería como ayudante y eso no hubiera cambiado nunca, ni con la llegada de Daniela ni de la mismísima Virgen María.

—Adrien... lo siento mucho, de verdad. Me dejé llevar por mis sentimientos y mezclé cosas

que no debía.

—¿Y ahora te cae bien Daniela?

—Ayer hablé con ella y me arrepiento mucho de haber actuado tan mal con ella. Se lo puse difícil, a la mínima oportunidad le hacía un comentario despectivo.

—Ella no me dijo nada. Le pregunté varias veces por ti, pero nunca te acusó de nada. Claro que... su cara era toda expresión cuando te nombraba.

—¿No te dijo nada? —Eso dolía aún más—. Pensé que te lo contaba.

—Algunas personas, que no te voy a decir, me comentaron algo, pero ella no.

—Es una buena chica, me cae bien.

—¿Ahora te cae bien?

—Sí. Me equivoqué.

—Deberías haberme contado lo de Elena cuando te has enterado.

—Ha sido esta misma mañana. He esperado un poco. Ella me dijo que quería contarte que habíamos hablado. Dijo que te gustaría saber que habíamos enterrado el hacha de guerra. Parecía ilusionada.

—Encima me dices eso... Joder, Víctor, que la he mandado a casa.

—¿Qué ha pasado? ¿La has despedido?

—Ya te he dicho que no. No quiero hablar de ello. Yo en su lugar no volvería.

—¿Por qué no vamos a comer? Te tranquilizas un poco y me cuentas lo que ha pasado.

—Me gustaría hablar con Daniela, pero... será mejor que me calme un poco. —Sopesó la propuesta de Víctor y aceptó. Tenía curiosidad por saber de esa conversación entre ellos.

De camino al restaurante, Adrien solo pensaba en Daniela. ¿Cómo se sentiría? Ni siquiera la había escuchado. Ella tenía razón, y lo único que hizo fue perder los papeles cuando se sintió acorralada y se lanzó a la yugular de Elena. Él hubiera hecho lo mismo. Debería haber hablado más con ella. De esa manera quizá se hubiera abierto a él y le hubiera contado sus sospechas. Al final había sido Víctor quien se había ocupado del tema. ¡Qué ironía! Claro que él tenía parte de responsabilidad, así que era lo mínimo que podía hacer.

Lo que daría por abrazarla en ese momento. La llamaría más tarde, necesitaba aclarar todo aquello y ganarse su confianza. Le dolió imaginar que estaría herida y enfadada. Claro que... ¡Seguro que estaba con Ángel! De ese día no pasaba que le preguntara quién era. Tenía mucho que hablar con ella...

Volvió a su despacho después de comer con Víctor, aunque apenas probó bocado. Su amigo se mostró muy interesado por saber lo que había ocurrido con Daniela durante el incidente con Elena. Abiertamente le reprochó su forma de actuar. Aunque tampoco era partidario de lo que había hecho ella, se mostró comprensivo alegando que dadas las circunstancias cualquier persona hubiera perdido las formas.

Víctor no le dio muchos detalles de la conversación que mantuvo el día anterior con Daniela, pero sí manifestó en varias ocasiones lo mucho que le había impresionado.

Nada en esa conversación sirvió para que se sintiera mejor. Intentó centrarse en el trabajo, pero le resultó imposible. A esas horas no quedaba nadie en la oficina y el silencio que reinaba no ayudó a que su estado de ánimo mejorara. Escuchó unos golpes en la puerta. Cualquier visita era mejor que su intento fallido de concentrarse. Le invitó a entrar. Olivier recorrió la estancia con la mirada.

—Tú dirás.

—Me he enterado de lo que ha pasado.

Adrien lo miró con dureza. Se recostó en su sillón. Había elegido un mal momento para hacer

ese comentario. Bueno, ese o cualquier otro. Sencillamente, Olivier no era compatible con su estado de ánimo.

—¿Y bien?

—Me preguntaba...

—Directo, Olivier.

—Si la habías despedido.

—Pregúntaselo a ella.

—Lo he intentado, pero no coge el teléfono.

«Vaya, así que tiene su teléfono».

—¿Te afectaría mucho que así fuera?

Olivier lo miró fijamente a los ojos. La ironía que estaba utilizando le parecía fuera de lugar. No era necesaria.

—Pues sí. Me afectaría. Me cae bien, es una buena persona y somos amigos. Aunque lo que más me afectaría sería que la hubieras despedido injustamente. —Su tono de voz era más firme y elevado de lo habitual.

—¿Y dónde estaría la injusticia? No sé qué te han contado, pero agredir a una compañera no es un comportamiento muy ejemplar.

—Yo no utilizaría el término compañera. Desde que llegó Daniela, lo único que ha hecho es despreciarla. Ha aprovechado cualquier ocasión para intentar ridiculizarla.

—Y eso lo sabes por...

—Porque tengo ojos. Y porque ella me lo ha contado alguna vez.

Ese comentario hizo diana en su pecho. ¿Por qué no había hablado Daniela con él?

—Puedes dormir tranquilo. No está despedida. El lunes volverás a verla. ¿Contento?

Olivier negó con la cabeza, pero no fue en respuesta a su pregunta. Su movimiento indicaba que no podía creerse que por interesarse por Daniela, Adrien adoptara una actitud tan fría y arrogante.

—Buen fin de semana, Adrien —Se acercó a su mesa y depositó un informe—. Te dejo estos bocetos. Son de la colección que me pediste.

Adrien observó cómo Olivier desaparecía sin decir nada más. Aparte de no haber escogido el momento ideal para hablar con él, le molestaba que estuviera tan interesado en Daniela. Era evidente que le gustaba. Estaba convencido de ello.



Le sorprendió la imagen que ofrecía Ángel. Parecía haber envejecido diez años. Tan solo hacía unos meses que lo había visto por última vez y no lo recordaba así.

Cuando llegó al restaurante, él estaba en la barra bebiendo una cerveza. Se saludaron fríamente. Él intentó acercarse para abrazarla, pero ella dio un paso atrás manteniendo la distancia, provocando que él, sorprendido, desistiera en su intento de acercarse físicamente a ella.

Cuando lo tuvo delante, se dio cuenta que había sido un error quedar con él. El nudo en su estómago y la sensación de náuseas le indicaron que no podría soportar mucho rato con aquel hombre. Lo odiaba. Con él, todo eran malos recuerdos.

—¿Vamos a la mesa? Ya debe estar preparada.

—Lo mejor será que me digas lo que has venido a decirme y nos vayamos. Al menos yo.

—Daniela, por favor. Quiero hablar contigo y aquí de pie no es el lugar idóneo.

Ella accedió de mala gana y se dirigió a la mesa que él le indicó. El camarero les tomó nota de su pedido y desapareció.

El uno frente al otro parecían dos personas que no se habían visto en la vida. Ángel rompió el incómodo silencio.

—Cuéntame cómo te va.

Ella suspiró poniendo los ojos en blanco.

—Ni a mí me importa cómo te va la vida ni a ti cómo me va a mí, así que ahórrate esa parte y ve al grano.

—No es necesario ser tan impertinente.

—No, no lo es. Por cierto, ¿cómo conseguiste mi número? Cambié de móvil hace meses.

—Lo sé. Te llamé varias veces, pero contestaba otra persona. Encontré el teléfono de tu amiga Ana en una agenda de la abuela.

«Abuela...» Su sola mención hizo que se le contrajese de nuevo el estómago.

—La llamé y le pedí tu número. No tenía ni idea de dónde estabas. Me dijo que estabas aquí en Madrid y que vivías con Nicolás.

«Ana y su discreción».

—He venido a Madrid por trabajo. Este viaje hacía tiempo que lo tenía programado, pero quise aprovechar mi visita para verte.

—Bien, pues ya me tienes delante. ¿Qué quieres decirme?

Extrajo un sobre de su chaqueta y lo puso sobre la mesa.

—Encontré esto en la casa de la abuela. Pensé que querrías tenerlo.

Daniela lo abrió despacio. Extrajo unas fotografías de su interior que nunca antes había visto. No tardó en reconocer a la mujer que aparecía en las primeras. Era su madre.

Solo había visto una fotografía de ella en una ocasión. Se la regaló su tío Matt, pero su abuela la hizo desaparecer. Le dijo que no le había dado permiso para tener una fotografía de «esa mujer» en su casa.

Se preguntó por qué no habría hecho más preguntas sobre sus padres a Matt. Aunque eso ya no importaba.

—Son fotografías de Cristina, tu madre. De niña y de adolescente. La última fue antes de irse con... tu padre.

A ella le temblaba la mano al mirar aquellas fotografías. Parecía feliz en todas ellas y se preguntó cómo pudo haberlo sido si vivía con sus abuelos.

Estaba impresionada. Era impactante ver el rostro de su madre.

Las volvió a meter en el sobre y miró a Ángel fijamente a los ojos.

—¿Por qué me odiaban mis abuelos, más concretamente mi abuela?

Él suspiró. El camarero se acercó con la comida y ambos la miraron cómo si fueran incapaces de llevársela a la boca. Aun así lo intentaron, pero con desgana.

—A tu abuela le costó mucho quedarse embarazada. Cuando casi habían perdido la esperanza, lo consiguió. Tu abuela estaba en una edad complicada para concebir y tanto el embarazo como el parto fueron de alto riesgo.

»Yo lo recuerdo perfectamente. Tenía unos once años cuando eso ocurrió. Como imaginarás el mundo de tus abuelos se volcó completamente, insisto, completamente en tu madre. Solo vivían para ella. Estaban pendientes de ella las 24 horas del día.

Tu madre era feliz. Yo solía pasar mucho tiempo con ella, era mi prima pequeña y el juguete de la familia. Fue una niña muy querida y mimada.

Siempre fuimos muy buenos amigos. Tus abuelos eran muy protectores con ella y la vigilaban a todas horas. Yo fui su vía de escape para salir al mundo. Nos lo contábamos todo y nos ayudábamos constantemente.

—¿Tú y mi madre amigos? Estoy sorprendida, pero... sigue con tu historia. Te escucho.

—Un día apareció el inglés... o sea, tu padre, en su vida y al poco tiempo se fue con él a América.

—No era inglés, era canadiense —le dijo con una falsa sonrisa.

—Sí, canadiense. Se fueron juntos a Panamá, donde se casaron. Empezaron a trabajar con tu tío Matt en el hotel que tenía o tiene, no lo sé.

—Esa parte más o menos la conozco. Sigo sin entender qué tiene esto que ver con que mi abuela me odiase tanto.

—Para ellos fue un golpe muy duro que se fuera con tu padre tan lejos. No les gustaba ese hombre, de hecho a mí tampoco. Intentamos persuadirla entre todos, pero fue inútil. Estaba locamente enamorada de él. Y a pesar de conocerlo de unos pocos meses, se fue con él. A tus abuelos se les acabó la vida. No fueron capaces de asimilarlo.

»Ella intentó comunicarse con tus abuelos muchas veces, pero ellos la rechazaban constantemente. Le reprochaban su marcha y la trataban muy mal. Con el tiempo dejó de llamar y no volvimos a saber de ella.

Unos años después llamó para decir que no le iba muy bien y que estaba en proceso de separación. Quería volver a España.

—¿Separación?

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre Daniela. Eso no tenía ningún sentido para ella. No encajaba en absoluto con la historia de amor que Matt le había contado de sus padres.

—El anuncio de su vuelta volvió a ilusionar a tus abuelos. La idea de que volviera a casa después de tantos años les devolvió la vida. Se olvidaron de todo y solo eran capaces de pensar en volver a estar con ella. Pero a las pocas semanas volvió a llamar para anunciar que estaba embarazada y que iba a intentar salvar su matrimonio. El golpe fue aún peor que el de su marcha. Tus abuelos le dijeron cosas muy feas y aunque ella intentó llamar varias veces...

Daniela seguía estupefacta con aquel relato. Ese imbécil le contaba la historia como si fuera algo de lo más habitual que ellos hubieran actuado así con su madre.

—¿Y... qué ocurrió entonces?

—No supimos nada más de ella hasta siete años después, cuando nos comunicaron su muerte.

—Muy bien, ahora ya sé por qué la odiaban, pero sigues sin responderme. ¿Por qué me odiaban a mí?

—Tus abuelos te culpaban a ti de haberla perdido para siempre. Si tú madre no se hubiera quedado embarazada, habría vuelto a España. Eso lo hubiera cambiado todo, incluso seguiría viva.

—Eso es la teoría más estúpida que he escuchado jamás.

—No lo pienso yo, Daniela. Era la forma de pensar de tus abuelos. Estaban tan resentidos y tan llenos de odio que no supieron diferenciar las cosas. Tú ibas creciendo y cada vez te parecías más a tu madre y ellos revivían una y otra vez su dolor —Hizo una pausa e intentó sujetarle la mano por encima de la mesa, pero ella la apartó—. Seguro que ahora lo ves todo... distinto.

Daniela lo miró y se preguntó si ese hombre no tendría un problema en la cabeza. Cuando le intentó tocar la mano, sintió tanto asco que tuvo que hacer un gran esfuerzo por no escupirle en la cara.

—¿Pretendes que entienda a mis abuelos por lo que me has contado? ¿Pero es que ese odio y esa forma de tratar a mi madre tienen algún sentido? Sigo pensando lo mismo de siempre. ¿Y tú? ¿Eres un desgraciado! Permitiste que su estúpida amargura me arrastrara a mí a una vida oscura y patética. Lo único que hiciste es meter mierda constantemente. Estabais todos locos.

Recogió el sobre con las fotos.

—Espero no volver a verte jamás en mi vida.

Salió del restaurante respirando con dificultad. Estaba dolida, confundida. Demasiado afectada por todos los recuerdos que habían venido a su mente. Su abuela, su madre... las culpas, los reproches, los chantajes emocionales... Ojalá no hubiera quedado con él. Se alegraba de tener esas fotos, pero no sabía si merecía la pena volver a tener esas angustiosas sensaciones de nuevo por un puñado de fotografías antiguas.

No se podía creer en la clase de mundo que había vivido. Mentiras y más mentiras. Rencor, odio.

No sabía apenas nada de sus padres. Su tío Matt le había contado historias casi idílicas, como las de los cuentos. ¿Quién dijo la verdad Matt o Ángel? ¿Necesitaba saber más sobre su pasado? ¡Sí! La verdad es que le gustaría escuchar la verdadera historia de sus padres, de sus muertes y de su vuelta a España. Tenía que hablar con Matt. Tenía que saber. Quizá sería la forma de enterrarlo todo de una vez por todas. Necesitaba una gran verdad para no estar expuesta a todas esas sensaciones que tanto había luchado por no volver a sentir.

Eva no paraba de hablar. Daniela hacía un gran esfuerzo por mantenerse atenta a lo que le contaba, pero le resultaba imposible. Parecía estar en otro mundo. La voz de Eva iba y venía como si escuchase una emisora de radio con interferencias. Debería haber anulado esa cita, pero no fue capaz de hacerlo por segunda vez.

—¿Me estas escuchando?

—Sí, claro. Es solo que estoy un poco cansada y me cuesta concentrarme.

—Deberías haberme llamado. Si estas mal, me lo dices. No tienes que sentirte obligada a venir. Somos amigas y la confianza es importante.

—Tienes toda la razón. Lo siento.

—No te preocupes, yo también estoy distraída, aunque no pare de hablar.

—¿Es por tu abuela?

Eva le había explicado que su abuela se encontraba en muy mal estado de salud. Se había criado con ella y la consideraba una madre. Estaba ingresada en el hospital.

—Sí, mi hermano está allí con ella. Nos turnamos. Hace una par de horas me dijo que estaba mejor. Parecía estable.

—Me alegro mucho, Eva.

—Es una mujer mayor, y... los médicos no saben si responderá. Una intervención de esa clase es muy delicada para su edad.

En ese momento, Daniela intentó olvidarse de sus pensamientos y volcarse en su amiga. Ya que habían quedado para tomar café y charlar, lo mejor sería pasar un buen rato y al menos conseguir que ambas se olvidasen un poco de sus problemas.

Tras el café decidieron ir a visitar algunas tiendas de ropa, que según Eva eran todo un descubrimiento y seguro que le iban a encantar.

Cuando se encontraban en una de ellas, bromeando sobre un vestido muy atrevido que habían visto, el móvil de Eva sonó y por su expresión no eran buenas noticias.

—Está peor. Mi hermano dice que está muy mal —le confió, temblorosa.

—¡Oh! Cuánto lo siento.

—Tengo que irme.

Se dirigió corriendo a la puerta. Ni siquiera se dio cuenta de que llevaba una prenda en las manos. Daniela corrió tras ella para evitar que se disparase la alarma al pasar por el detector. Afortunadamente llegó a tiempo.

—¿Quieres que te acompañe? —Su ofrecimiento fue sincero, pero no esperaba que la respuesta de Eva fuera afirmativa.

—Sí, me irá bien tener compañía. ¿De verdad no te importa?

—Claro que no.

En la pequeña sala de espera del hospital, junto a la unidad de cuidados intensivos, las noticias no podían ser peores. El médico les acababa de comunicar que su abuela se encontraba en las últimas horas de vida. No consideraban ni siquiera que llegara a la noche.

Los dos hermanos se abrazaron llorando a lágrima viva. Daniela se mantuvo alejada de ellos respetando su dolor. Esperaría a que su amiga estuviese algo más calmada para acercarse a ella.

Sintió mucho calor. Era algo normal en los hospitales, aunque nadie parecía estar tan afectado como ella. La única prenda de la que podía despojarse era el abrigo, a no ser que quisiera llamar la atención, así que tuvo que conformarse con ello, pero no sintió apenas alivio al hacerlo. Sintió debilidad en las piernas y buscó un lugar para sentarse. La sala era pequeña y en ese momento solo se encontraban los desconsolados hermanos y ella. Tomó asiento y se centró en la escena que tenía delante.

Eva y su hermano, no recordaba su nombre, estaban destrozados. No podían asimilar la idea de perder a su abuela. A pesar de llevar varias semanas en el hospital y de haber recibido noticias poco esperanzadoras, no se hacían a la idea de que la iban a perder.

Daniela pensó en lo diferente que había sido en su caso la muerte de su abuela. También, como Eva, se había criado con ella, pero de ninguna de las maneras ella hubiera sido capaz de sentir algo parecido a lo que sus amigos expresaban. Aunque nadie desee estar expuesto a ese dolor, le hubiera gustado haber sentido algo similar cuando murió su abuela. Eso hubiera significado que ella la habría querido y la habría echado de menos. Pero nada más lejos de la realidad.

Los dos hermanos se acercaron adonde estaba ella. Daniela se levantó y Eva aceptó el abrazo que esta le ofrecía. No se dijeron nada. No había mucho que decir. Eva seguía sollozando, algo más calmada, y ella lo único que podía hacer era ofrecerle sus caricias.

Una enfermera, al parecer conocida de los hermanos, se acercó hasta ellos y con la mejor de sus sonrisas les dio unas pequeñas instrucciones. Daniela ignoraba que esas palabras se le iban a clavar en el pecho.

—Gabriel, Eva, el doctor me ha dicho que un poco más tarde podréis estar con ella. Yo os avisaré. Mientras, quiero que penséis que ella no siente ningún dolor. Está completamente sedada. Se está yendo tranquilamente, en paz, sin sufrir nada. Podréis despediros de ella.

«Sin dolor. Sin sufrir. En paz. Se va tranquila».

Aquellas palabras provocaron un aumento en su ritmo cardiaco. El calor se hizo insoportable y su respiración empezó a ser más difícil de controlar. Un montón de imágenes se agolparon en su cabeza. Parecían diapositivas. Sus padres, sus abuelos, su muerte. La muerte de su abuela. La habitación, los sonidos.

«En paz. Sin sufrir».

Tenía que salir de allí, necesitaba respirar aire fresco.

Eva, afectada por las palabras de la enfermera, salió al pasillo contiguo a la sala, seguramente en busca del oxígeno que allí parecía faltar. El mismo que Daniela necesitaba.

Visiblemente afectada, siguió a su amiga a pesar de ser consciente de que no sería de gran ayuda. No sabía muy bien si quería volver a consolarla o despedirse de ella.

Se acercó a ella, ofreciéndole así sus brazos de nuevo. Eva rompió a llorar.

Su hermano se unió a ellas, susurrándole que se calmara e intentando separarla de los brazos de Daniela, aunque no lo consiguió. Permanecieron unos minutos entrelazando sus brazos desordenadamente, ante la mirada curiosa de algunas personas que pasaban por su lado. Desde fuera no se podría distinguir quien abrazaba a quien y quién consolaba a quién. Ni siquiera recordaba el nombre de aquel hombre, y allí estaba con él como si compartieran el mismo dolor y en las mismas proporciones. ¿Gabriel?

—Eva, será mejor que os deje solos. —La angustia que sentía le impedía permanecer allí por más tiempo.

Eva asintió despegándose de sus brazos. Daniela no veía el momento de salir. Se sentía mareada y temía perder el equilibrio en cualquier momento.

—Luego te llamaré. Por favor, dime si necesitas cualquier cosa.

Eva volvió a asentir y se aferró a su hermano.

Jaime no se explicaba dónde podía estar Daniela. Hubiera jurado que era ella la que vio entrar en el hospital mientras él hablaba con un conductor de ambulancia. Supuso que había ido a quitarse los puntos, aunque no le había llamado como le sugirió. La buscó en la única parte del hospital donde podían darle esa tipo de asistencia, pero no había rastro de ella.

Desistió en su búsqueda y se dirigió a la unidad de cuidados intensivos para visitar a uno de sus pacientes. Se incorporó al pasillo que le conduciría hasta allí cuando presencié algo que le llamó enormemente la atención. Daniela y dos personas más se abrazaban. Parecía un momento de dolor. ¿Qué estaba ocurriendo? Aminoró su paso para intentar obtener más información sobre lo que estaba presenciando, antes de acercarse a ellos.

En ese instante, Daniela se separó de sus acompañantes dando media vuelta en dirección a él, con paso enérgico.

Ella no parecía haber reparado en su presencia. Cuando llegó a su altura decidió intervenir, antes de que pasara de largo.

—¿Daniela? ¿Qué ocurre?

Ella se detuvo unos segundos. Las lágrimas le corrían por las mejillas y respiraba con dificultad.

—Yo... Jaime... Tengo que irme.

Sin más, inició una carrera por el pasillo. Jaime le habló a su espalda:

—Espera, Daniela... ¿Qué...?

Dudó entre salir corriendo tras ella o averiguar qué estaba pasando. Una enfermera se cruzó con él.

—Magda... Esos chicos, ¿son familiares de algún paciente tuyo?

—Sí. ¿Por?

—Los he visto muy afectados y... me preguntaba qué les ocurría.

—Es por su abuela. Está muy mal. Se han criado con ella y es como una madre. Es una historia muy triste.

—Gracias, Magda.

¿Así que Daniela estaba así por su abuela? Vaya, parecía muy afectada. Pobre chica, le caía bien. Seguro que Adrien también lo estaba pasando mal de verla así. Más tarde lo llamaría, seguro que Daniela había olvidado ir a quitarse los puntos. Era algo normal, visto lo que le estaba pasando, pero debía avisar a Adrien para que se lo recordara, no podían dejarlo mucho tiempo. Le hubiera gustado poder hablar con ella, pero no iba a poder estar allí. Tenía que ocuparse de varios pacientes en urgencias. Aun así, llamaría a Adrien para saber cómo estaba y si podía ayudarla en algo.

No era muy propio de él mostrarse tan cercano con nadie. Estaba acostumbrado a presenciar escenas de dolor, pero se trataba de Daniela.

Le había caído bien. Sus argumentos seguramente sorprenderían a muchos, pero para él eran importantes. Le hizo reír varias veces cuando la conoció. Para él eso creaba una especie de vínculo a tener en cuenta. Para otros, seguro que era algo habitual conocer a alguien y echar unas risas. Era así de simple. Pero para él... era algo bastante inusual. También había que añadir el hecho de que fuera la primera y única mujer que había traspasado los infranqueables muros de Adrien. Eso también la convertía en especial.

El pasillo era demasiado largo. El ascensor demasiado lento. Debería haber bajado por las escaleras, pero temía caerse de un momento a otro y que no hubiera nadie para socorrerla.

Por fin la salida. Aire fresco. Espacio.

Se dirigió a los bancos que había en el exterior, dentro de un pequeño jardín. Allí permaneció sentada un tiempo que fue incapaz de determinar. Su teléfono móvil le anunciaba una llamada. Miró la pantalla sin intención de responder. No era el momento para hablar con Adrien. Cuando el timbre cesó, la pantalla le indicó que tenía tres llamadas perdidas. Todas de Adrien.

No recordaba haber escuchado esas llamadas. No quería hablar con nadie. ¿O sí? ¡Sí! Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba a su amigo Nico. También necesitaba un taxi que le llevara hasta él. Le envió un mensaje, con ciertas dificultades debido al temblor en sus manos, para conocer su paradero. La respuesta no tardó en llegar. Estaba en casa.

Le dio la dirección al taxista. Durante el trayecto pensó que su cabeza acabaría estallando. Eran tan surrealistas sus pensamientos que hasta llegó a imaginar cómo sería si estallaba de verdad: la cara del taxista al ver su cerebro esparcido por todo el vehículo...

«¿Se puede saber qué estás pensando, Daniela?»

¿Sería un principio de locura? ¿O sería la forma que tenía su mente de protegerla para evitar que siguiera pensando en todo lo que le había ocurrido aquel día?

Nico abrió la puerta encantado de recibir la visita de su amiga con la que apenas había hablado durante la semana, pero no esperaba verla de aquella forma.

—Nico, yo... —le dijo jadeando—. ¡Yo la maté! ¡Yo... la maté!

—¿A quién mataste? —le preguntó sin moverse de la puerta.

—A mi abuela. Yo maté a mi abuela.

Nico parpadeó varias veces para ver si estaba soñando.

—Pasa y me cuentas a quién has matado. Menos mal que estoy solo, porque si alguien llaga a oírte... —Se apartó para que pudiera entrar. La cogió del brazo y la guio hasta el sofá.

—Hablo en serio.

—Está bien, siéntate y sigue con tu confesión.

Se sentó en el sofá. Se apoyó con los codos en las rodillas y se tapó el rostro con las manos. Nico se sentó a su lado y le apartó las manos de la cara para poder mirarla a los ojos. Las lágrimas corrían en abundancia por sus mejillas.

—Yo... dejé que muriera.

—Veamos, cielo. Estamos hablando de tu abuela. ¿Lo he entendido bien? —Levantó con un dedo la barbilla de Daniela y esta asintió, todavía sin poder fijar la mirada por las lágrimas.

—Aquella noche, cuando escuché aquel odioso sonido... —Su voz se entrecortaba.

—¡Respira! Cuéntamelo despacio.

—Estaba en mi habitación. Como muchas noches, cientos de noches. Escuché un sonido ronco y me levanté. Ella movía la cabeza... un poco —Suspiró—. No sabía qué pasaba. Podría ser el respirador o... no lo sé. No lo comprobé, no me... acerqué. Me quedé en la puerta mirándola incapaz de moverme.

»Los médicos decían que le quedaba muy poco, que su corazón fallaría en cualquier momento pero... no era verdad, llevaban mucho tiempo diciéndolo y nunca ocurría, nunca.

»Otras veces había ocurrido algo así, pero yo... sabía cómo solucionarlo, había aprendido a hacer muchas cosas que me enseñó la enfermera que la visitaba. Algunas... las aprendí yo sola y... aquel día yo no... no hice nada.

»No quería ayudarla, quería que muriera, que no volviera a despertar. Me quedé inmóvil en la puerta viendo cómo su cuerpo se movía. Me miró y... cerró los ojos. Dejó de moverse y yo me sentí... ¿Bien?

—Cielo, estaba muy mal. No iba a durar eternamente, aunque... ¡No te creas!, llegué a pensar que era inmortal. —No produjo el efecto deseado en su amiga. Quería arrancarle una sonrisa, pero ella ni se inmutó.

—¿Te das cuenta en lo que me convirtió? Llegué a tenerle tanto odio y a sentir tanta rabia que me quedé en la puerta deseando... suplicando que se muriera.

—Vamos a ver... te estás castigando innecesariamente por esto —Le levantó la barbilla con una mano sujetándola para que no volviera a hundir la cabeza en su pecho—. Hablemos claro. Esa bruja se estaba muriendo, así que le llegó el momento y se acabó. Lo que hiciste tendrías que haberlo hecho mucho antes.

—Llegar a sentir ese odio, desear su muerte de esa forma...

—Eso no es culpa tuya, es pura supervivencia. Actuaste como consecuencia de un motón de años de mierda a su lado. Si hasta le hiciste un favor. ¿Para qué coño le ibas a alargar la vida?

—Tienes razón —gimoteó.

—¿Y a que ha venido hablar de tu abuela hoy? No me digas que se te ha aparecido.

—Nico... eso tiene poca gracia —dijo, aunque no pudo evitar que se arrugaran sus labios—. Fue a partir de quedar con Ángel, yo...

—¿Qué quería ese desgraciado? ¿Denunciarte por homicidio?

Daniela, algo más tranquila, le relató a su amigo los detalles de su encuentro con Ángel. Le habló de las fotos y de la historia que le contó.

—Y después de todo eso, ¿aún te sientes mal por quedarte en la puerta y ver cómo se moría?

—Lo sé, es que... pensé que sería más fácil enterrarlo todo y olvidar.

Se hizo un silencio que ambos aprovecharon para respirar profundamente.

—Cielo, necesitas olvidarte de esa parte de tu vida. ¡Fíjate!, cualquier cosa relacionada con esa época te hace revivirlo todo y te trae recuerdos que te impiden avanzar. ¡Es suficiente, Daniela! Saca la mierda que llevas dentro, pero sácala ya. Puedes hacerlo hablando de ello si lo necesitas, o bien tirándote en paracaídas, gritando, golpeando una pared hasta que la destroces, lo que quieras. Elige cómo liberarte, pero deja de torturarte ya.

»Te hicieron sentir culpable hasta de respirar. Te despreciaron, te ignoraron, te manipularon... ¿Y ahora vas a permitir que sigan haciéndolo? Tu abuela se murió y bien muerta está. No soy creyente, pero me gustaría pensar que existe un infierno y ahora está retorciéndose en él.

Daniela se abrazó a él. ¡Cuánto necesitaba sus palabras!

—Mañana será otro día.

—Eso espero.

—Me voy a casa.

—¿Qué dices? De eso nada. Hoy te quedas aquí.

—No, necesito estar sola. Es importante.

—De acuerdo, pero te llevo. —La abrazó y la besó varias veces en la mejilla. Incluso le arrancó una sonrisa cuando intentó hacerle cosquillas.

—No es necesario, puedo ir caminando.

—No discutas. —Se levantó para coger su abrigo y las llaves del coche—. Cielo, deberías



plantearle conducir.

—Nico, ahora no.

—Hazlo por mí —le suplicó en un tono que no solía emplear nunca.

—No puedes pedirme eso, Nico. Sabes que no. —Se dirigió a la puerta evitando enfrentar las miradas.

—Soy el único que puede pedírtelo.

Ella no dijo nada. ¿Cómo podía hablarle ahora de aquello? Era totalmente inoportuno.

El móvil no parecía estar desconectado. Se escuchaba el sonido de la llamada, pero Daniela no las atendía. Debía de estar muy enfadada.

La llamada que recibió, para su decepción, no era de ella. Dudó en atenderla, pero no se sintió cómodo rechazando una llamada de Jaime.

—¿Adrien?

—Hola, Jaime. ¿Qué me cuentas?

—¿Cómo está Daniela? No sabía nada de lo de su abuela.

—¿Abuela?

—La vi hace un rato en la UCI.

—¿De qué hablas?

—De la abuela de Daniela. Se está muriendo. ¿No lo sabías?

—Daniela, que yo sepa, no tiene abuela. Murió hace tiempo... ¿Dices que la has visto en la UCI?

—Sí. Estaba muy mal. Me dirigí a ella, pero... apenas me habló, se fue corriendo.

—Jaime, no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Vaya, ahora me haces dudar. La vi con otros dos jóvenes. Lloraban y se consolaban. Una enfermera me dijo que su abuela se estaba muriendo. Que era una madre para ellos, que se habían criado con ella. No sé más. No es paciente mía.

—Estoy alucinando. Sabía que se había criado con su abuela, pero juraría que me dijo que había muerto.

—Bueno, pues no te he dicho nada. Ya te contará ella si quiere. También quería que le recordaras que tiene que venir para quitarse los puntos. Le dije que me llamara, pero no lo ha hecho. Te tengo que dejar. Llámame cuando te enteres.

Adrien colgó sin despedirse. ¿De qué estaba hablando Jaime? ¿Daniela había estado en el hospital? ¿Su abuela vivía? ¿En Madrid? ¿Quiénes eran esos jóvenes? ¿Tenía hermanos?

Necesitaba muchas respuestas. Reparó en lo poco que sabía de su vida. Si no quería cogerle el teléfono, tendría que localizarla de la forma que fuera.

Probó con un mensaje.

*¿Dónde estás? Necesito hablar contigo*

Esta vez sí que le respondió.

*Yo no. Necesito estar sola. Otro día.*

¿Otro día? De eso nada. Salió del despacho a toda velocidad en dirección a su casa.

Aparcó cerca del portal donde ella vivía. Esperaba encontrar más tráfico a esas horas, por suerte solo le llevó diez minutos llegar.

Se preguntó, delante del portal, si le abriría la puerta. Estaba convencido de que estaba en casa. Pulsó el timbre, pero no obtuvo respuesta. ¿Y si no estaba?

Cuando se disponía a pulsar de nuevo, la puerta del portal se abrió, mostrando a Nico.

—Feraud...

—Nico... ¿Está Daniela arriba?

—Sí.

—¿Y por qué no abre la puerta? —No esperó respuesta y añadió—: Voy a subir.

—Feraud... No sé si es buena idea. Necesita estar sola.

—¿Es por lo de su abuela?

Nico no se sorprendió de la pregunta. Seguramente Daniela le habría contado parte de su historia.

—Bueno... sí. Más o menos.

—No sabía nada. Pensaba que su abuela estaba muerta.

—Y... lo está. —Miró a Adrien confundido.

—¿Ya se ha muerto? Vaya...

Nico lo miró a los ojos levantando una ceja.

—Disculpa, ¿por qué dices «ya»?

—Hace unas horas no estaba muerta, ¿o sí?

—¿Unas horas? —Hizo una pausa—. Su abuela, afortunadamente, murió en verano.

—¿Y quién es la persona que está en el hospital?

—¿Qué hospital? —Nico parecía tan confundido como él.

—Nico, es mejor que lo dejemos. No entiendo nada. Voy a hablar con ella.

Ambos se miraron, pero ninguno quiso seguir hablando. Esa conversación empezaba a crispar los nervios de los dos hombres. Podían seguir hablando, pero seguramente seguirían igual de desconcertados. Estaba claro que no se iban a entender.

—No ha tenido un buen día, ¿vale?

—Ya somos dos.

Adrien se despidió con la mano subiendo las escaleras a toda velocidad. No soportaba ni un minuto más aquella situación absurda.

Daniela abrió la puerta, sin imaginar quién había al otro lado.

—¿Qué haces aquí? Te he dicho que... —Se apartó. Adrien entró sin esperar invitación y se dirigió al salón.

—Tenemos que hablar.

—Adrien, no es un buen momento.

—¿Qué te ocurre? ¿Es tu abuela o no es tu abuela?

Daniela lo miró abriendo mucho los ojos. ¿Cómo sabía él lo de su abuela?

—Tiene que ver con mi abuela, pero no quiero hablar contigo de ese tema.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Adrien... No es algo de lo que quiera hablar ahora, te lo vuelvo a repetir.

—¿Por qué me dijiste que hacía tiempo que había muerto?

Daniela lo miró confundida.

—¿Eso es una pregunta con doble sentido? No estoy para juegos de palabras.

—¿Qué juegos? Dani, me dijiste que tu abuela murió antes de venir a Madrid y resulta que acaba de hacerlo. ¿Por qué?

—¿De qué estás hablando?

—¡Maldita sea! ¿Es que hoy nadie me entiende? De tu abuela, joder. Me lo contó Jaime. Te vio en el hospital, ¿recuerdas? Me dijo que estabas hecha un mar de lágrimas.

Daniela enseguida se dio cuenta del malentendido. No pudo evitar reír.

—¿Te divierte? —La miró atónito.

—Es que... —Se tapó la boca con la mano para ocultar su risa—. Esa mujer no es mi abuela —Se sentó en una silla y apoyó los codos en las rodillas—. Acompañé a mi amiga Eva al hospital. La mujer que estaba allí es su abuela, no la mía.

Adrien intentó ordenar la información. ¿Había sido una mala interpretación de su amigo?

—¡Joder! —Se paseó en círculos por el centro del salón—. ¿Conocías mucho a esa mujer?

—¿A la abuela de Eva? —Lo miró. Al ver que asentía con la cabeza, continuó—. No, no he llegado a conocerla.

—¿No la conoces? ¿Y por qué me dijo Jaime que estabas tan afectada? Tienes los ojos hinchados de llorar.

—Me trajó recuerdos que... me afectaron. Me... bloqueé —le dijo con desgana.

—¿Qué recuerdos? —Su entonación era fría.

—No quiero hablar de eso, Adrien. —Su tono de voz mostraba impaciencia.

Adrien siguió con su paseo por el salón, pensando en la estupidez de aquel malentendido. Se detuvo para mirarla y el dolor que vio reflejado en su rostro hizo que suavizara el tono de voz.

—Yo tampoco he ayudado mucho a que tengas un buen día.

—De eso aún quiero hablar menos.

Se acercó a ella. Cogió una silla y la colocó a su lado. Cuando se sentó, Daniela se levantó y se alejó de él.

—Siento lo de esta mañana. Sé todo lo que pasó. Siento no haberte escuchado.

—Ahora mismo es lo que menos me importa. No voy a hablar de eso. Vete, Adrien. Quiero estar sola.

Adrien se levantó y se acercó para abrazarla. Ella se separó para impedir que lo hiciera.

—Quiero abrazarte.

—Yo no.

—¿Quién es Ángel?

—¿Cómo? —Lo miró estupefacta. ¿Cómo podía cambiar de tema de esa forma?

—Te oí hablar con él. En la oficina.

Esta vez fue ella la que se paseó por el salón. Se sentía incómoda, muy incómoda. Habían surgido un montón de temas, todos ellos tratados a medias. En conjunto era una conversación sin sentido. No quería hablar con él de su abuela, ni de Ángel, ni de Elena. Solo tenía ganas de cerrar los ojos y olvidar ese día.

—Es un sobrino de mi abuela —le aclaró, forzada a contestarle.

—¿Vive en Barcelona?

—¡Adrien! ¿Cómo tengo que decirte que no quiero hablar de eso? Será mejor que te vayas.

—¡No! No me voy a ir a ninguna parte —Resopló—. Quiero que hagas una pequeña maleta. Nos vamos fuera el fin de semana. Tengo una casa en la sierra. Tienes que descansar —le indicó de una forma rápida. Parecía estar dictando una carta como en la oficina.

Se giró hacia él. Definitivamente, no era la única que tenía problemas para coordinar su mente en ese momento. No entendía la actitud de Adrien.

—Por la mañana me tratas como a una delincuente y ahora me quieres llevar a tu casita de la montaña porque me ves... ¿Decaída? ¿Para que descanse? ¡Oh! ¡Qué bonito!

—No vayas por ahí. No entres en esas paranoias tuyas de la compasión.

—¿Para qué quieres llevarme a ese lugar?

—Tenemos muchas cosas de las que hablar. No sé nada de tu vida. Lo que sea que no me has contado sigue haciéndote daño. Quiero que me lo cuentes todo. ¡Todo!

—Adrien... —Respiró profundamente—. Te acercas y te alejas constantemente. Impones la distancia a tu antojo y según tus criterios. Y yo... acepto esa distancia. De verdad, ¡la acepto! Me estoy acostumbrando. Está controlado —Reanudó su paseo por el salón—. Intento entenderte y... simplemente, no te pido nada... ¡nada! Y ahora me pides que te abra las puertas de mi pasado, de mi vida. ¡No, Adrien! Eso me acercaría más a ti, y me resultaría mucho más complicado entender

o aceptar tus cambios de humor. Seguramente me confundirían más o... me dolerían más. ¡Déjalo como está!

—Dani... no pretendo alejarme de ti. Quizás, lo que hago es huir por momentos, pero no de ti, sino de mí mismo, o de lo que no conozco. A veces me siento angustiado.

—Y... ¿Cómo se llama eso? —Utilizó el índice curvado para despejar una lágrima—. Se llama Adrien «duda», Adrien «juega», Adrien piensa que «ni contigo ni sin ti»...

—¡Basta, Dani! Yo no juego a nada.

—Yo tampoco. ¡Me estoy... enamorando de ti! —Buscó su mirada—. Aunque igual ese tiempo verbal no es el correcto.

Adrien la miró fijamente. Luchó por no mostrar ninguna emoción. Cerró los puños con fuerza. Sintió un ligero sudor frío en su nuca y se frotó con la mano para intentar aliviarlo.

Daniela buscaba alguna reacción en él tras su confesión, pero no había nada. Parecía un muñeco de cera. Frío, inexpresivo.

Sentía una presión dolorosa en el pecho, no sabía si por su frialdad o por lo mucho que se arrepentía de haberle dicho algo así. Se armó de valor para continuar:

—Y ahora, señor Feraud, ¡dígame!: ¿todavía quiere quedarse? ¿Todavía quiere abrazarme? —Acortó la distancia que les separaba con dos pasos hasta quedar justo delante de él—. ¿Todavía quiere llevarme a su refugio de montaña y escuchar la historia de mi vida?

Daniela sentía el latido del corazón en la garganta. Sus piernas no parecían estar dispuestas a aguantar su peso por mucho rato. Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas sin control. Él seguía frente a ella mirándola con aquella máscara inexpresiva.

—¡Vete! Ya no sé ni lo que digo. —Le empujó con la mano en el pecho. Él dio un paso atrás.

Adrien seguía mirándola en silencio. Sin reaccionar. Sabía lo que debía estar pasando por su cabeza. Acababa de decirle que estaba enamorada de él, y él continuaba allí parado, incapaz de decir o de hacer nada. Pero lo que ella sería incapaz de imaginar en ese momento, y él incapaz de decírselo, era que aquella confesión le había hecho sentir calma y alivio. Algo más para añadir a su caos emocional.

Ella dio media vuelta. Le dio la espalda. Su silencio le desgarraba por dentro. Justo cuando estaba a punto de pedirle de nuevo que se marchara, sintió unos brazos tras ella que le rodearon la cintura. Hicieron de pilar para unas piernas que apenas iban a aguantar unos segundos más. No podía verle la cara. No sabía si aquella máscara aún seguía ceñida a su rostro, pero al menos la estatua de cera había reaccionado. Cerró los ojos con fuerza. Se preparó para escuchar una conferencia bien esquematizada sobre las desventajas de enamorarse y la imposibilidad de añadir ese sentimiento a su extraña relación. Esperaba que Adrien la deleitara con las ventajas de seguir con su «nuevo viaje» y evitar ponerle nombre a los sentimientos. Se equivocó.

—No me voy a ninguna parte. —La sujetó fuertemente y apoyó la barbilla en su hombro. Quería hablar en susurros y que pudiera oírlo—. Quiero abrazarte y quiero llevarte a la casa de la sierra para que me hables de ti.

Daniela abrió los ojos buscando un punto en la pared en el que fijar la mirada mientras le escuchaba. No eran esas palabras las que esperaba. A esas alturas, ya debería haber acabado con la conferencia y pasar al beso cariñoso seguido de un «te dejo sola». Pero no fue así. Él continuaba apoyado en su hombro, intercalando besos en su cuello. Sin esperar, sintió sus brazos más firmes al abrazarla y un ligero balanceo en su cuerpo, como una danza suave. Se dejó llevar mientras escuchaba sus susurradas palabras.

—Conozco a la Daniela tímida y divertida que me fascinó en el balneario —Continuó con el suave balanceo—. Conozco a la Daniela que posee «unas benditas manos». Conozco a la eficiente

ayudante, aunque con un punto «macarra» a la hora de resolver los problemas —Ella esbozó media sonrisa, aunque él no podía verla—. A la que adoran sus amigos; a la que me hace desear a una mujer como nunca lo hecho en mi vida; a la que me hace sentir débil y alejarme; a la que hace que antes de dar dos pasos ya me arrepienta de haberlo hecho; a la que ha sido capaz de conquistar a mis amigos; a la que me vuelve loco ver desnuda; a la que me hace reír cuando lleva tacones y disimula para parecer que lleva utilizándolos toda su vida...

Le dio la vuelta muy despacio. Aún había vestigios de una pequeña sonrisa que seguramente le había provocado con sus palabras.

Le sujetó la nuca con las manos y siguió susurrándole.

—Ahora quiero conocer a la Daniela que existió antes de llegar a Madrid. Lo quiero saber todo. La quiero cerca... muy cerca.

Acercaron sus labios, pero solo para rozarlos. Permanecieron unos minutos mirándose fijamente. Él acarició sus mejillas, apartando el rastro de sus lágrimas.

Adrien se separó de ella y se dirigió a la mesita que había junto al sofá. Daniela no se giró, se quedó de pie en el centro del salón sin saber qué es lo que él quería hacer.

Se sobresaltó al escuchar el sonido de la música. La voz de Bolton haciendo promesas de amor invadió la estancia. El volumen fue aumentando cada vez más. Se giró lentamente. Adrien la miraba sonriendo mientras pulsaba un botón en el mando a distancia del equipo de música.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa. Recordó el día de Fin de año. Cuando volvieron a encontrarse. Ese día intentó decirle con ese simple gesto que no quería palabras, y supuso que era lo mismo que él intentaba decirle. Ella tampoco quería más palabras. Las que acababa de escuchar eran suficientes.

Adrien lanzó el mando sin mirar dónde caía. Se desabrochó la camisa lentamente. La tiró en el suelo. Se quitó los zapatos y los calcetines torpemente provocando una nueva sonrisa en Daniela. Se dirigió a la cocina y volvió un minuto después. Llevaba los brazos caídos, paralelos a su cuerpo. Una de sus manos sujetaba dos copas por la base, entrelazadas, y la otra mano una botella de vino, de las que solía regalarle Nico. Se detuvo frente a ella.

Daniela se humedeció los labios. La imagen que tenía delante era la más erótica que había contemplado en toda su vida. Se levantó y apagó la luz, quedando iluminados tan solo por la luz artificial que entraba del exterior. Un juego de luces y sombras que hubiera cautivado al mejor de los fotógrafos. Hipnotizada, sintió cómo la presión que antes había sentido en el pecho se trasladaba al vientre, pero esta vez no era dolorosa. Escalofríos y una conocida humedad entre sus piernas, aunque más intensa que en otras ocasiones. Deseo en estado puro, rápido y sin posibilidad de adaptación.

Él sirvió las copas lentamente, consciente del efecto que producía en ella. Disfrutaba su exhibición como nunca lo había hecho. Se acercó a ella y le ofreció una copa. Daniela se la llevo a la boca aunque solo consiguió mojar los labios. No se veía capaz de tragar aquel líquido oscuro sin atragantarse.

Adrien depositó ambas copas en la mesa y se acercó a ella. Se inclinó y le invadió la boca con ansiedad. La cogió en brazos, sin parar de besarla, y la llevó a la habitación, depositándola en la cama como si se tratase de una pieza de porcelana.

Se colocó encima de ella y le pasó las manos por la espalda, incorporándola para bajar la cremallera de su vestido. Lentamente, muy lentamente, ante la atenta mirada de ella, se fue deshaciendo de él.

Hizo la misma operación con el resto de ropa que le quedaba, hasta dejarla completamente desnuda a excepción de un pañuelo anudado al cuello.

Daniela interpretó el movimiento de la ropa deslizándose por su cuerpo como una caricia. Pero no una simple caricia, una de esas que estremecen y envían electricidad a todos los poros de la piel.

Adrien dejó caer el pañuelo abierto sobre su rostro, ajustándolo para que solo le cubriera los ojos dejando al descubierto la mitad de su rostro. Dirigió su mirada a los labios, recreándose en ello. No es que no lo hubiera hecho antes, pero siempre quedaban eclipsados por sus preciosos ojos, que se llevaban toda la atención, y de esa forma pudo observarlos y admirarlos. Cada vez le parecía más bonita y más sensual.

Inició un circuito de besos. Partió de su boca descendiendo hasta la mitad de sus piernas, donde hizo un pequeño giro para continuar ascendiendo por el interior. Una tarea que ella le facilitó, abriendo las piernas.

Enterró su rostro entre ellas y se dedicó a acariciarla por completo con los labios y con la lengua hasta escuchar el grito que esperaba junto con el ligero temblor de su cuerpo. Se separó de ella, dejándola disfrutar de las sensaciones que le había provocado, para deshacerse de los pantalones y conseguir protección para su dolorosa erección.

Volvió de nuevo a la cama tumbándose sobre ella, procurando no dejar caer todo su peso. Retiró el pañuelo.

—Y ahora, «chica enamorada», me dispongo a entrar dentro de tu cuerpo. ¿Necesitas algo en especial?

—Que lo hagas. —Se humedeció los labios—. ¿Y tú qué necesitas?

—Que lo desees como nunca.

—¿Por qué?

—Porque así es como yo lo siento.

—¿Por qué hoy?

—Porque tocaba hoy. —Arqueó las cejas y esbozó una sonrisa.

No había contestado con sinceridad a su última pregunta. Y es que decirle que la deseaba como nunca porque al escuchar su confesión le había liberado de algo que le oprimía, no le pareció muy acertado para el momento. ¿Cómo le iba a explicar que él no era capaz de decirle lo que sentía por ella, pero que estaba encantado de haberlo escuchado de sus labios? No podía decirlo porque ella no lo entendería. ¿Cómo iba a hacerlo si él tampoco era capaz?

Adrien entró en su interior y ambos gritaron liberados. Desapareció la tensión. Los recuerdos de un día sombrío, como lo había sido aquel, quedaron aparcados, con la esperanza de que desaparecieran, muy pronto, para siempre. Ambos celebraron en silencio las palabras que habían escuchado decir al otro, conscientes de la tregua emocional que habían supuesto.

No tenían prisa por acabar, aquella fusión debía alargarse todo lo que sus cuerpos fueran capaces de aguantar. Y fue mucho tiempo, aunque no tomaron conciencia de ello. A pesar del deseo, y del cansancio, pudieron seguir minutos y minutos soldados y atrapados en unas sensaciones únicas.

Una hora después descansaban sobre la cama, abrazados y agotados. La música seguía sonando a un volumen que ya no les parecía tan agradable, aunque ninguno parecía dispuesto a solucionar el problema. Al final fue Adrien el que decidió levantarse.

Volvió a la cama. Se tumbó boca abajo con medio cuerpo fuera. Le acarició la mejilla.

—Tienes una luz especial en los ojos después de hacer el amor.

—Por cierto... Una cosita —dijo Daniela incorporándose—. Si vuelves a llamarme «señorita enamorada», procura hacerlo después de proteger tus partes más íntimas.

—¿No te gusta? —dijo riéndose.

—Te he avisado, señor Zafiro. Puedes decirlo las veces que te dé la gana pero... no bajas la guardia. Hablo en serio.

—Sé que hablas en serio. Procuraré recordarlo.

—Haces bien.

—Hablando de recordar, señorita... —Sonrió viendo cómo ella se giraba bruscamente para mirarlo esperando a que terminara la frase—. Kearney. Señorita Kearney. ¿Recuerda algo relacionado con quitar unos puntos?

—¡Mierda!

—Llamaré a Jaime.

—Son casi las diez. Iré mañana al hospital.

Antes de que ella volviera a protestar, ya estaba con el móvil en la mano. Desapareció de la habitación, desnudo. Volvió con una sonrisa traviesa.

—Jaime nos espera. Todavía está en el hospital. Venga, ¡vístete!

Daniela puso los ojos en blanco y volvió a tumbarse en la cama.

—¿No podías haber esperado a mañana? —dijo levantándose y dirigiéndose al baño. Él la siguió.

—¡No!

Salieron a toda prisa de casa. Se les había hecho muy tarde. Se habían entretenido más de la cuenta en el baño debido a las ganas de jugar y bromear que despertaron en ella. Se mojó las manos tanto como pudo y le salpicó la cara a Adrien con agua. A pesar de sus advertencias de él, siguió haciéndolo un buen rato. La cantidad de agua cada vez era mayor. Disfrutó viendo la cara de resignación mezclada con advertencia que tenía él cada vez que impactaba el agua en alguna parte de su cuerpo. Acabaron en el suelo jugando como niños. Entre besos, cosquillas y más agua perdieron la noción del tiempo.

Jaime les estaba esperando en su despacho. Adrien le explicó que por las mañanas tenía una consulta privada y por las tardes estaba en el hospital.

Se dirigieron a su despacho. Estaba sentado en su escritorio con la mirada fija en la pantalla del ordenador. No movió ni una sola pestaña cuando los vio entrar. Siguió concentrado en su tarea. Adrien no pareció sorprenderse. Sin levantar la vista de la pantalla, dijo:

—Llegáis tarde.

—Lo siento. Había mucho tráfico. —Miró a Daniela y arqueó las cejas.

—Daniela... una pregunta —pronunció Jaime.

—Dime —dijo tímidamente.

—¿No crees que merezco una explicación mejor? Adrien me está ofendiendo con esa excusa barata —dijo sin mirarlos. Seguía concentrado en su pantalla.

Daniela miró a Adrien. No sabía qué decir. Parecían dos niños recibiendo la reprimenda de un profesor. Adrien se encogió de hombros sonriendo. Conocía a Jaime y sabía que esa forma de actuar era habitual en él. Le divertía ver la reacción de ella.

—Sí, creo que mereces la verdad.

—Y... ¿Me la vas a decir?

—¡Claro! —Miró a Adrien que la observaba detenidamente—. Estábamos en el suelo del baño de mi casa, desnudos, jugando a ver quién se mojaba más —Hizo una pausa sopesando sus palabras—. Con Agua... ¡Mojarnos con agua! Entonces me he caído, me he golpeado con el inodoro y me he cabreado. Adrien se estaba partiendo de risa y he aprovechado para devolvérsela. Hemos iniciado una guerra y hemos acabado empapados. Cuando vimos la hora... echamos a correr todo lo que hemos podido. Tráfico no había mucho. Por cierto, la guerra la he



ganado yo.

Adrien la miró estupefacto al ver con la naturalidad que estaba explicando su aventura en el baño. Jaime, que estaba conteniendo la risa, estalló en una carcajada y se giró hacia ellos para mirarlos por primera vez desde que llegaron.

—Entonces, ¿de quién ha sido la culpa del retraso? —preguntó, todavía sonriendo.

—De él —dijo señalando a Adrien—. En primer lugar yo no quería venir, le dije que era muy tarde, y en segundo lugar fue él quien empezó a salpicarme con agua.

—Fuiste tú la que empezaste.

—Tiene muy mal perder, Jaime, pero eso ya lo sabrás. Tú le conoces mejor.

Jaime soltó una nueva carcajada. Observó a su amigo, que parecía disfrutar tanto como él con aquella situación. Le quedaban pocas dudas de que aquella mujer le había calado hondo y lo entendía perfectamente.

—Veamos esa mano. —Se levantó y se dirigió a una puerta contigua que comunicaba con una sala de visita médica.

Le hizo una señal a ella para que entrase mientras que con la mano detuvo a su amigo.

—Tú no.

—No me fastidies, Jaime. Déjate de bobadas.

Sin prestarle atención, cerró la puerta.

Daniela sonreía al ver la cara que le quedó a Adrien.

Jaime le indicó que tomara asiento y descansara la mano en una camilla para que pudiera inspeccionarla. Se sentó a su lado tras colocarse unos guantes.

Le extrajo el vendaje y los puntos sin problemas. Daniela estaba muy concentrada en su mano, impaciente por ver el tipo de herida que quedaría.

—Siento el malentendido de esta tarde. Adrien me ha contado lo que ocurrió.

—No pasa nada. Yo también quería pedirte disculpas.

—¿Por?

—Cuando te vi, apenas te hablé. Era... un mal momento.

—Ahora estás mucho mejor, ¿no?

—Sí. Ha sido una tarde muy larga. Ha dado para mucho.

—Esto ya está. Todo está correcto.

Jaime observó la forma minuciosa en que ella miraba su mano.

—No te quedará cicatriz. Debes hidratar mucho la herida y evitar el sol.

Daniela asintió con la cabeza.

Unos golpes en la puerta les hicieron sonreír.

—Jaime, joder, abre la puerta. —Estaba enfadado.

Jaime le guiñó un ojo buscando su complicidad.

—Ponte de espaldas a la puerta y tapate la cara.

Daniela se dio cuenta enseguida de que pretendía tomarle el pelo a Adrien y le pareció una gran idea. Hizo lo que le pidió. Giró su asiento quedando de espaldas a la puerta. Apoyó las manos en la camilla y ocultó su rostro en ellas.

—Adrien —dijo abriendo la puerta—, no te alarmes, pero esa herida se ha complicado mucho. Le estaba diciendo a Daniela que hay que hacer algunas pruebas, pero es posible que tengamos que intervenirla.

—¿Qué? ¡Dani! —Se acercó a ella y le tocó las manos con miedo. Se giró para mirar a su amigo cuando escuchó una risa que no encajaba en aquella escena.

Daniela no podía parar de reír, al igual que Jaime. Adrien cambió su expresión de

preocupación a la de estar a punto de cometer un asesinato.

—¿Desde cuándo eres un hombre tan gracioso? —le preguntó enfadado a su amigo.

Daniela se levantó sin parar de reír.

—Yo no soy gracioso. ¡Dios me libre! Solo quería demostrarle a esta encantadora joven lo fácil que es tomarte el pelo.

—No te enfades, Adrien, solo era una broma —le dijo ella sonriendo y acercándose a su lado. Le cogió del brazo.

Adrien respiró hondo. No dijo nada más. Rápidamente tomó la decisión de no darles más motivos para divertirse y acabó por sonreír.

—¿Qué tal la mano?

—Bien. Ya está.

—¿Nos vamos?

—Sí, pero antes, ¿te importa que suba a ver si todavía esta Eva?

—¿Qué tal si la llamas? ¿Crees que es buena idea volver allí?

Daniela asintió con la cabeza. Adrien tenía razón. Lo mejor sería no volver a ese lugar. Desapareció por el pasillo para hacer la llamada mientras Jaime recogía sus cosas para marcharse.

Unos minutos después, se reunió con ellos de nuevo. Les explicó que Eva ya no estaba en el hospital, que su abuela había fallecido.

Salieron juntos del edificio. Se despidieron con promesas de quedar muy pronto para ir a cenar.

De vuelta a casa de Daniela, Adrien le preguntó por su amiga.

—¿Cómo estaba Eva?

A Daniela le sorprendió la familiaridad con la que le formuló esa pregunta. Parecía que conocía a Eva de toda la vida.

—Está muy afectada. Ahora tiene que ocuparse del funeral y no se siente con fuerzas.

—¿Tienes pensado asistir?

—No. Ya he hablado con ella.

—Me alegro. No creo que te convenga.

—¿Por qué lo dices?

—Supongo que volverían los recuerdos. —La miró mientras conducía.

—¿Te refieres a mi abuela?

—Sí.

—El funeral de mi abuela no me trae malos recuerdos. Fue un gran día. Siempre lo recordaré.

Adrien la miró asustado. Quizá no había querido decir eso, ¿o sí? Definitivamente tenía muchas cosas que contarle.

Daniela se riñó en silencio. No debería haber dicho algo así. Adrien no conocía nada de su vida y aquel comentario había sonado cruel. Aunque era la verdad. Suspiró. Se alegraba de sentirse algo más fuerte. Cuando entró en casa de Nico hecha un mar de lágrimas gritando que ella se había cargado a su abuela, estaba completamente abatida. Sin embargo, en ese momento se sentía aliviada y la culpa por la muerte de su abuela había desaparecido casi por completo. Nico se había encargado de ello. Sus palabras, recordándole lo que había vivido junto a esa mujer, fueron efectivas. También su ánimo era mucho mejor gracias al hombre que conducía a su lado. Sus palabras habían resultado ser un remedio muy eficaz para aliviar la rabia y la inseguridad que sentía con él.

Decidieron hacer una parada para cenar algo rápido. Lo que quedaba del día lo invirtieron en

una ducha, la preparación de una maleta, besos, juegos, bromas y un abrazo que mantuvieron toda la noche mientras dormían.

El vehículo que escogió Adrien para viajar hasta su casa en la sierra era un lujoso todoterreno. A pesar de todas las comodidades que ofrecía, no fueron suficientes para impedir que el estómago de Daniela se agitara en los últimos quince kilómetros de curvas prolongadas.

Durante la hora de trayecto apenas hablaron. Daniela se centró en las palabras que él pronunció la noche anterior cuando intentaba calmarla y animarla. Todas las «Danielas» que él mencionó le hicieron sonreír. Recordó cuando mencionó a sus amigos y decidió que era un buen momento para romper el silencio y hablarle de Víctor.

—Víctor y yo estuvimos hablando.

—Lo sé. Me lo contó todo ayer.

Adrien la miró. Buscaba alguna expresión en su rostro pero no la encontró. Se centró de nuevo en la carretera, pero esta vez pendiente de encontrar un lugar donde detenerse unos minutos. Cuando lo hizo, sintió la mirada interrogativa de ella.

—Quisiera terminar con este tema. Escúchame —ella siguió mirándolo—, Víctor me contó lo que había estado haciendo Elena. Me dijo todas las veces que ella había intervenido en tu trabajo. Fueron muchas.

—¿Cuáles?

—Ahora no sabría decírtelas todas —Giró la cabeza con la mirada en el techo intentando recordar—. El borrado de tu tableta, la reserva del restaurante...

—¿Los documentos que aparecieron en el baño?

Adrien asintió con la cabeza. Daniela recordó algo más.

—¿La llamada de ayer? El cliente con el que habías quedado.

—Supongo que sí. De eso no hablamos.

—¿Víctor lo sabía?

—Después de hablar contigo hizo algunas averiguaciones.

—Supongo que lo que esa mujer quería era...

—Que desaparecieras.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije. Ella quería que...

—¿Por qué tantas molestias? —le interrumpió—. Es más que evidente que está coladita por ti y que el puesto de ayudante tiene mucho que ver con ello, pero... su actitud no tiene mucho sentido.

—Siempre hemos tenido una relación profesional. Es muy buena en su trabajo y nunca he tenido ningún problema con ella —Le cogió las manos para acariciárselas con ternura, aunque la dureza de su rostro dejaba bien claro que no le gustaba hablar de aquel tema—. Es tan simple como absurdo. Hace un año más o menos, fuimos a una feria de gemas, aquí, en Madrid. Ella me acompañó porque Clara no podía hacerlo. Acabamos tarde. La invité a cenar. Me pareció lo más correcto después de un día tan agotador. Durante la cena me confesó que estaba enamorada de mí. Así, sin más. Fue... muy incómodo. Todavía no le encuentro sentido a la forma en la que me lo dijo y mucho menos al momento que eligió.

»El caso es que me impactó bastante y reaccioné muy mal. Fui bastante duro y desagradable con ella. No terminamos la cena.

»Estuvo un tiempo mostrándose ofendida. Me resultó incómodo, la verdad. A punto estuve de mandarla a la calle, pero Clara me convenció para que la ignorase alegando que ya se le pasaría. Supongo que habló con ella porque en pocos días cambió su actitud.

—Pensé que me contarías algo apasionante. Así como para... escribir un libro. Pero es bastante idiota la historia. Vamos, que de ahí a que se vuelva loca intentando que me despidan... ¿Para ser tu ayudante?

—Yo tampoco lo entiendo. Desde que se fue Clara, me ha dicho infinidad de veces que quería ocupar su puesto y la respuesta siempre ha sido la misma. Te aseguro que es imposible dejarle a alguien las cosas más claras. Aunque tú no estuvieras, ella tampoco ocuparía tu puesto.

—La verdad es que su perseverancia es admirable. Que no se diga que la chica no lo ha intentado —Le sonrió abiertamente—. Yo no me veo actuando como ella.

—¿Ah, no? —Le devolvió la sonrisa—. A mí me parece una mujer de las que cuando quiere algo lucha por conseguirlo.

—Pues no te confundas. Yo creo que... soy más de rendirme.

—Yo no te veo así. —Mantuvo la sonrisa negando con la cabeza.

—Puede que me haya vuelto una persona más luchadora y más fuerte, pero te aseguro que no siempre fui así.

Ambos se quedaron callados unos minutos. Adrien le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Dieron por terminada la conversación cuando Adrien se incorporó y puso el coche en marcha.

—¿Cuándo te lo contó Víctor?

—¿Lo de Elena?

—Eso y... que habíamos hablado.

—Poco después de que te fueras.

—De que me echaras —corrigió forzando la vocalización.

La miró fríamente.

—¿Por qué se lo contaste a Víctor?

—Es más receptivo que tú. El chico escucha.

—Yo también lo sería si hablases más claro.

—Te lo insinué alguna vez y ayer intenté decírtelo, pero...

—Intentaste decírmelo después de cogerla por el cuello y...

—No le hice nada. Era puro teatro.

—Dani, eso ya lo sé. Pero debiste contármelo antes.

—No quiero saber nada más. Lo único que te pido es que le dejes bien claro que no vuelva a meterse en mi trabajo.

—De eso no tienes que preocuparte.

Daniela no quiso preguntarle a qué se refería. No sabía lo que había pasado después de que ella saliera de la oficina. Ya se enteraría. De momento su orgullo le impedía mostrar interés por el tema.

—Norma número uno —dijo él maniobrando con el coche para reanudar la marcha.

—¿Normas?

—Sí, normas. Y las mías, como ya sabrás, se cumplen.

—Claro, ¿cómo no?

—Cuando tengas un problema, del tipo que sea, no... insinúes. Habla claro. Si no recuerdo mal, tú me lo reprochaste hace bien poco.

—Entendido.

—Norma número dos: en Versus los problemas los solucionamos dialogando. Nada de heroínas chabacanas.

Daniela giró la cabeza para mirarlo con la boca abierta. ¿De verdad la había llamado eso? Enfadada, aunque mostrando una irónica sonrisa, deslizó su mano por la entrepierna de él. Cuando llegó a su objetivo, frotó su mano suavemente y a continuación cerró el puño y le golpeó, aunque no con demasiada fuerza.

Adrien dio un salto en el asiento agarrándose fuertemente con ambas manos al volante.

—Serás... —le dijo apretando los dientes.

—No estamos en Versus, aquí puedo ser todo lo chabacana que me dé la gana, ¿o no?

—Dani, cielo, no puedo pedirte que seas extremadamente discreta y elegante. Eso sería pedir demasiado, pero intenta, al menos en Versus, no liarte a hostias cuando tengas un conflicto. — Sonrió satisfecho sabiendo que ese comentario la pondría furiosa. Antes de que ella dijera nada, él ya estaba riendo a carcajadas.

—Cuando tenga un conflicto, buscaré consuelo en Víctor y en Olivier, ellos sí que saben escuchar... ¡Son tan majos!

—Haré como que no te he escuchado.

—No te costará mucho hacerlo.

—Dani, estaba bromeando. No sigas por ahí —dijo, contundente, sin dejar lugar a más comentarios.

La casa estaba oculta por unos árboles gigantes. En el último tramo, apenas habían visto cinco o seis casas, muy distanciadas entre ellas. Era un lugar perfecto para desconectar y estar incomunicado.

Dejaron el coche a unos metros de la casa, justo en una superficie plana especialmente habilitada para ello. Los últimos cien metros los hicieron a pie.

Parecía una de esas cabañas con las que sueñan los niños. De esas que se construyen encima de un árbol. Protegida por aquellos enormes árboles, parecía más pequeña de lo que era en realidad. Una sola planta muy bien aprovechada y decorada.

La fachada y todas las paredes eran de madera. El techo era muy bajo consiguiendo un efecto de estancia recogida y cercana. Las ventanas eran enormes, y desde ellas las vistas a la sierra eran impresionantes. No había separaciones interiores, solo un escalón que dividía la planta en dos niveles. En el primero se encontraba el salón y la cocina, unidos por una gran barra americana, aunque lo que llamaba la atención era la gran chimenea, que ya estaba encendida. Dos pequeños escalones conducían al segundo nivel donde se encontraba el dormitorio y el baño.

—Es preciosa. ¿Hace mucho que la tienes?

—La construyó mi abuelo. El padre de mi madre. Después la heredaron mi tío y mi madre, que la reformaron. Cuando murió mi tío, pasó a ser de mi madre. Hace un año la reformé y decoré a mi gusto. Añadí el *jacuzzi* de arriba. Ven, te lo enseñaré.

Salieron al exterior para subir por unas escaleras que había en la parte trasera de la casa. Atravesaron una pequeña puerta que les condujo a una habitación enorme con el techo inclinado en pendiente muy pronunciada. Era la buhardilla. Un enorme *jacuzzi* rectangular impedía acercarse a la ventana principal, aunque una vez en el interior de la gigante bañera las vistas debían ser impresionantes. El resto de la sala se completaba con una barra de bar en una esquina y unas enormes hamacas colocadas justo debajo de una ventana rectangular incrustada en el techo. Un lugar de ensueño.

Lo que quedaba de mañana la pasaron deshaciendo la maleta, y ya de paso, la cama.

Una vez satisfechos de las sensaciones que obtuvieron tras dejar la cama echa un auténtico amasijo de telas enredadas y fluidos, se decidieron por dar un paseo por los alrededores. Adrien le explicó que del mantenimiento de la casa se encargaba un matrimonio que vivía a pocos kilómetros. Ellos, también eran los encargados de llevar provisiones, cuando Adrien les avisaba de su próxima visita.

Comieron entre risas, alabando el delicioso pastel de carne y verduras que les habían dejado preparado.

Daniela se sentó en el sofá que rodeaba la chimenea observando a Adrien, que se mostraba muy habilidoso con el fuego. Había algo en su actitud diferente. Más abierto, más divertido.

Se reunió con ella, tras asegurarse de que el fuego se mantendría encendido varias horas. Aceptó el té que Daniela había preparado y se sentó a su lado.

—Ahora quiero que me lo cuentes todo.

Daniela no dijo nada. Sabía que en cualquier momento él se lo pediría, pero no tan pronto.

Adrien esperó pacientemente, sin añadir nada más, a que ella se decidiera a contarle su historia. Cuando empezaba a pensar que no lo haría, la escuchó hablar suavemente, con el mismo tono de voz que se utiliza para contarle un cuento a un niño del que esperas se duerma pronto.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.

—Es una historia larga y aburrida.

—Tenemos tiempo. Si ves que me duermo... ya seguirás otro día. —Sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa. Apoyó la cabeza en su pecho. Ambos miraban hipnotizados el fuego.

—Para que lo entiendas, tengo que remontarme a mi infancia —No esperó ningún comentario y continuó—: Mi madre conoció a mi padre en Barcelona. Él estaba allí por algo de trabajo. Se enamoraron y poco después se fueron a Canadá, donde él vivía. Después se fueron a Panamá para trabajar con Matt, el hermano de mi padre. Él era el dueño de un pequeño hotel en la costa y les pidió que trabajaran con él.

»Yo nací unos años después, no sé cuántos. Y de esa época no hay mucho que contar. Fui una niña feliz. Tengo algunos recuerdos, no son muy nítidos, pero son buenos recuerdos.

»Mi madre murió en un accidente. Estaban reformando una biblioteca. Había unos andamios en las paredes y... uno de ellos cayó, la golpeó y murió.

Después del funeral, mi padre tuvo un accidente con el coche y murió en el acto. Matt me contó que no pudo soportar el dolor y...

—¿Fue un suicidio?

—Sí, al menos eso me contaron.

—¿Cómo se llamaban tus padres?

—Cristina y Daniel.

—Por favor continúa.

—Mi tío Matt estaba destrozado. Los tres estaban muy unidos. Yo quedé en un estado de shock que me mantuvo en silencio un tiempo. No hablaba. Me trajo a España para que me conocieran mis abuelos. No tenían contacto con mi madre. No le perdonaron que se fuera y dejaron de hablarse.

—¿No le perdonaron? ¿Qué quieres decir?

—No se tomaron bien que se fuera a vivir con mi padre. Discutieron y dejaron de tener contacto. Mi madre lo intentó, pero mis abuelos no lo aceptaron.

»Cuando llegué a España, estaba muy mal. Me quedé unos días con ellos y fue cuando conocí a Nico y a Ana. Nos hicimos amigos y me devolvieron el habla y la sonrisa, por eso Matt me dejó una temporada más con mis abuelos. Me llamaba cada día y me preguntaba si estaba bien y si quería volver con él, pero yo siempre le decía que era feliz. Supongo que llegó un día en que dejó de preguntármelo.

»Mis abuelos no me querían. No sé ni por qué se hicieron cargo de mí. Nunca hubo besos, ni abrazos, ni palabras de cariño. Vivía en un lugar donde tenía una cama, ropa limpia y comida. Se encargaban de llevarme al colegio y poco más. En aquella casa apenas se hablaba. Era todo silencio y tristeza. Matt envió dinero religiosamente todos los meses. Cubría sobradamente todos mis gastos. Mis padres me dejaron un dinero, al que tuve acceso al cumplir los dieciocho.

—Continúa —dijo Adrien cuando la pausa que hizo ella se alargó.

—Pasé más tiempo en casa de Nico que en la mía. Y así fue pasando el tiempo. Ana, Nico y sus padres fueron en realidad mi familia. Mis abuelos eran fríos y nunca hablaban conmigo. No había fotos de mi madre, ni estaba permitido hablar de ella.

—Tu tío... ¿permitió eso?

—No es fácil de entender. Se aseguró de que no me faltara de nada y creyó que mi lugar estaba con mis abuelos. Nunca vio ni escuchó nada que le hiciera pensar que yo no estaba bien.

»A él también lo odiaban. Cuando me visitaba, dos veces al año, siempre nos veíamos en su hotel. Yo le hablaba de mis amigos, de mi colegio, de mi mundo en ese momento y supongo que me veía feliz. Y en parte lo era, pero cuando no estaba en casa.

—Entiendo.

—Los problemas, los más serios, empezaron cuando murió mi abuelo. Yo tenía diecisiete años y me fui a una fiesta con mis amigos. Mi abuela me puso mil impedimentos, pero yo fui de todas formas. Yo era muy activa, muy alocada y me encantaba divertirme. En la medida de lo posible intentaba evadirme y hacer lo que me apetecía.

»Aquella noche llegué a casa y no había nadie. Ángel me dejó una nota diciéndome que estaban en el hospital. Cuando llegué, mi abuelo estaba muerto. Llevaba tiempo enfermo. Mi abuela se volvió un ser insoportable, más aún. Un ser oscuro y amargado. Me culpó de la muerte de mi abuelo. Dijo que si hubiera estado en casa se habría salvado porque yo habría reaccionado a tiempo para llamar a emergencias, en cambio ella se puso muy nerviosa y no fue capaz. Todo era mentira, mi abuelo tenía los días contados. Ese fue el principio de una larga lista de reproches. Al principio intenté luchar para que no me afectaran, pero fueron penetrando poco a poco. Como cuando sales a la calle y hay una ligera llovizna. Apenas se nota y crees que no necesitas refugiarte, pero cuando te expones a ella un buen rato acabas calada hasta los huesos, y apenas te has dado cuenta.

Adrien la besó y la abrazó más fuerte. La animó a seguir.

—Cuando murió mi abuelo, Ángel se ocupó de todo lo que ocurría en esa casa, con el consentimiento de mi abuela. Su palabra era la única que contaba. Incluso decidió lo que tenía que estudiar. Me dejé llevar y acabé estudiando una carrera que no me decía nada. Creo que fueron los primeros síntomas que indicaban que me estaba debilitando demasiado.

»Y así fue pasando el tiempo. Nico se fue a Madrid y Ana a Londres. Me quedé sola. Alejarme de Nico fue muy duro. Mi abuela seguía siendo un fantasma que solo hablaba para hacer daño o para dirigirse a su querido sobrino Ángel. Me reprochó hasta el hecho de hacerse cargo de mí. Me dijo que solo había traído problemas a su vida igual que la desagradecida de mi madre. Ese y otros adjetivos que no vale la pena pronunciar.

»Yo luchaba por mis estudios y por mi trabajo, el que tenía como secretaria. Todavía me



quedaban fuerzas y me iba manteniendo de pie. Y... así fue pasando el tiempo.

»La última parte de esta historia empezó cuando mi abuela cayó enferma. Yo ya había dejado mi trabajo como secretaria y trabajaba en un centro de rehabilitación como fisioterapeuta. Estaba bastante bien. Llevaba dos años allí, cuando mi abuela enfermó. El siguiente año fue caótico. Yo apenas tenía tiempo para cuidarla y ella se negaba a ingresar en una residencia. Me pidió que la dejara estar en su casa. Y yo acepté. Fue un chantaje emocional que duró mucho tiempo y yo... dejé que pasara. Contraté una enfermera que pasaba el día con ella. Eso supuso un montón de gastos y... el principio de un problema también económico, que afronté como pude.

—¿Y su sobrino?

—El solo sabía dar órdenes y engatusar a mi abuela, pero poco más. Cuando le planteé el problema que teníamos de dinero, se limitó a decirme que pidiera un préstamo en el banco. Tampoco me apoyó cuando le planteé a mi abuela vender el piso. Yo intentaba convencerla, pero él tenía todo el poder sobre ella.

»Perdí mi trabajo por todas las veces que tuve que ausentarme, o llegar tarde. Estaba atada, muy atada. Y ahí en ese preciso instante es cuando empezó mi verdadero declive.

Daniela se levantó. Esa parte de la historia no era capaz de contarla apoyada en su pecho, necesitaba moverse.

—¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza y se dedicó a pasear muy despacio delante de él.

—Vamos a dar un paseo. Ya me contarás el final de esa historia después.

El paseo duró más de una hora. La temperatura no acompañaba, pero a ninguno pareció importarle. Apenas hablaron. Hicieron alguna parada para contemplar el paisaje. Cogidos de la mano y sonriendo disfrutaron de un momento de calma al que pusieron fin cuando empezó a anochecer. Volvieron a la casa para entrar en calor.

Daniela pensó en lo mucho que agradecía el silencio de Adrien durante el paseo. No le hizo ningún comentario sobre lo que ella le había explicado. Hubiera sido perfecto de no ser por una sensación molesta que sentía entre el pecho y el estómago. Era una presión que se había ido formando mientras le relataba su vida.

El día anterior había sentido la misma presión después de hablar con Ángel. Una sensación desagradable que la obligaba a coger aire constantemente, como si con ese gesto fuera a desaparecer. Pero solo lo hizo con la intervención de Adrien. Sus palabras, su forma de hacerle el amor, su presencia y su renuncia a salir corriendo cuando ella le confesó lo que sentía, fueron suficientes para que desapareciera. Pero, por lo visto, no había desaparecido del todo. Allí estaba de nuevo. Cada vez que entraba, aunque fuera a hurtadillas, en su pasado, aparecía aquella dichosa angustia.

Seguramente Nico tenía razón y algún día tendría que sacar todo lo que llevaba dentro. Lo único que había hecho era engañarse pensando que era rápido y sencillo olvidar esa parte de su vida.

Adrien estaba preparando algo para picar y se decidió a ayudarlo. Lo acompañaron de un vino delicioso y se sentaron en el suelo, junto a la chimenea, para disfrutarlo.

Dos copas de vino era un límite que Daniela debía respetar a menos que quisiera sentir el efecto del alcohol. Le costó decidirse por la tercera, pero con tan solo dos copas la presión de su pecho había empezado a desaparecer. La próxima copa seguro que hacía que desapareciera del todo, y la siguiente... igual con un poco de suerte hacía que se desintegrara para el resto de sus días.

Adrien también estaba animado, explicándole aventuras de cuando era niño en la cabaña y unas cuantas fiestas que había organizado allí con Víctor y Jaime. Durante un buen rato se dedicó a hacerla sonreír y eso le gustó.

—¿Más vino?

—¡No! Ya me has llamado macarra y chabacana. No quiero que llames borracha.

Él se echó a reír. Apoyó la cabeza en el borde del asiento del sofá, que tenía justo detrás, y estiró las piernas. Le indicó a ella que se colocara entre ellas y apoyara la cabeza en su pecho. Le rodeó la cintura con los brazos. Se sintió fuerte en ese momento y seguro. Estaba disfrutando con Daniela como nunca lo había hecho con nadie.

—Cuéntame esa etapa de declive. —La besó.

La invitación a seguir con su historia hizo que la presión en el pecho volviera a aparecer. El vino solo había conseguido que se alejara por un momento, aunque todavía sentía su efecto y quizás fue eso lo que la animó seguir.

—Fueron... —Suspiró—. Fueron dos años, Adrien. Dos putos y largos años que me erosionaron hasta el alma.

Él la apretó con más fuerza. Le besó en el cuello.

—Me aislé del mundo dentro de cuatro paredes. Me dediqué a cuidarla mientras escuchaba sus quejas y sus reproches. Una vez al día cogía fuerzas para suplicarme que la dejara morir en su casa. Un día dejó de hablar. Ya no había reproches, ni quejas, ni sus malditos lamentos, ni súplicas. Un silencio ensordecedor que terminó debilitándome mucho más.

»Me aislé del poco mundo que había conocido. Al principio me alimentaba de la esperanza de que en cualquier momento su corazón dejara de latir, pero ese momento nunca llegaba. Se inició una rutina que acabó por devorarme incluso la esperanza. Cada vez que empeoraba, el médico hacía un cálculo aproximado de lo que resistiría su corazón, pero siempre lo superaba.

»Nico siempre decía que los médicos se equivocaban de órgano, porque no tenía corazón. Pero sí tenía... vaya si tenía. Uno lo suficientemente fuerte para latir mucho tiempo. El mismo que dediqué a autodestruirme.

»Solo hubo una culpable en todo aquello: yo. Sentía como si me hubieran dado una de esas drogas que te paraliza los músculos. Eres consciente de todo y puedes verlo y oírlo todo, pero eres incapaz de moverte.

Daniela se incorporó. Quedó sentada de la misma forma, pero sin apoyar la cabeza en su pecho.

Adrien también se incorporó, sin dejar de rodearla con los brazos.

—Shhhh. No pasa nada. No tienes por qué continuar si no lo deseas.

Pero ella deseaba continuar, y no porque quisiera ponerlo al corriente de su vida, poco le importaba en ese momento si él la escuchaba o no. Lo único que estaba haciendo era escuchar esa historia para ella misma. Quería oírla en voz alta, de su propia voz.

—Fui acumulando un volcán en mi interior. Sentía su calor, su fuerza, pero no sabía cómo calmarlo. Me emborraché tantas veces de autocompasión que llegué a sentirme adicta a ella. Y así fueron pasando los días, las semanas y los meses.

Daniela se abrazó las piernas y apoyó la cabeza en ellas. Inició un ligero balanceo.

Adrien sabía que algo no iba bien. Ella estaba temblando ligeramente. Vio cómo se levantaba y se unió a ella. Intentó acercarse, pero lo apartó con un movimiento brusco. No entendía su rechazo. La buscó con la mirada, pero no consiguió que la fijara en él. Parecía tener la mirada perdida. Se alarmó cuando vio las lágrimas resbalar por sus mejillas. No sabía si debía acercarse más. Temía que lo volviera a rechazar. Se quedó parado frente a ella, intentando pensar de qué

forma podía hacerla sentir mejor cuando ella se decidió a hablar de nuevo.

—No hice nada. ¡Nada! —gritó mientras se enjugaba las lágrimas—. Dejé que esa puta vida me consumiera y no tuve valor para hacer nada. Una parte de mí se quedó allí, en aquella espera, en aquel silencio, en aquella mierda de vida. Y... esa parte, esa parte que quedó nunca la voy a recuperar. Fui tan cobarde...

Adrien intentó acercarse a ella, pero de nuevo levantó los brazos en señal de rechazo.

—Sigue, Dani. Sigue, cariño. Saca todo lo que llevas dentro —le dijo con mucha ternura.

—No hay más. ¿No lo entiendes? —Sollozó con un ligero temblor en la voz—. Me hice daño, me destruí. Hice que mi vida fuera una mierda. Siempre pensando y sintiendo pena de mí misma. No me quise nada. No sé ni cómo pude aguantar todo eso. Me perdí tantas cosas en la vida...

»Cuando murió, pensé que sería tan fácil como hacer la maleta y salir de aquel lugar. Pensé que sería rápido, pero no es así. Sigo enfadada conmigo misma, y cada día lo estoy más. Cada vez que recuerdo algo, acabo sintiendo asco de aquella vida, de esa bruja y... de mí misma. Tan débil y tan estúpida... ¡Tengo miedo! Miedo de volver a quedarme paralizada cuando la vida me presente algo difícil. Miedo a no saber decidir y buscar el camino fácil y destructivo.

Estalló en llanto. Se tapó la cara con las manos mientras su cuerpo descendía incapaz de sostenerla. Adrien actuó con rapidez y se acercó a ella sujetándola por la espalda. La cogió fuertemente por la cintura y la pegó a su cuerpo. Ella se dejó caer hacia delante, como si los brazos de él fueran una barandilla donde asomarse.

—Shhhh. Basta, Dani. Ya está. Ya está, cariño. Todo eso ya pasó —Se estremeció. No soportaba verla tan hundida. Le dolía demasiado —Ya está, cielo, ya está.

Ella se encogió, pero él la sostuvo con fuerza intentando mantenerla firme. Su cuerpo se rindió, dejándose caer, momento que él aprovechó para cogerla en brazos y llevarla al sofá. La sentó en su regazo. Ella apoyó la cabeza en su cuello. Sintió el cuello mojado por las lágrimas y el ligero temblor que había en sus labios. Muy lentamente su respiración se fue calmando. Los sollozos fueron desapareciendo hasta que el silencio se impuso.

Permanecieron en esa posición más de media hora. La abandonó unos minutos para subir a la habitación del tejado y preparar el *jacuzzi*. Volvió a su lado y la abrazó de nuevo. Cuando calculó que estaría preparada, la cogió en brazos y salió al exterior. Hacía frío, y el escaso tramo que había hasta las escaleras lo hizo corriendo.

Adrien se desnudó rápidamente y a continuación la desnudó a ella, que no apartaba la mirada de él.

Él fue el primero en entrar. Ella no esperó invitación y lo hizo tras él, colocándose entre sus piernas. Trascurrió media hora en silencio.

—¿Mejor? —Le salpicó la cara con agua.

—Sí —Sonrió, aunque él no pudo verlo—. Adrien, necesito preguntarte algo.

—Tú dirás.

—Si tú y yo no... estuviéramos juntos, ¿seguiría trabajando contigo?

—Eso sería complicado.

—¿Por qué?

—Porque te quiero en todos los sitios donde yo esté.

—No estoy segura de que eso sea una respuesta.

—Dani, Dani, Dani. Has dado un giro considerable a mi vida. Estás dentro y te quiero ahí. No concibo no verte o no tenerte. Eres como esa llovizna que antes me describías. Has ido penetrando y penetrando y ahora estoy calado hasta los huesos de Daniela.

Ella sonrió al escucharlo mientras sentía cómo se aceleraba su latido.

Él se incorporó para besarla en la mejilla, después volvió a apoyar la cabeza en el borde de la bañera. Continúo hablando.

—Poder, lo que se dice poder trabajar juntos, sí que es posible, pero ¿no crees que llegados a este punto sería muy complicado?

—No te digo que no lo fuera, solo te pregunto si sería posible.

—Ya te he dicho que lo veo complicado.

—Hay muchas personas a las que les ocurre algo así. Tienen una relación y trabajan juntos, pero un día se acaba y tienen que continuar.

—En esos casos, seguramente ninguno de los dos tenga potestad para quitarse al otro de encima y se tengan que conformar con seguir viéndose cada día a pesar de haber terminado.

—No me gusta lo que estás diciendo.

—Dani, cariño, solo intento decirte que de tener problemas seguro que a ninguno de los dos nos resultaría cómodo seguir trabajando juntos. Suene como suene, es la realidad. Si quieres puedo decirte que si algún día terminamos podremos continuar como si nada, pero no se ajusta a la realidad y en el fondo tú lo sabes. Y ahora, dime: ¿qué pretendes decirme con todo esto?

—Me ha pasado por la cabeza.

—¿Por qué?

—No te lo sé decir. Te he contado cómo fue mi vida, pero todavía hay secuelas. No todo es tan fácil como creí. Quisiera levantarme un día y pensar que es el primero de mi vida, como si no hubiera un pasado. Como despertar de un profundo coma y no recordar nada. Eso me crea inseguridad.

Él la levantó ligeramente para darle la vuelta y que quedara frente a él. Quería mirarla a los ojos.

—Ahí te equivocas —Le levantó la barbilla para que lo mirase—. Tu pasado es tu pasado. Debes dejarlo fuera. Ya no está. Ya no existe nada de todo lo que me has contado. No puedes seguir castigándote por no haber sabido reaccionar. Eso no es cobardía, Dani, eso es lo que te enseñaron a hacer. No me pareces cobarde, me pareces una mujer fuerte, más de lo que crees. Te viste atrapada en una vida que tú no elegiste. Hiciste lo que pudiste. Te pidieron más de lo que te dieron. Eras muy joven. Ahora «sí» —remarcó la afirmación— que te quieres lo suficiente como para no dejar que esa parte de tu vida te afecte. Ahora sí quieres vivir, sí sabes hacerlo, sí sabes decidir. Solo tú puedes dejar de machacarte con todo aquello y pasar página. Ya te hicieron y te hiciste bastante daño. No permitas que vuelva a ocurrir.

»Sé que no es fácil desprenderse de todo ese peso y comenzar una nueva vida sin más. Pero a mí me parece que lo has hecho muy bien y me has demostrado que eres una mujer fuerte con ganas de vivir. Sabía que había algo en tu vida que te hacía daño y por ello he querido que me lo contases, pero en ningún momento me ha parecido que fueras una persona traumatizada incapaz de seguir adelante y olvidar.

Ella se acercó a él para acurrucarse en sus brazos. Él la rodeó por completo con todo su cuerpo.

—Hay algo que quiero comentarte respecto a lo que me has contado —le dijo, preocupado.

—Dime.

—Creo que tu tío tiene mucha parte de culpa en todo esto.

—Él no sabía...

—Si no sabía es porque decidió mirar a otro lado. El que busca encuentra.

—Adrien, él era un hombre joven, destrozado por la muerte de mis padres, no tenía por qué hacerse cargo de mí, una niña pequeña y traumatizada.

—Si tanto quería a tus padres, debió homenajearlos mejor. Cuidar de su hija hubiera sido un buen comienzo. Para seguir con su vida no tenía que renunciar a ti. Hay muchas formas de tener ayuda para cuidarte. Corrígeme si me equivoco, pero me parece que tenía recursos económicos suficientes.

—Cuando le hablé de todo lo que había pasado, se enfadó. Me dijo que debía haber hablado con él.

—Joder, Dani, eras una niña, luego una adolescente. El que tenía que estar pendiente de ver si era oro todo lo que relucía era él, no tú —Cogió aire—. Mira, no lo sé. Quizás lo estoy juzgando sin saber nada, pero es la impresión que tengo. Deberías aclarar con él algún día qué es lo que pasó. Aunque si eso sirve para que retrocedas, mejor déjalo estar.

—Quizá lo haga algún día. De hecho, tengo que hablar con él.

—¿Por?

—Quiero preguntarle algunas cosas que me contó Ángel.

—¿Qué cosas?

—Estamos cotillas, ¿eh?

—Dani, no me toques mucho los... y cuéntamelo —dijo, enfadado.

Daniela levantó la cabeza para mirarlo. Quería comprobar si estaba enfadado o solo le había parecido.

—¿Por qué te enfadas?

—Me vas a contar qué pasó ayer por la tarde y me lo vas contar ahora.

—¿Y si no quiero?

Adrien empujó el cuerpo de Daniela hasta sumergirla. La cogió totalmente desprevenida, por lo que al emerger a la superficie tuvo que coger aire. Había tragado agua.

Las carcajadas de Adrien la enfurecieron.

—Eres un...

—Shhhh. Tranquila, cariño. Recuerda lo que hablamos de la elegancia. —Siguió riendo.

Daniela intentó separarse de él y se sujetó al borde de la bañera para apoyarse, queriendo coger impulso y levantarse, pero no calculó bien el movimiento y acabó resbalando y sumergiéndose de nuevo. Al intentar salir empujó un frasco de sales apoyado en uno de los bordes y se golpeó en la cabeza.

Adrien se retorció en el agua sin poder parar de reír, más por la expresión de furia que había en ella, que por la caída en sí.

Podría seguir enfadada, él no paraba de reír y se sentía ridícula, pero no lo hizo. Se quedó de rodillas frente a él viendo cómo se desternillaba de la risa. Su expresión se suavizó y sonrió. Era todo un espectáculo contemplarlo. Parecía un niño. Se veía tan feliz.

—Anda, ven, no te enfades —La acercó a su pecho sin dificultad—. Venga, cuéntame por qué ayer estabas tan mal. ¿Qué pasó con ese hombre? Pero contéstame antes a algo. ¿No te ayudó cuando tu abuela estaba mal?

—¿Ángel? —Al ver que él asentía, continuó—: No, Al principio venía a visitarla a menudo, pero los tres o cuatro últimos meses prácticamente desapareció. Solo vino alguna vez e hizo alguna que otra llamada. Ni siquiera vino al funeral, estaba fuera por trabajo, o eso es lo que me dijo. Volví a verlo en la apertura del testamento. A él le dejó el piso de Barcelona.

—Increíble.

Después de hablarle de la herencia, Daniela le contó que fue Nico quien la animó a dejar Barcelona e irse a vivir a Madrid.

—¿Cuánto tiempo llevabas en Madrid cuando hiciste la entrevista en Versus?

—No llegaría ni a un mes.

—Pues yo te vi muy decidida. La mujer que me desafió metiendo sus bragas en un sobre con una nota de lo más irónico, no parecía recién salida de una vida como la que me has descrito.

—¿Te burlas de mí?

—En absoluto. Solo quiero que recapacites en esa mujer que te estoy describiendo. Empezaste con ganas y muy fuerte. No lo estropees ahora —Hizo una breve pausa—. Ahora háblame de lo que pasó ayer.

Daniela le explicó la conversación con Ángel y le habló de las fotos que le entregó. Continuó con lo ocurrido en el hospital cuando acompañó a Eva y terminó por confesarle lo que habló con Nico con respecto a la responsabilidad en la muerte de su abuela.

Cuando le dijo que había llamado a la puerta de Nico gritando «Yo maté a mi abuela», Adrien dio un respingo y la miró asustado. Daniela imaginó que debía estar pensando en que le había clavado un cuchillo o la había asfixiado. Él no dijo nada y eso le hizo sentir un escalofrío. Con Nico había sido fácil hablar de ello, pero con Adrien y sus silencios todo era más complicado.

Terminó su relato aclarando a qué se refería cuando afirmaba haberla matado.

—¿No vas a decir nada?

—Dices que fuiste a hablar con Nico, ¿no?

Ella asintió.

—Entonces supongo que él debió aclararte que no estabas en lo cierto.

—¿No se puede considerar una omisión de auxilio o algo así?

—Cielo, no creo que sea el caso. Estamos hablando de una persona que estaba prácticamente agonizando, en el fondo fue un acto compasivo.

—Yo no lo hice por eso. Tampoco me arrepiento. Solo me molesta el haber llegado a sentir algo así, a acumular rabia y odio de la manera que lo hice.

—No te tortures más con eso. Reaccionaste como lo hubieran hecho muchas personas en tu caso, incluso más tarde.

—No te creas que no lo pensé veces. Incluso fantaseé con asfixiarla con un almohadón.

—Tampoco te lo recriminaría —Le levantó la cara para besarla—. Fin del tema, Dani. No quiero volver a hablar más de esto. Quiero que te centres en dejar el pasado atrás y en dejar de culparte, bastante mierda absorbiste ya. Aun así, si tienes dudas o un bajón, cualquier cosa, quiero que lo compartas conmigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo—dijo a la vez que asentía.

—Me estoy empezando a arrugar.

—¿Todo lo tienes arrugado? —Le lanzó una sonrisa seductora.

—¡Comprobémoslo! Pero ya te adelantó que hay una parte bastante dilatada.

En un solo movimiento la levantó y la dejó caer en su erección, penetrándola rápida y profundamente.

Se animaron a preparar la cena. Ella asumió el mando organizando y ordenando todo lo que debían hacer. Adrien era incapaz de desenvolverse bien en una cocina y puso mucha atención en las instrucciones que ella le dio para cortar unas simples patatas. Ella se colocó a su lado cortando otros ingredientes.

Antes de terminar de cortar la segunda patata, algo que le llevó más de diez minutos, se concentró en servirse una copa de vino para él y un refresco para ella. Cortar patatas a la medida que ella le había pedido no era tan fácil como había creído. El vino le haría más amena la tarea.

—Dani, ¿quieres ser mi novia?

Ella escupió el refresco que tenía en la boca incapaz de ingerirlo, respirar y asimilar aquella pregunta. Lo miró sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Sí o no? —le exigió.

—Define novia.

—¿Necesitas una definición? —Se sentó en uno de los taburetes altos.

—Creo que tú la necesitas más. —Dejó lo que tenía en las manos.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es un no.

Adrien no dijo nada. Se limitó a mirarla confundido.

—Ayer te confesé lo que sentía por ti. Le puse un nombre, supongo que no me equivoqué, aunque tampoco me preocupa. Jamás antes he estado enamorada, así que deduje que todo lo que siento cuando estoy contigo o sin ti, se llama de esa forma. Eso es lo que dicen, eso es lo que he oído o leído.

»Lo único que pretendía era que tuvieras una información que considero importante, sobre todo porque, tal y como te dije, no quería acercarme más a ti sin que fueras consciente de que al hacerlo tus «idas y venidas» serían menos llevaderas y por eso te di una oportunidad para que lo frenaras. No lo hemos hecho, me he abierto a ti y te he contado lo más íntimo que hay en mi vida. Ahora que está hecho, solo espero que me ayudes a entender cuándo estás y cuándo no estás. Solo eso. Ya no hay marcha atrás.

»La etiqueta, aunque tú creas que la necesito, no es así. No quiero que ese sentimiento que te confesé acabe dentro de una plantilla donde se hacen las cosas porque se tienen que hacer. Ni tú ni yo queremos eso. No quiero que cuando estés en mi casa te quedes a dormir sin desearlo porque le hemos puesto nombre a nuestra relación y te sientas obligado a hacerlo. Quieres que estés si lo deseas o que no estés, pero que decidas libremente, y solo basándote en lo que quieres. No quiero que me cojas la mano por la calle, porque se supone que ya podemos hacerlo, ni que dejes la puerta abierta de tu despacho porque ya no importa que nos vean. No quiero que te sientas forzado a quedarte a mi lado cuando lo que deseas es salir corriendo, aunque sea por un momento. En ese punto solo te hago una petición: que me ayudes a entenderlo, pero sin renunciar a ese espacio que necesitas, sea cual sea el motivo.

»No quiero que vayamos a algún lugar y me presentes como tu novia porque quiero ser muchas cosas en tu vida y con ese nombre siento que nos reducimos.

»Viví durante muchos años rodeada de normas, de «lo que se supone debes hacer», de «esto es lo correcto», y ahora después de abrirme a ti, de escucharte cuando me has dicho que debía liberarme del pasado, solo podré hacerlo si me limito a sentir cada día, sin pensar, sin etiquetar, sin suponer qué es lo que toca o lo que queda mejor.

»No quiero ser tu novia, quiero seguir siendo Daniela, la señorita Kearney, Dani, y todos los nombres que me quieras dar. Como si te inventas uno cada día. Pero no quiero etiquetas, solo sentir y que seamos libres para ello. Quiero alimentarme de algo sincero, algo auténtico y algo... nuestro.

»Debo confesarte que me cuesta entenderte a veces. En muchas ocasiones eres totalmente previsible, pero en otras eres... una caja de sorpresas. A pesar de que me desconciertas a veces, y tengo que hacer un gran esfuerzo por entenderte cuando me hablas, la mayoría de las veces acabo haciéndolo e incluso sintiendo que tus palabras son mías. Es una extraña mezcla, un extraño proceso, pero acabo sintiéndome cerca de ti, cada vez más.

Le tendió la mano y ella se acercó. Él separó las piernas para que ella pudiera acercarse a él. Entrelazó las manos en su espalda. Habló muy despacio.

—Yo deseo la misma libertad y sinceridad que tú. Como te dije, he sentido miedo o incluso pánico en muchas ocasiones que he estado contigo, pero no por ti, sino por no saber entender lo que me estaba ocurriendo. Miedo a lo desconocido, sensación de inseguridad cuando no tienes algo bajo control... Pero ayer, por la razón que fuera, sentí que te había fallado, y el dolor que me produjo me hizo entender que estaba más cerca de ti todavía. Sentí angustia cuando me dijiste que no querías abrirte más a mí por miedo a implicarte más y sufrir. Después de contarme tu historia, seguí sintiéndome más cerca. No te voy a decir que lo que siento ha dejado de hacerme temblar, pero sí te diré que es lo que deseo sentir.

»Quiero saber más de ti. Quiero ser tu apoyo para que cierres la puerta a tu pasado; quiero cuidarte y que jamás sientas que te he fallado; quiero ayudarte a vencer tus miedos al mismo tiempo que venzo los míos; quiero besarte en mi despacho sin preocuparme del putito pestillo o de algún maleducado que entre sin llamar; quiero darte la mano si me apetece sentirte cerca o si siento que tengo que sujetarte para no caer; quiero quedarme en tu casa o pedirte que te quedes en la mía, porque sé que ahora no seré capaz de marcharme después de estar contigo de cualquiera de las maneras.

»Yo tampoco quiero nombres, ni quiero confundirte con ellos. No me gustaría reducir lo que voy sintiendo a susurros que incluyen un «te quiero». Si eres la única y eres la primera, quiero inventarme un nombre cada día.

»No sabía muy bien cómo expresarlo y he pensado en la palabra novia. Podemos cambiarla, añadirle un guion, una coma, un acento o ponerle entonación francesa. Lo que me importa es que tenga nuestro significado, el que tú y yo vayamos encontrando.

»Hay una canción que dice: «Sin ti...”ya” no, sin ti...”yo” no». ¿Qué me dices? —La besó suavemente en los labios—. ¿Quieres ser mi... «todo eso»?

Daniela sentía ganas de llorar. Aquellas palabras le removieron todo, absolutamente todo su interior.

—Tu discurso habría sido perfecto —le dijo sonriendo—, si hubieras incluido «más quiero».

—Joder, ¿más? —La acercó bruscamente a su cuerpo haciendo que ella se sobresaltara—. Ilústrame... ¿Qué «quieros» le han faltado a la señorita?

—Falta un «Quiero follarte en todos los lugares, de todas las formas y en todas las partes...». —Sonrió tímidamente.

—Joder, Dani...

—¿También lo quieres o no?

Él echó la cabeza atrás liberando una carcajada.

—Quiero y mucho y... a todas horas. Lo que no estoy seguro es de querer una novia tan poco elegante.

—Así que «novia», ¿eh?

—Si es que en el fondo me gusta, para que te voy a engañar.

—Ya sabía yo que detrás del esnob señor Zafiro había un hortera de mucho cuidado. —Acercó su boca y le lamió los labios.

Él se rio y se bajó del taburete.

La cogió de la mano en dirección al dormitorio.

—Señorita Kearney, vamos a consumir el noviazgo. Voy a atender todos tus «quieros».

—Es lo mejor que has dicho en toda la tarde.

Entrada la madrugada, exhaustos por todo lo acontecido en los dos últimos días y por el desgaste físico que supuso refugiarse bajo las sábanas para abandonarse a todas las emociones



que ya no requerían palabras, se rindieron ante la necesidad de conciliar el sueño.

Habían luchado contra él por miedo a dejar sentir aquella plenitud cuando despertasen. Habían convertido el aire en una mezcla de promesas en silencio y de pasión a borbotones. Habían llenado cada rincón de la habitación con sus cuerpos sudorosos y ambiciosos de placer, pero no de cualquier placer, del que entendían que solo serían capaces de alcanzar si estaban juntos, si eran ellos los que firmaban esa entrega.

Conciliaron el sueño perdidos en los últimos pensamientos del día.

Daniela se recreó en la sensación de limpieza que sentía en su interior. Seguramente un psicólogo le diría que necesitaba más tiempo y que lo que sentía era una simple sensación de euforia, pero ella se conocía y sabía que algo había cambiado. Se había perdido muchas cosas en la vida y suponía que de alguna forma, esta la estaba compensando.

Adrien, por otra parte, no dejaba de darle vueltas al pasado de Daniela. No entendía cómo le habían fallado tantas personas, ni cómo había podido salir adelante. Era una vida triste y apagada, como una vez le dijo Nico. Respecto a este, entendió que había sido esencial en su vida y entendía que ambos estuvieran tan unidos. La que no encajaba era Ana. La había traicionado y él tendría que encontrar el momento de explicarle lo que sabía.

Por primera vez, desde que llegara Daniela a su vida, terminó el día sin dudas y sin miedos respecto a ella. Algo había cambiado. Se sentía fuerte y con ganas de enseñarle a esa mujer todo lo que lamentaba haberse perdido. Le enseñaría la vida. Era consciente de que el miedo podría aparecer y dejarlo fuera de combate por momentos, pero no era algo que le preocupase. Igual eso de ponerle nombre a las cosas terminaba por ser terapéutico y ahuyentaba las inseguridades.

Sonrió al recordar su propuesta. Jamás hubiera imaginado que le pediría a alguien que se convirtiera en su novia, pero es que no supo cómo transmitirle que necesitaba más de ella. Que todo lo que había ocurrido en los dos últimos días le habían hecho desear más y más. No quería analizar cada escalofrío que sentía cuando estaba con ella o cuando no estaba, no quería pensar más en si debía llamarla o no. No quería volver a sentir ese malestar consigo mismo cuando veía que le había fallado. Quería estar con ella de todas las maneras.

Le sorprendía constantemente. Le hablaba de miedos y de culpas, de cobardías. Sin embargo, le había demostrado ser una mujer con las ideas muy claras. Le había atrapado y cautivado con su discurso. El corazón le latía a mil cuando la escuchaba, tan segura de lo que decía, sin perder la sonrisa. No se imaginaba su vida sin ella.

—Deberías haber traído un calzado más apropiado. Te dije que íbamos a una casa en la sierra —le dijo Adrien.

—No me dijiste que fuéramos a pasear por una zona así. Pensé que unas zapatillas de deporte serían suficientes. Si lo que pretendías era que trajera botas de montaña, tampoco las hubiera traído... ¡no tengo!

Mientras caminaban, Daniela pensaba con nostalgia en lo poco que quedaba para terminar el fin de semana. Ese día se había levantado más temprano que él para preparar el desayuno. La noche anterior apenas habían cenado. La cena se había interrumpido y no mostraron interés alguno por acabar de prepararla. Se limitaron a preparar una bandeja con tentempiés fríos que fueron devorando entre un momento intenso y otro, más por la necesidad de reponer fuerzas que por tener apetito en sí. Por ese motivo preparó una cantidad de comida descabellada para desayunar.

Antes de iniciar la excursión al mirador, que tanta ilusión le hacía a él mostrarle, lo dejaron todo preparado para poder partir hacia Madrid a primera hora de la tarde.

Algunos restos del desayuno y la cena, a pesar de las protestas de Adrien que se negaba a comer las sobras, les acompañaron en una pequeña bolsa. Habían comido más que suficiente en el desayuno para el resto del día, con el contenido de la bolsa aliviarían la sensación de hambre que pudiera aparecer a la hora de la comida. Adrien aceptó a regañadientes, en parte cautivado por la idea de pasar más rato disfrutando de las vistas que quería mostrarle.

Cuando llegaron, Daniela se sorprendió. Era un lugar idílico con un paisaje espectacular.

Dejaron el coche en la pequeña explanada que había junto a la carretera y siguieron un pequeño camino que les condujo hasta el borde de la montaña. Allí debían extremar las precauciones. Unas grandes piedras hacían la función de banco para que los que habían descubierto ese lugar pudieran contemplarlo cómodamente.

Se sentaron y se abrazaron sin decir nada. Disfrutaron un buen rato del silencio y de las vistas. Adrien se decidió a sacar las provisiones, que a pesar de haber dudado en llevarlas, desaparecieron rápidamente mientras hablaban.

—Mi padre me trajo aquí por primera vez.

—Es increíble. Yo no soy mucho de montaña, la verdad, pero sé apreciar un rincón impresionante. Y este me lo parece.

—A mí me ocurre igual. Soy más de ciudad y de playa, pero este sitio tiene algo especial y algunas veces he venido aquí a desconectar del mundo. Venía directamente, ni siquiera entraba en la casa. Después de un par de horas... volvía a Madrid.

Adrien estaba más hablador de lo habitual. Le contó sobre las situaciones por las que se había visto desbordado y había acudido a aquel lugar con el propósito de reunir fuerzas. Todos esos momentos tenían que ver con un exceso de trabajo y sensación de estrés. No le habló de ninguna situación de índole personal que le hubiera hecho escapar a aquel lugar para poder desconectar del mundo y poner orden a sus ideas.

Cuando se hizo de nuevo el silencio, ella desvió la vista a un saliente de la montaña que quedaba justo a su lado. Una roca gigante que parecía flotar.

—Desde ahí se tiene que ver mucho mejor.

—No es muy seguro. Desde aquí sí lo es.

—Vamos, no lo veo tan peligroso, solo sobresale un poco, pero es más alto. Seguro que puede verse esa zona de ahí.

—Pues te quedas sin verla. Es... ¡Dani! —gritó al verla dirigirse hacia allí—. Ni se te ocurra subir ahí.

Ella ignoró su advertencia. Mientras él gritaba, ella iniciaba el ascenso con rapidez. No era tan peligroso como él decía. Solo debía ir con cuidado. No se aproximaría al borde.

Adrien corrió tras ella. Se quedó parado justo delante de la zona por donde se iniciaba el ascenso. No podía creerse que Daniela hubiera llegado hasta allí y se hubiera sentado tranquilamente ignorándolo de aquella manera. Aquel lugar era peligroso.

—Daniela, baja inmediatamente de ahí.

—Vamos, es espectacular lo que se ve desde aquí. Allí se ve agua. ¡Sube!

—Joder, Daniela. Es peligroso. Una vez vi a mi tío romperse el hombro al intentar bajar. ¡Baja de una vez! —Se acercó y le tendió la mano para que se decidiera a iniciar el descenso. Le temblaban las piernas. No podía soportar verla allí arriba encaramada en una roca tan cercana al precipicio.

—Sube a buscarme —dijo, traviesa.

—Dani, baja de una puta vez. —Estaba furioso

—No te pegan esas palabras, señor Zafiro.

Adrien perdió la paciencia e inició el ascenso. Estaba tan enfadado que solo podía pensar en las mil maneras en que la iba a estrangular cuando la alcanzara. Estaba muy asustado por lo que pudiera pasar, no era un lugar seguro y ella se estaba comportando como una niña malcriada que se negaba a escucharle. Seguía más pendiente de su rabia que de apoyar los pies correctamente, por lo que en un descuido resbaló, perdiendo el equilibrio. Descendió bruscamente hasta tocar el suelo. Había poca altura, pero suficiente para que su tobillo recibiera un fuerte impacto.

Daniela contempló la escena horrorizada. Rápidamente intentó descender, pero tal y como él le había avisado, era más fácil subir que bajar.

—Adrien, ¿estás bien?

Él no contestó. Se agarró el tobillo fuertemente para intentar aliviar el dolor que sentía. Ella insistió en preguntarle por su estado gritando más fuerte.

—Ten cuidado, joder. Baja despacio. No puedo levantarme.

Daniela no podía estar más arrepentida. Inició el descenso con mucha dificultad. El hecho de saber que él estaba herido no ayudaba. Se añadió la dificultad de no poder apoyar la mano que se había lastimado hacía tan solo unos días. Seguro que cuando Jaime le dijo que no la forzase demasiado en unos días incluía el no descender por una roca empinada.

Cuando consiguió llegar a su lado, lo encontró sentado en el suelo con una pierna estirada.

—Adrien, lo siento. Lo siento mucho —dijo lloriqueando.

La mirada que le lanzó la hizo estremecerse. ¿Lo había visto alguna vez tan furioso?

—Déjame ver qué te has hecho —le dijo acercando sus manos al tobillo.

—Es evidente lo que me he hecho —Se sujetó el tobillo con una mueca de dolor—. No sé si podré caminar.

—Quiero ver si está roto o no.

—Muy bien, señorita fisioterapeuta. ¿Y si no está roto, qué puede ser? —le dijo con desprecio.

—Un esguince. —Le examinó el tobillo mientras él se mordía el labio y cerraba los ojos con fuerza debido al dolor que le producía.

—No creo que esté roto, pero hasta que no te hagan una placa no se puede saber. Igual es una

pequeña fisura. Lo siento, Adrien, no pretendía que pasara esto.

—Déjalo estar ya, Dani. Ya no se puede hacer nada —Las ganas de asesinarla fueron disminuyendo—. Déjame pensar. Ahora tenemos que llegar hasta el coche. Aquí no hay cobertura.

—Apóyate en mí.

La fulminó con la mirada.

—Adrien, siento lo que ha pasado. No pretendía que te lastimaras. Me siento fatal, pero deja de mirarme como si estuviera loca. Haz lo que te digo, sé mucho más de esto de lo que puedas imaginar.

Le costó mucho esfuerzo ayudarlo a levantarse y que se mantuviera de pie, apoyando todo el peso en una sola pierna. Ella le dio instrucciones de cómo apoyar el pie para empezar a caminar sintiendo el menor dolor posible.

Adrien hizo lo que ella le pidió, comprobando satisfecho que ella estaba en lo cierto. Apretó los dientes en cada paso debido al dolor que sentía, pero fue capaz de avanzar hasta llegar al coche.

Daniela abrió la puerta del copiloto y le ayudó a sentarse para poder maniobrar con su cuerpo y que él solo, a su manera, encontrara la forma de colocarse correctamente.

—Intenta girarte poco a poco.

—¿Para qué? —Buscó en el bolsillo—. Llamaré a Jaime a ver qué se le ocurre, o igual debería llamar a Esteban.

—¿Quién es Esteban?

—El hombre que se encargaba del mantenimiento.

—No vas a llamar a nadie. Colócate bien y ponte el cinturón.

—¿De qué estás hablando?

Daniela se acomodó en el asiento del conductor. No quería que él se diera cuenta del temblor de su cuerpo.

—Dame las llaves y haz lo que te he pedido. ¡Cinturón!

Él cogió el cinturón, más por acto reflejo que por entender lo que estaba haciendo.

—¿Pretendes conducir?

—Sí.

—Pero... si tú...

Ella suspiró y se giró para coger su bolso. Buscó el permiso y se lo mostró.

—Te dije que no conducía, no que no pudiera hacerlo.

—Joder, Daniela —dijo, frustrado—. ¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—Hace ocho o nueve años.

—¿Y pretendes meterte en esa carretera?

No le respondió. Puso el coche en marcha. Agarró fuertemente el volante con ambas manos. Se concentró en hacer desaparecer algunas imágenes que intentaban colarse en su cabeza. Si permitía que entraran, no sería capaz de mover el coche ni un solo metro. Ya habían anidado suficiente tiempo en su interior. Había llegado el momento de plantarles cara definitivamente. Estaba nerviosa, aunque luchó con todas sus fuerzas para que él no se diera cuenta de ello. Cuando el coche empezó a avanzar, muy lentamente, él se recostó en el asiento apretando los nudillos sin ser capaz de decir nada.

—¿Rezo? —le dijo todavía enfadado.

—¿Qué tal un «Ánimo, Daniela, tú puedes»?

—Es que no sé si puedes.

—Confía en mí, joder. Nadie desea que esto salga bien más que yo.

—De acuerdo —dijo suavemente. Lo que menos pretendía era ponerla nerviosa—. Ve despacio. ¡Concéntrate en lo que haces!

La velocidad debía estar por debajo de la permitida, incluso en una carretera de esas características, pero Adrien no se atrevió a abrir la boca.

—¿Vamos a la cabaña o a Madrid?

—¿A Madrid? ¿A esta velocidad?

—Cuando salgamos de esta carretera, podré acelerar más, pero con estas curvas...

—Ve a casa. Allí pensamos.

Cuando detuvo el coche completamente sorprendida de su proeza, se sintió más fuerte que nunca y le convenció con todos los tipos de sonrisa que conocía para que hicieran el trayecto hasta Madrid. Ganarían tiempo con ello, aunque fuera lentamente, en vez de esperar la llegada de su amigo.

A Adrien le costó decidir qué debían hacer. Ella tenía razón, aunque no estaba seguro de que fuera capaz de llegar hasta Madrid sin un percance. Dios, esperaba no equivocarse. Por otro lado, no quería que pensara que no confiaba en ella. Tenía que haber una razón para que hubiera estado ocho años sin conducir y justo se había decidido a hacerlo cuando él lo necesitaba. Merecía un voto de confianza. Su forma de manejar el coche le pareció correcta, así que no sería él quien impidiera que ella superase esa fobia a conducir.

Daniela entró en la casa para coger las maletas que habían dejado preparadas. Volvió a salir con una bolsa de hielo que le entregó a él para que se la aplicase en el tobillo.

Adrien, mientras la esperaba, se ocupó de hablar con el matrimonio que se encargaba de cuidar la casa para darles algunas instrucciones.

Iniciaron su marcha sin decir nada. Se relajó cuando dejaron atrás la carretera de curvas, la misma que le había revuelto el estómago el día anterior, y se incorporaron a la carretera principal. Se sentía cómoda y segura y empezaba a dominar la situación. La velocidad era adecuada tirando a baja, pero ninguno tuvo valor para hablar de ella.

Adrien llamó a Jaime para explicarle el incidente. Acordaron encontrarse en una puerta trasera del hospital. Él se encargaría de que lo atendieran rápidamente.

—¿Qué especialidad tiene Jaime?

—Es cardiólogo. Antes fue cirujano cardiovascular, pero dejó la cirugía.

—¿Por qué lo dejó?

—No esperes una de esas conmovedoras historias en las que por una negligencia perdió a alguien en la mesa del quirófano y fue incapaz de volver a coger un bisturí.

—¿Entonces?

—Cuando Víctor y yo le preguntamos, su respuesta fue: ¿Qué más os da? Lo dejo y punto.

—¿Eso os dijo?

—Sí, no es de dar muchas explicaciones. Al poco tiempo montó la consulta privada que atiende por la mañana. Dedujimos que ese era el motivo. Quería hacer varias cosas y, por la razón que sea, la cirugía no encajaba en sus planes.

—Quizás tuvo una mala experiencia de verdad y no quiso hablar de ella.

—No. Sabemos que no fue así. Jaime es muy especial, y sus razones para hacer las cosas distan mucho de ser convencionales.

Dos horas y media más tarde, se encontraban frente a la puerta que les indicó Jaime. Tuvieron algunos problemas para acceder y tuvieron que llamarlo para que hablara con los de seguridad, que solo permitían el acceso a ambulancias.

A Adrien le resultó más doloroso de lo que podría haber llegado a imaginar.

Inconscientemente, debido a la velocidad que llevaban, su pie derecho, el herido, se movía llevado de un impulso, como si intentara acceder al acelerador. Y es que su cerebro era incapaz de asimilar que en plena autopista fueran a una velocidad de 80 km/h. Llegó con el pie mucho peor de lo que estaba cuando iniciaron el viaje de regreso. Tantas veces presionó el pie buscando el acelerador ficticio que acabó por empeorar su estado.

Jaime se acercó a ellos, una vez solucionado el acceso, trayendo consigo una silla de ruedas. Adrien puso los ojos en blanco y se sentó en ella maldiciendo.

—Por un momento pensé que los de seguridad le estaban impidiendo el paso a un carro con dos caballos. Joder hace dos horas que me llamaste.

—Daniela conduce despacio.

Ella sonrió ante el comentario del médico.

«Si tú supieras...»

Adrien y Jaime desaparecieron por la puerta de acceso a urgencias. Ella se quedó en la sala de espera, en realidad nadie le había invitado a entrar con ellos.

Una hora más tarde, Adrien salió caminando con una muleta y una venda desde el pie hasta la rodilla, de un grosor considerable. A cierta distancia podría pasar por una escayola.

Daniela lo miró estupefacta. Este cruzó una mirada con ella. Tenía un humor de perros. La arruga que aparecía entre sus cejas lo evidenciaba.

—Venga, os acompaño a casa. Ya vendré a buscar mi coche.

—Puedo llevarlo yo.

—Al paso que vas, llegareis cuando tenga que volver a hacerse una revisión —Le sonrió—. En serio, ya os llevo yo en su coche. Por lo que me ha contado Adrien, es mejor que no abuses y descanses.

Dejaron al herido sentado en la sala de espera unos minutos, mientras se dirigían a una sala en la que Jaime le enseñó la placa que le habían hecho y le aclaró que no había fractura. Se pusieron de acuerdo para establecer el tratamiento a seguir. Jaime le proporcionó a Daniela el material que ella le pidió para hacerse cargo de la lesión, como fisioterapeuta. Todo ello sin comentarlo con el afectado. Dado el humor que tenía era mejor no decirle nada.

Cuando volvieron a la sala de espera, Adrien no les preguntó el motivo de que hubieran desaparecido volviendo con una bolsa, que cargaba ella y de la que desconocía su contenido. Cada vez que se miraba la pierna, tensaba la mandíbula para evitar decir lo que pensaba o acabaría arrepintiéndose.

En casa de Adrien, Jaime le ayudó a acomodarse en el sofá. Extrajo unas tijeras de la bolsa y empezó a cortar la venda con sumo cuidado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Adrien, perplejo.

—Quitarte esta absurda venda. Tienes una fisioterapeuta que se va a encargar de tu pie, y todo esto sobra.

—¿Qué?

—Adrien —intervino ella—, tienes dos opciones. O estás diez días con el pie inmovilizado utilizando esas muletas para caminar, o te quitamos esa venda y me dejas hacerlo a mi manera.

—¿Y qué gano a tu manera?

—Poder caminar sin muletas.

—¿Y qué me harías? —preguntó, despectivo. Ese tono no le gustó a ella.

—Convocar a un dios azteca muy efectivo en estos casos. Dos patas de gallina, sangre de avestruz y... magia.

Jaime soltó una carcajada y ella no pudo evitar acabar riéndose con él.

—Por si no te has dado cuenta, no estoy para chistes. El próximo domingo tengo que ir a París para una reunión muy importante y no puedo faltar de ninguna manera.

«¿París?»

—Pues con más motivo para que confíes en mí. No te voy a hacer nada que cualquier fisioterapeuta no sea capaz de hacerle a un esguince como el tuyo.

Adrien miró a Jaime, que estaba algo más alejado que Daniela. Él asintió con la cabeza dándole a entender que ella sabía de lo que estaba hablando.

—Adrien, lo que necesitas es un fisioterapeuta, no un vendaje de metro y medio. No es que no sea correcto lo que te han puesto, pero hay otros métodos y más efectivos.

Adrien se pasó las manos por la cabeza. Miró su tobillo, hinchado y algo amoratado.

—Está bien. Haz lo que tengas que hacer.

Adrien se recostó en la cheslón del sofá para tener la pierna estirada y facilitar el trabajo a Daniela.

Le practicó varios masajes que le hicieron saltar en más de una ocasión del sofá. Jaime se sentó a su lado para observar su trabajo.

Adrien la observaba atentamente. Deslizaba sus manos por su pierna totalmente concentrada. Cuando sabía que el movimiento que le iba a practicar le iba a resultar doloroso, lo miraba fijamente y se mordía el labio, como si quisiera disculparse con ello. Su imagen lo hipnotizó, haciendo que el dolor quedara en segundo plano.

Unos minutos después, el timbre de la puerta les anunciaba una nueva visita.

—Debe ser Víctor —dijo Jaime, levantándose para abrir la puerta.

—¿Le has avisado? —preguntó Adrien.

—Habíamos quedado. No querrías que le diera plantón. Además, tengo que recuperar mi coche, está en el hospital.

Se alejó. Volvió acompañado de Víctor.

—Hola a todos. No me podía perder el espectáculo —dijo Víctor divertido.

Daniela sonrió mientras seguía trabajando. Esta vez le aplicaba una pequeña venda a Adrien.

—Hola, Daniela. ¿Qué tal el enfermo?

—Mejor no preguntes.

Víctor se echó a reír, consciente de que la expresión de Adrien era la causante de su comentario.

—Ya está —dijo ella, levantándose y colocándose junto a Víctor—. ¿Qué tal estás de textos bíblicos?

Todos la miraron sin entender a qué se refería.

—Homenaje a Lázaro: «Levántate y anda».

Jaime y Víctor rieron con ganas. Adrien solo se permitió esbozar una sonrisa.

—¡Hazlo! —insistió ella.

—¿Ahora?

—Te dolerá un poco, pero notarás la diferencia.

Adrien se levantó y se quedó de pie, no muy convencido de que dar un paso fuera una buena idea. Cuando se animó a hacerlo, comprobó que aunque todavía le producía muchas molestias, el dolor era diferente al que había sentido cuando llegó al hospital. Se sentía más seguro al caminar. Dio varios pasos y volvió a detenerse.

—¡Eh! No te emociones —le dijo Jaime—, aún está muy inflamado. Poco a poco. Mañana más —Se cruzó de pies a la altura de los tobillos apoyándose en una mesa—. Deberías hacer reposo al

menos un día. Y hoy, si puede ser, no camines en exceso.

Adrien volvió a caminar hacia el sofá. Esta vez simplemente se sentó.

—¿Cómo te lo has hecho? —preguntó Víctor con curiosidad.

Adrien le lanzó una mirada a Daniela dejándole claro que todavía estaba enfadado.

—Mientras le cuentas la aventura a Víctor, yo me voy.

—¿Adónde vas? —Adrien no ocultó su sorpresa.

—A casa de Nico.

—¿Es necesario?

—Según se mire.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando se te borre esa expresión de «te perdono la vida», me avisas. —Le lanzó un beso al aire. Cogió su abrigo y besó en la mejilla a los dos amigos, que se estaban partiendo de risa.

Durante el trayecto aprovechó para llamar a Eva e interesarse por su estado de ánimo. Le contó que esa misma mañana se había celebrado el funeral. Estaban muy cansados, pero mucho más tranquilos.

Cuando llegó a casa de Nico, se encontró a un Javier con cara de haber dormido poco, frente a la puerta.

—Hola, guapísima. —Se apartó de la puerta dejándole paso y la besó en la mejilla.

—Hola, Javier. No esperaba encontrarte aquí.

—Ayer nos fuimos a dormir muy tarde. —Se estiró en el sofá con el móvil en la mano.

—¿Nico?

—Está en la ducha.

—Voy a hablar con él.

Desapareció por el pasillo que conducía a su habitación. Entró en el baño que había en su interior. La luz estaba encendida y se escuchaba el sonido del agua. Se quedó de pie junto a la entrada de la ducha.

—Tengo algo que decirte —dijo emocionada alzando la voz para que el agua no le impidiera escucharla—. He conducido un coche. ¡Sí! Lo que oyes. He vuelto, he vuelto, he vuelto —Su monólogo incluyó una risita divertida e infantil—. Es increíble... ayer aporreaba tu puerta para confesarte que había matado a mi abuela y hoy... solo puedo pensar en que he vuelto a conducir. ¿Me estás escuchando? ¡Corta el agua! Será solo un momento.

El sonido del agua desapareció. Una silueta difuminada apareció tras la puerta de la mampara abriéndola lentamente. Esperó, impaciente por ver la expresión de Nico, con una sonrisa tan estirada que hacía que le dolieran los pómulos. Esta desapareció, bruscamente, cuando la imagen con la que se topó fue con la de Olivier, tal y como su madre lo trajo al mundo.

Incapaz de cerrar la boca, fijó su mirada más o menos en la mitad de su cuerpo, por debajo del ombligo. Sintió calor en sus mejillas. Calor sofocante.

—¿Qué... qué haces aquí? Tú, tú... no eres Nico —le dijo mirándolo, esta vez, a los ojos.

—Darme una ducha, y no, no soy Nico. Buena apreciación. —Esbozó una ligera sonrisa de medio lado.

Ella siguió mirándolo incapaz de entender qué es lo que estaba pasando. Debería salir corriendo o darse la vuelta, pero algo le impedía hacerlo. Su mirada volvió a desviarse hacia la mitad de aquel perfecto y musculoso cuerpo que empezaba a mostrar las primeras fases de una erección.

—¿Te importaría ta-taparte un poco? —Intentó parecer escandalizada, pero no resultó muy creíble. Seguía embobada recorriendo todo su cuerpo con la mirada.



—Lo haré encantado si no me bloqueas la salida o si me pasas una toalla. —Parecía divertirse con la situación.

Se giró para coger una toalla.

«Sal de aquí corriendo», se dijo.

Y así lo hizo. Se dirigió al otro baño deduciendo que quizás fuera en aquel donde se encontrara Nico.

Nico estaba acabando de vestirse cuando la vio entrar.

—¡Daniela! No te esperaba. ¿Estás bien?

—Sí, es solo que me confundí de baño y encontré a Olivier en tu ducha. No estaba tan vestido como tú.

Nico se echó a reír.

—El chico es guapo, tampoco habrá sido tan duro, ¿no?

—¿Qué está haciendo aquí?

—Ayer hicimos una pequeña fiesta y acabamos muy tarde. Se quedó a dormir.

—No sabía que fuerais tan amigos.

—Javier y él se conocieron primero en Versus. Luego nos fuimos haciendo amigos los tres. La verdad es que tenemos una amistad muy maja. Él llegó de Francia y aquí no conocía a nadie. Eso supongo que le unió más a nosotros. Es un tío genial.

Daniela asintió con la cabeza. Nunca imaginó que fueran tan amigos. Sabía que se conocían, pero no que hubieran entablado una amistad como aquella.

—Venía a explicarte algo. Algo bueno —dijo cambiando de tema—. He vuelto a conducir.

—¿Qué?

—Lo que has oído. He cogido el coche de Adrien desde su casa en la sierra hasta aquí. Curvas, carreteras secundarias e incluso autopistas.

Nico cerró los ojos intentando detener las lágrimas, pero no llegó a tiempo de impedir que dos de ella se deslizaran a gran velocidad por su mejilla.

Se abrazaron durante un buen rato.

—Eso es estupendo. Hacía tanto tiempo que esperaba que me dijeras algo así.

—Necesito un poco más de práctica, pero... nunca más voy a dejarlo. Ha sido más fácil de lo que imaginaba. Estoy asombrada.

Se sentaron. Uno en el inodoro y el otro en una banqueta pequeña.

—¿Qué tal con Feraud? Recibí tu mensaje y me tranquilicé.

Ella le había enviado dos mensajes. En uno le hablaba de su viaje a la cabaña de Adrien y en el otro que se sentía mucho mejor y más fuerte.

—Bien. Hemos hablado mucho de lo que sentimos y de lo que queremos. Le he contado mi vida.

—Lo matarías de aburrimiento al pobre.

Daniela le dio un golpe en el brazo.

—Hasta yo me aburro cuando lo cuento.

Ambos se rieron.

—Estás muy pillada de él, ¿me equivoco?

—No te equivocas.

—¿Te sientes fuerte?

—Soy más fuerte. Este fin de semana me ha ayudado a ver muchas cosas con claridad.

—Eso espero. Hostias tienes que darte como todo el mundo, pero debes luchar por quererte y buscar fuerzas, siempre, para levantarte. Yo siempre estaré.

—Cuánto te quiero, Nico.

—Y yo, cielo.

—Nico... siempre hablamos de mí. No sé nada de tu vida... sentimental.

—No existe esa parte de mi vida.

—Eva me contó que habíais tenido algo.

—De eso ya hace mucho. Estuvimos saliendo un tiempo, pero... no funcionó. Nos va mejor como amigos.

—Y ¿quién era esa chica que conociste después y te dejó tocado?

—Joder, ¿hablasteis de eso? —Suspiró—. Es alguien que conocí hace tiempo. Me dio bastante fuerte. Tenía una herboristería al lado del estudio y nos fuimos conociendo. Pasamos cuatro meses juntos, pero... un buen día decidió darle una oportunidad a su exnovio y ahí se acabó todo.

—Nunca me hablaste de ella.

—Sabes que no estabas muy receptiva al mundo.

—¿Y qué pasó después? —preguntó volviendo al tema.

—Nada. Al poco tiempo, ella traspasó el negocio y no he vuelto a verla. Me alegré. A veces coincidíamos en la puerta y resultaba incómodo. También lo era ver a su novio cuando la esperaba. Pero... eso está más que superado.

—Espero que ahora me cuentes todas tus historias. Me gustaría estar al día.

—Claro, cielo. Ahora es diferente. Estas aquí. Pero no hay mucho que contar. He tenido muchas historias pero de corta duración. Algunas son amigas con las que de vez en cuando decidimos pasar un buen rato —Sonrió—. Eso es todo lo que te puedo contar.

Daniela lo abrazó de nuevo.

—¿Le has dicho a Javier que has vuelto a conducir?

—No.

—Vamos, le encantará saberlo.

Llegaron al salón y encontraron a los dos recientes amigos mirando algo en la pantalla del móvil de Javier. Ambos se giraron para sonreír a modo de bienvenida.

Cuando Nico le explicó el motivo de la visita de Daniela, Javier se levantó de un salto y la abrazó dándole vueltas en el aire. La besó sonoramente en los labios, algo a lo que ella estaba acostumbrada.

Se sentaron en círculo, repartidos en los dos sofás para tomar unos refrescos que Nico se ofreció a preparar.

—Nada de alcohol, ¿eh? —dijo ella con ironía.

—No, aún tenemos una parte del cerebro desplazada por el que bebimos anoche —dijo Javier.

Olivier preguntó por qué era tan importante que ella hubiera vuelto a conducir. Daniela decidió contestar:

—Tuve una mala experiencia hace años y... decidí no volver a coger un coche. —Miró a Nico y le sonrió.

—¿Y qué te ha hecho volver a hacerlo?

—Adrien se cayó y se hizo un esguince. Estábamos en medio de la montaña. Conseguimos llegar hasta el coche con mucho esfuerzo. Una vez allí, me decidí a ser yo quien lo rescatara. Tiene su punto heroico.

—¿Y Feraud no se sorprendió? —preguntó Nico

—Él pensaba que no tenía permiso de conducir. Todo fue muy rápido: le enseñé el permiso, me senté en el coche, lo puse en marcha, le dije que llevaba ocho años sin coger un coche... ¡Casi le da un infarto!

Todos rieron al imaginar la escena.

—Yo cada vez más entusiasmada —continuó—, y él cada vez más pálido. Le veía apretar las manos en el asiento, aunque él cree que no me daba cuenta. Ha sido una aventura a 70 km/h. ¿Os imagináis a esa velocidad por la autopista?

Todos rieron imaginando la situación.

—Es lo menos que podía hacer. Fue culpa mía que se cayera.

—¿Por qué? —preguntó Olivier.

—Me subí a un sitio peligroso. Me avisó que no lo hiciera, pero...

—Te lo pasaste por... —la interrumpió Nico.

—Exacto. Y encima fue él el que se cayó.

Daniela les resumió lo que había ocurrido desde que llegaron al hospital hasta que ella lo dejó en casa con sus dos grandes amigos.

—¿Qué tal con Víctor? —preguntó Javier cuando su nombre salió en el relato.

—Bien. Hemos hablado y tenemos muy buen rollo.

—¿Teníais problemas? —preguntó Olivier extrañado.

—No, es solo que no parecía caerle bien y me lo puso difícil.

Olivier se quedó pensativo intentando imaginar lo que ella le contaba.

—Me tengo que ir, chicos. —Se levantó.

—Pensé que te apiadarías de nosotros y nos prepararías una de esas cosas tan buenas que cocinas —dijo Javier—. Estamos malitos, ¿no nos ves?

—Entre esguince y resaca, elijo esguince.

—Pues no lo entiendo. Eso es cruel —dijo Javier

—Pues no sé por qué te cuesta tanto entender. Feraud le dará cosas que tú no le puedes dar —dijo Nico sonriendo.

—¿Cómo que no se las puedo dar? Seguro que hasta mejores.

Nico lo fulminó con la mirada.

—Joder, Nico, cuando te pones en plan «hermano mayor» te pones feo, pero feo.

Los tres rieron con ganas.

—Os dejo con vuestras disputas —dijo Daniela sonriendo.

—¿Has venido en coche? —dijo Olivier.

—No. Ya he tenido bastante por hoy.

—Te llevo. —Se levantó de un salto y desapareció por el pasillo para coger su abrigo.

—No, no es...

—Mejor que te lleve, Daniela, hace frío y ha oscurecido.

Daniela asintió y se despidió de sus amigos con besos y abrazos, como ellos siempre hacían con ella.

—Hasta luego —dijo Olivier—. ¿Traigo algo de cena?

Ambos asintieron ofreciéndole algunas sugerencias.

Olivier aparcó frente a la casa de Adrien y paró el motor. El trayecto había sido incómodo, ya que ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio.

—Mañana comemos juntos, como acordamos —dijo Olivier pellizcándole la mejilla.

—Sí, claro. Esto yo... siento haber entrado así en el baño.

—No es para tanto. ¿O sí?

Daniela sonrió y negó con la cabeza.

Se despidió con un beso en la mejilla. Fue algo impulsivo, que no pensó.

—Saluda a Adrien de mi parte. Bueno, si es que le piensas decir que me has visto.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Tengo la sensación de que no le gusta que seamos amigos.

—Yo elijo a mis amigos.

Olivier le sonrió.

—Por cierto, ahora es tarde y no quiero entretenerte, pero mañana me gustaría que me explicases qué es lo que pasó el viernes con Elena.

—Las noticias vuelan.

—En Versus, a la velocidad de la luz.

Antes de salir, él le presionó el brazo para detenerla y darle un beso en la mejilla. A Ella le pareció un gesto muy cercano. Era cierto que ella había hecho lo mismo unos minutos antes, pero hay besos y besos, y el de Olivier fue mucho más cercano e íntimo que el suyo.

Por el rato que llevaba llamando al timbre, dedujo que o bien Adrien estaba solo o bien no querían abrirle la puerta. Había opciones más dramáticas, pero prefirió descartarlas. El portero le había dejado entrar sin problemas.

Estaba a punto de utilizar el móvil cuando la puerta se abrió lentamente. Adrien mostraba la misma expresión que si se hubiera encontrado con un vendedor de libros.

—¿No habíamos quedado que te avisaría si conseguía borrar la expresión de «te persono la vida»? —Esta vez apareció una sonrisa desafiante.

—Yo la veo más difuminada. ¿Me equivoco?

—Te equivocas.

—Señor Feraud, le informo que si estoy aquí es porque mi conciencia estaba algo alterada, pero que no se le olvide que sigo teniendo casa. —Dio media vuelta.

—Tú y tu conciencia estáis invitados a pasar.

Ella se volvió a girar.

—No lo alargues mucho, no estoy muy cómodo de pie —dijo apoyándose en la muleta para abrir más la puerta.

Daniela le sonrió al pasar, estirando la cabeza todo lo que pudo. Se quedó a su lado para acompañarlo hasta que llegara al sofá.

—¿Y tus amigos? —preguntó ella.

—Ahora te quieren más a ti que a mí. Como no estabas... se han ido.

Ella se echó a reír.

—Cuéntame. ¿Cómo ha ido?

—Ha ido bien. Hablé con Nico.

—¿De nosotros?

—De conducir.

Adrien la miró fijamente con semblante serio.

—Siéntate a mi lado y me cuentas.

—No estoy segura de querer hacerlo. Si me quieres decir algo dímelo, pero deja de mirarme así. Empieza con «te lo dije», o... «sigo enfadado contigo». Lo que sea.

—Te lo dije y sigo enfadado contigo.

—Ya te he pedido disculpas mil veces. —Suspiró.

—Te dije que era peligroso.

—Depende como lo mires. Al final, el que se cayó fuiste tú, no yo. —Se arrepintió de haber dicho esas palabras nada más decirlas. El rostro de Adrien se endureció.

—Siéntate a mi lado y me cuentas. —Apretó la mandíbula.

Daniela no quiso seguir con la discusión. Él le estaba ofreciendo una pequeña tregua y la aceptó. Se sentó a su lado mirando al frente, evitando mirarlo a él.

En un rápido movimiento, Adrien pasó su brazo por su espalda y la tumbó en sus rodillas boca abajo. Daniela intentó levantarse, pero los brazos de Adrien se lo impidieron. Uno de ellos le presionaba la espalda y el otro el trasero. Tenía movilidad en las piernas pero lo único que podía hacer era moverlas en señal de protesta.

—Adrien, ¿qué haces?

—Vengarme.

—Ni se te ocurra...

Antes de que pudiera acabar su advertencia, sintió cómo sus pantalones se deslizaban hasta llegar a la altura de las rodillas. Intentó impedirle que lo hiciera, pero le resultó imposible luchar contra su fuerza.

—Adrien, te lo advierto... ¡Suéltame! —dijo sin dejar su intento de escapar de aquella posición.

—Cuéntame cómo te ha ido con Nico. —Su tono de voz le indicó a ella que estaba sonriendo.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—Me has dicho que hiciera algo. Esto es lo que más me apetece —Hizo una pausa—. Vaya, me lo has puesto fácil, llevas tanga.

Daniela maldijo haber elegido esa prenda, al igual que los pantalones que llevaba, que eran elásticos y se podían bajar sin dificultad. ¿Por qué no se había puesto ese día unos pantalones con su cremallera, su botón, su cinturón?

—Como broma ya está bien. Ni se te ocurra...

Adrien le dio una fuerte palmada en el trasero que la pilló desprevenida. Gritó.

—¿Para qué me voy a molestar en tener una charla contigo? Te comportas como una niña estúpida y malcriada y... esto es lo que ahí. —La golpeó de nuevo.

—¡Auuu! Te juro que esta me la pagas. Suéltame. Te he pedido disculpas.

—Llevo energía negativa acumulada durante toda la tarde. No sabía cómo desprenderme de ella, pero cuando me has comentado que he sido yo el que se ha caído y no tú... he visto muy claro cómo podía hacerlo.

«¿Por qué no me habré callado?», pensó.

Daniela se cansó de hacer movimientos inútiles que no le iban a servir de nada. Estaba cansada de tanto esfuerzo por intentar liberarse. Se rindió.

—Adrien, por favor, suéltame —lloriqueó.

—Aún no he liberado la energía, cariño. —El tono irónico de sus palabras solo hicieron que ella deseara abofetearlo.

—Pues libérate de una puta vez y suéltame.

Adrien descargó dos golpes más en su trasero.

—Joder, Adrien, que eso duele.

—¿De verdad? Pues no me lo explico —Esta vez no fue el tono de voz, sino la risa que se escuchó la que le delató. Se estaba divirtiendo —Cuéntame cómo te ha ido. ¿Por qué era tan importante explicarle a Nico lo de conducir?

—Suéltame y te lo cuento. —Estaba enfadada.

—Cuéntamelo y te suelto.

—Así no puedo hablar.

—Entonces te animaré un poquito.

Le palmeó tres veces seguidas mientras escuchaba sus gritos.

—Vale, te lo cuento, ¿y me sueltas?

—Prueba.

—Eso es una mierda de trato.

—No estás en condiciones de exigir, cariño. Tú prueba a contármelo y ya se verá.

—Eres un cabrón.

Un nuevo azote la hizo gritar y lloriquear.

Adrien estaba disfrutando. Solo pretendía darle una lección, aunque estaba descubriendo que

era muy divertido escucharla despotricar de aquella manera, por lo que estaba resultando ser una buena terapia para él. Apenas estaba enfadado.

—Empieza. —Le golpeó más fuerte.

—¡Auuuu! Fui a verle porque era importante para él saber que había vuelto a conducir.

—¿Por qué?

—Porque así no me tiene que llevar más a casa.

Adrien le golpeó de nuevo. Era la primera vez que lo hizo enfadado de verdad.

—¡Auuuu! —Lloriqueó como una niña pequeña—. Fue por el accidente. Tuvimos un accidente hace años y... dejé de conducir.

Adrien asimiló aquellas palabras. Le subió el pantalón y la incorporó. Daniela se frotó el trasero con las manos y acabó de ajustarse el pantalón. Se sentó a su lado.

—Yo tenía veinte años. Hacía dos que conducía. —Se acomodó de lado en el sofá, girada hacia él, que se mantenía recto por la lesión. Miró hacia abajo, pero él la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué ocurrió, Dani? —El hombre enfadado y el que se divertía provocándola habían desaparecido. Era el Adrien dulce y comprensivo.

—Nos fuimos de fiesta con un grupo de amigos. Bebimos mucho. Yo no es que bebiera mucho, nunca lo he hecho, pero sí más de la cuenta.

»Fue en un pueblo de la costa, cercano a Barcelona. Cuando acabó la fiesta, volvimos a casa. Ese día habíamos ido en mi coche porque yo no solía beber. Nico estaba muy borracho, así que prácticamente lo arrastré al coche. Yo creía estar bien, pero no era así. Nuestros amigos, al menos los más sobrios, nos recomendaron que no cogiéramos el coche, pero yo les dije que estaba perfectamente bien para conducir.

»Nico se quedó dormido. En la autopista un camión en sentido contrario me deslumbró y mis reflejos no fueron capaces de reaccionar. Chocamos contra una valla del arcén. Era verano y Nico llevaba el brazo fuera de la ventanilla. Su mano quedó... casi amputada.

»Estuvo un mes en el hospital. Después necesitó tres intervenciones quirúrgicas y algunos meses de rehabilitación para hacer una vida relativamente normal, pero perdió gran parte de la movilidad en la mano derecha.

»Era pintor, y muy bueno. Presentó su obra varias veces en una galería. Tenía un gran futuro. Era su vida, lo que más le gustaba hacer. Pero... aquel día dejó de hacerlo para siempre.

»Estuve a su lado todo el tiempo. Siempre me recibía con una sonrisa y trabajó mucho para que no me sintiera culpable. Me animaba más él a mí que yo a él.

»Él se adaptó rápidamente a su nueva vida. Siempre ha sido muy positivo, tenía una fuerza increíble. Solía decir que el destino le estaba indicando que no estaba siguiendo el camino adecuado y le brindaba la oportunidad de hacer cambios. Decía que ya había pintado suficiente. Meses después se fue. Vino a Madrid a estudiar fotografía. Solía decir: «Si no puedo pintarlo con las manos, lo haré con la cámara». Trabajó muy duro durante años para recuperar movilidad en la mano y lo consiguió.

Adrien le cogió las manos y las besó.

—¿Y tú cómo lo viviste?

—Al principio mal, pero no me hundí, no creas que fue así. Eso lo dejé para más adelante. Lo que hice fue estar a su lado, apoyarlo y aceptar que fue un accidente. Lo hablamos de todas las formas posibles. Lo que no fui capaz de hacer, fue conducir. Nico me sentó mil veces frente a un volante, en su coche, pero fui incapaz. Una vez me puse tan nerviosa que acabé en el hospital con una crisis de ansiedad. Decidimos dejar de intentarlo un tiempo, hasta que me sintiera mejor. Le

prometí que algún día volvería a hacerlo, pero de eso hace muchos años.

—Y lo has hecho hoy.

—Sí. Por eso necesitaba decírselo en persona. Sé que para él también era importante.

—Ahí tienes otra página para pasar.

Ella asintió sonriente.

—Estoy muy orgulloso de lo que has hecho. Ahora incluso me alegro de haberme caído.

Ella se echó a reír.

—¿Cómo ha reaccionado cuando se lo has dicho?

—Me ha abrazado y hasta he visto un par de lagrimillas.

Adrien sonrió.

—Nico me cae muy bien.

—Javier también estaba allí. Se puso muy contento cuando se lo dije. Olivier también estaba.

Me trajo en coche hasta aquí.

La expresión de Adrien se endureció.

—¿Qué hacía allí?

—Ha dormido en casa de Nico. Hicieron una fiesta hasta tarde. Al parecer son muy amigos.

—Víctor me dijo que salía bastante con Javier —Su mirada fue más dura—. ¿También se ha alegrado de tus noticias?

—No. Claro que no. Él no sabía de qué iba el tema —Lo miró con curiosidad analizando su expresión—. ¿Qué te ocurre con Olivier?

—Nada. ¿Qué debería ocurrirme?

—Adrien...

—Me incomoda verlo contigo. No sé bien las razones.

—Somos amigos.

—Lo sé. Y no pretendo que cambie nada. Quiero ser racional e ir acorde con mis ideas y con mis principios. No me siento cómodo sintiéndome así, pero aún no he encontrado la forma de evitarlo.

—Pues si te digo que lo he visto desnudo.

—¿Qué?

—Javier me dijo que Nico estaba en la ducha y fui hacia allí. Me equivoqué de ducha. Era Olivier al que vi.

—¿Y Nico? —preguntó sin dar crédito a lo que escuchaba.

—En la otra ducha —explicaba con total naturalidad.

—¿Y qué hiciste?

—Cuando me di cuenta de que no era Nico, me fui.

—¿Y cuánto tardaste en darte cuenta?

—Me di cuenta enseguida. Fue algo... embarazoso. ¿Te imaginas? Él desnudo allí delante y...

—Me hago una idea. Contándome eso, no ayudas mucho a combatir esa sensación de la que te hablaba. —Se acomodó con la mirada al frente. Cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Es posible que creas que no, pero si te detienes a pensarlo verás que no tengo nada que esconder y por eso te lo he contado.

—Es una emoción más a la que no estoy acostumbrado. Me gusta lo que siento contigo, pero existe una especie de miedo a que alguien pueda robarme todo eso.

—Eso no va a ocurrir. Yo también sé lo que siento.

—Dani... quiero que siempre seas sincera. No me ocultes nunca nada porque pienses que no me va a gustar.



—No lo haré —Se acercó y lo besó—. Una vez me dijiste que nunca estabas demasiado tiempo con una mujer para así no darle la oportunidad de serte infiel. ¿Bromeabas?

—No. Yo con esas cosas no bromeo. La infidelidad es algo que jamás podría perdonar. ¡Jamás!

Daniela se estremeció ante aquella advertencia que sin duda iba dirigida a ella. Había tanta seguridad y tanta rabia en esas palabras.

—¿Eso tiene una historia?

—Ahora no. Déjame disfrutarte. He pasado muchas horas enfadado contigo.

—Creí que habías liberado la energía —le dijo con rabia.

—Y lo he hecho.

—No vuelvas jamás a...

—No te molestes en amenazarme. Si tienes intención de volver a portarte como una niña malcriada, caprichosa y mimada... ¡Consúltaselo antes a tu precioso trasero!

Antes de que pudiera protestar se había abalanzado, dentro de sus limitaciones, sobre ella recostándola en el sofá y devorándola a besos.

Daniela se dedicó a preparar algo de cena mientras Adrien, sentado a su lado, le daba instrucciones de lo que debía hacer al día siguiente en la oficina.

—Yo te recomiendo que no vayas en dos días.

—Jaime dijo uno.

—Y yo digo dos —Le sonrió dulcemente—. Iré a la oficina y me ocuparé de todo.

—Tendrás que traerme algunas cosas. Y hasta que pueda valerme por mí mismo, quiero que te traslades aquí —Ella abrió la boca para protestar—. No discutamos, por favor.

—Hasta el miércoles por la mañana, ni un día más. —Le ofreció la mano para estrechársela.

—De acuerdo.

—Tendría que ir a mi casa, entonces.

—Mañana por la mañana puedes ir y recoger lo que necesites. No tienes que madrugar. Coges mi coche y haces todo lo que tengas que hacer. Luego vas a la oficina.

—No. No pienso coger tu coche.

Él no dijo nada, no tenía intención de volver a discutir sobre el tema. Al día siguiente ya lo hablarían más calmadamente.

—Dijiste algo de París.

—Sí, el sábado tenemos que irnos.

—¿Tenemos?

—Sí. Tú y yo.

—¿Podrías concretar? No me habías dicho nada de ese viaje.

—Hace tiempo que voy detrás de un posible cliente. El viernes, cuando te marchaste, me llamó para concretar una visita. Será el siguiente lunes. No puedo retrasarla, es muy importante.

—¿Y quieres que te acompañe?

—Claro. ¿Cuál es el problema?

—¿Iremos en avión?

—Es lo más práctico, ¿no crees?

—Es que...

—¿Te da miedo volar?

—Sí, algo así. Nunca lo he hecho.

—¿Nunca has viajado en avión? —preguntó como si ella hubiera afirmado que nunca había respirado.

—No —contestó, molesta.

—Pues ya es hora de que lo hagas.

—No me apetece mucho la idea.

—Dani... no pasa nada. Lo haremos juntos. Es un trayecto corto.

Ella asintió. Él se acercó a ella y la besó suavemente. Volvió a sentarse en el sofá ante la insistencia de ella porque reposara el pie. El móvil de Daniela emitió un sonido desagradable indicando una llamada.

—¿Quién es? —alzó la voz. Se había alejado de él—. ¿Puedes mirarlo? Está justo a tu lado.

—Ana —contestó él.

Daniela salió corriendo para poder atender la llamada, pero cuando llegó ya había dejado de sonar. Cogió el móvil. Él le preguntó:

—¡Espera! —Levantó el brazo—. ¿Hablas a menudo con ella?

—No mucho, la verdad —respondió, intrigada—. Hemos hablado un par de veces desde que llegué.

—¿Le has hablado de nosotros?

—No. Le he hablado de mi nuevo trabajo, pero no de ti. Quiero contárselo cuando venga a visitarnos a Nico y a mí. Tiene una semana de vacaciones muy pronto —Levantó una ceja—. ¿Por qué me preguntas eso?

—No la llames. Espera a que te cuente algo. Hay algo que llevo días queriéndote explicar. —Se palmeó las piernas indicándole que sentara encima de ellas.

Daniela lo miró confundido. No sabía bien qué podría tener que decirle él sobre Ana, aunque imaginaba que tenía que ver con su paso por el balneario.

Adrien le explicó todo lo que había averiguado sobre su despido, antes de abandonar el balneario. Le relató su conversación con el director y por supuesto con Eloy.

Daniela no daba crédito a lo que estaba escuchando. Siempre pensó que alguien podía haberla delatado. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello. Su precipitada marcha hizo que ese tema fuera secundario y no volviese a pensar en él.

Recordó su sorpresa cuando le indicaron el motivo del despido. Aquel día incluso llegó a sospechar de Adrien o de Eloy, pero... ¿Ana?

No conseguía entender por qué su mejor amiga había sido capaz de ir con aquel cuento a dirección, sabiendo que eso acabaría en despido. Ella llevaba muchos años trabajando en el balneario y sabía mejor que nadie las consecuencias de infringir aquella norma.

Daniela sabía que la única responsable había sido ella misma. Nadie la obligó a relacionarse con un cliente. Conocía las reglas perfectamente y sabía cuáles eran las consecuencias en caso de incumplirlas, pero siempre había pensado que la persona o personas que la habían delatado, bien porque la habían descubierto, bien porque se había rumoreado algo, serían compañeros con los que no tenía ningún trato.

Adrien permaneció en silencio, respetando el momento en el que ella parecía estar perdida en sus pensamientos.

—No entiendo por qué —dijo ella negando con la cabeza.

—Cielo, es evidente que le sobrabas. Tú misma me contaste que estaba perdidamente enamorada de tu jefe, y este solo tenía ojos para ti. Si eliminas el obstáculo, tienes más posibilidades de conseguir tu objetivo.

—Yo no fui un obstáculo. Se liaron antes de que me despidieran a mí. El día de Nochebuena.

—Quizás ya te había traicionado. Te despidieron poco después, si no recuerdo mal.

—Es tan... sucio.

—Sé que eso duele.

—Sí, esa es la palabra.

—¿Nunca te hizo antes algo parecido?

—No. Siempre ha sido una persona un poco egoísta, y hemos discutido muchas veces, pero siempre por su falta de tacto al decir las cosas.

—¿Y con Nico? ¿Cómo es su relación con él?

—Chocaban mucho. Discutían a menudo. La relación entre ellos era distinta a la que tenemos Nico y yo. Ana siempre ha sido muy independiente, claro que su familia no era muy... convencional.

—¿Por qué?

—Sus padres se divorciaron cuando era muy joven y volvieron a casarse de nuevo con otras personas. Era una familia muy rara y muy desordenada, tiene hermanos por todas partes. Creo que su madre ya se ha casado tres o cuatro veces. En esa familia nadie se prestaba mucha atención, cada uno iba a su aire.

—¿Y no tiene relación con su familia?

—Muy poca. Alguna vez se visitan, pero están todos muy separados.

—Que su estructura familiar fuera un desastre no justifica su actitud. Si fuera así, tú te habrías convertido en una asesina en serie.

Daniela se echó a reír.

—No, claro que no lo justifica.

—¿Y Nico? ¿Su familia es... normal?

—Era normal hasta que murió su madre. Fue un año antes del accidente. Su padre se refugió en el alcohol y murió dos años después. Nico ya estaba en Madrid cuando ocurrió. Fue muy duro para él. Su familia era maravillosa, y en cuestión de poco tiempo todo se esfumó. Su madre para mí fue lo más parecido a una madre que he tenido. Murió de una enfermedad, pero fue muy rápido. La eché mucho de menos.

Se abrazaron y besaron. Adrien le acarició la cabeza apretándola contra su pecho. Ya empezaba a conocerlo, y esa era su forma de dar por finalizado un tema. Nada de seguir hablando de recuerdos dolorosos, o de la traición de su querida amiga.

Daniela pensó que algún día hablaría con Ana de lo ocurrido. Si venía a visitarla, cómo le había prometido, lo aclararía con ella. En ningún momento dudó que fuera verdad lo que le estaba contando Adrien. Se trataba de Ana y todo era posible. Todo encajaba.

La comida con Olivier había resultado ser relajante, como lo fueran todos los momentos que habían pasado juntos antes de que él impusiera distancia.

Le ofreció su versión de los hechos respecto al asunto de Elena, que en nada se parecía a la que él había escuchado. De hecho, solo la conocían Víctor, Adrien y ella, y por supuesto la protagonista. La versión que Elena se dedicó a difundir por la oficina distaba mucho de la realidad.

Adrien le había confesado esa misma mañana que todavía no había tenido una conversación con Elena, y que la tendría a su vuelta. También había avisado a Víctor para que evitara hablar con ella sobre ese asunto. Quería ocuparse él del tema.

También hubo advertencias para Daniela. Recibió instrucciones de ignorarla sin excepción alguna. Cualquier complicación debía hablarla con él o con Víctor.

Se echó a reír al escuchar la versión que le ofrecía Olivier de los hechos. Una auténtica tragicomedia que Elena regaló a todo el que la quiso escuchar. En ella aparecía como una pobre víctima a la espera de que se hiciera justicia.

Solo se cruzó con ella un par de veces, en el pasillo. No dijo nada y Daniela pudo cumplir con la promesa que había hecho a Adrien. Otra cosa hubiera sido que ella le hubiera increpado con algún comentario.

Había aceptado conducir el coche de Adrien, un utilitario que apenas hacía servicio, y que sirvió de excusa a Adrien para tenerla todo el día «que voy y que vengo» entre su casa y el despacho. Le había costado aceptar, pero Adrien consiguió convencerla. Le dijo que era el momento perfecto para ir adquiriendo práctica y perdiendo definitivamente el miedo que pudiera quedar.

El tráfico de Madrid hizo que su aventura al volante fuera algo estresante, pero contaba con la ventaja de la corta distancia que había entre la oficina y la casa de Adrien.

Se enorgulleció de la forma en que superó ese obstáculo. Cada minuto que pasaba se sentía más segura, aunque no pudo evitar aferrarse fuertemente al volante y obligarse a respirar profundamente antes de cada salida. El único inconveniente fue aparcar el coche en la plaza reservada para Adrien. Por un lado, tuvo que hacer varias gestiones para que le dejaran aparcar allí, ya que nadie había avisado de ello, y por otro lado se vio incapaz de encajarlo en la plaza, por lo que tuvo que pedir ayuda al vigilante. Lo aparcó en unos pocos segundos, muerto de la risa por los comentarios que ella hacía.

A última hora de la tarde, cuando estaba a punto de marcharse, recibió la llamada de Sam. No le pareció muy oportuna, tenía prisa y quería volver a casa con Adrien. Debía emplearse a fondo en ese esguince si quería que mejorara rápidamente. Aun así, decidió atender la llamada.

Sam estaba en Madrid y quería que se vieran. Daniela le informó de su apretada agenda, al menos ese día, pero él insistió en verla un momento en la cafetería cercana a las oficinas.

Se saludaron efusivamente con un abrazo, de esos que dejan marcada la espalda. Ella se disculpó, antes de que él pudiera decir nada, de no haberle contado que trabajaba con Víctor. Sam no le dio importancia, y apenas la dejó que se explicara, simplemente le dio a entender que no quería hablar más del tema.

Unos minutos después, cuando Sam la puso al día de todos los nuevos cotilleos del balneario,

se atrevió a preguntarle por el asunto de Ana. Daniela le contó sus sospechas, sin delatar a Adrien, en espera de que él le aportase algún nuevo dato que lo confirmase.

—Algo se rumoreó —dijo, pensativo.

—¿Qué clase de rumor?

—Fue Julia. Me dijo que se había enterado de que Ana le había dicho a Eloy que tenías algo con un cliente y que por eso te habían despedido. No supe si creerlo o no, ya sabes que Julia a veces vive en otros mundos. Con Ana nunca he tenido mucha relación, así que tampoco le pregunté si era verdad. Rumores hay siempre y de todo tipo, si tienes que hacer caso a todos...

—Eso es lo que a mí me han contado, pero no Julia, otra persona.

—Si es así, me parece una barbaridad. Pero no hagas mucho caso, mejor háblalo con ella. También se rumoreó que Ana se había liado con Eloy, pero... ya sabes cómo son estas cosas.

A Daniela no le hizo falta saber más. Es posible que se equivocara y estuviera señalando a Ana injustamente, pero algo le decía que estaba en lo cierto. Además, Adrien se había tomado muchas molestias en averiguarlo, y no tenía ningún sentido que Eloy le hubiera confesado algo así de no ser cierto.

Sam parecía distraído. No era la persona que había visto la última vez. No quería preguntarle por su relación con Víctor, era un tema delicado y prefería que fuera él el que tomara la iniciativa.

Sam envió un mensaje breve en su móvil. Le preguntó por su trabajo.

Daniela se disponía a hablarle un poco de su puesto en Versus cuando un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años se acercó a su mesa.

Lo miró sorprendida, pero Sam parecía conocerlo porque le sonrió y se levantó para recibirlo.

—Daniela quiero presentarte a Donald. Es mi pareja.

Ella se quedó con la boca abierta sin saber qué hacer o decir. Se levantó despacio para saludarlo. Él le dio dos besos y le indicó lo mucho que se alegraba de conocerla en un acento parecido al de Matt, aunque no exactamente igual. ¿Inglés?

—Nos conocimos en el balneario, hace dos semanas. Ha sido todo un flechazo. Donald es escocés y vino a España a pasar unos días de descanso.

—Me alegro de conocerte, Donald. —No fue capaz de decir nada más. Buscó la mirada de Sam, que estaba evitando enfrentarse a ella.

Donald se despidió de ambos y salió de la cafetería. ¿Había venido tan solo para que Sam se lo presentara?

—¿Que sorpresa! —le dijo ella, todavía confundida por la situación.

—Ha sido algo... inesperado. Me ha dado muy fuerte. Ha sido muy intenso.

—¿Se lo has dicho a Víctor? —Era absurdo evitar el tema más tiempo.

—No. Ni pienso hacerlo.

—¿Cómo? —Eso no lo esperaba.

—Ha tenido tiempo más que suficiente para decidir. No tengo que hablar con él para nada.

—Pero tú... le diste un ultimátum. Le diste un tiempo para que decidiera, y ese tiempo aún no...

—Daniela, no va a cambiar nada. Víctor es historia.

Le sorprendió la escasez de palabras que dedicaba al tema, y sobre todo la frialdad con que las pronunciaba.

—Es tu vida, yo no voy a decirte nada, pero deberías decírselo a él.

—Te he dicho que Víctor es historia.

Daniela se levantó enfadada.

—Sam, no sé por qué, pero tengo la sensación de que me estás utilizando. Si no es así, me

parece muy feo lo que estás haciendo.

—No te sigo —dijo fingiendo sorpresa.

—Si no tienes intención de decírselo a Víctor, tampoco deberías habérmelo dicho a mí. Sabes que él y yo trabajamos juntos, y además somos amigos. ¿Cómo crees que voy a poder ocultarle algo así? Por mucho que quisiera no podría. Si él me habla de ti, no puedo mirar a otro lado mientras él sigue pensando que os estáis tomando un tiempo.

—Hemos perdido mucha comunicación, no creo que se sorprenda. Yo no se lo voy a decir. Lo siento Daniela, pero no lo voy a hacer.

—Empiezo a pensar que tu visita solo tenía ese objetivo.

Sam no protestó, por lo que aún confirmó más sus sospechas.

—Me voy, Sam. No me apetece que me utilices más. Siempre has hablado de su cobardía, pero tú eres igual. Por muy dolido que estés con él y por muy feliz que seas con tu nuevo amigo, lo mínimo que deberías hacer es decírselo.

Sam se removió en su asiento. Las palabras de Daniela, aunque las esperaba, le estaban afectando más de lo que podía permitirse. En ese momento no le importaba Víctor, pero sí hacerle daño a ella. La apreciaba de verdad.

—No quería hacerte daño, Daniela. Lo creas o no, ha sido muy duro tomar esta decisión.

Se levantó y se dirigió a la barra para pagar la cuenta. Volvió a reunirse con ella.

—No espero que lo entiendas. Cuídate. Si algún día quieres hablar o que nos veamos, llámame. Estaré siempre que me necesites.

Sam salió por la puerta dejando a Daniela aturdida. Se sentía utilizada. La rapidez con la que quiso presentarle a su pareja dejaba claro que necesitaba liberarse de ese asunto cuanto antes. Sabía que Sam era una buena persona y con Víctor había sufrido mucho, pero el camino que había elegido era cobarde, y sobre todo no debería haberla involucrado a ella.

Antes de volver a casa de Adrien, se obligó a hacer algunos ejercicios de respiración para calmarse. No quería que él notara que estaba alterada. No podía explicarle el tema que la inquietaba. Lamentó no poder compartirlo con él.

Daniela se ocupó del pie de Adrien mientras aprovechaban para hablar y ponerse al corriente del trabajo. También se ocupó de preparar una cena que Adrien elogió varias veces.

Parecía un hombre distinto. Su sonrisa era casi permanente y su forma de susurrarle las palabras y de besarla a la mínima oportunidad dejaba a Daniela en un estado hipnótico constante cuando estaba a su lado.

«No debería haberla escuchado».

Fue el pensamiento de Adrien al recordar cómo se había dejado convencer por Daniela para hacer reposo un día más en casa y no acudir a la oficina. De nada había servido que recalcase que tenía mucho trabajo y que el esguince había mejorado mucho. Había conseguido inquietarlo con sus advertencias sobre las posibles complicaciones que podrían surgir de no hacerle caso.

Se había mantenido muy ocupado y podría decirse que el día había pasado rápidamente, aunque los momentos en que ella se marchaba le dejaban una sensación de vacío que no lograba superar hasta que la veía entrar de nuevo por la puerta.

Era consciente de que se había excedido en sus exigencias, obligándola a que pasara por casa más veces de las que en realidad era necesario. Le había pedido que le llevara documentos que no necesitaba o que simplemente podía acceder a ellos por otro medido. Si ella se había dado cuenta de lo absurdas que eran sus peticiones, no lo había manifestado. Puede que tuviera las mismas ganas de verlo que tenía él.

Estaba sorprendido y admirado por su conducta. Se había ocupado de todo con suma eficiencia. Antes de que él le plantease algunos asuntos, ella ya los había solucionado. Encontró tiempo para trabajar con su pie e incluso para hacerle disfrutar de una excelente cena.

Sabía que había comido con Olivier el día anterior, y aunque no le hizo mucha gracia, se abstuvo de decirle nada. Ella tampoco se lo había ocultado, y eso era algo de agradecer. Estaba dispuesto a no darle importancia a ese tema, aunque no le iba a resultar fácil.

El trabajo de Olivier era muy importante en Versus. Su llegada había aportado una cantidad de creatividad vital para la firma. Gracias a sus diseños se habían fabricado las mejores colecciones, las que más acogida y reconocimiento les habían aportado, y claro está, las que más beneficios.

A pesar de apreciarlo y admirarlo, no soportaba verlo cerca de Daniela. Se sentía inseguro y eso lo debilitaba.

Se obligó a apartar esos pensamientos para centrarse en otros más positivos, de los que se había desviado.

Lo mejor del día, sin duda, era el baño que habían compartido al final del mismo. Nada más verla entrar por la puerta se olvidaba de todo, absolutamente todo para concentrarse en la forma que podía demostrarle lo mucho que la deseaba.

Hacer el amor con Daniela se había convertido en el momento más deseado del día, y no solo por el estallido descomunal de sensaciones que sentía, sino porque era una auténtica aventura que le hacía sonreír y disfrutar como nunca. No había dos veces iguales. Podían acabar estampados en la pared, a la que se habían empeñado en rendir homenaje por su falta de decoración, como acabar en la cama perdidos en el baile más tierno y sensual que se pueda imaginar. Y no era la única variedad que existía. En más de una ocasión habían terminado muertos de risa por algún comentario o movimiento que había hecho ella.

La noche anterior habían interrumpido un maravilloso orgasmo cuando ella, sin explicación alguna, se había caído de la cama. Le dio mil vueltas, pero no consiguió entender cómo había terminado allí.

—¿Me he caído o me has empujado? —le había preguntado muerta de risa.

—De querer empujarte me hubiera esperado unos segundos más.

Sin duda, Daniela se estaba convirtiendo en el centro de su vida.

La jornada de trabajo estaba a punto de acabar para Daniela. Se preguntó si sería capaz de reunir fuerzas para volver a casa. Estaba muy cansada, pero no solo porque el día había sido muy ajetreado, sino porque había dormido muy pocas horas. En mitad de la noche esa horrible pesadilla en la que aparecía el maldito cuadro de las bailarinas había irrumpido con fuerza, dejándola exhausta e incapaz de conciliar el sueño de nuevo.

Adrien se había asustado y la había calmado durante un buen rato hasta que ella fingió estar dormida para que él pudiera hacer lo mismo.

En la cabaña de la sierra había vuelto a aparecer, aunque en esa ocasión no le produjo una sensación de angustia tan fuerte.

Durante el desayuno, Adrien le había expresado su inquietud por la frecuencia en que aparecía ese sueño, incluso le había propuesto buscar un profesional que pudiera ayudarla, pero ella le había convencido para que esperaran un tiempo.

Esa misma mañana se había decidido a hablar con Víctor. No quería alargarlo más. Sabía que Sam no iba a contarle nada, y aunque no conocía las intenciones de Víctor, prefería que supiera la verdad.

Lo había encontrado en su despacho y la había recibido con una sonrisa.

—Víctor, tengo que contarte algo.

—¡Siéntate! —la invitó.

—Ayer vi a Sam.

Los ojos de Víctor se abrieron por completo.

—Está en Madrid pasando unos días. Quedamos para vernos y...

—¿Qué ocurre? —La miró fijamente.

—Me presentó a su pareja.

Víctor no dijo nada. Desvió la mirada hacia la ventana que tenía a su derecha.

—Si te lo cuento es porque me dijo que no tenía intención de hacerlo él. No podía ocultártelo.

—¿Te dijo algo más?

—No. Solo que...

—Dímelo, Daniela.

—Que eras historia —Se mordió el labio—. Lo siento.

—Gracias por la información. Déjame solo, por favor.

Daniela se levantó buscando su mirada, pero él seguía con ella desviada hacia algún punto de la ventana.

—Yo... Víctor, tenía que decírtelo. Le insistí para que te lo contara, pero...

—Has hecho bien. Gracias, Daniela. Si no te importa...

Salió de su despacho con un nudo en la garganta. En todo el día fue incapaz de hacerlo desaparecer.

Necesitaba ver a Adrien y sumergirse en un baño de burbujas y en sus brazos. Lo había visto varias veces durante el día, pero aun así lo echaba de menos. Le había parecido divertido que él inventara tantas cosas para que ella pasara por su casa. No eran muy creíbles sus excusas, pero ella, encantada y divertida, no le había dicho nada.

El coche seguía siendo un buen aliado y cada vez sentía menos respeto cuando se subía en él. Esa mañana, nada más llegar tuvo que pedirle a Olivier que se lo aparcara en la plaza de Adrien. Al igual que al vigilante, le había parecido de lo más divertido.



Durante el almuerzo tuvo que aguantar sus bromas, pero fueron más llevaderas cuando un café aterrizó en sus pantalones «accidentalmente». Después de saltar de su asiento, la observó detenidamente buscando la forma de hacérselo pagar, pero la sorprendió con una sonrisa de resignación.

—Como ves, no solo soy patosa aparcando el coche...

La sonrisa de Olivier se fue agrandando más.

—Es bueno saberlo. Así te voy conociendo más. El próximo día me hablas de tus destrezas...

—Se levantó en dirección al baño—. Porque las tienes, ¿verdad?

Daniela se ruborizó y para desviar su atención le lanzó una servilleta que él esquivó mientras reía.

Cuando se disponía a salir de Versus en dirección a la casa de Adrien, algo le impidió hacerlo. Volvió a subir al ascensor que la acababa de dejar en el vestíbulo y subió a la planta donde se encontraba Víctor. No lo había visto en todo el día y pensó que debía hacerle una visita.

Cuando llegó a la mesa de su secretaria, se encontró a Elena con ella charlando amigablemente.

—¿Está Víctor en su despacho?

—Sí, pero ha insistido en que no le molestase nadie.

—Es importante. Tengo que verlo. ¿Puedes avisarle?

—Sara, será mejor que le avises o la emprenderá a golpes contigo, es su estilo —dijo Elena forzando el tono sarcástico.

Daniela la ignoró por completo.

—Tengo que darle un mensaje de Adrien. —Sin esperar se dirigió al despacho y entró sin llamar.

Su secretaria protestó, pero su voz desapareció en cuanto cerró la puerta. Víctor estaba recostado en su sillón de espaldas a la puerta.

—He dicho que no me molesten. ¿No ha quedado claro?

—Víctor, soy yo. Quería saber cómo estabas.

Víctor se giró sorprendido. La miró con el ceño fruncido.

—Estoy bien. Solo quiero estar solo.

Daniela no quiso insistir más. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero antes de que pudiera salir escuchó su voz.

—¡Quédate! Eres la única persona con quien puedo hablar.

Se acercó a su mesa y sentó frente a él, con las piernas colgando. Víctor apoyó la cabeza en el brazo que descansaba en el reposabrazos.

—Me dijo que tomara una decisión, que tenía dos meses para ello. Pero no ha pasado ni la mitad del tiempo. Se ha portado como un...

—Si hubiera esperado, ¿habría cambiado algo?

Él no contestó. La miró a los ojos y los cerró.

—No ha tenido... cojones a decírmelo.

—No creo que sea una cuestión de... cojones. Esta es su manera de castigarte.

Víctor la miró sorprendido.

—Yo... lo siento, no debería decirte estas cosas. Me he dejado llevar por...

—Por favor, continúa. Sé sincera, lo necesito.

—Sam necesita algo que tú no puedes darle ahora, y si te hubiera esperado tampoco se lo habrías dado. Cada uno estáis en vuestro derecho de elegir de qué forma queréis vivir, pero son

formas muy distintas y eso hace imposible que podáis seguir juntos —Le cogió la mano—. Sé que él te quiere, pero no puede obligarte a tomar una decisión para la que aún no estás preparado. Ni tampoco puede esperar a tu lado porque eso le hace mucho daño.

—Esto no es fácil, Daniela.

—Lo sé. Te aseguro que soy la persona en el mundo menos indicada para darle a nadie lecciones de valentía y de coraje. Tu historia y la mía son diferentes, pero tienen algo en común. Si algo he aprendido, y te aseguro que ha sido a un precio muy alto, es que la primera batalla que debes ganar es la que tienes contigo mismo.

—¿Y cómo se gana esa batalla?

—Queriéndote. Mirándote en un espejo y buscando el reflejo de lo que eres. Tú reflejo, no el que ven los demás o el que quieres que vean. Solo tú conoces lo que eres y lo que te hace feliz —Hizo una pausa para coger aire—. Habrá otra historia como la de Sam, u otras, pero todas te llevarán al mismo sitio si no te enfrentas a ti mismo.

—Es que no es fácil de entender —Negó con la cabeza—. Daniela, he estado casado con una mujer más de cinco años. Antes de eso tuve algunas historias, todas con mujeres... Jamás pensé que... —Se pasó la mano por la cabeza.

—¿Y qué más da cuándo lo hayas descubierto? El caso es que ahora sabes lo que quieres. No te niegues la oportunidad de ser feliz. Tienes miedo a que te juzguen, pero el primero que lo está haciendo eres tú.

Víctor se la quedó mirando, procesando unas palabras que le estaban afectando más de lo que hubiera imaginado.

—¿Qué te parece lo que ha hecho?

—No es la forma más adecuada de decírtelo. Yo también estoy enfadada con él. Me siento utilizada y no me gusta. En cuanto a la decisión que ha tomado... puedo entenderlo —Le cogió una mano—. No puedes decir que no te ha apoyado. Lleváis tiempo juntos, pero él no puede seguir con una relación en la que no sois libres para hacer e ir adonde os venga en gana. Y es que... no debería ser así, Víctor. ¿Por qué esconderse? Eso os impide disfrutar de muchas cosas. ¿Para qué quieres seguir fingiendo ser alguien que no eres? ¿Eso te ha hecho feliz? Deberías confiar más en las personas que te quieren, porque estoy segura de que te apoyarán.

—En el fondo, lo sé.

—¿Sabes? Te voy a ser sincera... bueno, más sincera, quiero decir. Podría entender que te machacaras de esa forma si hubieras descubierto que te gusta asesinar a la gente. Eso sería un gran conflicto, pero ¡joder! Que tu único problema es que has descubierto que no eran las mujeres, como tu creías, las que te gustaban, sino los hombres.

—Tal y como lo dices, parece fácil.

—Más de lo que tú crees, seguro.

Daniela sonrió y se levantó para acercarse a él. Permanecieron abrazados varios minutos.

El móvil de Daniela indicó una llamada de Adrien.

—Hola, Adrien... ¡Sí! He pasado a visitar a Víctor y estamos charlando... ¡De acuerdo! —Colgó.

—Anda, ve a cuidar al enfermo.

—De enfermo nada. Camina mejor que tú y que yo, lo único es que no está cansado y tiene muchas ganas de tocar las narices.

Víctor se rio con ganas.

—Gracias, Daniela. Esta conversación ha significado mucho para mí.

—Ya sabes dónde encontrarme. No dudes en hacerlo cuando te apetezca —Antes de salir se

giró de nuevo hacia él—. Yo también quiero agradecerte que me creyeras cuando te conté lo de Elena y que lo aclarases con Adrien.

—Tengo parte de culpa. Debí pararlo antes. No volverá a molestarte.

Ella sonrió y salió.

Le gustaba Daniela. Parecía que se conocieran de toda la vida. Era directa y sincera y sus palabras le habían hecho mucho bien. Tenía razón. Debía librar la batalla que tenía consigo mismo y encontrar la forma de ser feliz. Ahora contaba con una persona en la que apoyarse en ese proceso.

Adrien era afortunado. El domingo, les había hablado a él y a Jaime del punto en el que estaba su relación con ella. Nunca pensaron que escucharían esas palabras en boca de su amigo, siempre había sido muy reacio a tener una relación. Parecía más una norma que se había autoimpuesto que una elección. Fuera cual fuera el motivo, aquella mujer había destruido todos esos muros. Se alegraba mucho por los dos. Quizás algún día, él... también...

Al día siguiente fueron juntos al trabajo. Daniela no insistió en que hiciera más reposo, había mejorado mucho. Le había colocado en la pierna cintas kinesiológicas, las cintas tensoras que se utilizan en fisioterapia, para que el tobillo estuviera más sujeto y pudiera prescindir del incómodo vendaje.

Adrien estaba muy satisfecho con el trabajo que había hecho en su pie. Días atrás, debido al dolor y a la inflamación, era imposible pensar que en pocos días podría caminar como lo hacía en aquel momento. Había aceptado que fuera ella la que condujera durante unos días para evitar forzar el pie más de lo necesario.

Él por su parte también la convenció para que se quedara en casa hasta el fin de semana, por si necesitaba ayuda. Daniela se mostró vacilante cuando se lo propuso, pero al final aceptó. Eso sí, le dejó muy claro que el fin de semana se iba a su casa.

Cuando llegaron a la oficina, se detuvieron varias veces para atender a las personas que se interesaron por su estado de salud. Adrien no dio muchas explicaciones, se limitó a responder «bien, gracias». A los más curiosos, que se atrevían a preguntarle el motivo de su esguince, les decía que había sido una «desafortunada caída».

Víctor se acercó rápidamente a su despacho y lo convenció para que almorzaran juntos. Daniela rechazó la invitación y se centró en el montón de tareas que tenían pendientes, entre ellas algunos detalles del viaje a París y algunos cambios en la agenda de la siguiente semana como consecuencia del viaje.

Una hora después, Adrien entró en el despacho de Daniela. Se acercó a ella y le preguntó:

—¿Quieres que te diga todo lo que te haría en este momento?

—No. Ya que no puedes hacerlo, mejor te lo guardas para ti.

Él sonrió y dio la vuelta a la mesa. Ella se apartó para dejarle espacio y que pudiera apoyarse.

—Hoy estás preciosa.

—Será por el vestido.

—No. El vestido no me gusta.

—¿En serio? —le dijo con los ojos muy abiertos.

—Te queda bien, pero es feo —Se echó a reír antes de que ella replicara—. No puedo resistirme a ver esa cara de niña enfadada que pones a veces.

—Ya veo. Muy gracioso —Puso los ojos en blanco—. Y dime, ¿qué tal el tobillo?

—Bien, apenas siento molestias. Con esos adhesivos tan «glamurosos» que me has colocado...

—Son cintas kinesiológicas. Seguro que las has visto muchas veces a los deportistas.

—Sí, pero más discretas. ¿Tenían que ser de color rosa chillón?

—Me hubiera encantado tener alguna que hiciera juego con tu corbata, pero solo disponía de ese color.

Adrien se rio con ganas.

—Le puedes dar las quejas a tu amigo, él fue quien me las proporcionó.

—¿Jaime? Seguro que lo hizo expresamente.

Daniela se rio del comentario.

Escucharon unos golpes en la puerta del despacho de Adrien, seguidos de la encantadora voz

de Elena.

—Adrien, ¿querías verme? —dijo al tiempo que entraba.

—Voy enseguida. Siéntate.

Elena no le hizo caso. La voz de Adrien procedía del despacho contiguo y se acercó a la puerta que les separaba para mirar. La escena que presenció le gustó tanto como una bofetada: Adrien sentado en la mesa frente a esa bruja maleducada, que se encontraba de pie entre sus piernas con una mano apoyada en su hombro.

Adrien, molesto por la interrupción, se levantó bruscamente y cerró la puerta con impulso, dejando a Elena en estado de shock.

Daniela entendió que lo mejor sería desaparecer.

—Aprovecharé para hablar con Natalia y con Olivier.

Él asintió con la cabeza. La besó en los labios y volvió a su despacho. Paso por delante de Elena, que lo esperaba sentado.

—Tú dirás —dijo Elena de una forma altiva.

—Quiero que me expliques qué es lo que pretendías al boicotear el trabajo de Daniela.

—¿De qué estás hablando? —dijo haciéndose la ofendida.

Adrien la miró sin contestar. Se separó de la mesa ligeramente para cruzar las piernas. Apoyó los brazos en los reposabrazos del sillón.

—Llevo días esperando una disculpa de esa... de tu ayudante. Te recuerdo que se lanzó a mi cuello y si no llega a ser por Natalia... —Suspiró fingiendo que le afectaba hablar de aquel tema—. Se abalanzó sobre mí gritando que yo le estaba perjudicando en su trabajo. La verdad es que esperaba más de ti, Adrien —Se acarició la mejilla con la palma de la mano borrando una lágrima inexistente.

—Elena, voy a ser claro y directo contigo —Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos—. Has conseguido que tu insistencia, yo diría que obsesiva, por ocupar el puesto de ayudante, se haya cargado una excelente trayectoria profesional como la que tenías en Versus. Tú última estrategia para conseguirlo... ¡Clama el cielo! He acabado harto de ti, saturado por completo.

—¿Cómo? Adrien, yo...

—Te agradecería que no me interrumpieses —dijo, tajante—. Has boicoteado el trabajo de una compañera con el claro objetivo de deshacerte de ella, pero también me estabas perjudicando a mí y a Versus. Te has dedicado a borrar archivos, a anular reservas, a robar documentos de su mesa para dejarlos en el baño, has concertado una visita con un cliente...

—Adrien, ¿qué...?

—Te he dicho que no me interrumpas.

—Es que no sé de qué me hablas.

—Recoge tus cosas, Elena. Ya sabes cómo funciona. Te acompañaran a tu despacho. Después sube a recoger la documentación de tu despido. Te están esperando.

—¿Cómo puedes hacerme esto?

—Te lo has hecho tu solita.

—Adrien, no puedes despedirme, yo...

—Es mejor que te vayas. De todo lo que digas a partir de ahora, cuando estés más calmada, te vas a arrepentir.

Adrien se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió vio a los guardias de seguridad que la estaban esperando.

—Buena suerte, Elena. —Se apartó para dejarle paso.

—No me merezco esto.

—Yo tampoco.

Elena se dirigió a su despacho, custodiada por los guardias de seguridad. Adrien volvió a entrar.

Varias personas se habían acercado a presenciar la escena. Los rumores se extendían fácilmente, y desde que Adrien solicitó la presencia de los guardias de seguridad en la puerta de su despacho para activar el protocolo de despido, fueron varios los empleados que se acercaron curiosos para ver la identidad de la persona afectada. Muchos se llevaron una sorpresa, ya que esperaban que fuera Daniela la que saliera por la puerta.

Pero Daniela era ajena a lo que estaba ocurriendo. Se encontraba en el laboratorio admirando unos bocetos que Olivier le mostraba de la nueva colección.

Una voz femenina anunció en la sala que acababan de despedir a Elena. Todos se giraron para escuchar las explicaciones, sorprendidos.

Olivier y Daniela se miraron fijamente.

—Si juegas con fuego, te puedes quemar... —dijo él con alguna dificultad para pronunciar la frase. Todavía no dominaba algunas consonantes españolas—. ¿Estás de acuerdo?

—Depende del enfoque que le des. Tú lo dices como si fuera un acto de condena —Lo miró reflexiva—. Hay momentos en la vida que es preferible quemarse, aunque pierdas. Al menos puedes decir que lo has intentado.

—No sé si entiendo lo que dices, pero me gusta. Desconocía esa faceta *fiisológica* tuya.

—Filosófica. —Le sonrió.

—Filo-só-fica —pronunció con prudencia.

—No me hagas caso. Nico y yo solíamos discutir sobre ese tipo de frases. Lo que te he dicho es cosecha de él. Un día hablamos sobre ello.

—Pero estás de acuerdo, de lo contrario no hubieras hecho ese inciso.

—Influencia de Nico, ya no sé ni lo que es mío ni lo que es de él.

Ambos se rieron.

—¿Así que crees que es mejor arriesgarse a quemarse, que no hacer nada? De esa forma tienes posibilidades de ganar, de la otra no.

—Sí. Es algo así —dijo riendo—, pero no creas que siempre lo he pensado. Yo he sido más de escoger el camino fácil. Pero siempre la he cagado, por eso creo que un poco de riesgo y emoción no están mal. Y si te quemas, pues...

—¡Interesante, Daniela! Interesante como tú.

Daniela no se acostumbraba a esa nueva faceta de Olivier, más desinhibida y directa. Desde que lo sorprendiera desnudo en la ducha, él se había mostrado más bromista y abierto con ella.

El día que Adrien le confesó la inseguridad que sentía con la presencia de Olivier, le estuvo dando vueltas a la cabeza. Olivier no tenía la culpa de que ella hubiera irrumpido en el baño, pero su exhibición posterior se la podía haber ahorrado. No era necesario que abriera la mampara y se colocara delante de ella para mostrarle su error. Hubiera sido suficiente con gritarle que se había equivocado. La exhibición estaba fuera de lugar. Olivier también sabía jugar. ¿Y quién no?

Daniela entró en el despacho de Adrien y se lo quedó mirando. Parecía relajado. El incidente con Elena le hizo dudar sobre el estado en el que lo encontraría.

Se alegraba de no tener que aguantar más a esa mujer. Aquella situación despertó un sentimiento de tristeza en ella. No es que estuviera apenada porque Elena desapareciera de su vista, más bien era una gran noticia no tener que volver a verla, pero había algo en aquel asunto que le inspiraba cierta compasión.

No se trataba de la persona en sí, sino de las personas en general. Algo removió en su interior

un sentimiento que conocía muy bien. Se planteó cómo era posible que una mujer guapa e inteligente, como lo era Elena, echara a perder su trabajo de aquella forma.

Se había enamorado de Adrien, de eso estaba segura, y todo lo que había hecho en realidad era por amor. Mal enfocado y peor ejecutado, pero al fin y al cabo, por amor.

En el caso de esa mujer no se trataba de una ambición económica, o una maldad innata con la que divertirse haciendo la vida más difícil a los demás. ¡No! Ella solo quería un puesto en la empresa que le permitiera estar al lado del hombre del que seguramente llevaba años enamorada. Solo quería estar a su lado.

Daniela no la justificaba, pero consideraba que en el fondo solo era una triste historia en la que una mujer se enamora y pierde los papeles por completo.

Ella, precisamente ella, era la más adecuada para entender que se hubiera enamorado de Adrien, del hombre que tenía delante en ese momento. ¿Podía juzgar y condenar a Elena por haberse desviado tanto de su camino? Seguramente no. ¿Quién era ella para juzgar a nadie por ser completamente ciego y no ver la realidad? ¿Quién era ella para juzgar a alguien por engañarse a sí mismo y tomar decisiones equivocadas?

—¿Estás bien? Parece que estás muy lejos de aquí.

—Perdón. Estaba pensando en Elena.

—¿Qué pensabas?

—Matemáticas.

—¿Cómo?

—Se trata de una operación sencilla. Sumando el factor de mujer perdida y ciegamente enamorada, más el de mujer frustrada, más el de mujer despechada, da como resultado: medidas desesperadas.

—¿Es eso lo que crees que le ha pasado?

—Sí, pero no voy a hablar ni a pedirte que hables de ello. ¿Conforme?

—Conforme y agradecido. No es algo de lo que quiera hablar. Y, si le parece bien a la señorita, podría sentarse justo ahí delante y ayudarme en algunas cosas o me veré obligado a seguir reduciendo la plantilla.

—Luego dices que no soy elegante. Mira que amenazarme con eso. —Fingió estar ofendida.

Él se echó a reír. Se apoyó en el respaldo del sillón y se dedicó a observarla con una sonrisa de adolescente fascinado que hasta a él mismo le sorprendió.

El resto del día fue agotador. Apenas salieron del despacho. Adelantaron todo el trabajo que tenían pendiente.

Daniela se disponía a levantarse para ir a su mesa y recoger cuando unos movimientos de Adrien llamaron su atención. Empezó por hacer un gesto extraño con la cabeza. La movía hacia atrás acompañándola de un movimiento circular de los hombros. Al principio parecía un simple estiramiento para aliviar alguna molestia, algo que le pareció relativamente normal, pero en pocos segundos le pareció que sus gestos eran algo exagerados. Parecía una de esas aves con plumas vistosas en pleno ritual de apareamiento.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó, fascinada.

—Nada, es solo que tengo algo cargada la espalda —le contestó siguiendo con su danza.

Daniela tardó muy poco en entender que era una forma de captar su atención, ya que esos movimientos solo podían ser forzados. Entendió lo que se proponía, pero decidió no seguirle el juego de momento.

—Vaya, cuánto lo siento. Parece muy... molesto. —Fingió preocupación.

—Ya que a ti no se te ocurre, señorita «pésima ayudante», te diré que necesito una profesional.

Alguien que cumpla con dos requisitos: uno, que tenga el título de fisioterapeuta, y dos, que disfrute mucho tocándome. ¿Conoces a alguien? —le dijo en tono sarcástico.

—Yo podría ser esa persona... si no fuera porque solo cumplo uno de los requisitos.

Él se echó a reír. Se lo había puesto fácil.

—¿Un masajito? —le preguntó él, utilizando un tono de voz infantil.

—En tu casa, aquí no.

—Vale. Pues nos vamos —Se levantó bruscamente del sillón—. Que conste que he sido yo el que he propuesto una solución, señorita «pésima ayudante» —Fingió que estaba enfadado.

—Que conste que seré más útil si te recuerdo que tienes una llamada en espera hace más de diez minutos, señor «finges fatal» —Se despidió de él señalándole el teléfono y se dirigió a su despacho—. ¡Ah! No te conviene enfadarme mucho si tienes intención de confiarme tu espalda.

Él se quedó riendo.

Al salir recibió una llamada de Javier en la que le pedía que quedaran en algún momento para «darle un repaso a su espalda». Al parecer sí había alguien con molestias de verdad. Javier tenía un problema con las cervicales, y en más de una ocasión ella le había dado un masaje. Quedaron para el día siguiente por la tarde, después de salir del trabajo.

Cuando llegaron a casa de Adrien, nada más entrar, Daniela lo sorprendió con un:

—¿Cama? —dijo muy seria.

—¿Perdón?

—El masaje. ¿En la cama?

—Sí, claro.

Se dirigieron hacia allí.

—¿Dónde me pongo?

—Quítate la camisa y tumbate en este lado, boca abajo.

Él hizo lo que le decía. No dejaba de sonreír.

Cuando ella se sentó en el borde de la cama, él se giró rápidamente y la levantó en un solo movimiento hasta tenerla encima.

—Cuando has pronunciado la palabra cama, el dolor de espalda se ha esfumado —dijo él sonriendo y besándola.

—Es una lástima. Mañana tengo que hacer un masaje y me hubiera gustado practicar un poco.

—¿Un masaje? ¿A quién?

—A Javier.

Eso pareció molestarlo, aunque se esforzó por disimularlo. Aun así, ella lo notó y aprovechó la ocasión para jugar un rato.

—Tiene un problema y me ha pedido ayuda. Solo que si te digo la verdad me va a resultar un poco violento hacer ese masaje.

—¿Por qué?

—Porque es en la zona inguinal, y... bueno... puede resultar algo embarazoso. ¡Ya me entiendes! —Hizo una gran interpretación.

—No, no te entiendo. —Esta vez no se molestó en fingir que el tema no le gustaba.

—Espera, te lo mostraré.

Se levantó y se volvió a sentar en el borde de la cama junto a él, que seguía estirado.

—En esta zona de aquí —señaló con un dedo la ingle—, tiene un problema. Un esguince. Es ahí donde debo realizar el masaje y es algo... violento. Encima no podré hacérselo con los bóxers puestos, tendrá que desnudarse. Para él no será un problema, ya sabes cómo es Javier, pero para mí... No dejo de repetirme que no tiene importancia, pero...



Adrien no salía de su asombro.

—¿Me estás diciendo que tienes que hacerle un masaje en los huevos a Javier? —Se incorporó de la cama y se sentó a su lado.

—No es eso, te he dicho en la íngle.

—Oye, que se busque otro fisio, que en Madrid hay muchos, no vas a tocarle los huevos a Javier.

Daniela no pudo contenerse más y estalló en una carcajada. Él, al darse cuenta de que le estaba tomando el pelo, se enfadó todavía más. Otras veces se unía a ella para disfrutar de la broma, pero en esta ocasión le molestó de verdad.

—¿De verdad te has enfadado? Era una broma. En las íngles no se suelen hacer masajes.

Él se levantó molesto por la situación.

Ella le siguió, sorprendida y a la vez encantada por lo bien que se lo estaba pasando. Se acercó a él y lo besó. Él no tardó en sonreír.

—No toques esa fibra —Le miró a los ojos fijamente—. No la entiendo, ni la controlo, ni me gusta. Dani, estoy familiarizándome con muchos sentimientos. Eso de los celos, o de ser posesivo, o... como quieras llamarlo no me gusta. No quiero sentir eso. Si tiene que surgir, pues que surja, ya lo trabajaré como pueda, pero si puede ser que no toques las narices con eso...

—Está bien. Pero también deberías trabajar lo de las bromas. Yo evitaré que sean de ese tipo, pero tú también podrías hacer un esfuerzo y verlas como lo que son: bromas.

—No es mucho pedir que las «bromas» sean de otros temas.

—De acuerdo... ¿Qué puedo hacer para compensar al señor?

—¿Que tal el «masaje» que tenías pensado hacer a Javier?

—¿Ese que tú has bautizado como «masaje en los huevos»?

—Ese. Ese mismo.

—¿Quieres que te dé un masaje en los huevos? —dijo partiéndose de risa.

—Cariño, puedes ser más elegante si te esfuerzas un poco.

—Lo has dicho tú.

—Pero lo he dicho enfadado y con más gracia. Hazme caso y sé más elegante —dijo provocándola.

Ella puso los ojos en blanco.

—Está bien, señor Feraud, seré elegante. ¿Sería tan amable de tumbarse en la cama? Me dispongo a compensarle por mis bromas de mal gusto con un delicado y gratificante masaje en... la íngle. Si le parece bien, después podríamos iniciar un acto sexual, también conocido como «coito», para aliviar las tensiones del día...

—Que sí, que sí, cariño. Que me tocas un rato los huevos y luego follamos para pasar un buen rato. ¡Te he entendido!

El primer café de la mañana, el que solía hacer en la sala de descanso, llevaba sorpresa incluida. No era la calidad del café, ni la decoración de la sala, ni la ausencia de Elena, ni la compañía de Olivier. La sorpresa consistía en un buen número de caras sonrientes acompañadas de otro buen número de «Buenos días».

¿Sería demasiado oportuno pensar que todas esas personas que le dirigían la palabra por primera vez desde que llegara, al menos en un tono lo suficientemente alto como para escucharlo, respiraban en un ambiente positivo por la ausencia de Elena?

Olivier se lo aclaró:

—Ayer no se hablaba de otra cosa. Todos saben cuál fue el motivo por el que la despidieron. Por mucho que apreciaran a Elena, no apoyan lo que hizo y eso te convierte en algo así como la víctima del cuento.

—Genial. Es lo que siempre he soñado. Que me miren como la víctima de la ira de Elena y consideren que hoy es un buen día para ser un poco más amables. Demasiada hipocresía en poco espacio y en poco tiempo.

—Últimamente estás muy filosófica —Sonrió orgulloso de haber pronunciado correctamente la palabra—. Lo que te voy a decir no te va a gustar mucho, pero tengo que decírtelo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, preocupada.

—Antes de que llegaras hablaban de tu relación con Adrien. Todo el mundo lo sabe.

Daniela removió el café lentamente.

—Entonces, ¿ese es el motivo de la amabilidad?

—Algo influye.

—Ayer era la mala que había venido para estropear los planes de Elena y hoy soy la víctima que está liada con el jefe. Va mejorando.

Olivier se echó a reír.

Se despidieron y Daniela se dirigió a su despacho. Abrió la puerta contigua al despacho de Adrien y lo vio sentado en su sillón, atendiendo una llamada. Hablaba en francés. Le encantaba escucharlo cuando se expresaba en ese idioma.

—¿Ya has tomado café?

—Sí. Todo el mundo es muy amable hoy.

—Vaya, eso es bueno.

—Supongo. —No quiso hablar de ese tema con él.

—Quería comentarte algo —Se palmeó la pierna indicándole que se sentara—. Mañana es el cumpleaños de Víctor. No le gusta celebrarlo, así que he pensado que podríamos hacer algo sencillo. Invitarlo a cenar a mi casa. He hablado con Jaime y le ha parecido buena idea. Algo cercano.

—Es una gran idea. Por mí no te preocupes. Yo mañana me voy a mi casa, que ya toca.

—¿Qué? —Levantó las cejas—. No te lo digo para que te vayas. Te lo digo para que estés con nosotros.

—¿Qué pinto yo ahí? ¿No es una reunión de amigos?

—Eso lo hemos hecho mil veces. Jaime y yo hemos pensado que sería diferente si estuvieras tú. A Víctor le encantará. Le caes muy bien.

—¡Ah! —exclamó, sorprendida—. Me parece bien. Pero no quisiera que lo hicieras por...

—Mejor no acabes la frase. Una cena entre amigos en la que nos gustaría que estuvieses.

Punto. ¿Aceptas?

—Acepto. Pero que te quede claro que yo no quiero una relación de esas pegajosas en la que salir con los amigos suponga un problema o necesites una excusa.

—¿Pegajosas? —Puso los ojos en blanco—. No vuelvas a mencionar eso. ¡Sobra! Ni se me había pasado por la cabeza.

—De acuerdo. ¿Y si preparo yo la cena? ¿No sería un detalle mejor?

—Sería estupendo, pero eso debes decidirlo tú.

—Por mí, bien.

—Gracias. A Víctor le encantará que te tomes molestias por él. A veces es como un niño. Le encanta que lo mimen.

—¿Y a quién no?

—A mí.

Salió del despacho poniendo los ojos en blanco.

Aprovechó la hora de la comida para ir al centro de estética de Eva y visitarla. No le había anunciado su visita, pero pareció estar encantada. Nada más entrar se acercó a ella y la abrazó efusivamente. Comieron junto al centro mientras Eva le relataba todo lo relacionado con el duro fin de semana que habían pasado, así como los complicados trámites que tenían que realizar para formalizar el testamento. A Daniela le asaltaron muchos recuerdos mientras escuchaba a su amiga, pero esta vez no le afectaron como otras veces.

Tras la comida, Eva insistió en que pasara de nuevo por el centro y aprovechara para hacerse algún tratamiento que le hiciera falta. Al principio, viendo que no disponía de mucho tiempo, se negó, pero después se animó. Se ahorraría tener que volver otro día.

Durante la media hora que duró la depilación rápida y la manicura, le contó que había quedado en casa de Nico para hacerle un masaje a Javier. Eva le ofreció una camilla plegable y Daniela la aceptó encantada. Ese tipo de masajes eran complicados de hacer en una cama o en una silla. Se comprometió a llevarla personalmente a casa de Nico, ya que ella no podía llevársela en ese momento. Lo más correcto hubiera sido decirle que ella misma la pasaría a buscar con el coche más tarde, pero no lo hizo porque le pareció que aquella visita a casa de Nico era algo que a Eva le apetecía mucho hacer.

Adrien detuvo el coche frente al portal de Nico.

—Volveré pronto. Luego le pediré a Nico que me acerque a tu casa.

—Si no puede, me llamas.

—No habrá problema. No quiero que fuerces más el tobillo.

—Muy bien. Venga, ve a hacerle el masajito a Javier. Y dile que para el próximo se busque la vida.

Ambos se rieron cuando puso el coche en marcha, recordando la conversación del día anterior. Daniela se arrepintió de haber aceptado darle ese masaje a Javier. Estaba cansada y solo le apetecía sumergirse en la bañera con los brazos de Adrien a su alrededor y su voz susurrándole en el oído. Tendría que esperar. Se había hecho tarde y Javier debía estar empezando a pensar que se había olvidado de él. Esperaba que la camilla plegable estuviera allí.

Cuando la puerta se abrió, se encontró con un rostro que no esperaba: Olivier.

—Empieza a ser una costumbre encontrarte aquí.

—Sí, pero hoy me encuentras... vestido.

Daniela se ruborizó. Olivier sonrió y se apartó de la puerta para dejarla entrar.

Encontró a Javier en el salón, estirado en uno de los sofás.

—Pensé que no ibas a venir. Estoy fatal. Dime que puedes hacer algo.

—Lo intentaré, pero no creas que puedo hacer milagros.

Se fijó en que la camilla estaba en el salón.

—¿No está Nico?

—Sí, está en su habitación.

—Voy a saludarlo.

—¿Vas a su habitación? —preguntó Olivier.

—Sí. ¿Por?

—Mejor que no. Está... acompañado —intervino Javier.

Daniela se esforzó por ocultar su sorpresa.

—¡Vaya intimidad! Vosotros aquí y él... ¿en su habitación?

—No estaba planeado —aclaró Javier—. Hemos quedado aquí porque era mejor para ti. Dijiste que estaba más cerca y podrías venir antes —La miró sonriendo—. Por Nico no te preocupes, esta casa es grande y nadie le molesta.

Olivier sonrió ante la explicación de Javier.

—Si tú lo dices —Se encogió de hombros—. ¿Dónde quieres que te haga el masaje?

—En la espalda. Más bien aquí. —Se incorporó para señalarse con una mano la zona cervical que es la que le producía dolor.

—Eso la yo sé. Me refiero a la parte de la casa en la que quieres que pongamos la camilla.

—Ya está bien donde está.

—¿Aquí?

—Que más te da.

Daniela miró a Olivier. Este se dio cuenta e intervino.

—Si molesto puedo irme. Quería ver cómo le hacías el masaje, pero no quiero ser un estorbo.

—¡Oh! No. A mí no me importa. Si a Javier le parece bien...

—A mí me da igual quien mire. Lo que quiero es que me quites este dolor —lloriqueó.

Daniela se sintió algo intimidada con la presencia de Olivier. La verdad es que no solía tener público cuando realizaba un masaje.

—¿Por qué quieres mirar? —le preguntó a Olivier—. Te vas a aburrir.

—No lo creo. Me apetece ver tus habilidades como fisioterapeuta.

Sin añadir nada más, le indicó a Javier que se tumbara en la camilla boca abajo y se quitara la camiseta.

Intentó olvidarse de la presencia de Olivier, aunque este no se lo puso muy fácil al colocarse justo en el lado opuesto de la camilla, apoyado en una mesa con los pies cruzados a la altura de los tobillos.

El masaje no fue lo satisfactorio que Javier había imaginado. Se quejó continuamente.

—Javier, las cervicales son complicadas de tratar. El masaje requiere una presión que no es precisamente muy agradable. El alivio lo sentirás mañana, no durante el masaje.

—Vale. Perdón. Continúa, pero es que me estás haciendo polvo.

Daniela continuó durante veinte minutos más. Llegó a concentrarse tanto en lo que hacía que consiguió olvidar la presencia de Olivier e incluso ignorar los quejidos de Javier.

Le anunció a Javier que la peor parte ya había pasado y que le practicaría un masaje mucho más relajante. Mientras lo practicaba, cruzó la mirada con Olivier, que no perdía detalle del

movimiento de sus manos.

En ese momento se escuchó el sonido de la puerta del salón al abrirse. Daniela no se quiso girar para no interrumpir el masaje. Escuchó la voz de Nico.

—Hola, cielo.

—Hola, Nico.

Otra voz irrumpió en el salón.

—Daniela, yo ya me voy. —Asomó la cabeza por la puerta del salón.

Daniela se giró sorprendida. Cuando la miró, Eva bajó la cabeza. Parecía incómoda.

—Hablamos en otro momento. Tengo prisa. Adiós, chicos. —No esperó a escuchar la contestación de los chicos, que le gritaron un «Adiós» cariñoso. El sonido de la puerta de salida se escuchó a continuación.

Daniela se quedó petrificada, aunque intentó disimularlo volviendo al masaje.

Nico se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—¿Eva?

Nico asintió con la cabeza y se colocó junto a Olivier con naturalidad para observar el masaje de cerca.

Ella lo miró sin poder evitar que su boca se quedara algo abierta.

—Tú y Eva... ¿Estáis juntos?

—No exactamente. Somos amigos. Pero alguna vez... ¡Ya sabes!

Ella lo miró con dureza.

—¿Qué ocurre, Daniela?

—No, nada. Es que me ha sorprendido —Miró a Olivier—. Pensé que solo erais amigos.

Nico la miró esperando encontrar alguna señal que le diera una explicación de su reacción. Quizás la presencia de Olivier le impedía expresarse con naturalidad, aunque no tenía por qué.

Volvió a centrarse en el masaje. Javier parecía el único ajeno a todo lo que estaban hablando.

—Y lo somos.

—¿Ella piensa igual que tú? —dijo, enfadada.

—¿Qué ocurre, Daniela?

—Nada. Olvídalo. —Miró a Olivier. No debía seguir hablando con él allí.

—Vamos, Daniela. ¿Qué ocurre? Sabes que me puedes decir lo que quieras.

Olivier miró a Daniela. Estaba enfadada por algo y quizá su presencia le impedía hablar con sus amigos. Se encaminó hacia la cocina, que estaba justo al lado. No es que eso le proporcionara mucha intimidad, pero sería mejor que quedarse allí mirando.

Ella observó a Olivier. Se dio cuenta de que se estaba creando una situación incómoda y decidió que lo mejor sería no decir nada. No entendía qué le estaba ocurriendo ni por qué se había alterado de aquella manera. Estaba más que decidida a centrarse en el masaje y terminar con aquella incómoda situación cuando escuchó las palabras de Javier.

—Es un concepto que igual Daniela no entiende —dijo con su particular naturalidad—. Yo te lo aclaro: son amigos que de vez en cuando...

—Que no soy imbécil, Javier —le interrumpió abandonando el masaje. Ese comentario la había alterado y ni siquiera la presencia de Olivier, aunque estuviera a unos metros de allí, le impidió mostrar su enfado.

—¿Dónde está el problema? —le dijo Nico acariciándole la mejilla.

—Es solo que... Eva siente algo por ti, y tú lo sabes. Me da miedo que salga herida de todo esto.

—Cielo —le dijo suspirando—, Eva y yo sabemos muy bien lo que hacemos. Entre nosotros

todo está muy claro. Esto que ha pasado hoy... simplemente no estaba previsto. Vino a traer la camilla y... nos calentamos.

—¿Es la primera que vez que ocurre?

—No. Pero tampoco ocurre a menudo.

—Esto a ella le afecta. Lo sé. Tú lo ves desde otra perspectiva.

—No es una cuestión de perspectiva. Los dos somos mayorcitos y nadie nos obliga a hacer nada que no queramos.

—Ella todavía siente algo por ti.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Nico, yo no pretendo meterme en tu vida. Simplemente es que sé que le estás haciendo daño sin quererlo.

—Nadie te ha dicho que te estés metiendo en mi vida. ¡No vuelvas a decir algo así! Lo que quiero que entiendas es que si esos sentimientos existen yo los desconozco. Ella nunca me ha dicho nada. Todo ha quedado muy claro entre nosotros. Yo no la voy persiguiendo ni acosando. De hecho, es ella la que normalmente toma la iniciativa. Parece segura de lo que hace.

Daniela sopesó sus palabras.

—Son mayorcitos —sentenció Javier—. Se divierten cuando les apetece.

—Eso es peligroso cuando uno de los dos siente algo más —dijo ella.

—Joder, Daniela —Javier se incorporó en la camilla y se sentó—. Has vivido tanto tiempo enclaustrada en tu convento que te espantas de cosas que son de lo más normal.

—¡Eres un gilipollas! —le gritó Daniela—. Será mejor que me vaya.

—¡Javier! —le gritó Nico atravesándolo con la mirada. ¿Cuándo aprendería lo que significaba la palabra «sutileza»?

Ella los miró disgustada. ¿Cómo no había parado aquello? ¿Qué le estaba pasando? Olivier se quedó en el umbral de la puerta de la cocina atraído por la discusión.

Nico la cogió de la mano y la llevó hasta el sofá.

—Daniela, ¿qué ocurre? Yo no suelo ir haciendo daño a la gente y menos a las personas que quiero, y Eva está en ese grupo.

—Lo siento, Nico, de verdad, lo siento mucho. No sé qué narices me pasa.

—Deja de disculparte, joder. Al final me voy a enfadar. —La besó en la frente.

Ella asintió y se refugió en su pecho.

Unos minutos después, Javier se acercó con una copa de vino. Daniela le sonrió.

—Perdóname por lo de antes. Sabes que nunca diría nada para herirte.

Se abrazaron. Daniela sonrió. Adoraba a Javier y no pudo evitar sentirse todavía más responsable de aquella situación.

—Olvidémoslo. Tengo un día raro. —Miró a Olivier, que seguía en la misma posición sin perder detalle de su estrambótica conversación.

Se levantó y le pidió a Javier que se tumbara de nuevo para terminar el masaje. No era el mejor momento, pero él estuvo de acuerdo en que esa sería la mejor forma de olvidar la incómoda situación que se había creado.

«Dios, que mal me siento».

Cuando terminó el masaje, les habló del viaje a París. Olivier ya parecía conocer el tema, pero Nico y Javier se mostraron entusiasmados bromeando sobre el numerito que se iban a perder cuando subiera al avión.

La relajación y las risas volvieron, aunque el nudo y el malestar que ella sentía no había forma de hacerlo desaparecer del todo.

Olivier, que se había mantenido como un discreto espectador durante toda la escenita, anunció su retirada alegando que tenía muchas cosas que hacer y se ofreció a llevarla a casa. Ella aceptó para evitar molestar a Nico. Se despidió de sus amigos. Nico le guiñó un ojo y le pellizcó la nariz. Era su forma de decirle, como había hecho tantas veces, que todo estaba bien y que dejara de preocuparse.

Durante el trayecto, hablaron de París. Era un tema muy socorrido para ambos.

—¿Nunca has estado allí? —le preguntó Olivier concentrado en la carretera.

—No. He viajado poco.

—Te gustará.

—¿Vas a menudo?

—No mucho. Llevo en Versus poco más de un año y solo he ido una vez.

—¿Tu familia?

—No tengo familia. Mis padres murieron hace tiempo.

—¡Oh! No lo sabía. ¿Echas de menos París?

—No, la verdad es que no. Me he adaptado muy bien a España.

—Dijiste que tu madre era española. ¿Aquí tampoco tienes familia?

—No. Mis padres eran hijos únicos, los dos.

Daniela no quiso entrar más en ese tema que seguramente debía ser doloroso para él. Ahora entendía por qué se había unido tanto a Javier y a Nico. Desconocía si tenía amigos o no en Francia, pero de no ser así aquel chico estaba muy solo.

Cuando detuvo el coche, Olivier la miró sonriendo.

—¿Te puedo preguntar algo? —le dijo girando hacia ella.

—Sí. Dime.

—Sé muy poco de tu vida. Me dijiste que te fuiste de Barcelona porque ya no tenías nada que te retuviera allí y querías empezar una nueva vida...

—Así es. —Era una bonita forma de resumir su historia.

—Javier... ha comentado algo de estar enclaustrada, algo de un convento. Tú...

—¿Te refieres a si era una monja? —dijo sin poder aguantar la risa—. No, que va. Javier lo ha dicho de una forma metafórica. Es su forma de decir que mi vida era... ¿Cómo te diría? Triste, vacía, lenta...

—Entiendo.

—¿Siempre eres tan... profunda?

—¿A qué te refieres?

—A todo en general.

—No. Para nada. Tengo un lado de lo más superficial. Ya lo irás viendo.

—Suzanne —susurró él.

—¿Suzanne?

—Cuando te veo, me viene ese nombre a la cabeza.

—¿Quién es Suzanne?

—Es la protagonista de una historia. Alguien profundo... como tú.

—¡Ah! —Se ruborizó.

Se hizo un silencio incómodo.

—Me tengo que ir.

—Lo he pasado muy bien esta tarde— dijo sonriendo.

—Siento que hayas presenciado esa... conversación tan tonta.

—No me ha parecido tonta.

—Estoy sensible, me afectan las cosas demasiado. Creo que forma parte de mi terapia. Yo la llamo «Bienvenida a la vida».

Olivier se rio a carcajadas.

—No sé si te entiendo, pero me gusta el nombre de tu terapia.

Ella sonrió y abrió la puerta para bajarse. Antes de que saliera, él llamó su atención:

—¡Daniela!... Bienvenida a la vida.

Ella sonrió. Tenía un pie fuera cuando volvió a escucharlo:

—¡Bienvenida a... mi vida!

Se miraron fijamente. Daniela la desvió y salió del coche con una tímida sonrisa.

Adrien estaba sentado frente a su portátil, que esta vez descansaba en la mesa. Con una mano se frotaba la barbilla mientras que con la otra jugueteaba con un bolígrafo. Llevaba una camiseta y un pantalón holgado. Se quitó las gafas que estaba utilizando para mirar la pantalla y se la quedó mirando.

—¿Qué tal el masaje?

—Bien. Creo que le ayudará.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que...

Odiaba aquella situación. Últimamente solo hablaban de ella y sus interminables traumas.

Adrien le tendió una mano para que se sentara en sus rodillas.

—Discutí con Nico y con Javier.

—¿Discutisteis? —Arqueó las cejas.

Le explicó todo lo que había ocurrido, incluyendo la presencia de Olivier y que fue este el que la trajo a casa. Lo que no le contó fue la conversación que mantuvo en el coche con él. No esperaba que Adrien entendiera el tema Suzanne, la profundidad y la bienvenida a su vida. Si a ella le descolocaban algunos comentarios, no quería ni imaginar lo que provocarían en Adrien.

—¿No vas decir nada? —le preguntó.

—Igual no te gusta lo que te digo.

—Dispara.

—No es asunto tuyo lo que haya entre él y Eva —dijo tajante.

—Son mis amigos. Me importa.

—Hay momentos en los que puedes o debes intervenir porque la situación lo requiera o porque te pidan opinión o consejo —la miró frunciendo el ceño—, pero esta no me parece una de esas situaciones. Estoy seguro de que ambos saben dónde se meten. Son mayorcitos. Ya saben a lo que se exponen, no creo que tengas que recordárselo.

Daniela se sintió como una niña a la que le están riñendo. Se sintió avergonzada. Él la cogió de la mano y la llevó hasta el baño.

—¿Adónde vamos?

—A la ducha. A ver si te despejas un poco y te olvidas de todas esas tonterías que tienes en la cabeza. Te has vuelto una cotilla de mucho cuidado.

El cuerpo de Daniela se tensó. Se paró de golpe y se soltó de su mano. Frunció el ceño tan exageradamente que provocó en él una carcajada. La cogió de nuevo de la mano y la condujo al baño haciendo fuerza para que ella no se soltara.

—No quiero ducharme contigo —dijo con la misma actitud que adopta un niño con una rabieta.

—Te vas a duchar solita, yo ya me he duchado. Solo quiero asegurarme de que estés un buen



rato bajo el agua para que puedas despejarte.

—¡Vete! Sé ducharme solita y también la cantidad de agua que necesito para despejarme. ¡Fuera!

—De eso nada. Te voy a quitar la ropa y a asegurarme de que te cae un buen chorro de agua en esa cabecita.

La desnudó con mucha dificultad mientras ella se retorció para ponérselo difícil. Las cosquillas y alguna palmada en el trasero le ayudaron en la dura tarea.

Daniela pasaba de la risa a la rabia con tanta rapidez que era imposible no reírse. Cuando consiguió quitarle toda la ropa, la empujó dentro de la cabina. Accionó rápidamente el mando del grifo y un chorro de agua con mucha fuerza chocó contra su cara. Salió rápidamente para no mojarse mientras escuchaba sus maldiciones y juramentos de venganza.

Esperó unos segundos antes de preguntarle:

—¿Qué tal, cariño? ¿Te vas despejando? ¿Se te están yendo las tonterías?

—Síííí. Tenías razón, estoy entrando en trance. Mi cabeza está empezando a liberarse de todo. Hasta me estoy empezando a olvidar que estás ahí. Ese pensamiento lo voy a mantener en lo que queda de día.

Adrien rio ante la provocación.

—Puedes hacer como que no existo, si eso te despeja.

—Exacto. Es lo que pienso hacer.

Adrien se disponía a salir del baño cuando escuchó sus palabras:

—Y ya que no existes, me pregunto: ¿quién va a aliviar esta presión que siento... justo aquí? Vaya, ¡qué maravilla! Yo misma puedo hacerlo... Hmmm.

Adrien pensó ignorarla, pero sus palabras le estaban excitando mucho. Abrió la mampara de la ducha y la encontró con una sonrisa de lo más provocativa mientras con una mano se acariciaba entre las piernas.

Adrien se centró en su mano ignorando el agua que le estaba salpicando. Ella aprovechó que había bajado la guardia para lanzarle una esponja llena de espuma. Para cuando él pudo reaccionar, ella ya le había enfocado el chorro de agua, dejándolo empapado. Adrien entró rápidamente en la ducha cerrando la mampara para evitar una inundación. Ella estaba muerta de la risa. Se quitó los pantalones y la cogió por la cintura girándola bruscamente hasta dejarla apoyarla en la pared, de espaldas a él.

—El agua no funciona. Te voy a despejar yo —le dijo mientras con una mano alcanzaba un preservativo de la estantería. Rápidamente le vino a la cabeza que tenía que acordarse de reponerlos, se estaban acabando las reservas.

Ambos necesitaban alcanzar el orgasmo de una forma rápida y brusca, y así fue. La tensión que ambos habían acumulado durante el día se esfumó gracias a la oleada de placer que sintieron bajo el chorro del agua.

Se deslizaron por la pared, abrazados, hasta quedar sentados en el suelo de la ducha. Se miraron, se rieron y se besaron. De existir un gráfico que clasificara los diferentes niveles de profundidad que pudieran existir en una mirada, sin duda la de ambos hubiera correspondido al nivel más alto.

Estaba emocionada por su viaje a París. Durante toda la mañana ultimaron todos los detalles para que la reunión prevista para el lunes fuera un éxito. Comprobó, una vez más, las reservas del vuelo y las del hotel, así como toda la documentación de Versus que debían llevar.

Había tenido que ausentarse para recoger el pasaporte que Adrien se había empeñado en que se hiciera. No era necesario para viajar a París, pero él había insistido en la importancia de llevarlo siempre que saliera del país por si se extraviaba el DNI.

Se fue antes que Adrien, que decidió pasar en la oficina parte de la tarde para devolver unas llamadas que le quedaron pendientes. Tenía muchas cosas que hacer esa tarde, entre ellas los preparativos para la cena con sus amigos.

La cena fue todo un éxito. Las dos horas que dedicó a prepararla fueron compensadas por los elogios que recibió.

Jaime y Víctor se mostraron muy cercanos con ella en todo momento. Adrien parecía relajado y cómodo con la reunión. Bromearon entre ellos y le explicaron un montón de anécdotas de todas las etapas que habían vivido juntos.

Daniela disfrutaba con todos los relatos, riéndose a carcajadas continuamente.

—¿Qué tal el tobillo? —preguntó Jaime. Había olvidado ese tema por completo y le interesaba saber cómo se encontraba su amigo.

—Bien. Apenas siento molestias. Daniela me tortura a diario con sus masajes —La miró sonriendo—. Por cierto, las cintas que le diste son muy monas.

—Sabía que te gustarían. Había de diferentes colores, pero el rosa... te va muy bien.

Adrien se levantó el pantalón para mostrarle los adhesivos a Víctor, que no entendía de qué estaban hablando.

Todos rieron al ver su cara. Daniela aprovechó ese momento para servir el postre.

—Daniela —dijo Víctor—, ¿echas de menos Barcelona?

—No, para nada.

—¿Sueles ir a menudo? —preguntó Jaime.

—No. No he vuelto a ir desde que me marché. De eso hace ya unos cinco meses.

—¿No tienes a nadie allí? —se interesó Víctor

—No. Por eso me fui —contestó, sonriente.

—¿Cuál es tu historia? ¿Cómo acabaste aquí? —preguntó Jaime. Sus amigos lo miraron sorprendidos. Él nunca hacía preguntas demasiado personales ni se interesaba demasiado por la vida de nadie.

Adrien la miró buscando alguna señal de incomodidad en ella para intervenir, pero se encontró con una sonrisa que lo tranquilizó.

—Es una historia muy corta. Perdí mi trabajo y murió mi abuela, que era la única persona que podía retenerme allí. La cuidé durante un tiempo y cuando murió me planteé empezar de cero en otro lugar.

—¿Así sin más? —dijo Víctor.

—Bueno, la verdad es que esperé a la apertura del testamento para ver si mi abuela me había convertido en una mujer millonaria. Eso hubiera dado un giro considerable a mis planes.

Al principio todos la miraron con curiosidad y asombro hasta que se dieron cuenta de que estaba bromeando, o al menos dando una versión más divertida de los hechos.

—Entonces —continuó—, me llevé una sorpresa porque mi herencia consistía en un simple huerto.

—¿Un huerto? —preguntaron al mismo tiempo Víctor y Jaime.

—Exacto. Nada más y nada menos que un precioso huerto, a unos kilómetros de Barcelona.

—¿Hablas en serio? —preguntó Adrien. Ante su asentimiento, comentó—: Nunca me lo habías comentado.

—Sigue, Daniela, que me gusta la historia —la animó Jaime.

Ella sonrió.

—Era un pequeño terreno que mi abuelo compró con la intención de edificar una casita, pero nunca lo hizo. Su amigo decidió plantar un bonito huerto. Y cuando digo bonito no exagero. Os aseguro que era monísimo.

Todos rieron con su explicación.

—¿Qué fue del huerto? —preguntó interesado Adrien.

—Lo vendí. Fue una decisión muy meditada —continuó con la ironía que parecía divertir mucho a sus acompañantes—. Me planteé si debía darle o no un giro a mi vida. Un día me imaginé plantando tomates, calabazas...

Sus tres acompañantes reían sin parar.

—Y no te convenció —afirmó Víctor.

—Cuando casi estaba convencida de las ventajas de una vida sana en contacto con la naturaleza... recibí una llamada de Nico animándome a venir a Madrid.

—Difícil decisión —comentó Jaime riendo.

—Sí, lo fue. Me resultó muy doloroso desprenderme de él, pero... ganó Madrid.

Siguieron riendo.

—El resto de la historia más o menos ya la conocemos. Adrien nos puso al día de cómo os conocisteis —dijo Víctor sin dejar de sonreír.

Adrien estaba encantado de ver a Daniela tan relajada. Sus amigos parecían disfrutar mucho con ella y eso hizo que sintiera un hormigueo en el estómago muy agradable.

El sonido del móvil les distrajo del tema. Daniela se levantó para atenderlo. Era una llamada de Javier. Se excusó para atenderla.

—Hola, Javier... no te oigo... es que...

El sonido de la voz de Daniela se perdió cuando se alejó hacia la cocina. Cuando colgó, a petición de Adrien les explicó el motivo de la llamada.

—Javier y Nico están con unos amigos en un local nuevo. Querían que nos animáramos a pasar un rato por allí.

—¿Por qué no nos pasamos? ¿Dónde es? —preguntó Jaime muy interesado.

—No me lo ha dicho.

—Venga, vamos a tomar unas copas. Hoy paga Víctor, que es su cumpleaños —dijo Jaime muy serio.

—Tienes razón —añadió Adrien—, te hemos preparado una cena estupenda. Nos hemos contenido para no felicitarte y ponerte velitas en la tarta. Lo menos que puedes hacer es invitarnos a tomar una copa.

Víctor sonrió. Se atrevió a intervenir:

—Quiero agradeceros esta cena. Ha sido...

—No te pongas cursi, Víctor, que nos dan las diez de la mañana. Si no hay tarta y velas, no hay

discurso. Paga las copas y calla —dijo muy serio Jaime.

Todos rieron a carcajadas, incluso Daniela, que ya empezaba a conocer la extraña personalidad de Jaime.

Adrien miró a Daniela para ver si ella estaba de acuerdo en salir. Ella asintió.

Víctor llamó a Javier para anunciarle su intención de acercarse hasta allí, pero sobre todo para preguntarle el nombre del local.

No tardaron en llegar. Se repartieron en varios coches. Seguramente volverían por separado y con direcciones distintas.

El local estaba lleno, pero por suerte Javier, Nico y el resto de amigos se encontraban en una zona reservada. Entre ellos se encontraban Eva y Olivier. El resto de personas que formaban el grupo eran dos hombres y una mujer, a los que Daniela reconoció enseguida. La noche de Fin de año compartió cena con ellos. No los había tratado demasiado, pero parecían muy agradables. Una vez realizadas las presentaciones oportunas se fueron dividiendo en pequeños grupos, según el interés o la proximidad.

Nico se alegró mucho de verla y la recibió con un fuerte abrazo.

Adrien se sentó para no forzar el tobillo y en pocos minutos Olivier lo hizo a su lado. Para sorpresa de Daniela se enfrascaron en una conversación que duró un buen rato y en la que parecían sentirse cómodos. Daniela y Eva se dedicaron a hablar con unos y con otros intercalando algunas escapadas a la pista de baile y alguna que otra a la barra, para pedirse una nueva copa.

—Tu chico es muy guapo. Me tienes que explicar muchas cosas —dijo moviendo una mano en señal de reprimenda.

—Sí, es cierto. Es una historia muy larga. Quería contártela. —Daniela puso cara de niña inocente y Eva hizo un gesto altivo demostrándole que estaba disculpada. Ambas rieron.

—Su amigo no está nada mal —comentó Eva refiriéndose a Jaime.

—Sí, es muy guapo —Le sonrió con picardía—. Por lo que he oído es todo un conquistador.

Eva empezó a gesticular para hacer reír a Daniela.

Adrien se acercó a ella.

—Si me dejas solo mucho rato, voy a tener que sucumbir a algunas de las proposiciones que he recibido.

—¿En serio? —Se acercó al oído—. ¿Y son proposiciones muy tentadoras?

—Mucho —contestó Adrien fingiendo estar preocupado.

—¿Chicas guapas?

—Guapísimas.

—Entonces tendré que hacerte una proposición mejor.

—La estoy esperando. No llevo muy bien eso de que mi chica me abandone.

Daniela rio y se abrazó a él.

Eva se acercó a ellos y le ofreció una copa a Daniela, que aceptó sin dudar un momento.

—¿Cuántas copas has bebido, Dani? —le preguntó arqueando las cejas—. Te he visto con varias.

—¿Cómo sabes que no eran la misma?

—Porque lo sé. Para empezar, no estás bebiendo lo mismo todo el rato. Ya sabes... veo diferentes tipos de copa, diferentes colores...

—No sé. Es la segunda, creo.

Eva la arrastró de nuevo a la pista de baile y Adrien se quedó preocupado. No había reparado en ello, pero Daniela estaba bebiendo demasiado y dudaba mucho que estuviera acostumbrada a hacerlo. Tenía que advertirla de nuevo. Al día siguiente se marcharían de viaje y no era buena

idea que acabara el día borracha. Decidió esperar a que volviera para hablar con ella. Se acercó de nuevo al grupo. Víctor y Olivier se reían de algo que les explicaba Javier. Se alegró de ver tan animado a Víctor junto a su hermano. Jaime y Nico también hablaban de algo que parecía muy interesante, algo apartados del resto.

Adrien empezó a preocuparse por Daniela. Llevaba un buen rato desaparecida. Cuando vio aparecer a Eva, sola, se alarmó.

—¿Dónde está Daniela? —le preguntó, enfadado.

Eva se encogió de hombros.

Nico, que estaba a su lado intervino:

—Eva, ¿donde la has visto la última vez?

—No sé. Estaba con él —Señaló a Jaime, que no se había movido de allí en todo el rato—. Es su novio. Preguntarle a él.

Adrien y Nico se miraron poniendo los ojos en blanco. Era más que evidente que Eva también llevaba unas cuantas copas de más.

Se dedicaron a buscarla durante un buen rato. Víctor se añadió a la búsqueda. Nadie sabía nada de Daniela.

Veinte interminables minutos después, Víctor la encontró sentada en el borde de una jardinera enorme que había en una de las esquinas del local. No fue fácil distinguirla. Estaba bien camuflada entre las enormes hojas de helecho. Cuando vio a Víctor, sonrió.

—Hola, Víctor. Feliz cumpleaños. —Sus ojos brillaban a consecuencia del alcohol.

—Todo el mundo te está buscando. ¿Qué haces aquí? —Víctor no podía contener la risa de verla en ese estado de semiinconsciencia, aunque con una sonrisa que delataba lo feliz que se sentía.

—Me duelen los pies.

Víctor la cogió por el brazo sin dejar de reír y la guio hacia donde estaba la parte del grupo que no la estaba buscando. Tenía dificultades para caminar por el alcohol y por los zapatos. Acabó cogiéndola en brazos.

Adrien empezaba a estar muy preocupado. Cuando vio a Víctor con Daniela en brazos se relajó. La sonrisa de Víctor le dejó claro que estaba bien. Le contó donde la había encontrado y le sugirió que se la llevara cuanto antes.

Adrien no sabía si era un buen momento para reír o para llorar, que también le apetecía. Nico se acercó rápidamente al reconocer a Daniela. Todos se acercaron de inmediato en cuanto se dieron cuenta que había aparecido. Víctor seguía con ella en brazos, el resto miraba y Adrien no sabía muy bien qué hacer.

—Joder, Daniela —dijo Nico enfadado mirando a Adrien—. ¿Te la llevas tú o me la llevo yo?

—Pues no sé qué decirte. —Miró a Nico fijamente y ambos estallaron en una carcajada que contagió a Víctor y a su vez a Olivier que se encontraba junto a ellos.

—No sé si os habéis dado cuenta de que la llevo en brazos —dijo Víctor acercándose a Adrien para pasársela. Daniela exigió que la soltaran. La dejó en el suelo. Se mantenía derecha.

—Dani, nos vamos —sentenció Adrien.

Ella le pidió que esperase para que se despidiera de Nico. Se acercó a él y le besó en la mejilla.

—Me voy, creo que he bebido mucho.

—Yo también lo creo. —Le devolvió el beso. No tenía sentido decirle nada más.

Después se acercó a Olivier e hizo lo mismo.

—Adiós, Daniela —dijo él sin ocultar la risa.

Ella se acercó a su oído para preguntarle:

—¿No era Suzanne?

Olivier se sorprendió de su pregunta, pero intentó disimular lo mejor que pudo y asintió con la cabeza sin perder la sonrisa. Sabía que Adrien les miraba atentamente.

—Sí, tienes razón. Adiós, Suzanne —susurró en su oído para que nadie pudiera escucharlo.

—Llévatela ya, por favor, o te juro que me la cargo como un saco y la llevo a mi casa para meterla dentro de una bañera llena de cubitos de hielo. —Nico estaba empezando a enfadarse.

Adrien entendió lo que Nico quería decirle. Aunque en un principio les hizo gracia verla de aquella manera, ya no les parecía que tuviera ninguna. La cogió en brazos y salió del local.

Cuando llegaron a su casa, Adrien decidió meterla bajo el agua. Al día siguiente tendría una buena resaca, pero el agua la despejaría. El vuelo a París era por la tarde y había algo de margen para que ella se recuperara.

La desnudó con mucha dificultad porque no paraba de moverse y se metió con ella en la ducha. Dudaba que fuera capaz de mantenerse erguida y temía que cayera. Enfocó la salida del agua hacia su cuerpo mientras ella gritaba y protestaba por la invasión. Estaba enfadado con ella y consigo mismo. Debería haber estado más pendiente cuando se dio cuenta de que estaba bebiendo demasiado.

El malestar que sentía lo manifestó con el chorro de agua helada que soltó sin piedad por el cuerpo de ella. Sus gritos le hicieron reaccionar arrepentido. Se había dejado llevar.

«Me he pasado».

La abrazó rápidamente y la sacó de la ducha para envolverla en una toalla. La metió en la cama.

Se tumbó a su lado para acariciarla.

—¿Qué le has dicho a Olivier al oído? —le preguntó aprovechándose de su indisposición.

—Lo de Suzanne.

—¿Quién es Suzanne?

—Una mujer que conoce. Es especial... eso dice él.

Adrien sonrió satisfecho. No entendía bien a qué se refería, pero se sintió aliviado.

¿Siempre había tanto ruido en los aeropuertos o era su cabeza que estaba algo intolerante?

—¿Estás bien? —le preguntó Adrien acariciándole la mano por la que la tenía cogida.

—Teniendo en cuenta que me va a estallar la cabeza, tengo el estómago revuelto y estoy a punto de subirme a un avión... yo diría que bien.

—Te lo has buscado tú solita.

—Adrien... si vas a empezar con el sermoncito, déjame decirte que este sería el tercero y ya he tenido bastante.

—No eran sermones —aclaró tranquilamente.

—Tienes razón. Uno era una bronca en toda regla.

—No es cierto.

—¿Cómo llamarías tú a los veinticinco minutos exactos que has dedicado a machacarme?

—Era una invitación a la reflexión —dijo dibujando media sonrisa.

Daniela puso los ojos en blanco. El día que habían escogido para estrenar su aventura como viajera de un avión, no había podido ser peor. Había estado tirada en la cama gran parte de la mañana. Su estómago se había vaciado varias veces y había sido incapaz de mantener nada solido en él.

Había soportado la bronca de Adrian, lo llamara él como lo llamara, sobre su irresponsabilidad a la hora de beber como si fuera una adolescente y sin tener en cuenta que tenían que viajar al día siguiente. Veinticinco minutos con un tono de voz y una expresión que no admitía ninguna réplica, y si la admitía, ella al menos no se había atrevido a abrir la boca. Y lo peor de todo era el montón de imágenes borrosas que tenía de la noche anterior.

Adrien le había explicado algunos episodios que era incapaz de recordar. Se sentía ridícula y avergonzada.

Las dos horas que duró el trayecto fueron mejor de lo que esperaba. Adrien no la soltó de la mano en ningún momento e incluso le dio una pastilla, que no se molestó ni en preguntar qué era, que la relajó considerablemente. El despegue hizo que el estómago se quejara y el aterrizaje apenas la incomodó, seguramente por el alivio que sintió al sentirse a salvo, en tierra, a punto de abandonar el aparato.

A pesar del éxito del vuelo, Daniela se sentía muy débil y el dolor de cabeza no acababa de remitir. Adrien fue muy atento con ella.

El hotel resultó ser increíblemente bonito y lujoso. Adrien escogió uno de los mejores hoteles de París. La suite dejó con la boca abierta a Daniela. El mobiliario de época y las arañas que colgaban del techo recreaban la elegancia de una época ya pasada.

Adrien la observó mientras se paseaba por la suite. Estaba guapísima, con resaca y todo. Parecía una niña. Todo lo que veía la hacía sonreír y abrir la boca entusiasmada.

Era cierto que por la mañana había sido algo cruel, o mejor dicho, poco considerado al sermonearla de la manera que lo había hecho, pero al ver el estado en que se encontraba cuando se levantó, supo que iba a pasar un día muy desagradable y el viaje en avión le preocupó.

Pasaron toda la tarde en el hotel para que ella pudiera recuperarse. Al día siguiente tenía planeado llevarla a visitar algunos lugares de la ciudad.

Decidieron sumergirse en la espectacular bañera. Daniela se acomodó entre las piernas de

Adrien mientras este le acariciaba todo lo que su mano alcanzaba.

—¿Me dijiste que habías vivido en París?

—No. Nunca viví aquí. Siempre en Toulouse.

—Entonces, ¿de qué me suena?

—Olivier es de aquí. No sé cuánto tiempo, pero sé que vivió muchos años aquí. Al menos antes de ir a Madrid.

—Sí, me lo contó, pero no es por eso por lo que me suena.

—Mi madre vive en París. Lo he mencionado alguna vez.

—Puede ser. ¿Aprovecharás para visitarla?

—No, no está aquí. Sigue de viaje con Gerôme, no vuelven hasta la próxima semana, creo.

—Gerôme, ¿es su marido?

—Sí. Es un gran tipo. Me cae bien y ella parece feliz.

—Háblame de tu padre.

—¿Qué quieres saber?

—Apenas lo has mencionado alguna vez, y cuando lo has hecho parecías... no sé... ¡Triste! Ahora te toca a ti contar tu historia, porque sé que la hay.

Adrien guardó silencio unos minutos. Daniela había roto sus esquemas hasta tal punto que por primera vez sintió la necesidad de compartir esa parte de su vida con alguien. Solo lo había hecho con sus dos amigos, y siempre en circunstancias muy diferentes, más guiado por la presión de aclararles el origen de sus inquietudes que por el deseo de compartirlo con ellos.

—Yo adoraba a mi padre. Me enseñó todo lo que sé sobre relojes. Lo admiraba y lo quería. Practicábamos deportes juntos, íbamos a pescar, al cine... Mis padres eran algo así como una pareja de cuento de hadas. Siempre bromeando y besuqueándose por todos los rincones de la casa. Yo fingía que me molestaba, pero la verdad es que me encantaba verlos tan felices y enamorados. Mi padre le regalaba flores a mi madre todas las semanas y a ella, a pesar de los años que llevaba recibéndolas, siempre se le iluminaba la cara cuando las veía.

—¡Aaaah! Por eso tú eres tan romántico... —le dijo para quitar algo de seriedad al tema. Notaba la tensión de Adrien. Él le pellizcó en el trasero y ambos rieron.

—Cuando yo tenía seis años mi padre abrió una joyería en París. Eso resultó alterar algo la convivencia familiar ya que pasaba allí tres días a la semana. El primer año a mi madre y a mí nos costó acostumbrarnos, pero finalmente conseguimos adaptarnos. Se marchaba los lunes por la mañana y volvía los miércoles por la noche. Me llamaba todos los días.

»Se podría decir que éramos la familia perfecta. Yo me convertí en un adolescente y aun así pasaba más tiempo con ellos que con mis amigos. Siempre buscábamos alguna actividad para hacer los tres juntos.

»Mi madre, un día, decidió ir a París para no sé qué asunto. Me quedé en casa de un amigo porque no me consideraban suficientemente adulto para estar solo. ¡Imagínate!, con dieciséis años. Cuando volvió supe que algo malo había pasado. Había adelantado su regreso y estaba muy rara. Se negó a contármelo, me dijo que estaba cansada y que se encontraba mal, pero yo no la creí. Mi padre volvió al día siguiente y su actitud me confirmó que algo estaba pasando, algo grave.

»Les escuchaba discutir continuamente, aunque intentaban disimular delante de mí. Mi madre tenía los ojos hinchados de llorar. Pasaron días sin que me contaran nada. Les pregunté mil veces, les dije que ya era mayor, que me dijeran qué les estaba pasando, pero seguían inventando excusas. El hecho de que mi padre no se fuera a París en dos o tres semanas solo confirmaba que algo les estaba ocurriendo.

»Finalmente mi madre me lo contó. Descubrió que mi padre le era infiel. Pero no te estoy



hablando de una aventura. Llevaba años, concretamente doce años, manteniendo una relación con otra mujer. Entonces sí que me consideró lo suficiente adulto para contármelo con detalles.

—¡Guau! —dijo Daniela escandalizada.

—Llevaba una doble vida —Se rio de forma irónica—. La conoció en Toulouse y estuvo con ella dos años. Se quedó embarazada y al poco tiempo mi padre abrió la joyería de París. Ella se trasladó a vivir allí. Supongo que estando lejos podría llevar más discretamente su relación. Mi madre y yo no sabíamos de la existencia de esa persona, por supuesto, pero ella sí conocía la nuestra. Aceptó llevar ese tipo de relación con mi padre a pesar de saber que estaba casado y tenía un hijo. Desconozco el porqué. Ella lo tenía de lunes a miércoles y nosotros de jueves a domingo. Lo tenía todo bien organizado. Tenía un piso en París en el que no vivía, solo para las posibles visitas que pudiéramos hacer mi madre o yo, que apenas existieron. Y tenía otro piso donde vivía con ella y con su hijo o hijos. Él la mantenía en todos los sentidos y ella, a cambio, aceptaba su extraña relación. Cada uno tenía su joyería y cada uno se ocupaba de los ingresos.

—¿Lo llevaban todo separado?

—Todo no, pero imagino que mi padre lo hizo de tal forma que no tuviera que darle explicaciones de algunos «gastos». Lo tenía todo organizado y pensado. Era un genio.

—Entonces, ¿tienes hermanos?

—Yo no los llamaría así. Digamos que mi padre tuvo hijos con otra mujer.

—¿Y qué ocurrió después?

—Se separaron y nos vinimos a vivir a Madrid. Mi tío, el hermano de mi madre, cuidó de nosotros. Nos fuimos a vivir con él. Se ocupó de mi madre, que estaba muy mal, y de mí, que no estaba mucho mejor. Él era abogado. Tenía un pequeño bufete y lo dejó para ayudar a mi madre con el negocio.

»Mi padre estuvo más de un año intentando que mi madre lo perdonara y volviera con él, pero ella se negó. Se apagó. Nunca volvió a ser la misma. Durante más de dos meses no fue capaz de levantarse de la cama. Mi tío la devolvió a la vida. La apoyó, la animó y le hizo recuperar la ilusión para volver a montar su joyería.

»El primer año en España fue duro para todos. Mi madre y mi tío se ocuparon del negocio y yo me ocupé de asimilar el giro que había dado mi vida con diecisiete años. Mi tío y yo chocábamos mucho. Yo estaba en plan rebelde y me metía en muchos líos.

»Mi padre me llamaba, pero yo era incapaz de hablar con él. Vino a visitarme varias veces, pero me negué a verlo.

»El caso es que ellos se divorciaron y perdimos el contacto. Mi madre se centró en la joyería y en la fábrica, pero nunca más la volví a ver sonreír de la misma forma.

—¿Perdiste todo el contacto con él?

—Sí. Supongo que se cansó de intentar recuperarnos. Mi madre se lo puso muy difícil en todos los sentidos. Me estuvo escribiendo cartas durante un año o más, pero nunca las leí. Y el tiempo fue pasando hasta que se convirtió en un recuerdo. Nunca hablábamos de él. ¿Recuerdas cuando me explicaste que nunca te hablaban de tu madre, que era como si nunca hubiera existido?

—Sí. ¿Te ocurrió igual?

—Sí. Dejó de existir. Ni visitas, ni llamadas, ni cartas, ni una sola mención a él.

—¿Y nunca más supiste de él?

—Sí. Hace más de un año, no recuerdo exactamente cuánto, mi madre conoció a Gerôme. Sus viajes a París no me sorprendían, ya que él vivía allí. Cuando regresó de uno de esos viajes, me dijo que mi padre se había puesto en contacto con ella. Se habían visto y habían hablado. Él estaba muy enfermo y antes de morir quería volver a verme. ¡De película!

»Mi madre después de más de quince años de silencio me suelta esa bomba y pretende que yo salga corriendo para darle un abrazo. Me negué. Ella intentó convencerme de todas las formas posibles, pero seguí negándome. Un día me dijo que se iba a París una temporada para cuidarlo.

—Entonces, ¿no era verdad lo de Gerôme? ¿No salía con él?

—Sí, sí era verdad. Yo también lo dudé. Pensé que se lo había inventado para justificar sus viajes a París, ya que yo todavía no lo conocía. Pero sí, era verdad. Por lo visto, Gerôme era de lo más comprensivo. Salía con mi madre mientras ella se dedicaba a cuidar a su exmarido en su lecho de muerte. Todo un caballero —dijo con sorna—. Lo cuidó durante un pequeño tiempo, y en ese tiempo discutíamos constantemente. Ella insistiendo en que fuera a ver a mi padre y yo negándome.

»Y no era una cuestión de orgullo. Te aseguro que después de tantos años lo que menos me apetecía era visitarlo para ver cómo se moría. No era un espectáculo al que quisiera asistir. Mi madre tendría sus razones para hacerlo, pero no quiso entender las mías. Yo hubiera querido conservar a mi padre y disfrutarlo durante todos esos años. Si no pudo ser, no pudo ser. Pero ir a verlo cuando se estaba muriendo... para volver a dejar de verlo otra vez...

—Te entiendo.

—Al final fui a visitarlo.

—¿Fuiste? —No se esperaba ese desenlace.

—Sí. No me preguntes por qué. Simplemente cogí un avión y fui a su casa, que era donde estaba. No le reconocí. Estaba muy envejecido y enfermo. No había nada del hombre que yo recordaba. Mi madre nos dejó solos. Me senté a su lado y estuvimos sin decir nada durante una hora. Me cogió la mano, con las pocas fuerzas que le quedaban y lloró.

—¿No hablasteis?

—Sí. Dos o tres frases. Estaba muy débil. Me dijo: «pardonnez-moi fils» y yo le contesté: «Ja te pardonne». Es decir...

—Sí, te he entendido. Te pidió perdón y le dijiste que lo perdonabas.

—Exacto. Nunca entenderé por qué le damos a veces tanta importancia a unas simples palabras. Ellas no cambiaron los quince años que pasé sin él. Ni hicieron desaparecer el odio o la rabia. No me lo devolvieron. No podían borrar el dolor. Sin embargo, a la hora de morir parecía que esas palabras le iban a devolver todo lo que habíamos perdido. Quizás para él fuera una cuestión religiosa, un ritual de purificación para pasar al otro lado libre de culpa. Un alivio para su conciencia, que por fin iba a encontrar descanso. Es curioso, ¿no crees? Quince años sin saber el uno del otro y al final lo veo para decirle que lo perdono y que ya se puede morir tranquilo. Si no has podido estar tranquilo en vida, al menos que lo estés cuando te mueras.

—Es evidente que esas palabras tenían un significado distinto para cada uno.

—Así es. Yo las pronuncié más por caridad que por otra cosa. «Te perdono». Y ¿qué es lo que le perdono? ¿Te perdono que rompieras nuestra idílica familia? ¿Te perdono que nos engañaras durante años; que te rindieras a la hora de recuperarnos; que permitieras que me llevaran a España; que dejaras de luchar por verme? ¿Qué cojones tenía que perdonarle? ¿Y perdonando qué consigues? ¿Borrar el dolor, olvidar...?

—No podías hacer otra cosa.

—Y ese es el final de la historia. Volví a Madrid y una semana después murió, pero no fui al funeral. Mi madre, después de aquello, estuvo un tiempo a caballo entre Madrid y París hasta que finalmente se trasladó allí.

—¿Qué fue de su otra familia?

—No lo sé bien, ni tampoco me importa. Mi madre me contó que cuando se divorciaron,

también se separó de ellos. Decidió estar solo. Cerró la joyería y estuvo unos años en Alemania.

—¿Y con tu madre pudiste hablar de ese tema después de su muerte?

—Sí. Hablamos una sola vez. Me dijo que a pesar de los años nunca dejó de quererlo. Cuando recibió su llamada sintió que tenía que estar a su lado y lo hizo. Lo de presionarme a mí formaba parte del perdón colectivo, supongo. Un estúpido paréntesis en el que después de quince años de silencio hicimos una parada para pronunciar las palabras correctas y luego seguir con nuestras vidas. Parece que así te ganas el cielo. Te conviertes en mejor persona porque un día decides perdonar y vivir sin rencor.

—¿Es tu caso?

—Para mí, hacía muchos años que había muerto. Supongo que el rencor se fue apagando.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—Creo que debieron darte la oportunidad de seguir en contacto con él. Muchos padres se divorcian, pero acaban separando la relación en pareja de la relación con sus hijos.

—Si te refieres a que mi madre debió actuar de otra forma, estoy de acuerdo. Ella se encargó de contarme detalles para los que un adolescente no estaba preparado. También se aseguró de que lo odiara cada día más y de que no quisiera verlo. Lo he hablado con ella alguna vez. Pero eso ya está hecho. Siempre ha sido una madre maravillosa, aunque se equivocó como todos podemos hacerlo. También hay que decir que lo que hizo mi padre no es fácil de digerir. Ahora ya no hay vuelta atrás, él está muerto y no quiero saber nada más de esa historia. Absolutamente nada.

Daniela reflexionó sobre lo que le había contado. No hacía falta ser un experto en psicología para saber que aquello había marcado a Adrien en muchos aspectos. Le había confesado tener miedo a enamorarse, a tener una relación y eso, sin duda, tendría su origen en el fatídico desenlace de la historia de amor de sus padres.

Tan solo unos días atrás le había advertido que jamás perdonaría una infidelidad de la misma manera que no perdonó a su padre.

Cansados pero satisfechos era una buena forma de describir cómo se sentían veinticuatro horas después de llegar a París.

Toda la calma de la que disfrutaron la tarde y la noche anterior se desvanecieron con la intensa mañana que dedicaron a visitar algunos lugares de la mágica ciudad. Tuvieron que planificar muy bien las visitas, ya que Adrien no podía caminar demasiado y tampoco disponían de mucho tiempo.

Aquellas pocas horas en la capital francesa habían sido un elixir muy eficaz para conseguir que las últimas semanas, cargadas de caos emocional, parecieran lejanas. Cada minuto que pasaba con ella se convencía más de lo importante que era en su vida.

Todo en ella le parecía adorable. Cuando se enfadaba, cuando sonreía, cuando se enfurruñaba como una niña o cuando le soltaba un discurso que le dejaba temblando. Su facilidad para pasar de la inocencia a la madurez era asombrosa.

Aquella mañana las calles de París, a pesar de su belleza, eran solo un fondo. La extraña y no menos compleja sensación de libertad sería la que haría de aquel un viaje inolvidable. No importaba si durante el paseo se topaban de frente con la torre Eiffel, con el Big Ben, la Estatua de la Libertad o La Cibeles. No importaba el lugar sino la compañía. Una compañía que conseguía que cada paso se transformara en energía en estado puro.

Adrien disfrutaba observando su cara de entusiasmo cuando se detenía a contemplar algo que le llamaba la atención. Ella era justo lo que necesitaba su vida. Poco antes de conocerla, su vida seguía una línea recta, con apenas algún que otro desvío, sin saber hacia dónde le conducía, y lo que era peor: sin saber dónde deseaba que le condujera. Todo eso había cambiado. Ahora tenía claro dónde y con quién quería estar.

Daniela se había convertido en su energía. Pero no en cualquier energía, sino en una de esas que llaman alternativas. ¡Sí! Exactamente igual. No contamina, se obtiene de fuentes naturales e inagotables y tienen una gran capacidad de renovación.

A media tarde, Adrien le anunció que tenía una sorpresa para ella. Sin esperar su reacción o su insistencia para que le proporcionara alguna pista, se subieron al taxi donde él le susurró al conductor su destino esperando que ella no pudiera escucharlo.

Daniela no podía cerrar la boca mientras contemplaba el edificio que tenían delante. Lo había visto algunas veces fotografiado. Buscó mentalmente el nombre de aquel lugar. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Adrien...

—Es el museo D'Orsay. Aquí se encuentra el original. Tienes que verlo, cariño.

Ella no dijo nada. No sabía exactamente qué era lo que él esperaba de aquella visita, pero no podía negarse a visitarlo.

—¿Qué puede importar que vea el original?

—No lo sabemos, pero llevas toda tu vida teniendo horribles pesadillas con esa obra. Aquí se encuentra la obra original. Mírala de cerca y... ¿Qué puedes perder?

Ella se tomó un tiempo antes de asentir con la cabeza.

No podía detenerse, ni iniciar una discusión con él sobre ese tema. Estaba en París, en el museo que albergaba esa obra y tenía la posibilidad de contemplarla de cerca. Tenía que cerrar

los ojos, respirar hondo y armarse de valor. Así lo hizo.

Adrien no le soltó la mano en ningún momento. Entraron en el recinto y solo se detuvieron un momento para dirigirse a un punto de información donde Adrien realizó algunas consultas. Le confesó que tenía el tema bien estudiado y sabía dónde tenían que dirigirse para no perder tiempo.

—Este lugar es precioso, pero tendremos que visitarlo en otra ocasión. —Le sonrió de una forma tierna. «Estoy a tu lado» fue la interpretación de ella.

Daniela le seguía sumida en una especie de trance. Apenas podía observar el lugar en el que se encontraban. Subieron una planta y atravesaron varias salas hasta llegar a su objetivo.

Adrien se detuvo frente a la obra. Daniela tenía la mirada en el suelo, incapaz de levantarla, temerosa de su reacción ante lo que estaba a punto de contemplar. Poco a poco, animada por él, fue dirigiendo su mirada hacia la pintura que tenía delante. En su mente la había imaginado mucho más grande, pero no ocuparía más de un metro de ancho y mucho menos de alto.

*La classe de Danse*  
Edgar Hilaire Degas  
1873-1875  
Impresionismo  
Oleo sobre lienzo

Adrien se colocó detrás de ella rodeándole la cintura con los brazos. Daniela observó cada detalle de la obra. Un nuevo escalofrío volvió a recorrer su cuerpo, pero esta vez con mayor intensidad. Conocía perfectamente esa imagen. Incluso sería capaz de hacer un gran boceto de ella con los ojos cerrados. Tenía grabados los colores, la sensación de profundidad y los detalles de la escena. Sabía dónde estaban colocadas las bailarinas y dónde el profesor.

No había nada nuevo, excepto la sensación que producía contemplar una obra original. El júbilo que produce saber que justo delante de esa obra, en la misma posición, se encontró una vez el pintor que le dio vida.

—Cuando era pequeña asistía a clases de ballet.

—¿De verdad? ¿Y por qué las dejaste?

—Fue cuando murieron mis madres. Todo cambió.

—Podría haber alguna conexión. ¿Tienes algún recuerdo de esas clases?

—Todos los recuerdos que tengo son buenos.

—Quizá esté en tu subconsciente.

Daniela se giró hacia él. Le acarició la mejilla.

—Dejemos de jugar a los detectives o a los psicólogos. Me ha encantado ver esta obra, pero... —Una imagen impidió que siguiera hablando.

—¿Qué ocurre, Dani?

Ella se giró de nuevo hacia el cuadro y lo siguió contemplando. Era la primera vez que la imagen que aparecía en sus sueños lo hacía estando despierta. Una mancha de pintura inundaba la obra ocultando la imagen del profesor y de algunas bailarinas. Como si alguien cogiera una brocha llena de pintura y se dedicara a borrar la obra.

—No es nada. Es que me ha venido la misma imagen que en el sueño.

—¿La obra? —preguntó él confundido—. La tienes delante, no te entiendo.

—Me refiero a las manchas que acaban por cubrirla. Parecía real como en el sueño, y nunca me había ocurrido despierta —Lo miró suplicante—. Vámonos, Adrien. Aquí no conseguiremos aclarar nada. Te agradezco que me hayas traído aquí. Significa mucho para mí contemplar esta

obra. Teníamos que probarlo, pero... ¡Vámonos, por favor!

Adrien la besó para tranquilizarla. Le cogió de nuevo la mano y la guio hacia la salida. Daniela volvió la cabeza hacia atrás para contemplarla por última vez.

—¿Qué dice tu tío respecto a este asunto?

—¿Mi tío? —Se sorprendió—. Nunca se lo he comentado.

—¿Qué? —Se paró en seco—. ¿Nunca se lo has dicho? Tengo la sensación de que todo esto tiene que ver con algún episodio de tu vida que no recuerdas. Algo traumático, algo que te marcó. No entiendo cómo no se lo has comentado nunca. Él podría aportarte algún dato que te ayudara a esclarecerlo.

—Ya se lo comentaré cuando hable con él —dijo sin estar muy convencida. Tenía la sensación que Adrien le estaba dando demasiada importancia al tema.

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado.

—Sí. Estoy bien, de verdad. Solo pensaba en lo que me has dicho. Dejemos este tema. Te agradezco que me hayas traído aquí. Era un primer paso. Quizás algún día encuentre respuestas.

—Lo harás. No dejaremos que este asunto se quede como está. Te lo aseguro.

Decidieron no llegar demasiado tarde al hotel. Estaban cansados y al día siguiente tenían una reunión en la que debían estar despejados y descansados. Cuando llegaron, Daniela se lanzó a la cama como si se tratara de una piscina consiguiendo rebotar en el colchón.

—Estoy cansada. Tú y París sois agotadores. —Le guiñó un ojo.

—¿Mi chica está cansada? Vaya. ¿Qué tal un masaje?

—El masaje te lo debería dar yo. Hoy has forzado mucho el tobillo.

—Estoy perfectamente. Hoy doy yo el masaje y no precisamente en el tobillo.

—¿Sabes dar masajes?

—Tienes mala memoria.

—La tengo perfecta, por eso te lo he preguntado. Recuerdo el que me diste en el balneario y...

—A mí me parece que te gustó.

—Sí, me encantó. Sobre todo el final...

—No lo recuerdo. —Fingió que intentaba recordar. Se le escapó la risa.

—Yo sí. Fue un final... llamémosle inesperado.

—¿No fue un final feliz?

—No, no lo fue. Te dedicaste a ponerme... contentilla, corrijo, muy contentilla y luego desapareciste.

—¿Qué cruel! ¿Cómo pude hacer algo así? De verdad que no lo recuerdo por más que lo intento.

—Aún no consigo entender cómo me presté a aquello. ¡Por Dios, Adrien! Apenas te conocía —Se tapó la cara con un cojín—. Dejé que me tocaras de aquella manera. Un paciente jugando con sus manos por debajo de mi tanga y yo tan tranquilita en la camilla.

—Tienes razón. Te tendrían que haber despedido antes...

El cojín voló por el aire. El objetivo era borrar la sonrisa de la cara de Adrien con el impacto, pero este supo esquivarlo.

Adrien se sentó en el borde de la cama y la desnudó lentamente.

—No te muevas. Voy a buscar el material que necesito para el masaje.

Ella, muerta de la risa por la actitud profesional que él aparentaba dar, le esperó tumbada sobre la cama.

Adrien volvió con una cubitera que dejó en la mesita.

Ella levantó las cejas mirando el supuesto material que necesitaba para el masaje.

—Tienes que cerrar los ojos. Voy a emplear una técnica basada en el contraste de temperaturas, es sumamente delicada. Necesito concentración.

Ella intentaba contener la risa, pero no lo conseguía. Cerró los ojos.

—¡Shhhh! Ojos cerrados y silencio absoluto —dijo muy metido en el papel—. Cuando haya terminado, señorita Kearney, se encontrará muy relajada y satisfecha.

Adrien cogió un cubito de hielo y lo fue deslizando en sentido descendente por todo su cuerpo. Inició el recorrido en sus labios, bajando por su barbilla y siguiendo por su cuello hasta llegar al centro de sus pechos donde se detuvo para hacer movimientos circulares sobre ellos.

Daniela respondía a aquella sensación fría con jadeos y pequeños movimientos que él intentaba detener colocándole la palma de la mano sobre el vientre donde se concentraba una gran fuente de calor. De abrir los ojos en aquel momento pensó que vería vapor salir de sus poros.

Adrien llegó a su objetivo. Dobló sus piernas para tener mejor acceso y deslizó el cubito entre sus pliegues provocando un movimiento brusco en su cuerpo. Presionó con más fuerza. Daniela levantó las caderas. La fina capa de piel que protegía aquella zona hizo que las sensaciones fueran más intensas.

El cubito de hielo desapareció introduciéndose en su interior. Daniela se sobresaltó gritando suavemente ante la desconocida invasión. Abrió los ojos. Él con una sonrisa de medio lado, satisfecho por su reacción le pidió:

—Ahora quiero que lo saques de tu interior.

Ella sentía las gotas de agua que resbalaban por su pierna. La sensación era extraña, desconocida. Empezó a resultar dolorosa, momento en el que decidió introducir sus dedos en forma de pinza para sacarlo de su interior. No lo conseguía. No lo alcanzaba.

Adrien la observaba embelesado mientras sentía cómo su erección crecía hasta alcanzar su punto máximo. Era extremadamente erótico escuchar sus jadeos, fruto del deseo y de la sensación de frío en su interior, junto con los movimientos de sus dedos luchando por atrapar el hielo.

Habría inmortalizado aquel momento si hubiera podido. Se conformaría con mantener esa imagen en su memoria. Sabía que sería incapaz de borrarla mientras viviera.

Ella seguía con su lucha, introduciéndose los dedos de todas las formas posibles. El agua se había convertido en un flujo constante. El hielo había perdido su consistencia sólida aunque ella no abandonaba su intento. Se incorporaba y se volvía a tumbar. Era increíblemente seductor.

—Yo lo buscaré —dijo él apartando sus manos.

Mientras lo buscaba, de una forma más precisa que ella, se desvestía con la mano que tenía libre a la vez que se enfundaba un preservativo. Fue algo complicado. Tuvo que ayudarse con las dos manos para conseguirlo y maldijo no haberlo previsto antes, de esa manera no hubiera dejado de escuchar ni un solo segundo sus gemidos, que iban alcanzando cada vez una mayor intensidad.

Adrien aceleró el movimiento hasta que sintió que ella se acercaba al orgasmo. Se detuvo. Ella abrió los ojos suplicante y él introdujo su erección rápida y bruscamente, provocando un grito que hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo.

—Ahora... el contraste con el calor.

Ella sonrió.

—Dime, cariño. ¿No es cierto que algunas terapias se basan en esos contrastes? Frío... Calor.

—Cierto... totalmente cierto —jadeó.

—¿Ves cómo sé mucho de masajes?

Ella sonrió y se mordió el labio inferior.

Adrien aceleró sus movimientos. Se detuvo. La miró a los ojos.

Le dio la vuelta en centésimas de segundo. La rodeó por la cintura y la atrajo a su cuerpo. Se

acercó a su oreja para susurrarle.

—Te quiero, joder. Te quiero.

Antes de que ella reaccionara a esas palabras la penetró de nuevo. Ella gritó y no solo por la sorpresa del asalto que en aquella postura permitía que fuera más profunda, sino por la euforia que sintió al escuchar aquellas palabras.

Con segundos de diferencia, les sorprendió un orgasmo tan intenso que una vez que desapareció les obligó a estrellarse contra el colchón incapaces de hacer ningún otro movimiento. No comentaron nada de lo que él le confesó. El silencio era el mejor aliado en aquel caso.

Cuando recuperaron la respiración, Daniela posó su mano sobre el preservativo que él intentaba quitarse y le susurró.

—La próxima vez podíamos hacerlo sin esto.

Él levantó las cejas.

—Con las pastillas es suficiente, ¿no? —preguntó ella tímidamente.

—¿Tomas pastillas? —Ella asintió—. ¿Desde cuándo?

—Desde... octubre.

—¿Qué?

Adrien se pasó la mano por el cabello y frunció el ceño.

—¿Llevas meses tomando pastillas y no me lo habías dicho?

—Te lo digo ahora.

Adrien la miró estupefacto. No podía creerse que a esas alturas de su relación no le hubiera dicho nada al respecto.

—Me voy a dar una ducha —dijo enfadado. Al ver que ella lo seguía la detuvo con la mano—. ¡No! Tú te quedas ahí mientras yo me doy una ducha solito. Intentaré calmarme porque ahora mismo no te imaginas lo que te haría.

Ella lo miró sorprendida.

—Joder, Dani. Llevamos mucho tiempo acostándonos. Podrías haberme dicho que tomabas pastillas. Claro, si la señorita considera que es un tema que yo deba saber, sino... pues nada. Se lo puedes contar a tus amigos o a tus compañeros de trabajo, seguro que a ellos les interesa más. Total, a mí para qué me iba a interesar.

—Adrien...

—Ni se te ocurra hablarme ahora. Seré muy borde y no te quejes porque te lo mereces. Deja que me calme bajo el agua.

Ella se quedó pensativa. No esperaba esa reacción en él. La verdad es que no había pensado que fuera importante. Quizá se lo tendría que haber dicho cuando empezaron su relación en Madrid, pero no hacía tanto tiempo de eso como para enfadarse.

Media hora después, cuando ella ya empezaba a impacientarse, escuchó una voz desde el baño.

—¡Dani! ¿Puedes venir?

Ella se acercó de mala gana. Aún seguía contrariada por su reacción. Entró en el baño. Él asomó la cabeza con una sonrisa.

—¿Probamos las nuevas sensaciones? Nunca lo he hecho sin protección. —Ya no estaba enfadado sino más bien entusiasmado.

—Pues hoy no es tu día. ¡Capullo! —Dio media vuelta y salió del baño.

—¿Cómo? ¿Ahora eres tú la que te vas a enfadar? ¡Esto es increíble!

Seguía maldiciendo mientras Daniela, lejos de estar enfadada se partía de risa. Esperó un tiempo prudencial hasta que las maldiciones empezaron a ser pronunciadas en susurros y se metió



en la ducha con él.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Sexo bajo la ducha o numerito «orgullo herido»? —dijo ella cruzando los brazos en señal de impaciencia—. ¡Elige!

Tras una pausa en la que acabó por reír, dijo:

—Me trago el orgullo.

Ella sonrió triunfadora.

Adrien le proporcionó otra pastilla para hacer el viaje de vuelta. Sin la resaca, que fue a la que le dedicó toda su atención en el viaje de ida, el miedo a volar cobraba más intensidad.

No tardó en hacerle efecto y dejarla adormilada.

Las diapositivas de su corto pero intenso viaje empezaron a desfilarse sin orden por su cabeza, arrancándole más de una sonrisa: «*Mesdames et messieurs, bienvenue a Paris*». La bañera gigante, la vela que le quemó un mechón de pelo. La cama rebotando mientras ella saltaba. El vino compartido. Las sábanas perfectas. Las palabras susurradas en francés mientras hacían el amor. Adrien tropezando con la cubitera de pie y despotricando mientras se dirigía al baño. Besos y más besos. La torre Eiffel a lo lejos. Un «te quiero» no comentado. La cena en la terraza. Los descansos para reposar su tobillo. Sol. Más besos. Adrien hablando en francés. El desayuno interrumpido para hacer el amor. Besos que sustituían las fotos, como los que se dieron en el acantilado del norte. La imagen de las bailarinas. Las manchas que ensombrecían la obra. Más besos. Conversaciones en la cama. Confesiones en la bañera. Gritos de placer por las sensaciones de hacerlo sin preservativo en la ducha. Una reunión aburrida. Una reunión exitosa. El encuentro con dos compañeros de Versus que no sabía que iban a estar en la reunión. La sonrisa profesional de un cliente satisfecho. El desayuno envuelta en una sábana con olor a sexo.

Adrien intentó dejar la mente en blanco durante el vuelo de vuelta a Madrid. Daniela parecía relajada y no tuvo que estar tan pendiente de ella como en el vuelo anterior.

A pesar de intentar no pensar en nada, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que su mente no viajara a algunos momentos vividos en París. A diferencia de ella, él se centró en unas pocas imágenes. Las que para él tenían mayor significado o sería incapaz de borrar de su memoria: su sonrisa cuando caminaba a su lado por la calle. Su expresión en el museo al contemplar el original de Degas. Su cuerpo cuando deslizaba el hielo por su piel. Las sensaciones de estar dentro de ella sin utilizar protección. Su «te quiero».

Había pronunciado esas palabras con necesidad, incluso diría que con rabia. Tenía que sacarlas de dentro. Pero eran solo palabras, y aunque tenían un significado especial, no eran suficientes para que ella supiera lo que sentía en su interior. ¿De qué forma se puede expresar algo así? Hechos, más palabras... Seguramente sí.

Adrien le dio al taxista la dirección de su casa. Daniela aprovechó el momento para hablarle de un tema que no había querido sacar en París.

—Adrien... recojo algunas cosas y me voy a mi casa. ¡Tengo una casa! Tu tobillo está perfecto...

—Quédate esta semana. Luego te vas si quieres —suplicó.

Ella reflexionó sobre su petición. En realidad no le apetecía separarse de él.

—De acuerdo. Hoy es lunes... el domingo me voy a mi casa. —Él sonrió satisfecho.

Adrien se marchó muy pronto esa mañana. Necesitaba ocuparse de algunos asuntos muy importantes relacionados con la visita que hizo en París. Le pidió a Daniela que se quedara descansando.

Un recuerdo de la noche anterior hizo que se levantara de un salto para mirar en el armario. Adrien le había hecho un hueco para que pudiera colocar sus cosas.

Localizó la caja que buscaba. Con ella, volvió a la cama. Con cara de bobalicona, la abrió y se quedó embobada viendo su contenido.

Adrien se lo había regalado la noche anterior. La sorprendió diciéndole que tenía un regalo para ella. Le entregó una caja rectangular que contenía un precioso reloj que había diseñado él mismo.

—Es una pieza única. Solo hay uno así en el mundo —le dijo orgulloso de su creación.

Daniela se lo probó. Se sentía intimidada y no sabía muy bien cómo actuar.

—¿Te gusta? —le dijo mientras acababa de abrochárselo a la muñeca.

—Yo... Claro... es precioso. ¿Lo has diseñado tú?

—Sí. En relojes me desenvuelvo bien. Tengo algunos diseños. Algunos los he comercializado. No todos. Este es uno de ellos.

Adrien le explicó con entusiasmo todas las características del reloj, utilizando un lenguaje al que estaba acostumbrado y que a Daniela le resultaba fascinante escucharlo de su boca.

—... es oro rosa, tanto la caja como el brazalete. La esfera es de acero con once diamantes y un pequeño zafiro...

Daniela no era capaz de cerrar la boca cuando escuchaba la descripción de aquella joya. ¿Diamantes? ¿Zafiro? Era increíblemente precioso.

Adrien siguió dándole detalles del reloj: lente, engarzado... Algunos de aquellos conceptos ya empezaban a resultarle familiares. Olivier le había enseñado algunas piezas y ella, por su cuenta, había revisado cientos de catálogos de colecciones, pero no recordaba haber visto ningún reloj como aquel.

Seguía tumbada en la cama recordando aquel momento y contemplando el reloj. Lo que más le impactó fue descubrir que Adrien había modificado su diseño para incluir los diamantes, según él porque le recordaban al color de sus ojos, y el zafiro, que para ellos tenía un significado especial.

Dudó si debía o no lucirlo. Le parecía una pieza muy ostentosa para su estilo, pero por otro lado quizás Adrien quisiera que lo llevara puesto. ¿Y sus compañeros? Si la veían podrían pensar... ¡A la mierda! Que piensen lo que quieran. Es un regalo, su regalo, de su... lo que fuera, y además todo el mundo lo sabía o lo sospechaba.

Se disponía a depositar la caja vacía en el armario cuando vio un pequeño papel enrollado que no había visto el día anterior. Era la letra de Adrien:

*Una elección relativamente sencilla.*

*Inspirada en el deseo de Daniela de que el tiempo no se detenga de nuevo en su vida.*

*Así sea.*

*Y yo a su lado.*

*A. F.*

Le temblaron las manos. Lloró. Pronunció unas palabras en voz alta:  
—Así sea... A mi lado.  
Volvíó a llorar.

Cuando llegó a la oficina, Adrien se encontraba en una reunión con todos los comerciales. Afortunadamente, ella no tenía que asistir.

Se acercó a la sala de descanso con ganas de ver a Olivier, pero no se encontraba allí. Esperó un buen rato y decidió dirigirse al laboratorio.

—¿Ya has tomado café? —le preguntó a su espalda.

—¡Daniela! —exclamó girándose hacia ella—. No te esperaba hasta mañana.

—Llegamos ayer por la noche. ¿Café o ya has tomado?

—Ya he tomado. Solo voy a esa sala cuando sé que vas a estar allí. ¿Me has echado de menos?

—¿Durante el café? ¡Claro! Por eso estoy aquí.

—¿Y en París?

—Bien. Muy bien.

—Me refiero a si me has echado de menos también en París... —Su sonrisa era seductora.

Daniela sonrió.

—Me dijo Nico que habías tenido un vuelo complicado por la resaca.

—No me lo recuerdes. Dios, ¡qué vergüenza! Bebí como una idiota. Al día siguiente me quería morir. Entendí esa frase que utiliza Javier de «tener el cerebro desplazado».

—Esas cosas pasan. Estabas muy graciosa.

—¿Quieres creerte que apenas recuerdo algunas cosas de aquella noche?

—Mejor. Dijiste cosas que...

Ella lo miró con temor.

—¿En serio?

—Me dijiste que era el hombre más guapo, inteligente y divertido que habías conocido. Que querías pasar el resto de tu vida conmigo y... añadiste alguna proposición subidita de tono. —Le guiñó un ojo.

—Vaya, vaya. Sí que dije cosas... ¿Seguro que era yo? —Respiró aliviada sabiendo que él bromeaba.

—Pues ahora que lo dices... —Se tocó la barbilla, pensativo—. Quizá soñé que me lo decías.

—No te conozco lo suficiente como para saber si ese es tu habitual sentido del humor o es que... —No sabía cómo continuar. Decir que intentaba ligar con ella era quizás demasiado atrevido.

—Tendrás que conocerme mejor para saber si es mi sentido del humor habitual o es que... —Se echó a reír—. ¿Tomamos ese café ahora?

Camino de la sala de descanso, Daniela se dio cuenta de que Olivier observaba su muñeca. Sin duda le llamó la atención el reloj que lucía. Debió reconocerlo, principalmente porque él habría supervisado su diseño y fabricación. La miró sonriendo, pero no dijo nada. Daniela prefirió no hacer ningún comentario.

El pequeño descanso lo dedicaron a hablar de París. Daniela entusiasmada le explicó todo lo que le había impresionado y él la escuchó atentamente. Sin duda le hubiera gustado ser él quien le mostrara la magia de París.

Adrien se recostó en su sillón. Necesitaba unos minutos de descanso antes de acudir a la comida que tenía con un cliente. Daniela frente a él, terminaba de revisar unos documentos.

El teléfono les interrumpió. Daniela recibió una llamada de la recepción del vestíbulo.

—¿Está segura? —dijo, extrañada. Adrien la miraba intentando adivinar lo que ocurría. Daniela tapó el aparato con una mano.

—Me dicen que un tal Matthew Kearney pregunta por mí.

—¿Quién?

—Mi tío Matt.

—¿Está aquí? —Ella movió los hombros mostrando su desconocimiento—. Pues que suba.

—Esto... que suba, por favor. A mi despacho.

Daniela se levantó.

—¿Sabías que venía?

—¡No! No me ha dicho nada.

Escucharon los golpes en la puerta del despacho contiguo. Daniela corrió a abrir la puerta. Adrien se acercó para comprobar que no había nada inusual en aquella visita y que efectivamente era quien decía ser.

Daniela se lanzó a los brazos de su tío mientras él contemplaba la escena desde el umbral de la puerta que separaba ambos despachos.

—Pero...¿Y esta sorpresa?

—Hola, vida. No tuve tiempo de avisarte. Ha sido un viaje relámpago de trabajo. Estuve ayer en Barcelona y no podía marcharme de España sin verte. Ayer lo arreglé todo para que mi vuelo saliera desde aquí.

—¿Por qué no me avisaste ayer?

—Quería darte una sorpresa y hablé con Nico.

—Es fantástico. ¿Cuándo te vas?

—Mañana. Siento no venir con más tiempo. Sabes que tenía pensado venir una semana en el próximo mes, y lo haré.

Daniela sintió la presencia de Adrien y se acercó a él, que ya había vuelto a su mesa.

—Adrien. Quiero presentarte a Matt. Ya te he hablado de él —Se giró hacia Matt—. Él es mi jefe.

Adrien la miró esperando que añadiera algo más, pero no lo hizo. Quizás no le había hablado a Matt todavía de él.

Se estrecharon la mano sonriendo.

Adrien lo observó. Según le dijo Daniela tenía 55 años, era un hombre atractivo y muy elegante. Lo que más le llamó la atención fue la expresión de sus ojos. Tenía una mirada tierna y una sonrisa agradable. Inspiraba cercanía y confianza.

—Daniela, ¿por qué no te tomas el resto del día libre y lo pasas con Matt?

Ella lo miró agradecida y se giró hacia su tío.

—Gracias, Adrien. Tengo muchas cosas que contarle.

—Gracias.

Daniela se disculpó con Matt. Si no iba a volver por la tarde, necesitaba hablar con Natalia de un par de temas. Dijo que volvía en unos minutos. Adrien le pidió a Matt que se sentara.

—Daniela me ha hablado mucho de usted.

—Tutéeme, por favor. A mi edad es importante.

—Nos tutearemos, pues.

—Espero que te haya hablado bien.

—Así es.

Entre ellos se instaló el típico silencio de no saber qué decir cuando no se conoce muy bien a alguien.

—¿Así que habéis estado en París? No me puedo creer que se haya subido a un avión.

—Sí. Para ser su primera vez no lo llevó nada mal.

—Su segunda vez —le corrigió Matt.

—Me dijo que era su primer vuelo —dijo, extrañado.

—Entonces no te ha explicado que vivió en Panamá.

Adrien sonrió.

—Cierto. No lo había pensado. Sí que me lo ha contado, pero no lo relacioné.

—Es normal. Seguro que ella apenas lo recuerda. Sabe que vinimos en avión, pero supongo que esa vez no cuenta.

—Daniela me ha contado su historia. Es triste. Se ha sentido muy sola —Sus intenciones estaban claras—. Gracias a Nico...

Matt sonrió. Se dio cuenta de la doble intención de aquel comentario.

—Detrás de cada persona hay una historia. —Dibujó una sonrisa.

—Por supuesto —Se arrepintió de haber hecho aquel comentario. Aquel hombre le caía bien—. Daniela me importa mucho. A estas alturas ya habrás adivinado que...

—Sí —le interrumpió—. Que no solo eres su jefe. Me lo ha dicho ella.

—¿Te lo ha dicho?

—Con la mirada.

Adrien se echó a reír.

Daniela irrumpió en el despacho.

—Ya estoy lista. ¿Nos vamos?

—Claro. Adrien, ha sido un placer conocerte. —Le tendió la mano.

—Lo mismo digo, Matt. Serás bienvenido siempre que quieras venir.

Salieron del despacho. Daniela le dedicó una sonrisa antes de salir y le guiñó un ojo.

El restaurante que escogió Matt era perfecto para disfrutar de una buena comida, así como de una conversación relajada.

Daniela le habló de su relación con Adrien. Le ofreció un amplio relato. Desde su primer contacto en Madrid hasta su paso por el balneario y su reencuentro de nuevo en la ciudad. Matt escuchaba atento todo lo que ella le explicaba, riéndose cada vez que ella parodiaba algunas situaciones.

—Me alegro mucho, Daniela. Te veo muy bien. Veo que te gusta tu trabajo y que estás a gusto con Adrien. Parece un buen tipo.

—Sí. La verdad es que ahora no me puedo quejar. Tengo trabajo, estoy... enamorada —Sonrió tímidamente—. Y también tengo a Nico muy cerca.

Daniela le habló de la visita de Ángel. Le hizo un resumen de lo que él le había contado. Matt no la interrumpió en ningún momento, pero su mandíbula se tensó cuando ella mencionó a sus padres y las desavenencias que según Ángel habían tenido. Cuando terminó, ella esperó alguna reacción en él y la encontró, pero no a modo de palabras. Parecía inquieto. Propuso salir del restaurante y dar un paseo hasta el hotel, que no estaba muy lejos.

—Allí podremos hablar tranquilamente —le dijo visiblemente disgustado.

Se acomodaron en el sofá de la habitación. Daniela fue la primera en romper el silencio que habían mantenido desde que entraran en la habitación. Durante el paseo hasta el hotel se limitaron a comentar temas triviales relacionados con el trabajo de Matt y su visita a España.

—Nunca me dijiste que mis padres estuvieron a punto de separarse.

—Hay muchas cosas que no sabes, vida.

—Pues ha llegado el momento de que me las cuentes. Quiero la verdad.

Matt asintió con la cabeza. Se acercó más a ella para cogerle la mano y apretársela entre las suyas.

Durante un par de minutos pareció ausente, intentando encontrar la forma de iniciar aquel relato.

—Como sabrás conocimos a tu madre en un viaje que hicimos tu padre y yo a Barcelona. Yo llevaba más de cinco años viviendo en Panamá. Tuve la oportunidad de empezar un buen negocio y me arriesgué. Tu padre se quedó en Canadá, digamos que de los dos yo era el más emprendedor. Durante esos años nos veíamos muy poco. Las cosas empezaron a no irle muy bien en Canadá, y le convencí para que viniera a trabajar conmigo.

»Me acompañó a Barcelona. La idea era que empezara a familiarizarse con el trabajo y a la vez disfrutar de unos días juntos. Allí conoció a tu madre y se enamoró al instante. Era una noche de San Juan y ella estaba en la playa con unos amigos divirtiéndose. Bailaban y bebían alrededor de una pequeña hoguera. Se acercó a nosotros que observábamos atentamente la fiesta y nos invitó a reunirnos con ellos. Yo sabía hablar español, pero tu padre no sabía ni una palabra. El caso es que el idioma no fue un impedimento para que se volvieran locos el uno por el otro.

»Yo tenía que viajar a Madrid y él se quedó en Barcelona. Estuve unos días fuera y cuando volví a buscarlo para volver juntos a Panamá, él y tu madre parecían una pareja que se conocía desde hacía años. Él le dijo que se lo pensara y que en tres meses volvería a buscarla.

—¿Tan pronto le propuso que se fuera con él?

—De haber vivido en la misma ciudad seguro que lo hubieran llevado de otra manera, pero eran muchos los kilómetros que los separaban.

—¡Claro!

—Y así fue. Mantuvieron el contacto durante esos meses y al final se decidió y fue a buscarla. Ella tuvo muchos problemas con tus abuelos, que se negaban a dejarla marchar. Conocieron a tu padre, pero fue un encuentro algo... brusco. Gritos, amenazas, reproches...

»En parte es comprensible. Entiendo su rechazo a que su única hija se fuera con un desconocido a la otra punta del mundo. Pero tu madre lo tenía muy claro.

»Se casaron unos meses después en Panamá. Ambos se dedicaron por completo al trabajo. Tu madre con el tiempo se fue ocupando de todo. Era realmente imprescindible. Podía con todo. Siempre pendiente de los clientes y de todos los detalles. En aquel entonces, era un pequeño hotel con tan solo unas pocas habitaciones. Entre todos trabajamos mucho y fuimos contratando a más personal. Con los años fuimos ampliando y lo convertimos en lo que es hoy.

»Tus abuelos no quisieron asistir a la boda y dejaron de comunicarse con ella. Para tu madre fue difícil, en parte entendía su postura, pero conforme fue pasando el tiempo dejó de entenderlos. La repudiaron por completo a pesar de sus intentos, durante años, de comunicarse con ellos.

»Y así pasaron los años. Todos felices. Los tres trabajábamos en el hotel y teníamos una relación inmejorable. Tu madre se relacionaba con todo el mundo. Hizo muchos amigos en poco tiempo, más que yo en todos los años que llevaba allí. Tenía una amiga, de la que se hizo inseparable. Ya te hablaré de ella en otro momento.

»Antes de seguir con esta historia, debo hacer un paréntesis para decirte algo importante y por supuesto relevante en el resto de la historia.

—Tú dirás —dijo Daniela algo inquieta.

—Yo estaba enamorado de tu madre.

Daniela palideció. Aquello no encajaba en la historia. Después de un largo silencio, Matt continuó hablando.

—Me fui enamorando de ella conforme la fui tratando. Éramos buenos amigos y cuñados, pero mis sentimientos iban más allá y es algo que no pude controlar. Lo llevé como pude, en silencio. No fue fácil, pero no que quedaba otra.

—¡Guau! Eso no lo esperaba —Soltó aire—. Continúa, por favor.

—Tres años después, todo cambió. Tu padre empezó a actuar de una forma extraña. Salía mucho. A veces llegaba muy tarde y bebido. Cada vez lo hacía más a menudo. Su trabajo en el hotel le obligaba a salir de vez en cuando fuera de la ciudad para gestionar asuntos con proveedores, y esa era su excusa la mayoría de las veces. Cenas con este y con el otro, una invitación a no sé qué feria... Una vez desapareció durante dos días. Acabamos llamando a los hospitales desesperados, pero al final apareció.

»Con el tiempo, sus desapariciones se convirtieron en algo habitual. Su relación con tu madre se fue deteriorando a pasos agigantados. Discutían constantemente. Y conmigo, más o menos igual. Se fue desentendiendo del negocio, del que solo nos ocupábamos tu madre y yo. Cada vez bebía más. Llegó un momento que tuvimos que impedir que tuviera acceso al alcohol. Incluso los trabajadores nos ayudaron.

»Tenía días buenos, días malos, días regulares. Tu madre luchaba porque dejara de beber y volviera a coger las riendas de su vida. Intentó hablar con él mil veces y hacerle razonar, igual que yo, pero cuando se sentía muy presionado desaparecía unos días y no sabíamos nada de él. Algunas veces se mostraba arrepentido, nos daba la razón y nos pedía perdón, pero al poco



tiempo volvía a las andadas. Es difícil hacer un resumen de lo que fue aquello. Fueron momentos muy duros y los llevamos como pudimos.

—O sea, ¿siempre estaba de fiesta?

—Sí. Era lo único que le interesaba. Fiesta, alcohol y... supongo que algo más.

Daniela asintió.

—Tu madre se apoyaba cada vez más en mí. Siempre estuve a su lado animándola y ayudándola. Llegó un momento que tu padre estaba prácticamente fuera de nuestra vida. Él por un lado y tu madre y yo por otro. Y un día... surgió.

»Nos fuimos acercando más el uno al otro. Una noche nos besamos y nos fuimos a la playa. Allí hicimos el amor por primera vez. Fue maravilloso. Nos confesamos lo que sentíamos y nos juramos luchar por estar juntos.

»Tu padre vivía en el hotel, pero era como un desconocido. Con tu madre estaba más distanciado que nunca. Alguna vez tuve que intervenir por la forma en la que la trataba. Gritos, desprecios. Y mientras, esperábamos a hacer lo nuestro más fuerte y a encontrar el momento para plantearle la separación y hablarle de lo que había entre nosotros.

—Te confieso que estoy muy sorprendida.

—Lo sé. Lo sé, cariño. Déjame terminar y luego lo hablamos.

Ella asintió y le apretó las manos.

—Un día tu padre llegó en un estado lamentable. Le habían dado una paliza. Estuvo en cama varios días mientras tu madre lo cuidaba. Fuimos descubriendo que tenía problemas con el juego y que había acumulado deudas importantes con gente poco recomendable.

»Le propusimos hacernos cargo de esas deudas, pero a cambio tenía que ingresar en una clínica de desintoxicación. Aceptó y allí estuvo unos tres meses. Tu madre lo visitaba una vez a la semana. Yo nunca lo visité. Hablé un par de veces con él por teléfono, pero seguía tan enfadado con él que no fui capaz.

»A los tres meses salió. No era uno de los casos más graves. Claro que los médicos nos hablaron de la importancia de que llevara una vida tranquila, alejada de todo lo que le podía hacer recaer.

»El caso es que tu madre se entregó a su recuperación y nos alejamos un poco. Ella decía que no era el momento de decirle nada. Había que esperar. Ellos ya no eran una pareja propiamente dicha, pero tu padre aceptó su ayuda y seguíamos viviendo juntos.

»No sé si te lo has preguntado, pero quisiera aclararte que nunca sentí que estuviera traicionándolo por estar con tu madre. Se lo buscó él solito. Nos hizo mucho daño y tu madre no se merecía cómo la trató. Cuando ella y yo empezamos a estar juntos, ellos ya no eran prácticamente nada.

—Lo he imaginado —dijo ella.

—Poco después tu madre nos sorprendió con la noticia de su embarazo. Yo pensé que quizá esa sería la noticia que nos permitiría dar el salto. Vivíamos una relación a escondidas y era muy difícil.

»Pero la sorpresa de verdad me la llevé cuando Cristina dijo que el hijo que esperaba era de tu padre. Me confesó que habían estado juntos. No me lo esperaba y fue un golpe muy duro. Yo dudé durante un tiempo, pero ella tenía claro que no era mío. Nosotros tomábamos precauciones y por lo visto con él... no las tuvo. Me sentí traicionado. Ella me había mentido y eso me dolió.

»La noticia de su embarazo le devolvió la vida a tu padre y cambió. Se centró en tu madre y en el trabajo y volvió a ser un hombre... responsable. Aquello me resultó muy difícil de aceptar, pero lo hice. No sé ni cómo pude seguir a su lado. Pero la amaba tanto, Daniela, la quería tanto

que no fui capaz de hacer otra cosa que continuar al lado de ella, de mi hermano y... de esa preciosa niña que en poco tiempo se convirtió en la vida de todos.

Daniela sonrió.

—Lo hubiera dado todo por tu madre... inclusive la vida. Por una parte acepté que ella se alejara de mí, porque en cierto modo entendí su situación. Un hijo en camino, la recuperación de tu padre, la forma en la que él se volcó de nuevo con ella... Pero por otra sentía que me había abandonado y que mi vida no tenía ningún sentido. No podía irme de allí ni echarlos, mucho menos después de que tú nacieras.

»Pero la felicidad del matrimonio solo duro seis años más. Tu padre volvió a las andadas y tu madre, esta vez sí que dejó de luchar por él y tiró la toalla. Volvimos a estar juntos durante meses. Esa vez nos juramos que nada ni nadie impedirían que lo estuviéramos. Tu madre pensó mucho en ti, pero estaba convencida de lo que entenderías con el tiempo. Tu padre se desentendió de todo, de tu madre, del trabajo y de ti. Volvió a beber y a jugar.

»Un día tu madre lo sorprendió gritándote y zarandeándote por algo que habías hecho. Eras una niña, supongo que cualquier travesura propia de tu edad. Tú estabas tan asustada... Fue entonces cuando se decidió a acabar con todo aquello.

»Cristina me lo contó y hablamos durante horas. Pensamos en darle una cantidad de dinero para que se marchara. Le pediría la separación y le hablaríamos de lo nuestro.

»Unos días después recibí una llamada que me cambió la vida para siempre. Tu madre había tenido un accidente en la biblioteca que estaba restaurando y murió por un golpe que se llevó en la cabeza. Yo estaba en la ciudad y ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta allí.

»Cuando entré en la casa, todo estaba lleno de policías y de ambulancias. Tu madre aún estaba en el suelo. Un amasijo de hierros encima de ella y mucha sangre.

»Tu padre llegó poco después. Tú estabas con Adelaida, la cocinera. La adorabas.

—Me acuerdo de ella... —dijo Daniela cerrando los ojos.

—Te ahorraré esa parte.

Ella asintió.

—Tu madre pasaba mucho tiempo en esa biblioteca. Era un salón normal y corriente, pero ella quiso transformarlo en un salón de lectura. Adoraba los libros. Estaba lleno de andamios por todas partes. A ti también te gustaba estar allí. Te teníamos prohibida la entrada hasta que fuera un lugar seguro. Cuando alguien olvidaba cerrar con llave, tú te colabas dentro. Te llevaste más de una reprimenda por hacerlo.

»Después del funeral, solo quedamos tu padre y yo. Nos quedamos un rato frente a su tumba. Me dijo que no había sido un accidente. Vida, esto que te voy a decir es muy delicado.

Daniela lo miró con los ojos muy abiertos.

—Me confesó que fue él el que golpeó a tu madre. Ella le planteó la separación y le confesó lo que había entre nosotros. Yo siempre quise que me dejara participar en esa conversación, o al menos en parte, pero ella se adelantó sin decirme nada. Tu padre perdió los nervios y la golpeó contra uno de los andamios. La mató. Se asustó y salió corriendo, aunque antes se aseguró de que el andamio cayera para simular un accidente.

Daniela se llevó las manos a la boca. No podía ser verdad lo que estaba escuchando. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Toda su vida pensando que sus padres vivieron una historia de amor maravillosa, y acababa de descubrir que en realidad fue una de terror.

—Siento que tengas que escuchar esto.

—Continúa por favor —dijo con la voz temblorosa.

—Cuando me confesó lo que había hecho, nos enzarzamos en una pelea que por poco se cobra

la vida de uno de los dos. Se metió en el coche y se fue. Esa noche la policía llamó para decir que se había estrellado con su coche. Se lanzó con él desde un puente y se estrelló contra unas rocas. Estaba muerto.

—¿Se suicidó?

—Eso es lo que creemos. La policía llegó a esa conclusión después de investigar el accidente.

—¿Y después?

—Mi hermano había muerto llevándose la vida de tu madre por delante y en cierto modo la mía —Hizo una pausa breve—. Tú estuviste meses sin hablar. Los médicos decían que con el tiempo volverías a hacerlo. Yo estaba destrozado. Respiraba solo para asegurarme de que tú estabas bien. No podría expresarte el dolor que sentía. Solo por ti fui capaz de no hacer lo mismo que tu padre. Pensé tantas veces en quitarme la vida...

»Tu madre me pidió que si algún día ella no estaba, te llevara a conocer a tus abuelos. Y así lo hice. En principio solo era una visita de un día, pero ellos insistieron en que te quedaras unos días más. Tú no hablabas, pero... parecías conforme. Estuve pendiente en todo momento de ti. Cuando llamaba a tus abuelos, decían que estabas bien y que jugabas con unos niños de los que te habías hecho muy amiga: Nico y Ana.

»Volví a buscarte y me dijiste que querías estar más tiempo. Habías vuelto a hablar e incluso a sonreír. Todo eso en unos pocos días.

»Acordé con tus abuelos que pasaras un mes con ellos. Me pareció algo bueno para ti. Y te aseguro que yo no estaba en condiciones de cuidar de ti.

»Se fue alargando el mes y al final estuviste más de cuatro meses. Volvía a buscarte y me pidieron que te dejara con ellos, al menos un año. Debo decirte que accedí a hacerlo porque tú estabas bien y porque yo aún seguía sin levantarme con una razón, aparte de ti, para vivir. La echaba tanto de menos... Daniela, yo amaba a tu madre como pocas veces o pocas personas habrán podido amar en la vida. Ella se fue y mis ganas de vivir con ella. Estabas tú, y por eso me mantuve en pie, pero eso no significa que pudiera aportarte nada. Podía tener ayuda para cuidarte, pero ¿qué te podía aportar estando tan amargado y atormentado?

»Sé que tu vida fue difícil, pero parecías feliz cuando hablaba contigo. Los primeros años te visitaba cada tres meses, luego dos veces al año. Te llamaba todas las semanas dos veces. Me contabas mil cosas y parecías feliz.

—Los problemas empezaron cuando murió mi abuelo, al menos fue cuando empeoraron.

—Nunca me lo dijiste. Nunca lo vi con mis ojos. Yo no hablaba apenas con tus abuelos excepto de temas médicos, o de dinero. Sé que me odiaban igual que a tu padre, pero cuando hablaban de ti parecían estar volcados y cuidarte bien.

—Matt, no te culpo de nada.

—Sé que fueron años difíciles para ti. No fui capaz de verlo. Aunque debo confesarte que fue tan difícil volver a rehacer mi vida que a lo mejor no quise verlo. Te parecías tanto a tu madre, era tan jodidamente difícil ver cómo crecías y tenías sus mismos gestos...

—Matt, no quiero volver atrás. Todo eso ya pasó. No te culpo de nada. Ahora sé la verdad y solo quiero que mi vida continúe. No más lamentos, ni reproches, ni más mierda de esa. Ya he dado demasiadas vueltas a ese tema.

—Sé que te fallé, pero nunca supe que lo estaba haciendo. Nunca quise hacerte daño. Te quiero, mi vida, te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, Matt. No me vuelvas a decir algo así. La historia que me has contado me ha impactado mucho, pero no quiero que nos impida seguir adelante. Tú has pasado tu infierno y yo el mío. Ahora tienes a alguien a tu lado y eres feliz y yo estoy en un buen momento.

Matt la abrazó y así permanecieron un buen rato. Daniela lloró y Matt también.

—De eso quería hablarte —dijo él con expresión preocupada.

—¿Pasa algo?

—No. Quería que supieras que Viviana y yo nos conocemos desde hace muchos años. Ella... —respiró hondo— era la mejor amiga de tu madre.

—¿Cómo?

—Eran íntimas. Pocas semanas antes de su muerte, Viviana se fue a Estados Unidos. Por aquel entonces estaba casada y a su marido lo trasladaron allí. Ella fue un punto de apoyo muy grande en la vida de Cristina —Le sonrió con dulzura—. Fue al funeral y después se volvió a marchar. Al principio nos llamamos varias veces, pero dejamos de hacerlo. No supimos nada el uno del otro hasta que nos encontramos hace unos años. Estaba divorciada y había vuelto a Panamá. Nos mantuvimos en contacto y... ya sabes el final.

—¡Es increíble!

—Tiene muchas ganas de conocerte. Dice que te hablará de tu madre, si quieres.

Daniela sonrió.

—Pero no es eso lo único que quería decirte —Le temblaban las manos—. Viviana me dijo que... cuando tu madre se quedó embarazada, tuvo muchas dudas.

Daniela abrió mucho los ojos.

—Le confesó que no estaba segura de quién era el padre de su futuro hijo, en este caso hija.

—Pero ella te dijo...

—Ella... —la interrumpió— me aseguró que era de Daniel. Lo hablamos muchas veces, pero ella parecía firme en su respuesta —Bajó la mirada y suspiró—. Viviana me contó que poco tiempo después le aseguró que lo tenía claro y que las dudas que tuvo en su momento solo fueron fruto de los nervios.

—Me estas intentando decir... —La voz le temblaba.

—No intento decirte nada. Solo quiero que sepas lo mismo que yo. Es posible que eso no tenga ningún sentido y que como ella le contó a Viviana la tensión y los nervios le hicieran dudar por un momento. No lo sé. Todo son conjeturas, pero el hecho de que dudase aunque fuera durante unos segundos me ha hecho pensar y... creo que no debemos ignorarlo. Quiero que lo pienses.

—No acabo de entenderte. ¿Qué es lo que quieres que piense?

—Si deberíamos hacernos alguna prueba para saber si esas dudas tenían algún fundamento.

—Pero... ¿Por qué iba a mentirte con algo así? ¿Qué sentido tiene que te dijera que no era tuyo si lo era?

—Es algo que no sabremos jamás. Es posible que ella no lo supiera o es posible que lo supiera y... No lo sé, vida. Jamás podremos averiguarlo, pero si es verdad que en algún momento tuvo dudas es porque había una posibilidad. Quizás tuvo miedo, quizás no tuvo el valor suficiente para enfrentarse a tu padre y quiso engañarse. No lo sé...

—Dame unos días. Estoy... saturada. No sé ni qué decirte.

—Claro. Volveré en un mes como te prometí, con Viviana. Si quieres lo hablamos entonces.

Daniela asintió. Las lágrimas empezaron a brotar y se abrazó a Matt. ¿De verdad existía alguna posibilidad de que ese hombre fuera su padre?

Antes de despedirse, Matt le entregó una pequeña caja.

—He pensado que deberías tenerla tú. Era de tu madre. Es algo que he conservado durante todos estos años.

Daniela abrió muy despacio la caja. Encontró un collar con una extraña pieza. La acarició con las manos temblorosas y miró a Matt. Volvió a centrarse en ella intentando adivinar la forma de

aquella piedra. Era diferente a todos los collares que había visto, y últimamente había visto muchos. La forma enroscada de aquella piedra era distinta, pero tenía algo que impedía apartar la mirada.

—¡Es precioso!

—¿Sabes lo que es?

—No.

—La primera noche que tu madre y yo hicimos el amor fue en una playa, como te he contado antes. Ella encontró una caracola preciosa. Bromeamos con ella. Le hablamos lanzando mensajes a su interior. Era muy bonita y tu madre la conservó. Se convirtió en una especie de talismán para nosotros. El recuerdo palpable de aquella noche.

»Un día la encontré angustiada. Me dijo que se le había roto y que se había partido en dos. Para mí no tuvo demasiada importancia, pero para ella parecía ser un símbolo muy importante. Le dije que conservara ambas partes y así lo hizo. No eran dos partes exactas, algunos trocitos se habían perdido pero... ¿Qué podíamos hacer?

»Un tiempo después le regalé este colgante. Lo encargué a un importante joyero de la ciudad. Le dije que quería una pequeña caracola pero partida en dos y que la convirtiera en una joya. Ese fue el resultado.

—Es muy bonita. Ahora que lo has dicho puedo distinguir esa forma. ¡Me encanta!

—Oro blanco, diamantes y un zafiro rosa.

Daniela lo acarició y le pidió que se lo pusiera. Se despidió de él y se dirigió a casa de Adrien, pero antes de entrar se quitó el collar y lo guardó en la caja. No quería enseñárselo todavía. Antes quería contarle la historia.

—¿Qué tal con Matt? —le preguntó Adrien mientras cenaban. Había encargado la cena cuando ella le avisó que no cenaría con Matt. Decidieron saborear la succulenta variedad de *sushi* sentados en el sofá.

—Muy bien. Hoy me he enterado de muchas cosas —dijo ella mientras frotaba un pie por las piernas de él.

—¿Qué cosas? —La miró sonriendo—. Si sigues jugando con tu piececito, no acabaremos la cena.

—Pues me he entrado... —Retiró el pie y se concentró en utilizar los palillos— de que Matt y mi madre estaban enamorados, y de que mi padre era adicto al juego y al alcohol y de que mi padre mató a mi madre.

Adrien escupió el trozo de comida que estaba masticando. Cogió el vaso de agua que ella le ofreció y lo bebió de un tirón. La miró desconcertado.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Es la historia que me ha contado Matt.

—¿Tu padre mató a tu madre?

—Sí y luego se suicidó.

Adrien dejó los cubiertos a un lado.

—Cuéntame la historia entera. Joder, Dani, me sueltas eso y sigues comiendo como si nada.

—Es que yo ya me he repuesto.

—Cuenta las cosas bien.

—Es muy largo, Adrien.

—Me da igual. Tenemos toda la noche.

—Vale. Pero antes quiero preguntarte ¿por qué le has dicho a Matt que yo siempre he estado muy sola? —Le sonrió cínicamente.

—Es la verdad.

—¿No fuiste tú el que me dijiste que no me metiera en los asuntos de los demás?

—Son tus asuntos, Daniela, y esos también son míos.

Ella lo miró con ternura. Ya no estaba enfadada.

—No debí decirlo. Lo sé. Matt me cae bien. Parece un buen hombre. Me salió sin más.

Daniela suspiró y le contó la misma historia que su tío le había contado, excepto las dudas sobre su paternidad. Eso lo dejaría para más adelante. Tampoco le enseñó el collar. Le dolía ver aquella pieza y prefirió familiarizarse con ella antes de mostrársela.

Adrien entró en su despacho y escuchó la voz de Daniela. Estaba sentada frente a su mesa y hablaba por teléfono con alguien que parecía decirle algo que la incomodaba.

—Luego hablamos. Déjame que hable con Adrien. Creo que tenemos planes. —La escuchó decir.

Se paró en el umbral de la puerta que separaba los despachos para observarla. Estaba de cara a la ventana y no parecía haber reparado en su presencia.

Seguía impresionado por el relato que le contó la noche anterior. ¡Menuda historia! Y él que pensaba que lo de sus padres era una de esas historias para no dormir.

Ni Daniela ni él habían tenido un padre del que sentirse orgullosos. Claro que el suyo al menos le había dejado algún recuerdo bonito, pero el de ella...

Cuando colgó, le preguntó:

—¿Qué tienes que hablar con Adrien?

Ella se sobresaltó y dio un respingo.

—¿Estabas escuchando?

—Sí. ¿Con quién hablabas?

—Con Nico. Es que... Nico me ha dicho que Ana está en Madrid, ha venido unos días. Me ha pedido que vaya esta noche a su casa y nos encontremos los tres. No me apetece y le he dado esa excusa.

—¿Sabías que venía hoy?

—No. El fin de semana encontré alguna llamada perdida de ella, pero no le hice caso. Supongo que me llamaba para decírmelo.

—¿Nico sabe algo de lo que pasó?

—No. Aún no se lo he contado.

Adrien se acercó a ella. La levantó para que quedara a su altura.

—Antes o después tendrás que aparecer. Adrien tiene muchos planes contigo, pero... puede esperar.

Ella lo miró sonriendo.

—¿Crees que debería ir? —Giró la cabeza.

—Yo en tu lugar iría. Di lo que tengas que decir y luego te vas.

Ella asintió.

—Después del trabajo, yo también he quedado —le dijo él.

—En mi agenda no está.

—No, no está. Ha surgido algo de última hora.

—¿Qué ocurre? Pareces preocupado.

—No, para nada. Es que... Olivier me ha pedido que nos veamos fuera de la oficina. Dice que es un tema personal y quiere hablar conmigo.

Daniela levantó las cejas sorprendida.

—¿Sabes algo?

—¿Yo? —Negó con la cabeza

—Pensé que te podía haber comentado algo a ti. Tú hablas más con él.

—No me ha dicho nada. Si es personal, mucho menos.

—No tengo ni idea de lo que quiere decirme. Tampoco entiendo esa insistencia en salir de la oficina. Sea o no personal puede comentármelo aquí.

—¿En que habéis quedado?

—En vernos después para tomar una copa —La cogió por la cintura—. ¿Irás o no a casa de Nico?

—Sí. Iré. Ahora le enviaré un mensaje. Es lo mejor. —Le besó en la barbilla.

—Entonces le diré a Olivier que mejor quedamos para cenar algo. Ya que tú no vas a estar, me quedaré un rato en la oficina.

En todo el día no recibió noticias de Ana. Daría por hecho que ya habría quedado con Nico.

Nico fue quien le abrió la puerta. Le dio un sonoro beso en la mejilla y le sonrió. Antes de cerrar la puerta, la cogió por un brazo y la miró fijamente. Nico la conocía bien y vio rápidamente su expresión de incomodidad. Ya le había parecido notarla cuando habló por teléfono con ella.

Ana se giró al escuchar los pasos y se levantó para acercarse a Daniela. La abrazó con entusiasmo, sorprendida de la frialdad de su amiga, que apenas se movió para recibir el abrazo.

—Hola —saludó Daniela de forma escueta.

—Estas guapísima —le dijo frotándole un brazo. Seguía sorprendida de aquel recibimiento.

—Gracias. A ti también te veo muy bien.

El malestar iba aumentando en Daniela. No sabía cómo actuar. La cercanía de su amiga le incomodaba. No debería haber ido a esa cena.

Ana no paraba de hablar de algunos compañeros del balneario. Le dio recuerdos de algunos de ellos. Daniela la escuchaba en silencio sonriendo forzosamente. Por suerte para ella, no dejó de hablar ni un momento, contándoles anécdotas de su trabajo y de sus amigos que a ella le parecieron de lo más superficial.

Cenaron tranquilamente. Nico no dejaba de observarla. Sabía que le ocurría algo.

—Daniela, estas muy guapa. Cada vez que me acuerdo de la pinta que llevabas cuando llegaste al balneario. Como ha cambiado todo...

—Mucho. Ha cambiado mucho. —Se esforzó por mostrar tranquilidad.

—Cuéntame cómo te va. Me dijiste que trabajabas.

—Sí. Trabajo. Todo me va bien —dijo con frialdad.

Ana vaciló antes de preguntar algo más. Miró a Nico intentando que él le diera una explicación de la actitud de Daniela. Nico no dijo ni expresó nada.

—Y dime, Ana... ¿Qué tal con Eloy?

Ana contestó rápidamente.

—No estamos juntos.

—¿De verdad?

—Pensé que lo sabías. Duró muy poco.

—¿Cuánto?

—A decir verdad... —comenzó a decir, incómoda.

—¿Una noche? —preguntó Daniela con un tono irónico.

—Sí, algo así.

Daniela asintió con la cabeza.

—¿Y mereció la pena?

—¿Merecer la pena? No te entiendo. ¿Qué quieres decir? ¿Me estás preguntando si era bueno en...? —dijo sonriendo.

—No. No te estoy preguntando si era bueno en la cama. Te estoy preguntando si mereció la



pena traicionar a tu amiga por un polvo de una noche.

Nico la miró. Ana miró a Nico asustada. Daniela continuó:

—¡Oh vaya! Que despistada que soy. Olvidaba que Nico no sabe nada.

—Daniela... —dijo Nico tranquilamente—. ¿De qué va esto?

—Va de una gran amiga que fue a contarle a mis jefes que yo tenía una aventura con un cliente del hotel, sabiendo que con ello me despedirían —Hizo una pausa mirando directamente a Ana—. Va de una amiga que pensó que si me hacía desaparecer tendría vía libre con Eloy. Hacía tiempo que le iba detrás, pero él no le hacía ni caso. Parecía más interesado en mí. Si eliminas el obstáculo... aumentan las posibilidades.

—Daniela... eso no es así —dijo, alterada—. No sé de qué hablas.

—Vaya memoria. Yo, si me hubiera comportado como una hija de puta como tú, al menos me acordaría. Que te arrepientas o no, es otra historia —Se levantó de la mesa—. Lloraste conmigo cuando me despidieron, me dijiste que no te explicabas lo que había pasado y hasta me despediste en mi casa llorando y diciéndome que me querías. Eres el colmo del cinismo.

Nico seguía sin decir nada. Ana la miraba con rabia.

Se acercó a Nico.

—Nico, me voy.

—Escúchame, Daniela, lo mejor es que quedemos mañana y hablemos tranquilamente —dijo Ana.

—No. Eres tóxica y no te quiero en mi vida.

Ana se quedó con la boca abierta. No esperaba una decisión tan drástica.

—Lo siento por ti. Por el numerito —le dijo a Nico besándole en la mejilla.

—Anda, vete. Mañana te llamo. —Se levantó para acompañarla a la puerta. Le dio un pequeño abrazo. Daniela lo miró disgustado y se marchó.

Nico volvió al salón. Ana estaba sentada en la misma silla con los codos apoyados en la mesa.

—¿Qué has hecho, Ana?

—Es mentira. Esta tía está fatal.

—A mí no me parece que te hayas defendido cuando ella te ha acusado de algo así —La miró fijamente—. Tampoco me parece que Daniela sea capaz de inventarlo.

—Fue un malentendido. Yo... no sé. Seguro que se lo dijo ese imbécil con el que se lió en el balneario.

—Ese imbécil es su jefe y su novio.

Ana abrió los ojos como si le hubiera confesado un asesinato.

—Será mejor que te vayas a dormir. Mañana me cuentas lo que pasó.

—No quiero irme a dormir.

—Ana, voy a ser sincero. A Daniela no le interesa estar contigo estos días y a ti y a mí hace mucho tiempo que no nos une nada. Tengo que pedirte que te vayas. Debes buscar otro lugar para tus vacaciones. Puedes hacerlo mañana.

—¿Cómo?

—Buenas noches, Ana.

Nico recogió la mesa y se dirigió a la cocina ante la mirada atónita de Ana, que cuando se cansó de mirarlo se fue a la habitación que le había asignado. Cuando llegó, se tiró en la cama y lloró como nunca lo había hecho en toda su vida.

Nico escuchó su llanto al pasar por delante de la habitación, pero ni siquiera se inmutó. Hacía tiempo que había dejado de confiar en ella.

Para Daniela resultaba muy frustrante no saber muy bien cómo debía actuar. Era una situación nueva para ella. Hacía más de dos horas que había llegado a casa de Adrien y aún no tenía noticias de él.

Eran más de las doce. Pensó que no debía alarmarse. Si su cena con Nico y Ana no hubiera sido un auténtico desastre, seguramente ella tampoco habría llegado.

¿Qué debía hacer? ¿Enviarle un mensaje? ¿Llamarle? ¿Irse a dormir sin esperarlo? ¡Qué situación más incómoda!

No entendía cuál podía ser el motivo por el que la cena con Olivier se estaba alargando tanto, si es que ese era el motivo por el cual Adrien aún no había dado señales de vida.

Tenía que reconocer que esa cena tan misteriosa le inquietaba. No entendía qué motivo había llevado a Olivier a proponerle una reunión fuera de la oficina, por muy personal que fuera el tema que quería tratar.

Su mente viajó de nuevo a la casa de Nico, donde habían intentado tener una cena los tres. Se sorprendía a sí misma pensando lo poco que le había afectado enfrentarse a Ana de la manera que lo hizo. No sentía ningún tipo de remordimiento por haberle dicho que no la quería en su vida. Quizás con el tiempo podría afectarle, pero en ese momento no lo hacía lo más mínimo. Ana cuanto más lejos mejor.

El sonido de la puerta al abrirse la devolvió a la realidad. Adrien la penetró con la mirada. Su expresión era sombría.

—No deberías haberme esperado. Es tardé —sentenció.

—Me apetecía hacerlo. ¿Estás bien?

—Sí. —Fue frío en su respuesta y en los gestos que lo acompañaron.

—¿Cómo ha ido la cena con...?

—No quiero hablar de ello. —Se dirigió a la cocina y bebió agua con ansia.

Daniela se levantó del sofá y lo siguió.

—Adrien, ¿qué ocurre?

Adrien se giró para mirarla. Dejó el vaso de agua y la cogió de la mano. La llevó hacia el sofá y la empujó suavemente para que se sentara. La besó con brusquedad.

Daniela no entendía por qué actuaba de aquella forma. Apenas podía respirar por la invasión de su boca. Le mordía los labios provocándole dolor.

—Adrien... —consiguió decir con mucha dificultad.

Él la ignoró y continuó con su asalto. Esta vez lo trasladó a su forma de desvestirla, prácticamente le arrancó la ropa. La cogió por la cintura con mucha habilidad y la arrastró hacia el reposabrazos del sofá donde le dio la vuelta y la dejó con las piernas colgando y la cabeza apoyada en el asiento.

Ella intentó incorporarse, pero él se colocó tras ella y de una forma rápida y poco considerada la penetró provocándole una punzada de dolor.

—¡Adrien, para! —le dijo incapaz de detener aquella situación ella sola.

Adrien escuchó sus palabras y cambió el ritmo de sus embestidas. Alguna dosis de sensatez le hizo reparar en lo que estaba haciendo. Salió de su interior y volvió a entrar más suavemente acariciándole la espalda y la cabeza.

Daniela se tranquilizó cuando él mostro más delicadeza, pero le resultaba imposible disfrutar de aquel momento. Aquel no era el Adrien que ella conocía.

Salió de su interior y la cogió de nuevo por la cintura para tumbarla en el sofá. Esta vez podía verle la cara.

Ella lo contemplaba con los ojos llorosos. Se tumbó encima de ella y retomó sus caricias y sus embestidas con mucha más ternura y sensibilidad.

—Perdóname. Perdóname, Daniela.

Ella le acarició la mejilla y le invitó a continuar con un movimiento de caderas. Él aceptó la invitación, a modo de perdón, y se entregó en movimientos que pudieran hacerla llegar al orgasmo. Pero solo pudo llegar él.

Adrien se levantó y se dirigió al baño. Ella siguió tumbada y desconcertada. Recogió su ropa y lo siguió. Se aseó y vistió en el baño mientras esperaba a que saliera de la ducha.

—¿Qué te ocurre, Adrien?

—Nada. Ya te he dicho que lo sentía.

—¿Por qué no me quieres contar lo que ha pasado?

—Escúchame, Daniela. No hay nada que contar. No quiero hablar de ello. Mi conversación con Olivier quedará entre él y yo. Te pido que lo respetes. —La dejó en el baño consciente de su expresión de dolor. Se metió en la cama.

Daniela le siguió e hizo lo mismo. Tardó más de dos horas en conciliar el sueño. Él no fue capaz de hacerlo en toda la noche.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue la ausencia de Adrien. No estaba en casa. Se había marchado sin dejar una nota y sin esperarla.

Llegó a la oficina a la hora habitual. Ni rastro de Adrien. Tenía una reunión fuera en menos de una hora, pero eso no justificaba que no se encontrara en su despacho. La reunión era muy cerca de allí.

Se dirigió a la sala de espera con la esperanza de encontrar a Olivier. Ni rastro de él. ¿Estarían juntos? Se dirigió al laboratorio con la esperanza de encontrarlo, pero su secretaria le informó de que aún no había llegado.

No tuvo noticias de Adrien hasta media tarde. Ella conocía su agenda y sabía que iba a estar fuera todo el día. No era un motivo para alarmarse, pero el hecho de que no se hubiera comunicado con ella sí. En esos casos, él solía llamarla varias veces. Algunas de esas llamadas eran para consultarle algo de trabajo, otras simplemente para decirle que la echaba de menos, o para provocarla con sus nuevas fantasías.

Apareció una hora antes de que ella saliera. Entró directamente en su despacho sin detenerse en el suyo, como solía hacer.

Daniela, después de meditarlo durante un rato, salió a su encuentro. Se detuvo frente a él, que estaba sentado en su sillón repasando unos documentos.

—No he sabido nada de ti en todo el día —dijo arrepintiéndose de haberlo hecho. Era evidente que él ya lo sabía.

—Sabes que no he parado. Tú lo sabes mejor que nadie.

Daniela suspiró. No merecía la pena discutir. Él sabía perfectamente de lo que le estaba hablando. Le dejó unos documentos sobre la mesa y le comentó rápidamente unas llamadas y algunos asuntos importantes. Él la escuchó, asintiendo de vez en cuando en señal de aprobación. Cuando terminó, se dio media vuelta y escuchó su voz.

—¿Cómo te fue con tu amiga?

Ella ni siquiera se giró para contestarle. Lo hizo de camino a su despacho.

—Justo como tenía que ir. —Cerró la puerta.

Una hora después salió del edificio de Versus. Ni siquiera se despidió de él. Estaba enfadada.

No quería darle más vueltas al tema porque cada vez que pensaba en lo que había ocurrido no hacía más que empeorar su humor. Se dirigió al centro de estética de Eva, quien se alegró de verla. Se lo demostró con una sonrisa de oreja a oreja.

Buscaron intimidad. Eva dejó a una de sus empleadas atendiendo a la última cliente que había en el local y guio a Daniela a un pequeño cuarto en la trastienda que ya había visitado en otra ocasión. Le entregó un refresco bajo en calorías que Daniela aceptó.

Dedicaron un buen rato a comentar la borrachera de la noche que salieron. Se divirtieron recordando algunas de las muchas tonterías que hicieron y dijeron.

Daniela decidió que aquel era un buen momento para hablarle del motivo de su visita.

—Eva, quiero decirte algo importante.

—Tú dirás —dijo, relajada.

—¿Alguna vez has oído hablar de Ana? Una amiga de Nico y mía.

—Sí. La vi una vez. Me la presentó Nico —dijo con desprecio.

—El caso es que... no sé si sabrás que hace muchos años que somos amigas. —Hizo una pausa esperando una confirmación.

—Sí. Nico me ha hablado de ella alguna vez. Ya sé que está aquí, me lo dijo ayer.

—Bien. Pues... ayer cenamos los tres juntos en casa de Nico. Por algo que ahora no viene al caso, le dije que no quería volver a verla nunca más. Me traicionó y me mintió. Es una larga historia.

—¡Aja! —exclamó Eva mientras comía unas galletas.

—Lo que quiero decirte es que yo... hice lo mismo contigo y quería que lo supieras.

Eva abrió los ojos y dejó de masticar. Daniela continuó:

—El día que te encontré en casa de Nico discutí con él. Le dije que no me parecía bien que se acostara contigo, que tú sentías algo por él y que te iba a hacer daño.

Eva dejó las galletas en la mesa, se limpió la boca con la mano y miró a Daniela.

—Esto me lo cuentas por...

—Porque siento que te traicioné. Tú me confesaste algo íntimo y yo... se lo solté a Nico. Quería pedirte disculpas. Sé que Nico no te lo va a decir, pero yo quería que lo supieras.

Eva tardó en decir algo. Se sentó en una camilla antigua que tenía apoyada en la pared.

—Joder, Daniela. No tenías que decirle nada. Ahora entiendo su actitud. El domingo hablamos. Me dijo que era mejor que... solo fuéramos amigos y que no hubiera nada más entre nosotros.

Daniela cerró los ojos. Sabía que aquello le habría dolido.

—Lo siento mucho, Eva. No debí meterme. Yo...

—Escúchame —Daniela la miró con temor—. Sé que tus intenciones eran buenas. Pensaste en mí más que en Nico, y eso me halaga. Preferiría que no le hubieras dicho nada, pero en el fondo me hiciste un favor. Me estaba enganchando mucho a él y tengo que cortar este rollo. Nico no siente lo mismo y yo no quiero sufrir más por él. Tengo que darle un enfoque nuevo a mi vida y convencerme de que Nico solo puede estar como amigo.

Daniela suspiró aliviada. Eva continuó:

—Me gusta que hayas sido sincera —Estiró los brazos—. Ven, tonta, dame un abrazo.

Daniela se acercó y la abrazó, pero sobre todo se dejó abrazar. Ese día necesitaba el contacto de un cuerpo a su lado que la reconfortase.

—Mi tío Matt siempre dice: «Primero pensar y luego hablar».

—Sí, eso es muy cierto, pero todos hemos metido la pata alguna vez por decir lo que no debíamos —La abrazó de nuevo—. Tú no tienes maldad, Daniela. No puedo enfadarme contigo. Y respecto a tu amiga Ana... No me cayó bien, y eso que la traté poco. Es altiva y un poco pedante. De esas personas que te miran por encima del hombro. Sé que Nico tuvo movidas con ella, pero no sé qué paso.

Daniela anotó mentalmente que tenía que hablar con Nico de ese tema.

—Espera que cierre y nos vamos de compras.

—¿De compras?

—Sí. Tengo que ir al centro a comprar algunas cosillas. ¿Te apetece?

—Sí. Yo también aprovecharé para comprarme algo de ropa. He cobrado mi primer sueldo en Versus y estoy muy contenta.

—Daniela, tengo que buscarme un novio rico y guapo, como tú. ¿Conoces a alguien?

—Estaré alerta. Te lo prometo. Pero hoy no hablemos de «mi novio». Estoy cabreada con él. Eva se echó a reír.

Entre las compras y las bromas de Eva, el día mejoró considerablemente. No esperaba que reaccionara tan bien cuando le contó lo que había hablado con Nico. Sabía que se exponía a perder a la única amiga que tenía, pero necesitaba correr el riesgo. Si iban a continuar con su amistad, quería algo transparente, sin mentiras.

Dejó todas sus compras en su casa. No quería llegar a casa de Adrien cargada de bolsas. Por un momento pensó en quedarse, pero ya que no lo habían comentado lo mejor sería no forzar más la situación.

Cuando llegó a su casa, la encontró vacía y a oscuras. Nada indicaba que él hubiera pasado por allí. Le envió un mensaje preguntándole cuándo llegaría y media hora después le respondió que llegaría tarde, que si no quería que no lo esperase despierta. Aquello la hundió.

Aprovechó el tiempo que iba a estar sola para llamar a Nico. Hablaron durante más de media hora. Se pusieron al día. Daniela le habló de la visita de Matt y de la conversación que mantuvieron, sin entrar en detalles. Acordaron hacerlo un día que pudieran quedar y sentarse a charlar tranquilamente. Nico le explicó lo que había ocurrido con Ana.

—Al día siguiente me fui temprano y la dejé durmiendo. Cuando volví ya no estaba.

—Tendría que habértelo contado. Fue Adrien quien me dio los detalles. Él se enteró de todo antes de marcharse.

—No me sorprendió. Hace años que no me inspira mucha confianza. Al principio acepté que viniera a casa. Pensé que el resto de días los pasaría contigo, pero cuando vi que tú no querías saber nada... la invité a marcharse. No tenía ningún sentido seguir con esa farsa.

—Pensé que había buen rollo entre vosotros. Debiste decírmelo.

—No es que hubiera mal rollo. Es que... con los años la fui conociendo mejor y nos distanciamos. Me tocó las narices varias veces. Lo que te hizo fue la gota que colmó el vaso.

Cuando colgó se enfrentó de nuevo al malestar que le producía la ausencia de Adrien.

Dos horas más tarde entró por la puerta. Dos horas en las que hubiera sido imposible darle más vueltas a la cabeza. Dos horas pensando en lo que podía haber ocurrido entre él y Olivier. Dos malditas horas llenas de malos pensamientos.

Adrien chocó contra una lámpara de pie. La miró sorprendido.

—¿Aún estás despierta? —dijo con dificultad.

Los metros que los separaban no impidieron que ella oliera a alcohol. Era la única pista que

tenía hasta el momento de que él había bebido demasiado, ya que se comportaba de una forma natural.

—Me voy a dar una ducha y a dormir. Te dije que no me esperases. —Desapareció en el pasillo.

Ella lo siguió. Aquella imagen la atormentaría tiempo después. No se sentía orgullosa de rebajarse de aquella forma.

—Adrien, ¡has bebido! ¿Qué ocurre? ¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto?

—¡No! —gritó, tajante—. No vayas por ahí. No quiero este tipo de situaciones. No hagas más preguntas porque no te voy a responder y encima lo vas a complicar. Buenas noches.

Ella se quedó sentada en el sofá. Cuando se decidió a ir a la habitación, ya había transcurrido un buen rato. Lo encontró durmiendo profundamente. Su ropa tirada en el suelo y el cabello mojado.

Se metió despacio en su lado de la cama. No solamente no podía dormir, sino que era incapaz de cerrar los ojos.

Estaba ocupando un espacio que no le correspondía. Aquel no era su lugar. Se abrazó a su cuerpo, de lado, y esperó la llegada del día.

Adrien, como hizo el día anterior, se levantó antes que ella. Le iba a explotar la cabeza. Se vistió y salió rápidamente de casa, no sin antes tomar una par de pastillas para aliviar la sensación de resaca.

Antes de salir de la habitación se detuvo a observarla. Dormía profundamente. Deseó introducirse de nuevo bajo las sábanas y despertarla lentamente mientras le besaba todo el cuerpo y enterraba su cabeza entre sus piernas. Pero no podía. Era incapaz de hacerlo. Era incapaz de muchas cosas en ese momento, excepto de estar muerto de miedo por no saber cómo gestionar lo que sentía, aunque esta vez no se trataba de lo que sentía por ella.

Su conversación con Olivier había sido un golpe seco e inesperado. Como un jarro de agua helada. No podía haber escogido peor momento.

Cuando llegó a la oficina apenas encontró a nadie. Era muy temprano. Se encerró en su despacho. Su mesa estaba llena de documentos que debía revisar, así como un listado bastante amplio de llamadas que tenía que devolver, pero le resultaba imposible concentrarse.

Una hora después escuchó los pasos de Daniela en el despacho contiguo. Ni siquiera pasó por el suyo como solía hacer cada día. Unos minutos después, la escuchó salir de nuevo seguramente en busca de su café diario.

Daniela entró en el despacho de Olivier y lo encontró recostado en su sillón. Ese día tampoco apareció por la sala de descanso.

—Buenos días —dijo ella con voz temblorosa.

—Buenos días, Daniela. —Él evitó mirarla a los ojos y fingió estar ocupado.

—¿Qué está pasando, Olivier? —Se acercó a él y se apoyó ligeramente en la mesa.

—No te entiendo —mintió. Seguía sin mirarla a los ojos.

—¡Mírame, Olivier! —Le cogió la barbilla para que lo hiciera—. ¿Qué pasó el otro día entre tú y Adrien?

Él vaciló sobre su respuesta.

—Eso es algo que deberías hablar con él.

—Él no me cuenta nada. Está muy raro desde que fuisteis a cenar. No entiendo nada. ¿Tan grave es? ¿A qué viene tanto misterio?

Él se levantó y se paseó por su despacho.

—Yo no puedo hablarte de ello. Por favor...

—¿Tiene algo que ver conmigo?

Él se giró sorprendido.

—¡No! —Posó una mano en su hombro—. No tiene nada que ver contigo. Es algo... entre él y yo.

—Todavía lo entiendo menos.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la salida.

—Daniela, yo...

—¡Déjalo! —Levantó un brazo indicándole que no siguiera hablando—. Ya te he entendido.

Salió sin decir nada más. Olivier se apoyó en su mesa. ¿Por qué Daniela le pedía a él que le hablara de su encuentro? ¿Qué clase de comunicación había entre ellos? ¿De verdad no le había

contado nada? ¡Habían pasado casi dos días!

Adrien no salió en toda la mañana de la oficina. Se reunió en su despacho con Olivier y con Víctor.

Víctor estaba de un humor excelente, a diferencia de sus compañeros de reunión. El ambiente era tenso. Ninguno de los dos se comportaba de la forma habitual. Adrien era el que parecía más alterado. No le pasaron desapercibidas las miradas asesinas que le lanzó a Olivier. Aunque estuvo a punto de preguntarles si había algún problema entre ellos, al final decidió mantenerse al margen.

Daniela esperó a que terminara la reunión para entrar en el despacho de Adrien y ponerle al día de su trabajo. Era viernes y su jornada acababa en pocos minutos. Decidió hacer un intento de acercamiento antes de salir.

—¿Te apetecería que fuéramos a algún sitio tranquilo y... habláramos?

—¡No! —dijo sin mirarla.

Daniela sintió que se le aflojaban las piernas.

—Dani, necesito estar solo. Quisiera estar tranquilo. Tengo cosas en la cabeza y no soy buena compañía.

—Ya es suficiente, Adrien. ¿Se puede saber qué coño está pasando? ¿Te parece bien lo que estás haciendo?

—¿Por qué te cuesta tanto entenderlo? —dijo, alterado. Se acercó a ella, que seguía parada delante de su mesa—. Solo necesito estar solo, joder. No me atosigues más.

—¿Atosigarte? —preguntó, indignada—. ¿Has probado a ponerte en mi lugar? —No esperó respuesta para continuar—. Desde que cenaste con Olivier... Estás distante, frío, te niegas a contarme lo que te preocupa...

—No es asunto tuyo. Es algo entre él y yo y no tiene que ver contigo.

—No importa que...

—¿Cómo te lo digo para que lo entiendas? Necesito estar solo. ¿No puedes concederme eso sin agobiarme?

Ella lo miró pensando que no iba a ser capaz de contener las lágrimas, pero si lo fue. Se miraron fijamente.

—Pasaré por tu casa a buscar mis cosas —dijo ella con entereza.

—Bien. —Fue inexpresivo.

Fue capaz de disimular el impacto que aquella única palabra le produjo. Su cuerpo estaba rígido. Se sintió como si fuera una estaca de madera. Adrien era el verdugo, que a golpe de mazo la intentaba clavar en algún lugar. Golpes secos y rápidos, como sus palabras.

Reunió las fuerzas que le quedaban para dar media vuelta y dirigirse a su mesa.

—Puedes dejarle las llaves al portero si lo prefieres —le dijo con frialdad.

Y con ese golpe la atravesó hasta suelo. Quedó incrustada.

Continuó su camino sin detenerse. Rebuscó en su bolso hasta encontrar las llaves de su casa. Con toda la tranquilidad que fue capaz de aparentar, volvió de nuevo a su despacho. Él continuaba en la misma posición.

Daniela le cogió una mano bruscamente y le depositó las llaves en ella.

—¿Sabes? Mejor te las doy a ti. Mis cosas puedes quemarlas o bien meterlas en la maleta y hacérmelas llegar. —Se alejó lo más rápido que pudo.

—No es necesario que... ¡Dani! —gritó al escuchar cerrarse la puerta de un portazo.

Apretó las llaves en su mano y se dejó caer abatido en la primera silla que encontró. Cerró los ojos. No tenía planeado que las cosas se desarrollaran de aquella forma. ¿Acaso podía culpar a



alguien que no fuera a él mismo?

Era la hora de marcharse. Daniela miró la puerta que comunicaba con su despacho. Ni siquiera se había molestado en recorrer los escasos metros que los separaban para hacer un pequeño intento de acercamiento. Cualquier cosa hubiera sido válida para ella. Un gesto, una sencilla disculpa, un abrazo...

Reprimió por enésima vez las ganas de llorar, aunque ya no tenía la seguridad de poder hacerlo por mucho más tiempo. Recogió su mesa. Apagó las luces del despacho y lo cerró con llave.

Se despidió de algunos de sus compañeros y se dirigió al ascensor, pero antes de hacerlo tuvo que correr y ocultarse detrás de una columna, en un rincón. Allí respiró hondo. Se centró en sus lágrimas y al ver que seguían bajo control, aunque fuera por poco tiempo, se dirigió al ascensor. Las puertas se abrieron. Al fondo del habitáculo se encontraba Olivier sosteniendo una pequeña caja. Esperó a que saliera y le sonrió sin ganas. Ninguno dijo nada.

Olivier salió del ascensor sin dejar de observarla. Ella se apoyó en la pared del fondo con la vista en el suelo. Cuando las puertas empezaron a cerrarse, ella levanto la vista. ¿Aquello que había en su rostro era una lágrima?

Aquella imagen no se borró de su mente en todo el día.

Llevaba horas tumbada en la cama mirando al techo. Si no se movía rápido, iba a tener problemas. Seguro que su cuerpo estaba agarrotado.

Cuando salió del edificio de Versus, pensó que todas las lágrimas que había estado reteniendo durante la mañana saldrían desesperadas y embravecidas por el tiempo que las había mantenido prisioneras. Pero no fue así, para su sorpresa. Se alegró, porque lo último que deseaba era llamar la atención por la calle y que alguien compasivo se acercara para preguntarle si podía ayudarla en algo.

No era capaz de llorar, ni de pensar con coherencia. Solo deseaba desaparecer el tiempo suficiente para que Adrien volviera a ser el mismo.

Sonrió cuando empezó a oscurecer y las letras que había grabadas en el techo empezaron a iluminarse.

«Lo que ocurre aquí... se queda aquí».

Sonrió y habló en voz alta.

—Claro que se queda aquí.

Fue entonces cuando llegó el llanto. Rápido, fuerte, desesperado. Lo acompañaron imágenes de Adrien. ¡No entendía nada! ¿Tenía algún sentido lo que estaba pasando? Era totalmente incapaz de entender por qué todo había cambiado en cuestión de dos días. Le había repetido que necesitaba estar solo. No había tenido ningún miramiento en apartarla de él. ¿Qué clase de conversación mantuvieron que no ha sido capaz de compartir con ella?

La rabia y la impotencia que sentía en ese momento frenaron las lágrimas.

—Eres un cabrón —dijo en voz alta.

Sin saber por qué, la imagen de Matt apareció en su cabeza. Había estado tan pendiente de Adrien que no había vuelto a pensar en él. Sintió una punzada molesta en el estómago.

«¿Mi padre?»

Todo aquello le parecía abstracto, sin forma, sin sentido.

Las lágrimas aparecieron de nuevo. Horas después cerró los ojos vencida por el sueño.

Daniela consultó el reloj. No era una hora muy buena para llamar a Nico. Un sábado a las doce de la noche seguro que estaba muy ocupado.

No soportaba la idea de meterse en la cama y no ser capaz de conciliar el sueño. Había dedicado todo el día a ordenar y limpiar la casa, aunque no era algo muy necesario, pero fue lo único que se le ocurrió para estar ocupada. No podía concentrarse en la lectura ni en cualquier otra cosa.

No había tenido noticias de Adrien en todo el día. Desde que salió de la oficina el día anterior, no sabía nada él.

Todo apuntaba a que iba a pasar horas dando vueltas en la cama. Volvió a consultar el reloj. Llamaría a Nico.

Cuando llegó a la calle, Nico la recibió con una sonrisa. Se alegraba de verla. No le había tenido que insistir mucho para que se uniera a él y unos amigos a pasar un rato en el local de copas en el que se encontraba.

—De haber sabido que no tenías planes te hubiera llamado antes. Pensé que estarías con

Feraud.

—No. No hemos quedado.

Nico la miró mientras conducía. Era su forma de interrogarla.

—No preguntes. Está raro y quería estar solo. Es todo.

—De acuerdo. No es necesario que te diga que cuando quieras hablar...

—No es necesario —sentenció.

Daniela se sorprendió de encontrar solo a Javier y a Olivier. Estaban sentados en un taburete alto de la barra.

Se saludaron. Javier fue más efusivo y la levantó en el aire. Daniela bromeó con sus cervicales, pero le aseguró que estaban mucho mejor. Olivier parecía ausente. Se limitó a sonreír y a pronunciar un escueto «Hola».

Nico le susurró al oído.

—No sé qué le ocurre. No deja de beber. Normalmente no lo hace. En el poco rato que llevamos aquí, ya lleva varias copas.

Daniela lo observó. Él la miraba de vez en cuando. El brillo de sus ojos y sus gestos torpes lo delataban.

Se acercaron dos chicas y saludaron a Nico y a Javier. Parecía que se conocían desde hacía mucho tiempo. Hicieron las presentaciones. Olivier no mostró mucho interés en entablar conversación con ellas, por lo que acabaron por alejarse unos metros y centrarse en los dos amigos que conocía.

—¿No crees que estás bebiendo demasiado? —le dijo ella preocupada.

—Eso mismo te dijimos a ti el viernes pasado, ¿lo recuerdas? —No se expresaba con claridad. El alcohol estaba presente.

—No lo recuerdo muy bien. Pero recuerdo cómo acabé.

—Entonces, yo acabaré igual. Bueno... igual, igual, no. No sé qué hiciste después de irte pero... imagino que yo... no haré lo mismo. ¿Qué hiciste?

—Dormir y soportar una resaca alucinante al día siguiente. Volé a París deseando morirme.

—Pues eso es lo que me imagino que haré yo. Lo de París no... no voy a ir a París, de momento.

Una amiga de Eva se acercó a saludarla. Fueron pocos los minutos que perdió de vista a Olivier. Cuando volvió a centrarse en él, su estado era lamentable. Apenas se sostenía en el taburete.

—Olivier, nos vamos —le ordenó—. ¿Has venido en tu coche?

Él negó con la cabeza.

Daniela se acercó a Nico y le habló de su intención de llevarse a Olivier. Él y Javier parecían muy contentos de estar con aquellas chicas, así que decidió que ella misma se ocuparía de Olivier.

Nico se negó en un principio, pero Daniela lo convenció para que se quedara y disfrutara de la noche y de la compañía. No hacía falta tener un olfato especial para adivinar que él y Javier volverían acompañados a casa esa noche.

Les acompañó hasta la salida con la intención de llamar a un taxi. Olivier apenas se tenía en pie, balbuceó dos o tres palabras que carecían de sentido. Tambaleándose, se alejó unos metros para vomitar en una esquina.

—Está fatal. Nunca lo había visto así —dijo Nico.

—Sé que tiene problemas con Adrien, pero no sé de qué va.

—No quiero dejarlo solo. Será mejor que me vaya con él.

—No. Ya me quedo yo.

- Tu sola no puedes llevarlo hasta la cama. Os llevaré yo.  
—Entonces llévame a mi casa. Allí estaré más cómoda.

Dejaron a Olivier tumbado en la cama de Daniela, dormido. Nico se despidió de ella, no sin antes insistir en que lo llamase ante cualquier problema. Acordaron hablar al día siguiente.

Cuando Nico cerró la puerta, ella volvió a entrar en la habitación. Lo encontró sentado en el borde de la cama. Se levantó y le preguntó con dificultad por el baño. Ella lo acompañó y lo esperó fuera mientras escuchaba el sonido que emitía su garganta al vomitar.

Cuando salió estaba tan pálido que asustaba.

Se sentó en la cama y cayó por su propio peso. Ella le fue quitando la ropa con mucha dificultad. Se felicitó a sí misma por poder manipular un cuerpo de aquellas dimensiones solita. ¡Y qué cuerpo! Ya lo había visto desnudo una vez, pero no pudo apreciar los detalles como en esa ocasión. Lo dejó con los bóxers puestos. Ya no se atrevía a quitarle más prendas. El vómito no había llegado hasta allí. Lo arrastró hasta el centro de la cama y lo tapó. Metió toda la ropa en la lavadora y esperó a que terminara.

Pensó en dónde debía dormir. No sabía muy bien si debía dejarlo solo. No era muy experta en borracheras. Lo mejor sería dormir a su lado. Si era conveniente o no dejarlo solo, le importaba ya bien poco. No le apetecía dormir sola en el sofá. Lo poco que él pudiera distraerla con algún movimiento o sonido, sería suficiente para impedir que sus pensamientos volvieran al mismo lugar de siempre.

Los sonidos que provenían del baño, llamaron la atención de Daniela, que se encontraba en la cocina. Olivier apareció con la misma ropa con la que había dormido: unos bóxers. Cuando la vio, se quedó paralizado.

—Buenos días —dijo ella sonriendo.

—No sabía dónde estaba. ¿Esta es tu casa?

—Muy perspicaz. Veo que la resaca no te ha hecho perder todas las facultades.

Él sonrió.

Ella se acercó y le dio su ropa. Él la miró desconcertado. Cogió la ropa y se quedó plantado sin decir nada.

—Toma estas pastillas. Las necesitarás. —Le tendió un vaso de agua.

—Gracias —Tragó las pastillas—. Una pregunta tonta...

—¿Quieres saber por qué estás aquí? —Siguió preparando el desayuno.

—No. Quiero saber por qué voy tan ligero de ropa.

Daniela sonrió. Recientemente ella había tenido esa amarga sensación de no recordar nada de lo que había pasado la noche anterior y podía entender su desconcierto.

—¿No lo recuerdas? —Se giró para que no la delatara su sonrisa.

—He dormido en tu cama y... medio desnudo. Si hay una noche de pasión que yo no puedo recordar... ponle cianuro a mi café.

—¿Cianuro? ¡Qué dramático! —dijo ella con la más amplia de sus sonrisas.

—Prefiero morir a no recordarlo. —Le sonrió provocativamente.

Daniela se ruborizó. Él aprovechó ese momento para bromear.

—Cuéntame que pasó allí —dijo señalando en dirección a la habitación—. Sea lo que sea, se quedará... allí —No pudo controlar la risa. Daniela se unió a él al ver que se refería a lo que había escrito en el techo.

—¿Lo has leído?

—Sí. Es lo primero que he visto al abrir los ojos. Ha sido un momento angustioso. No tenía ni

idea de dónde estaba —Se cruzó de brazos apoyándose en el marco de la puerta—. ¡Cuenta! ¿Fue una noche de pasión?

—Sí. Toda la pasión que se puede poner en desvestir a alguien medio inconsciente que ha vomitado y se ha manchado toda la ropa —Levantó una taza de café—. ¿Cianuro?

El bajó la cabeza avergonzado pero sonriendo.

—Sí. Una dosis pequeña que no mate. Esto... ¿Te importaría que me diera una ducha?

—No. Claro que no. Te espero y desayunamos.

—Siento haberte causado tantas molestias. Gracias por lavarme la ropa.

—Dúchate. Tengo hambre.

Él sonrió.

Después de la ducha parecía otra persona. El color volvió a sus mejillas y en general su aspecto era mucho mejor. Daniela le sirvió un desayuno muy completo; tostadas, huevos, zumo, cereales. Él le confesó estar muerto de hambre y a juzgar por lo que quedó en la mesa, no mentía.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó ella.

—Sí. Mucho mejor. La ducha y las pastillas me han resucitado.

—Podemos tener una conversación idiota. Hablamos de cualquier estupidez que nos venga a la cabeza o podemos hablar de lo que hizo que ayer bebieras de esa forma. Nico me dijo que no sueles beber.

Olivier se levantó de la mesa recogiendo los platos y llevándolos a la cocina. Daniela le siguió esperando que ese silencio sirviera para que él se decidiera a contarle lo que le estaba pasando.

—El alcohol hizo que la frustración y la rabia que sentía se calmaran.

—¿Todo esto tiene que ver con Adrien?

Él asintió.

—No sé qué os pasa, pero seguro que podréis solucionarlo.

Olivier se dirigió al sofá y le pidió a ella que se sentara a su lado. Daniela obedeció con la esperanza de que él le contara de una vez por todas lo que estaba ocurriendo.

—El día que cené con Adrien, le conté algo que él no sabía.

Hizo una pausa que a Daniela se le hizo eterna.

—¿Adrien es mi hermano! Hermano de padre.

Ella lo miró atónita. Se llevó una mano a la boca para acompañar su sorpresa y así se quedó un buen rato.

—¿Hermanos? Eso sí que no me lo esperaba. —Dibujó un círculo con los labios.

—No sé qué es lo que él te ha contado de su padre —preguntó indirectamente.

—Conozco la historia. Me la contó en París.

—¿Qué te contó?

—Toda su infancia. La separación de sus padres, y la relación que tuvo con su padre. —Fue prudente ofreciéndole pocos detalles. No sabía bien qué es lo que Olivier conocía.

—¿Te dijo por qué se separaron sus padres?

Ella asintió.

—Entonces no te resultará complicado ubicarme en esa historia. Yo pertenecía a «la otra familia» de su padre.

Daniela se quedó pensativa. Recordó algunos fragmentos de la historia que le contó Adrien donde le hablaba de un hermano.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Es una historia larga.

—Me gustaría escucharla.

Olivier la miró, sopesando si debía o no hacerlo.

—¿Seguro que quieres escuchar otra vez la historia?

—Es tu historia. Conozco la de Adrien.

—Está bien, ahí va la historia.

Se frotó los ojos con una mano. Respiró hondo e inició su relato.

—Mis padres se conocieron en Toulouse, cuando él estaba casado, y se hicieron amantes. Dos años después mi madre se quedó embarazada. Él montó una joyería en París y compró una casa para mi madre allí. Tenía dos familias. Mi madre aceptó esa vida. Quiero creer que fue por no perderlo, o que mantenía la esperanza de que estuvieran juntos algún día o... ¡No lo sé!

—¿Tu madre no te lo dijo?

—Sí. Ella me dijo que fue por amor. Lo quería tanto que se conformó con cualquier cosa que él pudiera darle. Si había más motivos, los desconozco.

Olivier se sentó sobre una pierna y se reclinó sobre el sofá.

—Crecí con un concepto de padre un tanto peculiar. Un padre que trabajaba mucho y viajaba constantemente, así que solo podía estar con él dos o tres días en semana. Lo veía los lunes, los martes y los miércoles —Remarcó las palabras—. Hubo alguna excepción, pero pocas. Nada de vacaciones, ni actividades fueran de esos días establecidos.

»Fui creciendo y viendo que aquello no era muy normal. Mis amigos también tenían padres y también viajaban, pero sus vidas no se parecían en nada a la mía. El poco tiempo que pasaba con él, debo decir que era estupendo. Por eso fue más duro. Era un hombre cariñoso y bromista y siempre se las ingeniaba para que estuviera contento. Le pedí muchas veces que se quedara más tiempo en casa, pero él siempre me decía que cuando fuera más mayor seguro que podríamos hacerlo. Y yo... me conformaba. Era un niño.

»Vivíamos bien. En una bonita casa, con jardín. Asistía a buen colegio y tenía todo lo que un niño puede desear: una bici, un balón, un montón de amigos y una madre dedicada en cuerpo y alma a mí —Hizo una pausa para recordar—. Ellos, cuando estaban juntos, parecían una pareja feliz.

»A veces pienso en lo difícil que debió ser mantener una relación de ese tipo. Digamos que nos mantenía ocultos. Supongo que debía conocer a mucha gente en París, por su trabajo, y no era muy aconsejable mostrarse en público con nosotros. Nuestra vida en familia transcurría en las paredes de casa. Si hacíamos algo fuera, solía ser lejos de París.

—Sí, la verdad es que es una vida muy complicada. —Frunció el ceño.

—No duró mucho. Terminó cuando cumplí los trece años. Se separaron. Si durante todos esos años lo veía poco, imagínate después de separarse. Una vez al mes y... no siempre. Me llamaba por teléfono alguna vez. Nos fuimos distanciando muchísimo.

»Cuando cumplí los veinte años, mi madre me contó la verdad. Hacía tiempo que no tenía contacto con él. Vivía en Alemania. Me impactó mucho, pero... ya hacía tiempo que tenía asumido que mi padre no existía en nuestras vidas.

»Me contó que hasta los dieciocho años había enviado dinero mensualmente para mi manutención y que mis estudios los había pagado con un dinero que él depositó a mi nombre con ese propósito. Digamos que mi padre me pagó la universidad.

—¿A qué se dedicaba tu madre? Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—Sofía —Sonrió con ternura al pronunciar su nombre—. Nació en Barcelona, como tú. Se fue a Toulouse cuando era jovencita, allí estudio algo relacionado con la confección de ropa. Cuando

se fue a París, trabajó en un taller de alta costura de vestidos de novia. Allí estuvo toda su vida. Se le daba muy bien.

—¿Por qué estudiaste gemología?

—La gemología le fascinaba a mi madre. Era su pasión. También mi padre me enseñó muchas cosas cuando era niño. Lo compaginé con estudios de diseño. Tenía que agotar el fondo que me regaló mi padre para estudiar. Cuando se acabó el dinero dejé de estudiar. —Le guiñó un ojo para mostrarle que bromeaba.

Daniela se rio y le preguntó:

—¿No volviste a verlo?

—No supe de él hasta que cumplí los veinticinco. No creas que no pensaba en él de vez en cuando. Llegó a darme pena. Cuando pensaba en el tipo de vida que había llevado y el daño que había hecho... —Negó con la cabeza a modo de desacuerdo—. Solo se comunicó esa vez conmigo y fue una conversación muy fría.

»Mi madre enfermó un par de años después si no recuerdo mal. De eso hace ya seis años. Su enfermedad era complicada. Sus músculos se iban atrofiando poco a poco y no se podía hacer nada. Durante tres largos años fui viviendo cómo su cuerpo perdía la movilidad hasta quedar completamente en un estado vegetativo. La cuidé lo mejor que pude y... que supe.

»Tuve que trabajar muy duro para conseguir el dinero suficiente para que ella tuviera todos los cuidados que necesitaba. Los últimos nueve meses los pasó en una residencia. Necesitaba un tipo de atención que yo no podía darle. Allí murió.

—¿Tu padre no sabía nada?

—Sí. Al poco de ingresar allí, me dijeron que la había visitado. Fue varias veces, pero nunca coincidimos. A mí no me llamó para nada y yo tampoco hice nada por contactar con él. Pagó un año entero de estancia. Aquella residencia era muy cara y yo no hubiera podido pagar más de dos meses. Trabajaba y me ganaba bien la vida, pero... imposible cubrir todos esos gastos. Así que me pareció perfecto que se hiciera cargo él. El orgullo no me hubiera servido de mucho.

—¿Y tu apellido? —preguntó ella.

—Nunca llevé el apellido Feraud. Siempre el de mi madre. Es otra de las cosas que formaban parte de la surrealista historia —Sonrió—. Supongo que era otra forma de mantenerme oculto. No existía. Era el hijo bastardo. No podía hablar de él.

—No digas eso. Suena fatal. Venga, sigue, estoy muy intrigada. —Le devolvió la sonrisa.

—Lo vi el día del funeral de mi madre. Apenas intercambiamos cuatro palabras. Me dio un teléfono y me dijo que si necesitaba algo que lo llamase. Pero no tuve noticias suyas hasta más de un año después. Recibí una llamada de Celia, la madre de Adrien. Me dijo que mi padre estaba muy enfermo y que quería verme.

—¿La conocías?

—No. Mi madre me habló de ella y de Adrien, pero nunca los vi. Ni siquiera recordaba sus nombres. Acudí al hospital. Hablé con él, aunque estaba muy delicado. Me pidió perdón. Me costó reconocerlo.

—¿No dudaste en ir a verlo? —preguntó Daniela recordando lo que Adrien le había contado.

—No. Se estaba muriendo y quise despedirme de él. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Se pasó la mano por el pelo—. Durante más de dos semanas lo fui a visitar a diario. En ese tiempo Celia y yo hablamos mucho. Ella me habló de su vida y yo de la mía. Me tuve que ausentar unos días de París por trabajo y estando fuera Celia me llamó para decirme que había muerto. Acudí al funeral. Pensé que a Adrien lo conocería allí, pero él no asistió. Me enteré que había ido a visitarlo al hospital antes que yo.

»Uno de los días que pasé con él me dijo que quería que conociera a mi hermano. Yo no me lo tomé como si fuera una última voluntad que debía cumplir. Nada de eso. De hecho, él tampoco me lo pidió de esa forma, pero era un tema que llevaba días pensando. Así que se lo comenté a Celia.

»Ella se mostró reacia al principio. No le pareció buena idea. Me contó lo que Adrien había vivido y como se sentía. Para él era un tema muy delicado. Si te digo la verdad, me costó entender la postura de Celia. Me pareció más una madre protegiendo a un niño que a un hombre de treinta y tantos. Ya éramos mayorcitos. Aun así lo respeté.

»Pocos días después, Celia me llamó para que nos viéramos. Me sorprendió bastante, aunque sé que ella pasaba bastante tiempo en París porque su novio vivía allí. Me propuso trabajar en Versus. Pensó que de esa forma podría ir conociendo a Adrien. Por supuesto, él no podía saber quién era yo. Estaba convencida de que era mejor así.

»Le dije que tenía que pensarlo y finalmente acepté. No estaba en el mejor momento de mi vida personal ni laboral y me decidí por atravesar fronteras y empezar de cero. Me cautivaba mucho la idea de conocer a mi hermano. Era consciente de que podía salir mal, pero tenía que intentarlo.

—¿Y cómo lo planeó Celia?

—Le habló a Adrien de mí como alguien que podía sustituirla. A nivel de diseño. Dijo que era hijo de unos amigos suyos y que nos habíamos encontrado en París. Los dos nos aprendimos la historia. Era simple.

—¿Así sin más? ¿Y si no funcionabas en el trabajo?

—Celia conocía a mis jefes. Tenía referencias mías. Le enseñé muchos de mis diseños. No creas que se tiró a la piscina. Sabía que yo era muy bueno. —Se rio.

—¿No te dio pena dejar tu trabajo?

—No. Pasaba más tiempo en el laboratorio que diseñando. Buscaba un equilibrio entre ambas cosas y es justo lo que encontré en Versus. Poco después empecé. Celia estuvo un par de meses conmigo, antes de jubilarse definitivamente. Ella me ayudó y me enseñó muchas cosas.

—¿No habías oído hablar antes de Versus?

—Sí, claro. Pero no tenía ni idea de que sus dueños eran parte de mi historia.

—¿Cómo fue con Adrien?

—Bien. No pasamos de tener una relación profesional. Nunca encontré el momento de hablar con él. El caso es que Adrien tiene muy buena relación con los trabajadores y siempre ha fomentado el trabajo en equipo y la buena comunicación, pero... de ahí a tener una relación personal había un abismo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué se lo has dicho ahora?

—Celia y yo hablamos hace poco y coincidimos en que no podíamos ocultárselo más tiempo. Así de simple. Era cuestión de hacerlo algún día. Ella se ofreció a hablar primero con él, pero yo me negué. Llegados a este punto debía decírselo yo.

—¿Cómo reaccionó?

—Muy mal. Al principio se quedó muy parado. Sorprendido, lógicamente. Luego se mostró muy frío y arrogante. Me dijo que él no tenía ningún hermano, que era hijo único. Que lo que menos deseaba en este mundo era aceptar por hermano al hijo de la mujer que les jodió la vida a él y a su madre. Me dijo que podía seguir en Versus, pero que más allá del trato profesional no quería nada, que ni lo intentase.

—¿Eso te dijo? —Le dolió escuchar esas palabras.

—Sí. También comentó que hablaría con su madre para dejárselo claro a ella también. Parecía dolido con ella —Suspiró—. Él no es el único que sufrió. Ni él ni yo tenemos culpa de aquello.



Entiendo su rechazo, pero todos lo pasamos mal. Su madre y la mía, también. Puedo entender que se sienta engañado por el plan que hemos mantenido oculto su madre y yo, pero todo lo que dijo... eso no puedo entenderlo.

»A mí me hubiera encantado que mi madre hubiera escogido otro camino para tener una familia, pero nunca se lo reproché. Fue su equivocación o su error, pero no puedo juzgarla porque fuera cual fuera el motivo por el que aceptó que yo me criara con un padre de esas características, no lo hizo para hacerme daño. Como madre no podría haber sido mejor.

»El único cabrón aquí fue mi padre, que jugó con los sentimientos de muchas personas. Pero no merece la pena ahondar más en esa herida. Está muerto y créeme si te digo que ya pagó por lo que hizo.

Daniela escuchó el discurso de Olivier admirando cada una de sus expresiones. Era muy diferente a Adrien. Su empatía, su forma de olvidar y perdonar, su deseo de dar un sentido práctico y coherente a las cosas en vez de perderse en viejos rencores y sentimientos negativos. Hablar con Olivier era fácil. Se sentía cerca de él en todo momento, como si le conociera desde hacía mucho tiempo.

—Adrien lo vivió de una forma más intensa, más dramática. Todavía había mucho rencor en sus palabras cuando me lo explicó —le aclaró ella.

—¿Crees que eso no lo entiendo? —Se levantó—. Yo soy capaz de entenderlo todo o casi todo. De esa parte de su vida yo no soy responsable. Le guste o no, los dos fuimos víctimas. No tiene por qué quererme o aceptarme. Bastaba con que me dijera lo difícil que era para él enfrentarse a algo así. Cualquier cosa, Daniela. Pero ese odio, ese desprecio no eran necesarios. Me llegó a decir que si no me avergonzaba de haber tenido una madre así.

—¡Joder! —exclamó Daniela.

—Me levanté y me fui. Lo que no iba a hacer era pelear. No merecía la pena. —Volvió a sentarse a su lado.

—¿Has hablado con Celia?

—No. Está de viaje. Lo haré cuando vuelva, aunque me imagino que él sí lo habrá hecho.

—Dale tiempo...

—¿Tiempo? Daniela, desde ese día lo único que ha hecho es mirarme por encima del hombro. Sé que no va a ser fácil. Siento mucha rabia. Siento como si estuviera mendigando cariño, como si le estuviera suplicando que me aceptase en su vida.

—No sé qué decirte. Te entiendo.

—Pues eso ya es mucho. ¿Qué te parece si dejamos este tema aquí? Ya sabes la historia. ¿Me invitas a comer?

—Pero... si acabamos de desayunar.

—A mí, estar con una mujer como tú me da hambre. —Sonrió muy provocativamente.

—¿No estarás intentando ligar conmigo verdad? —bromeó.

—Para nada. Todavía eres la novia de mi querido hermano. Eso va contra mis principios.

Daniela lo miró fijamente. Esa vez no existía ningún guiño o sonrisa que le indicara que estaba bromeando. Desvió la mirada.

«Todavía», se dijo ella.

Daniela preparó la comida. No bromeaba cuando decía que tenía hambre. Ella apenas fue capaz de probar un par de bocados.

Decidieron no volver a hablar del tema que les había llevado parte de la mañana y acompañaron la comida con una conversación que incluyó temas de todo tipo. Como dos personas que intentan conocerse mejor preguntándose gustos sobre música, arte, experiencias, viajes...

A media tarde Olivier decidió marcharse. Había quedado en pasar por casa de Nico. Lo acordaron cuando este llamó a Daniela para interesarse por él. Quería comprobar que ambos estaban bien.

Daniela lo acompaña a la puerta. Él se quedó parado delante de ella. Le acarició una mejilla en un gesto muy tierno. Después cogió su mano y la besó sin soltarla.

—Gracias por rescatarme anoche —Volvió a besar su mano—. Por la comida —Cada agradecimiento comportaba un beso—. Por lavar mi ropa, por ofrecerme tu cama, por escucharme...

Ella se ruborizó y bajó la mirada.

—No tienes que darme las gracias. —Apartó la mano que él tenía sujeta. Ya había recibido demasiados besos y agradecimientos.

—¿Dónde has dormido esta noche? —preguntó con una sonrisa provocativa.

—En... mi cama. Tenía miedo de que... te pasara algo.

Él amplió su sonrisa. La miró y se fue inclinando mientras acercaba su rostro al de ella. Mantuvieron fija la mirada. Ella sintió que las piernas se le aflojaban mientras la distancia entre sus labios cada vez era más corta. Cuando apenas los separaba unos milímetros él corrigió la dirección y la besó en la mejilla mientras le susurró:

—Todavía... Suzanne.

Sin decir nada más salió por la puerta.

Daniela la cerró y se apoyó en ella.

«¿Todavía?»

Enseguida se dio cuenta de que se refería a la misma palabra que había utilizado para hablar de su relación con Adrien.

«Todavía eres la novia de mi hermano», se dijo.

Daniela se tumbó en el sofá. Intentó poner orden a sus pensamientos, pero era muy complicado conseguirlo. Demasiadas imágenes, demasiadas palabras.

Olivier había estado a punto de besarla. Cuando veía cómo se acercaba a ella, no fue capaz de hacer nada. Su cuerpo deseó que lo hiciera. Su mente no participó, se quedó bloqueada. Se dijo que era una reacción normal. La proximidad de un hombre tan atractivo podía provocar una reacción de ese tipo en cualquier mujer. ¿O no? No era la primera vez que él mostraba su faceta seductora, pero sí era la primera vez que no lo hacía con palabras.

«¿Quién narices es Suzanne?»

Se levantó del sofá y se dirigió al baño para refrescarse. Sus mejillas todavía estaban ardiendo y un poco de agua fría les vendría bien.

Se obligó a apartar aquellos pensamientos de Olivier. Si seguía indagando en ellos, acabaría con un sabor amargo por no poder entender ni la actitud de él ni la suya propia. Dirigió sus pensamientos hacia la historia que le había narrado. ¡Sí! Debía centrarse en lo que le había explicado.

Esa historia le recordaba, en algunos aspectos, a la suya propia. Los cuidados a su madre enferma, las dificultades para pagar los mismos... Eran casos distintos, pero guardaban algunas semejanzas. También él se sintió solo y deseó empezar una nueva vida.

La conversación que mantuvieron Olivier y Adrien ya no era un misterio. Ahora podía entender la reacción de Adrien, lo mucho que todo aquello podía afectarle. Escuchándole hablar de su padre, se había hecho una idea clara de cuánto dolor había soportado. Nunca llegó a perdonarlo y su vida quedó marcada en varios aspectos por esa traición y por esa pérdida.

Olivier y Adrien veían su relación de forma muy distinta, porque también sus vidas y su

vínculo con su padre lo habían sido. No podía afectarles de la misma forma.

Adrien vivió mucho más tiempo al lado de su padre, y era mayor cuando se descubrió su infidelidad. Él pertenecía, por así decirlo, a la «familia oficial» y siempre consideró que los invasores eran Olivier y su madre. Ellos eran los culpables, los que nunca debieron estar, los que debieron marcharse. En cambio para Olivier, que apenas disfrutó a su padre, no fue tan duro.

Solo los protagonistas de aquella historia podrían explicar por qué actuaron de esa forma y qué les llevó a hacerlo.

A su entender, el único responsable de que aquellas dos familias acabaran rotas fue el padre. Olivier no había mencionado su nombre, pero ella lo había escuchado alguna vez decir a Adrien: Guillaume.

—¡La que liaste, Guillaume! —dijo en voz alta.

Por mal que hiciera las cosas, al menos en su caótico mundo tuvo tiempo para mostrarles cariño a sus hijos. Ambos recordaban con mucha ternura todos los momentos que pasaron a su lado durante el tiempo en el que aún se consideraban una familia.

Daniela no tenía recuerdos de ese tipo. Apenas recordaba a sus padres y con sus abuelos nunca existieron. Nunca hubo cariño.

Llevaba más de diez minutos frente al portal de Adrien. Había salido de casa completamente decidida a hablar con él. No soportaba más aquel silencio. Ahora que conocía la verdad, quería que se apoyara en ella.

No sabía si lo encontraría en su casa, pero al menos tenía que intentarlo. El portero le confirmó que estaba allí y le facilitó el acceso.

Cuando le abrió la puerta, no pareció sorprenderle su visita, seguramente el portero ya se lo habría comunicado.

La sorpresa se la llevó ella cuando le recibió con una sonrisa.

—¿Vienes a buscar tus cosas? —le preguntó sin apartarse de la puerta.

—Me conoces muy bien. Ahora mismo es lo que más me importa.

Él sonrió y la dejó pasar. La acorraló entre la puerta y su cuerpo sujetándole la cara con ambas manos. Se centró en sus labios y la besó dulcemente. Daniela gimió ante aquel contacto. Deseaba tanto sentirlo cerca...

—Te he echado de menos... —Siguió besándola con ternura.

—Yo hace días que te echo de menos —le dijo con un tono melancólico.

Él la observó. La tristeza que mostraban sus palabras hizo que contrajera su rostro con una mueca de dolor.

—Yo... Lo siento, Dani. Lo siento, cariño —Se tocó el pecho—. Tengo un torbellino de emociones aquí dentro que se me escapan. Ni siquiera soy capaz de sentarme para darles forma. No quiero echarte de menos ni que tú lo hagas.

—Entonces, ¿por qué te alejas?

—No lo entiendes. —Se alejó en dirección al salón.

—Sí lo entiendo, Adrien. Sé lo que estás pasando. Olivier me lo ha contado todo.

Él se giró bruscamente para mirarla. Se quedó parado en el centro del salón mientras ella se iba acercando lentamente.

—¿No pensabas contármelo? ¿Pensabas seguir con esta situación?

—¡No pensaba en nada! —alzó la voz.

—Pero yo sí. Pensaba en qué era lo que te atormentaba de esa forma. Pensaba en lo que podía haberte hecho para que te alejases. Pensaba y pensaba. ¿Tan difícil era explicarme que Olivier era tu hermano?

—¡No vuelvas a llamarlo así! —gritó. Se llevó las manos a la cara y se la frotó varias veces.

—Adrien... —Se colocó frente a él y lo rodeó por la cintura con sus brazos. Se apoyó en su pecho.

Él la abrazó y la acercó a su cuerpo. Daniela sintió un ligero temblor que la sorprendió. Lo miró a los ojos.

—Adrien no puedes estar así. Entiendo lo que todo esto significa para ti, pero no puedes dejar que te afecte de esta forma. Hay muchas maneras de afrontarlo. Para él tampoco es fácil.

—Me importa muy poco lo que signifique para él —Se separó de ella bruscamente haciéndola tambalear—. Yo no buscaba esto, Daniela. No lo quería —Se paseó nervioso por el salón—. No quería revivir toda aquella mierda, ni saber si tenía un hermano o no. Yo solo quería que todo siguiera donde estaba.

Siguió paseando. Daniela no sabía qué hacer o decir. Decidió que lo mejor sería esperar y que siguiera hablando, quizás hacerlo le calmaría.

—Esta historia estaba cerrada —continuó—. Cerrada, archivada y olvidada.

—Puede que estuviera archivada, Adrien, pero no digas que estaba olvidada. Tienes la oportunidad de aclarar algunas cosas. No puedes rechazarlo de esta forma, te hará más daño.

—No me digas lo que tengo que hacer, Dani. Sé perfectamente lo que quiero, y te aseguro que no tiene nada que ver con incluir a un hermano en mi vida.

—Adrien...

—Mi padre lo era todo para mí. Lo adoraba, lo admiraba. Era mi héroe en todos los sentidos —Se restregó los ojos con las manos—. No imaginas el infierno que tuve que soportar cuando me enteré de que nos compartía con otra familia. No te haces ni una idea de cómo odie a aquellas personas que me lo arrebatában los días que no estaba conmigo. Era un puto crío y tuve que asimilar esa mierda, y la separación, y el dolor de mi madre. Tuve que marcharme de mi país, dejar mi vida, mis amigos, todo lo que tenía. Y ahora se presenta delante de mí y me dice que es mi hermano, el hijo de la mujer con la que mi padre formó una familia y nos engañó durante más de doce años.

—Vosotros dos no tenéis culpa de nada.

—Pero tampoco tenemos que jugar a ser hermanos. No quiero un hermano que salga de aquella puta relación que mi padre mantuvo con su madre.

—Todo eso ya pasó, Adrien. Tu madre vivió el mismo dolor y lo perdonó.

—Pues a mí no me enseñó cómo hacerlo. Su plan de meter a Olivier en mi vida no ha podido ser más estúpido.

—Adrien, debes...

—Vete, Daniela —la interrumpió—. No te lo he contado porque no quería que te metieras en esto. Es mi vida y no quiero escuchar de tu boca ni una sola palabra más de este asunto. Esto es algo mío. ¡Solo mío! No necesito consejos ni nada por el estilo. Vete, por favor.

—¿Así pretendes solucionar esto?

—No pretendo solucionar nada. Yo no te he llamado ni te he contado esta historia. No te he pedido tu opinión y mucho menos tus consejos. Te dije que no te metieras. Vete, joder. No entiendo para qué coño has venido.

Ella lo escuchó sin poder creerse que le estuviera diciendo algo así. No hubiera sabido expresar si lo que sentía en ese momento era rabia o dolor, o ambas cosas. El dolor se lo guardaría para ella. La rabia no.

—Hasta yo empiezo a dudar de los motivos que me han traído hasta aquí.

Salió dando un portazo que hizo temblar las paredes de toda la casa.

Adrien cerró los ojos con fuerza tras escuchar el impacto. Se tambaleó hasta el sofá donde se sentó y ocultó su rostro entre sus manos.

«Daniela...»

Cuando llegó a la calle, era tal la rabia que la consumía que le dio una patada a la rueda de un coche que encontró en el camino. Necesitaba golpear algo y supuso que un neumático sería más soportable que una pared. Afortunadamente nadie la vio.

No tenía prisa por volver a casa. A pesar del frío, caminó lentamente. Deseaba llegar a casa con la mente vacía. Sonrió al pensar lo complicado que eso podía ser. Demasiados frentes abiertos.

Maldijo el momento en que escogió el único abrigo que tenía sin bolsillos. Las manos y la

nariz empezaban a entumecerse por el frío. Aun así, seguía manteniendo un paso lento y corto con el único propósito de descargar parte de su peso emocional por el camino. Pero eso iba a resultar complicado teniendo tantos frentes abiertos.

Se llevó las manos al estómago, intentando aliviar el nudo que sentía. Este se iba transformando en vacío a medida que recordaba las palabras de Adrien.

«No entiendo por qué has venido».

«¡Vete!»

Solo quería demostrarle su apoyo. Acariciarlo y escucharlo.

Era evidente que todo aquello lo atormentaba, pero ¿qué sentido tenía que la alejara de su vida? ¿Por qué la trataba de aquella forma? ¿Qué tenía que ver ella con todo aquel asunto?

«¡Maldito imbécil!»

¡Sí! Ese era el camino a seguir. Lo insultaría mentalmente o incluso en voz alta cuando llegara a casa. Eso era lo que iba a hacer hasta que consiguiera quedarse dormida.

Mientras fuera capaz de seguir enfadada, liberando su rabia, no acabaría en el sofá abrazada a sus piernas, ahogándose en lágrimas, recordando lo mucho que había cambiado su relación en pocos días y torturándose con los recuerdos de un viaje reciente donde Adrien se lo había entregado todo.

Si conseguía refugiarse en un estado de indignación durante lo que restaba de día, no cedería ante las lágrimas ni a ante la tentación de recurrir a la ya conocida autocompasión. ¡Sí! Eso es lo que necesitaba. Ocuparía el tiempo lanzando objetos por casa. Perdería tiempo en pensar la cantidad de palabras malsonantes que era capaz de pronunciar y en desear con todas sus fuerzas que pasara la peor noche de su vida.

Cuando llegó a casa se dirigió directamente a la ducha. Se desnudo con rabia y con impaciencia para refugiarse bajo el chorro de agua. La fuerza que había adquirido por el camino se fue desvaneciendo y perdiendo por el desagüe.

Se apoyó en la pared y dejó que su cuerpo descendiera hasta quedar sentada y abrazada a sus rodillas.

El chorro de agua la golpeaba con dureza, de la misma forma que las imágenes que aparecían en su mente. Sus padres, Matt, un asesinato, un suicidio, una prueba de paternidad, un reloj con un mensaje especial, un collar como símbolo de un amor prohibido, un niño atormentado, París, un cuadro, sus besos, sus sonrisas, su forma de decirle que la quería, su frialdad, el impacto en el centro de su pecho cuando le pidió que se marchara, Olivier borracho, Olivier sonriendo, Olivier acercando sus labios a los suyos...

Las lágrimas siguieron su curso, confundiéndose con el agua. La ira se fue calmando dejando paso al dolor que le producía la impotencia de no saber qué hacer ni por dónde seguir.

Todavía era temprano y podía estar en la cama un rato más. No era un lunes como los anteriores. Tendría que reunir fuerzas y dejar su estado de ánimo a un lado. Tendría que ser más fuerte que nunca. Temía el momento de encontrarse con él y ver la misma frialdad reflejada en su mirada.

Se levantó de un salto, tenía que apartar todos aquellos pensamientos. Dedicó más tiempo del habitual a arreglarse. Quería estar especialmente guapa ese día.

Se puso el collar que le había regalado Matt. Su madre, desde algún lugar, le daría suerte.

Rechazó mentalmente la cafeína. Lo mejor sería prepararse un batido de frutas. Necesitaba recuperar fuerzas. Había comido muy mal los últimos días y se sentía algo débil.

Estaba lista para marcharse, pero antes se dirigió al baño para retocarse el maquillaje en la zona de los ojos. Quería asegurarse que llevaba el suficiente como para que no quedara ni rastro de lo mucho que sufrieron la noche anterior.

Satisfecha con el resultado, se inclinó ligeramente sobre el lavabo para refrescarse la nuca, siempre le daba buenos resultados.

Sintió algo que se deslizaba por su cuello pero no eran gotas de agua. Sus reflejos reaccionaron y le permitieron ver el collar deslizándose hacia el desagüé. Pudo sujetarlo a tiempo de que no desapareciera por él, pero no lo suficiente para que una parte de él quedara dentro.

Introdujo los dedos en el pequeño agujero, pero no tenía espacio para maniobrar. El corazón empezó a latirle tan rápidamente que pensó que saldría disparado de su pecho.

El collar se sujetaba únicamente por la presión de uno de sus dedos. Con la mano que tenía libre cogió un pincel de maquillaje, por ser lo único que tenía a su alcance, y lo introdujo lentamente con la intención de hacer palanca e impedir que cayera. Con mucho esfuerzo consiguió que el collar ascendiera unos centímetros. Lo tenía bien cogido por un extremo de la cadena mientras que el resto del collar desaparecía de su vista en el interior del agujero.

Tiró suavemente de él, pero encontró un obstáculo. No podía sacarlo. El otro extremo del collar se había atascado en alguna parte. No se veía nada en el interior. Desesperada y sin pensarlo demasiado tiró con fuerza. Una parte de la cadena había desaparecido y el centro del collar estaba dañado.

«¡Dios mío! ¡No!»

El tirón que había dado era tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y estamparse con la pared sintiendo un fuerte golpe en el brazo.

No podía dejar de mirar el collar. Faltaba una parte de él y la otra estaba dañada. La parte más fina de la caracola se había aplastado ligeramente.

Lo metió en la caja de nuevo repitiéndose que no debía perder la calma.

Nada de café. Ese día esperaba que Olivier no estuviera en la sala de descanso. Se dirigió directamente a su despacho sin pasar antes por el suyo. Abrió la puerta sin ni siquiera llamar. Su secretaria esperaba a que le firmara unos papeles.

Olivier levantó la vista por la brusquedad con la que abrió la puerta. Se la quedó mirando sin decir nada. Vio la angustia reflejada en su rostro y le pidió a su secretaria que los dejara solos.

—¿Qué te ocurre? —Se levantó para estar cerca de ella.

—Necesito tu ayuda —dijo con la respiración agitada.

—¿Qué te pasa?

—Necesito que me arregles un collar. Por favor, Olivier...

—¡Esta bien! —dijo para tranquilizarla—. Ven. Siéntate aquí y dime qué es lo que pasa.

Daniela le hizo caso. Se sentó, respiró hondo y sacó la caja de su bolso para mostrarle el contenido. Se lo entregó.

Olivier cogió la pieza que ella le mostraba con el ceño fruncido. Su mirada se debatía entre lo que tenía en las manos y su rostro.

Ella observó la delicadeza con que cogía el collar. La forma en que deslizaba sus dedos por la pieza y los ligeros movimientos de cabeza para observarla desde diferentes ángulos hicieron que se le recorriera un escalofrío por las piernas.

—¿Es tuyo?

—Era de mi madre. Hace pocos días que lo tengo. Significa mucho para mí —Ahogó un suspiro—. Esta mañana se me cayó por el desagüe del lavabo. Conseguí atraparlo, pero... no salía bien. Tiré fuerte y... ¡Dime que puedes arreglarlo!

—¡Shhhh! Tranquila, Daniela. Todo tiene arreglo en este mundo. Ahora hazme un favor y relájate.

Ella asintió con la cabeza.

Él siguió observando la pieza un minuto más, tiempo que a Daniela le pareció eterno. Se levantó y se dirigió a un armario del que sacó una especie de microscopio pequeño con el que observó la pieza. Volvió a su lado.

—Daniela, esta pieza tiene mucho valor, ¿lo sabías?

Ella se encogió de hombros. Recordaba que Matt le había hablado de la composición, pero no la recordaba. ¿O había sido Adrien hablándole del reloj?

—Esto son diamantes y esto de aquí es un zafiro. Es completamente artesanal. ¿Cuántos años tiene este collar?

—Yo aún no había nacido cuando se lo regaló mi tío a mi madre. Debe tener treinta y pocos años. Me dijo que se lo encargó a un joyero.

Él la miró con curiosidad.

—¿Significa algo?

—Sí. Es una caracola. La encontraron en la playa la primera vez que estuvieron juntos. Mi madre le cogió cariño, pero se le cayó y se partió. Se disgustó mucho y mi tío encargó esta.

—¿Tu tío? —preguntó dudando de haber entendido bien sus palabras

—Es una larga historia. Dime, Olivier. ¿Se puede arreglar o no? —dijo, impaciente.

—Sí, tranquila —dijo sonriendo por su nerviosismo—. Tendrás que dejármelo unos días. Por suerte, las piedras no han sufrido daño. Es el cuerpo de la caracola el que hay que intentar reparar. También hay que añadir el trozo de cadena que ha desaparecido.

—Vale. Haz lo que sea. No me importa lo que cueste. Lo pagaré.

Olivier se rio.

—Olvídate de eso ahora. ¿Se lo has dicho a tu jefe?

—No. Ni siquiera sabe que existe. He venido directamente a ti.

—Daniela... me gusta esta pieza. Es original. Es el fruto de un trabajo muy bien hecho y más en la época que me dices que se fabricó. No había visto este diseño, ni ninguno que se le pareciera. La forma en que está partida la caracola y los engastes de las piedras son excelentes.

—Sí, vale, es preciosa, pero yo solo quiero que la arregles. Es lo único que conservo de ella. Hace unos días que me lo regalaron y ya me lo he cargado.



—Déjame. Te diré algo cuando esté listo.

—Gracias, Olivier —Suspiró—. Me voy a trabajar o me van a despedir.

—Sí, aunque igual nos despiden a los dos. A ti por entretenerte conmigo, y a mí por ser un hermano no deseado. —Sonrió.

—No digas eso... Adrien no te despediría por eso.

—No me preocupa, Daniela. Me gusta mi trabajo y no me gustaría tener que marcharme, pero tampoco se me acabaría el mundo.

Ella le dio un beso en la mejilla y le volvió a dar las gracias.

Cuando llegó a su despacho, más de quince minutos tarde, escuchó la voz de Adrien hablando por teléfono. No se escuchaba con claridad porque la puerta estaba cerrada.

Unos minutos después se abrió dejando ver a un Adrien que no era el que ella hubiera elegido ver. Mostraba unas ojeras considerables.

Se quedó largo rato en el umbral de la puerta sin decir nada.

A Daniela se le aceleró el corazón. Solo sentías ganas de salir corriendo y lanzarse a sus brazos. Besarlos, acariciarlos y tocar todo su cuerpo. Cuánto deseaba que él le susurrara al oído que estaba bien y que no iba a permitir que aquello se interpusiera entre ellos.

—¿Por qué te lo contó? ¿Se lo pediste tú? —preguntó fríamente.

¿Era eso lo único que le importaba?

—¿Quieres que repasemos tu agenda? Hay mucho por hacer —le contestó. Le temblaron ligeramente los labios.

Él la miró fijamente. No dijo nada y volvió a su mesa. Ella lo siguió, respirando profundamente varias veces.

No hubo ni una sola frase más que no estuviera relacionada con el trabajo. Ni miradas, ni contacto. Solo una fría reunión de una hora entre el señor Feraud y su ayudante para establecer la agenda semanal.

Cuando terminaron Daniela se levantó y se dirigió a un armario para dejar unos archivos que ya no necesitaba. Al pasar junto a él, la cogió del brazo y ella dio un respingo. El fuerte golpe que había recibido esa mañana contra la pared del baño se empezaba a manifestar.

Él la soltó sorprendido.

—¿Qué te ha ocurrido?

—No es nada. Solo es un golpe que me di en el baño.

—Quítate la blusa.

—¿Cómo?

—Que te quites la blusa, quiero verlo.

Ella lo miró enfadado. En ese momento le hubiera gustado darle una bofetada. ¿Es que no iba a mostrar ni un ápice de sensatez en sus comentarios?

—No me voy a quitar nada. Es un golpe, ya te lo he dicho. Continuó con su labor de guardar el archivo.

Él se colocó tras ella y apoyó la cabeza en su hombro. Le besó en el cuello y las ganas de abofetearlo desaparecieron.

Le fue desabrochando la blusa mientras le susurraba.

—Te echo de menos —gruñó—. Es lo único que soy capaz de decirte sin sentirme como un gilipollas.

Ella no se movió. No habló ni giró la cabeza. Tampoco le impidió que avanzara en su intento de desabrochar la blusa.

—Te deseo, joder. Te deseo con locura.

Se separó de ella y se dirigió a la puerta para cerrarla con pestillo. Después entornó la puerta que separaba ambos despachos, sin molestarse en cerrarla.

Volvió a su lado. Ella lo observaba junto a la gigantesca ventana excitándose a cada paso que daba en su dirección. Pulsó el botón del mando que había sobre su mesa y el sonido de un piano se impuso en el ambiente.

Daniela analizó aquel gesto. Pensó que era su forma de decirle que necesitaba silencio, nada de palabras. Igual que habían hecho en otras ocasiones. Le dio la vuelta y la besó con desesperación. Daniela se resistió al principio moviendo ligeramente la cabeza, pero no tardó en entregarse de la misma forma que él.

Hubiera sido imposible decir cuál de los dos besaba con más anhelo, con más ansiedad. Ambos aprovechaban el contacto como si fueran conscientes de que tenerlo era un bien que últimamente escaseaba y debían aferrarse a él mientras pudieran.

Deslizó su blusa por los brazos sin terminar de quitársela. Le miró el brazo. Tenía un hematoma bastante grande.

—¿Cómo te lo has hecho? —le preguntó con el ceño fruncido, exigiendo una respuesta.

—Me golpeé en la pared del baño. Resbalé.

Él la atrajo hacia su cuerpo, la abrazó como si con ese gesto pudiera borrar la señal de aquel golpe.

Daniela no entendía aquella reacción. Era un simple golpe. No le contó el verdadero motivo por el que salió disparada hacia la pared, pero cualquiera podía resbalar en el baño y tener un incidente como aquel. Aquellos brazos le devolvieron la seguridad que tanto necesitaba de él.

La subió encima de la mesa y la tumbó, arrastrándola hasta el borde. Se sentó en su sillón para quedar a la altura de lo que más deseaba en ese momento. Le subió la falda a la altura de la cintura. Le arrancó el minúsculo pedazo de tela que quedaba. El sonido de la tela al rasgarse hizo que ella gimiera y se mordiera el labio inferior.

Adrien hizo que sus piernas descansaran en sus hombros. Enterró la cabeza entre ellas y lamió, succionó y mordisqueó con dulzura y habilidad todos y cada uno de los centímetros de piel que tenía delante.

Los sonidos que emitía ella hicieron que él la deseara con más fuerza. Necesitaba aquel sonido. Quería escucharla gritar de placer. Nadie podía escucharlos. Los dos despachos estaban insonorizados para evitar que el contenido de las conversaciones que se mantenían allí pudieran llegar al otro extremo de la puerta. Solo ellos podían escuchar la música de fondo y la música de sus gargantas. Estaban solos, o al menos eso era lo que creían.

Olivier golpeó suavemente la puerta del despacho de Daniela. Al no recibir respuesta, la abrió lentamente. No estaba allí.

Escuchó la música que llegaba del despacho de Adrien. La puerta estaba entornada. Si Daniela no estaba allí, lo más sensato sería marcharse. No quería encontrarse con Adrien. Se disponía a hacerlo cuando escuchó un sonido que le erizó el vello del cuerpo. Tenía que salir de allí. Sabía perfectamente lo que significaba y quién podía ser la persona que lo emitía. Tampoco necesitaba más pistas para imaginar quién era el que los provocaba. Pero no se fue. Se acercó a la pequeña ranura de la puerta. El ángulo de visión era pequeño. No se podía distinguir ninguna imagen con claridad. Seguramente lo lamentaría, pero aun así empujó la puerta suavemente para que se abriera unos pocos centímetros más. Los suficientes como para ver parte de aquella escena.

Reconoció el rostro de Daniela apoyado en la mesa. Buscó la posición correcta para ampliar su visión sin tener que abrir más la puerta. Si lo hacía podrían descubrirlo y la sola idea de tener

que enfrentarse a semejante humillación le hizo estremecer.

El rostro de su hermano estaba oculto. Desvió la mirada para centrarse en ella, que era lo que le atraía de verdad y le impedía dejar de mirar.

Aquello no era correcto, aquello no era propio de él. ¿Qué estaba haciendo contemplando algo tan íntimo, de dos personas que conocía?

Había imaginado tantas veces cómo sería su mirada en un momento como aquel...

Sintió de forma molesta el resultado de su excitación y se apartó de la puerta. Se dijo que miraría una sola vez y se marcharía.

Jamás olvidaría aquella imagen; sus labios separados, su mirada perdida, sus pechos... Un movimiento brusco lo sacó de su ensimismamiento. Adrien luchando con la cremallera de su pantalón. ¡No! Eso sí que no podía verlo. Volvió sobre sus pasos y salió con mucho sigilo del despacho. Miró a ambos lados para cerciorarse de que nadie se fijaba en su salida y cerró la puerta muy despacio.

Estaba muy acalorado. Se dirigió al baño para refrescarse. Un compañero le preguntó si se encontraba bien. Cuando se miró en el espejo, entendió el por qué de aquella pregunta. Sus mejillas ardían.

—Estoy bien, gracias. Tengo un poco de calor.

El compañero posó una mano en su hombro y se alejó.

«No puedes perder más el norte. Céntrate. Olvida lo que has visto ahí dentro», se dijo.

Aunque sabía que olvidarlo iba a resultar imposible.

Adrien la sentó en su regazo y la abrazó.

—Dame un tiempo, Daniela. No sé cómo llevar esto —dijo, malhumorado.

—No tienes que hacerlo solo. —Lo observó. Su mirada volvía a ser glacial. Volvía a estar lejos.

—Pero quiero hacerlo. Por favor...

Ella asintió con la cabeza y lo besó en los labios. Se levantó y se fue a su despacho. Cuando llegó miró la puerta y se dio cuenta de que no estaba cerrada con llave. Ella nunca la cerraba cuando estaba dentro. Cualquiera podía haber entrado mientras... Un escalofrío le recorrió la espalda. Tendrían que ser más precavidos. Eso había sido una verdadera imprudencia. Como si no supieran ellos que ambos despachos se comunicaban. Víctor solía pasar primero por el suyo para saludarla antes de dirigirse al de Adrien. ¡No quería ni pensarlo! ¡Qué vergüenza!

Recibió un mensaje en el móvil de Olivier en el que le indicaba que se vieran por la tarde, después del trabajo. Tenía algo importante que decirle. Ella aceptó.

Adrien se había encerrado en su despacho. Le había dicho que no quería que nadie le molestara. Aunque no la incluyó a ella directamente, dedujo que tampoco quería que lo hiciera.

El Adrien tierno y cercano de la mañana, el que la tumbó sobre su mesa y le hizo el amor con dulzura, había vuelto a desaparecer. No mantuvieron contacto en todo el día, excepto en una ocasión en la que ella le informó de la insistencia de un cliente por hablar con él.

Antes de salir, decidió despedirse de él. Se sintió incómoda por no tener la confianza suficiente para hacerlo con naturalidad. Le había dado vueltas a si debía hacerlo o no. Eso la angustiaba. ¿Tenía miedo a su reacción? ¿Se estaba engañando? ¿Tan frágil era aquella relación que tenía que estudiar incluso esos detalles tan simples?

—Adrien, me marcho. ¿Quieres algo? —dijo asomando la cabeza por la puerta que los separaba.

Él se quitó las gafas y la miró furioso.

—Lo que quiero es que nadie me moleste, pero eso ya lo he dicho antes, ¿verdad?

Antes de que acabara la frase, Daniela ya había cerrado la puerta con brusquedad. Salió a la calle rápidamente, como venía siendo habitual en los últimos días.

Necesitaba pasear y hacer tiempo para ir a su encuentro con Olivier. Él siempre salía un poco más tarde.

En un impulso cogió su móvil y le envió un mensaje.

*Te sugiero que visites un templo tibetano que hay en el sur de España. Silencio y tú como única compañía. Allí el «tú, tuyo, contigo y para ti» están garantizados. Nadie absolutamente nadie, te puede molestar. Yo de ti me lo pensaría.*

*Todavía, tu molesta e inoportuna ayudante.*

Adrien se levantó de su sillón y se quedó de pie frente a la ventana. Se sentía incómodo. No debería haberle dicho algo así. ¿Qué le estaba pasando? Le molestaban las personas en general, no tenía ganas de hablar con nadie. Lo único que deseaba era que desapareciera aquel eterno nudo

que sentía en el estómago. No quería pensar en la conversación que había mantenido con Olivier. Si lo hacía, todo iría a peor. Ni siquiera había sido capaz de llamar a su madre. No se explicaba por qué era incapaz de controlar su mente y sus reacciones.

Tenía que llamarla y disculparse por el comentario que había hecho. Cogió el móvil. Lo había tenido en silencio todo el día. Tenía un montón de llamadas perdidas y de mensajes, pero solo uno le llamó la atención, el de ella.

Esbozó una sonrisa. Volvió a leerlo y soltó una carcajada. Consultó la hora en la que había recibido el mensaje. Apenas unos minutos después de salir. La imaginó, enfadada como debía estarlo, escribiendo el mensaje, y volvió a sonreír.

—Silencio y tú como única compañía —releyó en voz alta.

Le atrajo la combinación de aquellas palabras. Deseó estar en ese lugar que ella mencionaba con el silencio como compañía.

«Con ella», se dijo.

Silencio y él mismo eran buena combinación, pero silencio y Daniela no lo eran tanto.

Releyó el mensaje. Algo había quedado en él que no le había gustado. ¡Ahí estaba! Su despedida. ¿Qué pretendía decir con «todavía»? Se sentó en la silla algo aturdido. La idea de que ella se marchara de su vida hizo que se le aflojaran las piernas.

—Lo siento —se disculpó Olivier—. No he podido salir antes. Se me acumuló el trabajo a última hora.

—No te preocupes. Estaba entretenida planeando el crimen perfecto. Pero no es lo mío. Me pillarían enseguida —dijo, divertida.

Olivier la miró a los ojos. Vinieron a su mente las imágenes de su cuerpo desnudo sobre la mesa de Adrien. Sabía que eso ocurriría después de lo mucho que le había impresionado contemplarlo tan cerca. Tendría que aprender a apartar esas imágenes de su mente. Al menos cuando la tuviera a ella delante. Por un lado se sentía culpable de haber invadido aquel momento de intimidad, pero solo por una parte.

—¿Quién es el desgraciado o desgraciada que te hace planear un asesinato?

—¿No te lo imaginas?

—¿Adrien? —Ella simuló una sonrisa—. Pensé que estabais mejor.

—Sigue hermético y en su mundo. Ha estado casi todo el día encerrado en su despacho y no ha querido que nadie le molestara.

—Sí. Lo sé. He intentado comunicarme con él, pero Silvia me ha dicho que si no era vital no se le podía molestar.

Daniela mostró su preocupación.

—¿A ti también te ha incluido en el paquete de «no molesten»? —preguntó él con curiosidad.

Daniela volvió a pensar en todas las llamadas que había atendido a lo largo del día indicando que Adrien estaba muy ocupado y no podía atenderles. El repertorio no siempre era el mismo. A veces decía que estaba reunido, a veces indispuerto, a veces se encontraba de viaje... Si necesitaba estar tan aislado, se podría haber quedado en casa. No había hablado con él en todo el día, excepto durante el momento «pasión» de la mañana. Estaba a unos metros de distancia, pero... no estaba. Esa era la sensación que podría definir su relación con Adrien, y no solo en los últimos días. Empezaba a pensar que Adrien siempre había llevado una coraza y que nunca se había desprendido de ella en su totalidad.

—¿Estás muy lejos? ¿Tardarás en volver? —le preguntó chasqueando los dedos delante de su rostro.

—¡Oh! Perdona. Estaba distraída —dijo, avergonzada. ¿Cuánto tiempo llevaba ausente?

—Te he preguntado hace un par de años que si a ti tampoco te ha dejado «molestarlo».

Daniela sonrió, pero la palabra «molestar» activó su enfado de nuevo.

—Esta mañana tuvimos algo de contacto, pero luego me pidió que no le molestase —dijo rápidamente y sin pensar—. Cuando me iba a marchar, entré para despedirme y me lo recordó. Le he enviado un mensaje. Estaba muy enfadada.

—¿Y qué le has dicho?

Ella sonrió tímidamente y le mostró el móvil para que leyera el mensaje.

Olivier soltó una carcajada.

—Eres genial, Daniela. Me encanta lo irónica que puedes llegar a ser.

—¿Qué era eso de lo que me querías hablar?

—De tu collar. En realidad del diseño del collar.

Le mostró un boceto que sacó de una carpeta.

—Me he inspirado en tu collar para hacer este boceto. Es muy parecido. Quiero presentárselo a Adrien. Lleva tiempo esperando algo especial y... me preguntaba si estarías de acuerdo.

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sé. Tenía que consultártelo. Es tu collar. Significa algo especial para ti y no sabía si te haría gracia que tuviéramos una pieza prácticamente igual.

—Puedes hacer lo que quieras. No me importa en absoluto. Yo solo quiero que el mío esté arreglado.

—Tranquila, estoy en ello. En un par de días lo tendrás. Es un trabajo delicado y lo iré haciendo cuando tenga tiempo. Si veo que no avanzo me lo llevaré a casa, aunque preferiría terminarlo en el laboratorio porque allí tengo todo lo que necesito.

—No sabes cómo te lo agradezco, Olivier. Es muy importante para mí.

Él sonrió y le pellizco en la mejilla.

—Tengo que acabar de hacer unas pruebas. Espero poder mostrárselo a Adrien, el lunes a más tardar. Espero que le guste. Estaba muy bloqueado y no encontraba una idea que me cautivara.

—Yo creo que sí le gustará. Quizá se anime un poco. La verdad es que me encantaría que ese diseño formara parte de Versus —dijo, ilusionada.

Olivier la miró cautivado por su sonrisa. Parecía una niña.

—¿Habéis vuelto a hablar? —Lo miró confundida.

—¿De nosotros? No. Hemos reducido al máximo el contacto que teníamos. Solo lo justo y necesario.

—¿Cómo te sientes?

—Intento no pensarlo. Yo hice lo que tenía que hacer. Quizás debí decírselo antes o no entrar en este juego que me propuso Celia, pero... ya está hecho. Si no quiere que tengamos una buena relación, ya no es cosa mía. Me siento como si le estuviera suplicando cariño o la posibilidad de tener un lugar en su vida. No es eso. Pero él puede entenderlo como le plazca —Su expresión se oscureció—. Si te digo la verdad, me parece un completo imbécil actuando de esa forma. Tampoco entiendo su forma de actuar contigo.

—A mí también me cuesta.

—Dejemos este tema. A los dos, aunque de formas distintas, nos duele. Venga, te invito a cenar. ¿Te gusta la comida tailandesa?

—Nunca la he probado.

—Te gustará.

Daniela vaciló a la hora de aceptar la invitación, pero no quería volver pronto a casa y darle vueltas a la cabeza. Cuanto más distraída estuviera, mejor, aunque no estaba segura de que Olivier fuera la persona más indicada.

La cena resultó ser muy entretenida. Daniela disfrutó probando todo lo que él le recomendó. Hablaron de muchos temas, pero todos ellos lejos de ser demasiado personales. Necesitaban una cena con un toque de aire fresco. Los últimos días habían sido complicados y lo mejor sería darle a su encuentro un matiz informal y divertido.

Daniela entró en el despacho de Víctor. Llevaba toda la mañana sin saber nada de Adrien. Tenía una reunión a media mañana y tuvo que ingeniárselas para excusarlo. Recurrió a la excusa del imprevisto familiar, que siempre solía dar buenos resultados.

—Víctor, ¿tienes un momento?

—Para ti siempre. —Le sonrió y le hizo una señal para que entrara.

—¿Sabes algo de Adrien?

—¿En qué sentido?

—No sé nada de él. No tengo ni idea de dónde está. Le he llamado un par de veces al móvil, pero lo tiene apagado. Tenía una reunión y no ha venido.

Víctor la miró sorprendido por su falta de información.

—Tenía una revisión en la consulta de Jaime.

—¿Una revisión?

—Sí. Por lo que le pasó en el corazón. Es una revisión rutinaria.

—¡Ah! Se olvidó de decírmelo —dijo, disgustada.

—Yo me he enterado por Jaime. Hablé ayer con él y me lo comentó.

—Bien. Pues todo aclarado.

Víctor la observó. Parecía incómoda.

—Daniela, ¿va todo bien?

—Sí. Hoy es que tengo un día un poco espeso.

—Es que... no sé si debería decirte esto, pero...

—¿Qué ocurre?

—Este fin de semana he estado con Jaime en una casa que tiene en la playa —Esperó a ver si reaccionaba, pero no lo hizo—. En principio, Adrien se la había pedido para pasarlo contigo, pero luego le dijo que no la necesitaba. El caso es que Javier me comentó que saliste con ellos el sábado. Me dijo que fuiste sola. Ya sabes cómo es Javier, no me dijo nada más. Simplemente me ha parecido extraño —Hizo una pausa, pero Daniela no dijo nada—. Ayer me sorprendió que me dijeras que Adrien había pedido que nadie le molestara. Le llamé por la noche y tuve que insistir mucho para que me cogiera el teléfono. Me dijo que todo estaba bien.

—¿Y no le creíste?

—Le conozco demasiado, Daniela. Sé que me ocultaba algo, pero también sé cuándo puedo insistir en que me lo diga y cuándo no —Se levantó y se sentó a su lado—. Y acabas de preguntarme si sé algo de él. Es un poco raro que no supieras que hoy tenía revisión con Jaime.

—Víctor, por favor. De verdad que no puedo decirte nada. Sabes que confío en ti, pero... yo... —Estaba muy angustiada. No podía hablarle a Víctor de todo lo que había ocurrido.

—¡Eh! No quería ponerte en una situación comprometida —Se cogió una mano y se la apretó en señal de apoyo—. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias. —Ambos se levantaron y Víctor la atrajo hacia su cuerpo para abrazarla. Daniela se sintió reconfortada con aquel contacto. Lo necesitaba.

—Me llamó Sam.

—¿De verdad? —Lo miró y se separó de él.

—Me pidió perdón. Estaba arrepentido y quería que nos viéramos para intentar arreglar las



cosas.

—Y tú no aceptaste. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. ¿Cómo lo sabes?

—No me ha llamado, si es eso lo que piensas, pero... no creo que después de lo que hizo, aceptes volver con él. No encajas en ese perfil. —Sonrió.

—Me vas conociendo. Todo esto me ha servido para entender muchas cosas. Lo que hablé contigo, Daniela, fue muy importante para mí. Estoy en el buen camino. Estoy trabajando muchas cosas conmigo mismo. Me siento diferente.

—No sabes cuánto me alegra escucharte decir eso. Cuenta conmigo para lo que quieras, Víctor. Te lo digo con el corazón, de verdad.

—Lo sé, cariño —Volvió a estrecharla en sus brazos—. Espero encontrar una pareja como tú. Adrien es afortunado.

—Supongo que querrás a alguien un pelín más masculino que yo. ¿O estamos confundidos de nuevo? —bromeó.

Víctor se echó a reír.

—No hasta ese punto. Tengo muy claro que quiero a alguien no un poco sino mucho más masculino que tú —Se rio de nuevo—. Pero con tu luz...

Ella se llevó las manos al pecho de una forma cómica.

Ambos rieron y se despidieron.

Adrien se encontraba en la consulta de Jaime, sentado frente a su mesa esperando a que apareciera con el resultado de las pruebas que le había hecho.

Habían quedado una hora antes de que abriera la consulta para desayunar juntos. No se habían visto desde el día que cenaron en su casa para celebrar el cumpleaños de Víctor.

A diferencia de Víctor, que solía preguntar demasiado cuando detectaba algún problema, Jaime no solía entrometerse en la vida de sus amigos. Rara vez daba su opinión a menos que se le pidiera. En esos casos había que estar preparado porque solía ser muy directo y no se andaba con rodeos.

Él y Jaime tenían una personalidad muy similar. Eran más reservados que Víctor y les costaba mucho más hablar de sus problemas. Sin embargo, Jaime tenía una paciencia y una capacidad de control que Adrien no siempre tenía. Entre los tres existía un equilibrio que les complementaba, de ahí que su amistad se hubiera hecho tan fuerte durante los dieciocho años que hacía que se conocían.

Durante el desayuno Jaime había hecho una excepción y le había pedido que le explicase por qué tenía tan mal aspecto.

En otras circunstancias lo hubiera ignorado, pero ese día Adrien había sentido la necesidad de abrirse a su amigo y contarle lo ocurrido con Olivier. Jaime lo escuchó atentamente. Durante el relato no le dijo nada, ni siquiera mostró sorpresa, como si fuera algo que ocurría todos los días. Se limitó a posar una mano en su hombro y apretarla. Ese gesto fue reconfortante para Adrien.

Cuando se dirigían a la consulta le sorprendió con un comentario:

—Me cae bien Olivier.

—No tiene por qué caerte mal. Supongo que lo conociste la otra noche, el día que salimos con Víctor.

—Sí. Esa noche conocimos a dos chicas estupendas y acabamos con ellas en su casa y en su cama —confesó—. Fue divertido.

—¿Todos juntos? —preguntó Adrien.

—¿Quieres detalles?

—No. Me hago una idea.

Adrien lo miró sorprendido. Recordaba haberlos visto hablar, pero no imaginó que hubieran llegado a intimar de esa forma.

—Ayer justamente hablé con él. Íbamos a quedar de nuevo con esas chicas, pero se va a Barcelona, así que lo hemos dejado para otra semana.

Adrien pensó que el colmo de aquello era una amistad entre Olivier y a Jaime compartiendo aventuras.

El sonido de la puerta le sacó de sus pensamientos. Jaime entró muy serio y se sentó en su sillón. Llevaba varios papeles en la mano.

—Tu corazón está perfecto —dijo muy serio—. Los resultados de la pruebas no pueden ser mejores.

—Vaya. Me quitas un peso de encima. A veces tengo miedo que me vuelva a ocurrir otra vez.

—Te he dicho mil veces que aquello fue un episodio de estrés aislado. Aun así, tenemos que hacer seguimientos periódicos.

—Me tranquilizas.

—¿Qué te ha dicho Daniela de todo esto?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Para darte conversación. Como ya hemos hablado de la parte anatómica de tu corazón, ahora toca la parte emocional. Ya sabes que también se le atribuyen esas propiedades.

—Sí, pero esa no las dominas tanto.

—No me cambies el tema. O me contestas o me pongo en plan Víctor.

Adrien sonrió antes de contestarle.

—No estamos en el mejor momento. Daños colaterales.

Adrien le resumió brevemente las discusiones que había tenido con ella y el punto en el que se encontraban.

—Adrien. Hoy tengo un mal día, así que te diré lo que pienso.

—¿No tienes más pacientes?

—Sí, pero los está atendiendo Fernando —dijo refiriéndose a su socio—. Te he hecho un hueco especial en mi agenda.

—Venga, suéltalo.

—Eso que tu llamas daños colaterales, no lo son. Ese tipo de daños se ocasionan de manera involuntaria. Son inevitables. Terceras personas que sufren daños sin ser el objetivo.

—Sé lo que son daños colaterales, Jaime. Puedes ahórrate la definición.

—Entonces no lo utilices para hablar de Daniela. Esos daños los puedes controlar perfectamente y no tienen por qué salpicarle a ella. Ahora dime de una puta vez que es lo que te pasa.

Adrien lo miró sorprendido. Rara vez se alteraba de aquella forma.

—No lo sé, Jaime —Se pasó la mano por la cabeza—. No puedo estar sin ella y... cuando lo estoy le doy una patada. Me excuso en mi estado de ánimo, en lo mucho que me está afectando lo que acabo de descubrir sobre Olivier, pero en realidad soy incapaz de saber por qué estoy tan mal. Joder, no lo controlo. Siento como si estuviera fuera de mi cuerpo.

—¿Miedo? —Puso los pies encima de su mesa y los cruzó a la altura de los tobillos.

Adrien se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo tuve y mucho al empezar esta relación.

—¿Y ahora?

—Supongo que también. Ya me entiendes.

—No. No te entiendo.

—¿Tú precisamente no me entiendes? El miedo a una relación es algo que dominas a la perfección. Tú sales corriendo cuando una mujer te plantea tener algo serio.

—Yo no salgo corriendo. Simplemente me fastidia porque a lo mejor me apetece seguir viéndola y me veo obligado a terminar.

—¿Hay alguna diferencia?

—Claro que la hay. Que yo nunca me he enamorado.

Adrien lo miró confundido, no era muy habitual escuchar a Jaime hablar de esos temas.

—¿Me has escuchado alguna vez decir que he terminado una historia con alguna mujer porque me he enamorado?

Adrien lo miraba fijamente sin responder.

—Adrien, tú estás estas coladito por Daniela. Entiendo que en un principio te pudiera inquietar el empezar una relación con ella. Lo que no entiendo es que las tengas ahora.

—Desde que hablé con Olivier, me siento distinto. Ha vuelto el miedo, pero con más fuerza.

—Ahí quería yo llegar. Piénsalo.

—No te sigo, Jaime.

—Tú piénsalo bien. Cuando encuentres la conexión entre tu nuevo miedo y lo que acabas de descubrir sobre Olivier, entonces sabrás lo que te pasa.

Jaime se levantó del sillón. Adrien hizo lo mismo.

—Lárgate ya. Tengo pacientes con el corazón jodido de verdad.

Se dieron un abrazo.

—No le digas nada a Víctor de lo que hemos hablado.

—No suelo hacerlo, pero ¿hay alguna razón especial?

—Lo tengo muy cerca. Él tiene buena relación con Olivier y con Daniela. Si hay algún tema que crea que le afecta a él, también se pone muy pesado. Ya se lo contaré más adelante.

—Tendré que mentirle. Seguro que me llama dentro de un rato para preguntarme. Ayer le dije que hoy vendrías.

—Dile lo que quieras, pero no le cuentes nada de lo que hemos hablado.

—Vale, pero no tardes en hablar con él o me llamará cada día. Si lo hace, no te puedo asegurar silencio. Es muy pesado.

Adrien se rio. Sabía lo insistente e irritante que Víctor podía llegar a ser cuando quería saber algo.

—Adrien, piensa que lo vas a ver cada día —dijo refiriéndose a Olivier—. Supongo que no habrás pensado en quitártelo de encima. Es un buen tío y le encanta su trabajo. Siempre has hablado muy bien de él.

—Esa es la parte más difícil. Quiero separarlas, pero es complicado. No quiero prescindir de él, pero no quiero un hermano. No lo necesito. El problema es que tenerlo tan cerca solo me trae malos recuerdos.

—Piénsalo bien. No te precipites. En cuanto a mis salidas con él, me cae bien y no voy a dejar de hacerlo.

—No te lo he pedido —dijo, enfadado, y salió por la puerta.

Adrien se quedó un buen rato sentado en el coche antes de arrancar el motor. Se apoyó con los brazos en el volante y dejó caer la cabeza.

Todo aquello estaba empezando a superarlo. Jaime tenía razón en lo que le había dicho sobre Daniela. Él la quería y no quería perderla, pero desde que habló con Olivier cada vez que la veía estaba más confundido. Había intentado justificar su alejamiento intentando que ella entendiera que estaba pasando un mal momento y necesitaba espacio, pero no había funcionado. Eso no justificaba la forma en la que la había apartado de su vida. No sabía cómo actuar. No podría saberlo nunca si no conseguía entender el porqué de aquellas sensaciones que le acompañaban todo el día y le hacían sentir un doloroso vacío en el estómago.

No soportaba ver la mirada de Daniela cada vez que él la empujaba. No sabía cómo pararlo. No quería escucharla. No quería que le dijera que estaba siendo injusto con Olivier o que él no tenía la culpa de nada.

No quería a Olivier en su vida, pero tampoco quería que se fuera de Versus. Era demasiado importante en la empresa y no quería empezar de nuevo con otra persona. Ya sintió miedo cuando su madre le habló de retirarse como para volver a empezar con lo mismo.

No quería pensar en lo que significaba la llegada de Olivier, ni por qué su madre había actuado a sus espaldas de esa manera. No quería pensar en cómo había sido la vida de Olivier ni por qué estaba interesado en acercarse a él. Ni siquiera lo dejó explicarse cuando habló con él, pero es que no le interesaba nada de lo que pudiera decirle. Nada iba a cambiar.

¿Qué había querido decir Jaime con encontrar la conexión? ¿Acaso no la había encontrado ya? Era evidente que su estado de ánimo le había afectado con Daniela. ¿O no? No sabía bien por qué, pero había alguna conexión más profunda y no conseguía encontrarla. ¿Cómo iba a hacerlo si llevaba días sintiendo que salía de su cuerpo como si se tratara de un viaje astral?

Seguramente, la clave estaba en dedicarse a pensar en todo lo que estaba ocurriendo, pero cuando consiguiera estar calmado. Llamaría a su madre. Tenía que darle muchas explicaciones y seguramente ya habría regresado de su viaje, ¿o era al día siguiente?

Había trascurrido más de dos días desde que Adrien llegara al despacho, después de tener una revisión médica con Jaime. Parecía más animado que en los últimos días, pero no le contó nada. Simplemente se disculpó por no haberla avisado de tener asuntos personales que atender y no poder estar en la oficina.

«¿Asuntos personales?»

En esos dos días se entregó de lleno al juego «me acerco y me alejo». Fue constante. Tan pronto se comportaba como el jefe que habla con su secretaria de una forma estrictamente profesional como le decía que estaba especialmente guapa. Tan pronto pasaba por su lado sin mirarla como se colocaba detrás de ella y la besaba en el cuello.

Pasaba de ignorarla por momentos a llamarla tres o cuatro veces seguidas cuando se ausentaba un rato de su despacho. A veces tenían sentido sus llamadas, otras carecían totalmente de él.

Había irrumpido en su despacho en alguna ocasión para acercarse a ella y besarla con urgencia y desesperación. Solía terminar apoyando su frente en la suya y pronunciando su nombre como si con ello quisiera mantener un hilo que se rompía por momentos.

Daniela respondía a sus besos y a sus caricias sin decirle nada. Cuando se sentía dolida por sus momentos «distancia» se reñía a sí misma tan severamente que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero siempre procuraba que no pasaran de ahí. Se decía a sí misma que no le iba a permitir seguir con ese juego, pero cuando lo tenía de nuevo cerca era incapaz de rechazarlo.

No sabía si podría aguantar mucho tiempo esa inestabilidad. Ese ritmo le estaba haciendo mucho daño. Había gestos, caricias y besos, pero no había palabras. No había conversaciones sobre lo que sentía o sobre su relación. Silencio y más silencio.

Esos altibajos la confundían y le hacían mantener una tensión constante. Por un lado luchaba por entenderlo y esperar pacientemente que se liberara de su coraza, por otro luchaba por no mostrar lo mucho que le afectaba y lo mucho que lo necesitaba.

Al menos se mostró más centrado en el trabajo. No volvió a anular reuniones o a no encargarse de algún asunto importante dejándola colgada como había hecho días atrás. No volvió a pedir que no le molestara nadie ni desapareció de la oficina sin decir nada.

El día anterior la había sorprendido con una pregunta:

—¿Has estado allí?

—¿Perdón?

—En ese lugar que me recomendaste. El templo tibetano. —Sonrió descaradamente.

—¡No! Nunca he necesitado aislamiento y meditación. De eso me sobraba.

Ya no hubo más preguntas personales. Todo lo que hablaron estaba relacionado con el trabajo.

Tenerlo tan cerca y no tocarlo era como una pesadilla. Cuando él no lo notaba, ella lo observaba. Le gustaba mirarlo. Era tan guapo. Echaba de menos su sonrisa, cada vez era más difícil verla.

El jueves por la mañana llegó quince minutos tarde. Nico se había marchado muy tarde de su casa. Pasaron horas hablando.

Le contó todo lo que había ocurrido los últimos días. La visita de Matt con todas sus revelaciones, y el giro que había dado su relación con Adrien. No se dejó nada. Para alivio de Daniela no hizo falta contarle la historia de Olivier. Él y Javier la habían escuchado por boca del

protagonista.

Nico la escuchó atentamente, alternando expresiones de sorpresa y malestar, según avanzaba su relato.

Él tenía una forma de pensar, en general, en la que no solía inclinarse demasiado hacia ninguna de las partes de la balanza. Solía considerarlo todo relativo y posible. Él consideraba que existían muchas posturas y muchas maneras de enfocar la vida. Lo que a uno le puede afectar mucho a otro le puede resultar ridículo. Así era él, por eso le dijo que entendía la postura de Olivier y entendía la de Adrien. Cada uno llevaba su peso y cada uno se liberaba de él como sabía o podía.

No le dijo nada más. En realidad Daniela solo quería desahogarse con él. Estaba demasiado confundida y en esas ocasiones Nico solía limitarse a escucharla hasta que ella le pidiera algún consejo o él considerara que debía intervenir.

Nico era así de paciente y de prudente. Cuando necesitaba de sus palabras o de sus consejos solo tenía que decírselo. Pero no siempre era así. A veces, por razones que solo él podría entender, se mostraba inflexible en algún tema y dejaba clara que su postura era innegociable. Pero esas veces solo aparecían cuando perdía la paciencia y consideraba que ya le había dedicado demasiado tiempo a algo. El problema es que nunca se podía saber con certeza cuándo se encontraba en ese punto, hasta que estallaba de golpe y sin previo aviso.

Recordaba algunas de esas veces en que le había echado una bronca tan descomunal que había terminado llorando a lágrima viva, pero eso no lo frenaba en absoluto. Nada de compasión. Él decía lo que tenía que decir, se pusiera como se pusiera.

Podía ser muy duro si se lo proponía, aunque detrás de ese hombre siempre estaba el amigo o hermano preocupado y en cierta forma protector.

Esa noche solo le dio un consejo: «Haz lo que consideres mejor, pero nunca dejes de quererte, eso debe de estar por encima de todo».

Daniela entró en su despacho. Escuchó la voz de Adrien. Discutía con alguien sobre unas ventas y unas entregas con retraso. Su tono de voz era bastante alto. Estaba muy enfadado con quien fuera que hubiera al otro lado del teléfono.

Esperó a que colgara para acercarse a él. Lo encontró de pie, rebuscando entre unos papeles esparcidos en su mesa. Cuando escuchó sus pasos, levantó la cabeza lentamente y la atravesó con la mirada.

—¿Desea algo, señorita Kearney? —Su tono de voz era más calmado—. ¡Llega tarde!

Ella no respondió. Se quedó de pie frente a su mesa observándolo. Repasó su cuerpo con la mirada. Una idea atravesó su mente de una forma fugaz. No había tiempo para centrarse en ella y analizarla. No podía pensar en las consecuencias. ¡Acción!

Dio media vuelta y se dirigió a su despacho. Cerró la puerta y volvió sobre sus pasos. Se encontró con la expresión desconcertada de Adrien. Cerró la otra, asegurándose de tener absoluta intimidad y se acercó a él. Lo rodeó hasta quedar situada detrás de él.

—Sí. Deseo algo: a usted.

Adrien cerró los ojos y respiró profundamente. Se dio la vuelta lentamente para quedar frente a ella. La recorrió con la mirada.

Ella adoptó una expresión seductora. Posó sus manos sobre su cinturón. No dejaron de mirarse. Cuando consiguió desabrocharlo, tiró de sus pantalones y los dejó caer. Hizo lo mismo con sus bóxers. Él no se movió.

La expresión de Adrien era difícil de interpretar, pero su cuerpo respondió por él.

Daniela lo empujó ligeramente para que se apoyara en el borde de la mesa.

Se acercó a él para besarle pero no llegó a hacerlo. Cuando él separó ligeramente sus labios

para recibirla, ella corrigió su trayectoria y descendió rápidamente hasta situarlos en la base de su erección.

Él gimió echando la cabeza hacia atrás y apretando las manos en el borde la mesa.

Vació su mente por completo. No debía pensar en nada. La única actividad la tendrían sus labios, su lengua y sus dientes, con los que se dedicó en cuerpo y alma a conseguir que aquel hombre gimiera y se retorciera de placer como nunca lo había hecho con ella.

Fantaseó con la posibilidad de que todas las dudas, las confusiones y los temores estaban en esa parte de su cuerpo y ella se dedicaba a provocarlas para que surgieran mediante un grito a través de su garganta. Imaginó que se levantaba, lo miraba a los ojos y veía que había desaparecido todo lo que los separaba, no sabía con exactitud lo que era, pero al fin y al cabo los separaba.

Adrien apoyó la espalda en la mesa. Volvió a incorporarse con la respiración agitada. Ella estaba a su misma altura, se había levantado y se lamía los labios de una forma provocativa que a él no le pasó desapercibida.

Adrien se vistió. No había ni una sola gota que limpiar, todo estaba dentro de ella.

Él la cogió y la besó con tanta dulzura que por un momento creyó que su fantasía se iba a hacer realidad. Como venía siendo ya una costumbre, terminó apoyando su frente en la suya y pronunciando su nombre de una forma atormentada.

—¿Por qué has llegado tarde?

—Últimamente necesito hacer un gran esfuerzo para venir aquí. Hoy me ha llevado más tiempo conseguirlo... —Se alejó rápidamente en dirección a su mesa.

Adrien tardó unos minutos en recuperarse no solo del increíble orgasmo que acababa de experimentar, sino de sus palabras.

Se decidió a seguirla. La levantó de un tirón de su silla y la estiró sobre la mesa. Le levantó la falda y se detuvo sorprendido. La miró. No llevaba ropa interior.

Ella sonrió y giró la cabeza hacia el extremo de su mesa donde había unas braguitas.

—Sabía que vendrías.

La respiración de Adrien se hizo más intensa.

—¿Sabías que vendría?

—No siempre consigues sorprenderme. ¿Puedes soportarlo?

Él sonrió con descaro. La acercó a él, la abrazó con tanta fuerza que por un momento Daniela pensó que la iba a romper. Le dio la vuelta y la inclinó en la mesa donde sin previo aviso la penetró. La primera vez que empujó fue de forma brusca, casi despiadada. Ella gritó y arañó la mesa. Él suavizó sus movimientos hasta conseguir un dulce y tierno movimiento que la deshizo por dentro y por fuera. Una lágrima resbaló por su mejilla y aprovechando que él no podía verla la atrapó con sus dedos y la esparció por la mesa. Liberaron el placer en silencio.

Se separaron lentamente. Adrien se vistió de nuevo mientras ella se colocaba la falda correctamente. Cuando se giró para alcanzar la pieza de ropa interior causante del desafío, él se adelantó y la cogió rápidamente. Se la metió en el bolsillo.

—A esto no te has anticipado.

Ella sonrió. Intentó quitársela, pero él se lo impidió. Lo observó. Aquel hombre no era el mismo de los días anteriores. Estaba jugando y su rostro volvía a reflejar aquel gesto tan infantil que ella adoraba.

—Devuélvemelas, Adrien.

—No haberme vacilado con ellas. Ahora te paseas así todo el día.

—Iré a mi casa a buscar unas o a comprar unas nuevas.



—En cualquier caso, tendrás que darte un paseíto —dijo soltando una carcajada al ver su cara de indignación.

Ella se rindió. Quería mostrar su enfado, pero es que no existía. Aquello, aunque le fastidiaba, le resultaba tan divertido como a él.

—A trabajar, señorita Kearney.

Ella le lanzó una mirada asesina y desapareció en dirección al baño.

A media tarde, Daniela acudió a la llamada de Olivier. Le había enviado un mensaje donde le pedía que fuera al laboratorio.

No había salido en todo el día del despacho. Adrien se escapó un momento para ir a buscar comida y la compartieron en su mesa mientras repasaban algunos asuntos urgentes. Al parecer, el muro que los había separado en los últimos días empezaba a desaparecer.

—Dime, ¿qué es eso tan urgente? —dijo entrando en un pequeño laboratorio que solo utilizaba Olivier.

Él se acercó a un cajón y lo abrió.

—Tengo algo para ti. Cierra los ojos y date la vuelta —ordenó.

¿Por qué aquellas palabras hicieron que sintiera un escalofrío en la nuca?

«Céntrate, Daniela. No saques esas palabras de contexto», se dijo.

Obedeció. Él le apartó el pelo hacia un lado y le colocó con mucha delicadeza el collar. Ella sonrió.

—Ahora mírate. Ya está casi arreglado.

Ella se acercó a un espejo. Sonrió.

—Es increíble. Está... perfecto. Lo has conseguido.

—Aún le queda un poquito —dijo orgulloso de ver su reacción—. Tengo que acabar de limpiarlo. La pieza del centro necesita otro retoque, pero el lunes lo tendrás.

Ella se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—Gracias, Olivier.

Él la miró dibujando una sonrisa.

—Ha sido todo un placer. Mientras lo reparaba, me inspiraba para el nuevo diseño. Ya casi lo tengo terminado para presentárselo a Adrien. Es prácticamente igual que este, aunque he hecho algunos cambios.

—Espero que le guste.

Le desabrochó el collar. Ella le mostró, de nuevo, su agradecimiento con otro fuerte abrazo.

Adrien necesitaba aclarar algunas cosas con Olivier. Le había llamado un par de veces para que acudiera a su despacho, pero no lo había encontrado. Cuando ocurría algo así, normalmente se encontraba en el laboratorio, o como él lo llamaba, en pleno proceso creativo, y no atendía las llamadas.

Se acercó a su despacho. Había luz y esperó encontrarlo dentro. Tenía que hablar seriamente con él sobre los nuevos diseños que le pidió. Se estaba demorando demasiado y él necesitaba dos de ellos para empezar a poner varias ideas en práctica.

Llamó a la puerta con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Tampoco era algo nuevo. En esos procesos creativos muchas veces se colocaba auriculares y no escuchaba nada de lo que le rodeaba. Asomó la cabeza y vio que no estaba. Iba a salir cuando una imagen le llamó la atención. Era el rostro de Daniela. En el laboratorio. La puerta que lo separaba del despacho estaba abierta. ¿Qué estaba haciendo allí?

Entró de forma sigilosa, vigilando cada movimiento, para no ser visto. Se colocó detrás de la puerta para escuchar, era lo único que podía hacer.

Estaba de suerte. Vio el reflejo de Daniela en un espejo. Se tocaba el cuello y se miraba algo que no supo distinguir. La imagen no era perfecta.

El espejo le ofreció mucho más de lo que podía esperar. Las manos de Olivier acariciando su cuello. La sonrisa de Daniela. Un collar deslizándose por los dedos de él y un abrazo. Un «gracias» y algo que no pudo entender.

Salió de su escondite y salió por la puerta. ¿Qué era lo que acaba de presenciar? Le había quitado un collar. ¿Sería un regalo? ¿Y aquella increíble sonrisa? ¿Y el abrazo?

Se dirigió al primer baño que encontró. No podía esperar a llegar al suyo. Se refrescó la cara, la nuca y las muñecas.

Subió hasta la azotea del edificio en busca de aire fresco. Tenía aquella imagen de complicidad grabada. No le había gustado, le había molestado e incluso dolido. Aunque lo que más le preocupaba era su propia reacción, algo desbordada, en la que le daba vueltas la cabeza, le costaba respirar y el pecho parecía a punto de hundirse por la presión. Eso era mucho más preocupante que todas las sonrisas y abrazos que ella pudiera regalarle a Olivier.

Allí estaba de nuevo la maldita sensación de estar fuera de su propio cuerpo.

Dedicó más de veinte minutos a recuperarse. Cuando el frío empezó a penetrar en su cuerpo, decidió volver. Estaba mejor.

Cuando llegó a su despacho, encontró a Daniela recogiendo unos documentos en su mesa. Se los llevó a su despacho y al pasar por su lado le sonrió dulcemente.

Algo le llamó la atención y volvió sobre sus pasos para observarlo más de cerca. Dio la vuelta a la mesa y se sentó en un lateral junto al sillón que él ocupaba. Acercó la mano para tocarle la cara, pero el giró la cabeza antes de que lo hiciera.

—¿Qué te ocurre? —Volvió a acercar la mano y esta vez consiguió tocarle—. Estás helado.

—Estoy bien. He salido a la calle un momento —dijo molesto por su insistencia.

Daniela entrelazó sus dedos, descansando los brazos en sus piernas.

—Adrien, quiero ayudarte. Sé que es difícil para ti, pero no sé cómo hacerlo.

Él la miró con el ceño fruncido. Ella continuó, por su expresión sabía que no tenía intención de decir nada, de momento.

—He intentado seguir tu ritmo, sin ser capaz de entenderlo ni de descifrarlo, pero cada día me confundes más —Hizo una pausa—. No puedes seguir así. Tienes que abrirte a mí. Háblame de lo que te duele, de lo que te preocupa. No puedes mantenerme al margen de todo esto.

—¿Por qué?

—Porque te... quiero —Le tembló la voz—. Porque me importa lo que estás viviendo y no quiero que lo hagas solo. Porque formas parte de mi vida y yo de la tuya. —Le pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Terminemos con esto, Daniela. Limitémonos a trabajar juntos. Dejemos de formar parte de la vida del otro.

Daniela dejó caer la mano que le acariciaba. Creyó que las piernas le fallarían cuando intentara levantarse, pero lo consiguió. El bajó la mirada y cerró los ojos. Ella caminó unos pasos de espaldas. Rodeó la mesa hasta quedar frente a él. Buscó su mirada, pero fue inútil.

«El frío de una hoja de acero en las entrañas», eso afirmó Bécquer haber sentido en una de sus rimas. Recordaba haberla leído e incluso pensado en lo desgarradora que era aquella descripción. Ya no era tan solo una rima, no era la descripción de un poeta atormentado, era justo lo que había sentido con aquellas inesperadas palabras.

La voz de Víctor llegó desde su despacho. A continuación, la puerta que los separaba.

—Hola, Daniela. Adrien... —Los observó. Adrien levantó la vista de mala gana.

—Hola, Víctor. Pasa, yo ya me iba. —Hizo ademán de marcharse, pero él la sujetó por el brazo.

—En realidad es a ti a quien quería ver. Quería vengarme de ti. —Sonrió.

—Vaya. Eso suena fatal. —No sabía ni como era capaz de hablar en aquel momento.

—¡Feliz cumpleaños! —Se acercó y le dio dos besos.

Adrien lo miró aterrorizado. ¿Era su cumpleaños? Joder, no. ¡No!

—Gracias. —Le sonrió con un gran esfuerzo.

—¿Veinti...?

—¡Treinta! —Le frotó el brazo—. Gracias Víctor. Me tengo que marchar. —Salió y cerró la puerta.

Víctor tuvo la sensación desde que llegó que algo estaba pasando, pero hasta que observó la cara de su amigo no lo supo con seguridad. Claro que el temblor que percibió en el cuerpo de Daniela también le había dado una pista.

—No lo sabías, ¿verdad?

—¿El qué?

—¡Su cumpleaños! O no lo sabías o lo has olvidado.

«Lo segundo», pensó.

No le contestó.

—Sé que algo te pasa. Hace días que estás muy raro. Cuando quieras hablar... ya sabes dónde encontrarme.

Él asintió con la cabeza.

Víctor decidió no añadir más a aquella breve conversación. Se dirigió a la puerta y se detuvo a mirar a su amigo antes de salir. Ocultaba su rostro entre sus manos. Le dolía verlo de aquella forma.

Jaime se había negado a desvelarle el contenido de la conversación que mantuvieron, pero sí le había dejado claro que Adrien tenía problemas. No le importaba que hubiera escogido a Jaime para sus confesiones, no era la primera vez que eso ocurría. Con Jaime era más fácil hablar, se limitaba a escuchar y apenas intervenía. Él también lo había elegido muchas veces para compartir sus preocupaciones e incluso le había pedido que no le dijera nada a Adrien. Lo mejor que tenía su amistad era que los tres se sentían libres para expresarse y para compartir sus inquietudes cuando querían. No existía revalidad entre ellos y nunca se reprochaban la necesidad que uno de ellos tuviera para abrirse a uno u a otro.

Hacía mucho tiempo que no veía aquella angustia reflejada en el rostro de su amigo. La última vez que recordaba haberla visto fue cuando tuvo que decidir si visitar o no a su padre, que esperaba la muerte en un hospital. Tanto él como Jaime le aconsejaron que lo hiciera. Creyeron que era lo mejor para cerrar una puerta que había marcado su vida durante muchos años, aunque el estado en el que volvió les hizo dudar sobre si habían hecho bien en convencerlo. Estuvo meses aislado en sus pensamientos.

Celia le había informado de todo lo que había ocurrido y fue esa información la que sus amigos utilizaron para escoger la forma en que debían abordar el tema. Optaron por respetar su silencio y con el tiempo volvió a ser el mismo.

Celia y Víctor mantenían una gran relación y durante años habían sido confidentes y amigos. Muchos detalles del pasado de Adrien los conocía a través de ella.

Pero el tema de su padre ya no existía. Con su muerte todo había terminado. ¿Qué era lo que

afectaba tanto a Adrien? ¿Daniela?

Hacía más de una hora que Daniela se había marchado. Él seguía en el mismo sitio y en la misma posición.

Las imágenes de Olivier detrás de su cuerpo quitándole un collar, su sonrisa y su expresión cuando le dijo que habían terminado, no se alejaban de su cabeza.

«¡Feliz cumpleaños!», pensó, recordando las palabras de Víctor.

No se había acordado de aquella fecha. Era un desastre para recordar fechas de ese tipo, incluso para recordar incluirlas en su móvil y recibir una alerta. Normalmente su ayudante siempre le había recordado ese tipo de cosas; el cumpleaños de su madre, de sus amigos.

Pero claro, no podía decirle a Daniela que incluyera en sus tareas el recordarle su propio cumpleaños.

Lo mejor había sido el regalo que le había hecho. Un «sal de mi vida», «límitate a ser mi ayudante». ¿Qué estaba haciendo? Había sacado de su vida a la única persona que necesitaba para superar todo aquello. Empezaba a preocuparle la idea de estar enfermo. Era la única explicación que podía encontrar a su forma irracional de actuar. Estaba asustado. Aquel descontrol en sus emociones le asustaba.

«¡Maldito Olivier!», se dijo.

La seguridad y la fuerza que había sentido por la mañana, tras el juego de seducción que había iniciado ella, habían desaparecido con la imagen de ellos dos, llenos de complicidad y felicidad, en el laboratorio.

El sonido de unos golpes en su puerta le sacó de sus pensamientos. En parte lo agradecía.

Se sorprendió al ver entrar a Olivier. Por un momento pensó que sería Daniela que volvía a despedirse.

—Aquí tienes lo que me pediste. —Dejó la caja encima de su mesa.

—Gracias —le dijo fríamente.

—He hecho pruebas con todas ellas —dijo refiriéndose a unas pequeñas gemas que contenía la caja—. Todas descartadas.

Adrien asintió con la cabeza. Se centró en la caja.

Olivier se disponía a salir cuando dijo:

—Deberíamos hablar.

—¿De trabajo?

—Sabes que no.

—Entonces creo que no te quedó lo suficientemente claro el otro día —Levantó la mirada de un modo arrogante—. Tú y yo no tenemos nada que hablar que no sea relacionado con el trabajo.

Olivier lo miró fijamente. No mostró el daño que le produjeron aquellas frías palabras. Después desvió la mirada hacia la puerta que comunicaba con el despacho de Daniela.

—¿Daniela se ha marchado ya?

—Compruébalo tú mismo —Olivier se acercó a la puerta—. ¡Por esa no! Por la otra. Es la que te corresponde. Esta es privada.

Olivier lo miró con desprecio. Estaba a punto de salir cuando escuchó la voz de Adrien:

—Voy a hacer una excepción. Te voy a hacer una advertencia de tipo personal —Esperó a tener toda su atención—. ¡Ten cuidado al cruzar la vía del tren! Podría atropellarte.

Olivier dibujó una media sonrisa y se acercó a su mesa.

—Tranquilo, soy muy cauteloso.

—No es lo que me ha parecido hoy cuando os he visto en el laboratorio jugando con un collar.  
¡Bonita escena!

—Dudo que sepas lo que has visto.

—Suficiente como para advertirte que te asegures bien antes de cruzar.

Olivier salió por la puerta y la dejó abierta. Dos minutos después volvía a aparecer con una carpeta en la mano que tiró en la mesa.

—Ahí tienes la bonita escena del collar.

Adrien le lanzó una mirada fulminante, pero no se resistió a abrir la carpeta. Ante él aparecieron varios bocetos, como los que él utilizaba para presentarle un nuevo diseño. Era un dibujo realmente interesante.

Sacó el collar de su bolsillo y lo colocó encima del dibujo que Adrien inspeccionaba detenidamente.

—Me lo trajo Daniela muy angustiada porque se le había roto. Perteneció a su madre y me pidió que se lo reparara.

Adrien lo cogió, resiguiendo con delicadeza sus dedos por la pieza.

—Me enamoré de esa pieza y le pedí permiso para diseñar una parecida. Estaba muy ilusionada. Pensaba mostrártelo el lunes, como te dije. Antes quería hacer unos pequeños retoques. Daniela está muy ilusionada esperando ver tu reacción —Su expresión se oscureció—. Ahí tienes el resultado de la escenita del laboratorio. Hoy es su cumpleaños y aunque no está terminado me ha parecido un buen regalo que viera que estaba reparado.

Adrien no dijo nada. Lo miró desafiante.

—Ahí tienes el diseño completo. He incluido todos los costes.

Le dejó un *pendrive* en la mesa y se encaminó a la puerta. Antes de salir, se acordó de que el collar aún estaba en la mesa. Volvió y se lo quitó de las manos. La mirada de Adrien estaba clavada en la suya.

—Solo pretendía conocerte mejor. Tener el mismo padre me pareció algo a tener en cuenta, pero me equivoqué. No es algo que necesite ni en lo que me vaya la vida. El concepto de familia nunca tuvo significado para mí. Tampoco es que ahora pretenda encontrarlo. —Se encaminó hacia la puerta y se detuvo con el pomo en la mano—. En cuanto a la vía del tren... Procura tener siempre la barrera bajada. Si se abre... voy a cruzar.

Adrien esperó a que cerrara la puerta. Se levantó y le dio una patada a la papelera. Todo su contenido quedó esparcido en el suelo. No recordaba haberse sentido tan insignificante en toda su vida.

Cogió el teléfono y marcó el número de su madre. Ya iba siendo hora de aclarar algunas cosas.

Llevaba más de una hora caminando. Se arrepentía de haberse desviado tanto del camino. Ya había oscurecido y el frío empezaba a calar en su cuerpo.

Por suerte, no tuvo tiempo para darle vueltas a la cabeza. La mayor parte del paseo fue acompañada de la voz de Matt y Viviana, que la habían llamado para felicitarla por su cumpleaños.

Desde su visita, la semana anterior, habían hablado casi todos los días. Matt parecía preocupado por su reacción después de todas las revelaciones sobre sus padres y la «posible paternidad». Daniela le había convencido de que para ella no había cambiado nada y que todo lo que tuvieran que descubrir lo harían juntos. Aun así, todos los días la llamaba con alguna excusa para asegurarse de que el tema, tal y como ella afirmaba, no le afectaba.

Ese día, Matt no habló de ello. Aprovechó la ocasión para contarle algunas anécdotas relacionadas con el momento en el que él cumplió los mismos años que cumplía ella. Viviana por primera vez le habló de su madre y de las muchas aventuras que tenía guardadas en su memoria para explicarle cuando la viera. Le prometió acompañar a Matt en el viaje que tenía planeado para principios de marzo, asegurando que ambos necesitaban unas vacaciones y habían decidido pasarlas en España para poder estar con ella.

A las felicitaciones se habían unido algunos de sus compañeros que o bien habían aprovechado un encuentro por el edificio o bien le habían enviado un correo interno. El que utilizaban para comunicarse normalmente.

El camino que tuvo que desandar para volver a casa fue en compañía de las voces de Nico y Javier, que no se olvidaron de la fecha y aprovecharon para llamarla cuando volvieron de hacer un trabajo fuera de Madrid. Le hicieron reír a carcajadas compartiendo con ella sus teorías sobre la importancia o no de cumplir años y la buena o mala costumbre de felicitar a las personas. Hasta en ese tema tenían una visión de la vida de lo más excéntrica.

A pesar de las risas, no fue fácil engañar a Nico. Se dio cuenta, por el tono de su voz, de que algo le pasaba. Daniela le prometió llamarlo cuando llegara a casa. Estaba congelada y no era capaz de mantener esa conversación caminando por la calle.

Nada más llegar lo llamó y le contó todo lo que había ocurrido con Adrien. No se guardó nada para ella. Desde el momento íntimo que habían compartido por la mañana, sin entrar en detalles, hasta la breve conversación en forma de sentencia que habían mantenido un rato antes de que ella se marchara. En la última tuvo que hacer algunas pausas para secarse las lágrimas y respirar hondo.

Nico no se manifestó sobre el asunto. Solo le confesó que le sorprendía esa decisión por parte de Adrien. Lo que restó de conversación lo dedicó a interesarse por su estado de ánimo y a repetirle varias veces que debía ser fuerte y no debía hundirse. Que pensara en lo quería hacer sin precipitarse. Le regaló su repertorio: «Estoy aquí, llámame para lo que necesites y te quiero». Un repertorio que tenía siempre un efecto calmante en ella. Surtía efecto nada más ser pronunciado. Era un fármaco muy eficaz del que llevaba abusando muchos años.

Se despidieron con la promesa de hablar al día siguiente.

Tras colgar el teléfono se dirigió a su habitación. Algo sobre la cama llamó su atención. Parecía un cuadro tapado con un papel blanco. Junto a él, una caja enorme de bombones sin

envolver. En el centro, una nota:

*Los bombones son de Javier, que es un chico de pocos recursos, y el cuadro de Nico, que evidentemente tiene muchos más.*

*Feliz cumpleaños.*

*Te adoramos.*

*Nico y Javier*

*Javier y Nico*

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Habrían llevado aquellos objetos durante el día, aprovechando que Javier tenía llaves.

No se podía creer que Nico le hubiera regalado aquel cuadro. Estaba sin terminar. Era la obra en la que estaba trabajando antes del accidente que le impidió terminarla. A ella siempre le había encantado. Nico decía que le gustaba tenerla cerca, porque le recordaba las vueltas que puede dar la vida.

Lo tenía colgado en el salón. Daniela siempre lo miraba de reojo cuando entraba en su casa. Aunque Nico afirmaba que tenerlo siempre a la vista era una terapia positiva para él, sabía que a Daniela le traía malos recuerdos, por lo que siempre evitaban hablar del tema.

Una pequeña nota introducida entre el lienzo y el marco, le hicieron dibujar la mejor de sus sonrisas mientras alguna que otra lágrima se deslizaba por su mejilla.

*A mí me ha recordado durante muchos años las vueltas que da la vida. En él he visto día tras día cómo el pasado quedaba atrás y se abrían otros caminos. Porque siempre hay un camino, Daniela.*

*De ahora en adelante quiero que te lo recuerde a ti: que el pasado es simplemente pasado y que siempre hay un camino. Me alegro de que estés aquí. Mi vida es mucho más feliz.*

*Nico*

La imagen de Adrien invadió su mente. Se avivaron las lágrimas cuando pensó que quizás ya empezaba a formar parte de su pasado, y que en todos esos caminos de los que Nico hablaba quizás él no estaría.

¿Cuántas veces había escuchado que no se valora lo que se tiene hasta que se pierde? ¿Era ese el motivo por el que sentía que lo amaba más que nunca?

Aquel exceso de amor se mezclaba con la rabia y la impotencia que sentía. El resultado de esa mezcla le provocaba decepción e incertidumbre. El conjunto, en sí, era doloroso.

Decidió enviar un mensaje a sus amigos. Un «Gracias. Os quiero» fue todo lo que escribió.

Antes de que se deshiciera del móvil, este emitió un fuerte sonido que le hizo dar un respingo. Anunciaba una llamada.

«¿Olivier?», pensó, sorprendida.

—Hola, Daniela. ¿Te pillo en mal momento?

—No. ¡Dime!

—Le he presentado el diseño del collar a Adrien. Supongo que después te lo comentará, pero quería aclarártelo. No he podido esperar al lunes como hablamos.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Y qué tal?

—No me ha dicho nada. Le he hablado del origen de ese boceto.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado?



—Supongo que ya te lo contará él.  
—No creo que a mí me cuente nada. ¿No quieres decirme qué ha ocurrido? ¿Tienes prisa?  
—No, para nada. ¿Y tú? ¿No deberías estar celebrando tu cumpleaños o algo así?  
—Debería, pero no lo voy a hacer.  
—¿No has quedado con nadie?  
—No.  
—¿Adrien?  
—No.  
—¿Nico, Javier...?  
—¡Nooooooooo!  
—¿Estás en casa?  
—Esta vez es un sí.  
—Celébralo conmigo y te cuento.

Daniela vaciló antes de contestar. No quería estar sola y esa era la mejor razón para aceptar su propuesta.

—Te espero. ¿Sabes dónde vivo?  
—Claro.  
—Solo has venido una vez y... te aseguro que no estabas muy despejado.  
—Cuando llegué no lo estaba —dijo con retintín—, cuando me fui, sí.  
Veinte minutos después Olivier entraba en su casa con una botella de vino blanco.  
—No deberías irte a dormir sin al menos hacer un brindis por tus treinta.  
—¿Cómo sabes que son treinta?  
—Lo dijo Nico el otro día.

Daniela arqueó las cejas.

—El domingo lo comentaron él y Javier —Entró en el salón y se quedó mirando el cuadro que descansaba en el sofá—. También hablaron de este cuadro. Es tu regalo, ¿no?

—Tú sabes demasiadas cosas. Eso no puede ser.  
—Tenemos amigos comunes.  
—Nico siempre es muy discreto.  
—No siempre. A todos se nos escapa algo alguna vez.

Olivier se acercó al cuadro y le entregó la botella de vino. Se fijó en la dedicatoria y la miró.  
—¿Puedo?

Ella levantó la mano a modo de invitación. Él leyó despacio su contenido.

—No lo entiendes, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y ella sonrió.

—Esa fue la última obra que Nico pintó antes del accidente. ¿Sabes algo de eso?

—Sé que tuvo un accidente de coche que le dañó una mano, y que por eso dejó la pintura y se dedicó a la fotografía —Volvió a leer la dedicatoria—. ¿A eso se refiere con las vueltas que da la vida?

—Sí. Era yo la que conducía aquel coche. Después de aquello lo dejé de hacer.

Olivier la miró sorprendido.

—¿Por eso hablaste de volver a conducir aquel día?

—Sí. Habían pasado muchos años.

—¿Y esta parte de la dedicatoria referente al pasado?

—Un pasado que quiero olvidar.

Él asintió con la cabeza. No debía indagar más en aquel tema. Daniela tampoco le dio

oportunidad. Desapareció en dirección a la cocina y apareció con dos copas.

Abrieron la botella de vino y brindaron sentados en el sofá.

—Por tus treinta. Creo que has conseguido un buen resultado. —Alzó la copa.

—¿Creo? —dijo ella riendo a la vez que alzaba la suya—. O lo afirmas o te vas.

Él se echó a reír a carcajadas.

—¡Venga! Cuéntame lo que ha pasado —le pidió ella.

Olivier le hizo un resumen de su conversación con Adrien. Omitió la parte en la que él le aconsejaba que mantuviera siempre la barrera bajada. Eso no era algo para comentar con ella.

—¡Dios mío! ¿De verdad te ha hablado así? —Se tapó la boca con la mano—. ¿Qué pensaba que estábamos haciendo en tu laboratorio? ¿Desde dónde miraba?

—Nos ha visto reír mientras te colocaba el collar. Ha visto que nos abrazábamos. Supongo que ha imaginado que había algo entre nosotros. Son simples celos —Desvió la mirada pensativo—. Imagino que ha entrado en mi despacho y nos ha visto.

—No tiene sentido, pero hay muchas cosas que no lo tienen —Lo miró fijamente—. Me ha dicho que... lo nuestro ha terminado.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—Esta mañana parecía diferente. Pensé que estaba más calmado y que todo volvería a su lugar, pero esta tarde volvió a mostrarse frío y distante. Intenté hablar con él, convencerlo para que se abriera a mí y compartiera sus sentimientos conmigo.

—¿Y?

—Me dijo que me mantuviera al margen. Que debíamos terminar y tener una relación de trabajo solamente.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. No me lo esperaba. Víctor entró en ese momento y me salvó de decir algo o hacer algo de lo que quizás me hubiera arrepentido. A veces el silencio es la mejor opción.

—Estoy de acuerdo contigo —Volvió a desviar la mirada, pensativo—. ¿Esa decisión está basada en lo que creyó ver en el laboratorio?

—Supongo que habrá influido. En cualquier caso, para mí no cambia nada. A mí ni siquiera me lo ha comentado. Sigue en su mundo, solo él sabe lo que pasa por su cabeza.

—Joder. Si llego a saber esto, hubiera esperado para decirle que era mi hermano.

—Esa no es la cuestión, Olivier, y lo sabes.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—¿No te sentirías mejor?

—No.

—¿Quieres bailar?

Daniela abrió mucho los ojos.

—¿Has dicho bailar?

—Sí, eso es lo que he dicho —Se levantó sonriendo—. ¿Funciona? —Señaló el aparato de música.

Ella asintió con la cabeza. Ya no eran sus ojos sino su boca los que permanecían abiertos.

Olivier rebuscó en un estuche de cuero que contenía varios discos. Seleccionó uno que con letras escritas a mano indicaba que era una recopilación de bandas sonoras de películas de todos los tiempos. Se lo enseñó a Daniela esperando su aprobación. Ella se encogió de hombros y

aclaró:

—Son de Nico. Ese no lo he escuchado nunca.

Él asintió con la cabeza. En pocos segundos el aparato reproducía una música lenta y suave. Estaba claro que cuando decía «de todos los tiempos» no se equivocaba. Aquella música, aunque apropiada para el momento, era totalmente desconocida para ambos.

Le tendió una mano y ella negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Él se acercó y la cogió del brazo para acercarla a su cuerpo. Daniela sintió calor en sus mejillas y giró la cabeza avergonzada.

—Vamos, es solo un baile. Es tu cumpleaños. Vino y música. Es una combinación perfecta para ahuyentar los problemas. —La cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo.

Daniela se dejó llevar. Él la rodeó con sus brazos y ella se apoyó en su pecho. A aquella distancia destacaba mucho más su altura. Si mantenían una conversación, tendría que tensar mucho la cabeza o acabaría teniendo una contractura en las cervicales. Adrien era muy alto, pero estaba segura de que Olivier aún le superaba por unos centímetros.

No hubo conversación. Sus cervicales estaban a salvo. Solo el sonido de la música.

Permanecieron abrazados hasta que el disco terminó de reproducir las diez canciones que contenía.

Daniela pensó que él tenía razón cuando afirmó que la combinación de vino y baile ahuyentaba los problemas. ¿O eran la calidez de su pecho y su necesidad de sentir ese contacto lo que estaba dando ese resultado? Fuera lo que fuera ¡funcionó! Todas sus preocupaciones se esfumaron. Volverían a inundar su cabeza, pero se agradecía la tregua.

No era un baile propiamente dicho. Solo un ligero balanceo en el que se iban desplazando unos centímetros.

Daniela se abrazó a él con más fuerza y se dejó llevar por la necesidad de ser envuelta por aquellos grandes brazos. Allí se sentía totalmente protegida, en calma.

Olivier cerró los ojos. Estaba en el único lugar que quería estar. Tenía entre sus brazos todo lo que deseaba. Se preguntó si aquella barrera de la que habló con Adrien ya estaba bajada. No entendía su actitud. Primero le dice a ella que han terminado y luego le amenaza a él para que se mantenga alejado de ella. ¿Tenía algún sentido?

La admiración y el respeto que sentía por él se estaba empezando a resquebrajar. No solamente por su enfrentamiento sino por el daño que le estaba haciendo, sin motivo y sin sentido, a la mujer que tenía entre sus brazos en ese momento.

Él siempre tuvo menos. Le enseñaron desde pequeño a conformarse con lo poco que le daban. Por no darle no le dieron ni el apellido. Tenía que esconderse, ser prudente y cauto a la hora de hablar de su padre. Su madre le enseñó a conformarse y a valorar lo que tenía. En cierto modo, y a pesar de la surrealista estructura familiar al que lo sometieron, fue feliz.

Fue capaz de perdonar a su padre e incluso de aceptar su ayuda para atender a su madre en la residencia. Nunca barajó el orgullo ni el rencor. Tuvo más carencias, disfrutó menos de su padre, pero la vida lo preparó de una forma muy distinta a Adrien.

No le importaba que lo apartara de su lado. No iba a seguir con esa batalla. Un desprecio o dos eran más que suficientes. Lo que no podía soportar era que se comportara de aquella manera con ella. ¡Valiente estúpido! Si él hubiera tenido en su vida a Daniela, jamás la habría dejado escapar.

Levantó la vista para observar el cuadro de Nico.

«Las vueltas que da la vida», pensó.

¿En la suya también habría uno de esos giros que cambian los acontecimientos bruscamente?

¿Sería Daniela?

Daniela no recordaba haber dudado tanto en su vida. Estaba en la entrada del edificio de Versus y todavía se preguntaba si debía o no entrar en él.

Le había costado mucho decidirse esa mañana. No tenía claro si después de la decisión de Adrien, tenía algún sentido ir al trabajo. Recordó una ocasión en la que ella le preguntó si sería posible seguir trabajando juntos si no había nada entre ellos. Fue una de esas sesiones de bañera que habían utilizado para hablar de su pasado. Él respondió que le parecía algo muy complicado.

No estaba segura por cuánto tiempo sería complicado, pero estaba a punto de averiguarlo.

La noche anterior había comentado el tema con Olivier. Después del baile, cuando se disponía a marcharse, compartió con él sus dudas. Él la animó a terminar la semana y pensarlo mucho mejor.

Adrien estaría fuera parte de la mañana y eso la tranquilizó. No quería verlo, le dolía la idea de enfrentarse a su mirada sabiendo que él ya la consideraba fuera de su vida.

Le envió un mensaje a Nico mientras subía en el ascensor. Le pedía que le dedicara algún día del fin de semana. Necesitaba estar con él y al mismo tiempo no estar sola en su piso.

Cuando llegó a su despacho, escuchó decepcionada la voz de Adrien. La puerta estaba entornada. Su móvil anunció una llamada de Nico.

—Hola —le saludó con cariño.

—Hola, cielo. Esta tarde me voy a Barcelona. Mañana vamos a visitar una exposición de escultura de un amigo. ¿Recuerdas a Fran?

—Sí, claro. No sabía que aún teníais contacto.

—Sí. Nunca lo hemos perdido. Le dio por la escultura y nos ha invitado a visitar su obra.

—Bien. No importa, solo quería que nos viéramos, pero ya lo haremos otro día.

Adrien se acercó a la puerta. Quería escuchar lo que hablaba y de paso descubrir con quién lo hacía.

—¿Por qué no te vienes?

—¿A Barcelona? Tú estás loco. Déjalo, Nico, nos vemos cuando vuelvas.

—Volvemos mañana por la noche. Javier tiene un compromiso el domingo. Será divertido. Y además te quiero cerca. Venga, no le des más vueltas. Vamos en coche. Te recojo a las cuatro.

—¿Qué? Nico, es muy precipitado, y además... ¿Barcelona?

—Barcelona es preciosa y es lo único que tienes que pensar. Te recojo a las cuatro en tu casa.

—Pero...

—Solo tienes que hacer una bolsa pequeña para pasar una noche fuera.

—Yo... ¡Está bien!

«Cualquier cosa menos quedarme sola en casa».

Adrien volvió a su mesa. ¿Se iba a Barcelona? ¿Con Nico? ¿Lo había entendido bien?

Tenía que salir de allí. No podía enfrentarse a ella en ese momento. No después de haber cometido la estupidez de sacarla de su vida y no ser capaz de arreglarlo.

Daniela escuchó a Adrien salir. La luz de su despacho se apagó. Se había marchado y ni siquiera se lo había dicho. Se disponía a cerrar la puerta que los separaba cuando le llamó la atención lo que había sobre su mesa. Se acercó y vio los bocetos de Olivier.

Aquel hombre era un artista. Eran preciosos. El collar de su madre cobraba vida con aquellos dibujos. Apenas había cambiado nada. Cuánto le hubiera gustado compartir esos momentos con Adrien. Suponiendo que le gustara el diseño.

No podía exponerse más a esas emociones. Volvió a su despacho y se ocupó de terminar todo lo que tenía pendiente.

A pocos minutos para marcharse, la puerta contigua se abrió. Adrien apareció tras ella.

—¡Ven! —ordenó sin mirarla.

Ella obedeció y lo siguió. Él se quedó parado delante de su mesa entre las dos sillas que había delante.

—El domingo me voy a París. Estaré fuera hasta el martes o el miércoles. —Su voz era débil.

—Muy bien. Tomo nota. —Se dio media vuelta.

—Espera —dijo casi en un susurro.

Ella se detuvo sin darse la vuelta.

—Es precioso —dijo cogiendo uno de los bocetos de su mesa—. Me ha impresionado mucho.

Daniela se dio la vuelta.

—Me alegro.

—¿Tiene algún significado?

—¡Lo tuvo!... para dos personas que se amaron.

—¿Podrías ser más concreta?

—Lo que hay detrás... su historia... no podrías entenderla.

—Y eso lo crees por...

—Ese objeto fue un talismán para Matt y para mi madre. Lo encontraron en su primera y apasionada noche de amor. La primera de las muchas que vivieron juntos —Se acercó unos pasos a él hasta quedar a una distancia muy corta—. Una historia de amor complicada y llena de obstáculos que afrontaron... cogidos de la mano. Fue la muerte la que los separó.

—Dani... —Suspiró—. No consigo aclarar nada de lo que hay en mi cabeza.

—Entonces solo puedo desearte buena suerte —Se dio la vuelta—. Buen viaje, y buen fin de semana.

—Daniela —susurró. Solo él pudo escucharlo.

Ella ya había desaparecido tras la puerta.

Había transcurrido más de tres horas desde que salieran de Madrid y Daniela seguía absorta en sus pensamientos mirando por la ventanilla del asiento trasero que compartía con Olivier. Nico conducía y Javier ocupaba el asiento del copiloto.

No esperaba la presencia de Olivier. Si Nico le había comentado que viajaría con ellos, no lo recordaba. Se alegró de que estuviera allí. Se sentía cómoda y segura a su lado. Por alguna razón que desconocía, él le transmitía energía positiva.

Completamente ajena a la conversación que mantenían el resto de ocupantes del vehículo, no escuchó la llamada de atención que le hizo Nico.

Solo reaccionó cuando notó que el coche estaba parado. Ni siquiera se dio cuenta de que se habían desviado para hacer un pequeño descanso.

—Joder, Daniela, ¿se puede saber dónde narices estás? —dijo, enfadado.

—Lo siento. Estaba perdida en... algún lugar, supongo. ¿Qué querías?

—Vamos a tomar algo. Aún queda un buen rato para llegar.

—De acuerdo. —Se bajó del coche. Vio que habían parado frente a una cafetería. Se moría por un café caliente.

Nico le lanzó más de una mirada asesina. Era su forma de decirle que dejara de darle vueltas a la cabeza. Consiguió intimidarla y se esforzó por participar de la conversación de los demás.

—¿Te gustaron los bombones, Daniela? —preguntó Javier con la boca llena devorando una porción de pastel que pidió para acompañar su café.

—¡Deliciosos! —Entrecerró los ojos.

—Eres la primera mujer a la que le regalo bombones —reflexionó Javier.

Daniela le besó en la mejilla.

—Tú también has sido el primero —dijo Daniela sonriendo.

—Esa frase no me la habían dicho nunca. —Javier negó con la cabeza y se echó a reír.

Todos se contagiaron de su risa.

—¿Feraud nunca te ha regalado bombones? —preguntó Javier.

—Solo tú, cariño —dijo Daniela intentando que la conversación continuara con un matiz divertido.

—¿Qué tal con él, Olivier? —preguntó Javier recordando todo lo que les había contado la semana anterior.

—Regular tirando a mal.

—¿No has vuelto a hablar con él del tema? —preguntó Nico interesado.

—Sí. Ayer tuvimos una especie de discusión.

—¿Se puede contar? —dijo Nico.

Daniela los observó a los tres. Parecían muy cómodos hablando. Se debían haber hecho muchas confesiones o bien había mucha química entre ellos.

—Sí, claro —Miró a Daniela—. Aunque parte de la conversación tiene que ver con...

—Puedes decirlo tranquilamente. Nico conoce el collar —Miró a Nico—. ¿Recuerdas el collar que me regaló Matt?

—¿El de tu madre?

—Sí. Tiene que ver con él.

—¿Y qué ha pasado con ese collar? —preguntó Nico a ambos.

—De camino os lo cuento —contestó Olivier—. Así se nos hace más ameno el viaje.

Tal y como anunció, les fue contando la historia por el camino. Les habló del collar, de la reparación, de la escena del laboratorio y de la presentación por adelantado que se vio obligado a hacer a Adrien para sacarlo de su error.

—¿Celos? —preguntó Nico.

—Eso parece —dijo Olivier suspirando.

—¿Y de vosotros no hablasteis? —preguntó, confundido.

—Lo intenté pero se negó. Me dijo que si no eran temas de trabajo, no tenía nada que hablar conmigo. Discutimos un poco y así se quedó. —No mencionó la advertencia de Adrien respecto a Daniela ni su contestación.

—¿De dónde ha salido ese collar? Creo que no me estoy enterando de nada —protestó Javier.

—Matt se lo regaló a mi madre —Esta vez fue Daniela quien se lo quiso aclarar a Javier—. Hizo que le diseñaran una joya inspirada en una caracola de mar que para ellos tenía un valor especial. La encontraron el primer día que estuvieron... juntos, en la playa.

Olivier tampoco conocía esa parte de la historia y la escuchó con mucha atención.

—¿Matt? —preguntó Javier—. ¿Matt no es tu tío?

—Sí. Es su tío —contestó Nico.

—Como ha dicho que estuvieron juntos en la playa, yo he entendido...

—Has entendido bien —aclaró Nico.

—¿Tu tío y tu madre estaban liados? —preguntó Javier con la naturalidad que le definía.

—Sí. Es una historia larga y complicada —dijo Daniela.

—Joder. ¿Pero Matt no era hermano de tu padre?

—Que sí, Javier, no seas más pesado —dijo Nico alterado.

—Oye, que me ha chocado. Solo quería que me lo aclarara —dijo con la misma naturalidad.

Era difícil alterarlo.

Daniela miró a Olivier. Es a él a quien sintió la necesidad de aclarárselo.

—Mis padres estaban mal y mi madre y Matt se enamoraron. —No se le ocurrió nada mejor para que la historia fuera coherente.

—Entiendo —Olivier la miró fijamente—. Esas cosas pasan.

Daniela captó enseguida el doble sentido de las palabras de Olivier. Estaban hablando de un hombre que se enamora de la mujer de su hermano.

—Y... ¿Cómo acabó? —preguntó Olivier sin dejar de mirarla.

—Cuando mis padres estaban a punto de separarse, mi madre tuvo un accidente y murió.

—¿Y tu padre?

—Murió poco después.

—¡Vaya! —exclamó Olivier impresionado.

—A eso lo llamo yo ser desgraciado —dijo Javier negando con la cabeza.

—Me gustaría preguntarte algo, aunque igual es muy personal. No tienes por qué contestarme.

—Olivier tenía un brillo especial en los ojos.

—Dime —lo animó a preguntar algo inquieta.

—Es que ese collar es importante para mí. Digamos que me apetece conocer su historia, pero si...

—Pregunta, Olivier —dijo Javier—. Yo también tengo curiosidad.

Daniela sonrió con la intervención de Javier. Nico movió la cabeza y se rio.

—¿Tu padre conocía esa historia?



—No —contestó rápidamente.

Durante unos minutos nadie dijo nada. Javier rompió el silencio. Si tenía algo en la cabeza lo decía sin más, sin importarle si seguía o no con el hilo de la conversación.

—A mí no me ha sorprendido la reacción de Feraud al enterarse de que tenía un hermano.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Nico.

—Siempre ha tenido su lado rarito. Cuando llegó a España se hizo muy amigo de Víctor, eran inseparables. Empezó a venir mucho por casa. Víctor nos advertía constantemente de que no le hiciéramos ninguna pregunta sobre su familia o sobre Francia. A mi padre una vez se le olvidó y le preguntó a que se dedicaba su padre. Se puso pálido. Se levantó, se fue al baño y no volvió en un buen rato. Cuando salió, se fue.

Daniela y Olivier se miraron. Javier continuó.

—Víctor nos dijo que tenía un trauma muy grande por la separación de sus padres. Vivía con su madre y con su tío, pero con este se llevaba muy mal. Tenía muchas discusiones. A veces se iba de casa sin decir nada y al poco rato su madre llamaba porque lo estaba buscando desesperada.

»Mi madre al principio no estaba muy contenta con que fuera amigo de Víctor. Siempre tenía problemas en el instituto y temía que fuera mala influencia para él. Yo no estaba de acuerdo. Lo que Víctor necesitaba era alguien que lo espabilase un poco.

Todos rieron con el comentario. Continuó hablando tranquilamente.

—Con el tiempo se dieron cuenta de que a pesar de tener el punto rarito era buen chico. Solo era un chaval con problemas. Después se fue convirtiendo en uno más de la familia. Siempre estaba en casa. Mis padres los adoran.

—¿Mejóro su relación con su tío? —preguntó Daniela muy interesada.

—Sí, pero tuvieron que pasar algunos años. Su tío era muy estricto. Un hombre muy serio — Se giró hacia Nico—. ¿Te acuerdas de él, Nico?

—Recuerdo cuando murió, pero yo no llegué a conocerlo.

—Era una de esas personas que intimida. Recuerdo una vez en la que Feraud desapareció. Se enfadaron por algo y se fue sin decir nada. Ya lo había hecho otras veces, pero aparecía al cabo de unas horas. Esa vez no supieron nada de él en todo el fin de semana. Ya llevaba en España un año más o menos.

»Víctor sabía dónde estaba. Era cómplice y se calló. Su madre y su tío estaban desesperados. Mis padres también. Todo el mundo buscándolo. Si no recuerdo mal, estuvo con Jaime, pero no me acuerdo bien. Al día siguiente apareció por mi casa, tan tranquilo. Mis padres llamaron rápidamente a su madre, pero fue su tío el que vino a buscarlo. Le dio una bofetada delante de todos que no se me olvidará en la vida.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Nico.

—Nada, ¿qué iba a hacer? Supongo que aguantar la humillación. Se puso a llorar y su tío se lo llevó.

—Pero... ¿Fue un hecho aislado o...? —preguntó Daniela preocupada.

—Sí, Daniela. No imagines cosas raras. Lo único que quería decir con todo esto es que tu chico vino a España con muchos problemas. Era muy rebelde y los primeros años tuvo muchos enfrentamientos con su tío. Pero con el tiempo se llevaron muy bien.

»Me caía bien, pero su llegada me cambió la vida. Víctor era muy paradito y yo era el que siempre me salía con la mía. Manejaba a mi hermano como me daba la gana hasta que llegó Feraud y lo espabiló. Le decía que yo era un enano y que no tenía que aguantarme, que él era el hermano mayor y tenía que imponerse. Lo entrenó bien y al final se me acabó el chollo. Víctor se rebeló.

Todos rieron a carcajadas.

—Eso se llama ser un buen amigo.

—Ya lo sé, pero a mí me fastidiaba. No veas cómo lo cambió.

Volvieron a reír.

Daniela y Olivier se miraron. Ambos entendieron que Adrien lo había pasado muy mal con la separación de sus padres. Javier les había ofrecido un pequeño relato de lo que debió ser su vida cuando llegó a España. Un chico traumatizado por el repentino cambio de vida que tenía que afrontar debido a la separación de sus padres. Un país nuevo, una nueva figura paterna con la que no acaba de entenderse...

Olivier dejó sus pensamientos a un lado, pero Daniela no pudo evitar continuar con ellos. Sintió una punzada de dolor. Seguramente con la llegada de Olivier había tenido que enfrentarse a muchos sentimientos que creía olvidados, pero que no lo estaban. ¿Por qué la había apartado así de su vida? Entendía que aquel tema era muy complicado para él y que estaba angustiado y perdido, pero no podía entender, por mucho que se esforzara en hacerlo, que la mezclara a ella en aquel asunto.

Cerró los ojos. ¿Cómo iba a superar todo aquello? Estaba tan enamorada de él...

El resto del trayecto lo pasaron prácticamente en silencio. Este se rompió en un par de ocasiones en las que Javier intervino para comentar algo que había visto por la ventanilla y le había llamado la atención.

Se encontraban en una de las amplias avenidas por las que se podía acceder a la ciudad cuando Javier comentó:

—Olivier, ¿has estado aquí alguna vez?

—Sí. Hace años. Fue por trabajo. Pasé cinco días. Me enamoré de esta ciudad. Es preciosa.

—Aquí nacimos Daniela y yo y pasamos gran parte de nuestra vida. Ella más que yo. Llevo años viviendo en Madrid y no lo cambiaría por nada. Me encanta, pero Barcelona sigue teniendo algo que no he encontrado en ningún otro lugar.

—Todas las ciudades tienen su encanto —dijo Javier, que era el que más había viajado de todos.

—¿Cuánto tiempo hace que no venías? —preguntó Olivier.

—No he vuelto desde que me fui hará unos seis meses.

Se hizo de nuevo el silencio. Todos estaban contemplando la ciudad.

Adrien se quedó hasta tarde en el despacho para adelantar todo el trabajo que no podría hacer los días que estuviera en París.

Su madre había insistido en que debían hablar en persona y él no quiso que se desplazara. Acababa de llegar de un largo viaje y no tenía muchas fuerzas para hacer otro.

Decidió estar más días de los que necesitaba para aclarar el tema con su madre. Sería una buena forma de intentar serenarse. París no era precisamente el mejor lugar para desconectar. Hacía pocos días que había viajado allí con Daniela y sabía que eso se interpondría continuamente entre él y su deseo de permanecer tranquilo.

Desde que ella saliera por la puerta no había dejado de darle vueltas al hecho de que ella fuera a Barcelona. Estaba seguro de que era eso lo que había escuchado tras la puerta. Al principio parecía indecisa, pero Nico debió convencerla para que aceptara. Seguramente estaba al corriente de lo que pasaba entre ellos y estaría preocupado por ella.

Víctor, como siempre, entró sin llamar en su despacho.

Llevaba un *pendrive* en la mano y se lo entregó a Adrien, que estaba sentado en su sillón.

—Increíble. Me encanta. Este tío es un artista —dijo refiriéndose a Olivier y su nuevo diseño. Adrien se lo había entregado esa mañana para que hiciera una valoración.

—¿Te ha gustado?

—Sí. Es lo que buscábamos sin duda.

—La semana que viene, cuando vuelva, quiero ponerlo en marcha.

—¿Adónde vas?

—A París. A ver a mi madre.

—¿Pasa algo?

—No. Ha estado de viaje mucho tiempo y tengo ganas de verla. Prefiero desplazarme yo. Ella está cansada.

—Claro —dijo, convencido.

Adrien y Víctor se enfrascaron en una conversación que duró más de una hora sobre la planificación y ejecución del nuevo diseño.

—Hablaré con Olivier, pero será el lunes. Hoy se ha ido pronto —dijo Víctor.

—¿Ya se ha ido? —preguntó Adrien, sorprendido. Solía quedarse los viernes por la tarde.

—Sí. Hoy llevaba prisa, se iba a Barcelona.

Adrien sintió una fuerte presión en el pecho. Como si alguien le hubiera golpeado.

—¿Barcelona?

—Sí. Ha ido con mi hermano y con Nico, a no sé qué de una exposición de no sé quién — Víctor lo relataba con toda naturalidad ignorando el efecto que sus palabras estaban causando en su amigo—. Javier me propuso que me fuera con ellos.

—¿Y por qué no te animaste a ir? —preguntó con esfuerzo para que Víctor no viera en el estado que se encontraba.

—Porque van en coche y vuelven mañana por la noche. El domingo tienen un compromiso de trabajo y tienen que estar aquí. Demasiado rápido.

Adrien no quería seguir hablando con Víctor. Necesitaba estar solo. Ordenó su mesa esperando que diera por concluida la reunión y se marchase.

Le envió un correo interno a Daniela con varias instrucciones.

—Me voy a casa. Estoy cansado.

—¿Y Daniela? No la he visto en todo el día.

—Hace un rato que se ha marchado —dijo con desgana.

Víctor miró a Adrien buscando algún indicio de su estado de ánimo, pero no lo encontró. Adrien llevaba la máscara de acero puesta y en esas ocasiones era imposible ver a través de ella.

—¿Qué ocurre, Adrien? ¿Todo está bien entre vosotros?

—Víctor, necesito irme y estar solo. Por favor, no insistas. Cuando vuelva de París hablamos. Te lo cuento todo, te lo prometo, pero ahora no.

Víctor asintió. Se acercó a su amigo y le apretó fuertemente el hombro con la mano.

—Saluda a Celia de mi parte. Si antes de irte quieres hablar, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias. Ocúpate de todo lo que hemos hablado. Necesito lanzar esta pieza lo antes posible.

Cuando Víctor salió por la puerta, Adrien se acercó a ella para cerrarla con pestillo. Volverió a su asiento y se dejó caer sin fuerzas.

¿Barcelona? ¿Estaban juntos en Barcelona?

«Asegúrate de tener siempre la barrera bajada», recordó las palabras de Olivier. Sintió ganas de golpearlo todo y de llorar al mismo tiempo.

No soportaba aquella sensación. Daniela fuera de su vida y de su alcance porque él la había echado. Olivier a su lado. Un hermano que aparece de repente para recordarle toda la mierda que intentó olvidar. Un collar que representaba una parte de Daniela que no había compartido con él. Le iba a estallar la cabeza.

Daniela fue la primera en levantarse. Habían reservado dos habitaciones en el hotel y una de ellas la compartían ella y Nico. Javier y Olivier ocupaban la habitación contigua.

La noche anterior, tras dejar sus cosas en el hotel y darse una buena ducha, salieron a cenar.

Tras la cena recorrieron varios locales nocturnos disfrutando de las copas y de la música. No hablaron de ningún tema que pudiera incomodarlos. Javier les hizo reír con sus comentarios. Tenía un don especial para deformar la realidad con una ironía muy divertida y refrescante.

Unos amigos de Nico se unieron a ellos cuando les avisó de que se encontraba en la ciudad. Daniela conocía a uno de ellos y pasaron un buen rato recordando algunas de las veces que habían salido a disfrutar de la noche de Barcelona años atrás. Esos momentos pertenecían a una época, breve pero intensa, que Daniela recordaba con cariño.

A pesar del buen ambiente de la noche, fueron muchas las veces que ella se evadía en sus pensamientos. Le costaba volver a coger el hilo de las conversaciones y asentía sin saber ni siquiera lo que le habían comentado.

Adrien ocupaba sus pensamientos. Imaginó cómo hubiera sido volver a Barcelona con él y disfrutar de la ciudad en su compañía. Le echaba de menos. Pasarían varios días hasta que volviera a verlo. Él iba a estar en París hasta el miércoles. Aunque no le había hablado del motivo por el que viajaba a París, sabía que iba a visitar a su madre.

Todo lo que sabía era por Olivier. Él le había comentado su conversación con Celia, aunque sin darle demasiado detalles. Solo que estaba muy preocupada y que después de la visita de Adrien le llamaría.

Nico estuvo muy pendiente de ella. Cuando la veía distraída, la miraba severamente y ella reaccionaba al instante. Olivier bromeó con ella por ese motivo durante toda la noche. Este también estuvo pendiente de ella y la sacó a bailar en alguna ocasión.

Entró en la ducha, después de comprobar que Nico dormía profundamente.

Al salir se encontró con Nico sentado en la cama. Le indicó con un gesto que se sentara a su lado. Daniela conocía aquella expresión en su amigo. Se avecinaba un discursito.

—Entiendo que estás pasando un mal momento, pero no quiero verte así. No quiero esa mirada ni esa actitud de derrota. Si quieres hablamos o gritamos o le damos patadas a las paredes. Lo que sea menos lo que estás haciendo.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Machacarte con pensamientos que te destruyen. No te puedes permitir esos lujos. No ahora, no tú.

Daniela bajó la cabeza. Estaba perdida con Nico. No le entendía bien.

—Sé que le quieres, pero este no es el camino.

—No sé si te entiendo. Yo...

—Se acabó el tema. Te quiero ver de otra forma. —Salió de la cama y entró en el baño.

Se reunieron con Javier y con Olivier en el restaurante del hotel para desayunar. Ambos parecían agotados. Habían dormido poco y no paraban de quejarse.

—Si por ti fuera, aún estaríamos allí. Te dije que nos fuéramos mil veces. Sabías de sobra que hoy no nos podíamos levantar tarde —dijo Nico, malhumorado.

—Os fuisteis a dormir a la misma hora. ¿Por qué tenéis tan buen aspecto? —preguntó Javier, adormecido.

—Por que antes de bajar nos hemos dado una ducha —dijo Nico con burla.

—A mí no me ha dado tiempo. Olivier se ha adelantado y se ha apropiado de la ducha. Le he dicho que si nos podíamos duchar juntos, pero no ha querido —se quejó Javier.

Todos rieron.

—Tenías tiempo de sobra para ducharte, pero has aprovechado para dormir hasta el último momento —aclaró Olivier.

—Si te lo hubiera pedido Daniela, seguro que a ella le hubieras dejado compartir ducha —dijo Javier devorando unas tostadas que llevaba más de diez minutos preparándose.

Daniela se atragantó con el café al escuchar el comentario. Nico y Olivier pusieron los ojos en blanco. Nunca se acostumbraban a las salidas de Javier.

Todos observaron a Nico, que conducía en silencio en dirección a la sala de arte. Javier le preguntó si se encontraba bien y se limitó a asentir con la cabeza. Daniela ni siquiera se enteró de ese comentario, seguía perdida en sus pensamientos con la única imagen de Adrien grabada en su mente.

Le llamó la atención la ruta que había escogido Nico para llegar a la sala de arte. Se estaban desviando mucho y no entendió a qué se debía.

—Nico. Por aquí no es. Te estás alejando mucho.

—Primero vamos a hacer una parada. Será un momento.

Daniela sintió un nudo en el estómago. Aquel era su barrio. El barrio donde creció con Nico y con Ana. Pasaron por la calle donde Daniela vivió con sus abuelos y se detuvo justo delante del portal.

—Daniela y yo vamos a subir un momento. Esperadnos en el coche —ordenó.

—No, no entiendo de qué va esto, pero no voy a ir a ninguna parte. Arranca el coche, Nico —dijo ella, alterada.

Nico salió del coche y abrió la puerta para que saliera. Ella negó con la cabeza. Olivier y Javier se miraron sin entender lo que estaba pasando.

—Daniela, baja del coche. —Nico sostenía la puerta. Estaba muy enfadado.

Ella cerró los ojos sin moverse.

—Baja o te bajo —gritó.

Todos se sobresaltaron con el grito de Nico. Olivier interrogó con la mirada a Javier, pero este se encogió de hombros.

Daniela salió del coche. Nico la cogió de la mano y prácticamente la arrastró hasta el portal. Conocía muy bien a Nico y sabía cuándo no debía enfrentarse a él.

Nico llamó a un timbre y pidió que le abrieran la puerta para acceder al interior del edificio. Ella estaba tan nerviosa que no alcanzó a escuchar con claridad lo que hablaba.

Poco después subían en el arcaico ascensor hasta la tercera planta. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, ella retrocedió.

—Por favor, Nico, no quiero entrar ahí. Por favor, no me hagas esto.

—No vamos a entrar —le informó con el ceño fruncido.

Tiró de ella y la llevó hasta la puerta que buscaba.

—Quiero que recuerdes lo que viviste al otro lado de esta puerta.

—Nico...

—Quiero que recuerdes la mierda de vida que llevaste durante años. Quiero que recuerdes cómo te castigaste y como te destruiste —continuó.

El pecho de Daniela se movía con fuerza.

—¡Mira la puerta, Daniela! —dijo alzando la voz.

Ella obedeció con los ojos llenos de lágrimas.

—Recuerda el día que la cerraste por última vez para empezar una nueva vida. Tú misma me contaste lo que sentiste al hacerlo —Bajó el tono—. En esa nueva vida, la que estás viviendo ahora, no hay cabida para toda aquella mierda. No quiero volver a ver esa mirada autocompasiva, destructiva. Hoy he vuelto a verla.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Nico aún la tenía sujeta de la mano. Se la apretó con fuerza hasta conseguir que ella se quejara por el dolor. Se la soltó y la cogió por la barbilla.

—Saliste de aquí con mucha ilusión para empezar una vida que te merecías vivir. Hablamos de que encontrarías muchos obstáculos en el camino, como los encontramos todos, pero debes intentar superarlos de otra manera.

—Lo de Adrien me afecta —dijo con dificultad. Le temblaba la voz.

—Sabes que no me refiero a eso. No te estoy pidiendo que te vuelvas de hielo. Claro que te afectan las cosas, y duelen, y preocupan, y joden, pero de ahí a que te destruyas de nuevo... la línea es muy frágil, Daniela. Te lo dije ayer.

»Esto es comparable a una adicción. Hace poco que te has desprendido de algo tóxico en tu vida y tienes que tener mucho cuidado en no caer de nuevo. Será una lucha constante y con los años llegarás a combatirla, pero de momento tienes que ir con mucho cuidado, porque las recaídas son peores. Se empieza con una pequeña dosis. Después la necesidad de más dosis para sentir alivio. Un «A mí no me va a pasar, yo lo controlo» y cuando te quieres dar cuenta estás hasta el cuello de mierda.

»Esa sustancia tóxica, esa maldita droga, en tu caso se llama autocompasión, y en grandes dosis puede ser letal.

—¿No crees que estás exagerando un poco? —Cogió aire con fuerza y lo soltó con dificultad.

—No exagero, Daniela. Recuerda lo que te llevó a vivir aquella vida que por poco te destruye. Fue la falta de confianza en ti misma, el dejar de quererte, el no ser capaz de decidir sobre tu vida y dejar que lo hicieran los demás. Te refugiaste en el miedo, te escondiste del mundo y de ti misma.

»Puede que creas que exagero, pero no es así. Vi cómo durante años te ibas apagando, cómo te dejabas arrastrar por la vida con la única esperanza de que existiera el destino y tuviera una gran sorpresa guardada para ti.

»Dejaste que unas personas que nunca demostraron quererte te hundieran y se apoderaran de tu voluntad y de tu sonrisa.

—Quiero entenderte.

—Me pregunté si fui el amigo que necesitabas, muchas veces. Tendría que haber detenido aquello. Haberte sacado a rastras de ese puto piso. Tendría que haber llamado a Matt. Te tendría

que haber secuestrado, haberme presentado en tu casa una noche y ser yo el que hundiera la almohada más grande en el rostro de esa bruja. Pero no lo hice y me he culpado muchas veces por ello.

—No, Nico, yo...

—Ni se te ocurra darme un discursito sobre eso. No me vas a decir que no tuve la culpa y bla, bla, bla, porque no lo quiero ni lo necesito. Soy una persona práctica y realista. Sé aprender de mis errores, no me hundo en ellos. Por eso no estoy dispuesto a ver cómo te vuelves a hundir de nuevo.

—¿Qué es lo que dices haber visto en mi mirada? —Se enjugó algunas lágrimas.

—El miedo, la tristeza, la inseguridad —Le cogió la barbilla con una mano y con la otra le secó las lágrimas—. Te quiero. Eres mi hermana pequeña. No, mi única hermana. No puedo impedir que te hagan daño, pero sí voy a impedir que te lo hagas tú misma.

Daniela se lanzó a sus brazos. Nico la apretó con fuerza.

—Mira esa puerta, Daniela. Quiero que veas lo que viviste al otro lado como un pasado lejano, muerto, enterrado.

Volvió la cabeza para mirar la puerta. Las lágrimas le nublaban la vista. Solo podía ver una oscura mancha de color marrón. Tras unos minutos sin dejar de mirar, asintió con la cabeza. Era una forma de decirle que ya se podían ir y que lo había entendido.

Se abrazaron mientras descendían en el ascensor y por primera vez en toda la mañana Nico sonrió.

Cuando llegaron al coche ninguno de ellos comentó nada. Ni siquiera Javier. Olivier observó a Daniela. Había llorado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, lo estoy... aunque no lo parezca. —Alzó la vista. Localizó los ojos de Nico reflejados en el retrovisor. La estaba observando. Dibujó una sonrisa y él hizo lo mismo.

—Con lo bonita que es Barcelona —dijo Javier—, fuisteis a vivir al peor sitio. ¡Qué fea es esta calle! ¡Vámonos de aquí! —Giró la cabeza para mirarla a ella y luego la dirigió a Nico, que empezaba a mover el coche—. Me están viniendo unas malas vibraciones...

Olivier y Nico se rieron. Daniela sonrió. Javier era perfecto para relajar ambientes tensos y distraer a la gente.

La exposición resultó ser de lo más aburrido para Olivier y Daniela. Llevaban más de media hora paseando por las amplias salas, mientras Nico y Javier hablaban con el autor de las obras.

—¿Esto se supone que es arte? —dijo Daniela señalando un cubo metálico que descansaba sobre un pedestal.

—Yo me considero un artista y un amante del arte, pero esto...

Nico se acercó a ellos.

—Lo sé, chicos. Sé lo que estáis pensando —Se giró para observar lo que ellos miraban—. Miquel es un gran amigo y significa mucho para él que estemos aquí. Su arte es complicado de entender.

—¿Complicado? Te aseguro que me estoy esforzando. Yo utilizaría la palabra imposible —dijo Olivier.

Daniela señaló una urna que había a su lado. Era una pequeña esfera del tamaño de una pelota de ping-pong, formada por alambre y papel de periódico coloreado, atravesada por un cepillo de dientes. Resultaba desagradable a la vista.

—Olivier, esto seguro que le gustaría a Adrien para la nueva colección.



Nico y Olivier se taparon la boca para no hacer ruido al reírse.

—Javier y yo estaremos aquí un buen rato. ¿Por qué no os dais una vuelta? —Miró a Olivier—. Coged el coche si queréis. Podríamos quedar luego en algún lugar para comer.

—Sí. Creo que será lo mejor —Miró a Olivier—. Vamos, te llevo a un sitio que me gusta mucho.

De camino al coche, Daniela escuchó el sonido de su móvil anunciando un mensaje.

«Adrien».

*¿En Barcelona? Estoy sorprendido. ¿Por qué has vuelto?*

Olivier la observaba sin preguntar. Ella respondió rápidamente.

*Necesitaba recordar por qué me fui de este lugar y por qué juré que nadie volvería a hacerme daño.*

*Al parecer se me había olvidado...*

—¿Todo bien? —preguntó él.

Ella le tendió el móvil para que leyera el mensaje. Él lo aceptó y lo leyó en silencio.

—Venga, vamos a ver ese paisaje del que me has hablado. La cogió por la cintura y la estrechó contra su cuerpo mientras caminaban.

Desde la colina en la que se encontraban, las vistas eran espectaculares. Se podía ver toda la ciudad. No habían tardado más de veinte minutos en llegar.

Se detuvieron tras un grueso muro de piedra. Daniela apoyó los codos en él para descansar la cabeza y disfrutar de las vistas. Olivier inclinó más su cuerpo para adoptar la misma postura que ella.

—¿Qué ha pasado con Nico? —preguntó Olivier—. ¿Qué hay en esta ciudad que te afecta tanto?

—Nico me ha llevado al lugar donde viví con mis abuelos. Llegué a España cuando tenía siete años, después de que murieran mis padres, y ellos me criaron.

—¿Por qué te ha llevado hasta allí? No querías subir.

—Mi vida aquí fue complicada, Olivier. Los últimos años todavía lo fueron más. Me marché cuando murió mi abuela con el único objetivo de olvidar y empezar una nueva vida. Nico me ha visto triste estos días. No quiere que me hunda y me llevó hasta allí para que recordara lo que había vivido. Esa casa pertenece a un familiar de mi abuela. No hemos entrado, solo nos hemos quedado en la puerta. Ha sido una especie de terapia. Nico es muy especial, como sabes.

—¿Qué pasó cuando llegaste a Madrid? Recuerdo que Nico y Javier mencionaron tu visita, pero poco después dijeron que te habías vuelto a marchar. Cuando llegaste a Versus tardé en relacionarte con ellos, pero luego Javier me habló de ti. Luego te vi con Adrien y... me hice un lío. Cuéntamelo todo. Desde el principio.

—Es una historia muy larga.

—Abrevia. Venga, quiero conocerla.

Daniela resumió los motivos por los que se marchó de Barcelona y cómo había sido su vida junto a sus abuelos. También le habló de su llegada al balneario y de cómo conoció a Adrien. No le proporcionó todos los detalles de la historia, mucho menos de su relación con Adrien, pero sí los suficientes para que entendiera cómo había sido su vida.

Se dirigieron de nuevo al coche para reunirse con Nico y Javier como habían acordado.

—Ahora entiendo algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Los comentarios que te había hecho Javier sobre tu vida anterior, la profundidad con la que

te expresas muchas veces, tu relación con Adrien —Hizo una breve pausa—. También entiendo algunos comentarios que has hecho sobre los deseos de vivir. Y por supuesto también entiendo a Nico. Lo que pretendía hacer hoy.

—Estaba muy enfadado. Cuando se pone así da miedo, pero luego... me hace reaccionar.

—¿Cómo te sientes, Daniela?

—Ahora mismo contenta de haber compartido la historia de mi vida contigo. —Sonrió.

—Me refiero a cómo te sientes en general.

—Por un lado estoy enfadada conmigo misma. El hecho de que Nico haya considerado que tenía que recordarme esa parte de mi vida para que no volviera a caer, me duele. Por otro lado estoy confundida, enrabiada con Adrien por apartarme así de su vida. También me siento incómoda al pensar en el trabajo. No creo que pueda aguantar mucho tiempo allí. No soy capaz de separarlo. No creo que tenga que pasar por eso.

»En pocos días todo ha dado un giro inesperado y la velocidad de los acontecimientos ha sido más rápida que mi cerebro para procesarlos. Me deja en un lugar vacío y molesto. Evito pensar en todo eso y acabo actuando por inercia.

—Todavía puedo entender menos a Adrien. Supongo que él conoce esa parte de tu vida, ¿no?

Ella asintió con la cabeza. Él continuó:

—Habéis compartido vuestros miedos y vuestro pasado. No entiendo su actitud. Su necesidad de demostrar que él sufre más que nadie. Antes le admiraba, ahora... te juro que cuando pienso en él se me revuelve el estómago —Hizo un gesto de desprecio—. Si no fuera por las personas que he conocido aquí, como tú, o como Javier y Nico, pensaría que venir a Versus ha sido el mayor error de mi vida, e intentar acercarme a Adrien, un error mayor.

—No. Olivier. Yo también podría decir lo mismo y no tendría sentido. He tenido un pequeño bajón como bien me ha recordado Nico, pero te puedo asegurar que en lo poco que llevo viviendo mi «nueva vida» he aprendido que hay que tirar para adelante. Mirar hacia atrás es una manera de estancarte y no avanzar.

—Entonces sigamos adelante. No le demos más vueltas y veamos qué es lo que nos tiene preparado el destino.

—¿Crees en él?

—Creo que hay algo escrito.

Ambos rieron. Se reunieron con sus amigos y disfrutaron de una comida deliciosa. Nico escogió un restaurante con vistas al mar. Javier y Olivier se dedicaron a hacer comentarios sobre la exposición y el arte en general que provocaron que ella y Nico rieran a carcajadas continuamente. Nunca se había reído tanto como en aquel momento. A Javier ya lo conocía, pero esa faceta de Olivier, no. La sorprendió gratamente. Se sintió más cerca de él de lo que le hubiera gustado.

Daniela esperaba en el salón de la casa de Olivier a que este terminara de cambiarse para que pudiera llevarla a casa. Le había propuesto que se quedara a cenar, pero ella declinó la invitación alegando que estaba cansada y necesitaba dormir.

La noche anterior llegaron muy tarde y ella se quedó a dormir en casa de Nico porque él insistió que no debía estar sola ese fin de semana. Después de un viaje de seis horas no estaba dispuesta a discutir con él, así que aceptó quedarse.

Ella y Nico durmieron hasta tarde, mientras que Javier se levantó temprano para atender un compromiso de trabajo, el mismo que impidió que pasaran una noche más en Barcelona. Comieron lo que preparó Daniela, con los pocos ingredientes que encontró en la nevera, y disfrutaron de una conversación mucho más tranquila que las anteriores.

A media tarde, Javier llamó a Nico para que se reuniera con él. Le necesitaba para poder terminar una sesión de fotografías que estaba realizando en un evento privado.

Mientras Nico se preparaba para salir al rescate de Javier, Olivier llamó a Daniela para decirle que su collar estaba terminado y que quería entregárselo. Insistió en enseñarle su casa y pasar allí lo que quedaba tarde, y aunque en un principio dudó en aceptar la invitación, Nico se ofreció a llevarla y ese gesto de apoyo fue suficiente para que aceptara.

Olivier vivía en el otro extremo de la ciudad. Nico le contó que cuando llegó a España se instaló en un piso muy pequeño y en unas condiciones bastante lamentables. Cuando iniciaron su amistad, le ayudaron a encontrar el piso en el que vivía en ese momento. Javier no pudo alquilarle el suyo porque entonces estaba ocupado y tenían que esperar a que venciera el contrato.

Cuando aparcó el coche delante del portal de su casa, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Daniela... solo quiero que estés bien y que te diviertas. Simplemente ten cuidado y... no olvides que siempre estoy ahí.

Daniela sonrió. Nico le recordaba a menudo que estaba a su lado para todo y que quería que fuera feliz. No era algo nuevo que escuchara de su boca, pero en el momento que le aconsejó que fuera prudente supo que se estaba refiriendo a Olivier.

—No te preocupes, tengo cuidado. ¿Hay algo que quieras decirme?

—No necesitas que te diga nada. Ayer ya te dije bastante. Solo que tires para adelante y que tengas siempre las antenas bien puestas.

Olivier le tocó en el hombro al verla tan distraída. Ella dio un respingo. Estaba tan metida en sus pensamientos que no lo vio llegar.

—Mi reino por tus pensamientos —dijo él con una amplia sonrisa.

—¿No era por un caballo?

—Es que sé que no tienes caballo. —Le guiñó un ojo.

—¿Y tú? ¿Tienes reino?

—Te encuentras en él —Abrió los brazos—. Y esta tarde incluye princesa...

—¿Princesa? —Fingió estar ofendida—. Ya me has quitado categoría.

—De momento... princesa. Aunque... estoy seguro que en breve... Serás reina.

Daniela se ruborizó con el doble sentido de sus palabras. Él disfrutó del momento.

—¿Nos vamos? —preguntó para sacarla del apuro.

Ella asintió y se levantó.

—Me gusta tu casa. Nico me contó que te ayudaron a instalarte.

—Sí. Nico y Javier se han portado muy bien conmigo siempre. Son buenos amigos.

Daniela echó un último vistazo al salón. Le gustaba la forma en que había decorado su casa. Muchos objetos decorando las estanterías y las paredes y mucho color. El resultado era muy agradable. Visualizó la casa de Adrien y sonrió para sus adentros al recordar lo diferente que era a la de Olivier. Adrien se inclinaba por los colores muy pálidos y la ausencia casi total de objetos decorativos.

«Una de tantas diferencias», pensó.

Al salir, Daniela sintió tristeza. Le inquietó la idea de volver a su casa y estar sola. No era de esas personas que no soportaban la soledad, al contrario, pero últimamente eso significaba darle vueltas y más vueltas a la cabeza con todas las consecuencias negativas que eso suponía.

También debía ser sincera y admitir que le gustaba estar con Olivier. Cuando lo hacía se olvidaba de todo lo que le preocupaba y se sentía más segura y fuerte que nunca.

Aparcaron al final de la calle. Olivier la acompañó hasta el portal.

Ella acarició el collar que llevaba puesto.

—Gracias de nuevo, Olivier. —Le sonrió dulcemente.

—No me des más las gracias. Soy yo quien debe dártelas. Ese collar me ha salvado de un bloqueo artístico que seguro me iba a traer problemas. No era capaz de diseñar nada.

Se miraron fijamente el uno enfrente del otro y durante lo que pareció una eternidad no dijeron nada.

—Le das un sentido diferente a todo.

—Eso es porque soy muy profunda.

Ambos rieron.

—¿Es esto el principio de una gran amistad? —preguntó.

—Eso espero —dijo ella firmemente—. Me alegro de haber compartido contigo esa parte de mi vida.

—Y yo me alegro de que lo hayas hecho —Le acarició la mejilla—. Me he sentido más cercano a ti. Nuestras historias tienen aspectos en común.

Ambos sonrieron. Olivier se acercó a ella para abrazarla. La cogió fuertemente y la levantó del suelo. Ella se quejó y se echó a reír. Cuando la devolvió al suelo, el abrazo se hizo más intenso.

—¿Por qué no brindamos por esta amistad?

Ella se echó a reír. Se dirigió al interior del portal. Él se la quedó mirando con una mueca infantil que a ella la hizo estallar en una carcajada. Le tendió la mano y él corrió a cogérsela.

—Anda, sube. Me parece que tienes tantas ganas de estar solo como yo.

Adrien sintió que el corazón se le iba a salir del pecho cuando los vio. Llevaba un buen rato esperando en el interior de su coche a que ella apareciera y lo que menos esperaba encontrar era a Olivier a su lado dirigiéndose hacia su casa.

Se reían, se tocaban la mejilla, se abrazaban. Aquel abrazo era intenso. Parecían estar tan compenetrados...

Había decidido hacerle una visita antes de ir al aeropuerto. Debería haberla llamado antes, pero esa decisión la tomó a última hora y pensó que el corto trayecto que separaba su casa de la suya podría servir para pensar qué era lo que le iba a decir si la veía. Pensó en explicarle el motivo de su viaje, o en decirle que a su vuelta hablarían tranquilamente. Pensó en no decirle nada y besarla, porque sabía lo mucho que necesitaría hacerlo cuando la tuviera delante. Pensó en la posibilidad de no encontrarla y el vacío con el que se iría a París. Pensó y pensó, pero en ningún momento pasó por su cabeza que podría encontrarse con lo que tenía delante de sus ojos.

El mensaje que ella le había enviado el día anterior en respuesta al suyo le había hecho daño. Había despertado en él un sentimiento de culpa por haber contribuido a despertar el demonio del que tanto había huido Daniela: su pasado.

Se convenció de que su viaje a Barcelona había sido solo algo circunstancial. Una propuesta de Nico para que no se quedara sola. No quiso volver a pensar en Olivier compartiendo ese viaje con ella.

Lo que estaba contemplando fue suficiente para que el poco orden que había conseguido poner a sus ideas se esfumara, dejándole un vacío mayor que el que ya existía.

Se tranquilizó cuando vio que ella se dirigía sola al portal, pero solo pudo disfrutar unos instantes de esa calma. Segundos después su respiración volvía a ser agitada, justo en el momento que ella le tendía la mano y desaparecían juntos.

Se sujetó con fuerza al volante y respiró hondo varias veces hasta sentir que el aire salía de sus pulmones con normalidad.

Odiaba a aquel hombre. Desde que le habló del lazo de sangre que compartían, todo su mundo había dado un giro.

Pasó más de diez minutos en el coche después de perderlos de vista. Consultó su reloj y vio que disponía de mucho tiempo antes de ir al aeropuerto. Había venido a hablar con ella y no se iba a ir sin hacerlo.

Desde el coche vio a un hombre de avanzada edad acercarse al portal. Se bajó del coche rápidamente y cruzó la calle para llegar hasta él. Los lentos movimientos del anciano le permitieron llegar antes de que cerrara la puerta. Se colocó tras él y le explicó amablemente que iba a visitar a Daniela. El hombre asintió con la cabeza. Parecía aliviado por la explicación, y se apartó para dejarlo pasar.

Adrien subió por las escaleras, cediendo el ascensor al anciano, que seguro lo iba utilizar. Se detuvo ante la puerta con la mano alzada dispuesto a llamar al timbre. Sentía pánico de lo que pudiera estar a punto de interrumpir.

Olivier se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Daniela se quitó el collar y lo guardó en la caja que sacó de su bolso. Él la miró sorprendido.

—No es cuestión de llevarlo puesto a todas horas —Le aclaró—. Seguro que me lo vuelvo a cargar. —Él sonrió.

Dejó la caja sobre la mesa y se dirigió a la cocina.

—¿Te vas a quedar a cenar?

—Depende de lo que me ofrezcas para cenar.

Ella asomó la cabeza por la puerta fingiendo indignación.

—Soy de París. Tenemos un paladar exigente.

—Pues dile a tu exigente paladar de París que mi nevera está vacía y que no exija mucho.

El se echó a reír.

—Era una broma. Llevo siglos viviendo solo. Si tú supieras las cosas que he llegado a comer... —Puso los ojos en blanco—. Claro que me quedo. Será un honor, señorita de Barcelona. Nico y Javier hablan maravillas de tus habilidades culinarias.

—¿Me estás haciendo la pelota para que un día cocine para ti? —Volvió con dos copas de vino.

—¿Se ha notado?

—Un día te invitaré a cenar algo típico de Barcelona. Hoy tendremos que conformarnos con pedir una pizza.

—Hecho. Me encanta la pizza.

El timbre de la puerta los asustó. Daniela se levantó para abrir casi convencida que sería Nico el de la visita.

Cuando vio a Adrien allí plantado, pensó que estaba soñando. Su boca se abrió ante la sorpresa.

—Pensaba que estabas en París.

—No recuerdo haberte dicho adónde iba. —La miró desafiante.

—Ni yo que iba a Barcelona —le dijo, tajante.

—Voy camino del aeropuerto. Quería despedirme. ¿Estás muy... ocupada?

Olivier apareció tras ella con el abrigo en la mano. Cuando identificó la voz del visitante, decidió que lo mejor sería marcharse de allí. Tendrían muchas cosas de qué hablar.

—Yo ya me iba. Os dejo solos. —Se dispuso a salir, pero Adrien no se apartó de la puerta.

Daniela miró a Adrien para ver su reacción al descubrir la presencia de Olivier, pero este no se inmutó.

Adrien le lanzó a su hermano una mirada cargada de frialdad y odio.

—No quería molestar. ¿He interrumpido algo importante? —dijo Adrien con ironía.

Daniela y Olivier se miraron disgustados.

—¿Me dejas pasar? —le preguntó Olivier, aunque en realidad le hubiera gustado apartarlo a golpes.

—No es necesario que te vayas. Creo que el que sobra aquí soy yo.

Olivier guardó silencio, pero fue por respeto a Daniela. No quería iniciar una batalla verbal que no les conduciría a nada. La tensión que había en el ambiente les correspondía a ellos

afrontarla. Muy a su pesar, tenía que salir de allí.

—¡Adrien! —dijo ella indignada.

Se apartó para dejarlo pasar. Olivier pasó rápidamente desapareciendo por las escaleras.

Daniela se dio la vuelta y entró en el salón. Él la siguió, cerrando la puerta.

Ella se detuvo frente a él impidiendo que avanzara más.

Adrien la miró un largo rato. Ella no apartó la mirada.

—¿Por qué huye? ¿Hay algo que deba saber? —preguntó con arrogancia.

—El único que huye eres tú. Él solo ha considerado que debía marcharse para que pudieras decirme lo que sea que hayas venido a decirme.

—¿Por qué estaba aquí?

—Porque somos amigos —dijo ella empezando a perder la paciencia—. Y que conste que no debería aclarártelo. Me has sacado de tu vida en todos los sentidos. No tengo que darte explicaciones.

Adrien se acercó a ella y le acarició los labios con la mano. Descendió hasta el cuello. Se inclinó para besarla lentamente. Cuando sus labios se posaron sobre los de ella, Daniela cerró los ojos. Sentir aquellas caricias la hizo desarmarse. Necesitaba tanto su contacto, sus besos...

Adrien se lanzó a devorar su boca de una forma salvaje y descontrolada. Ella se quejó de la invasión. Nunca la había besado de aquella forma tan despiadada. Sintió el sabor de una gota de sangre en la boca. Le había mordido el labio. Emitió un quejido que él ignoró.

La levantó por las axilas dejándola suspendida en el aire unos segundos y la empujó contra la pared más cercana. Pegó su cuerpo al suyo para sujetarla y le cogió las piernas para que les rodeara la cintura. Ella lo hizo por inercia. Era incapaz de pensar.

Le besó en el cuello y le clavó ligeramente los dientes en él emitiendo un gruñido.

—Adrien... —le dijo suplicante. Estaba asustada.

Él la llevó cogida de la misma forma hasta la habitación y la soltó en la cama con brusquedad. Se colocó encima de ella y le subió la falda bruscamente.

Daniela se quedó paralizada incapaz de reaccionar. No era aquel contacto el que deseaba, aquello era frío, salvaje, como un castigo.

Sintió el frío que dejó la ausencia de sus braguitas, las que él había bajado con fuerza.

—Adrien, para. ¿Qué estás haciendo? —dijo sollozando.

Intentó incorporarse. Él la detuvo posando una mano en su vientre y obligándola a tumbarse de nuevo. Se colocó entre sus piernas y se bajó los pantalones sin llegar a quitárselos. La sujetó por los brazos y los subió por encima de su cabeza. Ella no podía moverse por el peso de su cuerpo.

Adrien vio el terror en su mirada y se quedó paralizado. Durante unos segundos la miró fijamente.

—¡No! ¡No, cariño! No me tengas miedo. Este no soy yo. —Apoyó su frente en la de ella.

La mirada de Daniela pasó del terror a la confusión.

Adrien le besó el labio inferior. Colocó sus manos a ambos lados de su cuerpo y con un dedo presionó la herida que le había provocado en el labio. La besó en la herida con dulzura.

Poco a poco se fue introduciendo en su interior. Daniela lo recibió doblando las piernas para facilitarle la entrada. Su cuerpo abandonó algo de tensión.

Adrien inició una serie de movimientos lentos que mantuvo durante largo rato. Ella cerró los ojos y ladeo la cabeza ligeramente disfrutando del contacto.

Adrien aumentó la velocidad y la fuerza de sus embestidas. Volvía a aparecer aquel hombre insensible y brusco que hacía unos minutos había desaparecido, asegurándole que ese no era él. Ella lo miró confundida buscando en su rostro alguna respuesta, pero su rostro estaba

desencajado.

Adrien respiraba con dificultad. Se detuvo bruscamente y salió de su interior. Le dio la vuelta con un solo movimiento.

—No puedo. ¡No puedo! —gritó con fuerza—. Él ya ha estado aquí. Maldita sea, no puedo.

—¡Adrien, basta! No vayas por ahí —dijo con la voz entrecortada.

Él salió de la cama. Se subió los pantalones sin llegar a abrocharse el cinturón. Se pasaba la mano por la cabeza moviéndose ligeramente en círculos por la habitación.

Daniela se dio la vuelta asustada.

Él se acercó al borde de la cama.

—Dile a él que lo termine —La miró con desprecio. Su tono de voz era glacial y despectivo—. Así podrás continuar con la tradición familiar que inició tu madre follándose a los dos hermanos.

Al escuchar aquellas palabras salió de la cama de un salto y con toda la fuerza que la rabia le proporcionó le dio una sonora bofetada. La fuerza de aquel impulso hizo que perdiera el equilibrio y cayera de nuevo de espaldas a la cama dando un pequeño salto al rebotar en el colchón.

Él se tocó la mejilla dolorida y la miró de una forma que hizo que ella sintiera miedo de verdad. Tragó saliva.

Se acercó a la cama y con movimientos desordenados tiró de las sábanas con tanta fuerza que hicieron que ella cayera por un lateral, sintiendo un fuerte golpe en la rodilla. Se quedó en el suelo agarrándose la pierna herida dejando que sus lágrimas brotaran con libertad.

Él siguió con su tarea hasta que dejó el colchón desnudo. Hizo un ovillo con las sábanas que había en el suelo y se las lanzó a ella a la cara.

—Dile a mi hermanito que ya no quedan restos de mí. Ponle sábanas nuevas. Que no diga que no soy considerado.

Ella se desprendió de la ropa que la cubría y con mucho esfuerzo le gritó:

—Vete, maldito hijo de puta. ¡Vete! —Tenía la respiración alterada.

Él se dirigió a la puerta, pero se giró antes de salir.

—Te dije que no lo quería en mi vida. Di por hecho que entenderías que tampoco en la tuya —dijo alzando la voz—. No eras más que un maldito error, Daniela. Un maldito y jodido error.

Daniela cerró los ojos intentando que las lágrimas se detuvieran. No tenía fuerzas para levantarse. Seguía sentada en el suelo cubierta parcialmente por la ropa que él le había lanzado.

—Vete —susurró. Pero él ya no podía oírla. Escuchó el sonido de la puerta al cerrarse—. ¡Vete! ¡Vete!

Hizo un ovillo con su cuerpo y se abrazó a las rodillas balanceándose suavemente mientras pronunciaba esas palabras. Lloró desconsoladamente.

Adrien salió a la calle y se dirigió a su coche. Se sentó y se apoyó en el volante. No era capaz de pensar. Las imágenes de lo que había ocurrido se amontonaban en su cabeza. Daniela tirada en el suelo con el rostro lleno de lágrimas...

«¿Qué me está pasando?», se preguntó, angustiado.

Daniela gateó hasta la salida de la habitación y se levantó. Después de media hora se sentía con fuerzas para hacer la llamada que necesitaba tanto como respirar. No dedicó ni un solo segundo a pensar en lo que iba a hacer. Lo hizo sin más.

Olivier contestó al tercer tono.

—¡Daniela!



—Te... necesito. Por favor... ven. —Su voz era entrecortada.

—Voy. —Colgó.

Olivier no había llegado a su casa. Después de su encuentro con Adrien se había dedicado a dar vueltas por Madrid sin rumbo. Afortunadamente no se había alejado demasiado.

En menos de quince minutos entraba por la puerta.

Ella se lanzó a él. Él la apretó contra su cuerpo. La cogió en brazos y la llevó hasta el sofá. Se sentó con ella en su regazo sintiendo el calor de su aliento en el cuello.

—Ya está. Tranquila. Sea lo que sea, ya ha pasado —La besó en la cabeza—. Tranquila.

Permanecieron así más de una hora.

Olivier la apartó de sus brazos y la dejó caer en el sofá. Se levantó y se dirigió al baño. Al pasar junto a la habitación se detuvo frente a la puerta para observar el espectáculo que había en su interior. ¿Qué había pasado allí?

Volvió al salón y le aconsejó a Daniela que se diera una ducha. Ella no puso objeción.

Olivier aprovechó ese momento para buscar sábanas y hacer la cama y preparar algo que ella fuera capaz de llevarse a la boca. Con unos sándwiches bastaría.

Un rato después comían en silencio. Daniela mostraba mejor aspecto y sin que él se lo pidiera le relató lo que había ocurrido unas horas antes.

Olivier tuvo que disimular la rabia y la impotencia que sintió al escuchar sus palabras.

Podría haberse ahorrado el cambio de sábanas. Se quedaron dormidos y abrazados en el sofá con la esperanza de que el sueño borrara lo que había sucedido, al menos durante unas cuantas horas.

El esmero con el que se había maquillado no era suficiente para ocultar las marcas enrojecidas que había alrededor de sus ojos, fruto de los millones de lágrimas que había vertido la noche anterior.

Las señales, aunque esta vez no eran visibles, de una noche entera en el sofá empezaban a aflorar.

Daniela le pidió a Olivier que la dejara en la puerta de Versus. Él la miró esperando alguna explicación, pero ella no dijo nada más. Asintió con la cabeza.

No habían hablado de Versus. Se habían levantado temprano. Daniela se dio una ducha rápida mientras él preparó un café que tardaron solo unos minutos en tomar en completo silencio.

—¿Estás segura? —le preguntó cuando se disponía a bajar del coche.

—Solo quiero hablar con Víctor y recoger algunas cosas que tengo en mi despacho. Él no está, así que no tengo ningún problema.

Olivier le cogió una mano y se la besó.

—Lláname cuando acabes. Es posible que llegue antes de que tú te vayas.

Ella asintió. Antes de salir, se giró de nuevo a él.

—Víctor me hará preguntas y... él no sabe nada de... que tú y Adrien sois...

—¿Seguro que no sabe nada?

—No estoy segura.

—En el caso de que no lo sepa, puedes contarle lo que quieras. Se va enterar de todos modos.

Salió del coche.

Al entrar en el vestíbulo, el guardia de seguridad la detuvo.

—No sé cómo decirle esto, señorita Daniela. Me han dado órdenes de que le impida el paso al edificio.

Daniela lo miró.

—¿Quién ha hecho eso?

—El señor Feraud. Me ha llamado a primera hora de la mañana. Lo siento, señorita.

—No se preocupe —le dijo fingiendo estar calmada.

Se apartó unos pasos y llamó a Víctor con el móvil.

—¿Daniela? ¿Qué tal estás? —contestó de buen humor.

—Víctor estoy en la puerta. No me dejan entrar. Necesito hablar contigo y recoger unas cosas de mi despacho.

—¿Qué quieres decir con que no te dejan entrar? —preguntó, enfadado.

—Adrien ha dado instrucciones.

—Quédate donde estás. No te muevas. —Colgó.

Daniela luchó por contener las lágrimas. Las palabras del vigilante llegaron con la misma fuerza de una bofetada.

—¿Señorita Daniela! Puede pasar —le dijo el vigilante.

—Gracias. —Prefirió no decir nada más y seguir su camino.

Se dirigía al despacho de Víctor cuando este apareció en el vestíbulo.

—¿Daniela! ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

—Sí.

—Vamos a mi despacho.

Subieron en silencio. Víctor la observaba. Seguramente ya se habría dado cuenta de que tenía los ojos ligeramente hinchados.

Se dirigieron a la parte del despacho en la que se encontraba el sofá. Víctor dio instrucciones a su secretaria de que nadie les molestara y se sentó a su lado.

—¿Qué está pasando, Daniela?

—¿No has hablado con Adrien?

—No. Sé que algo pasa, pero no me ha contado nada. Me dijo que hablaríamos a su vuelta. ¿Qué significa que no puedes acceder al edificio?

Ella respiró hondo.

—Víctor, han pasado muchas cosas en los últimos días. Adrien y yo ya no estamos juntos. Es todo lo que tienes que saber, si no lo has deducido ya. Lo mejor será que te lo cuente todo él a su vuelta.

—No, Daniela. Me lo vas a contar todo tú. Recuerda que somos amigos. Por favor...

Daniela vaciló. Estaba harta de dar vueltas a lo mismo.

—Está bien. Acomódate que el viaje es largo.

Durante más de media hora le explicó a Víctor todo lo sucedido. La identidad de Olivier y la reacción de Adrien al enterarse. La historia del collar, su ruptura y parte de lo que ocurrió la noche anterior.

—Algunos detalles de lo que pasó ayer prefiero no comentarlos. Solo que discutimos y dijo cosas terribles.

Víctor necesitó un buen rato para asimilarlo.

—¿Piensa que tú y Olivier...? —preguntó con el ceño fruncido.

—No lo sé. Supongo que si lo dijo es porque lo piensa. No hemos tenido una conversación normal. No sé qué es lo que pasa por su cabeza.

—Ese asunto es muy delicado para él.

—No me pidas que intente comprenderlo. Pocos días y muchas heridas, algunas de ellas profundas.

—No te voy a pedir que intentes comprenderlo. Ni yo mismo puedo hacerlo.

Daniela se levantó.

—¿Adónde vas?

—Voy a recoger algunas cosas. ¿Me acompañas?

—Cuando vuelva hablaré con él y todo se arreglará. Tomate estos días de descanso. —Se acercó a ella y le cogió la cara entre las manos.

—No, Víctor. No. Esto se ha terminado.

Víctor no dijo nada más. La abrazó con fuerza. De nuevo una lágrima descendía por su mejilla.

Solo le llevó unos minutos recoger algunos objetos personales que tenía. Víctor la observaba. Le dolía verla así. Le dolía profundamente porque aquella chica había sido importante en su vida. Sus muestras de cariño y las palabras que le dedicó en su momento fueron cruciales en uno de los peores momentos de su vida.

Sacó una caja de su bolso. Miró a Víctor.

—Voy a dejárselo en su mesa.

Víctor reconoció el reloj que Adrien le había regalado. Cerró los ojos, afectado, y asintió.

Daniela entró en el despacho. Avanzó hacia su mesa. Más lágrimas.

Dejó el reloj en uno de sus cajones. Antes de marcharse lo abrió y sacó la nota que él le había escrito. La leyó por última vez.

*Una elección relativamente sencilla.*

*Inspirada en el deseo de Daniela de que el tiempo no se detenga de nuevo en su vida.*

*Así sea.*

*Y yo a su lado.*

*A. F.*

Con una mano temblorosa y ante la mirada de Víctor escribió en el reverso de la nota:

*El deseo sigue siendo el mismo. Te aseguro que así será, pero no a tu lado...*

*Tu maldito y jodido error*

Cerró el cajón. Se dirigió por última vez a su despacho.

Él la acompañó a la salida del edificio. Allí se despidieron con un beso en la mejilla y la promesa de llamarse al día siguiente.

Víctor volvió a su despacho. No tenía ganas de hacer nada. Estaba muy afectado por todo lo que le había contado Daniela.

Le envió un mensaje a Jaime diciéndole que le pasaba a buscar para comer, que era muy urgente y que se trataba de Daniela. Él le contestó una hora más tarde diciéndole el lugar y la hora donde le esperaba.

Llamaron a la puerta. No tenía ganas de atender a nadie. Debería habérselo dicho a su secretaria. Invitó a entrar a quien quiera que fuese el visitante. Olivier apareció con un aspecto demacrado.

—Entra. Contigo quería hablar. —Le hizo un gesto con la mano.

—¿Has hablado con Daniela? —preguntó Olivier preocupado.

—Sí. Ha estado aquí. Se fue hace más de media hora.

—¿Por qué no la dejaban entrar? —preguntó enfadado Olivier. Nada más llegar se lo había comentado un compañero de su departamento.

—Yo me he enterado cuando me ha llamado desde la calle para decírmelo. No sabía nada. De hecho, no sabía nada de nada. He bajado a buscarla y me ha puesto al día de todo.

—De eso quería hablarte, Víctor. Yo también me voy.

—¡No! —Se levantó de su mesa—. Eso no lo voy a permitir. ¡Siéntate!

Olivier se sorprendió de la reacción de Víctor. Rara vez perdía las formas. Le obedeció y se sentó frente a su mesa.

—¡Escúchame bien!

Y Olivier se acomodó en el sillón para hacerlo.

Echó de menos tener un coche. No porque pensara ir a algún lugar determinado, sino porque necesitaba un lugar con un poco de intimidad para dar rienda suelta a las ganas de llorar que sentía.

Era algo en lo que nunca había pensado. ¿Qué hace una persona si tiene ganas de llorar desconsoladamente y está en la calle? ¿Dónde hacerlo sin montar un numerito? ¿En el baño de alguna cafetería, expuesta a que entrara algún extraño y le ofreciera su ayuda? O lo que es peor, que se limitara a mirarla con cara de «pobre chica».

Se estaba convirtiendo en una experta a la hora de retener las lágrimas y sabía que cuando llegara a su casa podría llorar todo lo que le apeteciera, pero eso tendría que esperar. No tenía intención de ir a su casa sino a visitar a Nico, así que con toda probabilidad se vendría abajo delante de él.

Si alguien le hubiera preguntado lo que había sentido al abandonar el edificio de Versus, habría tenido dificultades para expresarse con claridad. No había palabras, o al menos ella no las conocía, que describieran aquel instante. Se trataba de decir adiós a un lugar que había empezado a querer. Se trataba de decir adiós a personas que empezaban a ser importantes en su vida. De volver a estar sin trabajo y volver a empezar. Se trataba por encima de todo de decirle adiós a Adrien. Olvidar el café que compartían por la mañana. Olvidar lo que era despertar a su lado o sumergirse en la bañera después de un día agotador. Olvidar lo que sentía cuando hacían el amor. Olvidar que un día le dijo que la quería y que probablemente le mintió.

¿Podría olvidar? Claro que podría, pero ¿cuánto iba a doler? ¿Más de lo que dolía en aquel momento?

Seguramente habría sido más fácil si aquella ruptura hubiera sido más... convencional. Hubiera preferido que él le dijera que ya no la quería, que no sentía nada por ella, que podían ser amigos, que... ¡Cualquier cosa! No es que todo eso fuera fácil de encajar, pero seguramente mucho más fácil a la hora de intentar reponerse y seguir adelante.

Tenía que aceptar esa ruptura con el recuerdo de aquella noche en la que sus palabras y sus actos la abrieron en canal.

De repente sintió que no tenía fuerzas para caminar. Necesitaba descansar y escogió un banco de madera que había dentro de un pequeño parque infantil.

Desde allí se centró en recuperar fuerzas, respirando profundamente y bloqueando todos los pensamientos que la habían llevado a ese estado.

Algo llamó su atención. Era el escaparte de una agencia de viajes al otro lado de la calle. Se acercó lentamente. Había un gran cartel que animaba a hacer grandes escapadas por el mundo.

No sabía decir el tiempo que pasó mirando hacia allí. Se decidió a entrar.

—Buenos días —dijo Daniela—. Necesito información para viajar a Panamá.

Entró en el estudio de Nico. Seguro que se sorprendería de verla. Sabía que lo encontraría allí porque él mismo le había comentado el día anterior que quería pasar toda la semana en el estudio para adelantar trabajo que se le había acumulado.

Llamó al timbre y esperó.

—¡Daniela! ¡Qué sorpresa! —La miró confundido y se apartó para cederle el paso.

—Te invito a comer, ¿tienes planes?

Fueron a un restaurante cercano que Nico frecuentaba. El rato que estuvieron en el estudio lo pasaron mirando fotografías y hablando con su ayudante. Un joven muy peculiar.

—¿Cuándo me vas a contar qué te pasa?

—A eso voy. Son muchas cosas.

—¿Desde ayer por la tarde han pasado muchas cosas? —le preguntó, sorprendido.

Ella asintió.

—Pues empieza a contar.

Daniela le hizo un resumen de lo que había ocurrido con Adrien la noche anterior y el incidente al llegar esa mañana a Versus. Últimamente tenía la sensación de estar hablando de lo mismo continuamente. Era agotador contar la misma historia una y otra vez vigilando qué parte debía o no contar, dependiendo de la persona con quien hablara. Víctor, Olivier, Nico... ¡Pobre Nico! Debía de estar más que saturado de ella.

—Este tío tiene un problema muy grande —dijo Nico refiriéndose a Adrien—. Si se va enfrentando así a sus problemas, va a acabar muy mal. Hasta hace unos días podía entender su reacción. Como te dije, él sabrá lo que ha vivido y de qué forma le afecta la noticia de Olivier. Lo que no entiendo es su forma de actuar contigo. Lo que te dijo ayer clama el cielo. Si lo tengo delante cuando me lo has contado, le salto a la yugular.

A diferencia del relato que les ofreció a Olivier y a Víctor, a Nico le había dado todos los detalles de la visita de Adrien. Con él se sentía cómoda para hablarle incluso de la parte más íntima y delicada.

—No entiendo muy bien qué me reclamaba ayer. Me saca de su vida y luego me acusa de acostarme con Olivier —dijo Daniela cerrando los ojos a causa del dolor que le causaba recordarlo—. No sé si te lo has preguntado o no, pero entre Olivier y yo no hay nada excepto una bonita amistad que va creciendo cada día.

—No me lo he preguntado porque lo sé —Dejó los cubiertos a un lado y la miró—. Es evidente que le gustas, Daniela. Eso lo sabes, ¿no?

—Sí. A veces dice cosas que... ¡No soy idiota! Sé lo que hago. Me cae bien y me gusta estar con él. Hemos hablado mucho. Si un día tenemos que dar un giro a nuestras conversaciones por algo que dice o hace... ya lo haremos. De momento no quiero pensar en nada.

—Así me gusta.

—Hay algo que quiero decirte. Es importante. —Sacó un sobre de su bolso y se lo entregó.

Nico lo abrió con curiosidad. Vio unos billetes de avión a Panamá. Durante un rato que a Daniela se le hizo eterno no dijo nada.

—¡No fastidies! ¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy. Quiero averiguar si Matt es o no mi padre. Quiero ver dónde nació y dónde viví

y sobre todo desconectar de todo esto. No creo que sea capaz de conseguirlo en poco tiempo, pero necesito alejarme todo lo que pueda de lo que me recuerda a Adrien. Le echo de menos, Nico. Le echo mucho de menos, me cuesta pensar que todo ha terminado. —Hundió la cara entre sus manos.

Nico se acercó con la silla y la abrazó con fuerza.

—Lo conseguirás, cielo. Concluirás lo que te propongas. Me duele que te vayas, pero creo que es una gran decisión. Te irá bien.

—No me voy allí a vivir. Es solo un tiempo.

—Contaba con ello. Ni se te ocurra.

Nico le hizo mil preguntas sobre el viaje. No tanto por interés o curiosidad como por comprobar que lo tenía todo bien organizado y no le faltaba ningún trámite por hacer. Nico había viajado mucho y sabía todo lo que se necesitaba para viajar al otro continente.

Daniela le dio todos los detalles de los trámites que había realizado en las dos horas que estuvo en la agencia.

De camino a casa consultó el reloj y decidió que era una buena hora para comunicarse con Matt. Tenía que anunciarle su visita. Esperaba que la sorpresa no se estropeará por un viaje inesperado o algún otro tema que le impidiese seguir adelante con la decisión que había tomado. Quizás debería haberlo llamado antes de reservar el vuelo.

Le incomodó pensar que tenía que decírselo a Olivier. No quería más despedidas. Estaba cansada. Le gustaba estar con él.

Olivier escuchaba los detalles del viaje disimulando por no demostrar que esa noticia le estaba haciendo pedazos.

—¿No es un poco precipitado? —le preguntó Olivier.

—Sí, pero no tiene sentido que lo aplace más. No quiero estar todo el día deambulando por las calles o en el sofá de casa dándole vueltas a todo lo que ha pasado. Necesito acción y distancia para poner un poco de orden en mi cabeza.

—¿Y no te podías ir unos días a la playa? ¿Tienes que irte a diez mil kilómetros?

—Quiero conocer el lugar donde viví y crecí durante siete años. Quiero averiguar otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Como... si Matt es o no mi padre.

Olivier abrió los ojos.

—¿Tu padre? ¿No había muerto?

Daniela le resumió las dudas que le transmitió Matt y las pruebas que decidieron hacerse para saber la verdad.

Olivier enlazó mentalmente esa historia con la que le había explicado del collar. Empezaba a tener todo un poco más de sentido.

—¿Volverás? —preguntó tocándole la mejilla.

—Volveré —dijo muy segura.

—¿Cuándo es el vuelo?

—Pasado mañana. El miércoles a las doce de la mañana. Tengo que estar en el aeropuerto antes de las diez —dijo Daniela con tristeza—. El viaje dura doce horas. Cuando llegue al aeropuerto de Ciudad de Panamá, tengo que coger otro vuelo. Sale dos horas después y dura poco menos de dos horas. Allí me recogerá Matt. Está muy emocionado.

—¿A qué parte de Panamá vas?

—A Bocas de Toro. Esta a más de seiscientos kilómetros de la capital.

—Vaya, hay un paseíto. Pensé que ibas a la capital: Ciudad de Panamá.

—No. Está en la otra punta del país.

—Bien. Entonces solo me queda decirte que espero que este viaje sea positivo para ti y que vuelvas, joder. Te voy a echar mucho de menos. Mucho, Daniela. Te has convertido en alguien muy importante en mi vida.

—Volveré y yo también te voy a echar de menos. Mucho —Giró la cabeza para ocultar las lágrimas que empezaban a asomar—. Por favor, sin despedidas. No hay nada que odie más.

—Pues ya somos dos —Le cogió la cara y le obligó a mirarlo—. Te cuento lo que he hablado con Víctor.

—Sí, por favor. Cambiemos de tema.

—Estaba muy afectado. Te aprecia mucho. Lo ha dicho mil veces.

Daniela sonrió con tristeza.

—Y yo a él —dijo Daniela, apenada—. Víctor y yo hemos compartido algo importante y en cierto modo eso nos unió. Empezamos mal, pero...

—Es que penetras, Daniela. Penetras aquí —Se tocó el corazón haciendo un gesto cómico y ridículo—. Eres auténtica.



—Anda, sigue. ¿Qué habéis acordado?

—Le he dejado claro mis intenciones de dejar Versus. En principio le he dicho que entre hoy y mañana lo dejaba todo listo, que hablaría con mi equipo y les dejaría instrucciones para que terminaran todo lo que hay pendiente, pero no lo ha aceptado. Me ha dicho que al menos me quede un mes. Que ya se ocupará él de Adrien. En realidad hemos discutido, yo no quería y él insistía. Ha sido incómodo. A Víctor le tengo mucho cariño.

—¿Quieres marcharte de verdad?

—Me gusta mi trabajo en Versus, pero no voy a seguir bajo el mando de alguien que desprecio profundamente. No voy a enfrentarme a esa cruz cada día. No, Daniela. No tiene ningún sentido que trabajemos juntos. Después de lo que ha pasado, lo mejor es tomar caminos distintos. Seguro que él quiere lo mismo. Lo que me extraña es que a mí no me haya impedido el paso.

—¿Y qué vas a hacer?

—No voy a estar más de dos semanas diga lo que diga Víctor. Tengo esa obligación por contrato y la voy a cumplir. Sé que Víctor no haría nada, pero con Adrien mejor no me la juego. Es capaz de complicarme la vida por incumplimiento de contrato y esas cosas.

—No creo que lo hiciera.

—No estoy muy seguro —Frunció el ceño—. Cuando vuelva le comunicaré mi intención de irme en quince días, siempre y cuando no sea él el que me diga que me vaya. Eso también es posible.

—Todo es posible. Aunque existe la posibilidad de que la conversación con su madre le haya abierto los ojos —dijo ella convencida.

—¿Y no quieres esperar a verlo?

—No, Olivier. No sé quien dijo que «una retirada a tiempo es una conquista». En esta batalla ya he perdido mucha sangre. Está perdida. Mejor una retirada, con la poca dignidad que me ha quedado, y... a vivir otras historias.

—Elígeme a mí como historia. Todo yo soy paz y amor. No me gusta la sangre —dijo, divertido.

Daniela rio a carcajadas.

—Venga, continua con lo que me decías. ¿Qué harás después?

—Después me tomaré unos días libres y si no vuelves pronto te iré a buscar a Panamá y te traeré.

Daniela se rio. Él continuó:

—Por el trabajo no es problema. Tengo alguna oferta desde hace tiempo.

—Te irá bien. Eres un artista. Estarás bien.

—No hasta que vuelvas.

Se abrazaron.

—¡Me quedo a dormir!

—¿Cómo?

—Te vas en dos días y te voy a disfrutar.

—¿Y dónde vas a dormir? —preguntó ella divertida.

—En el mismo sitio que dormí cuando me emborraché. Y tú también —Se levantó y la cogió de la mano—. ¿Bailamos?

—Ahora no. Tengo hambre.

—Vale. Vamos a cenar fuera. Pero que conste que me debes un baile.

Daniela estaba nerviosa paseando delante de la casa de Adrien. No se podía creer que el destino fuera tan cruel como para llevarla de nuevo allí.

Había recordado que el pasaporte y su maleta estaban en casa de Adrien. Recurrió a Víctor para pedirle ayuda. Adrien había mencionado en alguna ocasión que sus amigos disponían de una llave de su piso.

Observó un coche que aparcaba a pocos metros de donde ella se encontraba. No era Víctor. Empezó a impacientarse. Quería salir de allí cuanto antes y además hacía frío para estar en la calle.

Se fijó en el hombre que avanzaba hacia ella. ¡Jaime!

—Hola, preciosa —Se acercó a ella y le dio dos besos en las mejillas—. Perdona que me haya retrasado. Vengo del hospital y no siempre puedes salir corriendo.

—¡Oh! No te esperaba. Había quedado con Víctor —dijo sin salir de su asombro.

—Las llaves las tengo yo. Víctor me llamó para explicármelo. La verdad es que quería verte y así poder despedirme. Me han dicho que te vas de viaje.

Daniela lo miró dibujando una tímida sonrisa.

—Así es. No me di cuenta hasta hace un rato que tenía el pasaporte aquí. Lo demás me daba igual. No os hubiera molestado por ello, pero sin pasaporte...

—No es molestia. Me apetecía verte —Se dirigió al portal—. ¡Vamos!

Cuando entraron en casa de Adrien, a ambos les llamó la atención el estado en el que se encontraba la casa. La mesa del salón estaba llena de copas y botellas medio vacías, así como algunas prendas de vestir tiradas por el sofá. Todas ellas pertenecían al dueño de la casa.

Se miraron compartiendo la sorpresa por lo que estaban viendo. En aquella casa todo estaba siempre impoluto. Aparte del esmero que ponía Adrien en que así fuera, había una persona que se encargaba de la limpieza dos veces por semana.

En silencio, se dirigieron a la habitación de invitados. La maleta estaba en el mismo lugar en el que la había dejado. Comprobó aliviada que el pasaporte se encontraba en su interior. Arrastró la maleta hasta la habitación de Adrien. Ya que estaba allí, se llevaría el resto de sus cosas.

Jaime la siguió. Cuando entraron en la habitación, encontraron la cama desecha. En la almohada había una camiseta que Daniela reconoció enseguida. Era suya. La última vez que estuvo allí durmió con ella. En el otro lado de la cama, parcialmente cubierta por el edredón, había una fotografía.

Se acercó a mirarla. Aún a cierta distancia la reconoció. Se la había hecho Adrien en uno de los pueblecitos que visitaron cuando estuvieron en el balneario. La cogió, se volvió para mirar a Jaime y la volvió a dejar en el mismo lugar.

Volvió a sentir el nudo que le estrangulaba el estómago. Se dirigió al armario comprobando que su ropa continuaba en el mismo lugar. Cogió las prendas con rapidez y las metió en la maleta. Jaime le ayudó a ponerla sobre la cama.

—¿Es tuya esa camiseta? —preguntó arrugando la frente.

Ella asintió. No podía hablar. Si emitía un solo sonido, seguro que iría acompañado de alguna lágrima. No quería mostrarse de esa manera delante de su amigo.

Cuando terminó volvió al salón. Antes de salir, se detuvo frente a la pared más grande del

salón. La recorrió entera con la mirada.

Jaime se acercó a ella y le dijo dibujando media sonrisa:

—¡Bonita pared!

Ella lo miró. Algo se disparó en su interior.

—Una vez Adrien y yo hablamos de ella —dijo, serena—. Planeamos follar cada día apoyados en una parte diferente hasta... llegar a cubrirla.

—¿Y lo hicisteis? —preguntó Jaime sorprendido por su confesión a la vez que encantado. Cualquier conversación con Daniela resultaba ser interesante.

—No. Solo alguna parte. ¿Y sabes que es lo que en el fondo me duele al mirarla?

—¿Qué? —preguntó él muy pendiente de sus palabras.

—Que soy incapaz de ver esos momentos. Lo único que veo son los espacios que quedaron vacíos, no los que llenamos. Y así veo todo lo que vivimos. Esa es la única sensación que tengo con él. Que todo quedó suspendido, que todo quedó en el aire, que nunca llegó a ser, que nunca alcanzamos nada.

»Eso me duele. Porque después de enamorarte, después de decirle a alguien que le quieres, después de imaginar un mundo a su lado... después de todo eso, no deberían quedar los vacíos. Deberían quedar los momentos intensos, los buenos. Y me duele ser incapaz porque detrás de eso hay odio y hay rabia. No es lo que quiero en mi vida, Jaime.

—Pues debes buscar, como sea, la forma de quedarte con los buenos momentos. Y debes hacerlo porque has visto un claro ejemplo de lo que conlleva vivir con odio y con rabia. Adrien tiene mucho que descubrir.

—¿Sabes por qué te he contado todo este rollo? Aparte de querer fastidiar.

—No es un rollo y no me fastidias —dijo riendo—. Pero dime, ¿por qué?

—Porque eres el único con el que he hablado últimamente y no he visto en sus ojos «Pobre, Daniela». Víctor, Olivier... sé que forma parte de la situación, pero es que me supera.

—Si no lo has visto en mis ojos, es porque no está. El único que me inspira compasión es él —Se acercó a ella—. ¿Podrías darme un abrazo?

—¿Necesitas consuelo después de aguantar la triste historia que te he contado? —Sonrió—. Te entiendo. Te saco del trabajo y te ofrezco el numerito de examante despechada y dolida.

Él rio a carcajadas.

—No —dijo sin dejar de reír—. Necesito un abrazo de alguien especial que tiene toda mi admiración y respeto. De esos abrazos apenas tengo en mi currículum.

Ella se acercó a él sonriendo y lo cogió por la cintura. Tenía práctica en abrazar a hombres de esa estatura. Fue un abrazo cálido que la reconfortó. Un escalofrío le recorrió la nuca. Se sintió mal al pensar que se iba a alejar de personas como Víctor y como Jaime.

Daniela salió arrastrando su maleta. Jaime cerró con llave.

—¿Sabes que eso de la pared me ha gustado? —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Te importa que copie la idea? Es que últimamente se me acaban los recursos para sorprender a una mujer.

Ella se rio y le dio un suave codazo. Él se apartó y se echó a reír.

—No me convence eso de que se te acaben los recursos.

Salieron a la calle y Jaime le cogió la maleta. A pesar de que no pesaba casi nada, insistió en llevarla a su casa.

—¿No tienes que volver al trabajo?

—Solo a recoger mis cosas. Por hoy he terminado.

Jaime la sorprendió con un comentario durante el trayecto.

—Respecto a Víctor y Olivier no pienses que te miran con lástima. He hablado con los dos y

te aseguro que no es así. Ellos están afectados por todo esto porque te quieren.

—Lo sé. Es que tengo una particular fobia con eso de las miradas compasivas. Supongo que es problema mío.

—Yo tampoco lo soporto. Al principio de trabajar en el hospital me ocurría con algunos pacientes. Los miraba de esa forma porque sabía que su vida tenía los días contados, pero me di cuenta de lo mucho que la mayoría odiaba esa mirada. Necesitaban una más positiva cargada de dignidad y de complicidad. Me adapté a ella y me ha ido mejor.

Daniela se sorprendió al descubrir ese lado tierno en Jaime que nada hacía sospechar que lo tuviera.

—¿Has dicho que habías hablado con Olivier? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Hablamos a menudo. Tengo muy buena relación con él. Es un gran tipo. Le guste o no a Adrien, va a seguir siendo así.

—¿Es que a él le molesta?

—No ha puesto muy buena cara cuando se lo he comentado.

—Mi relación con Olivier ha sido parte del problema con Adrien.

—No es parte del problema, es parte de la excusa. Adrien abrirá los ojos, antes o después.

Daniela no acababa de entender las palabras de Jaime, pero prefirió no pedirle que se lo explicara. Estaba saturada de Adrien y sus conflictos.

Se despidieron en el portal de Daniela hasta donde él le llevó la maleta.

—Jaime, ¿te puedo preguntar algo?

—Lo que quieras.

—Sé que Adrien se hizo una revisión el otro día... Me preguntaba si todo había ido bien.

—Perfectamente. Adrien está bien. Al menos del corazón. La cabeza ya es otra historia.

Daniela se rio.

—Buen viaje. Volveremos a vernos. Estoy seguro —dijo él.

—Eso espero. Gracias por todo.

Se dieron un abrazo y se despidieron con una gran sonrisa.

—Nada de despedidas, por favor —le pidió Daniela a Olivier cuando estaba a punto de embarcar.

La había llevado hasta el aeropuerto. En principio iba a hacerlo con Nico, pero se presentó en su casa un rato antes diciéndole que no soportaba ir al aeropuerto para decirle adiós. Daniela lo conocía y sabía lo mucho que detestaba ese tipo de situaciones.

No estuvo en su casa más de quince minutos, pero estos abarcaron una disculpa por no ir al aeropuerto, una orden de llamar al llegar, un recordatorio de ser fuerte, y un abrazo que por poco la parte por la mitad.

Antes de salir se detuvo en la puerta de espaldas a ella y le dijo:

—Haz los deberes en Panamá y vuelve a casa. —No se dio la vuelta. No soportaba que lo viera llorar.

—Nada de despedidas. Lo dices como si a mí me volvieran loco —le dijo Olivier.

Escucharon la megafonía que anunciaba el embarque.

Olivier la rodeó con sus brazos y la meció a ambos lados haciendo que se levantara del suelo.

La miró a los ojos y la besó en la mano. Ella lo besó en la mejilla y se alejó.

—¡Daniela! —gritó para que pudiera oírlo.

Ella se dio la vuelta.

—No olvides tu deuda.

Ella arrugó la frente y se encogió de hombros.

—¿Qué deuda?

—Me debes un baile.

Ella sonrió y cerró los ojos con fuerza. Sin dejar de caminar, asintió con la cabeza mientras susurraba unas palabras que él no consiguió escuchar pero que sí pudo leer en sus labios:

«Oui, monsieur».

Olivier entró en su coche. Antes de ponerlo en marcha, llenó sus pulmones de aire y lo expulsó lentamente. Repitió la operación varias veces hasta que notó que la tensión acumulada empezaba a desaparecer. Había hecho un gran esfuerzo por aparentar tranquilidad delante de ella. Si hubiera podido dar rienda suelta a sus sentimientos, se habría echado a llorar como un niño y se habría arrodillado delante de ella para suplicarle que no se marchara.

Salió del parking del aeropuerto bordeando el intenso tráfico de esas horas. Necesitaba alejarse de aquel lugar. No soportaba escuchar el sonido de los aviones. En un acto reflejo miró al cielo y maldijo en silencio. Detuvo el vehículo un instante para seguir mirando hacia arriba. No tenía muy claro si estaba invocando una figura divina o imaginando que el avión en el que viajaba Daniela podría pasar ante sus ojos en cualquier momento.

Volvió a maldecir. Su mente capturó la imagen de la persona que él consideraba responsable de que Daniela fuera a atravesar el Atlántico. La misma persona que en ese momento bajaba de un avión procedente de París. La misma que entraría en el parking del que él salía para dirigirse al mismo lugar que él.

Adrien se dirigió a la oficina directamente. Había descartado pasar por casa. No le hubiera ido mal una ducha y descansar un poco, pero eso suponía perder mucho tiempo y darle más vueltas a la cabeza. Decidió ir a Versus directamente para adelantar algo de trabajo y distraer la mente.

Desde que llegara el domingo a París, no había hecho otra cosa que darle vueltas al mismo tema. Estaba agotado, apenas había podido dormir en las tres noches que pasó allí. Se negó a salir de casa de su madre. No se veía con fuerzas para enfrentarse a las calles de París donde seguro encontraría mil recuerdos relacionados con Daniela.

La tensión, los reproches y las lágrimas habían protagonizado las primeras conversaciones con su madre. La forma en que ella le contó lo que había planeado con Olivier para que este pudiera acercarse a él le indignó y enfurecieron por igual. En un principio montó en cólera y descargó palabras muy duras contra su madre. Pero ella se encargó de hacerle entender que tenía unos motivos para haber actuado de esa forma.

Ella lo conocía bien y conocía el dolor que aquel tema le producía. Eso la llevó a pensar que Olivier debía entrar en su vida sigilosamente. Fue idea de ella. Olivier no estuvo de acuerdo, pero acabó aceptando la extraña propuesta. Dejó su vida en París y se fue a trabajar con él. Todo para conocer a un hermano. Un plan estúpido, pero su madre le aseguró que fue lo único que se le ocurrió. Ella quería que se conocieran.

Le conmovió la historia que le contó sobre la vida de Olivier. Una infancia en la que no le permitieron hablar con nadie de su padre; un padre que aunque aparecía poco, terminó por desaparecer; una madre enferma; dificultades económicas para pagar la atención médica de su madre...

También le conmovió la forma en la que acudió a la llamada de su padre cuando este se estaba muriendo para permanecer a su lado. Lo había perdonado de corazón e incluso había asistido a su funeral.

Ese relato lo conmovió sin duda, pero lo que más llegó a impactarle fue enterarse de que había entregado el poco dinero que su padre le había dejado en herencia a la residencia donde su madre pasó los últimos años de su vida. Íntegramente.

Él conocía la existencia de esa herencia. Su madre le habló de ella. Por supuesto, había renunciado a ella y le había pedido a su madre que se ocupara del tema y que hiciera lo que considera conveniente, pero que no le volviera a hablar del asunto.

Tenía que reconocer que no estaba preparado para toda esa información. Él había llegado allí dispuesto a pedir explicaciones y a poner el grito en el cielo, pero una vez que se desahogó, su madre tomó la palabra y se empleó a fondo en provocarle todo tipo de reacciones. Pasó por la indignación, la sorpresa, el remordimiento, la culpa... y así hasta llegar a la calma.

Recordó el momento en que su madre le confesó que tenía mucha culpa de lo ocurrido.

—Eras prácticamente un niño, Adrien, y yo no fui capaz de mantenerte al margen de todo aquello. No debí permitir que lo vieras con mis ojos ni que conocieras todos los detalles de aquella historia, porque un niño no debería conocer según qué cosas. No debí apartarlo de ti dejando que alimentaras todo el odio y desprecio que acabaste sintiendo por él —Se enjugó las lágrimas—. Quise a tu padre más que a mi propia vida, y cuando me enteré de que había otra mujer en su vida, me quise morir. Salí adelante por ti, pero no supe calcular los daños. Me dejé

llevar por lo que sentía sin darme cuenta de lo mucho que tú estabas sufriendo. Me di cuenta, pero fue tiempo después y ya era demasiado tarde. Tú ni siquiera permitías que lo mencionara.

Las conversaciones siguientes se fueron suavizando. Se preguntó si su madre tendría razón y de haber tratado aquel asunto de una forma distinta, él no habría llegado a vivir con aquel odio y habría tenido con su padre una relación diferente.

Llegaron a su mente imágenes muy lejanas. Su madre llorando día tras día sin poder levantarse de la cama mientras su tío cuidaba de ellos. Los detalles que su madre le ofreció sobre la relación de su padre con otra mujer. Los insultos, los gritos por teléfono cuando él llamaba. Su madre nunca lo animó a ver a su padre, al contrario, cada vez que él llamaba para visitarlo, ella le daba un montón de motivos por los que no debía hacerlo. Tampoco le animó a hablar con él del tema, ni a leer sus cartas. Fue una marioneta en manos de una mujer profundamente dolida que lo utilizó para hacerle daño.

Su tío intentó varias veces hablar con él para que tuviera una relación con su padre, pero eso solo llevó a crear disputas entre los dos hermanos y, sobre todo, entre él y su tío.

No podía justificar a su padre por lo que hizo ni culpar a su madre por lo que sintió. Él podía entenderla porque su separación la destrozó. Pero todo lo que vino después seguro que se podía haber gestionado de otra forma. Había llegado a odiar tanto a su padre que hasta fantaseaba con quitarle la vida. Incluso llegó a planear un encuentro con él para clavarle un cuchillo en el corazón. Fantaseó con vengar a su madre y, en cierto modo, convertirse en su pequeño héroe. Jaime, que hacía tan solo unos meses que era su amigo, le disuadió de hacerlo.

Olivier no era más que otra víctima de las retorcidas ideas de su padre. Una cosa era tener una aventura o una amante y otra tener dos familias y repartir el tiempo para estar con las dos. Claro que eso solo pudo funcionar con la complicidad de la madre de Olivier. Para que aquello funcionara, su padre necesitaba el apoyo de una de las dos partes.

También hubo tiempo para hablar de la tal Sofía, la madre de Olivier. Según su madre, estaba locamente enamorada de él. Al parecer, ella y su madre habían llegado a conocerse.

¿Qué clase de hombre mantiene ese tipo de relación? Dos mujeres, dos hijos... ¿Estaba su padre enamorado de las dos? ¿Tenía unas necesidades especiales? ¿Las necesitaba a las dos para complementarse? ¿Por qué no continuó con la madre de Olivier cuando se separó de la suya? ¿Cómo iba a saberlo? Aquellas respuestas no las tenía ni su madre, que parecía tenerlas para todo.

Y... ¿Sofía? ¿Justificaba el amor que sentía por su padre lo que hizo? ¿Tan ciega estaba que no pensó en el daño que le hacía a su hijo? ¿Habría un interés económico? Y su madre... ¿Tan enamorada estaba que no fue capaz de ver lo que estaba sufriendo su hijo?

Hacía años que no mencionaba a su padre, de hecho ni siquiera pensaba en él. Después de su muerte pasó una época muy afectado por lo ocurrido. La visita al hospital, la postura que adoptó su madre. La decisión de no asistir a su funeral... pero poco a poco el tema se fue desvaneciendo.

Pero ¿dónde estaba la explicación a su comportamiento con Daniela? ¿Por qué la confesión de Olivier había hecho que deseara sacarla de su vida?

Jaime le había dicho que si conectaba las historias encontraría respuestas. Hasta ese momento solo había encontrado justificado su rechazo hacía Olivier. El odio del que su madre le habló fue el causante de que no quisiera a Olivier en su vida. Tenía que revivir el pasado, tenía que recordar sucesos que había luchado mucho por olvidar. ¿Entonces? ¿Qué lugar ocupaba Daniela en una historia que trataba de un hermano y un padre?

Su madre le habló de Daniela. No la conocía de nada, pero... ¡Habló de Daniela!

—Adrien, cariño. Estoy segura que esa mujer te importa de verdad. Te conozco lo suficiente para saberlo. Piénsalo muy bien antes de dejarla marchar.

Para su madre, la relación entre Olivier y Daniela no era un motivo para sentir celos. Ella había hablado con Olivier muchas veces desde que llegó a Versus y sabía que él no haría nada con Daniela que pudiera hacerle daño.

—Otra cosa es que tú ya no tengas nada con ella... —le advirtió. Esas palabras le produjeron escalofríos.

Tenía que reconocer que estaba mucho más calmado que cuando se fue a París. Se llevó imágenes que le atormentaban: Daniela en el suelo llorando, Olivier saliendo de su casa, las duras palabras que utilizó contra ella...

Su madre le pidió que se acercara a Olivier. Confesó ser egoísta, pero necesitaba que tuvieran una buena relación para que ella dejara de culparse por todo lo que pasó.

—Solo un acercamiento, Adrien. Un trato cordial y el tiempo pondrá las cosas en su lugar —le dijo llorando—. Debes hablar con él de Daniela y verás cómo todo queda aclarado. Y piensa muy bien lo que vas a hacer con esa chica.

El sufrimiento que vio en sus ojos fue suficiente para que aterrizará en otra realidad. No quería culparla de nada, no valía la pena volver atrás y pensar en qué falló. Había cometido errores, pero había sido una madre maravillosa que se había desvivido por él.

Una de las sorpresas que se llevó consigo mismo, había sido el estar dispuesto a olvidar el pasado y a dejarlo como estaba. Lo único que le quedaba era plantearse qué clase de relación iba a tener con Olivier y cómo se iba a enfrentar a Daniela. Con ella necesitaba respuestas que aún no tenía. Tenía miedo de intentar recuperarla sin tener esas respuestas y volver a sentir lo mismo y hacerle daño de nuevo.

Se alegró de llegar al parking de Versus. No soportaba por más tiempo seguir dándole vueltas a lo mismo. Estaba más tranquilo, eso era verdad, pero aún tenía muchas preguntas sin respuesta y empezaba a dudar de encontrarlas alguna vez.

Cuando entró en su despacho, le dio instrucciones a Natalia para que le pusiera al día de todo lo ocurrido. El mismo día que ordenó que le impidieran el paso a Daniela la llamó para que fuera ella quien se ocupara de todos sus asuntos. A esas alturas todo el mundo estaría al corriente de que Daniela ya no estaba en Versus, pero Natalia no hizo ningún comentario.

Quería hablar con Víctor y con Olivier. El primero estaba reunido, así que le pidió a Natalia que avisara a Olivier para que fuera a su despacho.

Tardó más de media hora en acudir.

—Buenos días —dijo fríamente al entrar—. ¿Querías algo?

—Sí. Pasa, por favor. Siéntate.

—Estoy bien de pie. —Tenía el ceño fruncido desde que entró.

—Tenemos que hablar —dijo Adrien visiblemente incómodo.

—Tú, dirás.

—He hablado con mi madre.

—Haces muy bien. Yo también hablaría si tuviera una.

Adrien lo miró fijamente. No se lo iba a poner fácil, pero él tampoco. Ese hombre tenía muchas explicaciones que darle.

—¿Te importaría no interrumpirme? —le preguntó mirándolo con dureza.

—¿Me vas a hablar de trabajo?

—Antes... quiero hablarte de algo... personal

—Tú y yo no hablamos de temas personales, ¿recuerdas?

—Solo quería decirte...

—¡No me interesa! —le interrumpió—. Estoy en Versus porque Víctor me lo pidió. Por eso y



porque quiero cumplir con mi contrato. En quince días me iré. Bueno, en trece. Desde el lunes tienen mi renuncia en personal. Cumpliré mi parte del contrato y desapareceré de tu vista. ¡No dirás que no te lo pongo fácil!

—Yo no... —dijo Adrien sorprendido.

—Puedes ponerme a alguien que vigile mis movimientos y todo a lo que accedo. Ningún problema.

—¡No te he pedido que te marches! —Alzó un poco la voz.

La puerta se abrió mostrando a un Víctor preocupado. En cuanto Natalia le dijo que Adrien y Olivier estaban en el despacho, temió por lo que pudiera ocurrir.

Ambos miraron a Víctor.

—Pasa, Víctor —le dijo Olivier al verlo dudar frente a la puerta—. Yo ya he terminado.

—No hemos terminado. Tenemos cosas que aclarar —dijo Adrien, enfurecido.

Víctor entró y cerró la puerta rápidamente. No le resultaba cómoda aquella situación. Si no se lo impedían, permanecería allí observando. Temía que aquello pudiera llegar a más. A esas alturas, Adrien ya debería saber que él estaba al corriente de todo.

—Yo lo tengo todo muy claro —afirmó Olivier.

—Pero yo no —Adrien se levantó, conocía las ventajas de tener las miradas a la misma altura—. Tienes mucho que aclararme sobre tu relación con Daniela.

Olivier se rio con cinismo. Víctor bajó la mirada al suelo y cerró los ojos temiendo lo peor. Había salido el tema de Daniela y podría hacerlos estallar.

—¿Aclararte qué? ¿Acaso tienes dudas? Hace unos días parecías tener muy claro lo que había entre ella y yo. ¿Qué es lo que no entiendes?

Adrien frunció el ceño y tensó la mandíbula.

—No me gusta nada ese tono cínico —Apoyó los nudillos en la mesa—. Me negué a hablar contigo. ¡Sí! Sé que no debería haber sido tan... pero tú no ayudaste mucho acercándote a ella de la forma en que lo hiciste.

—Esas excusas baratas te las puedes ahorrar. Yo no he hecho nada que no debiera con Daniela. Somos amigos, y si alguien ha contribuido a que esa amistad se haga más fuerte, ese has sido tú. Hemos podido hablar mucho de tu prepotencia, de tus desprecios, de todas las patadas que le has dado para sacarla de tu vida. Eso une a las personas, ¿sabes? Uno se siente humillado, dolido, maltratado y el otro le ofrece su apoyo, su cariño, su compañía... Esas cosas pasan.

»No ha habido absolutamente nada entre nosotros que tengas derecho a reprochar. Y que conste que no tengo ni idea de por qué me molesto en aclararte esto —Se acercó más a la mesa—. Has visto lo que querías ver, lo que tu mente retorcida y amargada ha querido ver. Lo más triste de todo esto es que no la has conocido en absoluto.

A Adrien le dolieron aquellas palabras. En realidad le dolieron todas las que pronunció su hermano. Apretó los puños. No quería perder el control.

Víctor dio un paso hacia ellos inconscientemente. Era su forma de estar preparado por si tenía que intervenir. Pero Olivier se dirigió a la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia él para decirle:

—En cualquier caso es tarde, hermanito. Es tarde para hablar de ti y de mí y es tarde para hablar de Daniela. Recuerda que la sacaste a empujones de tu vida. Si tú no te acuerdas, ya te refresco yo la memoria. ¡Quince días, hermanito! Si te parecen muchos, ya sabes cómo tienes que arreglarlo.

Salió dando un portazo.

Víctor seguía de pie, en silencio, observando los efectos de las duras palabras de Olivier en

su amigo. Que las bautizara de ese modo no significaba que pensara que no se las merecía. Pero quería mucho a su amigo y le dolía que tuviera que pasar por aquello.

Adrien se dejó caer en el sillón.

—Supongo que estás al corriente de todo —dijo sin mirarlo.

—Así es. Daniela, Olivier y Jaime me informaron.

—Pensaba hablarte del tema, Víctor —dijo, avergonzado.

—Eso no importa ahora.

—Estoy jodido, Víctor. Bien jodido.

—Lo sé —dijo, apenado.

—¿Dónde está el Víctor que siempre dice que todo se va a solucionar y que hacemos los problemas más grandes de lo que son? —Lo miró fingiendo que sonreía.

—No sé bien lo que quieres y me cuesta evaluar si va ser fácil o no solucionarlo.

Adrien asintió con la cabeza.

—Solo voy a decirte algo —continuó Víctor.

Adrien lo miró.

—Espero que no tires la toalla con Olivier. Quiere marcharse y espero que seas capaz de impedírselo. Por muchas razones —Adrien cerró los ojos—. También espero que Daniela no te importe nada, que no la quieras y que solo haya sido una aventura más, porque si no es así la has cagado bien.

—No es así, Víctor —dijo, indignado—. Quiero hablar con ella.

—Espero que te conformes con hacerlo por teléfono, si es que te contesta.

—No. Por teléfono, no. Quiero verla. Esta noche iré a su casa. ¿Sabes si está allí?

—Adrien...

—Tengo que verla, Víctor. No sé qué me ha pasado con ella, pero necesito recuperarla.

—Adrien...

—No sé qué es lo que te ha dicho, pero...

—¡Adrien! —le gritó para que dejara de hablar—. ¡Daniela se ha ido!

Adrien frunció el ceño, confundido.

—En este momento está subida en un avión camino de Panamá.

Adrien lo miró aterrorizado. Abrió la boca y desvió la mirada. Su respiración empezó a ser más agitada. Volvió a mirar a Víctor. Intentaba procesar la información que le había dado. No podía creerse lo que estaba escuchando.

—¿Qué? ¿Pa-Panamá? ¿Cu-cuándo vuelve? —tartamudeó.

—No tiene fecha —dijo Víctor afectado por lo que su amigo estaba sintiendo.

—¡No puede ser! —Se levantó y se paró frente al gran ventanal que había a su espalda—. ¡No puede ser! ¿Estás seguro?

—Olivier la dejó en el aeropuerto hace un par de horas. Creo que Nico también fue.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sabes que eso no tiene sentido. Era su decisión —Suspiró—. Me enteré cuando me llamó para decirme que tenía el pasaporte y su maleta en tu casa. Jaime le abrió para que pudiera cogerlo. Adrien ocultó el rostro entre sus manos.

—Víctor, necesito...

—Estar solo. Lo sé. Luego hablamos —Se dirigió a la puerta lentamente—. Daniela te dejó algo en el cajón.

—¿Ha estado aquí?

—Me llamó cuando le dijeron que tenía prohibido el paso. ¡Joder, Adrien! No sé en qué

estabas pensando —Vio los remordimientos en su mirada—. Tenía que recoger unas cosas de su despacho y yo la acompañé. Ese día me lo contó todo —Hizo una pausa—. Adrien, somos amigos y... te voy a apoyar en todo, pero no puedo decirte que con Daniela y con Olivier hayas acertado. No quiero hacer leña del árbol caído, pero... has sido un auténtico hijo de puta con ella.

Adrien esperó a que saliera. Apenas fue capaz de escuchar las últimas palabras de Víctor. Miró el cajón. Lo abrió lentamente. Reconoció la caja del reloj que le había regalado.

La cogió como si pudiera quemarse con ella. La abrió lentamente y encontró lo que esperaba encontrar: el reloj. Lo que no esperaba era encontrar la nota que él le había escrito.

*Una elección relativamente sencilla.*

*Inspirada en el deseo de Daniela de que el tiempo no se detenga de nuevo en su vida.*

*Así sea.*

*Y yo a su lado.*

*A. F.*

Le dio la vuelta. Parecía que había algo escrito en el reverso.

*El deseo sigue siendo el mismo. Te aseguro que así será, pero no a tu lado...*

*Tu maldito y jodido error*

Apoyó la frente en el borde de la mesa mientras sujetaba con fuerza la nota que poco a poco fue arrugando. Cerró los ojos y así permaneció durante unos minutos. Lloró.

Necesitaba salir de allí. Necesitaba aire. Se levantó bruscamente y se detuvo frente a la puerta que separaba los despachos. La abrió lentamente y miró en su interior. Todo estaba perfectamente ordenado.

Aparcó delante de su casa, ni siquiera se molestó en entrar en el parking subterráneo. Subió por las escaleras y entró en su casa. Ya habían pasado a limpiarla. Recordaba haber dejado el salón hecho un desastre.

Entró en la habitación de invitados. La maleta, que tantas veces había entrado para mirar, ya no estaba. Se fue a su habitación y abrió el armario con tanta fuerza que algunas de las perchas vacías que colgaban se balancearon por el movimiento. Querían recordarle que ella ya no estaba.

La cama estaba hecha. La camiseta a la que había dormido abrazado las últimas noches estaba perfectamente doblada en el borde de la cama junto a la fotografía.

Escapó de aquella tortura y se dirigió al salón. Se sentó en el sofá, derrotado. Cogió su móvil y marcó el número de su amigo Jaime.

Cuando descolgó no esperó a que hablara.

—¿Por qué le diste el pasaporte? Si no se lo hubieras dado, estaría aquí. ¡Podría hablar con ella! —gritó.

—Adrien, cálmate. ¿Dónde estás?

—Contéstame, joder.

—Dime dónde estás y hablamos —dijo con su habitual tranquilidad. Pero no lo estaba, conocía bien a Adrien y le preocupó escuchar los jadeos que emitía al respirar.

—En mi casa.

—Dame veinte minutos. —Se preparó para salir.

Afortunadamente era la hora de la comida y hacía más de diez minutos que había despedido a

su último paciente. Víctor le había llamado para contarle lo ocurrido.

Entró en casa de Adrien utilizando la llave que tenía. La misma con la que abrió el día anterior para que Daniela recogiera sus cosas.

Lo encontró en el sofá sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cara hundida entre sus manos.

Se acercó sin decir nada y se sentó a su lado. Le pasó una mano por la espalda y lo sujetó por el hombro.

Adrien levantó la mirada.

—Adrien, la solución no era retenerla. Sabes que no.

—Se ha ido, Jaime. Me porté fatal con ella. Te juro que aún no entiendo por qué lo hice.

—Me hablaste de miedo, Adrien. Ese miedo lo desencadenó todo lo que te contó Olivier. Te dije que lo pensaras.

—Déjate de adivinanzas, Jaime. Me va a estallar la puta cabeza. —Respiró con dificultad.

—Cuando Olivier te contó que era tu hermano, ¿qué fue lo que más te dolió?

—Jaime, ve al grano, no estoy para terapias.

—Responde, Adrien. Necesito que lo veas por ti mismo. Hazme caso, por favor.

Adrien se frotó los ojos.

—Yo no necesitaba un hermano ni recordar todo lo que pasó con mi padre.

—¿Y que tenía que ver Daniela con todo eso?

—No lo sé. Estaba mal y...

—¡No! Tú me dijiste que volviste a tener miedo de vuestra relación.

—Sí. No sé qué me pasaba. Quería estar con ella, la necesitaba, pero cuando la tenía cerca me angustiaba.

—¿Antes de saber lo de Olivier te sentías bien con ella?

—Sí. Había superado el miedo que tuve al principio a implicarme demasiado en una relación. Todo iba bien. Estábamos bien, estábamos muy bien. Tenía planes. Yo... hasta le dije que la quería.

—Y llega Olivier con su historia y... aparece el miedo.

—Jaime, no estoy para acertijos.

—Cuando más confiado y seguro estabas de tu relación con Daniela, aparece Olivier y te devuelve al pasado. Un pasado en el que una historia de amor «perfecta», como era la de tus padres, se rompe sin más. ¿Qué te dice todo eso?

Adrien pensó en sus palabras. Se animó a contestar.

—¿Tenía miedo de vivir lo mismo que ellos vivieron?

—No me lo preguntes. ¿Era eso lo que temías?

—Puede ser, Jaime —Se levantó para pasearse inquieto por el salón—. A veces miraba a Daniela y... pensaba en lo feliz que era con ella, pero... ¿Y si se terminaba? ¿Y si me engañaba?

—Adrien, ahí tienes la respuesta.

Lo miró confundido. Jaime continuó:

—Tus padres vivían una idílica historia de amor, al menos a ojos de todos, pero nada pudo hacer sospechar a tu madre lo que ocurría. A veces, una relación empieza a flaquear y todo son señales de que algo va mal. Pero en el caso de tus padres no fue así. Pasó de la perfección a la ruptura. Te da miedo vivir algo muy intenso con Daniela y que se rompa sin darte cuenta, porque sabes que incluso lo que parece perfecto puede terminar. Sientes que hay una amenaza constante. No te basta con ser feliz a su lado. Vives con ese miedo.

»Has pasado tu vida evitando implicarte con nadie. Has puesto siempre una fecha límite a tus

aventuras y no has hecho jamás una excepción. Ambos sabemos que alguna vez te costó mucho hacerlo. Empezabas a sentir algo y aun así eras inflexible.

»Daniela te hizo romper con todas tus normas y con ello llegó la inseguridad y por supuesto el miedo. Y por si fuera poco, aparece Olivier con una historia del pasado que te envía derechito allí.

—Todo el mundo que sea feliz con una persona puede tener miedo a perderla.

—Pero lo tuyo es terror, Adrien. Terror a sentir lo mismo que sintió tu madre. Viste con tus propios ojos ese dolor desgarrador que la fue consumiendo.

Adrien se volvió a sentar en el sofá. Pasó más de diez minutos en silencio.

—¿Desde cuándo eres psicólogo? —se decidió a preguntar.

—Practico en mis ratos libres. ¿A que soy bueno?

Adrien dibujó una media sonrisa.

—Tiene sentido lo que dices.

—Hace años que te observo. Desde fuera se ve todo distinto.

—¿Qué voy a hacer, Jaime?

—Pensar. Buscar soluciones y superar el puto pasado de una vez. Si la quieres, tienes que arriesgar y apostar fuerte. Pasa página, Adrien. Tus padres vivieron su historia y tú no puedes compararla con la tuya.

—Pero se ha ido, Jaime. Se ha ido lejos. Me porté fatal con ella.

—Ahí no puedo decir nada. Tendrás que enfrentarte tú solito a todo eso.

—¿Qué te dijo? ¿Qué te dijo cuando la viste?

—Recogió sus cosas. Estaba mal, Adrien.

—¿Te dijo cuándo iba a volver?

—No —Se levantó—. No me dijo nada.

Jaime observó a su amigo. Le dolió en lo más profundo verlo en aquel estado. Derrotado.

—¿Aún tienes pastillas de aquellas que tomaste para la ansiedad?

—No quiero pastillas.

—Escúchame. Deberías tomar unos días esas pastillas. No te harán daño. Tienes que calmarte si quieres ponerle orden a tus ideas y tomar decisiones acertadas. En ese estado solo empeorarás las cosas —Se puso de cuclillas delante de él—. ¿Dónde están?

Adrien levantó la cabeza para mirarlo.

—En el cajón de la mesita. En mi habitación.

Jaime le entregó una pastilla y esperó a que se decidiera a tomarla. Pasaron más de cinco minutos cuando lo hizo.

—Descansa. Te llamo después.

Adrien asintió. Se estiró en el sofá para que Jaime viera su intención de dormir un rato.

—Te dejo solo —Se dirigió a la puerta—. Llámame si me necesitas.

Adrien volvió a asentir.

El alcohol había conseguido aliviar la angustia que sentía. La pastilla que le dio su amigo no le hizo ningún efecto. Se suponía que tenía que calmarlo un poco, pero no fue así. No soportaba aquella presión en el pecho, aquel nudo en el estómago y aquellas ganas de gritar y de llorar.

No debería beber con esas pastillas, pero en ese momento se alegraba de haberlo hecho. Al menos, esas malditas sensaciones habían remitido un poco.

No soportaba más estar en su casa encerrado.

Su cabaña sería el lugar perfecto para refugiarse. ¡Sí! Allí estaría mejor.

Media hora después conducía en aquella dirección. El recuerdo de la última vez que estuvo allí le devolvió parte de la angustia que creía haber calmado con el alcohol. Ya sabía que aquello no iba a ser un remedio permanente, pero esperaba que la tregua se hubiera alargado un poco más.

Seguro que ella le odiaba. Intentaría llamarla, pero estaba de seguro que no quería hablar con él. Le había hecho daño, le había hablado de una forma muy dura y despectiva. La imagen de la última noche se repetía una y otra vez. La había llamado maldito y jodido error. La había tirado al suelo. Le había gritado. La había penetrado de una forma violenta y sucia...

Pensó en las palabras de Jaime. Tenía razón. Desde que la conoció había tenido que luchar constantemente con sus miedos. Cuando consiguió vencerlos, o al menos eso es lo que él creía, aparece Olivier con un cartel de «no te olvides del pasado, yo soy una prueba de él» y con su llegada todos aquellos malditos recuerdos cargados de impotencia, de dolor, de silencios, de despedidas...

Jaime podría estar en lo cierto. Esa podría ser la mejor explicación a su comportamiento, aunque todavía le costaba creer que se pudiera perder el control de aquella forma. Había mantenido una lucha constante entre lo que sentía y lo que su cuerpo y su mente le obligaban a sentir. Durante todos aquellos días había incluso sentido miedo de sus reacciones, como si no fuera capaz de controlarlas.

Había vuelto de París dispuesto a pactar una tregua con Olivier y a recuperar a Daniela. A ella la había relegado a un segundo plano en todo momento. Había estado tan concentrado en Olivier y su pasado que Daniela había sido una marioneta en sus manos. Le daba vida cuando él quería y la tiraba a un rincón cuando era incapaz de afrontar lo que le ocurría.

No se había dado cuenta de lo mucho que la necesitaba y la quería en su vida hasta que alguien le había contado que se encontraba a miles de kilómetros.

¿Le costó mucho tomar esa decisión de ir a Panamá? ¿La habría animado alguien? No quería ni pensar lo que debió sentir cuando se subió a ese avión.

¿Cuándo pensaba volver? ¿Se había ido para siempre? Necesitaba una respuesta.

Marcó el teléfono de Nico. Mientras escuchaba los tonos de llamada, sintió los párpados pesados. ¿Habría bebido demasiado? Seguro que no.

—Necesito que me digas cuándo vuelve... por... favor —dijo haciendo un esfuerzo por concentrarse en la carretera.

Nico tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Feraud? —le preguntó, confundido.

—Dímelo, Nico, te lo pido por favor. Dime algo. Lo... que sea. —Empezaba a tener dificultades para hablar.

—¿Estás borracho? —preguntó, sorprendido. Nunca lo había escuchado hablar de esa forma.

—No. Solo quiero que... —Hizo un gran esfuerzo por mantener los ojos abiertos—. ¿Cuándo? Nico...

—¿Eres tú el que conduce? —dijo al escuchar el sonido de fondo.

—¿Me vas a decir algo o no?

—No sé nada. No dijo cuándo pensaba volver.

—Yo la quiero, Nico. De verdad. Necesito ver-verla —Lloriqueó—. Dime lo que sepas.

Nico sintió lástima de él. Se le encogió el corazón al escuchar aquellas palabras. Y pensar que estaba esperando para encontrárselo y decirle cuatro cosas...

—¡Joder, Feraud! —Alzó el tono de voz—. No sé nada. Sacó un billete de vuelta porque era un requisito para entrar en el país. Tenía que ser inferior a noventa días, pero no tengo ni idea de si piensa apurar esos días o quedarse allí o cambiarlo o... ¡No lo sé!

—¿Qué coño hace en Panamá? ¿Qué se le ha perdido allí? —dijo con mucha dificultad. Su visión empezaba a ser borrosa.

Nico le podía haber respondido muchas cosas, todas ellas muy desagradables, pero era muy consciente de que no era un buen momento. Su voz indicaba claramente que estaba borracho y el sonido de fondo parecía indicar que estaba al volante. Era posible que fuera en taxi, pero algo le decía que no era así.

—Has bebido. Cuando estés despejado hablamos.

—¿Cuándo... vuelve?

Nico se levantó de su asiento y se acercó a Javier, que lo miraba con preocupación. Nico levantó los hombros para indicarle a su amigo que no sabía bien lo que estaba pasando.

Adrien se sintió mareado. Las imágenes a través del cristal eran borrosas y se movían. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Sintió miedo. Pánico. La pastilla, el alcohol... ¡Que estúpido había sido! Tenía que parar, tenía que salir de esa maldita carretera. Se le cerraron los ojos y miles de sonidos bombardearon su cabeza.

—¡Adrien! ¡Adrien, joder, contesta! —gritó Nico al escuchar unos sonidos extraños—. ¡Adrien!

Nico miró a Javier.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier alarmado.

—Nada bueno —Se pegó el teléfono a la oreja con más fuerza, como si con ello pudiera escuchar algo de fondo—. ¡Adrien!

Javier le cogió el teléfono bruscamente.

—Parecía borracho y creo que estaba en el coche. No dejaba de preguntar cuándo volvería Daniela.

Javier pasó los cinco minutos siguientes gritando su nombre hasta que se cortó la comunicación. Le llamó con la esperanza de que le cogiera el teléfono, pero solo escuchó una locución indicándole que el aparato no estaba operativo.

El coche de Adrien descansaba en la cuneta de una carretera con él inconsciente en su interior.

—Tengo que llamar a Víctor. Esto me huele mal.

Necesitó más de dos días para recuperarse del largo viaje y del cambio de horario. Nunca pensó que un viaje pudiera ser tan agotador. Desde que salió de Madrid hasta que vio la cara de Matt transcurrieron dieciocho horas. Algunas de ellas, por suerte, las pasó durmiendo.

Le había dado tantas vueltas a la cabeza... ¡Un viaje así daba para pensar mucho!

Seis días después de su llegada seguía encantada de estar allí. El hotel y su entorno habían resultado ser aún más impresionantes de lo que había imaginado. Las fotografías que Matt le había enseñado durante los últimos años, no hacían justicia al paraíso que se encontró.

Viviana resultó ser una persona encantadora. En todo momento se mostró amable y divertida con ella. En los días que llevaba allí le había contado mil anécdotas sobre su madre.

Le costó asimilar que los primeros siete años de su vida había vivido allí. Apenas tenía recuerdos de aquel lugar. Solo un par de rincones le resultaron familiares. Entre ellos la biblioteca. Matt se la enseñó al poco de llegar. A pesar de ser un lugar trágico para él, tras la muerte de su madre decidió terminar las obras que ella había iniciado y así poder cumplir su sueño. Fue su particular homenaje a la mujer que tanto había querido. En la entrada se podía leer un cartel dorado con las palabras «Salón Cristina».

Daniela evitaba estar mucho tiempo en ese lugar. Siempre que lo hacía, una sensación desagradable y amarga se apoderaba de ella. Era un salón precioso, ambientado en siglos pasados. Estanterías repletas de libros perfectamente ordenados con sillones y lámparas que incitaban a la lectura.

Dos días después de su llegada, por insistencia de Daniela, se hicieron las pruebas de paternidad. Para evitar tener que desplazarse a la capital, un amigo de su tío se encargó de extraer las muestras y llevarlas a analizar. Era una prueba con fines meramente informativos, por lo que pudieron acelerar el proceso y saltarse muchos protocolos que solo eran necesarios en caso de tener fines legales. Les prometió tener el resultado tres días después.

Antes de la extracción, Matt insistió en hablar con ella y aclararle que para él no cambiaría nada el resultado de esas pruebas. Ella sabía que eso no era verdad. Seguirían teniendo una relación especial, pero estaba claro que un resultado positivo haría que ese vínculo se hiciera más fuerte.

Matt aprovechó esa misma conversación para decirle una vez más que se sentía culpable por no haberla rescatado de la vida que llevó, pero Daniela, también una vez más, intentó convencerlo de que no merecía la pena mirar hacia atrás.

Le gustaba aquel lugar y las personas que trabajaban allí. Todos los empleados habían sido encantadores con ella. Algunos llevaban tantos años allí que incluso habían conocido a sus padres. Le hablaron de ellos con mucho cariño. También hubo anécdotas relacionadas con sus primeros años de vida. Le contaron mil y una travesuras.

Desde su llegada se había comunicado con Nico y con Olivier en dos ocasiones. La primera fue para avisarles de que había llegado bien y la segunda para ponerles al corriente de sus días allí. En la conversación que mantuvo con Nico no mencionó a Adrien. Ambos hablaron como si no hubiera existido jamás, pero a Olivier le preguntó por él, aclarándole que quería conocer cómo era la convivencia en Versus y si le estaba poniendo las cosas difíciles. Le pareció que no quería hablar del tema, por lo que dedujo que las cosas no iban muy bien entre ellos.



A Víctor le envió un mensaje. Este le respondió rápidamente deseándole lo mejor, muy agradecido de que se hubiera acordado de él.

Tan solo llevaba unos pocos días fuera, pero tenía la amarga sensación de que todas las personas que le importaban, las mismas con las que se había comunicado, ya se habían olvidado de ella. Parecían distantes, como si no estuvieran interesados en hablar con ella y se vieran obligados a hacerlo. ¿Serían imaginaciones suyas? ¿Les habría afectado su marcha y por eso estaban tan callados y extraños? Ella los echaba mucho de menos.

Adrien era permanente en su cabeza. No podía evitar que aparecieran imágenes relacionadas con él constantemente. Durante el día era más fácil apartarlas, aunque con mucho esfuerzo, pero durante la noche era casi imposible. Se instalaban sin ánimo de desaparecer hasta que el sueño la vencía.

Una vez más contó su historia. En esa ocasión a Matt. Le explicó los acontecimientos de las últimas semanas, aunque en alguna ocasión tenía que remontarse tiempo atrás para que lo entendiera. Se podía percibir claramente su expresión de disgusto mientras la escuchaba.

No le dijo nada al respecto. Se limitó a abrazarla. Era su forma de mostrarle su apoyo sin intervenir en un asunto que seguramente consideró complicado y delicado a la vez.

Viviana, que también escuchó el relato, fue menos discreta y en más de una ocasión soltó algún que otro impropio contra Adrien, ante la mirada de desaprobación de su tío.

A Daniela le divertía la situación. Viviana arremetía contra los hombres achacándoles egoísmo a todos ellos, y en especial a Adrien, mientras Matt ponía los ojos en blanco por sus acusaciones. Al final siempre conseguía hacerlo reír con sus ocurrencias.

Desde que llegó, las pesadillas habían sido diarias. No hubo una sola noche que no se despertara empapada en sudor con la imagen del cuadro de Degas en su mente. Desde que visitara el museo con Adrien, no había vuelto a soñar con él, pero a su llegada a Panamá no le dio ni un solo día de respiro. Los colores eran más intensos, las manchas que lo cubrían más reales, los personajes parecían tener vida... ¿Tenía que hablar con Matt de ese asunto! ¿Y si tenía relación con su infancia?

Escuchó unos pasos que se acercaban y se dio la vuelta asustada. Matt se acercaba a ella con una expresión que no hubiera sido capaz de definir.

—¡Hola, cariño! —Se sentó a su lado—. No quería asustarte. Llevo un buen rato buscándote.

—¡Oh! Lo siento, le dije a Carmen que estaría aquí.

—Carmen cada vez tiene menos memoria —Suspiró—. ¿Cómo estás?

—Bien. Disfrutando de las vistas.

—Aquí son increíbles —Le pasó una mano por los hombros—. ¿Pensabas en él?

—Hay muchos «él» en mi vida. ¿A cuál te refieres?

—¿Qué quieres decir con que hay muchos? —preguntó con el ceño fruncido.

—No te alarmes —Rio—. Me refiero a que hay muchas personas que echo de menos y todos ellos son hombres: Nico, Olivier, Víctor...

—¡Ah! —Le frotó la cabeza con la mano—. Pero solo uno que te haya robado el corazón y que me imagino que es el que más parte de tu cabecita ocupa.

—Es complicado no pensar en él. Aun así, prefiero ahuyentar los pensamientos. Estando tan lejos todo es más fácil. Espero que cuando vuelva a Madrid ya no duela tanto.

—No soy un buen ejemplo para hablarte de dolor y de olvido.

—¿Cuándo dejó de dolerte? —Le miró tímidamente—. Ya sé que es un caso distinto al mío.

Matt la miró sorprendido. No esperaba esa pregunta. Esbozó una sonrisa antes de contestar.

—Tardé algunos años en recuperarme. La frecuencia con la que pensaba en ella a lo largo del

día fue disminuyendo con los años, pero nunca se puso el marcador a cero. Es difícil olvidar del todo y mucho menos amar de la misma forma, con la misma intensidad.

—Pero Viviana...

—Es diferente. Te aseguro que me tiene loco y la quiero mucho. Pero... lo que sentí por Cristina... fue mucho más intenso. Supongo que la edad ha borrado la capacidad de amar de la misma forma o quizás el hecho de perderla de una forma trágica. Eso no significa que con Viviana no sea feliz. Lo soy, y mucho. Es todo lo que quiero en mi vida. Ella, este lugar, mis amigos y tú.

—Todo el mundo me habla maravillas de mi madre.

—Era una mujer excepcional. A partir de hoy la recordaré de otra manera.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando piense en ella no pensaré en lo que vivimos juntos y en lo mucho que la amé. Eso ya no es importante en mi vida. Pensaré en la preciosa hija que me dejó...

Daniela lo miró intentando adivinar si lo que decía era una forma simbólica de hablar.

—¿Hija? Aún... no...

—Eres mi hija, Daniela. Eso es lo que dice en este documento. —Sacó un papel doblado del bolsillo y se lo mostró.

Daniela lo cogió con mucho cuidado como si al hacerlo pudiera romperse. Lo desplegó y leyó su contenido. Una lágrima resbaló por su mejilla. Miró a Matt y vio que ella no era la única que lloraba.

Jaime no podía dormir. Ni siquiera lo había intentado. A las tres de la madrugada, con el móvil en la mano, paseaba por el salón de su casa, decidiendo si debía o no hacer esa llamada. En Panamá debían ser las nueve o las diez de la noche. Una hora razonable para llamar.

No debería habérselo comentado a Víctor. De esa forma no hubiera llegado a oídos de Nico y este no le habría llamado para pedirle que no lo hiciera. Se negaba a que llamara a Daniela para decirle lo que estaba pasando con Adrien.

Víctor tampoco le apoyaba, así que durante dos días respetó la voluntad de sus amigos, sobre todo la de Nico, que se ponía como un energúmeno cada vez que se lo mencionaba.

Era difícil no discutir sobre el tema, teniendo en cuenta que visitaban a Adrien casi todos los días en el hospital.

¿Pero qué clase de protección estúpida era aquella? Daniela tenía derecho a saber lo que estaba ocurriendo. Si todo acababa en tragedia, seguramente lo primero que haría sería reprocharles duramente, a todos, su silencio.

Los argumentos eran de lo más infantiles: «Ella no puede hacer nada. Bastante mal lo está pasando. Necesita recuperarse».

Por suerte, Olivier estaba de acuerdo con él. No le parecía ético ocultarle algo así por mucho que le doliera.

Víctor, seguramente influenciado por Nico, no paraba de insistir en que no la llamase y la dejase tranquila.

A Jaime le parecía que la trataban como una niña. ¿Solo él había visto a una mujer fuerte capaz de enfrentarse a lo que se le pusiera por delante?

En cualquier caso, ya había tomado la decisión y le importaba muy poco lo que pudieran reprocharle después.

Adrien llevaba ocho días en coma. Ocho largos días en los que los médicos no encontraban una explicación a su estado. Las lesiones que le produjo el accidente de coche no justificaban el coma, aunque superficial, en el que se encontraba. Conforme pasaban los días, él se iba impacientando más y más y no sabía muy bien cómo responder a todas las preguntas de Celia, que había acudido rápidamente para estar junto a su hijo.

El neurólogo que atendía a Adrien la tranquilizaba cada día. Le decía que en cualquier momento despertaría y que solo había que esperar. Pero él había hablado muchas veces en privado y no tenían una respuesta para aclarar por qué continuaba en aquel estado.

Llevaba horas dando vueltas en la cama sin dormir. Miró el reloj esperando a que en Panamá fuera una hora razonable. Debían de ser las nueve de la mañana. Era el momento.

—¡Jaime! ¡Qué sorpresa! —dijo Daniela. Miró el reloj sorprendida. En España debían ser las tres de la madrugada.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien. ¿Y tú?

—Te llamaba por un asunto... delicado.

Daniela se alarmó.

—¿Qué ocurre, Jaime?

—Necesito que vuelvas a España. Cuanto antes.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Es por Adrien, Daniela. Tuvo un accidente el mismo día que te fuiste. Un accidente con el coche. Desde entonces está en coma.

Daniela sintió que le flaqueaban las piernas. Buscó un lugar para sentarse. Jaime esperó para continuar. Era consciente de que ella intentaba procesar la información.

—Si no te he llamado antes es porque Nico se opuso a ello. Él y Víctor creyeron que sería mejor que no supieras nada de momento.

—Dime cómo está. ¿Qué ocurre? ¿Está grave? —preguntó, alterada.

—Escúchame atentamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Explícamelo bien. Los médicos a veces...

—Todas las pruebas que se le han hecho indican que no hay ninguna lesión por la que preocuparse. El día que llegó al hospital se le hicieron mil cosas y todas ellas quedaron resueltas. ¿Me explico bien?

—Perfectamente.

—Por el tipo de lesiones que sufrió, no debería estar en coma. Ya debería haber despertado —Hizo una pausa—. Daniela, ahora no te hablo como médico. Estoy muy preocupado por él, estoy muerto de miedo y he pensado que tu presencia podría ayudar. Tú podrías ser ese estímulo que le haga reaccionar.

—¿Yo? ¿Crees que yo...?

—En realidad, no sé nada. Solo intento buscar algo. He pensado que tu voz, tu presencia podrían servir de estímulo. El coma es un misterio en muchos aspectos.

—¿Qué ocurrió? ¿Has dicho accidente?

—Sí. Se dirigía a la cabaña. No... no estaba en condiciones de conducir.

Daniela cerró los ojos con fuerza. Cuánto dolía escuchar aquello.

—Deberías haberme llamado.

—Lo sé. No te pediría que vinieras si no fuera importante, soy muy consciente de que estás muy lejos.

—No sé qué decirte, Jaime.

—Lo mío es la ciencia, Daniela, pero el que está ahí es mi amigo, alguien a quien quiero y cualquier cosa me parece justificada con tal de intentar que vuelva al mundo.

El silencio de Daniela se hizo eterno para Jaime. Escuchaba su respiración muy agitada. Esperaba que no le fallase. Había algo en su cabeza que le decía que Adrien despertaría si Daniela estaba allí. Se sentía ridículo como médico razonando de esa forma, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Había escuchado muchos relatos sobre personas que vuelven del coma. Muchos aseguraban haber escuchado la voz de algunas personas e incluso haberlas identificado. Otros habían recreado conversaciones. De ahí que todo lo que se hablaba alrededor de una persona en ese estado siempre se aconsejaba que fuera positivo y cargado de buenos pensamientos.

—Déjame ocuparme de ello. Te llamo en cuanto tenga el vuelo de vuelta preparado. Voy a hablar con Matt para que me ayude.

—Espero tu llamada. No importa la hora que sea, no creo que pueda dormir. Llámame cuando sepas algo.

Daniela tenía muchas preguntas que hacerle a Jaime sobre el estado de Adrien, pero no era el momento de hacerlas. Debía volver a España, ¿cómo no iba a hacerlo?

Buscó a Matt para pedirle su ayuda. Necesitaba agilizar un vuelo a Madrid lo antes posible.

Daniela miraba con atención la cinta que transportaba la maleta. Necesitaba salir de allí cuanto antes y esa espera le estaba empezando a poner nerviosa.

Estaba muy aturdida. Las horas posteriores a la llamada de Jaime habían sido muy estresantes. Esa noche apenas fue capaz de dormir más de dos horas y en el avión tampoco lo consiguió. Los síntomas de agotamiento empezaban a ser visibles.

Matt y Viviana le mostraron todo su apoyo para que realizara el viaje a Madrid. No querían despedirse tan pronto de ella, pero entendieron la situación.

Matt pasó más de dos horas al teléfono intentando organizar el viaje. El vuelo a Madrid no supuso ningún problema. Estaba previsto para el día siguiente a las cinco de la tarde y la reserva se realizó con facilidad. El problema era llegar al aeropuerto de Ciudad de Panamá antes de las tres de la tarde. No había vuelos directos en dos días y el trayecto por carretera suponía más de seis horas. Matt intentó localizar a un amigo esperando que él pudiera ayudarle. Dirigía una escuela de aviación y entre otros servicios ofrecían vuelos privados en avión y helicóptero a diferentes puntos del país.

El amigo de Matt llamó casi entrada la medianoche. Para entonces ya habían decidido dormir unas horas y hacer el trayecto por carretera. Afortunadamente les ofreció una solución mejor.

Por suerte para Daniela el vuelo no fue en helicóptero. No tenía muy superado el miedo a volar y la sola idea de subir a uno hacía que le hormigearan las piernas.

Compartió un vuelo privado con unos ejecutivos estadounidenses que se deshicieron en atenciones con ella en las dos escasas horas que duró el trayecto.

Desconocía si aquel vuelo había supuesto algún coste para Matt. Tampoco sabía de qué forma lo habían planeado para que aquellos amables ejecutivos le ofrecieran un asiento en su costoso vuelo. No preguntó, solo quería salir de allí cuanto antes y llegar a Madrid.

Jaime le había confirmado que él u Olivier la irían a buscar al aeropuerto. Le pidió que no le dijera nada a Nico o a Víctor. No le apetecía aguantar la charla que le darían cuando se enteraran de que la había llamado.

Mientras esperaba en el aeropuerto, le asaltaron las dudas sobre la gravedad de Adrien. Pensó que Jaime podía no haberle dicho toda la verdad para no angustiarse. No podía pasar once horas metidas en un avión con todas esas dudas, así que decidió llamar a Olivier.

Este le dejó claro que Jaime le había contado la verdad y que sería él el que la iría a buscar al aeropuerto. Apenas hablaron unos minutos.

Cuando vio a Olivier buscándola con la mirada, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos como si hiciera meses que no se veían. Él no dejaba de reír encantado del recibimiento de Daniela.

Toda la angustia de las últimas veinticuatro horas desapareció. La presencia de Olivier seguía teniendo el mismo efecto calmante en ella.

Pasaron por su casa para dejar la maleta y se dirigieron al hospital. De camino, Olivier le puso al día de todo lo ocurrido.

Confirmó, de nuevo, lo que le contó Jaime y añadió algunos detalles del accidente que ella desconocía, como que en el momento en que se produjo, Adrien conducía bajo los efectos de una mezcla de alcohol y ansiolíticos.

También le ofreció un resumen de la conversación que mantuvo con él, previa al accidente.

—Cuando lo vi en el hospital en aquel estado, me sentí muy mal. Pensé que si ocurría lo peor nuestra última conversación había sido bastante desagradable —dijo Olivier, afectado.

—Sí. Te entiendo. Eso mismo he pensado yo cuando venía hacia aquí. Mi último encuentro con él espero que no sea el que tenga que mantener en el recuerdo.

—Se pondrá bien. Jaime es muy optimista.

—De ser así no me hubiera llamado, Olivier. Su llamada parecía desesperada —Respiró hondo—. Si te soy sincera, no sé muy bien qué puedo hacer por Adrien.

—Si yo estuviera en coma y tú te sentaras a mi lado, me despertaba seguro. —Le guiñó un ojo. Ella rio.

—Te he echado mucho de menos. —Posó su mano sobre la de él, que descansaba en la palanca de marchas.

—Y yo a ti. No imaginas cuánto.

—Debiste decirme lo que estaba pasando.

—Eso lo dices porque no escuchaste a Nico. Se negó en rotundo a que lo hiciera. Cuando se enteró que Jaime quería llamarte, él y Víctor fueron al hospital y le montaron una buena. Discutieron.

—No entiendo a qué viene tanta protección.

—Es normal, Daniela. Nico no quiere que lo pases mal. Aunque también tengo que admitir que me sorprendió su negativa, teniendo en cuenta que Jaime le habló de que tu presencia podía ser un estímulo para Adrien. Él es una persona muy espiritual, no entiendo que se negara.

—Nico es muy complicado. No intentes sacar conclusiones. Siempre sale por un lado que no te esperas.

—Eso sí que es verdad.

Cuando llegaron al hospital, Jaime los recibió enseguida. Esa semana había cancelado sus visitas en la consulta privada para estar más tiempo en el hospital junto a su amigo. Afortunadamente era el mismo donde él trabajaba todas las tardes.

Jaime la abrazó y le dio las gracias. Sin más protocolos la llevó hasta la habitación donde se encontraba Adrien. Daniela no quiso mostrar lo nerviosa que estaba e hizo un gran esfuerzo para que no lo notaran. Olivier los siguió, pero se quedó fuera de la habitación.

Al entrar encontró a una mujer de pie frente a él con los brazos cruzados, que se giró hacia ellos cuando los escuchó entrar.

Daniela estaba tan nerviosa que no se le ocurrió pensar que podía ser su madre. Avanzó por la habitación sin prestarle atención, con la mirada al frente, evitando centrarla en Adrien. Quería prepararse para lo que iba a ver. Pasó por delante de la cama y se detuvo en el otro extremo.

Jaime le hizo una señal a Celia para que no dijera nada. Esta se separó de la cama y se acercó a él observando los movimientos de Daniela.

No estaba preparada para lo que vio. Adrien estaba conectado a varios monitores. Tenía la cara magullada y la barbilla cubierta por un apósito que probablemente protegía una profunda herida. Respiraba por sí solo y eso la tranquilizó.

Se apoyó en el borde de la cama y acercó su mano a la suya. Miró a Jaime esperando su aprobación. Este asintió con la cabeza. Cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió sintió la humedad de una lágrima resbalando por su mejilla. Le acarició el cabello, colocando con mucha ternura unos mechones que descansaban en la frente. Estaba recién afeitado. Dibujó una leve sonrisa al pensar que siempre lo había visto con una pequeña barba.

—Me gustas más con barba —susurró.

Celia y Jaime se miraron dibujando una sonrisa, les emocionaron aquellas palabras. Cerró de nuevo los ojos. Llenó sus pulmones de aire y lo soltó lentamente. Se levantó y se dirigió a la puerta. Jaime, delante de ella, le pasó una mano por la espalda y la condujo al pasillo.

Olivier la miró cuando salió. Ella hizo lo mismo y se acercó a él para abrazarlo.

—¿Tiene alguna fractura? —preguntó a Jaime, temblorosa.

—Sí, tiene una luxación acromio...

—Yo también quiero entenderlo —interrumpió Olivier. Seguramente Daniela podría hacerlo, pero él no.

Jaime dibujó media sonrisa.

—En el hombro y en el codo, y también se ha roto dos costillas. Pero no me preocupa, son fracturas limpias.

—¿Fue muy...? Quiero decir el coche...

—Se salió de la carretera y chocó contra una valla metálica. Te aseguro que ha tenido mucha suerte.

Daniela cerró los ojos y ocultó su rostro en el pecho de Olivier. Este la abrazó con más fuerza.

—Vayamos allí —Jaime señaló una sala de espera—. Debes estar agotada.

Cuando llegaron, Daniela se sentó rápidamente. Agradeció que no hubiera nadie más en esa sala. Olivier se quedó en la entrada apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados y le sonrió. Seguidamente entró Celia.

—Hola, Daniela. Siento que nos conozcamos de esta forma. Soy Celia, la madre de Adrien.

Daniela la miró sorprendida. Se levantó.

—¡Oh! Lo siento —Se acercó y le dio dos besos—. Ni siquiera me di cuenta de... ¡Lo siento, ha sido muy grosero por mi parte!

—No era un buen momento para presentaciones, cariño. Lo hacemos ahora y arreglado.

Ella asintió con una sonrisa tímida. La observó. Había visto fotografías de ella en Versus, aunque tenía un aspecto distinto. Era una mujer muy guapa. No encontró ningún parecido con Adrien, excepto los hoyuelos que se dibujaban en sus mejillas al sonreír. Parecía cansada.

—Tenía muchas ganas de conocerte. Me han hablado mucho de ti —Le sonrió dulcemente. Se sentó y palmeo la silla de al lado para indicarle a ella que también lo hiciera—. Sé que has hecho un viaje muy largo y te lo agradezco.

—Jaime me dijo que era importante. —Lo miró directamente.

—El doctor Rius también opina como Jaime. Me ha dicho que puede ser bueno que estés aquí.

—¿Quién? —preguntó Daniela.

—Es el neurólogo que lleva a Adrien —aclaró Jaime.

—No estoy segura de que yo pueda ser útil. Antes del accidente, Adrien y yo... —Miró a Celia.

—Sé todo lo que ocurrió, Daniela —dijo Celia frotándole la pierna con la mano—. Eso no significa nada.

—Daniela, te llamé porque por alguna razón que desconozco estoy convencido de que tú puedes ser de gran ayuda —intervino Jaime—. Te aseguro que lo pensé mucho antes de hacerlo. Una cosa es decirte su estado y otra pedirte que vinieras estando tan lejos.

—Ya estoy aquí. No le demos más vueltas. Ojalá se despierte pronto.

—Quiero que hables con él, que te escuche —le pidió Jaime.

—Lo haré, pero...

—No tiene que ser ahora, Daniela. Has hecho un viaje muy largo y debes de estar muy cansada. Deberías ir a tu casa, darte una buena ducha, comer algo y descansar.

Ella asintió con la cabeza.

—Te llevo a casa —dijo Olivier.

—¿No tienes que ir al trabajo? —preguntó ella.

—Es sábado. ¿En qué mundo estás?

—¡Oh! Vaya caos mental que tengo.

Se levantaron dispuestos a marcharse cuando una figura masculina entró en la sala. Daniela no tardó en adivinar quién era cuando se dirigió a Celia y la besó dulcemente.

Hacían una pareja estupenda.

—Daniela, te presento a Gerôme, mi marido.

El hombre se acercó y le tendió la mano.

—Es un placer conocerla —dijo en un acento francés muy marcado. Continuó hablando en francés.

Daniela le estrechó la mano dibujando una débil sonrisa.

—No habla más que cuatro o cinco palabras en español —aclaró Celia—. ¿Hablas francés, Daniela?

—No. No he entendido lo último que ha dicho.

Todos sonrieron.

—Ha dicho que te agradece que hayas venido desde tan lejos.

Daniela se ruborizó.

—Yo también me alegro de conocerlo —dijo Daniela. Celia volvió a hacer de traductora.

De camino a su casa, Daniela le pidió a Olivier que la acercara al estudio de Nico. En el pequeño trayecto hablaron de las conversaciones que había mantenido con Celia en las que ella le explicó lo afectado que llegó Adrien a París días atrás y de lo duro que fue para ella explicarle a su hijo con todo lo que había ocurrido. No entró en detalles, ni él ni Daniela tenían ganas de hablar del tema en profundidad. No necesitaron decírselo para entenderse.

Lo único que importaba en ese momento era que Adrien despertara del coma. Cada día que pasaba era crucial en su recuperación. Un coma prolongado, según le había dicho Jaime, podía dejar secuelas.

El ayudante de Nico les dijo que había salido, pero que estaba a punto de llegar.

Nico entró minutos después. Llevaba una bolsa en la mano que se le cayó al suelo cuando vio a Daniela sentada en la pequeña recepción.

—¡Joder! —Miró a Olivier, que estaba a su lado.

—Yo no he sido. A mí no me mires así.

—¡Lo voy a matar!

Daniela se levantó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Antes de cometer ese asesinato, ¿podrías darme un abracito y decirme lo mucho que te alegras de verme? —Se acercó a él.

Él sonrió y abrió los brazos para recibirla. La apretó y la besó en la coronilla.

—No quería que te lo dijeran.

—¿Y ahora viene cuando me explicas el porqué?

—Porque es un viaje muy largo y prácticamente acababas de llegar. Estabas allí por algo, era tu momento y no creo en eso de que tu presencia aquí le vaya a ayudar.

—¿Dónde está el Nico espiritual?

—Precisamente ese es el que piensa que si tiene que despertar lo hará. Dudo mucho que porque le digas cuatro cosas al oído lo vaya a hacer —Se sentó en una silla—. No sé, Daniela, me



revienta que tengas que interrumpir tu vida por los demás. ¡Siempre por los demás! Igual he sido injusto. Tengo un conflicto. Le deseo lo mejor a Feraud. Deseo con todas mis fuerzas que se recupere, pero por otro lado sigo resentido con él por todo lo que te hizo —Se levantó y se dirigió a un armario del que sacó una botella de agua—. Me hubiera gustado que tú no tuvieras que intervenir —Le pellizó en la mejilla—. Te lo hubiera dicho antes o después. No es algo que se pueda ocultar, pero hubiera preferido esperar un poco.

—Si Jaime me ha llamado es porque pensaba que no debíamos esperar. Equivocado o no, él piensa que puedo ayudarlo, y si existe una única posibilidad no puedo negársela. Adrien me importa, me importa mucho, Nico. Le quiero, y aunque nuestra relación se rompiera, deseo que despierte y se recupere.

—De acuerdo. Ya no hay nada que discutir. ¿Cómo estás? ¿Cuándo has llegado? ¡Tienes un aspecto horrible!

—Apenas he dormido desde que llamó Jaime, y el viaje se me ha hecho eterno. Estoy bien pero cansada. He estado en el hospital y... todo me resulta confuso. Adrien, ese estado, conocer a su madre...

—Celia es encantadora. Ya la conocía, pero la he visto un par de veces en el hospital.

—¿Has estado en el hospital? —preguntó, sorprendida.

—Cuando tuvo el accidente, yo estaba hablando con él por teléfono. Lo escuché todo y te aseguro que me impactó mucho.

—¿Qué? —Abrió la boca y miró a Olivier. ¿Por qué no le había contado nada?

—Luego te lo cuento. ¿Vamos a comer? Estoy muerto de hambre. ¿Te apuntas, Olivier?

—Claro. Pero iba a llevarla a su casa. Quería darse una ducha.

—Pues vamos. La esperamos y nos vamos a comer algo. —La miró esperando su aprobación.

—De acuerdo. Necesito cambiarme de ropa. Tengo la sensación de llevar dos años con ella puesta.

De camino, Nico le explicó lo ocurrido durante la llamada que recibió de Adrien.

—¿Por qué mezcló alcohol y pastillas?

—No pienses cosas raras, Daniela —intervino Olivier—. Jaime le dio esa pastilla y luego él bebió, seguramente sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—No vayas a pensar en un suicidio —le advirtió Nico.

—No lo he pensado. Adrien se quiere demasiado para hacer algo así —dijo ella tajante.

Nico y Olivier se miraron. Ambos notaron el resentimiento con el que había pronunciado aquellas palabras, pero no le dijeron nada. Intentaron cambiar de tema preguntándole detalles de su estancia en Panamá. Ambos se entretuvieron mucho con todo lo que les contó.

Cuando llegaron al restaurante, Daniela recordó haber estado allí con Nico y Javier. Apareció cierta nostalgia de aquella época. Se sentaron en silencio e hicieron su pedido.

—¡Ah! Por cierto —dijo ella mirándolos a los dos—. Matt es mi padre.

Nico se atragantó con la bebida al escucharla.

—Joder, ¿y lo dices así? —dijo, enfadado.

Olivier soltó una carcajada.

—¿Qué esperabas? Nos hicimos la prueba al llegar y dio positiva.

—¿Estás contenta? —preguntó Olivier con ternura.

—Sí. Es curioso, pero necesitaba que fuera así. He pensado mucho en ello. Es inevitable pensar en cómo hubiera sido todo si lo hubiéramos sabido desde un principio o hace años.

—Igual no hubieras pisado España nunca, por lo tanto no le des más vueltas. Todos los días no aparece un padre en tu vida. Y menos creyendo que estaba muerto.

Los tres sonrieron y brindaron por la noticia. De no haber sido por todo lo que tenían en la cabeza, hubiera sido un bonito momento entre amigos.

—¿Piensas volver a Panamá? —preguntó Nico. Olivier lo miró, él no se había atrevido a preguntárselo.

—Sí, pero antes veamos qué pasa con Adrien.

—¿Te refieres a su recuperación o...?

—Me refiero solo y exclusivamente a su recuperación. No hay nada más —dijo tajante, de nuevo.

Cuarenta y ocho horas después de volver al hospital, tras la comida con sus amigos, el estado de Adrien seguía siendo el mismo.

Durante el día, Daniela lo pasaba en el hospital, sentada a su lado viendo pasar las horas. Estas se interrumpían por la llegada de alguna visita como la de Víctor, Javier o Nico. El acceso a la habitación estaba muy controlado por Jaime y por las enfermeras que lo atendían, la mayoría de la veces solo permitía el acceso a Celia y a Daniela. Al parecer Jaime tenía muy claro quién podría o no contribuir a la recuperación de su amigo.

Olivier entraba y salía constantemente. Solo una vez mostró interés por acceder a la habitación y fue pocos días después de su ingreso. Pasaba mucho tiempo junto a Celia. Ella parecía reconfortada y consolada por su presencia. Se le notaba que le tenía mucho cariño. ¡Paradojas de la vida! Ella no lo veía como Adrien. Ella veía a un joven encantador que había sufrido en la vida de la misma forma que ellos, por el egoísmo y la inmadurez de su padre.

Jaime pasaba constantemente por la habitación preocupándose de su estado y del de Adrien. Una vez fue acompañado del doctor Rius, que se mostró muy amable con Daniela y le puso al corriente de lo que seguramente ya habría repetido en muchas ocasiones.

—Hay que esperar. Es importante que las personas que estén con él no hablen de nada negativo. Hay que seleccionar muy bien lo que se dice.

Daniela pensó que nadie en su sano juicio se pondría a decir barbaridades delante de un paciente en coma. Claro que si él lo advertía era por algo. Seguramente la experiencia se lo había enseñado.

Celia se mostraba muy amable. Daniela prefería evitar estar a solas con ella. No quería hablar de Adrien. Desde que Daniela llegó, Celia había aprovechado para hacer varios recados fuera del hospital con su marido y también para descansar. Llevaba muchos días junto a su hijo y el agotamiento empezaba a aflorar. Seguramente también se había dado cuenta de que ella evitaba sus encuentros a solas y por ello no había insistido en que se produjeran.

A pesar de las recomendaciones de Jaime, y de los sermones de Olivier, no se había movido del hospital, excepto para salir a comer con Olivier y a última hora de la tarde para ir a su casa y pasar allí la noche.

La primera noche le pidió a Olivier que se quedara con ella un «ratito» en casa. Al final el «ratito» se había alargado hasta el día siguiente. Estaba tan agotada que se quedó dormida en el sofá. Amaneció en la cama sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Olivier, entre bromas, le había ofrecido todo tipo de versiones, a cual más disparatada. Incluso el hecho de amanecer con una simple camiseta, después de haberse quedado dormida con un vestido, fue motivo de bromas para él. Le encantaba recurrir al mensaje que había escrito en el techo de la habitación, el que afirmaba que nada de lo que allí ocurriera saldría de allí.

La segunda noche ni Daniela le pidió que se quedara ni él se ofreció a hacerlo, simplemente dieron por hecho que sería así. La estrategia de quedarse dormida en el sofá era perfecta para evitar una situación incómoda a la hora de meterse en la cama despiertos y al mismo tiempo.

Daniela solo dedicó un par de minutos a pensar en esa situación. Ni uno más. Quizás no fuera lo más correcto, o lo más ético, o lo más convencional, pero a esas alturas le importaba bien poco. Necesitaba la presencia de Olivier porque solo él conseguía aportarle calma y la capacidad

para no pensar en nada más.

Nico estaba muy pendiente de ella y le había ofrecido su casa y su compañía en varias ocasiones, pero ella se había negado diciéndole la verdad: había quedado con Olivier. Si le pareció bien o mal a Nico, no lo mencionó. Incluso parecía sentirse aliviado al saber que no iba a estar sola.

No necesitaba estar acompañada, no era una niña ni la soledad era algo que le produjese temor. Simplemente eran días complicados y la mente tendía a jugar malas pasadas cuando se abusaba de su capacidad para procesar, por lo que era altamente recomendable estar entretenido.

Olivier disfrutaba enormemente de su compañía. Le gustaba estar con ella. A diferencia de Daniela, él había dedicado más minutos a pensar en la situación en la que se encontraban. Daniela era una mujer libre, no tenía que darle explicaciones a nadie de con quién dormía o dejaba de hacerlo, pero... pero... pero... en el aire seguía estando su relación con Adrien. El mismo que era su hermano de padre y que no quería saber nada de él.

Celia le había dicho que Adrien había vuelto dispuesto a tener una conversación con él, pero para él ya no tenía demasiado significado. Sus sentimientos por Daniela iban creciendo y aquella situación le estaba superando. Tenían libertad de movimiento, pero al mismo tiempo estaban atados y bien atados. ¡Demasiado complicado!

Si Adrien despertaba, seguramente se acercaría a Daniela para enmendar su error. ¿Ella le daría una oportunidad?

No quería ni pensarlo. Debía concentrarse en seguir ayudándola y ofreciéndole su amistad. Era duro, pero no tenía otra opción.

Daniela salió al exterior del hospital a esperar a Nico. Ese día comerían juntos. Olivier había vuelto al trabajo y él y Víctor tenían muchos temas que resolver con la ausencia de Adrien. Incluso Celia había tenido que asistir a una reunión en representación de su hijo. La mayoría de proveedores y clientes habían tratado con ella a lo largo de los años, por lo que todos parecieron encantados de hacerlo de nuevo.

Víctor había pospuesto esas reuniones todo lo posible, pero Adrien llevaba muchos días en el hospital y no podía seguir esperando.

Nico apareció con una moto que le había prestado Javier. Se dirigieron a un restaurante cercano que él conocía.

Antes de hacer el pedido, Nico se apoyó en la mesa para acercarse a ella. Con una sonrisa forzada y una mirada fulminante le «recomendó» lo que tenía que pedir para no caer desfallecida. Al parecer Olivier, aburrido y sin nada mejor que hacer, le había comentado que ella no comía apenas y que le preocupaba su salud.

«¡Traidor!»

Aceptó la «sugerencia», para evitar una de sus temidas broncas.

—Nico, hay algo que me preocupa mucho —dijo, angustiada—. ¿Pretendes que me coma esto? —Se desvió del tema al ver la comida en la mesa.

—¿Eso te preocupa? —dijo, sonriente, sabiendo que no se refería a eso—. Tú cómetelo todo y no tendrás de qué preocuparte. Eso o... le pido a Jaime que te enchufe algo para alimentarte por vía.

Daniela puso los ojos en blanco.

—Dime qué te preocupa —le dijo sonriendo al ver su reacción.

—Jaime me dijo que debía hablar con Adrien —Lo miró fijamente—. Paso muchas horas con él a solas y se supone que debería hablarle, tocarle y esas cosas, pero... ¡no puedo!

—¿Por qué?

—No soy capaz de decirle cosas bonitas o cosas graciosas. No me salen las palabras —Se tapó la boca con la mano—. Lo miro y lo miro, pero no soy capaz de decir nada. Me siento ridícula, forzada.

—¿Has hablado con Jaime? Quizá no se trate de decirle cosas bonitas. No creo que haya un protocolo muy exacto para eso. Supongo que se trata de que escuche tu voz, de que sienta tu contacto, tu cercanía.

—Él doctor que lo lleva y Jaime dicen que se debe ser muy positivo y decir cosas buenas cuando se hable delante de él.

—¡Daniela! Me ha resultado muy difícil ser objetivo con este tema y me sigue costando, pero ya que has atravesado medio mundo para intentar ayudarlo, solo puedo decirte que hagas lo que puedas. No creo que tengas que estar tantas horas allí ni agobiarte tanto por lo que seas capaz o no de decirle. Háblale, para que te escuche. Dile lo que se te ocurra. Seguro que si vas a buscar los buenos recuerdos, encontrarás muchos. Escribe todo lo demás. Todo lo que le dirías si no estuviera en ese estado.

—¿Escribirle?

—¿Por qué no? Te servirá para sacarlo de dentro. Cuando éramos niños solíamos hacerlo, ¿recuerdas? Cuando no nos atrevíamos a decirnos algo, lo escribíamos en un papel. Luego lo rompíamos.

—Eso lo hacíamos cuando nos enfadábamos y no nos atrevíamos a pedir perdón —dijo sonriendo al recordar sus aventuras de la infancia.

—Exacto. Por escrito es más fácil soltarse. Escríbele una carta con lo que sientes, lo que recuerdas. Lo bueno y lo malo. Cuando termines de escribirla, le lees solo la parte que diga cosas buenas.

—Suenan bien —Asintió con la cabeza—. Quizás lo haga.

—No tienes por qué estar allí tanto tiempo.

—El caso es que quiero estar. Quiero estar allí y quiero alejarme de él.

—¿Y tus sentimientos hacia él?

—¿Crees que han cambiado? —Movi6 la cabeza a ambos lados—. Estoy tan dolida con él, Nico.

—Lo sé. ¿Y Olivier?

—¿Qué pasa con Olivier?

—¿Hay algo entre vosotros?

—Muchas cosas, pero somos buenos amigos.

—Sea lo que sea lo que tengas con él, espero que siempre esté muy claro. No te permitas dudas o tropiezos en ese asunto. Es delicado, Daniela.

—Yo...

—Me da igual lo que hagas. Sabes que te apoyo. Es tu vida y quiero que seas feliz. Solo te digo que hay asuntos que se pueden tomar más a la ligera y permiten un par de tropiezos. Otros, sin embargo, tienen que estar bien hilados y no permiten errores porque se pagan muy caros. Este es un asunto delicado. Elijas lo que elijas, hazlo muy segura y con las ideas muy claras.

—Queda claro. Entiendo muy bien lo que quieres decir —Sonrió—. Llévame al hospital. Voy a decirle cosas bonitas al señor Feraud para ver si despierta de una vez.

Daniela esperaba en el pasillo a que las enfermeras acabaran de atenderlo. Cada día pasaban varios profesionales distintos por su habitación y ella siempre salía para no molestar a menos que le pidieran que se quedara.

Llevaba un cuaderno en la mano que acababa de comprar. No era muy grande, pero era lo único que había encontrado. Después de comer con Nico, había decidido seguir su consejo y escribir lo que pensaba.

Unos minutos después se sentó a su lado y escribió en su cuaderno.

*20 de febrero*

*Me sedujeron unas iniciales: A. F.*

*Las iniciales de un hombre que me conquistó considerando mis manos, unas benditas manos. Las mismas que cuando lo tocaban dejaban en su piel aroma a limón. Y a él le gustaba...*

*Las de un hombre que me besó frente a un acantilado, que me desnudó y se desnudó para bailar conmigo, que me incitó a romper las normas y que me animó a no restar emoción.*

*Me enamoraste, Adrien.*

*Me pediste que compartiera mi pasado contigo, me llevaste a tu refugio, me regalaste noches en París, y me susurraste un te quiero.*

*No he podido entenderte...*

*Quisiste que un reloj se convirtiera en el símbolo de nuestro tiempo. Apostaste por unas manecillas que siempre marcarían un paso hacia adelante, sin detención, ¡juntos!*

*¿Cómo entenderte si fuiste tú el que viajó al pasado? A tu pasado. Ahí te perdí y ahí dejé de entenderte.*

*Hacías y después deshacías. Como el tapiz de Penélope: hilaba durante el día y lo deshacía durante la noche. Ella tardó veinte años en terminarlo, seguramente porque creyó en lo que hacía.*

*Yo dejé de hacerlo, dejé de creer. Te encargaste de decirme que no había nada por lo que luchar.*

*Me bautizaste como un «maldito y jodido error».*

*De nuevo recorro a él. Al poeta. A Bécquer. Al que tuvimos presente en más de una ocasión. El que mencioné una vez para pedirte amor sin límites por una noche, el que mencionaste tú para decirme que tenías corazón.*

*Ese mismo poeta dijo: «La senda estrecha, inevitable el choque...». ¡No pudo ser!*

*Ahora te miro y me parte el alma ver tus heridas. Las que se ven en tu rostro con una simple mirada, las que ocultan las sábanas que te cubren y las que no se ven, aquellas a las que nunca me permitiste acceder.*

*Solo espero y deseo que abras los ojos. Cuando eso ocurra no estaré. Si lo hiciera, bastaría con una mirada para convertirme de nuevo en tu maldito error.*

*No pude entenderte, mi amor. Todo lo que tengo son preguntas sin respuestas, confusión, dudas. ¡Duele!*

*Me conociste con una lista de deseos que te dedicaste a cumplir. Solo quedó uno: escribir*

*un libro, y uno que debo añadir: olvidarte.*

*¡No pudo ser!*

*Daniela*

Suspiró, como si se hubiera quitado un buen peso de encima. Leyó una parte en voz alta. Tuvo que empezar varias veces, como si estuviera ensayando un discurso. Se había acostumbrado a estar a su lado en silencio y le resultó extraño escuchar su propia voz.

Cuando llegó a la parte en la que se acababan los buenos recuerdos, guardó silencio. Cerró el cuaderno y lo dejó a un lado. Se levantó y se sentó en la cama.

Le cogió la mano con extremada delicadeza para no hacerle daño. Notó una leve presión en su mano, pero la ignoró. Jaime le había explicado que era normal que tuviera pequeños espasmos.

Se acercó lentamente y lo besó en los labios. Cuando se apartó observó que le había mojado el rostro con sus lágrimas. Las apartó con ternura.

—¡Oh, no! —exclamó Daniela en voz alta al ver la larga cola de personas esperando en la cafetería del hospital.

Esa mañana, ya había tomado un café con Olivier, en su casa, pero para ella no era suficiente. Hacía tan solo unos minutos que la había dejado en la entrada del hospital. Llevaba dos días llegando tarde al trabajo, pero a él no parecía importarle.

La noche anterior, mientras cenaban, le preguntó si seguía adelante con sus planes de marcharse de Versus. Él asintió, aunque aclaró que mientras Adrien estuviera en el hospital no dejaría a Víctor tirado. Había adoptado nuevas responsabilidades a petición de Víctor y de Celia para cubrir la ausencia de Adrien.

Habían trazado una rutina desde que ella llegó de Panamá. La comida, excepto los dos primeros días, la tenía reservada para Nico. El desayuno y la cena para Olivier, así como el resto de la noche que, sin planteárselo siquiera, la pasaban juntos en su cama. Se dormían en el sofá. Despertaban en la cama bromeando y se abrazaban durante la noche, una veces conscientes y otras no. Unas veces consciente ella, otras veces él. Ambos cómplices y ambos encantados.

Se dirigió a la habitación con su deseado café. Celia no estaba, y lo agradeció. Prefería estar sola. O bien estaba muy ocupada en Versus o bien evitaba estar en el hospital las mismas horas en las que estaba ella para no incomodarla. Pensó con nostalgia que se habría llevado muy bien con ella si hubiera continuado su relación con Adrien.

Cuando terminó el café, se sentó a su lado. No había visto a Jaime esa mañana, así que esperaba que en cualquier momento apareciera por la puerta. Antes de que eso ocurriera, cogió su cuaderno y le leyó a Adrien, por tercera vez, la primera parte de la carta que había escrito el día anterior. No le encontraba mucho sentido leerlo una y otra vez, pero fue la única forma que encontró para que él pudiera escucharla.

La última vez que lo vio le dijo palabras muy duras cargadas de odio. Cada vez estaba menos convencida de que su voz, la suya en concreto, fuera la que quisiera escuchar él. Si la despreciaba de la misma forma que le demostró el último día, no creía posible que él quisiera volver al mundo. Su cerebro se bloquearía con tal de no verla o...

«¡Basta, Daniela! Deja de decir tonterías», se reprendió.

Debía concentrarse en él, pero no dejaba de pensar que aquello era ridículo. Estaba muy tensa y no sabía cómo dirigirse a él.

Se sintió muy incómoda pensando de aquella manera, si había algo, por pequeño que fuera, que pudiera ayudarlo, debía hacerlo. Adrien tenía que despertar, no podía seguir en ese estado, sumando probabilidades de tener secuelas.

Volvió a centrarse en él. Le cogió la mano. Notó un leve movimiento en ella. Lo ignoró, como en veces anteriores. Cuando se disponía a seguir con la lectura, volvió a sentir presión en la mano, esta vez los dedos de Adrien se movían. Lo miró a los ojos. Él parpadeó varias veces. Abrió y cerró los ojos. Daniela se levantó y empujó la silla hacia atrás para tener más espacio.

Sus ojos se abrieron. Durante unos segundos mantuvieron la mirada fija en el techo. Un leve movimiento de la cabeza hizo que Daniela se sobresaltara. Salió rápidamente hacia la puerta volcando la silla que había apartado. No reparó en el cuaderno que había caído al suelo quedando parcialmente oculto por la cama.



Respirando con dificultad se dio la vuelta para volver a mirarlo antes de dar el aviso. Sus ojos seguían abiertos aunque parpadeaban continuamente, con la mirada perdida.

Avisó a una enfermera que se encontraba en un pequeño puesto de mando cerca de la habitación. Les pidió que se lo comunicaran a Jaime. Había dejado su móvil en el bolso y no quería entrar en la habitación.

Jaime apareció en menos de cinco minutos, entrando rápidamente y hablando con las dos enfermeras que atendían a Adrien en ese momento. Había pasado por su lado tan rápidamente que ni siquiera la vio. Ella se apoyó en la pared del pasillo intentando recuperar la calma.

Esperó más de media hora en la puerta. Poco después entró el doctor Rius, que avanzaba por el pasillo a paso ligero. Una de las enfermeras salió y le sonrió. Le dijo que estaba despertando y que enseguida los doctores le dirían algo.

—Disculpa —le dijo Daniela sonriendo con esfuerzo—. ¿Serías tan amable de coger mi bolso y mi abrigo? Lo he dejado dentro, en el perchero y... lo necesito.

La enfermera no dudó en entrar y hacer lo que le pidió. Al salir se lo ofreció. Al alargar la mano para cogerlo, Daniela sintió un temblor en el cuerpo que le obligó a apoyarse de nuevo en la pared. Respiraba con dificultad y empezaba a sentir sudor frío en la nuca.

La enfermera, que se dio cuenta enseguida de su estado, la cogió del brazo y la llevó a una de las salas de enfermeras. Le pidió que se tumbara en una camilla, pero Daniela se negó. Dijo que solo necesitaba estar sentada unos minutos. No se opuso a que le tomara la presión y le controlara el pulso cardíaco.

Permaneció más de una hora allí sentada tomando una bebida con sales minerales que la enfermera le había ofrecido. Esta la dejó sola unos minutos y cuando volvió lo hizo acompañada de Jaime.

—¡Daniela! —gritó al entrar—. ¿Qué te ocurre?

—Estoy bien, Jaime. Solo ha sido la impresión del momento. Estoy bien, de verdad.

Jaime le pidió a la enfermera que le volviera a hacer las mismas pruebas.

Los resultados parecían ser mejores que los anteriores por la sonrisa que Jaime dibujó. Habló algo con la enfermera, que ella no pudo escuchar. Esta salió con rapidez.

—¿Cómo está? —preguntó Daniela.

—Está bien —Sonrió de oreja a oreja—. Está muy aturdido. Las próximas horas serán así. El doctor Rius está con él. Le está realizando algunas pruebas para ver cómo responde a ciertos estímulos. Pero ya te adelanto que está bien.

La enfermera le entregó algo a Jaime. Este le dio una pastilla y le pidió que se la tomara. Ni preguntó lo que era ni se lo explicaron.

—Daniela, debes descansar. Hoy no podrás hacer nada aquí. El doctor Rius no va a permitir que hoy lo visite nadie. Podría convencerlo, pero será mejor esperar a mañana.

—Sí. Me iré a casa. ¿Me llamarás?

—No puedes ir así. Estás muy débil.

—Estoy bien, Jaime. Cogeré un taxi y me iré a casa. Dormiré.

—Pediré uno. Espera —Salió de la sala y volvió en pocos minutos—. Cuando llegue me avisarán.

—Vuelve con él, yo estoy bien. Esperaré en la entrada.

—Adrien está en buenas manos. No es mi especialidad. Estoy aquí porque no han sido capaces de hacerme desaparecer, pero teóricamente estoy en calidad de amigo, no de médico.

Daniela se llevó la mano a los ojos y se los tapó intentando ocultar las lágrimas.

Jaime le retiró la mano y acercó su silla para abrazarla. Daniela no pudo contener más el

llanto y explotó.

Cuando se calmó, Jaime se levantó y le entregó unos pañuelos de papel.

—No vas a volver, ¿verdad? —le preguntó.

—Dime cómo está en todo momento, Jaime. Necesito saber que está bien. Por favor... yo...

—¡Shhhh! —La abrazó de nuevo—. Lo haré. No te preocupes por eso.

La puerta se abrió. Una enfermera entró y se apartó para dejar entrar a Olivier.

—¿Qué? ¿Le has llamado? —preguntó ella con la boca abierta.

—Daniela, ¿estás bien? —preguntó Olivier preocupado.

—¡Jaime! —le reprendió Daniela.

—No me quedo tranquilo si te vas sola.

Se levantó despacio de la silla y cogió su bolso mientras Jaime ponía al corriente a Olivier del estado de su hermano.

—Víctor vendrá en cuanto pueda —aseguró Olivier.

—No es necesario. Aquí no va a hacer nada. Ahora lo llamaré.

—Celia ya está avisada y viene de camino.

Daniela sintió una presión muy fuerte en el pecho. Todos corrían para poder estar a su lado y ella no veía el momento de salir de allí.

Olivier se tomó muy en serio las indicaciones de Jaime, así que cuando llegaron a su casa le dio una pastilla que este le había dado para que se la tomara antes de dormir. La llevó a la cama en brazos ignorando todas sus quejas. Se sentó a su lado y bromeó con ella mientras esperaba a que sonriera y cerrara los ojos poco a poco. En toda la mañana no pensaba volver a Versus. Tampoco pensaba moverse de donde estaba. No había nada en el mundo que deseara más que estar a su lado y observarla mientras dormía.

Jaime entró en la habitación de Adrien con una sonrisa. Habían transcurrido más de cuarenta y ocho horas desde que despertara del coma y, aunque seguía estado muy aturdido, ya se podía considerar que estaba fuera de peligro.

Había respondido favorablemente a todas las pruebas que se le habían realizado y era muy poco probable que apareciera alguna complicación.

Hablaba con lentitud, pero conseguía comunicarse sin problema, otra cosa era que dejara de hacerlo por decisión propia. Se limitaba a asentir con la cabeza o a negar. A no ser que fuera muy necesario, no abría la boca para hablar.

Desde que Daniela se fue con Olivier, había hablado con ella al menos cinco veces. Le informaba del progreso de Adrien y, aunque no podía verle la cara, el sonido de su respiración y algún suspiro descontrolado le indicaban la alegría con la que acogía la noticia.

No habían vuelto a preguntarle si volvería o no al hospital. Jaime seguía convencido de que no lo haría. Si le quedaba alguna duda de ello, esta desapareció al leer el cuaderno que había encontrado la noche anterior bajo la cama. Al principio no entendió muy bien de qué podía tratarse, pensó que sería de Celia, pero al abrirlo, al leer las primeras palabras supo que era ella quien lo había escrito. Después recordó haberla visto con él en la mano. Seguramente se puso muy nerviosa cuando Adrien despertó y se le cayó al suelo. ¿Qué otra cosa podía ser? Se lo preguntaría cuando hablara de nuevo con ella.

Se lo había llevado a su despacho para alejarlo del alcance de Adrien o de su madre. Lo había leído, no una vez, sino varias.

Aquella carta había traspasado su coraza, la que había construido con esmero a lo largo de los años, consiguiendo que se emocionara y derramara alguna lágrima. No recordaba haberse sentido tan afectado por algo en muchos años.

Entendía perfectamente a Daniela y le dolía. No era ese el final que se merecía aquella relación. Adrien, aún ajeno a todo aquello, se iba a tener que enfrentar a algo muy duro.

Celia, unas horas antes, le había preguntado por Daniela.

—¿Por qué no está aquí Daniela?

—No creo que vuelva.

Ella lo miró sorprendida.

—¡Celia! Estás al corriente de lo que pasó. Sabes lo mucho que quiero a Adrien, pero eso no significa que no sepa ver cuándo la ha cagado. Y lo hizo. Se portó muy mal con ella.

Celia bajó la cabeza, disgustada. Jaime le apretó con la mano en el hombro.

—Ha venido porque yo se lo pedí. Sé que hubiera hecho eso y más por ayudarlo, pero ahora Adrien está bien y ella quiere seguir con su vida. Entre sus planes imagino que está el intentar recuperarse del todo. Lo ha pasado muy mal.

—Lo sé, Jaime. Sé todo lo que ocurrió. Adrien y Olivier me lo contaron. Y lo entiendo, pero... Adrien hoy la ha nombrado. No he sabido qué decirle. He fingido que no lo escuchaba.

—Hablaré con él. Tranquila.

Jaime se acercó a Adrien y le hizo algunas exploraciones rutinarias.

—Te ha sentado bien esto del coma. Yo te veo más guapo.

Adrien lo fulminó con la mirada, aunque una leve sonrisa le delató. Pidió un espejo. Celia

miró a Jaime y este asintió con la cabeza.

Adrien se observó en el pequeño espejo que su madre le entregó y se tocó la barbilla.

—Te afeité una sola vez, pero vi que a Daniela le gustaba más tu barba, así que... —Celia dejó de hablar, arrepentida por haberla nombrado. Miró a Jaime buscando consuelo.

Adrien dejó caer el espejo en la cama y desvió la mirada hacia su madre.

—¿Da-Daniela? —preguntó.

—Adrien, escúchame —intervino Jaime—. Daniela estuvo aquí. Ha pasado varios días a tu lado.

Adrien, confundido, preguntó:

—¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?

—Está descansando. Hablaré con ella. Ahora no tienes que preocuparte de eso. Tienes que recuperarte si quieres salir pronto de aquí.

Adrien no dijo nada. Todavía tenía muchas lagunas pero su mente, por momentos le iba mostrando imágenes que cada vez cobraban más sentido: el accidente, Panamá, Daniela cubierta por unas sábanas, un reloj, París...

No podía pensar con claridad. La echaba de menos, la necesitaba. ¿Dónde estaba?

Jaime escuchó un sonido que provenía de su móvil. Olivier le anunciaba que se encontraba en el hospital y que quería visitar a Adrien. Celia se lo había pedido, ella consideraba que sería bueno para él.

—¿Estás seguro? —preguntó Jaime, a unos metros de la habitación de Adrien.

—Sí. Antes del accidente intentó hablar conmigo, pero yo no quise. Me sentía fatal pensando que podría pasarle algo y... ni siquiera habíamos tenido una conversación decente.

—Está bien. Mejor te acompaño. El doctor Rius dice que no hay problema en que le visiten, pero quiero ver cómo reacciona.

Jaime se adelantó. Abrió la puerta muy despacio y le hizo una señal a Celia, que ella entendió rápidamente. Se levantó.

—Adrien, hay alguien que quiere verte. Es Olivier. Ha venido muchas veces a visitarte.

Adrien fue girando la cabeza hacia Olivier, que se encontraba ya dentro de la habitación, entre Celia y Jaime.

—Hola, Adrien. ¿Qué tal estás?

Él no contestó. Lo miró y volvió a girar la cabeza.

—Vete. ¡Lárgate de aquí! —No tuvo dificultades para decirlo.

—Adrien, cariño. No seas así. Ha venido a verte cada día —dijo Celia, angustiada.

Olivier se metió las manos en los bolsillos y miró a Jaime. No esperaba esa reacción. Quizá indiferencia, pero no ese desprecio de nuevo.

—Adrien —intervino Jaime—, si no quieres visitas lo entendemos. Quizá en otro momento. Olivier lo entiende también.

Con una claridad que sorprendió a todos, Adrien alzó la voz:

—No quiero verlo ni ahora ni nunca. No sé cómo tengo que decirlo. Quiero que salga de mi vida —Giró la cabeza y lo miró a los ojos—. Solo me has jodido la vida. ¡Lárgate, maldito cabrón!

Olivier salió de la habitación nada más escuchar esas palabras. Celia, secándose las lágrimas, salió tras él. Jaime se acercó a su amigo y le posó la mano en el brazo para calmarlo.

Celia llamó a Olivier al salir al pasillo. Este se detuvo y se volvió hacia ella.

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho. No se lo tengas en cuenta.

Olivier, con el rostro desencajado, no pronunció ninguna palabra. La miró sintiendo lástima por ella. Era una buena mujer y sentía que tuviera que pasar por aquello. Sus intenciones siempre habían sido buenas.

Jaime se unió a ellos corriendo por el pasillo. C cogió a Olivier del brazo y lo condujo a una habitación. Un pequeño almacén donde podrían tener algo de intimidad. Celia los siguió. Cerraron la puerta.

—Está aún muy desorientado. No hagas caso de lo que ha dicho —dijo Jaime calmado.

—A mí me ha parecido muy lúcido —dijo él con el ceño fruncido.

—Te lo ha parecido, pero aún está muy confundido.

—Olivier, tienes que escuchar a Jaime, él sabe más de esto que nosotros. No tengas en cuenta lo que ha pasado. Adrien estaba muy seguro de que quería acercarse a ti cuando volvió de París —dijo Celia lloriqueando.

—Se acabó, Celia. Esto es absurdo. Me da igual si está o no aturdido. No voy a pasar más por esta mierda. Son muchos los desprecios y no tengo por qué aguantarlo. No esperaba una comisión de bienvenida, pero tampoco esperaba escuchar eso. ¡Se acabó!

—Olivier, cariño, no puedes tener en cuenta esas palabras. Está enfermo.

—Ese es el problema, Celia. Siempre tiene un motivo para hacer las cosas. El pobre chico está traumatizado, o asustado, o celoso, o enfermo. ¡Esto no ha sido una buena idea! Lo intenté, joder. Lo intenté antes del accidente y solo recibí patadas. Entonces estaba asustado bajo la presión de un trauma del pasado... Ahora más patadas. En esta ocasión está desorientado, enfermo. Me da igual lo que tenga. Me alegro de que haya despertado y espero que se recupere del todo, pero yo no tengo por qué aguantar esta basura. Me siento como si estuviera mendigándole un puto abrazo.

—No es así, Olivier, debes tener paciencia —dijo Celia.

Jaime no intervino. Su nuevo amigo, al que ya apreciaba mucho, tenía que desahogarse.

—Celia, entiendo que es tu hijo y que lo protejas, pero yo no tengo por qué aguantarlo —Se dirigió a la puerta—. Cuando él vuelva a Versus me iré. No lo hago antes por Víctor.

Salió bruscamente. Celia se abrazó a Jaime y lloró.

Daniela miró su reloj por enésima vez. Llevaba más de media hora esperando a Olivier. Había recibido un mensaje en el que le pedía que se encontraran en una cafetería. Le sorprendió la hora que había escogido para quedar. Se suponía que tenía que estar trabajando. Eran más de las seis.

Esa mañana, mientras preparaba el desayuno, él le había hablado de su intención de visitar a Adrien. Algo le decía que el encuentro de los dos hermanos había vuelto a fracasar. No había sabido nada de él en todo el día, y aunque estuvo tentada a llamarlo en más de una ocasión, decidió que lo mejor sería esperar.

El día había sido entretenido. Había comido con Nico y con Javier, en su estudio. Recordó cómo se rieron cuando les explicó la cara que puso la dependienta de la agencia de viajes cuando la vio entrar. Le preguntó si había perdido el vuelo anterior. No encontró otra explicación a que se encontrara allí, de nuevo, en un periodo tan corto de tiempo.

Esa vez los trámites fueron más rápidos y una hora después salía de la agencia con los billetes de avión en la mano.

Nico y Javier la habían animado a volver a Panamá. Aun así, ella se dio cuenta del gran esfuerzo que hizo Nico por disimular lo mucho que le afectaba su marcha.

Odiaba tener que despedirse de nuevo de sus amigos, de todos. Pero no podía seguir allí. Necesitaba alejarse un tiempo para volver a reconstruirse. No quería pensar demasiado, pero estar tan cerca de Adrien y no poder estar a su lado le estaba quemando por dentro.

¿Y Olivier? Estaba tan a gusto con él. Había algo en el ambiente que ni él ni ella se atrevían a comentar.

Cerró los ojos con fuerza como si de ese modo pudiera espantar todos los pensamientos que se agolparon en ese momento en su cabeza. ¡Tenía que volver a Panamá!

Nada más verle la cara, supo que su encuentro con Adrien, tal y como sospechaba, había sido un desastre.

—¡Siento el retraso! —le dijo sentándose a su lado.

—¡Tranquilo! Estaba distraída con mis pensamientos —Esperó unos segundos antes de preguntar—: ¿Qué ha pasado?

Olivier le contó lo ocurrido en el hospital. Estaba muy afectado. Cerró el puño con fuerza mostrando su rabia en más de una ocasión.

A Daniela le dolió escuchar las palabras que había utilizado Adrien, tanto como si hubieran ido dirigidas a ella. ¡Nada había cambiado! Adrien seguía lleno de rabia y de confusión.

El accidente no iba a cambiar lo que ocurrió entre ellos, pero esperaba que con Olivier fuera distinto. Volvió de París dispuesto a hablar con él. Eso fue lo que le contó Olivier y también Celia lo había mencionado. Entonces, ¿por qué esa actitud? ¿Sería verdad que estaba muy aturdido y no sabía bien lo que decía? No lo creía. Con Adrien siempre era así. Había que aferrarse a cualquier explicación por débil que fuera para poder darle sentido a su forma de actuar.

Desde que llegó a Versus, siempre había tenido esa sensación con él. A veces se sentía parte de él, pero siempre quedaba algo en el aire. Una pieza que no acababa de encajar y que amenazaba con hacerlo estallar todo en cualquier momento.

Después de contarle lo sucedido, decidieron dar un paseo para despejarse. Olivier le preguntó por los billetes de avión y ella le dio todos los detalles de su nuevo viaje.

—Si tardas en volver, iré a buscarte.

—No hace falta que esperes a que tarde en volver. Puedes venir cuando quieras. Me encantaría.

Olivier la miró y sonrió. Aquello le animó.

—Quizás lo haga. En cuanto el ca... —rectificó—: En cuanto Adrien vuelva a Versus, seré libre. Le he dado muchas vueltas, pero no quiero dejar a Víctor tirado. Se está ocupando de su trabajo y del de Adrien. Celia le está echando una mano, y aunque lo han organizado muy bien, a mí me asignaron una parte importante. Si me voy ahora...

—¿Has hablado con Víctor de lo que ha pasado hoy?

—Sí. Cuando salí del hospital, volví a Versus y se lo expliqué. Ya lo sabía. Celia le había llamado. Insistió en que me tomara el resto de la tarde libre. No quiere que me vaya. Me ha dicho muchas veces cuánto valora mi trabajo... pero no puedo seguir. Cuando él vuelva, me iré.

—Será poco tiempo. Por lo que dice Jaime, Adrien se recuperará muy pronto.

—Pues ese día igual me voy de vacaciones...

—¿Algún destino en especial?

—Puede que sí... —Sonrió aliviado. Le gustaba aquella idea.

Ella sonrió. También le gustaba la idea.

Se sentaron en un parque al que había ido alguna vez con Nico.

—¿Estás bien?

Él la miró sin responder y se encogió de hombros.

—¿Inténtalo! —le pidió ella.

—¿El qué?

—Describir cómo te sientes.

—Ahora mejor. Confieso que me ha dolido su reacción. Ya van unas cuantas, pero hoy me ha dolido más. Si hubieras visto ese odio en su mirada... —Movi6 la cabeza queriendo negar lo que decía—. Ahora mismo estoy sobresaturado. Son muchas cosas a la vez. En pocas semanas todo ha cambiado... tanto: mi trabajo, Adrien, tú... —Sonrió—. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes tú?

—Más o menos como tú has descrito. Muchos cambios, muchas emociones. Adrien, tú, Matt, Versus, Panamá. Es una bola que tengo aquí —se señaló el cuello—, y necesito que se deshaga o acabará por ahogarme. Por eso me voy de nuevo. Para poder colocarlo todo en su sitio. Hace poco más de seis meses que salí de Barcelona. Entonces mi vida era como una línea recta donde no veía el final y ahora solo hay curvas, de esas cerradas y peligrosas.

—¿Y esta vez sí ves el final?

—¡No! Reconozco que he ganado en muchas cosas, pero ahora toca encontrar el término medio. Creo que lo encontraré si me alejo de aquí un tiempo.

—Háblame de Panamá —le pidió él rodeándole la espalda.

—Ya te lo he contado todo.

—Seguro que no. Venga, véndeme aquel lugar o no iré a visitarte. Mira que como no me guste lo que me cuentes, me cojo las vacaciones y me voy al desierto.

—¿Al desierto? Con todo ese calor... No sé yo.

—Ese sería un buen hábitat para mí. Los hombres fogosos como yo... toleran muy bien las altas temperaturas.

Daniela rio a carcajadas.

No tenían prisa por marcharse, así que continuaron un buen rato hablando de Panamá y de París. Todo lo que se contaron fueron pequeñas anécdotas. Era el momento perfecto para desconectar y reír.



Una hora más tarde decidieron abandonar el parque, aunque estaban en una zona parcialmente cubierta, el frío empezaba a calar en sus cuerpos.

Decidieron cenar de camino en una pizzería de la que Olivier hablaba maravillas. Javier lo llevó allí pocos días después de conocerse y quedó encantado.

—Háblame de Suzanne —le pidió ella.

Olivier sonrió. La miró decidiendo si debía o no complacerla.

—Suzanne fue la musa de un cantante. Le dedicó una canción que lleva su nombre. Es una historia de amor, más bien un amor platónico.

—Cuéntame la historia.

—Cuenta la leyenda... —Levantó las cejas para dar más énfasis al misterio—. Mejor dicho: cuenta el cantante, que era una mujer muy bella y muy dulce. Tenía la sonrisa más bonita del mundo. Un amor imposible. Estaba casada con su amigo y eso la hacía inaccesible. No podía tenerla, así que cuando estaba a su lado «tocaba su cuerpo con su mente» porque no tenía otra opción. Era la manera de acercarse a ella, de acariciarla. Todo con su mente.

Daniela lo escuchaba atentamente procesando la historia de amor que él le contaba. Una historia en la que un hombre se enamoraba de la mujer se su amigo y se tenía que conformar con hacerle el amor con la mente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero.

Terminaron de cenar en silencio. Daniela se levantó. El la siguió.

—¿Me llevas a casa? ¡Es tarde! —Miró el reloj.

Él asintió con la cabeza. Ninguno dijo nada hasta llegar al coche. Empezó a llover y en el último tramo aceleraron el paso.

De camino a casa intentaron comportarse con naturalidad. Aquel pequeño relato sobre Suzanne no había pasado desapercibido para Daniela. No sabía cómo comportarse. Se arrepentía de haberle animado a hablar de Suzanne. ¿Estaría exagerando? ¿Por qué le inquietaba tanto? Y lo más importante, ¿por qué sintió aquel cosquilleo en las piernas cuando él le habló de recorrer su cuerpo con la mente?

Aparcó el coche como venía siendo habitual cerca del portal. Se quedaron callados en el interior, sin moverse.

Olivier giró la cabeza para mirarla y ella, unos segundos más tarde, hizo lo mismo.

Daniela lo observaba, buscando en su mirada algo que le hiciera adivinar sus pensamientos. La mirada de Olivier se centró en sus labios. Ahí tenía una clara interpretación de sus pensamientos. Se acercó lentamente, tanto que la escasa distancia que los separaba le pareció infinita. Sus labios se acoplaron perfectamente. Olivier la cogió por la nuca y la inclinó ligeramente hacia atrás. Ella se dejó llevar, hipnotizada por todas las sensaciones que invadían su cuerpo en ese momento y por el repiqueteo de la lluvia al chocar con el vidrio de las ventanas.

El se detuvo, se separó lentamente sin dejar de mirarla. Daniela, todavía aturdida, se incorporó y miró al frente. Abrió la puerta.

—¡Buenas noches! —Salió del coche sin esperar a que él hablase.

Cuando llegó al portal su ropa ya estaba bastante mojada. Se dio la vuelta. Él había salido del coche, apoyando los brazos en el techo.

Daniela lo miró inexpresiva apartándose el pelo mojado de los ojos, que le impedía verlo. El agua de la lluvia corría por sus mejillas. Sin dejar de mirarlo, buscó las llaves en su bolso. Se dio la vuelta y abrió la puerta. Se volvió a girar hacia él. Seguía en la misma posición.

Ella extendió una mano lentamente. Se la ofreció y le sonrió. Él cerró la puerta del coche y salió corriendo a su encuentro. Cuando llegó a la altura del portal, la puerta estaba abierta, pero ella había desaparecido. Corrió. La encontró en la puerta del ascensor. Se miraron unos segundos

sin decir nada.

Las puertas se abrieron emitiendo un sonido que los sobresaltó a ambos, concentrados en mirarse fijamente.

Ella entró caminando de espaldas y él la siguió abalanzándose sobre ella y devorando sus labios con tanta intensidad que Daniela sintió que no iba a ser capaz de moverse si él no la ayudaba.

Olivier fue el primero en salir, robándole las llaves que ella aún tenía en la mano. Con la otra la cogió y tiró de ella. Empujó con fuerza la puerta y la arrastró al interior. Cerró con una pierna y tiró las llaves al suelo. Con ambas manos le sujetó la cara y apoyó la frente en la suya.

—Hoy no será con la mente. Hoy no... —le susurró.

—Hoy no —repitió ella.

Ambos asintieron con la cabeza, convencidos de que no sería con su mente con lo que harían el amor, como el cantante o el poeta lo hacía con Suzanne. Esta vez serían sus cuerpos.

Lo que no sabían es que cada uno, con una intensidad y un nivel de conciencia diferente, también añadirían un pedacito de alma.

Olivier se deshizo del abrigo y a continuación del de ella. La cogió en brazos y se dirigió a la habitación. La dejó en el suelo con delicadeza. Sacó su móvil del bolsillo y lo depositó en la mesita deslizando el dedo por la pantalla varias veces hasta que encontró lo que buscaba.

Se escucharon los acordes de una canción.

—Hagamos que Leonard Cohen nos cuente la historia de Suzanne.

Se acercó a ella y le acarició la mejilla. Ella inclinó la cabeza y la apoyó en la mano que la acariciaba.

Olivier la guio hacia el espejo de la puerta del armario. Se colocó tras ella y ambos cruzaron su mirada en el reflejo.

Lentamente fue desabrochando su blusa y deshaciéndose de toda su ropa. Cada movimiento era lento y sensual.

Daniela lo observaba a través del espejo. No podía apartar la mirada de sus labios, que esbozaban una débil sonrisa, ni de sus manos, que trabajaban con destreza para desnudarla.

Completamente desnuda se quedó de pie, inmóvil frente al espejo. Se centró en sus ojos. Brillaban. Ardían de deseo. Seguramente lo mismo que él podría ver en el suyos.

Olivier no se separó de su espalda. Se tomó su tiempo para desvestirse mientras recorría su cuerpo con la mirada. No se dejó ni un solo rincón por observar.

Completamente desnudo, se acercó a ella. Entrelazó las manos en su vientre y se apoyó en su hombro. Se pegó tanto a su cuerpo que le rozó con su erección. Ella abrió la boca y echó la cabeza hacia atrás.

Olivier la obligó a incorporar la cabeza mordiéndole suavemente en el hombro. Quería ver el reflejo de su mirada.

Con la yema del dedo dibujó círculos en su cuello y en su pecho. Ella respondió separando los labios, emitiendo suaves sonidos y expulsando el aire contenido en sus pulmones. Su respiración se aceleró.

Él siguió dibujando círculos con el dedo hasta alcanzar su sexo, deleitándose en acariciarle el clítoris con extremada delicadeza. Acto seguido lo introdujo en su interior. Daniela se inclinó hacia delante en un movimiento rápido para luego retroceder lentamente, volviendo a descansar sobre su pecho.

Recuperada, se dio la vuelta lentamente interrumpiendo el movimiento de sus dedos. Apoyó las palmas de la mano, muy abiertas, en su pecho como si quisiera empujarlo. Inició una serie de movimientos rápidos que a él le cogieron desprevenido: se arrodilló delante de él, acercó la punta de su erección a sus labios, lamió la pequeña superficie y descendió hasta llegar a la base.

Leonard Cohen seguía cantando a Suzanne: «Y quieres viajar con ella, quieres viajar a ciegas, y sabes que confiará en ti. Porque has tocado su cuerpo perfecto con tu mente...».

Olivier la levantó del suelo ligeramente aturdido por la avalancha de sensaciones que le estaba provocando. Abrió la cama deslizando rápidamente la colcha y la sábana que la cubrían. Extendió un brazo y tiró de ella. La tumbó en el centro de la cama y se colocó entre sus piernas. Le besó en el pecho jugueteando con sus pezones. Ella movía la cabeza a ambos lados respirando de una forma entrecortada.

Olivier apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo, dobló una pierna al mismo tiempo que

se llevaba a la cintura la de ella. Se introdujo en su interior con un solo movimiento. Ella emitió un grito ahogado y se mordió los nudillos con fuerza. Continuó penetrándola lentamente sintiendo cada centímetro que avanzaba por las paredes de su sexo.

La historia de Suzanne volvió a empezar por tercera vez.

Sin separar sus cuerpos y sin alterar el ritmo de sus embestidas, la sujetó por la nuca provocando un pequeño balanceo que les hizo caer de lado. Primero hacia la derecha, saboreando esa postura, luego hacia la izquierda y por último de frente. Volvieron a mirarse, a sonreírse con ternura. Él echó la cabeza hacia atrás y ella siguió devorando sus nudillos.

Olivier salió de su interior y se sentó sobre sus talones. Con un movimiento rápido le dio la vuelta y tiró de sus piernas con delicadeza. Ella se incorporó y él la impulsó para que aterrizara sobre su erección.

Ella se pegó a su cuerpo, apoyando los brazos en sus piernas, mientras él la sujetaba por la cintura marcando el ritmo de la penetración. Permanecieron largo rato en esa posición hasta que el temblor de sus cuerpos les indicó la llegada del orgasmo. Antes de que ocurriera, él la empujó hacia delante y le dio la vuelta con mucha rapidez, volviéndola a encajar sobre él. Necesitaba mirarla a los ojos.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos y se apoyó en su hombro mientras el ritmo cobraba fuerza y necesidad.

Alcanzaron el orgasmo en silencio.

Daniela estiró las piernas presionando el colchón con los pies. Él se balanceó sobre ella con la mandíbula apretada mostrando los dientes y cerrando los ojos para evitar que le alcanzaran las gotas de sudor. La tumbó en la cama de nuevo sin salir de su interior. Descansó sobre su pecho con cuidado de no dejar caer todo su peso. Dobló una pierna y con una mano alcanzó el pico de la sábana. Tiró de ella hasta cubrir sus cuerpos.

Tardaron más de diez minutos en recuperar la respiración.

Olivier estiró un brazo para detener la música.

Centró la mirada en una de sus manos. Tenía una pequeña herida en el nudillo que sangraba. Se lo acercó a los labios y lo besó. Lamió las gotas de sangre. Se incorporó y se tumbó a su lado. Le besó las mejillas absorbiendo sus lágrimas.

A la mañana siguiente el timbre de la puerta los sobresaltó. Daniela dio un salto de la cama. Miró a Olivier encogiéndose de hombros y se dirigió al salón poniéndose una pequeña bata de camino. Descolgó el teléfono y escuchó la voz de Víctor pidiéndole que le abriera el portal. Se dirigió a la habitación para decirle a Olivier quién era el visitante madrugador. Él asintió con la cabeza y se refugió de nuevo en las sábanas.

Respiró hondo y abrió la puerta.

—¡Víctor! ¡Qué sorpresa!

—Perdona que venga sin avisar, pero quería despedirme de ti. Voy camino del trabajo.

—Pasa. No te quedes ahí —Se apartó para dejarlo entrar—. Pensaba llamarte.

—Solo tengo un minuto. Tengo mil cosas por hacer. He desayunado con Nico y con Javier. Me han dicho que te ibas mañana.

—¡Sí! Así es.

—No tenía ni idea de que ibas a volver a Panamá.

—Ya sabes por qué vine. Adrien ya está bien.

Víctor asintió con la cabeza.

—Quería pedirte un favor —dijo ella.

—Lo que sea.

—Supongo que habrá papeles que firmar por mi baja en la empresa... y todo ese tema.

—De eso no te preocupes. Yo me ocuparé de todo. Tengo que esperar a que vuelva Adrien.

—No voy a estar. ¿Cualquier cosa podrías tratarla con Nico?

—Claro. Ya iremos hablando. Olvídate de eso ahora —Hizo una pausa y añadió—: No vas a pasar a verlo, ¿verdad?

—No, Víctor. No creo que me recibiera mucho mejor que a Olivier. De todas formas, no tiene ningún sentido.

Daniela cerró los ojos. Víctor la abrazó con fuerza.

—Te voy a echar de menos —le susurró.

Se dirigió a la puerta

—Prefiero un... «Hasta luego» —dijo, apenado.

—¡Hasta luego! Gracias por... todo.

—Gracias a ti, cielo.

Esperó a que saliera y se dirigió a la habitación.

Olivier tendió los brazos para que se acurrucara en ellos.

—Quería despedirse.

—¡Esa puta palabra!

Daniela lo miró. Se rieron.

Matt le acaba de confirmar que la iría a buscar al aeropuerto en Ciudad de Panamá. Se encontraba allí por unos asuntos de trabajo y esperaría a que ella llegase para hacer juntos el viaje a Bocas.

Daniela suspiró al pensar en todas las horas de vuelo que le quedaban por delante. Parecía que ese día el tiempo se había detenido. Se había mantenido ocupada todo el rato, pero el día parecía que nunca iba a terminar.

Mientras terminaba de preparar la cena con la que quería sorprender a Olivier, repasó mentalmente todo lo que había hecho durante el día.

La peor parte fue la despedida con Nico. Tenía intención de explicarle lo que ocurrió la noche anterior con Olivier y estaba muy nerviosa por ver su reacción.

Le ofreció un pequeño resumen sin entrar demasiado en detalles y él no la interrumpió en ningún momento.

—¿Te arrepientes? —le preguntó con naturalidad.

—No —Negó con la cabeza—. ¿Sorprendido?

—No. Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar, y en el tuyo. Parece que las circunstancias os han empujado a hacerlo. Solo quiero saber cómo te sientes.

—Para contestarte a eso, necesito muchas palabras.

—Pues empieza.

—Dolida, resentida, decepcionada, enamorada, confundida, satisfecha, perdida, segura, insegura, triste, aterrorizada.

—¿Adrien?

—Es muy difícil.

—¿Olivier?

—Es muy difícil.

—Es normal que estés así, lo que no quiero es...

—Que me hunda y no sea capaz de levantarme. Tranquilo, a pesar de todo eso, me siento fuerte. Solo necesito ordenar mi cabeza y mis sentimientos.

—Lo harás. Lo harás pronto.

No habían dedicado más tiempo a hablar del tema. No era necesario. ¿Cómo iban a poner orden a todo lo que había ocurrido?

Nico no quiso aceptar su invitación a cenar. Le dijo que necesitaba perderla de vista. Odiaba las despedidas y las horas previas a ella.

En menos de un mes, dos despedidas. Fueron prácticamente iguales. Un abrazo, un recordatorio de que fuera feliz y fuerte, una lágrima disimulada y unas palabras susurradas: «Más vale que vuelvas».

Antes de continuar con la cena, decidió llamar a Eva. Nico le había advertido que estaba muy enfadada con ella, que los cuatro mensajes que le había enviado le habían parecido insuficientes después de la amistad que habían iniciado. Tenía toda la razón, era su única amiga y la había dejado de lado en todo momento.

Tras recibir una buena bronca por parte de su amiga, acordaron mantener el contacto y no volver a distanciarse. A pesar de su enfado, entendió lo que estaba pasando y se mostró cariñosa

en todo momento. Nico le había contado algunas cosas y no hizo falta hablar demasiado del tema.  
Intentó centrarse en la cena, pero una nueva llamada se lo impidió. Era una llamada que había temido recibir durante todo el día: Jaime.

Durante la cena, Olivier le habló de la nueva colección de Versus. Todo parecía indicar que el nuevo diseño estaba a punto de ver la luz. Le sorprendió escuchar lo mucho que le había gustado a Celia y de qué forma se involucró en él aportando algunas ideas para su fabricación.

Daniela le resumió todo lo que había hecho durante el día, excepto la parte en la que había hablado con Nico de él.

—Me ha llamado Jaime —dijo ella sin darle demasiada importancia.

—Yo también hablé con él. Me llamó para ver cómo me encontraba después de lo de ayer.

—A mí me ha llamado para desearme buen viaje. Se lo dijo Víctor.

—¿Cómo sigue Adrien? Yo no le pregunté.

—Me dijo que estaba todavía algo aturdido y confundido, por lo demás se está recuperando rápidamente. El brazo le estaba dando algunos problemas, pero dice que con una buena rehabilitación le irá bien.

—Me alegro por él. ¿Te ha dicho algo más?

—No. Ni él ni yo estábamos cómodos. Es como si diéramos vueltas para evitar hablar de según qué temas. Solo me dio las gracias por haber venido y me recordó que tenía un amigo aquí para lo que quisiera.

—Jaime tiene algo especial. Lo he tratado poco, pero suficiente para saber que es un gran tipo.

—Sí, yo pienso lo mismo.

Se sentaron cómodamente en el sofá.

—Hay algo que quiero preguntarte —Su tono indicaba que no era un tema serio y delicado sino más bien algo divertido.

—Adelante —le invitó ella.

—¿Por qué en cada rincón de tu casa hay un bote de crema para las manos? Y... ¿por qué te estás echando crema continuamente? Tengo ese gesto tuyo grabado en el cerebro.

Ella rio.

—Ni siquiera me doy cuenta. Tengo todos esos botes para tener siempre uno a mano. Siempre me he cuidado mucho las manos por mi trabajo. Es casi una obsesión, pero no puedo evitarlo.

Él le cogió la mano y le señaló la herida de la noche anterior. Ella se ruborizó.

—Esto es muy injusto. Tengo la sensación de que me has utilizado —dijo él intentando parecer indignado.

Ella lo miró asustada.

—¿Qué quieres decir?

—Tú te aprovechaste de mis dotes profesionales para que te arreglase el collar. Tú en cambio, de tu profesión... nada de nada. Un masaje no hubiera estado mal.

Ella le golpeó con un cojín.

—Serás imbécil, pensé que hablabas en serio.

Él se llevó las manos a la cabeza para impedir el golpe sin parar de reír. Cuando terminó, le cogió ambas manos y las miró.

—¡Tienes unas manos preciosas! Sigue con la crema.

Daniela sonrió disimulando el impacto que le produjeron aquellas palabras. Recordó las que utilizaba Adrien para referirse a las suyas.



—Adrien las llamaba... «ben-benditas manos». —Tragó saliva.

El sonido de una llamada en el móvil de Daniela les salvó de intentar encontrar algo adecuado para decir en aquel momento.

Miraron la pantalla del móvil. El nombre de Adrien se iluminó.

Daniela sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Miró la pantalla sin moverse. Olivier la observaba sin decir nada.

El móvil dejó de sonar. Se hizo un silencio. Volvió a entrar la misma llamada. Miraron de nuevo la pantalla. Siguieron sin decir, ni hacer nada.

Ella le miró y sonrió sin ganas. Una lágrima resbaló por su mejilla. Se levantó y se dirigió a la cocina, el primer lugar que se le ocurrió para intentar recomponerse del tornado que se estaba produciendo en su interior y que la estaba empezando a asustar. Algo quemaba en su interior y no conseguía entender qué le estaba ocurriendo. Podía afectarle la llamada de Adrien, pero... ¿Tanto?

Se apoyó en la encimera con los brazos abiertos. Sentía una gran presión a la altura del pecho. Le resultó imposible dominar el llanto. No podía parar. Las lágrimas salían desbocadas.

Olivier se acercó a ella y apoyó las manos en sus hombros.

—Estoy bien —dijo sollozando.

—Sí, ya lo veo.

—¡Estoy bien, te digo! —gritó. Ella misma se asustó del tono de su voz—. ¿Qué coño me pasa? —Esta vez fue un susurro.

—¡Eh! Vamos al salón.

Intentó guiarla hacia allí, pero ella se sujetó con más fuerza.

—¡Daniela! —dijo en un tono severo.

—¡Déjame! —pronunció entre sollozos.

Él intentó apartarla de nuevo, pero ella seguía apretando sus brazos para no apartarse de allí. Forcejearon durante un rato. Olivier tenía miedo de hacerle daño.

—¡Joder, Daniela! —gritó.

La arrancó de la encimera y la cogió con fuerza para arrastrarla al salón. Ella intentaba frenar el avance haciendo fuerza para quedar anclada al suelo. La soltó.

Daniela apoyó una mano en la mesita y se dejó caer hasta quedar arrodillada en el suelo. Se sentó en sus talones y se tapó las manos con la cara estallando en un llanto desgarrador.

Olivier se sentó a su lado y la atrajo hacia su cuerpo sentándola sobre sus piernas, abrazándola y meciéndola a la vez.

Desde que volvió de Panamá, Olivier no quiso pensar en todo lo que estaba compartiendo con ella. Solo quería disfrutar de su compañía. Nunca se había sentido tan cerca de una persona como de ella.

Lo que vivió la noche anterior fue lo más intenso que había vivido jamás con una mujer, y sin embargo no quiso pensar en ello.

Tampoco iba a hacerlo en ese momento. No quería pensar en lo que habían vivido, ni en lo que pasaría al día siguiente. Quería dejarlo todo en manos del destino o de quien fuera que se ocupara de ello.

Tenía muy claro que no quería perderla jamás y estaba dispuesto a pagar el precio que fuera por tenerla en su vida. También tenía claro, desde ese preciso instante en el que la abrazaba para consolarla, que Daniela seguía profundamente enamorada de Adrien.

Se dio cuenta de que no solo no podía dormir, sino que ni siquiera podía cerrar los ojos. Miró por la ventanilla del avión. Todo en ese momento le parecía de grandes dimensiones: demasiada altura, demasiada velocidad, demasiada distancia, demasiadas horas por delante allí sentada, demasiados sentimientos, demasiada confusión...

¿Sería posible dejar la mente en blanco? Había escuchado cientos de veces esa expresión, pero ella jamás lo había conseguido. En cuanto cerraba los ojos, aparecían las imágenes de la noche anterior junto a Olivier. Si los abría, algo en el avión le recordaba a Adrien y el viaje a París. Si escuchaba música, recordaba a Suzanne. Si leía, recordaba las notas que recibió en el balneario o se acordaba de su cuaderno.

«¡El cuaderno!», se dijo.

¿Dónde estaría su cuaderno? ¿En manos de quién habría terminado? No se atrevió a pedírselo a Jaime. ¿Lo habría leído? O aún más importante, ¿lo habría leído Adrien? Descubrió para su sorpresa que no le importaba lo más mínimo.

Respiró hondo. Se animó a pensar en el lugar hacia el que se dirigía. Se recreó en esos pensamientos durante unos escasos minutos intentando hacer una lista de todo lo que quería hacer al llegar. No funcionó. Solo pensaba en todo lo que dejaba atrás. En todas las personas que había empezado a querer, en todas las veces que había viajado en los últimos meses con la misma sensación de vacío en su interior.

Dejó de luchar con sus pensamientos. Se acomodó en el asiento, cerró los ojos y se trasladó a la noche anterior, al momento en el que se encontró rodeada por los brazos de Olivier mientras su voz le susurraba constantemente que se calmara, que no tenía nada que temer, que todo estaba en su sitio, que todo iría bien.

Ese era Olivier y esas las sensaciones a las que no se veía capaz de renunciar. Adicta a su calma, se alejaba más y más de él.

Como venía siendo habitual entre ellos, eligieron el silencio. En él era más fácil refugiarse. ¿Qué podían hacer? ¿Analizar lo que habían vivido, lo que habían compartido? ¿Elogiar todos sus momentos juntos? ¿Hablar de Adrien? ¿Hablar de amor? ¿Hablar de amistad? ¿Hablar de futuro?

Un proverbio chino, al que Nico recurría con mucha frecuencia, afirma que si lo que se va a decir no es más bello que el silencio, es mejor no decirlo.

Y eso fue lo que hicieron, porque no era más bello hablar de lo que sentían ni de lo que iba a ocurrir. Eso era triste, indeciso, doloroso y no era el momento de miedos ni de dudas. Eran unas pocas horas para disfrutar, para olvidar y para desconectar.

Después de la tempestad llegó la calma. Llegaron las risas y por último el deseo. El que saciaron bajo las sábanas. Sin gritos, sin palabras. Como si no hubiera un mañana.

Daniela, algo más relajada, abrió los ojos y se acomodó en el asiento de nuevo, cambiando la posición de sus piernas. Volvió a mirar por la ventanilla.

«¿Por qué me siento como si no fuera a volver jamás?», se preguntó.

Era doloroso alejarse, pero en ningún momento se había planteado quedarse a vivir en Panamá. Solo necesitaba un tiempo para poner sus pensamientos en orden. Era mejor alejarse que exponerse al cúmulo de sensaciones a las que se tenía que enfrentar cada minuto que pasaba en Madrid. Pero de ahí a no volver...

Apareció la imagen de Olivier en la puerta de embarque del aeropuerto minutos antes de decirse adiós.

Esa mañana se había levantado con una sonrisa que no perdió en ningún momento.

—¿Cómo acaba la historia de Suzanne? —le había preguntó ella.

—Tengo entendido que su amistad se hizo cada vez más fuerte: «un vínculo cósmico», según describió el cantante una vez.

—¿Nunca hubo nada entre ellos?

—¿Te parece poco? Ya sé a qué te refieres. La respuesta es... no. Según el cantante nunca pasó nada. Claro que eso... solo ellos lo sabrán.

—¿Como debe ser! —exclamó ella.

—¿Como debe ser! —repitió él.

Daniela sonrió al recordar esas palabras. La persona que se sentaba a su lado de vez en cuando la miraba disimuladamente, seguramente algo confundida por sus reacciones. La ignoró y siguió recordando los últimos minutos junto a Olivier, sobre todo sus últimas palabras:

—No olvides que me debes un baile —le había dicho alejándose.

Adrien volvió a leer el cuaderno que le había entregado Jaime el día anterior, cuando aún se encontraba en el hospital.

Había perdido la cuenta de las veces que lo había leído. Al menos las tres últimas, solo en su casa, había conseguido no llorar. No dejó de pensar en la fecha en la que ella lo escribió. Aún estaba en coma.

¿Cómo iba a soportar el dolor que le produjeron esas palabras?

Daniela estaba lejos. Hacía justo una semana que había vuelto a Panamá. Se había enterado de su marcha y de la existencia del cuaderno al mismo tiempo. No deberían habérselo ocultado. Jaime insistió en explicarle que no estaba en condiciones de recibir esas noticias y que debían dar prioridad a su recuperación.

Había preguntado por ella varias veces a Jaime y a Víctor, incluso a su madre, pero la respuesta siempre era la misma. Siempre el mismo estúpido argumento en el que debía olvidarse de ella, que estaba bien y que debía centrarse en su recuperación, que ya tendría tiempo de hablar con ella. ¡Todo eran mentiras!

¿No se daban cuenta de lo mucho que le dolía escuchar esas respuestas?

La había llamado al móvil al menos veinte veces, pero nunca le respondió. Había tenido que confesárselo a Jaime entre lágrimas para que se decidiera por decirle la verdad. Un golpe seco: ¡Daniela está en Panamá!

No dudaron en contarle todos los días que había estado sentada a su lado, ni lo afectada que estaba, pero a la hora de decirle dónde estaba y por qué no iba a verlo, pareció que todos enmudecieron.

Por Olivier se decidió a preguntar más tarde. Debieron considerar que no podían ocultarle tanta información, así que optaron por explicarle lo que había ocurrido días atrás cuando se animó a visitarlo.

No recordaba aquel episodio. Apenas un puñado de imágenes en las que de una forma lejana aparecía el rostro de Olivier.

Le había enviado varios mensajes diciéndole que quería verlo, pero no había recibido ni una sola respuesta. Tuvo que recurrir a Jaime y a su reciente amistad con él para pedirle que intercediera. Necesitaba hablar con él.

Se levantó con dificultad y se dirigió al baño para refrescarse la cara. Tardó tanto en llegar que pensó que si Olivier llamaba al timbre en ese momento podría pensar que no quería abrirle y se marcharía, esta vez sin posibilidad de diálogo para el resto de sus días.

Confiaba en que Jaime le hubiera puesto al día de sus limitaciones. Había conseguido que accediera a hablar con él y no podía permitir que todo se echara a perder.

Volvió a sentarse en el sofá realizando los movimientos que Jaime le había indicado para esos casos.

Necesitaba recuperarse lo antes posible. Adoraba a Jaime y sabía todo lo que estaba haciendo por él, pero estaba cansado de escuchar sus sermones continuos sobre todo lo que debía hacer una vez que le dieran el alta.

Afortunadamente había accedido a dársela con la promesa de aceptar la visita de una enfermera diaria, de hacer reposo y de no volver al trabajo hasta estar recuperado del todo.

El trabajo era lo que menos le importaba en ese momento. Sabía que Versus estaba en buenas manos. Víctor le tenía al corriente de todo. Le había hablado del trabajo que estaba haciendo Olivier y estaba admirado por ello. Pero el trabajo estaba en segundo plano. Había trabajado mucho para formar un equipo importante y entregado a la firma, y ahora estaba recogiendo resultados. Se ocuparían de todo en su ausencia.

Si todo salía según lo previsto, estaría ausente un tiempo. Por suerte había convencido a su madre para que volviera a París. De esa manera, solo tendría que enfrentarse a Jaime cuando empezara a poner en marcha sus planes.

Escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Solo Jaime tenía una llave, y no era a él a quien quería ver.

Cuando vio la figura de Olivier plantada delante de la puerta del salón, se quedó con la boca abierta.

—¡Hola! —dijo Olivier apoyándose en el marco de la puerta—. Jaime me dio las llaves para que no tuvieras que levantarte.

Adrien asintió.

—¡No tienes muy buena pinta! —dijo Olivier con ironía.

—Un mal día lo tiene cualquiera.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me voy recuperando. Me cuesta moverme un poco por lo de las costillas rotas.

—Tú dirás, Adrien. No quisiera ser grosero, pero no tengo todo el día, ni tampoco ganas de estar aquí.

—Siéntate, por favor.

—No es nece...

—¡Por favor! —insistió.

Olivier se acercó a él y se sentó en el lado opuesto del sofá.

—¿Qué quieres? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Pedirte varias cosas: perdón, una oportunidad para mí, otra para Versus y un favor. —No lo dijo de la forma habitual en la que se dirigía a él. Había humildad en sus palabras.

—¡Vaya! Por pedir que no quede —Sonrió con cinismo—. Antes de que pidas todas esas cosas, prefiero que me escuches.

—Prefiero que sea al revés. Antes de mandarme a la mierda, prefiero que me escuches tú a mí.

—De acuerdo. Sé breve, sincero y directo. No estoy para tonterías.

Adrien asintió con la cabeza. Se movió ligeramente en el sofá para quedar frente a él.

—No tenía ni idea de lo que te decía. Sé que puedes pensar que miento, pero no recuerdo haberte dicho nada de lo que te dije. Estaba muy aturdido. Todo era como en un sueño.

—No era la primera vez. Que yo sepa, no siempre estabas recién salido de un coma.

—Escúchame, Olivier. No me interrumpas, por favor —le suplicó.

Olivier levantó la mano en un gesto que le invitaba a continuar.

—Sé que me porté muy mal contigo. No quiero excusarme. Me pilló por sorpresa lo que me confesaste y no supe encajarlo. Me llevó a un pasado que te juro me ha costado mucho olvidar. Fue muy duro lo que viví cuando se separaron mis padres, y lo que vino después también. Era un crío. Nunca llegué a olvidar. Lo metí todo en un baúl y le puse un candado, pero había demasiado odio, demasiado rencor y demasiadas preguntas sin respuesta.

»Estaba intentando asimilar que me había enamorado de Daniela y que podía tener una relación con ella sin miedos ni paranoias. Lo había evitado tantas veces en mi vida que no sabía cómo hacerlo.

»Se me juntó todo. Te odiaba por haber roto el equilibrio que estaba consiguiendo en mi vida. Joder, tenía rabia, celos, miedo.

»No es una excusa, Olivier, solo quiero que entiendas que no tenía ni puñetera idea de lo que me estaba pasando y me sentía cada día peor.

—Algo puedo entender. ¡Sigue! Pero anima un poco la cosa, que me estás aburriendo mortalmente.

Adrien sonrió.

—Cuando hablé con mi madre en París, llegó un poco la calma y el sentido común. Me contó toda la historia. La tuya y parte de la mía, que desconocía. Sé que fue duro para ti. Me sentí egoísta. Me di cuenta de la clase de monstruo que veía mi madre en mí, para verse obligada a organizar toda esa pantomima en la que te metió, para que nos conociéramos.

—Sí, un poco absurda era, pero tampoco fue muy complicado. A mí me gustaba estar en Versus —dijo fríamente Olivier.

—Perdóname, Olivier. Perdóname por favor —dijo girando la cabeza para que no pudiera ver las lágrimas que descendían por su mejilla.

—Ya me has pedido una cosa —dijo disimulando lo mucho que le estaba afectando ver sus lágrimas—. ¡Sigue! Pero acelera un poco... que de verdad me duermo.

—Quiero que me des una oportunidad. Que volvamos a empezar. Conocernos mejor, hablar de lo que vivimos o de lo que queremos vivir. Tomar una copa juntos, charlar... ser tu hermano, o que tú seas el mío.

—Ya has pedido dos.

—La tercera petición es que te quedes en Versus. Te necesitamos. Has hecho un trabajo increíble. Tus diseños y Versus van de la mano. Quiero agradecerte todo lo que has hecho en mi ausencia.

—¿Y la última?

—Que me ayudes a recuperar a... —capturó una nueva lágrima— Daniela.

Olivier se levantó del sofá. Había escuchado atentamente todo lo que le había dicho sin apenas pestañear, pero aquella parte era mucho más delicada.

—¿Y cómo crees que puedo ayudarte? —dijo fríamente. Antes de que respondiera, añadió—: ¡Ve al grano!

—He contratado un jet privado. Sale en dos días. Voy a ir a Panamá.

Olivier se dio la vuelta con brusquedad. Adrien continuó:

—No tengo ni idea de dónde tengo que ir. No sé en qué parte de Panamá está. Ni como está, ni... nada de nada.

—Para esas respuestas no me necesitas a mí.

—Podría haber llamado a Nico, pero no creo que quiera hablar conmigo. Víctor me dijo que está muy enfadado.

—Así es. Te has cubierto de gloria en las últimas semanas.

—Yo la quiero, Olivier. La quiero con toda mi alma.

—Te portaste como un auténtico hijo de puta con ella.

—Dime algo que no sepa.

Olivier empezó a dar vueltas por el salón.

—No entiendo qué necesitas de mí.

—No estoy muy ágil como puedes ver. Necesito que me acompañes al avión y me ayudes a preparar el viaje —Hizo una pausa—. Jaime va a ser un problema y me gustaría que lidiaras con él. No puedo preparar este viaje sin que se dé cuenta.

Olivier siguió con su paseo. Adrien estaba a punto de perder los nervios.

—¿Cómo está? ¿Hablas con ella?

—Sí. Hablo con ella. Está bien.

—Podías explayarte un poco más.

—Mira, Adrien. Lo que quieras descubrir sobre ella tendrás que averiguarlo tú solito. Si crees que merece la pena, tendrás que presentarte allí y obtener tu solito las respuestas que necesitas.

—La he llamado, pero no me contesta. Le he enviado algún mensaje y... nada. Me enteré ayer que estaba en Panamá. Jaime me entregó un cuaderno que se dejó en el hospital, no sé si intencionadamente o no. Lo he leído mil veces. Necesito verla.

»Me equivoqué con ella igual que contigo. Tengo cosas que decirle y que explicarle. Si tengo que atravesar el mundo, lo haré. Por favor, Olivier, ayúdame. —Se tapó los ojos con una mano.

Olivier miró el cuaderno que había junto a él. Adrien se dio cuenta y se lo entregó. Aunque no era muy correcto, Adrien necesitaba que lo leyera y Olivier también.

Cuando terminó, visiblemente afectado, cogió su móvil y envió varios mensajes. Espero a obtener una respuesta y volvió a escribir de nuevo. Pasaron más de veinte minutos que a Adrien se le hicieron eternos.

—Ahora a esperar —dijo Olivier.

—¿Cómo? ¿Qué...?

—A esperar, Adrien.

—¿Esperar a qué? Olivier, no es tiempo lo que me sobra precisamente. ¿A quién le has enviado esos mensajes?

—Me has pedido ayuda. Ahora haz el favor de esperar —levantó la voz.

—Pero...

—Lo hacemos a mi manera y te quedas calladito o me largo —dijo muy enfadado.

Adrien se calló. Se levantó despacio. Olivier le ayudó a dar el último impulso. Se miraron incómodos.

—Mientras esperamos a lo que sea que tengamos que esperar, ¿te apetece tomar algo?

—Ya voy yo. Tú vuelve a sentarte. ¿Por ahí? —Señaló la salida para preguntar dónde se encontraba la cocina.

—Acabaré antes si voy yo. ¿Vino? ¿Cerveza?

Olivier le siguió hasta la cocina. Adrien le fue señalando dónde encontrar lo que buscaba y volvieron poco después al salón con una botella de vino y dos copas.

Se sentaron de nuevo en el sofá.

—Cuando era niño, le pedía todos los días a mis padres que me dieran un hermano —dijo Adrien asintiendo levemente con la cabeza.

—Te entendieron mal. Debiste especificar que lo querías de la misma madre.

Adrien lo miró y dibujó una sonrisa que fue en aumento. Acabó riendo con muchas ganas. Olivier se contagió de la risa. Despareció la tensión inicial.

—¿Y tú nunca quisiste tener uno?

—Supongo que estaba más centrado en imaginar que tenía un padre de verdad que en otra cosa.

—Nunca entenderé cómo pudo hacer algo así. ¿En qué estaba pensando? —Lanzó la pregunta al aire.

—Era tan jodidamente arrogante que pensó que aunque se lanzara al vacío acabaría planeando, no cayendo.

—Al final nos hizo caer a todos —lamentó Adrien.

—Él también cayó. En esta historia no se salvó nadie.

—Lo sé. Aunque... me ha costado entenderlo.

—Yo he salido ganando. No estoy tan jodido como tú. —Sonrió provocativamente.

Adrien lo miró esbozando una débil sonrisa. Olivier continuó:

—Yo he heredado la inteligencia y la hermosura —dijo altivo—. Tú el egoísmo y la cobardía...

—¿Así me ves? —preguntó Adrien muy serio.

—Adrien, puedo llegar a entender tu reacción al conocerme, tus miedos, tu vuelta al pasado, tus dudas... ¿eso puedo llegar a entenderlo! Incluso si me apuras, puedo también entender que tuvieras tus días malos con ella, que estuvieras confundido, e incluso que te sintieras celoso, pero no entiendo cómo pudiste tratarla de esa forma la última vez que la viste. Eso me cuesta mucho.

—Yo no soy así. Te aseguro que todo esto me ha sobrepasado.

Se miraron. Por primera vez en sus vidas, compartían un sentimiento sin rencor.

—Igual cuando llegues a Panamá ya se ha buscado a otro... Tenlo en cuenta, que luego vienen los disgustos...

—No seas cabrón. No me digas eso ni en broma.

—Pues es lo que te merecerías.

—No te lo voy a discutir.

—Mientras esperamos, te voy a dejar claros tres puntos —dijo Olivier sentándose de nuevo en el sofá y cambiando de tema.

—Te escucho.

—Uno. Si te ayudo es porque sé que ella te quiere. Siempre te ha querido. No es que lo entienda, pero lo sé —Le guiñó un ojo—. Dos. Daniela y yo somos amigos y ni tú ni Dios va a impedir que lo sigamos siendo. Tres. Asegúrate de lo que sientes y lo que quieres antes de subir a ese avión. Ni dudas, ni errores.

Adrien asintió.

—Olivier, quería preguntarte algo, es... delicado —Miró al techo y resopló—. ¿Tú...?

—Piénsalo bien antes de preguntar —le interrumpió—. Si decides preguntármelo de todos modos, antes ten en cuenta que estoy aquí intentado ayudarte a llegar hasta ella. Eso ya te tendría que dar mucha información. ¿Y bien?

Adrien bajó la mirada.

—No hay preguntas.

Los dos hermanos se miraron fijamente. No era un tema que debieran abordar. Sin esas preguntas y sin esas respuestas serían más felices.

Adrien se sobresaltó al escuchar el timbre. Pensó que sería Jaime y le pareció de lo más inoportuno, no sabía que estaba allí porque Olivier se lo había pedido.

—¿Qué ocurre? —dijo Jaime al entrar.

—Ahora te lo explico. Estoy esperando a alguien. Serán unos minutos —le contestó Olivier.

Adrien se quedó con la boca abierta. Jaime los miró a ambos con el ceño fruncido.

El timbre de la puerta volvió a sonar. Olivier se dirigió de nuevo a la puerta. Volvió segundos después acompañado de Nico.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso tan urgente? —dijo Nico malhumorado mirando a Olivier.

—Pasa, Nico. Ahora os cuento.

Nico le lanzó una mirada fulminante a Adrien.

—¿Ya te han dado el alta? ¿Cómo estás?

—Mejor. Me recuperaré —dijo suavemente Adrien.



—¡Muy bien! Ya estamos todos —Los tres se giraron para escuchar a Olivier—. Ahora vayamos por tema. Rapidito. Tengo cosas que hacer igual que vosotros. Intentemos ahorrarnos las palabras innecesarias, la frase de más y las tonterías varias. Seamos prácticos y demos una solución al tema.

Todos se miraron mostrando el asombro en sus rostros.

—Adrien ha contratado un vuelo privado para viajar a Panamá.

Jaime lo miró como si hubiera perdido la cabeza. Nico escondió el rostro entre las manos.

—Le he dicho que le ayudaría, pero no me voy a meter en esto sin vuestro consentimiento. Por un lado, el de Jaime desde un punto de vista médico, y por otro el de Nico, desde un punto de vista... no médico.

—Para eso no te necesitaba, Olivier. Hasta ahí llego yo solito —dijo Adrien, estupefacto.

—Lo dudo —contestó su hermano con arrogancia.

Durante unos minutos no dijeron nada.

Jaime fue a la cocina y volvió con dos copas. Sirvió vino del que había en la botella y le ofreció una a Nico, que aceptó encantado.

Nico se sentó con la copa en la mano muy pensativo. Jaime sacó una tableta del bolsillo de su chaqueta y pasó unos minutos trabajando con ella.

Más de veinte minutos después, Nico decidió romper el silencio:

—¡Voy contigo!

Adrien lo miró atónito.

—Supongo que el vuelo me sale gratis, ¿no? —continuó diciendo.

Adrien se rio.

—¿Qué opinas, Jaime? ¿Está en condiciones de viajar? —preguntó Olivier.

—¿Lo que yo diga no cuenta? —preguntó molesto Adrien.

—¡No! —repitieron al unísono Olivier y Jaime.

Jaime se tomó su tiempo para responder.

—¿Cuándo tienes previsto salir?

—Pasado mañana. A las seis de la mañana. Ya lo tengo todo listo. Llevo todo el día ultimando detalles.

—Yo también voy —dijo Jaime sirviéndose más vino.

Todos lo miraron sorprendidos.

—¿Tú? —Adrien se quedó con la boca abierta.

—Sabes que no estás en condiciones de hacer ese viaje, pero no me veo capaz de impedírtelo porque sé lo que significa. Si quieres ir, tendrás que llevarme de enfermera.

—Por mí estupendo. Pensaba que no podías ausentarte tantos días.

—Puedo arreglármelas. La consulta la llevará mi socio y en el hospital me deben seis o siete siglos de vacaciones.

—Nico, ¿y tú? —preguntó Olivier.

—Tenía pensado ir, aunque más adelante. Javier se hará cargo del estudio. Tampoco estaremos mucho tiempo. En cuanto Daniela te dé una patada en el culo, nos volvemos.

—No pienso volver sin ella. Vosotros podéis hacerlo cuando queráis. El avión está a vuestra disposición. —Adrien lo dijo enfadado. Harto de que todos hicieran como si él no estuviera.

—Nico, la patada se la va a dar nada más llegar. Lo mejor será al menos esperar unos días para recuperarnos del viaje. —Le guiñó un ojo y Nico se rio.

—Entonces solucionado —dijo Olivier.

—Nico, necesito los datos de destino. ¿Dónde está exactamente?

—Joder, no sabes ni dónde está —dijo Nico, indignado.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Voy a hacer una llamada importante —dijo Nico—. Vuelvo enseguida.

Nico salió y todos lo esperaron. Jaime aprovechó para hacer algunas llamadas respecto a sus vacaciones y Olivier se sentó al lado de Adrien.

—Muy original tu forma de ayudarme —le reprochó Adrien.

—Tú pretendías ir a escondidas. Y en eso no te iba a ayudar. Es importante que Jaime diga si ese viaje supone un riesgo muy alto para ti. Por muchas ganas que tengas de ir, si no vas a llegar vivo, no sirve de nada. Y... a Nico no se lo podía ocultar —Le dio una palmada en el brazo—. Que te sirva para aprender a hacer las cosas de frente, hermanito.

Adrien le lanzó una mirada que de estar cargada de fuego, Olivier se hubiera quemado en decimas de segundos.

Nico apareció media hora después, cuando ya empezaban todos a impacientarse.

—He hablado con Matt —dijo sentándose en la primera silla que encontró—. Nos recogerá en el aeropuerto. Le ha parecido buena idea. Será una sorpresa. No le dirá nada —Hizo una pausa y le tendió un papel a Adrien—. Ese es lugar. Tienes que decirme la hora prevista de llegada y el aeropuerto. Por lo visto, hay varias opciones.

—De acuerdo. Te lo diré en cuanto lo sepa —Cogió el papel—. Voy a confirmar la reserva.

—Yo también tengo cosas que hacer. ¿Por qué no vienes tú también, Olivier? —preguntó Jaime.

Todos lo miraron esperando su respuesta.

—Yo tengo que ocuparme de Versus mientras el señor recupera a su chica —dijo sonriendo.

—¿Desde cuándo hay buen rollo entre vosotros? —preguntó Nico.

—Desde hace un par de horas. A ver lo que dura —dijo Olivier, relajado.

Adrien resopló y se dirigió a Nico:

—Sé que estás resentido conmigo, pero quiero que entiendas que quiero verla, que la quiero y necesito que vuelva.

—No te confundas, Feraud, a mí no tienes que darme explicaciones —Lo miró desafiante—. Daniela es mayorcita y sabe lo que quiere. Es ella quien tiene que escucharte y tomar sus decisiones. Está muy bien que aparezcas como un héroe lesionado dispuesto a atravesar el atlántico para declararle tu amor. ¡Es muy bonito! Se me saltan las lágrimas solo de pensarlo, pero espero que tengas muy claro lo que vas a hacer. Si no... deja que siga con su vida.

—Lo tengo todo muy claro, Nico —dijo, tajante.

Nico no dijo nada más. Jaime sin embargo aprovechó para intervenir.

—Nico tiene razón. Espero que aparecer por allí en plan Superman no sea tu única arma para seducirla. ¡Eso no tiene mérito! Ella lo hizo contigo. Cuando la llamé para decirle que estabas mal, no dudo en saltar de continente para estar a tu lado.

—Espero que no me malinterpretéis. Os agradezco mucho vuestra ayuda. Pero también quiero que os quede muy claro a todos que de haber estado físicamente bien no os hubiera pedido ni ayuda ni permiso. Daniela es todo lo que quiero en este momento y con o sin vuestro apoyo hubiera llegado hasta allí. Eso no significa que no os lo agradezca. En cuanto a mis armas para conquistarla es cosa mía. Ahora, si no tenéis más reproches que hacerme, me gustaría acabar de ultimar los detalles del vuelo.

Los tres aludidos se miraron y sonrieron. Jaime y Nico se dirigieron a la puerta. Olivier se acercó a Adrien y le tendió la mano.

Adrien, sentado como estaba, lo miró y le tendió la mano al mismo tiempo que aprovechaba

para apoyarse en él y levantarse. Adrien, con miedo tiró de él para acercarlo. Ambos se fundieron en un abrazo.

—¡Oh, no! Hoy acabaré llorando. Me largo. Esto me supera —dijo Nico bromeando.

—No dirás que no es romántico —dijo Jaime.

—¿Os apetece una copa? —preguntó Nico.

—A mí sí —dijo Olivier corriendo hacia ellos—. Podríamos celebrar que tengo un hermano, gilipollas pero hermano al fin y al cabo.

—Me apunto —dijo Jaime riendo—. Adrien, vendré después. Supongo que sabes que voy a dormir aquí.

—No te pases. No necesito que duermas conmigo. Estoy bien.

—Hasta luego —dijo ignorando su protesta.

Antes de cerrar la puerta, Jaime recordó algo y se giró para decírselo a Adrien mientras los otros dos escuchaban atentos.

—Por cierto, amigo mío. El viaje, dado tu estado, te va a costar unas cuantas inyecciones que luego te pondré —Le sonrió con malicia—. Utilízalo como arma para conquistar a tu chica. Teniendo en cuenta lo mucho que te gustan las agujas, seguro que sabe valorarlo. Un punto a tu favor.

Todos rieron a carcajadas excepto Adrien, al que no le hizo ninguna gracia escuchar hablar de agujas. ¡Las odiaba!

—Maldita sea —murmuró.

Daniela miraba ensimismada el trabajo de Viviana. Le mostraba un informe donde aparecían sus últimos diseños. Casi todos estaban vendidos.

—¡Este es precioso! —dijo señalando un vestido azul.

—¡Sí! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —dijo Viviana dando varias vueltas con los brazos en alto.

Daniela la miró sorprendida.

—Espera y verás. —Salió de la habitación y volvió con una fotografía en la mano.

Daniela la cogió asustada. La imagen de su madre con un vestido parecido al que había señalado apareció ante sus ojos, acompañado de un nudo en la garganta. A su lado Viviana lucía uno en color rojo mucho más atrevido.

—Me inspiré en este vestido. Tu madre lo adoraba. Jamás la había visto tan bella como aquella noche. Tenía la corazonada de que fijarías en él.

Daniela sonrió.

—Vaya, es increíble. ¿Qué pasó esa noche? ¿Qué celebrabais?

—Fue un par de semanas antes de su muerte. Ella y otras amigas me hicieron una fiesta sorpresa para despedirse de mí. Me trasladaba a Chicago con mi marido.

—Parecía feliz —comentó Daniela.

—En ese momento lo era. Empezaba a tener muy claro lo que iba a hacer con su vida. Tenía decidido hablar con Daniel y pedirle el divorcio. Dispuesta a empezar una nueva vida.

—Podía haber sido tan feliz con Matt. A veces pienso que mi madre y yo hemos vivido algo parecido. Hay conexión entre las historias.

—¿Dónde está la conexión que tú ves?

—Ella estaba enamorada de... Daniel, pero él le falló. Después se enamoró de Matt. Ellos eran hermanos y... ¡Ya sabes, las historias se parecen! No digo que sean iguales, pero... algo tienen en común.

Daniela le había contado a Viviana todos los detalles de su relación con Adrien y posteriormente con Olivier.

—¿Te has enamorado de Olivier?

—Yo... estoy muy confundida. Lo que viví con Adrien fue increíble, pero Olivier... todo lo que me hizo sentir... ¡No sé, Viviana! Llevo lejos de Madrid más de una semana y pensé que podría aclararme. No he avanzado mucho.

—Cariño, estoy de acuerdo en que la historia de tu madre y la tuya se parecen, pero no de la forma en que tú la ves.

Daniela la miró confundida. Viviana le cogió la mano y le sonrió.

—Tu madre solo amó a un hombre, y ese hombre fue Daniel. —Le sonrió dulcemente—. Matt fue su refugio. El lugar donde cobijarse para amortiguar el dolor que le causaba Daniel. Él le proporcionó el consuelo y el cariño que necesitaba, pero nunca llegó a amarlo como a Daniel. ¡No te confundas!

Daniela la miró con los ojos como platos.

—Yo tenía otra versión.

—Tú tienes la versión de un hombre enamorado que no quiso o no supo verlo.

—Creía que ella se había enamorado de Matt —dijo, afectada.

—Eso es lo que ella quiso creer, a lo que se aferró, pero en el fondo sabía que no era verdad. Si Daniel se hubiera comportado de otra forma, te aseguro que Matt nunca habría entrado en ese peligroso triángulo. Tu madre cometió un error clave, y fue no ser sincera consigo misma y con ellos.

Daniela la miró a los ojos. Se le llenaron de lágrimas.

—¡No cometas tú el mismo error, Daniela! Sigues enamorada de Adrien. Solo tú puedes curar tus heridas.

Daniela se tapó la boca ahogando un sollozo. Se acercó a Viviana para abrazarla dando rienda suelta a su llanto. Sabía que ella tenía razón. Tenía que olvidar a Adrien y para ello no podía cometer el error que cometió su madre. No podía buscar refugio en los brazos de Olivier. Todos saldrían heridos. Para mal o para bien, ellos seguían siendo hermanos.

Víctor escuchaba las voces de sus amigos en el salón de su casa mientras terminaba de preparar la cena a la que los había invitado.

Al día siguiente se marchaban a Panamá y aunque le hubiera gustado poder preparar él mismo la cena, tuvo que conformarse con encargarla en el restaurante de un amigo. No disponía de mucho tiempo.

Al principio le pusieron muchas pegas para acudir a esa cena, pero él insistió porque tenía algo que anunciarles y quería hacerlo antes de que se fueran.

—¿Te ayudo en algo? —dijo Olivier al entrar en la cocina.

—No. Como verás, es fácil servir lo que otros han cocinado.

—Eso es lo que suelo hacer yo. Cocinar no es lo mío. —Se disponía a salir de la cocina.

—¡Olivier!

Este se paró y se volvió a acercarse a él.

—¿Sí?

—Estamos apoyando un viaje que tiene todo el sentido del mundo, ¿verdad?

—No te entiendo.

—Vi tu abrigo en la casa de Daniela el día que fui a despedirme de ella.

Olivier lo miró fijamente intentando entender a lo que se refería.

—Si Adrien quiere ir a Panamá, Adrien puede ir a Panamá. Olvídate de mi abrigo. Como si no lo hubieras visto.

—¡Olvidado! —Asintió con la cabeza.

Tras la cena, que aprovecharon para ultimar algunos detalles del viaje y del trabajo de Víctor y Olivier en Versus durante su ausencia, se acomodaron en el sofá y los sillones que había en el amplio salón. Víctor les ofreció una copa de licor y todos aceptaron.

—Escuchadme, tengo algo que deciros. Es importante.

Todos centraron su atención en él, atraídos por la seriedad con la que se había expresado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adrien, alarmado.

—Es algo personal que os quiero confesar —Le dio un trago a su copa. Los demás le imitaron—. ¡Soy gay!

Adrien se atragantó con el licor, escupiendo parte del que tenía en la boca sobre sus piernas. Olivier no llegó a atragantarse, pero retuvo el licor que tenía en la boca sin atreverse a ingerirlo. Jaime ni se inmutó.

—¿Qué has dicho? —dijo Adrien tosiendo debido a la irritación que sentía en la garganta.

—Ya me habéis oído. Hace mucho tiempo que lo llevo callando. No ha sido fácil. Ha sido una lucha de muchos años y al final me he decidido a confesarlo a las personas que quiero.

—¡Joder! ¿Estás seguro? —preguntó Adrien. Lo miraba como si fuera un extraterrestre.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo Jaime moviendo la cabeza—. ¿Cómo no va estar seguro?

—Pero... ¿No será una broma? —Adrien no encontraba otra explicación.

—No, Adrien. No es una broma. Soy gay. Me gustan los hombres —dijo Víctor, alterado.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé exactamente. No hay una fecha. Empecé a darme cuenta hace muchos años.

—¿Y Verónica?

—Eso no cambia nada. Me casé con ella porque la quería. Fue poco después, cuando todo empezó a ir mal entre nosotros cuando me di cuenta. Eso no significa que no lo hubiera pensado mil veces, pero no quise enfrentarme a ello. Preferí mirar a otro lado.

—¿Te has acostado con un tío?

—Adrien, tu perspicacia es increíble. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? —dijo Jaime.

—¿Puedes entender que me sorprenda? No me lo esperaba —Miró a Víctor—. No sé qué decirte, estoy alucinando.

—No tienes que decir nada. Y la respuesta es sí. Me he acostado con tíos, con varios. Y me gusta, y es eso lo que quiero. ¿Mejor?

—¡Vale, vale! Pero ¿con mujeres no...?

—No te digo que no. Pero me atraen más lo hombres.

—¿Solo me sorprende a mí? ¿Es que vosotros lo sabíais?

—A mí no me lo había dicho nunca, pero ya lo sabía —dijo Jaime recostándose en el sofá.

—¿Cómo? —preguntó Víctor, sorprendido.

—Hace años que lo sospechaba. No me preguntes muy bien por qué. Había pequeños detalles que me hicieron pensar.

Adrien resopló.

—Pues te aseguro que yo no lo hubiera dicho nunca.

—Solo hay una persona que lo sabe desde hace un tiempo. —Víctor bajó la mirada.

—¿Javier? —intervino Olivier.

—No. Javier lo sabe desde hace unos días. Quiero hablar con mis padres y él me va ayudar. Me ha apoyado mucho. Creo que esto nos ha unido.

—Entonces, ¿quién lo sabía? —preguntó Adrien.

—Daniela.

Todos lo miraron sorprendidos, incluso Jaime.

—¿Da... Daniela? —Adrien abrió los ojos, impresionado.

—Ella lo descubrió cuando estuve en Navidad en el balneario. Yo mantenía una relación con Sam, uno de los terapeutas. Nos estábamos besando en una sala de masajes y ella entró sin llamar. Nos vio. Entonces no nos conocíamos, así que ni ella ni yo le dimos importancia. Sam le habló de mí, ellos eran amigos.

»Cuando la vi contigo —miró a Adrien—, se me cayó el mundo encima. Os vi salir juntos el día de Fin de año y la reconocí. Luego me la encontré en Versus y me sentó fatal. Por eso me porté tan mal con ella al principio.

—Ahora sí que me has sorprendido. Nunca me dijo nada. Ni siquiera antes de empezar en Versus.

—Yo temía que lo hiciera, por eso me incomodaba tanto que estuvierais juntos, pero un día hablamos y me di cuenta de la clase de persona que era. No me preguntes por qué, pero supe que jamás me traicionaría. Ahí la empecé a querer.

—Esta mujer es increíble —se rio Jaime.

Adrien se apoyó con los codos en las piernas y ocultó el rostro entre sus manos.

Víctor les contó la historia de Sam y cómo terminó su relación. Todos pensaron en algún momento en Daniela y su lealtad.

—¿Tienes pareja ahora? —preguntó Olivier.

—No. Ahora no salgo con nadie.

Pasaron el resto de la velada bromeando entre ellos. Era la forma más acertada de reír y

disfrutar de la reunión. Víctor no se enfadó por sus comentarios, al contrario, parecía encantado de escuchar todas las tonterías que le decían sus amigos. Por fin era libre, ya no tendría que disimular nunca más.



Olivier se sentó en su despacho intentando poner orden a todos los papeles que cubrían su mesa.

Hacía más de una hora que él y Víctor habían regresado de llevar a sus amigos al aeropuerto.

Ese día todos estaban de buen humor, incluso Nico y Adrien habían hablado sin lanzarse algún reproche.

Recordó, sonriendo, las veces que rieron por los comentarios de unos y de otros. Javier, que había llevado a Nico, no dejó de bromear con su hermano sobre su reciente confesión. Adrien todavía no había salido de su asombro y Jaime aprovechaba para burlarse de él. Nico y él se entretuvieron en hacer a Adrien el objeto de sus bromas, parodiando constantemente la reacción de Daniela cuando le viera llegar.

—Adrien, hay algo que igual no te has planteado —le había dicho Nico—. Si Daniela te perdona, ¿cómo sabrás que no es por compasión?

—¿Cómo? —le había preguntado Adrien.

—Con el cabestrillo, la muleta, la cojera y los puntos en la cabeza... das mucha pena. Yo sería incapaz de decirte que no. Se me rompería el corazón.

Todos habían reído con los comentarios de Nico, excepto Adrien que ya empezaba a estar harto de las bromitas.

Su relación con Adrien había cambiado mucho en dos días. El día que lo llamó para pedirle ayuda, no fue capaz de continuar con la guerra. Lo vio destrozado física y psíquicamente. Sus disculpas parecían sinceras y no encontró sentido en prolongar aquella cadena de rencor y reproches.

No quería marcharse de Versus, así que su acercamiento también había contribuido a ello.

No se podía quejar. Tenía un trabajo que le importaba y le apasionaba, un montón de amigos como Javier, Nico, Jaime y un hermano que también sería un amigo en un futuro, al menos eso es lo que intuía. Víctor también podía añadirse al grupo. Habían estrechado lazos desde que Adrien se ausentara de Versus y habían desarrollado cierta complicidad tanto personal como profesional.

Si algo no estaba donde él hubiera deseado que estuviera, sin duda era Daniela. La echaba de menos. Habían hablado varias veces desde que se fue, pero no era suficiente. Esperaba que Adrien fuera capaz de convencerla para que volviera a España.

Las imágenes de las dos últimas noches que pasaron juntos se sucedían como diapositivas en su mente.

Se había enamorado de ella. Era la única vez que había sentido algo así por alguien. Estaba convencido que debía pasar mucho tiempo, si es que alguna vez volvía a ocurrir, para que volviera sentir lo mismo.

Lo había conquistado desde el primer momento que apareció por Versus. Sus ojos lo hipnotizaron e hicieron que un cosquilleo de ilusión le reconfortara. Estaba decidido a conquistarla, cuando se enteró de que mantenía una relación con Adrien, el mismo hombre que ignoraba que eran hermanos. El mismo con el que quería mantener una buena relación. Aquel día desistió de la idea de conquistarla. Sin duda no era el mejor camino para llegar hasta Adrien.

Aun así, sus encuentros con ella hicieron que sus sentimientos crecieran cada vez más. Eso no era algo que pudiera controlar, solo le quedaba la opción de disfrazarlo y disimularlo.

Nunca se planteó tener nada con ella, aunque debía admitir que le encantaba coquetear y observar su reacción.

Fue la distancia con Adrien y todos los problemas que surgieron los que hicieron que se sintiera más cerca de ella y que se planteara cruzar la línea.

Aquella noche no le importó nada. Hubiera vendido su alma por estar con ella. No pensó en nada ni en nadie. Solo en vivir lo que tanto tiempo llevaba deseando.

Daniela no sería suya, pero sí le habría hecho experimentar algo que no siempre es posible: sentir la conexión del cuerpo y el alma.

Era consciente de lo que ella sentía por Adrien. Lo pudo confirmar la noche en que ella estalló en aquel espantoso llanto. También lo confirmó cuando Adrien le enseñó la carta que ella había escrito cuando él aún estaba en coma.

Eso fue lo que hizo que le ayudara. No tenía sentido que esas dos personas estuvieran separadas. El arrepentimiento de él y la confirmación de sus sentimientos eran más que suficientes para echarles una mano a ambos. Ella también lo necesitaba. Por mucho que se empeñara en decirle que estaba bien cuando hablaban por teléfono, sabía que no era así.

Esperaba que aquel viaje sirviera para unirlos de nuevo y que ella pudiera volver a su vida, aunque fuera como una gran amiga. Le bastaba con ello.

Seguramente alguien que conociera sus sentimientos le diría que eso iba a ser muy duro para él, pero sabía que no sería así.

Le habían enseñado, desde muy pequeño, a no pedir y conformarse con lo que la vida le daba. Sabía valorar, era agradecido. Tendría un buen trabajo, un hermano, un montón de amigos y la amistad de Daniela.

Desde el mismo momento en que vio partir a Adrien hacia Panamá se despidió de ella. Esperaba muy pronto poder abrir los brazos para recibirlos a ambos, juntos y dispuestos a ser felices.

Se levantó cargado de documentos que requerían el visto bueno de Víctor. Se dirigió a su despacho recordando la escena que había vivido junto a él en el aeropuerto. Sus palabras le llegaron a lo más profundo de su ser.

—¿Estás bien? —le había preguntado mientras veían a sus amigos desaparecer por el pasillo que les llevaría hasta el avión.

—Sí, estoy bien —le contestó Olivier, inexpresivo.

—Sé cómo te sientes, amigo. Sé lo que es estar enamorado de una persona y saber que nunca será tuya. Conformarte con su amistad, que no es poco.

Olivier le había mirado sin tener muy claro si lo había entendido o no.

—¿Adrien? —preguntó, estupefacto.

Víctor sonrió. Siguió mirando a través del pasillo.

—Podríamos vender el guion. De esto saldría un libro, seguro: «Su hermano enamorado de su chica, y su mejor amigo enamorado de él».

Olivier se lo quedó mirando intentando no ser demasiado expresivo, seguro que esa confesión no había sido fácil.

Se acercó a él y le pasó la mano por los hombros guiándolo hacia la salida.

—Vámonos. Tenemos una empresa que dirigir —dijo Olivier.

—Y una vida que empezar —dijo Víctor sin dejar su sonrisa.

Más secretos, pero esta vez de los que unen. De los que hacen que te pienses dos veces si vas a hacer algo que pueda joder al otro. Bajo chantaje o simplemente porque se querían, la amistad de Víctor y Olivier estaba garantizada.

Hacía más de dos horas que Matt se había ausentado. Había ido al aeropuerto a recoger a un amigo. Alguien que conocía desde hacía muchos años y que se alojaría unos días en el hotel.

Le pidió que no se marchara, que estuviera allí cuando él volviera, que tenían que hablar de algo importante, aunque no le dijo para qué. Le hubiera gustado ir a la playa un rato y no estar deambulando por allí como un fantasma. Aunque Matt le dejaba trabajar en algunas cosas, todavía no le permitía involucrarse demasiado. ¿No era capaz de entender que necesitaba mantenerse ocupada?

Con Matt era difícil negociar. Cuando decía a algo que no, era prácticamente imposible hacerlo cambiar de opinión. Sus empleados le adoraban, pero todos le habían hablado de lo estricto que era en el trabajo. No dejaba pasar ni una.

Se sentó a leer en la zona privada del hotel, que solo disfrutaban Matt y Viviana. Era donde ellos residían. Una pequeña aunque lujosa casa anexa al hotel.

Escuchó aliviada el sonido de la puerta. No era el repiqueteo de los tacones de Viviana, así que dedujo que sería Matt.

Se dio la vuelta lentamente sin creerse lo que estaba viendo. O el sol le había hecho perder el juicio o el que había delante de ella era Nico.

—Ahora es cuando gritas y corres hacia mí —dijo sonriendo.

—¡Nico! —gritó con tanta fuerza que ella misma se asustó. Corrió hacia él.

Nico la cogió al vuelo y dio varias vueltas con ella en brazos.

—Pero... ¡No me lo puedo creer!

—Una sorpresa. Veo que ha funcionado.

Daniela se abrazó a él con más fuerza. Aún no se creía que estuviera allí. Buscó a Matt con la mirada al escuchar unos pasos, pero de nuevo no era Matt el visitante. Se soltó bruscamente de los brazos de Nico con la boca abierta. Nico reía a su lado por su reacción.

—¿Jaime?

—El mismo —Daniela seguía parada incapaz de cerrar la boca—. ¿Yo no merezco un abrazo de esos?

Daniela se echó a reír y se acercó a él. Jaime la apretó fuertemente con su cuerpo y la besó repetidas veces en la cabeza.

—No es posible. ¡Es increíble! —dijo ella mirando hacia la puerta.

—No hay nadie más. Muchos hubieran querido venir, pero no hay nadie más.

Pasaron un buen rato paseando por el complejo. Daniela les mostró parte del hotel, prometiéndoles que lo verían todo tranquilamente cuando se repusieran del largo viaje.

Matt se acercó varias veces a hablar con ellos sin dejar de darles la bienvenida y ofrecerles el hotel todo el tiempo que quisieran estar.

—Lo has mantenido bien escondido —le recriminó.

—Cuando me llamó Nico y me dijo que querían visitarte, me hizo mucha ilusión. Llevamos días planeándolo todo para darte una sorpresa.

Jaime y Nico le dieron todos los besos que Olivier, Víctor y Javier le habían enviado para ella. No mencionaron a Adrien en ningún momento y ella tampoco lo hizo.

Daniela les acompaña a sus habitaciones. Estaban encantados con todo lo que veían y es que no era para menos. Aquel pequeño paraíso conseguía deslumbrar a todo el que se acercaba por allí.

—Qué bien lo vamos a pasar. Esto es increíble —dijo Jaime.

En ese momento Matt les interrumpió.

—Daniela, cielo. ¿Puedo pedirte algo? Diana se ha tenido que marchar hace un rato por un asunto familiar muy urgente. Al parecer tenía una reserva con un cliente para hacerle un masaje. No sé cómo solucionarlo. No hemos avisado con antelación. ¿Tú... podrías?

—¿Yo? ¿Ahora? —Miró a sus amigos.

—Por nosotros no te preocupes, Daniela. Nos vamos instalando —dijo Nico.

—De acuerdo. Os llamo cuando acabe —dijo ella algo nerviosa. No quería fallarle a Matt, pero le fastidiaba interrumpir ese momento.

—Yo termino de enseñarles sus habitaciones. Cielo... si ves que es mucho problema para ti... —dijo Matt.

—No, en absoluto. ¿Qué le ha ocurrido a Diana?

—Su padre. No sabemos bien qué ha pasado. Ha salido corriendo. Supongo que nos dirá algo cuando pueda —Le acarició un brazo—. Lo siento, cielo. No te hubiera molestado sino fuera un cliente importante.

—No te preocupes. Lo que no sé es si podré solucionarlo.

—Habla con él y os ponéis de acuerdo. Primero ve a hablar con Gabriela, ella te dará todos los datos. El cliente ya debe estar esperando.

Daniela se despidió con la mano y se dirigió al hotel en busca de Gabriela. Era la mano derecha de Matt. Se habían hecho buenas amigas.

Le preocupaba cómo atender a ese cliente. Ella no practicaba las mismas terapias que Diana. Eran muy distintas a lo que ella había aprendido. Todas estaban basadas en técnicas orientales y tenían un nombre impronunciable. Ni siquiera Sam las debía conocer. Esperaba que ese cliente se conformara con un masaje que estuviera a su alcance.

—Hola, Gabriela. Cuéntame qué debo hacer.

—¡Oh! Gracias, Daniela —Su sonrisa, como siempre, espectacular—. Ve al despacho de Diana y te cambias allí. Constanza te dará más datos.

—¿Quién es Constanza?

—Es la chica nueva que ayuda a Diana.

—Gracias, Gabriela. Espero que ese cliente no quiera algo muy concreto.

—Lo harás muy bien. Matt me ha dicho que tienes unas manos benditas.

Daniela palideció al escuchar esa frase.

—¡Daniela! ¿Estás bien? —preguntó Gabriela al ver su reacción.

—Sí, claro. Hasta luego —dijo alejándose.

Constanza le proporcionó una bata. Daniela sonrió.

—El cliente se está cambiando. Puedes esperararlo en la sala. En la camilla encontrarás algunas notas de Diana sobre él. Es francés, aunque habla español perfectamente.

—¿Francés? —Volvió a palidecer.

Daniela entró en la inmensa sala destinada a terapias. Lo más llamativo era la gran cristalera que sustituía una de las paredes dejando unas vistas increíbles a un pequeño jardín con estanque incluido.

Se acercó a la camilla donde visualizó un cuaderno con algo escrito.

Se quedó inmóvil cuando vio que se trataba del cuaderno que olvidó en el hospital. Mostraba

algo escrito por una letra que le resultó muy familiar. Se apoyó en la camilla y leyó su contenido:

#### PROPÓSITOS DE ADRIEN

- Disfrutar de tu sonrisa el resto de mi vida.
- Beneficiarme de tus benditas manos.
- No volver a reírme cuando hagas malabarismos sobre unos zapatos de tacón.
- Seguir coleccionando tu ropa interior.
- Volver a meterte en la ducha, vestida.
- Regalarte más noches en París.
- Secuestrarte dos veces al mes para llevarte a la cabaña. ¡Yo conduzco!
- Quebrantar todas mis normas.
- Visitar Barcelona de tu mano.
- Hacerte el amor, al menos UNA VEZ AL AÑO.
- Amarte el resto de mi vida.
- Pedirte perdón por todos mis jodidos y malditos errores.
- Mostrarte todo lo que soy, todo lo que hay en mí.

*No estabas cuando desperté, tal y como me habías anunciado. Pero sí estabas antes.*

*En medio de aquella oscuridad y aquellas imágenes borrosas, aparecía tu voz. La única que no resultaba estridente ni molesta. Quiero pensar que fuiste tú la que me trajiste de vuelta. Quiero pensar que seguirás siendo tú la que me guíe.*

*Perdóname, mi amor. Perdóname por todo lo que dije y por todo lo que hice.*

*No estaba preparado para enfrentarme a todo lo que había a mi alrededor.*

*Un hombre prácticamente desconocido irrumpió en mi vida para hacerme viajar en el tiempo. Un tiempo que siempre he querido olvidar, pero al parecer no lo había conseguido.*

*Solo hay una explicación: miedo.*

*Me ha acompañado desde que era prácticamente un niño. Desde el día en que mi vida perfecta se rompió. Y esa es la clave de mi miedo: una vida perfecta. Si aquella se rompió, cualquiera podía hacerlo. Necesitaba garantías de que lo nuestro no podría terminar de la misma forma. No las había, y sin ellas no me sentía capaz de vivir con el miedo a un final tan doloroso y amargo como el que vivieron mis padres.*

*Crecí creyendo que una historia de amor, por maravillosa que parezca, se puede romper en cualquier momento y dejar el mismo dolor que yo vi reflejado en mi madre durante años.*

*Fue duro verlo en sus ojos, pero lo sería mucho más si lo veía en los míos.*

*Me hice una coraza de acero. La bombardeaste por todas partes. ¡No me importó! Incluso decidí desprenderme de sus restos, pero en ese momento apareció el hombre desconocido y me recordó lo mucho que podía doler ir completamente desprotegido. El riesgo era demasiado alto.*

*Alejándote de mi vida creí que podía volver a construir mi coraza.*

*Tengo grabada en mi mente aquella noche. Me ha perseguido. No sabes cuánto lo siento...*

*Fue en París donde desperté de mi estúpida obsesión. Allí me enfrenté de nuevo a su dolor, al dolor de una madre que llora arrepentida por haberme convertido en un ser despreciable.*

*Curé un dolor con otro dolor. Desperté. Me arrepentí.*

*Perdóname, Daniela.*

*Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Ya no me da miedo ese pasado. He perdonado, incluso he llegado a comprender.*

*El hombre desconocido tiene un nombre en mi vida, me estrechó la mano, me permitió*

*llamarlo hermano.*

*Te quiero, Daniela.*

*Por eso estoy en Panamá. Porque aquí está todo lo que quiero en mi vida. Dime que sí puede ser.*

*A. F.*

Cuando terminó de leerlo, secándose algunas de las lágrimas que se iban derramando, miró a su alrededor como si en aquella sala cerrada pudiera haber alguien más.

Se acercó a la gran cristalera. La abrió muy despacio y entonces lo vio. Apoyado en un banco de piedra. Se lo quedó mirando sin parpadear. Él se levantó con algo de esfuerzo. Cogió su muleta y se fue acercando a ella.

La miró y miró el cuaderno que ella aún sostenía. Siguió aproximándose hasta quedar a tan solo unos centímetros de ella.

—Daniela, no sé cómo decírtelo, yo...

Ella se acercó y le tapó la boca con la mano. Tiró el cuaderno al suelo.

—¡Shhhh! —Negó con la cabeza—. No digas nada más.

Ella recorrió su cuerpo con la mirada.

—Con esto —señaló la muleta y el cabestrillo—, pareces un chico malo.

—Ahora soy un buen chico.

—¿Ya no eres arrogante, egocéntrico ni capullo?

—Sí, pero menos.

—¿Qué medida ha quedado?

—Una soportable. Puedes manejarla bien.

—¿Más cambios?

—¡Sí! Creo que beso mejor. Infinitamente mejor. Pero... no he podido practicar. Si me permites...

Daniela soltó la risa que llevaba un rato aguantando.

Adrien se acercó a ella. Tiró la muleta y le cogió el rostro con ambas manos. Acercó sus labios y la besó.

Un beso suave, cargado de ternura, una sonrisa, un problema para mantener el equilibrio, mucha, mucha esperanza, ¡mucha felicidad!

Matt le mostró a Adrien uno de sus rincones preferidos.

Adrien apenas había podido visitar los alrededores. El largo viaje, en su estado, le había obligado a hacer reposo la mayor parte del tiempo.

Aquella mañana, Jaime le aconsejó que caminara por los alrededores, aunque en ningún momento se ofreció a hacerle compañía. Él y Nico habían desaparecido prácticamente desde que llegaron allí.

Matt se volcó en ofrecerle todo tipo de comodidades que no dudaron en aceptar y disfrutar.

Gabriela se había ofrecido a enseñarles la vida nocturna en la ciudad, así que ni siquiera a la hora de cenar podían contar con ellos.

Daniela, que no se separó ni un momento de Adrien, había aceptado que fuera Matt el que lo acompañara a dar un paseo y así poder ayudar a Diana, esta vez de verdad, a atender a unos clientes que requerían un masaje.

Todos habían sido cómplices de su encuentro con Adrien. Nada más llegar, Matt se dirigió a la parte trasera del hotel y entre todos acompañaron a Adrien a la suite que ocuparía durante su estancia. Le hicieron esperar allí más de dos horas hasta que Matt lo fue a buscar y lo condujo al jardín exterior de la sala de masajes.

Diana también fue cómplice. Se escondió en su habitación para no encontrarse con Daniela. Se suponía que estaba atendiendo a su padre enfermo. Gabriela solo tenía que enviarla a la sala de masajes y dejar caer un comentario sobre sus manos. Constanza, que no era ninguna empleada del hotel, sino una amiga de Viviana, debía hablar de un cliente francés para acabar de desconcertarla.

Todos esperaron impacientes en el fondo de los jardines, ocultos por una pequeña caseta que simulaba una cabaña junto al estanque.

Cuando Adrien y Daniela se giraron para ver de dónde procedían los extraños sonidos que escuchaban, se encontraron con la escena más ridícula y peliculera que jamás habían presenciado. Todos ellos, los que habían contribuido a aquella pequeña escenificación, estaban muertos de la risa, apiñados en un rincón.

Jaime aprovechó para ver la escena muy pegadito a Gabriela. Su belleza no le pasó desapercibida.

Matt no había tenido ni un solo momento a solas con Adrien, así que le pareció oportuno dedicarle tiempo al hombre que tanto quería su hija.

Se sentaron en un banco de piedra, para que Adrien pudiera descansar.

—A Daniela le encantaba venir aquí de pequeña. Solía bailar en la arena. Su profesora de ballet le aconsejó que lo hiciera para reforzar sus tobillos. —Sonrió con ternura.

—¿Por qué lo dejó? ¿Fue cuando murieron sus padres?

—Sí. Yo intenté que continuara. Ella lo adoraba, pero el primer día que la lleve a clase le entró una especie de ataque de pánico y tuve que sacarla de allí corriendo. Supongo que se acordó de su madre. Era ella quien la llevaba —Suspiró—. Nunca quiso volver. No hubo forma de convencerla. Me dolió mucho, yo sabía que ella lo adoraba. Teníamos un cuadro con una escena de ballet que pasaba horas y horas contemplando.

Adrien se detuvo en seco al escucharlo.

—¿Perdón? ¿Has dicho un cuadro?

—Sí.

—¿Lo recuerdas? Descríbeme ese cuadro.

—Pues... —Lo miró contrariado—. Unas bailarinas en...

—¿Edgar Degas? ¿*La clase de Danza*? —dijo Adrien, nervioso.

—Sí. ¿Te ha hablado de él? ¿Lo recuerda? —Matt frunció el ceño. Seguía sin entender la expresión de preocupación de Adrien.

—¿Qué pasó con ese cuadro?

—Aún lo conservo. No fui capaz de tirarlo por lo que significaba para Daniela, aunque a mí me traía recuerdos dolorosos.

—¿Por qué? —Adrien observó la confusión en Matt—. Luego te lo explico Matt, antes contéstame por favor. Es importante. Es muy importante. Cuéntame todo lo que sepas de ese cuadro.

Matt asintió con la cabeza.

—El día de la tragedia, su madre lo tenía con ella. Lo encontramos junto a su cuerpo —Hizo una pausa—. Ese cuadro estuvo en la biblioteca muchos años. Daniela lo miraba cada día. Después de las obras, Cristina decidió no volver a colgarlo. No encontraba un lugar para él. Daniela se enfadó. Ella lo quería en el mismo lugar. Cristina intentó convencerla. Le dijo que lo pondríamos en su cuarto, pero ella lo quería en el mismo lugar. Estaba acostumbrada a contemplarlo allí y no quería cambios. ¡Cosas de niños!

»Cristina lo guardó durante el tiempo que duraron las obras, hasta que Daniela entrara en razón. Un día descubrimos que el cuadro había vuelto por arte de magia a la biblioteca. Nos enfadamos con Daniela porque tenía prohibido entrar allí, pero en el fondo nos reímos. Se las había ingeniado para llevar al cuadro hasta allí sin que nadie la viera.

»Cristina y yo no le dijimos nada. Decidimos observarla. Guardamos de nuevo el cuadro y esperamos a ver su reacción. Volvió a hacer lo mismo. Entró a hurtadillas en la biblioteca. Los obreros entraban y salían, así que aprovechó un descuido y se coló para dejar de nuevo el cuadro allí. Era pequeño y ella podía manejarlo.

»Esa vez no se lo dejamos pasar. La biblioteca no era un lugar seguro para ella en ese momento. Recuerdo que fui yo el que le riñó. Se llevó una buena reprimenda. —Hizo una pausa. Desvió su mirada recordando lo ocurrido.

—¿Qué fue del cuadro? —preguntó Adrien.

—¿Por qué es tan importante este tema?

—Por favor, Matt, acaba de contarme todo lo que recuerdes. Te explicaré todo este asunto.

—A Cristina se le encogía el corazón cada vez que Daniela le pedía que volviera a colgarlo en la biblioteca. A ella no le parecía muy adecuado con la nueva decoración, pero no fue capaz de negárselo. Buscó un lugar para colgar el cuadro. Eso era lo que estaba haciendo el día que murió. Cuando encontramos su cuerpo, sin vida, el cuadro estaba a su lado.

—¿Daniela pudo verlo?

—¡No! ¡Claro que no! No permitimos que viera a su madre. Era un espectáculo espantoso. Había mucha sangre... Yo guardé el cuadro cuando la policía me permitió limpiar la biblioteca. Daniela nunca lo reclamó y yo no volví a hablarle de él. Aun así, lo he conservado todos estos años.

—¿Has dicho limpiar? ¿Limpiar el cuadro?

—Sí. Había sangre por todas partes. El cuadro también estaba manchado. Cristina recibió un golpe muy fuerte en la cabeza. No sé si en ese momento sostenía el cuadro o estaba cerca de ella, pero todo quedó bañado de sangre. —Cerró los ojos afectado por aquel recuerdo.



—Matt, ¿dónde está ese cuadro ahora?

—En el hotel. Una de las habitaciones de la buhardilla es un pequeño desván.

—Tenemos que enseñarle ese cuadro a Daniela. Creo que sé por qué tiene pesadillas sobre ese cuadro.

—¿Pesadillas? ¿De qué estás hablando?

—Vamos, Matt, llévame hasta allí. Luego te lo cuento.

Matt asintió de mala gana. No le gustaba nada aquella situación.

Encontraron a Daniela en la recepción del hotel hablando con Gabriela. Matt le hizo una señal con la mano para que se acercara a ellos.

—Daniela, tenemos que enseñarte algo —le dijo Adrien.

—¿Qué ocurre? —dijo, preocupada.

—Hay algo que quiero que veas —dijo Adrien dibujando una sonrisa.

Daniela los miró y los siguió hasta el ascensor que les condujo a la parte más alta del hotel.

—No te asustes. Es algo que he hablado con Matt. Lo entenderás cuando lo veas. —La acercó a su cuerpo.

Al entrar en el pequeño desván encontraron muchos objetos que no se podían identificar, la mayoría cubiertos por telas o plásticos oscuros.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Daniela sin poder ocultar su malestar.

—¡Espera! —dijo Matt con un tono que no admitía discusión.

Daniela miró a Adrien interrogándolo con la mirada y este le hizo un gesto con la mano invitándole a estar tranquila.

Matt retiró la sábana que cubría un pequeño cuadro y se apartó, para que ella pudiera verlo.

Daniela se quedó inmóvil, con la mirada en el cuadro. Se llevó las manos a la boca.

—¿Qué es esto? —Miró a Adrien y luego a Matt—. ¿Por qué...?

—Matt, ¿puedes explicarle lo que me has explicado a mí?

Matt volvió a narrar la misma historia otra vez. En esta ocasión fue mucho más cuidadoso con los detalles.

Daniela no parpadeaba al escuchar las palabras de su padre. Sentía escalofríos al contemplar aquella obra, como siempre que lo hacía. Frunció el ceño. Algunas imágenes aparecieron como flashes en su cabeza.

—Dejadme sola —susurró ella.

Matt y Adrien se miraron. Adrien negó con la cabeza. Él no tenía intención de hacerlo. Matt se alejó hasta llegar a un rincón, como si de esa forma ya le diera el espacio que necesitaba. No pensaba irse de allí hasta saber qué estaba pasando.

—¿Recuerdas algo, cariño? —le preguntó Adrien abrazándola por la cintura a su espalda.

—La biblioteca... —dijo ella entrelazando sus manos en un gesto que indicaba nerviosismo.

Adrien la sujetó con más fuerza.

—Cariño, esa noche estuviste allí... —le susurró compartiendo así sus conclusiones para que ella recordara algo.

Ella asintió débilmente con la cabeza. Matt arqueó las cejas impresionado por esa revelación.

—El cuadro. Me escondí... —dijo ella sin dejar de mirar la imagen de las bailarinas—. Mi madre lo tenía en la mano.

—¿Qué más pasó, Dani? ¿Qué recuerdas? —Adrien estaba muy nervioso. Le costaba sujetar a Daniela y estaba haciendo auténticos esfuerzos para no caer con ella.

—Ellos gritaban. Yo no quería que me vieran. Ella gritaba mucho, él también... —Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en su pecho—. Tenía miedo de que me pillasen. No podía estar allí.

Tenía que salir. No... no podía estar allí.

—¿Qué mas recuerdas? ¿Qué pasó después? —Hizo una mueca de dolor.

Matt se acercó para ayudarlo. Lo llevó hasta una caja de madera para que se sentara. Daniela se acercó al cuadro cuando se liberó de los brazos de Adrien. Se sentó de cuclillas frente a él.

—Salí corriendo. Mi madre. Había mucha sangre. El cuadro no era igual, tenía mucha sangre. —Su tono de voz fue más frío.

—Te escondiste para ver el cuadro y los oíste discutir. Cuando saliste de allí, viste a tu madre en el suelo junto al cuadro. Por eso tenías las pesadillas. ¿Recuerdas? Tú describías un cuadro que se manchaba de pintura.

Daniela se dejó caer en el suelo. Se abrazó las piernas y ocultó el rostro.

Matt miró a Adrien sin ocultar la angustia en su rostro.

—Dejadme sola un rato, por favor. Solo unos minutos.

Matt asintió y guio a Adrien hacia la salida sujetándole por el hombro. Cerraron la puerta.

—Adrien, ¿qué es todo esto? ¿Qué es todo eso de las pesadillas? —preguntó Matt. Por su tono exigía una respuesta inmediata.

Adrien le relató todo lo que había vivido a su lado y lo que ella le había explicado.

—Nunca me dijo nada de todo eso. De haberlo hecho, de haber mencionado ese cuadro yo hubiera encontrado algún sentido y lo hubiera relacionado.

—Cuando fuimos a París, visitamos el museo donde se encuentra el original. Pensé que eso podría ayudarla. Cada vez que veía esa imagen, palidecía. Cuando tenía pesadillas era aún peor. Se despertaba sudando y en ocasiones gritando confundida.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo me ha ocultado eso tanto tiempo?

—No pensó que guardara relación.

—No es excusa, Adrien —dijo, furioso—. Lleva toda la vida teniendo pesadillas con ese cuadro y yo me entero ahora. ¿Estaba allí? ¿Aquella noche ella estaba allí? No quiero ni pensar lo que vio.

—Creo que es eso lo que ocurrió. Ella recuerda haberse escondido. Seguramente no quería que la vieran por miedo a que le riñeran. Debió presenciar toda la escena. Cuando salió de allí, debió de ver a su madre en el suelo y el cuadro junto a ella. La sangre...

Matt se paseó en círculos por el pasillo.

—Necesito salir de aquí. Ocúpate de ella, por favor —dijo alejándose por las escaleras.

Adrien volvió a entrar en el desván. Daniela estaba arrodillada frente al cuadro, ocultándolo de nuevo con la sábana. Se levantó y se acercó a él.

—¿Estás bien?

—Sí. Ahora todo tiene sentido.

—Viste parte de esa escena. Eso es demasiado para una niña.

—Es curioso cómo he podido recordar algunos detalles en pocos minutos.

—¿Qué has recordado?

Ella se acercó a él y lo abrazó por la cintura.

—Estaba asustada. No tenía que estar allí. Matt se había enfadado mucho conmigo. Ese día o el día anterior, no lo recuerdo bien, me riñó por entrar en la biblioteca. Me pilló entrando a escondidas y recuerdo que acabé aterrizando en sus rodillas. Me dio unos azotes y lloré mucho.

Adrien sonrió.

—Por eso no quería que me vieran —continuó—. Vi cómo él la golpeaba. Recuerdo algo. Un movimiento brusco. Son imágenes borrosas, pero todas ellas juntas tienen sentido.

—No soy psicólogo, pero imagino que ver a tu padre golpear a tu madre debe ser traumático

para un niño. Bloqueaste ese recuerdo. Y cada vez que veías el cuadro tenías una reacción que no entendías.

—Creo que fue eso lo que pasó. Por cierto, el que golpeó a mi madre no era mi padre.

—Entiendo que después de eso no lo quieras considerar tu padre.

—No, Adrien. No es por eso. Aún no te lo había dicho.

—¿El qué?

—La primera vez que estuve aquí, Matt y yo nos hicimos unas pruebas de paternidad. Él es mi padre.

—¿Cómo? —preguntó, horrorizado.

—Viviana le contó algunas cosas que le hicieron dudar. Me lo dijo cuando estuvo en España. Yo acepté hacer esas pruebas.

—No me dijiste nada —le reprochó.

—Iba a hacerlo. Necesitaba asimilar ese tema antes de contártelo. Después no hubo ocasión.

Adrien la abrazó afligido al recordar la época que ella mencionaba.

—Lo siento, cariño. Te fallé. Me necesitaste y no estuve.

—No, Adrien. Desde el primer momento que Matt me habló de ello, quise averiguarlo. No me afectó. En realidad estaba ilusionada. Me gustaba más esa opción que cualquier otra.

—¿Ahora estás bien?

—Me siento aliviada. Saber el por qué de todos esos años de pesadillas es muy importante. Me siento como si me hubiera quitado un peso de encima. Lo que me sorprende es que no me afecte más —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Todo eso es tan lejano... tan borroso.

—Quizás ya no vuelvas a tener pesadillas. Es posible que poco a poco le des nitidez a ese recuerdo y sepas lo que ocurrió exactamente, aunque no creo que nos hayamos alejado mucho de la verdad. También puede ser que no recuerdes más.

—No necesito que ese recuerdo sea claro. Me conformo con que esas imágenes no me afecten nunca más.

Siguieron abrazados largo rato.

—Vamos, tienes que descansar. ¿Y Matt?

—Está enfadado, muy enfadado. Cree que deberías habérselo explicado.

—Hablaré con él.

Salieron del desván y bajaron al vestíbulo. Se encontraron con Diana. Daniela le preguntó por Matt. Les informó que estaba en la biblioteca.

Entraron en ella y lo encontraron de pie frente a la ventana.

Al escuchar el sonido de la puerta se dio la vuelta.

—¿Se puede saber por qué no me habías hablado de esas pesadillas durante todos estos años? —gritó de una forma que Daniela dio un respingo.

Daniela lo miró asustada. No esperaba esos gritos.

—Te he hecho una pregunta. —Volvió a gritar.

Adrien miró a Daniela y le apretó en el brazo. Se dirigió a la puerta y los dejó solos. Daniela iba a recibir una buena bronca, pero él no podía hacer nada para evitarlo.

Daniela se encontraba en una de las terrazas exteriores. Acababa de colgar el teléfono tras hablar con Olivier.

Adrien hablaba con él y con Víctor a diario, no quería perderse nada de lo que ocurriera en Versus, sin embargo desde la llegada de Adrien hacía unos seis días, no había hablado con él.

Lo había evitado pensando que la conversación sería incómoda y que no sabrían qué decirse. Nada más lejos de la realidad. Olivier se alegró mucho de oír su voz. Enseguida le contó cómo habían planeado el viaje sorpresa haciéndola reír continuamente con su forma de relatarlo.

Fue él el que decidió abordar el tema que podría incomodarlos.

—Daniela, me alegro que volváis a estar juntos. De verdad. Y sobre todo que hayas decidido volver a España. Te echo de menos.

—Yo también, Olivier. También te echo de menos. Me alegro de que tú y Adrien estéis bien.

—Me ha dicho que te ha convencido para que vuelvas a Versus.

—¿Eso te ha dicho? Aún no lo hemos acabado de hablar, pero me gustaría volver.

—Eso me alegra mucho.

—¡Daniela!... —Su voz era más apagada.

—¡Dime!...

—¿Recuerdas la frase que hay en el techo de tu habitación?

—¡Claro! Cómo no la voy a recordar.

—Pues eso.

—¿Eso?

—Lo que ocurrió allí se queda allí. Solo quiero disfrutar de tu amistad un poco de tiempo. ¿Toda la vida? —Se rio.

—Toda la vida, Olivier —dijo sollozando.

—Si lloras, cuelgo.

—No estoy llorando —disimuló.

—Todo está en su sitio, Suzanne.

—Todo en su sitio —sollozó de nuevo.

Escuchó el sonido de unos pasos que se acercaban. Se enjugó la lágrimas rápidamente, esperando que no fuera nadie que le pudiera preguntar por ellas. Gabriela se sentó a su lado ofreciéndole un vaso de refresco. Gabriela le gustaba.

—¿Y ese chico tan guapo que siempre está a tu lado?

—¿Adrien? Está en su habitación. Jaime ha estado con él revisándole el brazo.

—¿Cuándo volvéis a España?

—En tres o cuatro días.

—¡Vaya! Voy a echar de menos a Jaime y a Nico. —Bajó la mirada.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Hay algo que yo no sepa? —preguntó Daniela, consciente de que las últimas noches habían salido los tres juntos.

—Lo hemos pasado muy bien. Anoche... ¡Ya sabes!

—¡Oh! ¿Te has liado con uno de ellos? —preguntó divertida Daniela.

—¡Fue fantástico! —dijo suspirando—. No quiero que se vayan.

—¿Con quién te liaste? Venga, tengo curiosidad —preguntó Daniela, traviesa.

—No sé si debo decírtelo, yo...

—Vamos, son mis amigos —la animó. Quería esa información para fastidiarlos un poco.

—Pues que te lo digan ellos.

—Venga, Gabriela, me muero de curiosidad. —Hizo un puchero que hizo reír a Gabriela.

—Es que me gustaban los dos y... al parecer yo también a ellos, así que ¿para qué elegir?

—¿Con los dos? —preguntó Daniela, horrorizada.

—Sí.

—¿Primero con uno y... luego con otro? —Daniela no salía de su asombro.

—¿En qué mundo vives? —rio Gabriela—. Si digo con los dos, es con los dos.

—¡Ah! —exclamó sintiéndose ridícula.

—Me voy —Reía a carcajadas al ver su asombro—. Tengo que volver al trabajo. No digas que te lo he contado, ¿vale?

Daniela asintió con la cabeza. El sonido de su móvil la desvió, por suerte, de las imágenes que tenía en ese momento. Adrien le pedía que se encontrara con él.

Unos minutos después entraba por la puerta de la maravillosa suite que Matt había destinado para ellos. Estaba sentado frente al escritorio mirando la pantalla de su portátil.

—¿Estás bien? —preguntó Daniela nada más entrar.

—Ahora mejor. Te echaba de menos.

—¿Cómo ha ido con Jaime?

—Bien. Estoy mucho mejor, como ves. Está alucinado de lo mucho que me he recuperado en pocos días. Ya no tendréis que discutir más sobre la muleta. Hemos decidido que ya no la voy a utilizar más.

—¡Ya era hora! No había forma de hacerle entender que no debías usarla más. No la necesitas. Debes acostúmbrate a caminar sin ese apoyo.

—Cuando lleguemos a Madrid, voy a necesitar una fisioterapeuta. ¿Conoces a alguna?

—A la mejor —dijo ella, orgullosa.

—¿Y qué la hace ser tan buena?

—¿Me preguntas eso tú? —Negó con la cabeza. Se acercó a él y le tendió la mano.

Adrien se levantó sin ayuda para sorpresa de Daniela. Si le dolía, lo disimulaba muy bien.

—Acláramelo tú.

—Tiene unas... benditas manos y...

Daniela sonrió de una forma provocativa. Se acercó a él y le dio la mano. Él la aceptó mirándola embobado. Lo condujo hasta el borde de la cama y lo empujó suavemente. Adrien se apoyó fuertemente con la mano sana y se sentó.

Daniela lo volvió a empujar para que se tumbase.

—¿Y? No has terminado la frase. Unas benditas manos y...

Ella no respondió. Le quitó los pantalones y los bóxers. Se arrodilló entre sus piernas.

—Y una bendita boca, señor Zafiro...

No hubo más palabras. El resto de sonidos era lo que salía de la garganta de Adrien para expresar todo el placer que sentía.

¡La última cena!

Con ese título tan bíblico había bautizado Nico a la cena que les ofrecía Matt en el hotel la noche anterior a su partida.

Adrien había insistido en volver en vuelo privado. Nadie puso objeción alguna a su decisión. Sin duda era más cómodo y más rápido.

Daniela se encontraba en la suite del hotel junto a Adrien, terminando de vestirse para la cena. Había ayudado a Adrien a hacerlo, aunque cada vez se valía más por sí mismo. Caminaba con más seguridad y ya no sentía tanto dolor cuando hacía algún esfuerzo. El brazo seguía siendo el mayor inconveniente.

—¿Adrien? —le preguntó mientras se colocaba unos pendientes.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó mientras bebía un cóctel que les acaban de servir.

—No. Es solo que quería preguntarte si tú alguna vez... habías hecho un trío.

Adrien se atragantó con la bebida. No podía dejar de toser.

—Joder, Dani. Podías mirar a ver si tengo algo en la boca cuando preguntes esas cosas —La miró, desconcertado—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Es que Gabriela me dijo que se había acostado con Nico y con Jaime a la vez. ¿Tú lo sabías?

—Sí, algo me han contado —dijo sonriendo.

Se levantó y se acercó a ella.

—¿Y a ti no te sorprende, verdad? Supongo que no es la primera vez.

—Nico no lo sé. No le conozco hasta ese punto. Jaime ya te digo yo que no es la primera vez. Con Olivier también hicieron de las suyas.

—¿Olivier? —preguntó ella alarmada.

—Sí, se han hecho muy amigos. ¿No lo sabías? Han salido varias veces juntos. Durante el vuelo, Jaime me contó una de sus batallitas con él.

Daniela no salía de su asombro. ¿Olivier?

—Todavía no me has contestado —dijo Daniela—. ¿Tú lo has hecho o no?

—¡Daniela! No voy a hablar contigo de ese tema.

—¿Sí o no? —dijo, enfadada.

—¡Sí! —dijo con resignación.

Adrien se levantó y se acercó a ella. Cuando estaba a su altura, Daniela se giró y estalló en una carcajada.

—¿De qué te ríes? —dijo con el ceño fruncido.

—De tu expresión. ¿De verdad crees que me importa lo que hayas hecho antes de conocerme?

Adrien la besó y la cogió de la mano. Le pidió que se sentara a su lado.

—El tema que hemos elegido no es el más apropiado para ambientar lo que quiero decirte, pero... —Sacó una cajita de su bolsillo y la abrió.

Daniela vio la caracola que había diseñado Olivier. Esta vez era un anillo.

—Ha llegado hoy. Han trabajado mucho para que estuviera terminado. Es la primera pieza que sale con este diseño. Es exactamente igual a la que llevas en el cuello —Se lo colocó en el dedo—. Será la imagen de muchas colecciones, pero esta pieza no se repetirá. Es un diseño exclusivo.

Daniela lo observó entusiasmada.

—Es... precioso, Adrien.

—Quería preguntarte algo.

Daniela lo miró a los ojos y le puso un dedo en los labios.

—¡Shhhh! Yo pregunto.

Adrien levantó las manos en señal de rendición. Ella sonrió.

—Alguien... no recuerdo quién... afirmó una vez que amarse no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección.

Adrien la miró fascinado. Ella continuó.

—Mi pregunta es: ¿quieres que miremos juntos en la misma dirección? —Le acarició la mano.

—Sí, quiero. Claro que quiero, señorita Kearney. Es todo lo que quiero.

—Entonces no necesitamos más. Te quiero, Adrien.

—Te quiero, Daniela. No necesitó nada más.

Se besaron con ternura. Bajaron al salón, cogidos de la mano, dispuestos a llevar la misma dirección.

# Epílogo

*Once meses después.*

Daniela observó el cuaderno que tenía en las manos. Dibujó una sonrisa y se acomodó en la silla. Jugueteó con el bolígrafo durante un rato y se decidió a escribir.

*3 de febrero*

*Eva me ha regalado este diario.*

*Una tarde, hace ya muchos meses, me pidió que le contara nuestra historia, la que ella bautizó con el nombre de «gran historia de amor». Lo hice. Se la conté. Con detalles incluidos.*

*Se emocionó cuando le expliqué que los sentimientos más profundos nos los confesamos a través de una carta y que nunca jamás volvimos a hablar de ello. Eso fue lo que la inspiró para regalarme este diario.*

*Ayer cumplí treinta y un años. Adrien ha insistido en celebrar una pequeña fiesta, esta noche, en la cabaña de la sierra.*

*Sé que le gustan las fiestas sorpresa tanto como a mí, por eso ha decidido que no sea sorpresa, hace días que lo sé.*

*El motivo de esa fiesta, aunque no lo quiere admitir, es compensar el mal sabor que le quedó en la «no celebración» de mi cumpleaños anterior, y como lo sé y como sé que no lo reconocerá ni hará una sola mención del tema, he decidido aceptar sin más. Más adelante, cuando haya pasado, me dedicaré a torturarlo con el tema. ¡Me encanta sacarlo de quicio!*

*En la fiesta estarán nuestros amigos, los de verdad, a los que queremos y con los que mantenemos una relación diaria.*

*Eva, la culpable de que hoy estrene este diario, asistirá acompañada del que ella llama «el amor de su vida». Un chico con el que lleva saliendo unas semanas.*

*Nico también vendrá acompañado. Desde que la conoció hasta ayer, unas dos semanas también, la llamaba «una buena amiga», pero desde hoy, fecha en la que ha confirmado su asistencia, la ha convertido en «su chica». Es aburrida e incluso antipática. No entiendo los motivos que le han llevado a venir con ella a la fiesta y a darle nombre a su relación, aunque empiezo a creer que está muy relacionado con el hecho de que Eva vaya a hacer lo mismo. ¡Vueltas que da la vida!*

*Jaime y Olivier también vendrán, pero sin compañía. En realidad no la necesitan, se tienen el uno al otro. Se han vuelto inseparables. Olivier dejó su casa, cansado de enfrentarse a horas de tráfico cada mañana y buscó un piso más céntrico y cercano a la oficina. Encontró uno ideal: el de Jaime. Ahora son amigos y compañeros de piso. Por lo que he interpretado, ya que nadie me lo ha contado directamente, también suelen ser compañeros de algo más. No quiero ni pensar la actividad nocturna del fin de semana que alberga su hogar compartido.*

*Entre sus actividades está el actuar como Cupido para emparejar a Víctor con un compañero de trabajo de Jaime. Un médico tímido y guapo que al parecer está muy interesado en él y que Víctor, jugando a hacerse el interesante, aún no ha aceptado salir con él, a pesar de tener varias propuestas. Esta noche estará en la fiesta, aunque él no lo sabe.*



*Podría parecer que Jaime y Olivier son unos buenos amigos que se preocupan por Víctor y quieren ayudarlo a encontrar el amor. En realidad es lo que yo quiero pensar, pero me temo que lo que pretenden es emparejar a Víctor para no tener que enfrentarse nunca más a esas incómodas noches en las que deciden salir juntos y se dan cuenta de que el objetivo de la noche suele ser muy distinto.*

*Adrien todavía sigue haciendo comentarios con respecto a su homosexualidad. Por increíble que parezca, no termina de creérselo.*

*Javier, por su parte, sigue viviendo en su mundo feliz. Ha aceptado la colaboración en una revista de viajes, por lo que de vez en cuando le permite llevar a cabo una de sus aficiones: viajar. Sigue formando un buen equipo con Nico, que gracias a la intervención de Adrien han conseguido nuevos clientes y han ampliado el negocio contratando más personal.*

*Y ahora me toca hablar de mí.*

*Sigo trabajando en Versus, aunque ya no me dedico a ser exclusivamente la ayudante de Adrien. Descubrimos que se me daba bastante bien ocuparme de organizar la presentación de las nuevas colecciones, y toda su publicidad. Adrien, después de mucho tiempo, aceptó contratar a otra ayudante. Necesitábamos espacio, no podíamos pasar las veinticuatro horas del día juntos, y aunque le costó, al final aceptó. No estoy desvinculada de su agenda, sigo ocupándome de llevar muchos de sus temas. Hay temporadas en las que se dedica a hacerle la vida imposible a su ayudante para que yo acabe por intervenir. Ya lleva tres ayudantes en un año.*

*Mi nuevo puesto me obliga a trabajar codo a codo con Olivier. Eso implica unas tres o cuatro discusiones diarias, pero todas ellas se solucionan al cabo de unos diez o quince minutos.*

*Se ha vuelto muy mandón desde que Adrien lo hiciera participe en la administración de la empresa. Mejoró su puesto, su salario, sus beneficios y... empeoró su humor.*

*En nuestras discusiones, Adrien se ha visto obligado a intervenir en más de una ocasión, el problema viene cuando se pone de su lado, la mayoría de las veces, y acabamos creando una nueva discusión que solemos llevarnos a casa. Pero solo hasta la entrada. Tenemos la norma de no discutir sobre trabajo dentro de casa. Muchas veces tenemos las discusiones en el portal, en los últimos metros que nos podemos permitir mantenerlas.*

*Reconozco que la mayoría de las veces es Olivier quien tiene razón y que no debería enfadarme porque Adrien se la diera, pero no puedo soportar la cara de satisfacción que se dibuja en su rostro cuando Adrien se pone de su lado. Se la borraría a golpes y como no lo considero adecuado termino por pagarla con mi otro jefe.*

*A pesar de nuestros continuos desacuerdos, Olivier se ha convertido en un pilar muy importante de mi vida, y sé que yo también en la suya. Nuestra amistad, aunque no muy convencional, se basa en la sensación de bienestar que ambos nos proporcionamos al estar el uno al lado del otro. Es nuestra forma de querernos.*

*Nunca hablamos de nada de lo que ocurrió. ¡Silencio absoluto! Nunca más me volvió a llamar Suzanne, aunque sigo sintiendo escalofríos cuando escucho esa canción.*

*Sigo conservando mi casa, al menos sigo pagando un alquiler a Javier. No paso mucho tiempo allí, pero necesito tener mi propio espacio. Adrien lo entendió perfectamente y dejó de insistir en que me fuera a vivir con él.*

*Descubrí que Adrien tenía una bonita casa a las afueras de Madrid; aunque él dijo que me lo había dicho alguna vez, yo no lo recuerdo. Allí pasamos algunos fines de semana. Los pocos que nos quedamos en Madrid.*

*Volví a Barcelona una vez más. Adrien tenía una espinita clavada por no haber sido él el que me acompañara la primera vez que decidí volver. Le enseñé mi antiguo barrio y le mostré algunos lugares en los que pasé parte de mi esperpéntica vida allí. No hizo ni un solo comentario.*

*Volvímos a París, esta vez visitamos a Celia y pasamos una semana conociendo la ciudad. Con Celia nunca he mantenido una relación muy estrecha. Nos caemos bien y nos gustamos, pero nos sentimos más cómodas en la distancia, quizás porque fue así como nos conocimos. En París, visitamos la tumba de su padre. Aunque parezca algo demasiado forzado, creo que fue su particular forma de hacer las paces y desearle un descanso eterno.*

*Olivier se burló de él durante una semana cuando se lo dijo. No me sorprendió. Tienen una particular forma de recordar el pasado. Ya no hay dramas, ni recuerdos dolorosos. Ambos recurren al sarcasmo cada vez que hablan de su pasado y de esa forma han conseguido ir enterrándolo poco a poco.*

*Adrien, le toca a Adrien.*

*Cumplió todos sus propósitos, sobre todo el de hacerme sentir amada cada minuto de nuestra vida juntos. Me ha regalado tanto tiempo y tanto amor que no concibo mi vida sin él.*

*Es una persona distinta. Ya no piensa lo que va a decir durante minutos, ni se frena, ni medita. Ahora es más impulsivo. En el sexo, me ha arrastrado a lugares que ni siquiera imaginé que podían existir.*

*Uno de los cambios que más se aprecian en él es su comportamiento en Versus. Ha pasado de ser un jefe admirado y respetado, a un jefe temido. Es implacable y muy exigente. He llegado a pensar que su arrogancia tenía que salir por algún lado. Nadie se explica esa nueva actitud, pero nadie la discute.*

*Me pidió que me casara con él recurriendo a argumentos de lo más románticos:*

*—Aquellos que hablamos de ir juntos en la misma dirección está muy bien, pero yo quiero casarme.*

*Mi respuesta fue un no rotundo. No volvió a intentarlo hasta hace dos semanas. Sus argumentos volvieron a deshacerme por su profundidad.*

*—Deberías casarte conmigo. Todas esas presentaciones son más profesionales si estás vinculada de una forma más estrecha a Versus.*

*Mi respuesta fue la misma. Me da igual casarme o no con él. No es algo que necesite, pero no puedo negar lo mucho que me divierte decirle que no.*

*Esta noche hablaremos de Panamá. Matt y Viviana se casan dentro de tres semanas y nos han invitado a todos a la boda. Es complicado que todos los que trabajamos en Versus nos ausentemos por una semana, así que hoy decidiremos quién se queda. Adrien y yo tenemos que asistir, así que el tema se debatirá entre Olivier y Víctor. Ambos tienen interés en ir después de escuchar todas las maravillas que les contamos.*

*Si tuviera que apostar, apostaría a que es Olivier quien se viene a Panamá.*

*Matt me llama todas las semanas hasta dos veces y en este último año ha venido a visitarme cinco más. Tengo que reconocer que en ocasiones me fastidia un poco la forma que tiene de quererlo saber todo sobre mí, pero hasta ahora es soportable y no me quejo.*

*Una de las veces que vino a visitarme trajo a Gabriela con él. Mantenemos una relación estupenda, aunque la mayoría de veces hablamos por correo.*

*Vino entusiasmada y se fue destrozada. Le confesó a Jaime su interés por él y este... le rompió el corazón. No será porque no la avisé. A pesar de haber pasado unos días estupendos con Nico y con él en Panamá, los últimos días fue creciendo un sentimiento hacia él con el que*

*no contaba. Durante meses intenté que no se hiciera ilusiones, pero supongo que es algo que no se puede controlar como uno quiere. Mantuvieron contacto telefónico y un día se decidió a acompañar a Matt aprovechando sus vacaciones. Matt no mira a Jaime igual desde ese día. Gabriela es su mano derecha y la adora y, según su versión, Jaime ha jugado con ella. Una idea algo anticuada, pero es mejor no discutir con él.*

*Aun así, ha invitado a Jaime a su boda. Su invitación era la única que añadía una nota escrita al pie. Una especie de advertencia sobre la parte de su cuerpo que decapitaría si se acercaba a Gabriela.*

*Jaime es alguien muy especial y muy difícil de conocer. El día que repartí las invitaciones todos le preguntaron por la nota que le había hecho Matt. Se limitó a decir:*

*—Gabriela es un cielo. Ella me pidió una relación y yo le pedí una amistad. Ni ella ni yo aceptamos. ¿Cuál es el problema?*

*Cada uno tiene su forma de ver las cosas y su forma de solucionarlas.*

*Un año después, me encuentro feliz, rodeada de amigos con discusiones e imperfecciones, con secretos, con conversaciones que nunca se mantuvieron, con recuerdos dolorosos disfrazados de bromas, con culpas que siguen doliendo y que intentan compensarse recuperando tiempo perdido.*

*Un año y medio después de salir de Barcelona mi vida es lo que siempre quise que fuera: una vida.*

*—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Adrien al verla frente a la ventana.*

*—Perfectamente bien.*

*—Te veo muy pensativa. —Se acercó a ella y le mordisqueó en el cuello.*

*Ella se giró despacio.*

*—Adrien, ¿quieres casarte conmigo?*

*Él soltó una carcajada.*

*—Vaya, vaya, vaya. Pues...*

*—Piénsatelo bien. Aunque sé que te mueres de ganas por devolvérmela, no habrá más ofertas —dijo ella disfrutando del juego.*

*—Quiero casarme contigo, señorita Kearney, lo quiero todo de ti, hasta el alma si me la das.*

*Esta vez, sí que fue romántico.*